

CUENTOS  
COMPLETOS

ONETTI

Lectulandia

Juan Carlos Onetti creó un universo literario capaz de conmover y cautivar por su magia y también por su perplejo pesimismo. Este libro recoge sus cuentos completos en una edición revisada por Hortensia Campanella, una nueva oportunidad de recorrer los mundos más sugestivos, de acercarnos a la fantasía y a los personajes de uno de nuestros clásicos más inquietantes.

«Onetti es de esos escritores dotados de una percepción tan singular y poderosa del mundo y de sus propias facultades que son inconfundibles desde las primeras líneas. Los lectores de Juan Carlos Onetti hemos aprendido que algunos sueños pueden convertirse en verdad: cada uno de los relatos de este libro, por ejemplo, es un sueño realizado».

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

«Los autores latinoamericanos tenemos una deuda impagable con Onetti».

MARIO VARGAS LLOSA

«Las novelas y cuentos de Onetti son las piedras de fundación de nuestra modernidad. A todos sus descendientes nos dio una lección de inteligencia narrativa, de construcción sabia, de inmenso amor a la imaginación literaria».

CARLOS FUENTES

**Lectulandia**

Juan Carlos Onetti

# **Cuentos completos**

ePub r1.0

Titivillus 05.03.16

Juan Carlos Onetti, 2004

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## ***Sueños realizados: Invitación a los relatos de Juan Carlos Onetti***

En 1975, cuando Juan Carlos Onetti se exilió en España, su nombre era mucho menos familiar para los lectores pasionales de la literatura latinoamericana que los de García Márquez, Julio Cortázar o Mario Vargas Llosa. Incluso los lectores, un poco más sofisticados, de Carpentier, de Rulfo y de Borges era difícil que conocieran la obra de Onetti, incluso que tuvieran referencias precisas sobre ella. Los lectores españoles se alimentaban entonces con entusiasmo y con cierta envidia de novelas escritas en el español de América, sobre las que tenían, o teníamos, porque en este caso la tercera persona es de una deshonestidad insostenible, una idea general determinada por la lectura de *Cien años de soledad*, *La casa verde* y *Rayuela*. Las novelas sudamericanas habían de ser torrenciales, abrumadoras en su extensión, en su complejidad y en su virtuosismo técnico, de un barroquismo entre colonial y selvático que, según el razonamiento de Carpentier, era la única forma de expresar la realidad de aquellos países: el llamado realismo mágico. En este panorama, Borges ya era una irregularidad, con sus argumentos cerebrales y su propensión a las ambientaciones nórdicas, con su laconismo y su ironía, tan lejanos de los arrebatos tropicales y gramaticales de Carpentier, o de las alfombras voladoras y los gitanos hechiceros de García Márquez.

El tardío hallazgo de Onetti trajo consigo una sorpresa semejante a la de los cuentos de Borges. Sus narraciones carecían tan radicalmente de color local como las de Franz Kafka, con las que a veces no dejan de guardar un cierto parentesco. En cuanto al barroquismo, al parecer obligatorio, dictado por Carpentier, no había ni rastro de él en aquellas páginas que uno empezaba a frecuentar hacia los veinte años, con la ilusión ávida y la nerviosa felicidad de los descubrimientos absolutos. Los héroes de Onetti no disertaban adecuadamente sobre jazz en los cafés de París, no fundaban naciones ni atravesaban cordilleras, no volaban por los aires ni se perdían en selvas ni en laberintos simbólicos: los héroes de Onetti eran los más pacíficos, los más perezosos, los más inútiles del mundo. Lo único que hacían era fumar, preferiblemente echados bocarriba en la cama, fumar e inventarse cosas, contar embustes y enamorarse de mujeres sensuales y perdidas, de mujeres pintadas que bebían en los cafés o de muchachas angélicas cuya perfección y dulzura no podían ser merecidas por nadie.

Al poco tiempo de llegar Onetti a Madrid le hicieron una entrevista en la televisión. Yo la vi por casualidad, y no exagero si digo, al cabo de casi veinte años, que aquella entrevista fue el principio de una influencia decisiva en mi vida. Yo no había oído a nadie hablar de literatura con la falta de énfasis, con la mezcla de pasión pudorosa y desapego no del todo ficticio con que hablaba aquel hombre de apellido italiano y voz tan demorada como sus ademanes. Frente a la rimbombancia española (los escritores españoles que aparecían entonces en la televisión tenían aspecto de gobernadores civiles, o de mantenedores de Juegos Florales) aquel hombre exhibía una naturalidad un poco ausente, fatigada y cortés. Por esa época yo andaba enfermo de lo que el mismo Onetti llamó literatosis, que es una enfermedad a la que sucumben siempre los aspirantes a escritores, los fervorosos artistas adolescentes de provincias, y en virtud de la cual uno convierte la literatura en su religión, su absolutismo y su martirio, y tiende a preferir a los escritores más obviamente literarios, y a imaginar ese oficio como una especie de sacerdocio místico o de destino. A toda esta basura romántica yo agregaba entonces la pasión por un libro excelente de Mario Vargas Llosa, *La orgía perpetua*, en el que la figura de Flaubert se convierte en el símbolo del escritor anacoreta, disciplinado, casi oficinista, indiferente a todo lo que no sea su obra, atado a ella como a una tiranía laboral de la que extrae, después de una destilación desesperada y dolorosa, algunas líneas geniales. Pero aquel tipo, en la televisión, estaba diciendo exactamente lo contrario: que él escribía sólo cuando le entraban ganas, que igual se pasaba dos días seguidos escribiendo que tres meses sin hacerlo, que escribía de cualquier modo, de noche, en la cama, en pequeños papelitos que luego se le extraviaban entre los cigarrillos y los libros y que su mujer los recogía: el oficio de escritor, en sus palabras, se volvía soluble en los hechos comunes de la vida.

Inmediatamente me puse a buscar algún libro de aquel hombre, Onetti. Pero no era fácil encontrarlos. Logré por fin, en el Círculo de Lectores, un volumen de cuentos, y poco después una edición argentina de *La vida breve. El astillero*, que estaba milagrosamente publicado en la colección Libros TVE, lo sustraje sin remordimiento de la estantería de un conocido, que poseía la colección completa e intacta, aritmética, alineada en un solo anaquel, en el mismo mueble de formica que ocupaba una pared entera y en el que estaba empotrado el televisor.

Desde entonces no he parado de leer a Onetti: en cerca de veinte años ésa es una de las pocas cosas que no han cambiado en mi vida. Han dejado de gustarme la mayor parte de los libros que me apasionaban y he perdido, afortunadamente, casi todos los entusiasmos políticos que me idiotizaban entonces, detesto casi todas las películas que veneraba en aquellos años, he cambiado de amigos, de ciudades, de trabajos y de lealtades sentimentales, así que uno de los pocos rasgos que me unen a quien fui y ya no soy es la lectura de Juan Carlos Onetti, y casi la única cosa que me sigue acompañando de todas las que poseía en los tiempos en que empecé a leerlo es ese ejemplar de sus *Cuentos Completos* que adquirí en el Círculo de Lectores: un

libro de tapas negras, de letra muy pequeña y de hojas que se van volviendo amarillas, firmado y fechado en la primera página con aquella ambición de propiedad con que uno atesoraba entonces los pocos libros que podía comprarse, en un tiempo que visto ahora casi parece otra época: *diciembre, 1975*.

He leído muchas veces cada uno de esos cuentos. Algunos de ellos no sólo han influido en mis ideas sobre la literatura y han modelado mi propia forma de escribir y de imaginar la ficción: *El infierno tan temido*, *La cara de la desgracia*, *La casa en la arena*, *Bienvenido*, *Bob*, *Un sueño realizado*, forman parte no sólo de mi herencia literaria, sino de mi propia vida, me la han acompañado, me la han amargado, la han nutrido, me han servido para comprender lo que estaba viendo fuera de los libros, para conocer la ternura y tener miedo de la desolación. Cada uno de esos cuentos ha ido cambiando a medida que yo cambiaba, se ha modificado según los estados de ánimo, según los lugares en los que lo leía, según los avatares de mi vida y de mi propia experiencia de escritor. A los veinte años, tendido en la cama de un cuarto de pensión, desvelado y fumando —actitud, como se ve, canónicamente onettiana— leía *El infierno tan temido* y acababa devastado, con esa intensidad de aniquilamiento con que pueden golpearnos a esas edades los libros. A cada lectura el entusiasmo ha sido idéntico, sin conocer nunca la decepción, sino exactamente la alegría inversa de comprobar que no sólo me seguían gustando esos cuentos, sino que me gustaban mucho más que antes, que podía adentrarme mucho más hondamente en ellos a medida que iba adentrándome en mi propia vida. Palabras como amor, compasión, ternura, gratitud y piedad significarían para mí cosas muy distintas si no las hubiera leído muchas veces en Onetti: la lectura de sus cuentos es una experiencia íntima y decisiva, una presencia delicada y permanente en mi vida, en la manera en la que miro el mundo y en la que imagino y escribo los libros.

Pero no cuento estas cosas por hablar de mí mismo, sino para definir, a través de mi testimonio de lector, la clase de atracción que ejerce la literatura de Juan Carlos Onetti, o el tipo de lectura fiel y de atención apasionada que exige. Hay escritores a los que uno admira como se admira un edificio o una estatua, con reverencia, pero sin intimidad: son los escritores que parecen dirigirse a nosotros en público, como si formáramos parte de la multitud que los escucha de un modo no muy distinto a como puede escucharse a un divo de la ópera. Con Onetti ocurre lo contrario: no es sólo que al leerlo tendamos a pensar que esas palabras están escritas únicamente para nosotros, es que sentimos que estamos asistiendo, con impudor, por milagro, a una narración que existiría igual si no la conociera o la escuchara nadie. Intuiciones parecidas pueden encontrarse en la pintura o en la música: hay canciones, y sinfonías, y cuadros, que se exhiben enfáticamente delante del espectador, que lo halagan, que aspiran descaradamente a seducirlo, a maravillarlo o abrumarlo. Los retratos de Van Dyck, por ejemplo, o ciertos sinfonismos montañosos del siglo XIX. Los reyes y los aristócratas ingleses a los que retrataba Van Dyck nos miran desde arriba, desde su jerarquía absolutista, desde su desprecio: cuando es Velázquez quien pinta, un rey que

es el dueño del mundo está tan solo y es tan vulnerable o tan digno como un pordiosero o un bufón. Velázquez es grande porque respeta y sugiere el secreto humano de sus personajes: nos miran y parece que se están mirando en un espejo, de esa manera en la que uno mira cuando sabe que está solo. En la música de Fauré, en las Variaciones Goldberg, en los solos de piano de Bill Evans, en la voz de Bessie Smith o de Dinah Washington, nos parece que estamos sorprendiendo un milagro que no precisaba de nosotros ni de ningún testigo para existir. Esas formas supremas del arte crean a su alrededor como un espacio íntimo, como una campana de cristal en la que es preciso encerrarse a solas para comprenderlas: delimitan el espacio y el tiempo alrededor de ellas mismas.

Igual sucede con Onetti. La atención normal, siempre algo distraída, que dedicamos a los libros, incluso a algunos de los que más nos gustan, no sirve delante de los suyos. A Onetti hay que leerlo tensando hasta un grado máximo las destrezas usuales de la lectura, igual que se escucha una música de la que no hay una sola nota que no importe o que se vive un encuentro memorable del que uno quiere apurar sin distracción cada segundo: sus páginas no se agotan nunca, y cada frase vuelve a surgir con tal delicadeza y poderío, con una intensidad tan exaltadora o tan insoportable, que siempre nos parece estar leyéndola por primera vez. Leer a Onetti no es difícil, según dice una superstición idiota: tan sólo exige lo que debería exigir siempre la lectura, una atención incesante, un ensimismamiento que cancele cualquier otro acto, que suprima el mundo exterior. La mejor o la única manera de leerlo es echado en la cama, con mucho tiempo por delante, con una absoluta predisposición de soledad y pereza. Aprenderemos a descubrir sentimientos inéditos, estados de ánimo que formarán parte del repertorio común de nuestra vida pero que tendrán para siempre la tonalidad del estilo de Onetti: conoceremos la dulzura triste, el desengaño ilusionado, la desesperación tranquila, la compasión cruel, los placeres de la mentira y las potestades furiosas de la verdad; percibiremos las cosas a rachas, en fragmentos, bajo una luz oblicua, modificadas o falsificadas por el recuerdo, mejoradas por el olvido, como esas estatuas antiguas que perfeccionó la intemperie; nos estremecerá la juventud con su milagro tan inmediato y sutil como el de la palpitación de un músculo y nos dará asco y terror y lástima la vejez. Encontraremos las palabras exactas y atroces del desengaño («Figúrense ustedes el pesar creciente, el ansia de huir, la repugnancia impotente, la sumisión, el odio») y las que nombran el arrebató del amor y su promesa de sufrimiento y de felicidad: «Te agarra a traición, como algunas muertes. Y ya no hay nada que hacer, ni patear ni querer destruir. Porque no se sabe si es una cosa que te golpeó desde afuera o si ya la llevabas como dormida y a veces creíste que estaba muerta para siempre. Y qué pasa entonces. Que la llevabas adentro y sin aviso alguno en un minuto salta y se te derrama por todo el cuerpo y hay que aceptar y todavía peor, hay que alimentarla y hacer que cada día aumente las fuerzas, obligarla a que te haga sufrir más».

Leyendo a Onetti uno va sin darse cuenta convirtiéndose en uno cualquiera de sus



personajes.

Un hombre solo en una habitación, echado en la cama, o de pie detrás de una ventana, o acodado en un balcón; un hombre o una mujer que caminan perezosamente por la calle imaginando cosas; alguien, hombre o mujer, sentado en la mesa de un bar, junto a las cristaleras que dan a una plaza, que suele ser la plaza de una ciudad fluvial y provinciana llamada Santa María; alguien echado a la sombra en el mirador de una casa frente al mar, viendo acercarse desde lejos una figura; alguien que cuenta a otra persona una historia, generalmente embustera: con nombres diversos, con peripecias anteriores o posteriores sutilmente monótonas, esas figuras de gente solitaria que casi no hace nada más que observar y mirar o atribuirse, a solas o delante de otros, vidas falsas constituyen los puntos de partida en torno a los cuales crecen las narraciones de Juan Carlos Onetti, sean éstas novelas o relatos, que da igual: las divisiones académicas, las minucias sobre los géneros, sobre lo mayor y lo menor, con casi ningún otro autor se vuelven tan inútiles como con Onetti, en parte porque ha cultivado siempre, con igual lealtad, la novela y el cuento, y en parte sobre todo porque en ambos casos ha alcanzado por perfecta regularidad la maestría.

Existe una tercera razón: los cuentos de Onetti pertenecen, como sus novelas, a un mismo espacio imaginario, son fragmentos de ese gran libro de libros que lleva medio siglo escribiendo y que sus lectores fieles perciben dotado de todos los pormenores y las simultaneidades y las repeticiones de la realidad. Un cuento puede vaticinarnos en muchos años el porvenir o el pasado de un personaje al que conocimos en una novela. Cuando uno ha leído, por ejemplo, *La vida breve*, y empieza a adentrarse en *La casa en la arena* tiene la sensación fascinadora de haber estado ya en el lugar de ese relato: de regresar a esa playa, de ver de nuevo y oír al doctor Díaz Grey. Cuando apareció, en 1986, después de siete años de silencio, *Presencia y otros cuentos*, libro tratado por la crítica española con un perfecto desdén, el lector no habitual de Onetti encontraba a un personaje solitario y sórdido, exiliado en Madrid, maduro, a punto de ser viejo, alguien que aludía sin detalle a la propiedad perdida de un periódico y que se consagraba, muy onettianamente, a construir un sueño dictado por la nostalgia y el deseo y urdido con los materiales menos prometedores de la realidad. Al cabo de unas páginas, el nombre de ese personaje, dicho como al azar, nos lo restituía entero, vinculando además ese cuento tan breve a toda la ficción anterior de Onetti: este hombre exiliado en Madrid, fugitivo de una dictadura militar, que añora a una mujer presa y tal vez asesinada, es nada menos que Jorge Malabia, el adolescente literario y patético que usaba boina y fumaba en pipa en *Juntacadáveres* y en *El álbum*, el joven ya embrutecido por la vida adulta, los caballos y los revólveres que aparece vengativamente en *La muerte y la niña*: las referencias interiores daban de pronto a ese cuento, *Presencia*, tan dolorosamente actual en su condición de testimonio del destierro y del terror político, profundidades espaciales y temporales, resonancias en la memoria de los personajes y de los lectores, de modo que su breve lectura era al mismo tiempo una lectura de

todos los libros de Onetti, y también un contrapunto de la atemporalidad de Santa María y de su posible condición de mundo cerrado, o de eso que viene a llamarse ahora, con reiterada pedantería, «territorio mítico» (hay novelistas que deciden establecer un territorio mítico como el que decide comprar una parcela).

En *Tan triste como ella*, que es sin duda la historia de amor y de resentimiento más abrumadoramente triste que se haya escrito en español, la falta absoluta de referencias exteriores y hasta casi de nombres (no sabemos cómo se llaman ni la protagonista ni su marido: no sabemos tampoco en qué ciudad o en qué país está esa casa rodeada de muros, con ese jardín ferozmente entregado a las excavadoras y al cemento) es desmentida, o matizada, por un detalle menor, por una información de apariencia neutral: «Ella había nacido allí, en la casa vieja alejada del agua de las playas que había bautizado, con cualquier pretexto, el viejo Petrus». Para el lector habituado, estas pocas palabras sitúan la historia, sin necesidad de descripciones ni de explicaciones, en uno de los paisajes de Santa María, la zona de la orilla del río donde Jeremías Petrus construyó su fracasado astillero y la casa elevada sobre pilares de cemento donde vivía recluida su hija, Angélica Inés. De este modo, sin decir casi nada, Onetti le otorga otra dimensión mucho más amplia a la claustrofobia de *Tan triste como ella*, y nos devuelve entero el recuerdo de *El astillero*, y con él el de Larsen o *Juntacadáveres*, el de su aparición en Santa María, su caída y su regreso último...

Los cuentos de Onetti, pues, postulan sus novelas, y se confunden en el mismo tejer y destejer de su imaginación narrativa, pero aún se les puede señalar un parentesco más estrecho con ellas, un grado aún mayor de negación de las categorías y los géneros: las novelas de Onetti suelen constituirse en torno a puntos o ejes de máxima intensidad que se mantienen muy flexiblemente unidos entre sí, yuxtaponiéndose o entrecruzándose sin disolverse nunca en una historia única, en un solo punto de vista. En cada novela hay una polifonía no sólo de voces, sino de narraciones distintas, que acaso nacieron como ideas para cuentos pero que se fueron agregando las unas a las otras según las leyes y las afinidades secretas que van revelándose como por sí mismas en el proceso de la invención. De modo que, si es posible, y necesario, leer los cuentos como capítulos de una novela, igualmente pueden distinguirse en las novelas las unidades menores y autónomas que se mezclan en un flujo mayor, y ése es uno de los placeres más excitantes de su lectura: parece que *La vida breve* o *Juntacadáveres* o *Dejemos hablar al viento* van escribiéndose por sí mismas al tiempo que nosotros las leemos; parece que los tanteos y las incertidumbres de la narración son nuestros, que nosotros mismos, mediante el veneno de la lectura, nos transfiguramos en personajes de Onetti y soñamos sus vidas como si fueran nuestras, o como si no fueran de nadie, igual que ellos sueñan las vidas de otros o los ven vivir desde una lejanía y una inmovilidad que son exactamente la lejanía absoluta y la inmovilidad perezosa y caviladora del lector.

La pluralidad fragmentaria del libro nos sugiere que es así como se perciben de

verdad las cosas, con una mezcla de conocimiento, de olvido y de adivinación, sin esa rigidez tan embus<sup>18</sup> tera, pero tan consoladora, de las novelas perfectamente concluidas y cerradas; el aire de casualidad, las discontinuidades, las historias reveladas a medias, las informaciones tardías que al cabo de mucho tiempo dan sentido a una historia ya contada equivalen en literatura a esas líneas y manchas de la pintura que sólo llegan a existir como paisajes o rostros en la retina y en la imaginación visual del espectador: es en nuestra imaginación donde acaban de escribirse las novelas de Onetti, y sólo nuestra atención activa, nuestra devoción, nuestra familiaridad gradual nos van descubriendo poco a poco las resonancias interiores, las semejanzas, los lazos ocultos entre historias y personajes que convierten la totalidad de los libros de Onetti en páginas de una sola narración, que tiene algo del *Libro de Arena* de Borges y también de *Comedia Humana* y *Enciclopedia del mundo*.

En literatura, dice el narrador en un cuento de Onetti, *Tiempo se escribe siempre con mayúscula*. Santa María es tanto una destilación y un mapa del tiempo como del espacio. Tiene la lentitud de tiempo fósil de las ciudades de provincias, el ritmo pesado con que transcurren las aguas pardas del río y con que se suceden las visitas de la lancha, la majestad solemne y algo torva de los ciclos agrarios. Onetti, lector fervoroso de las novelas del comisario Maigret, conoce como nadie un recurso admirable de Simenon, el de las repeticiones de hábitos, de lugares y gestos, el de sugerir en cada novela cosas que ocurrieron en las otras y que el lector buscará instintivamente en las que no ha leído todavía. El comisario Maigret no es tan intensamente verdadero por la astucia con la que averigua los crímenes, cuyas claves, al fin y al cabo, se nos olvidan a las pocas horas de terminar una novela. Lo que nos gusta de Maigret, como de nuestros amigos, o más bien lo que lo hace semejante a nosotros, es que reconocemos sus costumbres, que nos lo sabemos tan fielmente que podríamos escribir más de una de las páginas que estamos leyendo: la limpieza umbría de las tabernas por la mañana, los bocadillos y las jarras de cerveza subidos a deshoras de la cervecería Dauphine, los andares len<sup>19</sup> tos, seguros y como casuales del comisario cuando sigue a alguien por una calle de provincias francesa.

Algo muy parecido nos ocurre con el más constante de los héroes de Juan Carlos Onetti, el doctor Díaz Grey, que aparece y desaparece en los cuentos y en las novelas igual que ciertas personas aparecen y desaparecen a lo largo de nuestras vidas, tan invariable como el comisario Maigret, tan casi intocado por el tiempo desde que Juan María Brausen lo puso en Santa María y en su consultorio de médico, nacido de la nada, de la arbitrariedad de su creador, como Adán y Maigret y el juez Gavin Stevens o el vendedor ambulante V. K. Ratliff de Faulkner, con una edad que ronda siempre los cincuenta años, con un pasado que se limita a unos cuantos rasgos inexactos, y dotado de una conciencia de sí mismo, de su condición de personaje, de criatura de Brausen, que no es más precaria o temerosa que la conciencia de temporalidad de cualquiera de nosotros: «Dudaba, desinteresado, de sus años. Brausen puede haberme

hecho nacer en Santa María con treinta o cuarenta años de pasado inexplicable, ignorado para siempre».

Onetti dijo una vez que conocía tan bien al comisario Maigret que estaba seguro de identificarlo si lo veía de espaldas por la calle. Igual nos ocurre con el doctor Díaz Grey: lo reconoceríamos sin verle la cara, tan sólo por el modo en que mira por la ventana de su consultorio, al otro lado de la mesa, desabrochándose la bata blanca con un aire casi de liturgia. Pero también sabemos exactamente lo que ve, aunque Onetti no nos lo diga: nos parecemos a Onetti y a Brausen en que Santa María es uno de los lugares más familiares de nuestra imaginación.

A un lector distraído le puede parecer que Santa María, ciudad inexistente, corresponde al tiempo inmóvil o circular de los mitos, pero ésa es otra de las expectativas que Onetti prefiere sutilmente defraudar, aunque algunas veces parezca que las cumple. En literatura tiempo se escribe con mayúscula porque casi siempre se escribe sobre el tiempo y se trabaja con él en la misma medida en que el alfarero trabaja con la arcilla o el fotógrafo con los procesos químicos de la fijación de la luz. Pero la manera en que Onetti *trata* el tiempo —y uso el verbo en su sentido de operación material— ignora toda linealidad y descompone esa apariencia de quietud en una pluralidad de presentes, pasados y porvenires que acaban existiendo simultáneamente.

No se trata de una voluntad de barroquismo, o de malabarismo técnico, sino de una tentativa de contar las cosas como son, que es casi siempre como las recordamos o las imaginamos, o como decidimos que sean. En la conciencia no existe una linealidad absoluta del tiempo, del mismo modo que la mirada no obedece a las leyes geométricas de la perspectiva. A los personajes de Onetti, igual que a personas reales, se les puede aplicar aquel dictamen de Pascal según el cual nadie vive de manera estable en el presente. Todo el mundo habita tiempos mezclados, una encrucijada de expectativas y recuerdos que se confunden en el ahora mismo y que muchas veces o lo desfiguran o lo borran. En este sentido, podría decirse que el juego de la afirmación y la negación del presente es uno de los nervios vitales de la narrativa de Onetti, en correspondencia con su otro juego más querido, el de la afirmación y la negación de lo real. De ahí que los hechos, en los cuentos, casi nunca se presenten con una ambición o una apariencia de objetividad, de sucesos neutrales que el lector presencia tan sin mediación como la vida que tiene frente a sí: dentro de los cuentos casi siempre hay alguien que cuenta o alguien que recuerda —con frecuencia, el doctor Díaz Grey—, y los mecanismos de la memoria, de la palabra, de la invención involuntaria, de la ignorancia parcial, de la pura desfiguración del tiempo, son una parte de la materia contada.

Onetti es de esos escritores dotados de una percepción tan singular y poderosa del mundo y de sus propias facultades que son inconfundibles desde las primeras líneas que publican y *están* plenamente en cualquier cosa que escriban, desde una carta al director de un periódico (arte en el que Onetti es un maestro sutil) hasta una novela

de quinientas páginas. Su primer cuento, escrito a los veintitantos años, *Avenida de Mayo-Diagonal Avenida de Mayo*, es, a pesar de todas las imperfecciones que puedan atribuírsele retrospectivamente, tan Onetti como *Dejemos hablar al viento*. En *Un sueño realizado*, que es de 1941, uno encuentra, ya en estado de perfección, la imagen del mundo y las nociones del tiempo y del relato que irán desplegándose con infatigable y maravillosa fuerza narrativa a lo largo de varias décadas.

Un viejo retirado en un asilo de pobres, exdirector o productor teatral arruinado muchas veces, dotado de un grotesco peluquín y de una dentadura postiza que no se quita ni para dormir, encuentra en la biblioteca del asilo un ejemplar de *Hamlet*, y ese hallazgo le dispara el recuerdo de algo que sucedió muchos años atrás. Hay, pues, un primer grado de mediación, el de la memoria de un hombre que escapa del presente miserable de la vejez a un pasado lejano. Pero en el recuerdo se convierte no en protagonista, sino en personaje secundario y narrador de las vidas de otros, de la aparición, en una capital de provincia todavía innominada, pero en la que ya reconocemos a Santa María, de una mujer extravagante y sin duda perturbada, ridícula en el anacronismo de su peinado y su vestuario, perdida en la confusión del tiempo: «Aquel aire de jovencita de otro siglo que hubiera quedado dormida y despertara ahora un poco despeinada, apenas envejecida pero a punto de alcanzar su edad en cualquier momento, de golpe, y quebrarse allí en silencio, desmoronarse roída por el trabajo sigiloso de los días». Esta mujer, que en el cuento carece de nombre, es la portadora de un enigma y de una historia, o un sueño. El enigma es el de su origen, el del motivo de su extravío y el de su biografía hasta ese momento. Como tantos otros personajes de Onetti, quien posee como nadie la suprema virtud de escribir no escribiendo, de usar el silencio como un pintor las zonas de lienzo desnudo, esta mujer está más hecha de lo que no se dice que de lo que se dice de ella. En cuanto al sueño, no llega a ser tampoco una historia, en primer lugar porque los sueños se pierden al ser contados, y en segundo lugar porque ella no atribuye un sentido a las cosas triviales que ocurren en él.

Pero ella quiere ver su sueño realizado, literalmente, en un teatro, con todos los detalles, convertido en un espectáculo al que ella asistirá como suele uno asistir a los sueños, como testigo ajeno y simultáneamente como actor. Los soñadores de Onetti suelen tener una temible resolución: quieren ver cumplidos los sueños, quieren darle forma con ellos al mundo, regirlo en virtud de normas imaginarias tan severamente como si aplicaran el Código Civil. Juan María Brausen, tendido en un apartamento de Buenos Aires, inventó Santa María y se inventó también, a partir de sí mismo, a un personaje falso que se volvía real al otro lado de la pared tan frágil que lo separaba del apartamento contiguo. En *Presencia*, que es un cuento escrito en España, publicado aquí a principios de los años ochenta, el Jorge Malabia expulsado de Santa María que sobrevive amargado y culpable en Madrid paga a un detective privado impresentable no para que cumpla la tarea imposible que dice encargarle, la de encontrar a una mujer que está presa o muerta al otro lado del océano, sino para que

otorgue un cierto grado de materialidad y de realidad al sueño de encontrarla que él mismo se ha trazado. Muchos años atrás, cuando era un adolescente, en el relato titulado *El álbum*, Malabia le pedía a la mujer desconocida con la que estaba acostándose que le contara historias fabulosas de cacerías y viajes: exigía relatos de sueños con una codicia más intensa que la del deseo, los exigía tan autoritariamente que se sintió decepcionado al comprobar que todas aquellas historias que la desconocida le contó eran ciertas.

Aparte del amor, la tarea preferida por un número considerable de personajes de Onetti es la de inventar, la de contar mentiras y oírlas, la de dotarse de vidas falsas a través de la credulidad del que escucha, pero en ocasiones el propósito de la narración es otro, exactamente el inverso: contando puede alcanzarse una verdad que de otro modo sería inaccesible, una identidad más cierta o más honda que la establecida por las apariencias, incluso una forma amarga de absolución. En *La cara de la desgracia*, el hombre agobiado por el remordimiento de no haber sabido evitar el suicidio de su hermano se salva transitoriamente gracias a la aparición del amor, que en Onetti siempre tiene algo de íntima epifanía y de prodigio: en la playa, de noche, tendido junto a la chica a la que acaba de abrazar, ese hombre le cuenta su culpa y la historia de su hermano, y al contar empieza a comprender lo que antes le estaba negado, la posibilidad de una absolución. En *La vida breve* Brausen se sentaba en las noches de verano frente a una hoja de papel e intuía que el acto de escribir de algún modo misterioso lo salvaría.

Eso busca la mujer de *Un sueño realizado*: ser salvada o absuelta por la repetición de un sueño, recobrar y celebrar un instante de dicha inexplicada, unos minutos puros y milagrosos de presente, con todos sus detalles, sin imprecisiones, intangibles, a salvo de la corrupción, del desengaño y del olvido, con todo el lujo de la materialidad y del azar: así la negación se ha convertido gradualmente en afirmación, y los tonos sombríos de la mentira, de la memoria y de la decadencia resulta que ocultaban una celebración de la vida y del tiempo en estado de máxima pureza.

Así es siempre en Onetti. La lectura apresurada, o la simple rutina intelectual tienden a sugerir que el suyo es un mundo en el que sólo existen la desesperación y el horror, un mundo de bares sórdidos y mujeres derruidas, de crueldades ruines y lentas, de oscuridad y amargura. Al principio, cuando uno empezaba a leerlo, eso era lo que le llegaba más crudamente, las dosis indudables de toxicidad que hay en la obra de Onetti, sobre todo en algunos cuentos. A las tres de la madrugada, en las noches enfebrecidas de lectura de los veinte años, yo leía *El infierno tan temido* y una parte de mí no podía resistirlo y se negaba a seguir leyendo, pero a pesar de eso continuaba, y a la mañana siguiente el despertar tenía, por culpa del insomnio, un desagrado de luz sucia y de resaca. De las páginas de *Bienvenido, Bob*, igual que de algunos capítulos de *La vida breve* o *Juntacadáveres*, salía uno como con olor a ginebra mala y a ceniza fría y a sábanas sucias y sudadas en la ropa.

Costaba un poco más trabajo distinguir, en medio de aquellas rigurosas

representaciones del infierno, las rachas de belleza, era preciso aguzar el oído para percibir una línea melódica que discurría casi oculta, pero que, a medida que nos adiestrábamos, se nos volvió tan necesaria y tan conmovedora como la felicidad que dan sin previo aviso algunas canciones. En Onetti hay una permanente furia moral, una rabia indomable contra la sinrazón del tiempo y la deshonestidad y la cobardía que degradan a los hombres, pero la savia de la que se alimenta esa furia es el entusiasmo por lo no corrompido, el agradecimiento por los dones que algunas veces nos otorga la vida. En ninguna parte he visto contada esa clase de gratitud como en dos líneas de *La cara de la desgracia*, nadie más que Onetti sabe usar de ese modo la precisión y el pudor: «Nos ayudamos a desnudarla en lo imprescindible y tuve de pronto dos cosas que no había merecido nunca: su cara doblegada por el llanto y la felicidad bajo la luna, la certeza desconcertante de que no habían entrado antes en ella».

Leyendo palabras como éstas se va comprendiendo el sentido y el valor de los sueños que inventan en soledad o que se cuentan sin fatiga unos a otros los personajes de Onetti. La cualidad de embusteros, de cuentistas o de soñadores —albergando en esta peligrosa palabra igual sus significaciones más altas que las más vulgares— es el rasgo que los define, y no son más memorables en virtud de la calidad o de la originalidad de sus sueños, sino de la vehemencia con que se atreven a cuidarlos y a llevarlos a cabo, imperturbables frente a la realidad, incluso frente a la desgracia, el ridículo y la ruina, dispuestos siempre a revivir del fracaso y del tedio en el mismo instante en que se les ofrece una promesa ínfima de plenitud. Tan admirable, desaforado y trágico es el sueño de Jeremías Petrus de edificar un puerto y gran astillero en las orillas cenagosas del río como el sueño de Larsen, o Juntacadáveres, que consiste en la fundación de un prostíbulo perfecto.

En *Bienvenido, Bob*, el joven que más tarde se corromperá para ingresar, gordo y abotargado, en las ruindades de la vida adulta, sueña con convertirse en arquitecto para crear una ciudad utópica a lo largo de la costa de Santa María. En *Jacob y el otro*, el apócrifo príncipe Orsini quiere obstinadamente poner en práctica el sueño y la mentira del campeón mundial de lucha Jacob van Oppen. En cuanto a Brausen, ha soñado la ciudad entera y cada vida y pensamiento y emoción de cada uno de sus habitantes, y en la plaza principal hay una estatua suya de bronce que el doctor Díaz Grey mira desde la ventana de su consultorio, mientras se abrocha la bata blanca o se desprende de ella como de una vestidura litúrgica...

Aquí el círculo se cierra, y quien nos queda ahora, quien estaba detrás de todo, de los personajes, sus ciudades, sus pasiones, sus estupideces, sus heroísmos, sus embustes generosos o mediocres, es el más onettiano de todos los soñadores de Onetti, el hombre insomne y perezoso que ha ido inventando todas estas historias a lo largo de más de medio siglo, que las ha ido soñando mientras las escribía, como dejándose llevar por un impulso interior a ellas mismas, sin demasiada premeditación, pero con una persistencia invulnerable al desánimo, a los periodos de

indiferencia y de adversidad. En Buenos Aires, en Montevideo, en Madrid, ese hombre que casi nunca duerme y ya no se levanta de la cama y no para de fumar y de leer novelas policiales es el dios padre por quien el mismo Brausen fue creado, la inteligencia oculta que rige y presencia las vidas de los personajes, con una atención particular y única hacia cada uno de ellos, como la que nos decían que nos dedicaba el padre eterno de la teología católica. Escribir es, en gran parte, un sueño voluntario, al mismo tiempo abandonado y metódico, la sensación de que asistimos a la historia que estamos imaginando mientras la contamos. Los lectores de Juan Carlos Onetti hemos aprendido que algunos sueños pueden convertirse en verdad: cada uno de los relatos de este libro, por ejemplo, es un sueño realizado.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA



# Cuentos completos

## Avenida de Mayo-Diagonal-Avenida de Mayo

Cruzó la avenida, en la pausa del tráfico, y echó a andar por Florida. Le sacudió los hombros un estremecimiento de frío, y de inmediato la resolución de ser más fuerte que el aire viajero quitó las manos del refugio de los bolsillos, aumentó la curva del pecho y elevó la cabeza, en una búsqueda divina en el cielo monótono. Podría desafiar cualquier temperatura; podría vivir más allá abajo, más lejos de Ushuaia.

Los labios estaban afinándose en el mismo propósito que empequeñecía los ojos y cuadrículaba la mandíbula.

Obtuvo, primeramente; una exagerada visión polar, sin chozas ni pingüinos: abajo, blanco con dos manchas amarillas, y arriba, un cielo de quince minutos antes de la lluvia.

Luego, Alaska —Jack London— las pieles espesas escamoteaban la anatomía de los hombres barbudos —las altas botas hacían muñecos incaibles a pesar del humo azul de los largos revólveres del capitán de Policía Montada— al agacharse en un instintivo agazapamiento el vapor de su respiración falsificaba una aureola para el sombrero hirsuto y las sucias barbas castañas —Tanga's hacía exposición de su dentadura a orillas del Yukón— su mirada se extendía como un brazo fuerte para sostener los troncos que viajaban río abajo —la espuma repetía: Tanga's es de Sitka — Sitka bella como un nombre de cortesana.

En Rivadavia un automóvil quiso detenerlo; pero una maniobra enérgica lo dejó atrás, junto con un ciclista cómplice. Como trofeos del fácil triunfo, llevó dos luces del coche al desolado horizonte de Alaska. De manera que en mitad de la cuadra no tuvo mayor trabajo para eludir el ambiente cálido que sostenían en el «affiche» los hombros potentes de Clark Gable y las caderas de la Crawford; apenas si tuvo un impulso de subir al entrecejo las rosas que mostraba la estrella de los ojos grandes en medio del pecho. Tres noches o tres meses atrás había soñado con la mujer que tenía rosas blancas en lugar de ojos. Pero el recuerdo del sueño fue apenas un relámpago para su razón; el recuerdo resbaló rápido, con un esbozo de vuelo, como la hoja que acaba de parir la rotativa, y se acomodó quieto debajo de las otras imágenes que siguieron cayendo.

Instaló las luces robadas al auto en el cielo que se copiaba en el Yukón y la marca inglesa del coche, hizo resonar el aire seco de la noche nórdica con enérgicos *What* que no estaban enterrados en la cámara con sordina sino que estallaron como tiros en el azul frío que separaba los pinos gigantes, para subir luego como cohetes hasta el

blanco estelar de la Peñascosas.

Cuando Brughtton se agachó, cubriendo con su cuerpo enorme la fogata, y él, Victor Suaid, se irguió con el Coroner listo para disparar, una mujer hizo brillar sus ojos y un crucifijo entre la piel de su abrigo, tan cerca suyo que sus codos intimaron.

En el misterio de la espalda, el chaleco de Suaid marcó dos profundos ecuadores al impulso de la aspiración con que quiso incrustarse en el cerebro el perfume de la mujer y la mujer misma, mezclada al frío seco de la calle.

Entre las dos corrientes de personas que transitaban, la mujer fue pronto una mancha que subía y bajaba, de la sombra a la luz de los negocios y nuevamente a la sombra. Pero quedó el perfume en Suaid, aventando suave y definitivamente el paisaje y los hombres; y de la costa del Yukón no quedó más que la nieve, una tira de nieve del ancho de la calzada.

—Norte América compró Alaska a Rusia en siete millones de dólares.

Años antes, este conocimiento hubiera suavizado la estilográfica del mayor Astin en la clase de geografía. Pero ahora no fue más que un pretexto para un nuevo ensueño.

Hizo crecer, a los lados de la tira de nieve, dos filas de soldados a caballo. Él, Alejandro Iván, Gran Duque marchaba entre los soldados, al lado de Nicolás II, limpiando a cada paso la nieve de las botas con el borde de un «úlster» de pieles.

El Emperador caminaba balanceándose, como aquel inglés, segundo jefe de tráfico del Central. Las pequeñas botas brillaban al paso marcial, que ya era la única expresión posible de su movilidad.

—Stalin suprimió la sequía en el Volga.

—¡Alegría para los boteros, Majestad!

El colmillo de oro del Zar lo confortó. Nada importaba nada —energía, energía— los pectorales contraídos bajo la comba de los cordones y la gran cruz, las viajes barbas de Verchencko el conspirador.

Se detuvo en la Diagonal, donde dormía el Boston Building bajo el cielo gris, frente a la playa de automóviles.

Naturalmente, María Eugenia se puso en primer plano con el vuelo de sus faldas blancas.

Sólo una vez la había visto de blanco; hacía años. Tan bien disfrazada de colegiala, que los dos puñetazos simultáneos que daban los senos en la tela, al chocar con la pureza de la gran moña negra, hacían de la niña una mujer madura, escéptica y cansada.

Tuvo miedo. La angustia comenzó a subir en su pecho, en golpes cortos, hasta las cercanías de la garganta. Encendió un cigarrillo y se apoyó en la pared.

Tenía las piernas engrilladas de indiferencia y su atención se iba replegando, como el velamen del barco que ancló. Con el silencio del cinematógrafo de la infancia, las letras de luz navegaban en los carriles del anunciador: AYER EN BASILEA — SE CALCULAN EN MÁS DE DOS MIL LAS VÍCTIMAS.

Volvió la cabeza con rabia.

—¡Que revienten todos!

Sabía que María Eugenia venía. Sabía que algo tendría que hacer y su corazón perdía tontamente el compás. Lo desazonaba tener que inclinarse sobre aquel pensamiento; saber que, por más que aturdiera su cerebro en todos los laberintos, mucho antes de echarse a descansar encontraría a María Eugenia en una encrucijada. Sin embargo, hizo automáticamente un intento de fuga:

—Por un cigarrillo... iría hasta el fin del mundo...

Veinte mil «affiches» proclamaron su plagio en la ciudad. El hombre de peinado y dientes perfectos daba a las gentes su mano roja, con el paquete mostrando —1/4 y 3/4— dos cigarrillos, como dos cañones de destructor apuntando al aburrimiento de los transeúntes.

—... hasta el fin del mundo.

María Eugenia venía con su traje blanco. Antes de que hicieran fisonomía los planos de la cara, entre las vertientes de cabello negro, quiso parar el ataque. El nivel de miedo roncó junto a las amígdalas:

—¡Hembra!

Desesperado, trepó hasta las letras de luz que iban saliendo una a una, con suavidad de burbujas, de la pared negra: EL CORREDOR MC CORMICK BATIÓ EL RÉCORD MUNDIAL DE VELOCIDAD EN AUTOMÓVIL.

La esperanza le dio fuerzas para desalojar de un solo golpe el humo, uniendo la o de la boca con el paisaje.

DAD EN AUTOMÓVIL — HOY EN MIAMI.

El chorro de humo escondió en oportuno «camouflage» el perfil que comenzaba a cuajar. Haciendo triángulo con el cutis áspero de la pared y el suelo cuadriculado, el cuerpo quedó allí. El cigarrillo entre los dedos, anunciaba, el suicidio con un hilo lento de humo.

HOY EN MIAMI ALCANZANDO UNA VELOCIDAD MEDIA.

Sobre la arena de oro, entre gritos enérgicos, Jack Ligett, el *manager*, pulía y repulía las piezas brillantes del motor. El coche, con nombre de ave de cetrería, semejava una langosta gigante y negra, sosteniendo incansable, con dos patitas adicionales, la hoja de afeitar de la proa.

Los retorcidos tubos de órgano, a babor y estribor, dieron veinte y veinte detonaciones simultáneas una a una, que se fueron en nubecillas lentas. Con el filo de las ruedas a la altura de las orejas se inició la carrera. Cada estampido tenía resonancias de júbilo dentro de su cráneo y la velocidad era el espacio entre las dos huellas, convertido en una viborilla que danzaba en el vientre.

Miró el rostro de Mc Cormick, piel oscura ajustada sobre huesos finos. Bajo el yelmo de cuero, tras las antiparras grotescas estaban duros de coraje los ojos y en la sonrisa sedienta de kilómetros que apenas le estiraba la boca, se filtró la orden breve, condensada en un verbo en infinitivo.

Suaid se inclinó sobre la bomba y empujó el coche a golpes. Golpeó hasta que el viento se hizo rugido, y en la navegación las ruedas tocaban suavemente el suelo, que las despedía rápido, como la ruleta, a la bola de marfil. Golpeó hasta que sintió dolerle la viborilla del vientre, fina y rígida como una aguja.

Pero la imagen era forzada, y la inutilidad de este esfuerzo se patentizó, cierta, sin subterfugios posibles.

La fuga se apagó como bajo un golpe de agua y Suaid quedó con la cara semihundida en el suelo, los brazos accionando en movimientos precisos de semáforo.

—Esconderme...

Pero se puso debajo de sí mismo, como si el suelo fuera un espejo y su último yo la imagen reflejada.

Miraba los ojos velados y la tierra húmeda en la cuenca del izquierdo. La nariz apenas aplastada en la punta, como la de los niños que miran tras las vidrieras, y los maxilares tascando la lámina dura y lisa de la angustia. El escaso pelo rubio rayaba la frente y la mancha de la barba en el cuello se iba haciendo violeta.

Cerró los ojos fuertemente, y trató de hundirse; pero las uñas resbalaron en el espejo. Vencido aflojó el cuerpo, entregándose, solo, en la esquina de la Diagonal.

Era el centro de un círculo de serenidad que se dilataba borrando los edificios y las gentes.

Entonces se vio, pequeño y solo, en medio de aquella quietud infinita que continuaba extendiéndose. Dulcemente, recordó a Franck, el último de los soldados de pasta que rompiera; en el recuerdo, el muñeco solo tenía una pierna y la renegrida U de los bigotes se destacaba bajo la mirada lejana.

Se miraba desde montones de metros de altura, observando con simpatía el corte familiar de los hombros, el hueco de la nuca y la oreja izquierda aplastada por el sombrero.

Lentamente, desabrochóse el saco, estiró las puntas del chaleco y volvió a deslizar los botones en los tajos de los ojales. Terminada la despaciosa operación, se quedó triste y sereno, con María Eugenia metida en el pecho.

Ahora caían las costras de indiferencia que protegieran su inquietud y el mundo exterior comenzaba a llegar hasta él.

Sin necesidad de pensarlo inició el retroceso por Florida. La calle, desierta de ensueños, había perdido la dentadura de Tanga's y la barba rubia de Su Majestad Imperial.

La claridad de los escaparates y las grandes luces colgadas en las esquinas daban ambiente de intimidad a la estrecha calzada. Se le antojó un salón del siglo anterior, tan exquisito, que los hombres no necesitaban quitarse el sombrero.

Apuró el paso y quiso borrar un sentimiento indefinido, con algo de debilidad y ternura, que sentía insinuarse.

Con una ametralladora en cada bocacalle se barría toda esta morralla.

Era la hora del anochecer en todo el mundo.

En la Puerta del Sol, en Regent Street, en el Boulevard Montmartre, en Broadway, en Unter den Linden, en todos los sitios más concurridos de todas las ciudades, las multitudes se apretaban, iguales a las de ayer y a las de mañana. ¡Mañana! Suaid sonrió, con aire de misterio.

Las ametralladoras se disimulaban en las terrazas, en los puestos de periódicos, en las canastas de flores, en las azoteas. Las había de todos los tamaños y todas estaban limpias, con una raya de luz fría y alegre en los cañones pulidos.

Owen fumaba echado en el sillón. La ventana hacía pasar por debajo del ángulo que formaban sus piernas los guiños de los primeros avisos luminosos, los ruidos amortiguados de la ciudad que se aquietaba y la lividez del cielo.

Suaid, junto al transmisor telegráfico, acechaba el paso de los segundos con una sonrisa maligna. Más que las detonaciones de las ametralladoras, esperaba que el momento decisivo, agitara los músculos de Owen, transparentándose emociones tras la córnea de los ojos claros.

El inglés siguió fumando, hasta que un chasquido del reloj anunció que el pequeño martillo se levantaba para dar el primer golpe de aquella serie de siete, que se iban a multiplicar, en forma inesperada y millonaria, bajo las campanas de todos los cielos de Occidente.

Owen se incorporó y tiró el cigarrillo.

—Ya.

Suaid caminaba, estremecido de alegría nerviosa. Nadie sabía en Florida lo extrañamente literaria que era su emoción. Las altas mujeres y el portero del Grand ignoraban igualmente la polifurcación que tomaba en su cerebro el «Ya» de Owen. Porque «Ya» podía ser español o alemán; y de aquí surgían caminos impensados, caminos donde la incomprensible figura de Owen se partía en mil formas distintas, muchas de ellas antagónicas.

Ante el tráfico de la avenida, quiso que las ametralladoras cantaran velozmente, entre pelotas de humo, su rosario de cuentas alargadas.

Pero no lo consiguió y volvióse a contemplar Florida. Se encontraba cansado y calmo, como si hubiera llorado mucho tiempo. Mansamente, con una sonrisa agradecida para María Eugenia, se fue hacia los cristales y las luces policromas que techaban la calle con su pulsar rítmico.

## El obstáculo

Se fue deteniendo con lentitud, temeroso de que la cesación brusca de los pasos desequilibrara violentamente el conjunto de ruidos mezclados en el silencio. Silencio y sombras en una franja que corría desde el rugido sordo de la usina iluminada hasta las cuatro ventanas del club, mal cerradas para las risas y el choque de los vasos. También, a veces, los tacazos en la mesa de billar. Silencio y sombras acribillados por el temblor de los grillos en la tierra y el de las estrellas en el cielo alto y negro.

Ya debían ser las diez, no había peligro. Dobló a la derecha y entró en el monte, caminando con cuidado sobre el crujir de las hojas, mientras sostenía el saco contra la espalda, los brazos cruzados en el pecho. Oscuro y frío; pero sabía el camino de memoria y la boca entreabierta le iba calentando el pecho, deslizando largas pinceladas tibias bajo la listada camisa gris.

Al lado de la tranquera, pintada de cal, se detuvo nuevamente. Allí empezaba la vereda de ladrillos cuadriculada en blanco que iba hasta la Dirección bajo una peligrosa luz de faroles. Si me ven, digo que no podía dormir. No me van a decir nada. Que salí a tomar aire. Boleó una pierna sobre el tejido, pero un pensamiento lo aquietó, montado en el alambre. ¡Qué cambiado todo! Hace diez años... No pensó más; pero vinieron rápidos los recuerdos, nítidos y familiares a fuerza de ser siempre los mismos... La mañana de verano en que lo trajeron a la escuela... El despacho del director, el hombre gordo que lo mira con cariño atrás de los lentes y lo palmea.

—Tenés cara de bueno, negrito —y riendo porque él era tan pequeño y débil—. Vos no te vas a escapar, ¿verdad?

Giró la otra pierna y quedó sentado. Y no me escapé, nomás. Pero cuando lo jubilaron y vino el alemán. Sonrió... Cuando trajeron al alemán... Se balanceó en el alambre, mirando la huida en el atardecer, el refugio de los cañaverales, los hombres inclinados encima suyo, turnándose para golpearlo.

Hijos de...

Tembló al ruido de la voz y siguió caminando rápidamente entre los árboles. Hijos de perra. Y todos eran iguales. Tropezó en un tronco y miró alrededor, abriendo los ojos. La zanja, el tronco de eucalipto, la lanza del viejo portón... No, más adelante. Siguió. El caso era recordar cuándo pusieron la vereda de ladrillos y los faroles y el alambrado. Estaba seguro de que habían hecho todo junto con el nuevo edificio de la Dirección: pero ahora le parecía ver al profesor de gimnasia mirando trabajar en la vereda. Y como el profesor había venido mucho después de inaugurado

el nuevo edificio... Olió el tabaco y se paró, abrazado de espaldas a un árbol... Sí, allí estaban. Veía enrojecerse suavemente las caras junto a los cigarrillos. Silbó despacio, dos cortos y uno largo. Le contestaron y cruzó en línea recta hasta unirse con los otros que esperaban en el suelo.

—Hola, Negro.

—Salú.

—¿Recién llegas?

Barreiro estaba sentado, agarradas las manos sobre las rodillas. El Flaco fumaba estirado en el pasto, cara al cielo, plantado el cigarrillo entre los labios. Los miró distraído y después hacia las ventanas del club. Vaya a saber a qué horas se cansarán de jugar. Ya en el suelo siguió pensando con agrado en el salón del club donde se elevaban las voces entre el flotante humo azulado, en los blancos sillones de cuero y el enorme retrato encima de la chimenea. Y la vereda de ladrillos y la fila de luces colgando sobre la calle no estaban cuando hicieron la casa del director. Seguro; pero, sin embargo, seguía viendo al profesor de gimnasia, con el sombrero de paño blanco y las manos en los bolsillos, diciendo alguna cosa a los hombres que construían la vereda. Encogió los hombros y echó la gorra sobre los ojos.

—Dame un cigarrillo.

Trabajosamente, el Flaco introdujo una mano en el bolsillo del pantalón, le alargó el paquete y volvió a quedarse como antes, el pucho en un lado de la boca, los ojos entrecerrados mirando para arriba. Barreiro le alcanzó fuego:

—¿Y? ¿Esta noche, nomás?

Encendió y tragó con fuerza, calentándose a la humada áspera.

—Sí; en cuanto apaguen las luces del club salimos.

—¿Y no sería mejor cruzar la granja derecho hasta la vía?

—No, vamos por el arroyo.

El otro cruzó nuevamente las manos sobre las piernas... Cuidadosamente, el Flaco tomó el cigarrillo y lo tiró lejos. Dobló la cabeza para mirar extinguirse la brasa. Después escupió, cruzó las manos bajo la nuca y rió suavemente...

—Mirá, Negro... Si al director se le ocurriera esta noche hacerte capataz de la usina. Y vos pasando hambre por ahí...

Volvió a reírse mientras cruzaba las piernas.

—No hay cuidado... Lo van a hacer capataz al adulón de Fernández. Se lo oí al ingeniero esta tarde.

Barreiro lo miró con una sonrisa de simpatía:

—Entonces... ¿te venís con nosotros?

—Y claro... Ya me engañaron bastante.

El Flaco volvió a reírse y, sin saber por qué, el Negro tuvo ganas de pisarle la cara; pero no dijo nada y siguió fumando, observando entre la niebla del humo los cuadriláteros amarillos en la fachada del club. Sería lindo estar adentro, sentarse en un sillón con los pies sobre la mesa y pedir algo fuerte para tomar. Hacer carambolas



y carambolas, sin fallar nunca, hasta cansarse. Jugar a los naipes, él y el director contra el médico y el ingeniero. Una partida de truco en que las manos se le llenarían de flores de treinta y ocho. Pero más lindo que todo eso sería empezar a golpes con los empleados, las luces y las botellas. Hijos de perra...

Entrando en su odio repentino, la risa previa del Flaco tenía algo de insulto personal. Esperó, apretando los dientes.

—¿Sabes que Forchela está mal? Dio vuelta la cabeza rápido, mirando la cara pálida y maligna del otro.

—¡Que reviente!

El flaco volvió a reírse, ahora largamente, temblándole el pecho en sacudidas. Murmuró:

—Qué modo tenés de tratar a tu...

El Negro se incorporó de un salto, fija la mirada en la cara que iba a aplastar bajo el botín.

—¿A mí qué, dijiste?

No le importaba que lo dijeran; no le importaba decirlo él mismo. Pero sabía que el Flaco se burlaba a sus espaldas y lo sentía movido por un despecho amargo.

—Vamos, vamos... No se van a pelear ahora —intervino Barreiro, temeroso de que la disputa hiciera fracasar la fuga—. Yo estuve de tarde en el hospital. Forchela está en un delirio.

Mordió el cigarrillo con rabia y clavó los ojos en las ventanas. Hasta las doce no se irían. Si el enfermero lo dejara entrar...

Barreiro estiró los brazos, bostezando. Luego se acostó.

—¿Por qué no te das una vuelta por el hospital?

El otro subrayó roncamemente:

—Claro. Hay que despedirse de los amigos.

El Negro caminó unos pasos, vacilando, tratando de adivinar el pensamiento de los otros. Dijo con fuerza:

—¿Yo? Y a mí qué me importa... —Se puso el saco, agregando entre dientes—: Lo que si voy a dar una vuelta. Total, hasta las doce...

Todavía esperó algo; un movimiento, una frase de protesta y desconfianza que le sirviera para afirmarse en sí mismo. Comprender por qué estaba ahora débil e inquieto. Pero no lo ayudaron o tuvo que irse otra vez entre los árboles, mirando con el ceño apretado las quietas hojas que de trecho en trecho lustraba suavemente algún farol colado entre las ramas.

Hacía diez años. Todo estaba cambiado y el profesor de gimnasia gastaba plácidamente la mañana luminosa charlando con los albañiles. Detrás de los vidrios brillaban simpáticos, los ojos del director, mientras le golpea un hombro. «No te vas a escapar...».

Sacudió la cabeza para sumergirla en otros pensamientos. Dentro de dos horas andarían corriendo por la tierra húmeda, resbalando entre los tubos forrados de las

cañas. Buenos Aires. Pensó en la ciudad y quedó desconcertado, rascando la superficie áspera de la tranquera.

Porque detrás del nombre estaban el bajo de Floret, los diarios vendidos en la plaza, la esquina del Banco Español, el primer cigarrillo y el primer hurto en el almacén. Estaba la infancia, ni triste ni alegre, pero con una fisonomía inconfundible de vida distinta, extraña, que no podía entenderse del todo ahora. Pero también estaba el Buenos Aires que habían hecho los relatos de los muchachos y los empleados, las fotografías de los pesados diarios de los domingos. Las canchas de fútbol, la música de los salones de tiro al blanco en Leandro Alem.

Pensativo, pedaleaba en el alambre y una vibración se corría rápida en las sombras. No podía juntar las imágenes, comprender que la ciudad contenía ambas cosas. A veces, Buenos Aires era la gente rodeando el toldo rojo que ponían los sábados de tarde en San José de Flores; otras, una calle flanqueada de carteles a todo color y luces movedizas por donde pasaba la gente riendo y charlando en voz alta. Y siempre había, junto a la puerta cordial de la casa de tiro al blanco, un marinero rubio y borracho, con una rosa prisionera entre los dientes.

Lo sacudió un ruido de pasos, y Barreiro, ya junto a él, no le dio tiempo para asustarse.

—Mirá, Negro.

Hablaba rápido, el cigarrillo en la boca, los puños clavados en la cintura, traduciendo oscuramente algo de resolución y desafío.

—Te aviso que si vos te quedas, nosotros nos vamos a ir, igual.

—Claro que nos vamos. Los tres. ¿A qué viene eso?

Barreiro balanceó la cabeza y dejó de mirarlo.

—No, por nada. Te decía, no más. Que igual nos vamos.

El Negro encogió los hombros. Se atragantó con un montón de palabras y un odio feroz —incomprensible. Mientras Barreiro se asomaba por encima de la tranquera para mirar al club, él respiró con ansia, entornando los ojos.

—Cuándo se irán esos...

Barreiro se ajustó el cinto y se alejó sin ruido metiéndose lento en la oscuridad.

El Negro miró hasta el fin la raya blanca del cuello que se iba deslizando bajo los árboles. Pasó las piernas por encima del alambre y siguió andando en la noche.

Se detuvo, indeciso, aspirando el vago olor a desinfectante. Como un esqueleto de museo, la pérgola del pabellón A. Pensó que tendría que cruzar la gran sala y que los muchachos aún no dormidos lo verían pasar. Vergüenza de que supieran que había venido a esas horas a preguntar por Forchela. Las miradas de burla y los chistes groseros iban a enlazarle las piernas. Se apoyó en las maderas donde se enredaban los rosales. Una flor, la última, escondía los pétalos amarillentos contra el blanco listón. Ya que iban a reírse, que fuera él el primero. Cruzaría la sala con una sonrisa cínica, alta la rosa en la mano.

La arrancó y subió los tres escalones. En el «hall», el enfermero leía sentado en

un banco, mientras chupaba el mate con un ronquido.

—Hola, Negro. ¿Qué hacés a estas horas?

—Nada... Me mandaron a ver si estaban guardadas las herramientas y se me ocurrió...

El enfermero se sacó los lentes y lo miró un rato, deteniéndose en la mano que apretaba la gorra y la flor. Pero, a pesar de la invitación abierta que había en la cara del muchacho, no se rió. Tal vez no supiera. Dejó el diario y se levantó con aire cansado.

—¿Te dijeron de Forchela? Si querés verlo... Dificulto que pase la noche.

Lo siguió entre las filas de camas, sin ver nada, colgando ahora la cara en una expresión idiota y escondiendo maquinalmente la rosa en el bolsillo del pantalón. De entre las mantas grises de las camas saltaron palabras hacia él; pero todas caían sin tocarlo, como vencidas en el aire por falta de peso.

Solo en la salita, al pie de la cama, trató de luchar contra el sopor que lo envolvía. Se apoyó en los barrotes y sonrió a la cabeza de la almohada. El otro arregló las cobijas, tomó el pulso al enfermo y se incorporó diciendo:

—Si no tenés qué hacer, quédate un rato. Yo estoy preparando un remedio en la farmacia.

El Negro movió la cabeza asintiendo; pero no entendía nada, mirando aterrorizado la cara flaca y enrojecida que Forchela movía acompasadamente, ayudándose a respirar. Quedaba algo del muchacho en el pelo claro, en los dientes donde hacía una raya la luz, acaso en la frente redonda. Pero el resto era de la cara de un hombre viejo, de un hombre repugnantemente avejentado por el vicio.

Miraba fijamente, hipnotizado por un extraño miedo, temeroso de hablar y de moverse, espantado ante la idea de que el otro fuera a despertar, a sonreírle con la boca encendida y marchita, a mirarlo también con sus ojos de vidrio.

Hizo un esfuerzo y logró apartarse de la cama, dando unos silenciosos pasos por el suelo embaldosado. Inútilmente buscó algo en qué detenerse en la limpia pared de azulejos. Junto a la ventana entreabierta, el aire de la noche le sirvió para aferrarse a la idea de la fuga. Antes de la mañana estarían cruzando frente a las caballerizas, a dos cuadras del camino. Al amanecer, en la esquina del almacén... Pero en seguida se dio vuelta, temeroso de ofrecer la espalda, seguro de que si llegaba a descuidarse el moribundo iba a sonreírse, a levantar la cabeza, los párpados, las flacas manos crispadas. Cosas frías y terribles porque la muerte había entrado ya en su cuerpo y cualquier movimiento podría derramarla en el cuarto.

Se acercó a la cama y descolgó el cartón. Nombre: Pedro Panon. Argentino. Diagnóstico. No entendía las extrañas palabras trazadas en letra redonda ni la zigzagueante línea negra que mostraba la fiebre. Entonces suspiró, juntando las cejas, tranquilizado en la cobardía de poder jugar a que estaba absorto en la indecisa línea quebrada, analizando cuidadosamente el estado del enfermo. Nada más que un momento; porque en seguida intuyó un significado nuevo y angustioso en el nombre

escrito en el cartón. El nombre que designaba al cuerpo inmóvil en la cama y que, sin embargo, ya no era Pedro Panon ni nadie. Volvió a colgar el cuadro, lleno el pecho de una inquietud implacable, moviendo los ojos como un animal en peligro. Suspiró y se fue acercando a la cabeza.

Sí; era necesario tener el valor de caminar hasta que la cabeza quedara debajo de sus ojos y mirarla atentamente, con fría curiosidad. Así, fuerte en su misterio, la cara le estaba haciendo una invisible mueca de llamado en la pieza silenciosa. Había que ir y ver.

Tomó confianza al reconocerlo con mayor nitidez; la frente y también los ojos. Hasta llegó a sonreírle e insinuar una caricia con la mano. Pero de pronto sintió que era preferible no ver nada de la cara del muchacho en aquella a la que la sábana cercenaba el mentón. Era monstruoso comprobar que los rasgos que aún resistían a la enfermedad, los que seguían siendo de su amigo, estaban unidos en este rostro a rasgos extraños y repugnantes. Y ya nunca podrían separarse, fundidos para siempre unos con otros en el calor de la fiebre. Reculó para irse; entonces la cara de viejo de la almohada se movió apenas hacía los lados, paralizándolo. Lo oía respirar más ligero por la nariz temblorosa, mientras que dos líneas de saliva se estiraban en las esquinas de la boca. Ahora ya no podía irse. Encogió el cuerpo hasta sentarse en la silla de hierro, juntas las manos sobre el vientre, y quedó mirando quietamente el flaco perfil, echada hacia adelante la rapada cabeza.

—¿Qué tal? ¿Sigue tranquilo? Vengo en seguida.

Se borró de la puerta la túnica blanca del enfermero. Acomodó el cuerpo en la silla, otra vez solo con la cara angulosa en la almohada, comprendiendo de golpe que era inútil seguir luchando, que estaba preso en la salita del moribundo, que no se iría aquella noche ni nunca. Barreiro y el Flaco resbalarían en la noche hacia los pajonales del río, alcanzarían los potreros antes del amanecer y el sol los iba a encontrar lejos, caminando velozmente por la carretera. Y a la noche entrarían en la ciudad del marinero borracho, pasearían por la calle de luces saltarinas. Él no podía irse; tenía que asistir hasta el final el rito misterioso de la muerte.

Se irguió, mirando siempre la roja nariz del enfermo, la baba de la boca torcida. Mordió lentamente el insulto más sucio y un pensamiento le barrió la cara como una sombra de sonrisa. La imagen de los otros, libres, corriendo encorvados por el campo anochecido, le quemaba tenaz en el pecho.

—A mí no me van...

En el «hall» se cruzó con el enfermero. Murmuró algo y saltó los escalones. Empezó a trotar por el camino de tierra, mirando fijo las ventanas del club todavía amarillas de luz.

Seguía mirando la cabeza cuando ya la luz de la mañana extendía en los vidrios azulosos paños. Estaba más pálida y el aire salía y entraba pausadamente, sin molestarla, con un tenue silbido. También se había hecho más pesada y ahora se hundía hasta las orejas en el hueco de la tela, como si la nuca hubiera empleado la

noche en un tenaz trabajo de excavación. Y la enfermedad en retirada le iba mostrando nuevamente la cara familiar del muchacho, a la que la luz intensa de la mañana concluía de limpiar las manchas de la fiebre.

—Buenos días. ¿Cómo sigue el enfermo?

El traje gris y los lentes de oro del director. Era extraño que no hubiera oído el automóvil. Atrás, un montón de caras de empleados. Alguien apagó la luz ya inútil. El enfermero, un momento en la puerta. Entre las nubes del sueño, ya casi insoportable, los vio rodear la cama e inclinarse, mientras hablaban en voz baja. Por la ventana entraba una línea de aire que hacía estremecer el cartón de la quebrada línea negra y un ruido de pasos veloces. Entró el médico, abrochándose la túnica, orillándole en el pelo gruesas gotas de agua. Tomó un rato entre los dedos la flaca muñeca caída sobre la colcha. Luego levantó un párpado de la cabeza, que seguía emblanqueciendo. No recordaba si el médico había dicho «es triste» o «está listo» al director, que se acariciaba la boca con dos dedos, inclinada la cabeza sobre el pecho. La levantó y se dirigió a él, poniéndole una mano en el hombro.

—Quiero darte las gracias; te has portado como un hombre. Hace una hora los encontramos, entre las cañas del río.

Hizo una pausa. El Negro aprovechó para gozar con la idea de la paliza que se habrían llevado los otros y las que los esperaban, durante unas cuantas noches, en la celda del pabellón correccional.

—Además, ha sido muy noble tu actitud al no querer acostarte para cuidar a tu pobre compañero. Yo he impuesto aquí una disciplina de hierro porque era necesario. Pero también sé premiar a los que se lo merecen. Acabo de hablar con el ingeniero. El puesto de capataz en la usina es tuyo. Empezarás a trabajar el lunes. Y ahora es necesario que te vayas a dormir, que buena falta te hace.

El Negro dijo «gracias» y sonrió confuso. Los empleados no sabían si destinar sus caras endurecidas de importancia al cuerpo de la cama, a la fuga que habían impedido o a la generosidad del director. Se fue pensando que éste hablaba como el cura, y, ya en la puerta, saludó al día con un rabioso:

—¡Qué hijo de perra!

¡Qué hijo de perra!, murmuró sin saber por quién, mientras se levantaba apretándose los riñones doloridos. Los otros iban más adelante mezclándose por momentos con la noche que caía rápida. Sobre el cielo ennegrecido, los cuerpos, prolongados en las herramientas de trabajo, hacían extraños dibujos retintos. El guardián vigilaba la fila en regreso, recorriéndola a caballo, alzando el grueso rebenque que colgaba de la muñeca.

El Negro volvió a agacharse entre las ruedas buscando el por qué del tractor descompuesto. Las manos engrasadas tanteaban el frío del hierro. Me parece... Ya es de noche y no tenemos farol. Volvió a verse, camino del cementerio, medio cuerpo endurecido por el peso del ataúd. Ni que estuviera relleno de plomo. Todo el día sin dormir. Al recuerdo, volvió a clavársele la punzada en los riñones. Movié las caderas

y, trabajosamente, aflojó una tuerca con la pinza. Y después los discursos, de pie en el frío, muerto de cansancio, idiotizado de sueño. El brazo se alargó, regresando con el cortafrío. Hizo palanca, empujando con todas las fuerzas. Inútil. Entonces cerró los ojos, desolado, inmóvil en cuatro patas junto a la cuchilla de acero de la máquina. Y lo peor no era el cansancio ni el sueño, sino aquella sorda angustia que se revolvía lenta en su pecho desde ayer. Aquello que lo ahogaba sin un momento de tregua y que le era imposible conocer.

El aliento cálido del caballo le acarició la nuca y la voz recia cayó como un chorro.

—¿Y a vos qué te pasa? ¿Todavía no pudiste arreglar eso?

Contestó sin moverse:

—No sé. Sin luz...

Oyó que el otro desmontaba. Sólo entonces abrió los ojos y se incorporó.

—Me parece que no es la tuerca. Habrá que sacar la cuchilla.

El otro se acuclilló, doblando la cabeza para ver mejor. El Negro lanzó los ojos soñolientos hacia el fondo del paisaje, donde los camaradas no eran ya más que una nube negra y larga. Luego miró hacia abajo. Fue entonces que se aquietó la terca angustia en el pecho y una paz enorme entró violentamente en su alma. Ahora todo estaba claro y sencillo; y aunque ni a sí mismo hubiera podido explicar la causa de su repentina dicha, sabía por fin qué era necesario hacer. Como si alguien, invisible en el quieto anochecer helado, le derramara la verdad en los oídos.

El hombre rezongó entre los negros radios de las ruedas. Le acercó la mano en que se balanceaba como una muestra el rebenque coronado en plata.

—¿Tenés un fósforo?

Fue una simple alegría la que lo afirmó en las piernas, apelonándole los músculos del brazo.

—Si. Tome.

El cortafrío brilló en un rápido viaje circular y golpeó en la cabeza doblada del hombre, junto a la curva oscura de la patilla. No hubo necesidad de más porque el cuerpo se aquietó bajo la máquina, ovillado como para que el calor se le fuera despacio, avaramente. Abrió la mano y la herramienta desapareció en el suelo. Se restregó lentamente contra la tela del pantalón el dorso de la mano que algo acababa de salpicar. Levantó la cabeza al cielo dilatado y entonces la noche se precipitó incontenible en el paisaje, vibrando misteriosa en los astros, en los perros lejanos y en el ruido de clavijas de los charcos.

Venía la noche. Rápidamente se apartó del tractor y fue a su encuentro. Corrió en línea recta, ágil y alegre, seguro de que la angustia quedaba allí, enfriándose sobre la negra tierra roturada. La gran noche incomprensible y secreta venía veloz en su busca y se deslizaba bajo su cuerpo incansable. Zambulló entre los hilos del alambrado y siguió corriendo. Saltó la zanja con un fragmentado espejo en el fondo y continuó su carrera. Ahora los pies golpeaban locamente en el pasto humedecido, atrayendo

vertiginosamente el ombú junto al pozo. Corrió unos metros en arco y tomó a la derecha, arrastrando la larga sombra de luna que acababa de nacerle. El cansancio le sacudía feroz el pecho, abriéndole los labios entre los dientes apretados; pero siguió corriendo, corriendo, apilando minutos y metros, como si aquella felicidad salvaje que se le había aparecido bruscamente lo llevara veloz de la mano, hendiendo la noche de hielo. Entró en el maizal a la carrera: tropezó en seguida, perdiéndose, boca abajo en la sombra.

Giró con los brazos en cruz. Un ardiente dolor en la mejilla lo hizo despertar y abrió los ojos a una pequeña luna redonda, alta ya en el cielo. Se incorporó con cuidado y escuchó. Nada. De rodillas, sacó la cabeza y miró alrededor. Nadie. Se puso de pie y continuó caminando, un poco rengo, temblando a sus espaldas la pequeña sombra circular. Entre los alambres que bordeaban el camino lo fijó un canto de gallo, trepando entrecortado en la noche. Luego, jovialmente, tomó impulso en el alambrado y pasó la zanja. Como una pálida lengua bajo la luna, el camino se iba en la noche. Sacó la mano del bolsillo con la rosa seca y áspera; la tiró a un costado, lejos, restregándose luego los dedos entre sí para separar los restos de la flor. Después apresuró el paso y se fue por el camino, en busca de la noche próxima, que le aguardaba una espera de diez años en la calle enjoyada de luces, con el reguero de detonaciones del salón de tiro al blanco, las grandes risas de sus mujeres, el marinero rubio y tambaleante.

## El posible Baldi

Baldi se detuvo en la isla de cemento que sorteaban veloces los vehículos, esperando la pitada del agente, mancha oscura sobre la alta garita blanca. Sonrió pensando en sí mismo, barbudo, el sombrero hacia atrás, las manos en los bolsillos del pantalón, una cerrando los dedos contra los honorarios de «Antonio Vergara —Samuel Freider». Decía tener un aire jovial y tranquilo, balanceando el cuerpo sobre las piernas abiertas, mirando plácido el cielo, los árboles del Congreso, los colores de los «colectivos». Seguro frente al problema de la noche, ya resuelto por medio de la peluquería, la comida, la función de cinematógrafo con Nené. Y lleno de confianza en su poder, la mano apretando los billetes porque una mujer rubia y extraña, parada a su lado, lo rozaba de vez en vez con sus claros ojos. Y si él quisiera...

Se detuvieron los coches y cruzó, llegando hasta la Plaza. Siguió andando, siempre calmoso. Una canasta con flores le recordó la verja de Palermo, el beso entre jazmines de la última noche. La cabeza despeinada de la mujer caía en su brazo. Luego el beso rápido en la esquina, la ternura en la boca, la ternura e la boca, la interminable mirada brillante. Y esta noche, también esta noche. Sintió de improviso que era feliz; tan claramente, que casi se detuvo, como si su felicidad estuviera pasándole al lado, y él pudiera verla, ágil y fina, cruzando la plaza con veloces pasos.

Sonrió al agua temblorosa de la fuente. Junto a la gran chiquilla dormida en piedra, alcanzó una moneda al hombre andrajoso que aún no se la había pedido. Ahora le hubiera gustado una cabeza de niño para acariciar al paso. Pero los chicos jugaban más allá, corriendo en el rectángulo de pedregullo rojizo. Sólo pudo volcarse hincando los músculos del pecho, pisando fuerte en la rejilla que colaba el viento cálido del subterráneo.

Siguió, pensando en la caricia agradecida de los dedos de Nené en su brazo cuando le contara aquel golpe de dicha venido de ella, y en que se necesita un cierto adiestramiento para poder envasar la felicidad. Iban a lanzarse en la fundación de la Academia de la Dicha, un proyecto que adivinaba magnífico, con un audaz edificio de cristal saltando de una ciudad enjardinada, llena de «bares», columnas de níquel, orquestas junto a playas de oro, y miles de «affiches» color rosa, desde donde sonreían mujeres de ojos borrachos, cuando notó que la mujer extraña y rubia de un momento antes caminaba a su lado, apenas unos metros a la derecha. Dobló la cabeza, mirándola.

Pequeña, con un largo impermeable verde oliva atado en la cintura como



quebrándola, las manos en los bolsillos, un cuello de camisa de «tennis», la moña roja de la corbata cubriéndole el pecho. Caminaba lenta, golpeando las rodillas en la tela del abrigo con un débil ruido de toldo que sacude el viento. Dos puñados de pelo rojizo salían del sombrero sin alas. El perfil afinado y todas las luces espejeándole en los ojos. Pero el secreto de la pequeña figura estaba en los tacones demasiado altos, que la obligaban a caminar con lenta majestad, hiriendo el suero en un ritmo invariable de relojería. Y rápido como si sacudiera pensamientos tristes, la cabeza giraba hacia la izquierda chorreando una mirada a Baldi y volvía a mirar hacia adelante. Dos, Cuatro, seis veces, la ojeaba fugaz.

De pronto, un hombre bajo y gordo, con largos bigotes retintos. Sujeto por la torcida boca a la oreja semioculta de la mujer, siguiéndola tenaz y murmurante en las direcciones sesgadas que ella tomaba para separarlo.

Baldi sonrió y alzó los ojos a lo alto del edificio. Ya las ocho y cuarto. La brocha sedosa en el salón de la peluquería, el traje azul sobre la cama, el salón del restaurante. En todo caso, a las nueve y media podría estar en Palermo. Se abrochó rápidamente el saco y caminó hasta ponerse junto a la pareja. Tenía la cara ennegrecida de barba y el pecho lleno de aire, un poco inclinado hacia adelante como si lo desequilibrara el peso de los puños. El hombre de los largos bigotes hizo girar los ojos en rápida inspección; luego los detuvo con aire de profundo interés, en la esquina lejana de la plaza. Se apartó en silencio, a pasos menudos y fue a sentarse en un banco de piedra, con un suspiro de satisfecho descanso. Baldi lo oyó silbar, alegre y distraído, una musiquita infantil.

Pero ya estaba la mujer, adherida a su rostro con los grandes ojos azules, la sonrisa nerviosa e inquieta, los vagos gracias, gracias, señor... Algo de subyugado y seducido que se delataba en ella, lo impulsó a no descubrirse, a oprimir los labios, mientras la mano rozaba el ala del sombrero.

—No hay por qué —y alzó los hombros, como acostumbrado a poner en fuga a hombres molestos y bigotudos.

—¿Porqué lo hizo? Yo, desde que lo vi...

Se interrumpió turbada; pero ya estaban caminando juntos. Hasta cruzar la plaza, se dijo Baldi.

—No me llame señor. ¿Qué decía? Desde que me vio...

Notó que las manos que la mujer movía en el aire en gesto de exprimir limones, eran blancas y finas. Manos de dama con esa ropa, con ese impermeable en noche de luna.

—¡Oh! Usted va a reírse.

Pero era ella la que reía, entrecortada, temblándole la cabeza, Comprendió, por las r suaves y las s silbantes, que la mujer era extranjera. Alemana, tal vez. Sin saber por qué, esto le pareció fastidioso y quiso cortar.

—Me alegro mucho, señorita, de haber podido...

—Sí, no importa que se ría. Yo, desde que lo vi esperando para cruzar la calle,

comprendí que usted no era un hombre como todos. Hay algo raro en usted, tanta fuerza, algo quemante... Y esa barba, que lo hace tan orgulloso...

Histérica y literata, suspiró Baldi. Debiera haberme afeitado esta tarde. Pero sentía viva la admiración de la mujer; la miró de costado, con fríos ojos de examen.

—¿Por qué piensa eso? ¿Es que me conoce, acaso?

—No sé, cosas que se sienten. Los hombres, la manera de llevar el sombrero... no sé. Algo. Le pedí a Dios que hiciera que usted me hablara.

Siguieron caminando en una pausa durante la cual Baldi pensó en todas las etapas que aún debía vencer para llegar a tiempo a Palermo. Se habían hecho escasos los automóviles, y los paseantes. Llegaban los ruidos de la avenida, los gritos aislados, y ya sin convicción de los vendedores de diarios.

Se detuvieron en la esquina. Baldi buscaba la frase de adiós en los letreros, los focos y el cielo con luna nueva. Ella rompió la pausa con cortos ruidos de risa filtrados por la nariz. Risa de ternura, casi de llanto, como si se apretara contra un niño. Luego alzó una mirada temerosa...

—Tan distinto a los otros... Empleados, señores, jefes de las oficinas... —Las manos exprimían rápidas mientras agregaba:

—Si usted fuera tan bueno de estarse unos minutos. Si quisiera hablarme de su vida... ¡Yo sé que es todo tan extraordinario!

Baldi volvió a acariciar los billetes de Antonio Vergara contra Samuel Freider. Sin saber si era por vanidad o lástima, se resolvió. Tomó el brazo de la mujer, y hosco, sin mirarla, sintiendo impasible los maravillados y agradecidos ojos azules apoyados en su cara, la fue llevando hacia la esquina de Victoria, donde la noche era más fuerte.

Unos faroles rojos clavados en el aire oscurecidos. Estaban arreglando la calle. Una verja de madera rodeando máquinas, ladrillos, pilas de bolsas. Se acodó en la empalizada. La mujer se detuvo indecisa, dio unos pasos cortos, las manos en los bolsillos del perramus, mirando con atención la cara endurecida que Baldi inclinaba sobre el empedrado roto. Luego se acercó, recostada a él, mirando con forzado interés las herramientas abandonadas bajo el toldo de lona.

Evidente que la empalizada rodeaba el Fuerte Coronel Rich, sobre el Colorado, a equis millas de la frontera de Nevada. Pero él ¿era Wenonga, el de la pluma solitaria sobre el cráneo aceitado, o Mano Sangrienta, o Caballo Blanco, jefe de los sioux? Porque si estuviera del otro lado de los listones con punta flordelisada, ¿qué cara pondría la mujer si él saltara sobre las maderas?, si estuviera rodeado por la valla, sería un blanco defensor del fuerte, Buffalo Bill de altas botas, guantes de mosquetero y mostachos desafiantes. Claro que no servía, que no pensaba asustar a la mujer con historias para niños. Pero estaba lanzado y apretó la boca en seguridad y fuerza.

Se apartó bruscamente. Otra vez, sin mirarla, fijos los ojos en el final de la calle como en la otra punta del mundo:

—Vamos.

Y en seguida, en cuanto vio que la mujer lo obedecía dócil —y esperando:

—¿Conoce Sud África?

—¿África...?

—Sí. África del Sur. Colonia del Cabo. El Transvaal.

—No. ¿Es... muy lejos, verdad?

—¡Lejos...! ¡Oh, sí, unos cuantos días de aquí!

—¿Ingleses, allí?

—Sí, principalmente ingleses. Pero hay de todo.

—¿Y usted estuvo?

—¡Si estuve! —La cara se le balanceaba sopesando los recuerdos—. El Transvaal... Sí, casi dos años.

—Then, do you know english?

—Very little and very bad. Se puede decir que lo olvidé por completo.

—¿Y qué hacía allí?

—Un oficio extraño. Verdaderamente, no necesitaba saber idiomas para desempeñarme.

Ella caminaba moviendo la cabeza hacia Baldi y hacia adelante, como quien está por decir algo y vacila; pero no decía nada, limitándose a mover nerviosamente los hombros aceituna. Baldi la miró de costado, sonriendo a su oficio sudafricano. Ya debían ser las ocho y media. Sintió tan fuerte la urgencia del tiempo que era como si ya estuviera extendido en el sillón de la peluquería oliendo el aire perfumado, cerrados los ojos, mientras la espuma tibia se le va engrosando en la cara. Pero ya estaba la solución; ahora la mujer tendría que irse. Abiertos los ojos espantados, alejándose rápido, sin palabras. Conque hombres extraordinarios, ¿eh...?

Se detuvo frente a ella y se arqueó para acercarle el rostro.

—No necesitaba saber inglés, porque las balas hablan una lengua universal. En Transvaal, África del Sur, me dedicaba a cazar negros.

No había comprendido, porque sonrió parpadeando:

—¿A cazar negros? ¿Hombres negros?

Él sintió que la bota que avanzaba en Transvaal se hundía en ridículo. Pero los dilatados ojos azules seguían pidiendo con tan anhelante humildad, que quiso seguir como despenándose.

—Sí, un puesto de responsabilidad. Guardián en las minas de diamantes. Es un lugar solitario. Mandan el relevo cada seis meses. Pero es un puesto conveniente; pagan en libras. Y, a pesar de la soledad, no siempre aburrido. A veces hay negros que quieren escapar con diamantes, piedras sucias, bolsitas con polvo. Estaban los alambres electrizados. Pero también estaba yo, con ganas de distraerme volteando negros ladrones. Muy divertido, le aseguro. Pam, pam y el negro termina su carrera con una voltereta.

Ahora la mujer arrugaba el entrecejo, haciendo que sus ojos pasaran frente al pecho de Baldi sin tocarlo.

—¿Y usted mataba negros? ¿Así, con un fusil?

—¿Fusil? Oh, no. Los negros ladrones se cazan con ametralladoras, Marca Schneider. Doscientos cincuenta tiros por minuto.

—¿Y usted...?

—¡Claro que yo! Y con mucho gusto.

Ahora sí. La mujer se había apartado y miraba alrededor, entreabierta la boca, respirando agitada. Divertido si llamara un vigilante. Pero se volvió con timidez al cazador de negros, pidiendo:

—Si quisiera... Podríamos sentarnos un momento en la placita.

—Vamos.

Mientras cruzaban hizo un último intento:

—¿No siente un poco de repugnancia? ¿Por mí, por lo que he contado? —Con un tono burlón que suponía irritante.

Ella sacudió la cabeza, enérgica.

—Oh, no. Yo pienso que tendrá usted que haber sufrido mucho.

—No me conoce. ¿Yo, sufrir por los negros?

—Antes, quiero decir. Para haber sido capaz de eso, de aceptar ese puesto.

Todavía era capaz de extenderle una mano encima de la cabeza, murmurando la absolución. Vamos a ver hasta dónde aguanta la sensibilidad de una institutriz alemana.

—En la casita tenía aparato telegráfico para avisar cuando un negro moría por imprudencia. Pero a veces estaba tan aburrido, que no avisaba. Descomponía el aparato para justificar la tardanza si venía la inspección y tomaba el cuerpo del negro como compañero.

Dos o tres días lo veía pudrirse, hacerse gris, hincharse. Me llevaba hasta él un libro, la pipa, y leía; en ocasiones, cuando encontraba un párrafo interesante, leía en voz alta. Hasta que mi compañero comenzaba a oler de una manera incorrecta. Entonces arreglaba el aparato, comunicaba el accidente y me iba a pasear al otro lado de la casita.

Ella no sufría suspirando por el pobre negro descomponiéndose al sol. Sacudía la triste cabeza inclinada para decir:

—Pobre amigo. ¡Qué vida! Siempre tan solo..., ya sentado en un banco oscuro de la plazuela, renunció a la noche y le tomó gusto al juego. Rápidamente, con un estilo nervioso e intenso, siguió creando al Baldi de las mil caras feroces que la admiración de la mujer hacía posible. De la mansa atención de ella, estremecida contra su cuerpo, extrajo el Baldi que gastaba en aguardiente, en una taberna de marinos en tricota — Marsella o El Havre— el dinero de amantes flacas y pintarrajeadas. Del oleaje que fingían las nubes en el cielo gris, el Baldi que se embarcó un mediodía en el Santa Cecilia con diez dólares y un revólver. Del leve viento que hacía bailar el polvo de una casa en construcción, el gran aire arenoso del desierto, el Baldi enrolado en la Legión Extranjera que regresaba a las poblaciones con una trágica cabeza de moro ensartada en la bayoneta.

Así, hasta que el otro Baldi fue tan vivo que pudo pensar en él como en un conocido. Y entonces, repentinamente, una idea se le clavó tenaz. Un pensamiento lo aflojó en desconsuelo, junto al perramus de la mujer ya olvidada.

Comparaba al mentido Baldi con él mismo, con este hombre tranquilo e inofensivo que contaba historias a las Bovary de plaza Congreso. Con el Baldi que tenía una novia, un estudio de abogado, la sonrisa respetuosa del portero, el rollo de billetes de Antonio Vergara contra Samuel Freider, cobros de pesos. Una lenta vida idiota, como todo el mundo. Fumaba rápidamente, lleno de amargura, los ojos fijos en el cuadrilátero de un cantero. Sordo a las vacilantes palabras de la mujer, que terminó callando, doblando el cuerpo para empequeñecerse.

Porque el Dr. Baldi no fue capaz de saltar un día sobre la cubierta de una barcaza, pesada de bolsas o maderas. Porque no se había animado a aceptar que la vida es otra cosa, que la vida es lo que no puede hacerse en compañía de mujeres fieles, ni hombres sensatos. Porque había cerrado los ojos y estaba entregado, como todos. Empleados, señores, jefes de las oficinas.

Tiró el cigarrillo y se levantó. Sacó el dinero y puso un billete sobre las rodillas de la mujer.

—Tomá. ¿Querés más?

Agregó un billete más grande, sintiendo que la odiaba, que hubiera dado cualquier cosa por no haberla encontrado. Ella sujetó los billetes con la mano para defenderlos del viento.

—Pero... Yo no le he dicho... Yo no sé... —Inclinándose hacia él, más azules que nunca los grandes ojos, desilusionada la boca—. ¿Se va?

—Sí, tengo que hacer. Chau.

Volvió a saludar con la Mano, con el gesto seco que hubiera usado el posible Baldi, y se fue. Pero volvió a los pocos pasos y acercó el rostro barbudo a la mímica esperanzada de la mujer, que sostenía en alto los dos billetes, haciendo girar la muñeca. Habló con la cara ensombrecida, haciendo sonar las palabras como insultos.

—Ese dinero que te di lo gano haciendo contrabando de cocaína. En el Norte.

# El fin trágico de Alfredo Plumet

## UN PROBLEMA POLICIAL

Alfredo Plumet mira el reloj; son las dos menos veinte. Vacía su vaso de coñac, enjuga con los dedos su corto bigote y se levanta del asiento.

—Me excusaréis, amigo mío; es hora de irme.

—Vamos —dice Adela—, todavía tienes un minuto.

—También dos —insiste Luciano Dirán, antiguo compañero de liceo de Alfredo, que era ese día el invitado—. Por una vez que llegues tarde...

Plumet sacude su huesosa cabeza.

—No, mi viejo; tú conoces mis principios. En veinte años que estoy en la Papelería Salustín, siempre he oído dar las dos en mi escritorio... Nunca un retardo; nunca un día de ausencia. Siempre he sido así, a pesar de estas jaquecas. Pero yo no creo que estés obligado a salir —se apresura a agregar viendo a su amigo que se pone de pie—. ¡Cuando se tiene la suerte de ser un alto empleado!... Toma, pide a Adela que te llene el vaso.

Besa a su mujer en la frente, aprieta la mano de Luciano, va a la percha próxima, descuelga su gacho, único tocado que, según él, conviene a un contador digno de ese nombre. Y, al pasar delante de la puerta vidriera del comedor, tamborilea sobre los cristales y dirige un largo saludo a Adela y a su amigo, que respondieron levantando los vasos en alto.

Alfredo Plumet pertenecía a esa minoría de individuos tan poco numerosos, ¡ay!, que tienen el cuidado de no importunar a los demás. Y es así que, según su costumbre, no golpea la puerta, y usa la llave para cerrar, una vez que ha pasado.

Después, con paso ligero, desciende los tres pisos. Pero, al llegar a la vereda, se desencadena una violenta tempestad que ninguno hubiera podido prever.

Nadie volvería a ver al desdichado vivo.

Hacia el atardecer unos vagos descubren el cadáver de Alfredo Plumet sobre unas rocas de la Rambla Sur, detrás del Cementerio Central, a unas cinco cuadras de la chimenea de incineración que está en Curuguatí y Rambla. La autopsia reveló que la muerte se debía a una fractura de cráneo.

## ***La investigación***

—¿Y entonces? —pregunté, cuando el comisario Luponi terminó su relato.

El policía estaba recostado sobre su butaca; los pulgares en el chaleco, el eterno cigarrillo inglés en los labios.

—Entonces, es muy reciente todo. La medicina legal descarta el suicidio y declara que no ha habido transporte del cadáver; pero se encuentra en la imposibilidad de asegurar si fue asesinato o un accidente. El golpe puede haber sido dado con un elemento contundente, pero también es igualmente verosímil una caída mortal. Usted conoce el lugar. La costa se encuentra justamente al lado de la Rambla que está, en parte, protegida por la nueva muralla. Ésta carece de adecuada protección en ese sitio donde los vagos han encontrado el lúgubre hallazgo. Alfredo Plumet ha podido caer y quebrarse el cráneo contra una roca. La lluvia ha borrado toda huella, pero el hecho de que se hayan encontrado en sus bolsillos su cartera y su reloj de oro elimina la hipótesis del crimen. Agregó que el deceso debe haberse producido alrededor de las tres de la tarde... Y ahora usted sabe tanto como yo.

Miro a Luponi con estupor.

—¿Usted ha descubierto la verdad?

—Pero, ¿cómo ha podido usted?...

Me señala su carpeta, donde están alineadas algunas hojas, tres fotos y un plano de Montevideo a medio desplegar.

—Aquí tiene usted el plano del departamento de Plumet. Luego un plano de la Seccional 4.<sup>a</sup> con los arrabales de Palermo. Ya le había dicho que Plumet vivía en la calle Cuareim número... Le señalo, por si acaso lo ignora, que los números impares se encuentran sobre la vereda de la derecha partiendo de la Casa de Gobierno hacia el mar.

—¿Y qué importancia tiene eso? —pregunto cada vez más estupefacto.

—Una importancia capital. Es muy posible que si tuviera el domicilio un número par, Alfredo Plumet viviría aún.

## ***Era un pequeño funcionario***

Miro los documentos. Una de las fotos representa un hombrecillo de figura correcta, llevando un gacho y cuello almidonado. La cara era anónima, los rasgos suaves.

—Un muchacho humilde, tímido y pulcro; viviendo en la timidez perpetua de no molestar a la gente; temeroso en extremo y muy económico. Naturalmente un empleado modelo, serio, honesto, puntual. Trabajaba desde hace veinte años en la

casa Salustín Hermanos, de la calle Juan Carlos Gómez.

—¡De la calle Juan Carlos Gómez! —grito yo.

—Sí, en el barrio Sur.

El comisario silba irónicamente.

—¡Eh, eh, eh! Usted hace progresos.

—¿Qué es ese papel? —interrumpo con irritación.

—Una nota del Observatorio Nacional Meteorológico concerniente a la tempestad que se desencadenó ayer sobre Montevideo a la una cuarenta y cinco, con algunos detalles técnicos, sin interés, por otra parte, para nuestra información. En cuanto a las dos fotos: la casa de la calle Cuareim y el lugar donde reposaba el cuerpo, no presentan interés práctico.

—¿Y es con la ayuda de eso?...

—Que yo he podido reconstruir el drama, y que usted lo reconstruirá igualmente si tiene, aunque sea en pequeña parte, el don de la observación.

—Eso no es serio, ¡vaya! Y admitiendo que se tratase de una venganza, ¿cómo quiere usted que yo llegue...?

Golpea con el puño sobre su escritorio.

—¡Caramba! Comprendo sus dudas; había olvidado lo principal: sepa que he encontrado en la percha el paraguas del muerto. Y ahora, ¿entiende?

Y usted, amigo lector, ¿entiende?

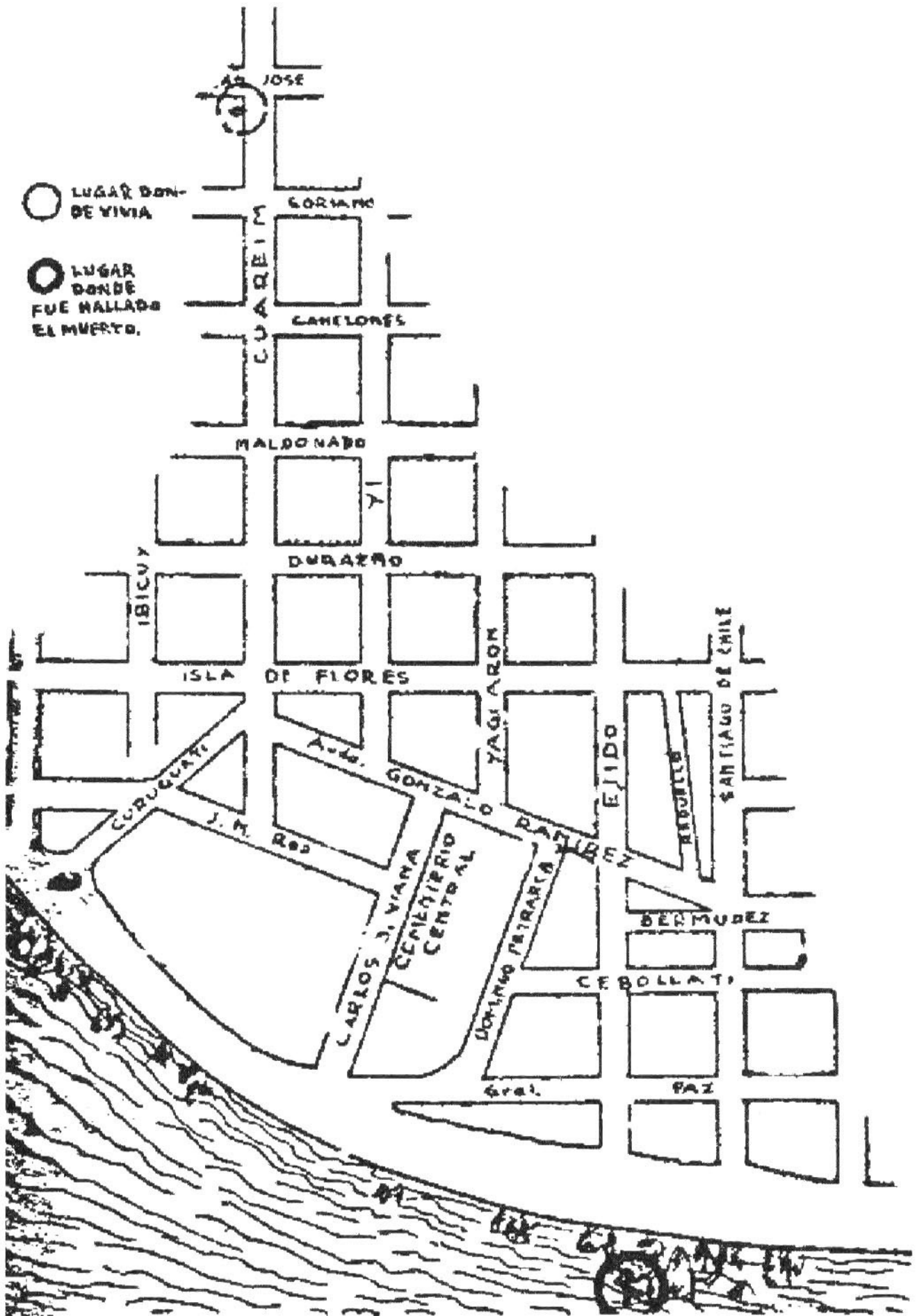
### ***Solución del problema policial***

—Ensayemos juntos hacer la luz en este asunto. Acabo de decirle que yo había encontrado el paraguas de Plumet en el perchero. Éste había olvidado llevarlo, ya que nada hacía prever la tormenta. Pero la lluvia empieza a caer. Yo le pregunto, entonces, ¿qué debió haber hecho este hombre metódico y cuidadoso en tal circunstancia y según su costumbre? Sabemos que Plumet tenía horror al ruido. Evidentemente debió regresar a su casa tan sigilosamente como había salido, yendo hasta el perchero. Y para hacer esto debió pasar frente a la puerta vidriera del comedor, donde dejara a su mujer y a su mejor amigo. Los cuales, claro está, se encuentran a mil leguas del señor Plumet.

—¡Qué! —grito yo—. Adela y Luciano...

—¡Pero sí...! La eterna historia.





## ***Como un sonámbulo***

Vuelve a irse, silencioso, como había llegado, y se pone a caminar bajo la lluvia, al azar, derecho hacia adelante. Consulte ahora el plano de Montevideo. Nuestro hombre ha enfilado la calle Cuareim, cruzando Soriano, Canelones... Derecho, siempre derecho, y sin cambiar de vereda. Recuerde mi insistencia sobre los números impares. Si hubiera vivido en la acera de enfrente, no hay dudas de que, al llegar a Gonzalo Ramírez, hubiese seguido por esta avenida y no por Curuguatí. Podemos suponer que, en este caso, el epílogo del drama hubiera sido muy distinto. Pero dejemos las suposiciones y volvamos a los hechos. Llegado a la rambla, el esposo engañado cambia de dirección. Dobla hacia la izquierda. ¿Por qué? Porque no puede resistir a la atracción que una corriente de agua ejerce siempre sobre nosotros. El pobre no seguirá mucho tiempo por la rambla. Es, en efecto, una especie de sonámbulo que avanza sobre el camino resbaloso, sin la defensa ya del parapeto. El más ligero obstáculo: un agujero, una piedra, cualquier desperfecto del suelo, significa la caída mortal...

1939

# Crimen perfecto

## UN CUENTO POLICIAL

Las manos en la espalda, su pipa entre los dientes, Julián Chapars estaba de pie junto al estanque, cuyas aguas reflejaban el cielo gris, y los ramajes melancólicos de los sauces de donde partía el rumor de los pájaros. El reloj pulsera de Chapars señalaba las seis de la mañana. Habiendo cometido su crimen la víspera, a las ocho de la noche Chapars calculaba, diciéndose que era un asesino desde hacía diez horas.

Se oyó decir a sí mismo, casi en voz alta:

—Ya hace diez horas que Fernando es un cadáver...

Lanzó una rápida mirada a su alrededor. Nadie. Encogió los hombros. Sus pensamientos dieron marcha atrás. Volvió a verse en la noche anterior, cuando se encontró en una calle casi desierta al pobre Fernando.

—Hola, primo. ¿Cómo va eso?

Fernando iba a pie, mientras que él manejaba su lujoso automóvil. Fernando se acercó al coche.

—Es una suerte encontrarte, Julián. Hace bastante tiempo que te estás burlando de mí con tus promesas de pago... Acaso piensas que un hombre de trabajo como yo debe ser explotado por holgazanes de tu especie. Pero estás equivocado. Estoy resuelto a pedir el embargo. Aquí tengo tus cheques sin fondo, míralos. Tus letras protestadas, tus cartas, en fin... Y si saqué todo esto de mi caja fuerte es con el fin de entregarlo mañana a primera hora a mi abogado.

La emoción dejó a Julián sin habla, con las manos crispadas en el volante. Se rehízo al fin:

—No vas a hacer eso, Fernando. No lo vas a hacer porque dentro de diez horas te pagaré hasta el último centésimo. Tengo el dinero en casa. Alquilé una casita por el verano, en Atlántida; allí tengo el dinero. Vamos a comer juntos y te pagaré todo. Total... Estás solo en la ciudad, tu mujer está en el campo... Vamos.

—¿Estás seguro de que tienes ese dinero? ¿Todo?

—Si no lo tuviera... Vamos, arriba.

—Es asombroso. De ti se puede esperar cualquier sorpresa.

Fernando subió al coche. El viaje transcurrió sin novedades siguiendo la costa. Al fin se detuvo el coche en una carretera aislada, perdida, entre la vegetación. Un camino particular, sin duda.

—Es un lugar encantador —dijo Fernando, amable por la perspectiva de cobrar su dinero.

—Sí, es difícil encontrar nada mejor. Te traje hasta aquí para que veas una propiedad que pienso comprar.

Julián hablaba sin saber lo que decía. Buscaba ganar tiempo. Desde el primer momento, un problema lo preocupaba. ¿Cómo haría para matar a su primo acreedor?

Fue el mismo Fernando quien lo sacó de dudas, ingenuamente:

—Fíjate en ese estanque. Si compras un terreno aquí deberías tratar de asegurarte el uso del estanque.

—Ya es mío, o casi. La mitad del estanque me pertenece.

Frenó el coche e invitó a Fernando a bajar.

—Un momento. Ya que te gusta tanto la pesca, podrás ver piezas magníficas a dos metros de la superficie, entre dos aguas.

Sin ninguna desconfianza, Fernando había seguido a su primo. Se acercó al estanque y recibió un golpe terrible en la nuca que lo desvaneció.

Cinco minutos más tarde el primo acreedor dormía para siempre en el fondo del estanque, lastrado con enormes piedras de más de treinta kilos cada una, bien sujetas por gruesos alambres robados a un cerco vecino.

Terminada su macabra tarea, Julián llegó hasta la casa que había alquilado, a un kilómetro del estanque. Los cheques sin fondo, las letras protestadas, las cartas, todo había sido convertido en cenizas.

Pero había dormido muy mal y a la madrugada se levantó para revisar el automóvil y examinar el estanque. No tenía ninguna inquietud, en realidad. Había procedido sin armas; no había dejado huellas. Su crimen había sido un crimen perfecto. Nadie podía saber que se había encontrado con su primo Fernando. Antes de dar el golpe, había observado cuidadosamente los alrededores. Nadie. No, no tenía miedo de nada. Estaba tranquilo. Pero tenía ganas de pasearse, en aquella hermosa mañana. ¿Por qué no ir entonces hasta el borde del estanque? No iba a dejarse impresionar por la teoría que muestra al asesino atraído por el lugar del crimen. No era un asesino común, por otra parte.

Claro que la desaparición de Fernando no pasaría en silencio. Llamaría la atención en la fábrica, avisarían a su mujer, publicarían retratos en los diarios. ¿Y después? A nadie se le ocurriría buscar en el fondo de este estanque abandonado.

A esta idea, el asesino no pudo menos que reírse.

Era necesario que los criminales corrientes fueran muy brutos para dejarse atrapar en la mayoría de los casos. Preparaban largamente sus crímenes, medían las posibilidades, trataban de preverlo todo... ¿Resultado? Permitían que fuera encontrado el cadáver y terminaban en la guillotina. Mientras que él, Julián Chapars, no corría ningún peligro, absolutamente ninguno.

Volvió a reírse alegremente. Pero su risa se cortó de golpe.

—¿Qué tal, señor Chapars? Está contento esta mañana, ¿eh?

El asesino se gira y se encuentra cara a cara con Fermín, el guardabosques del señor Sandoval, dueño del estanque.

—¿Lindo día, eh? —comenta el guardián.

—Sí, bastante...

Haciendo un esfuerzo, Julián llegó a dominar sus nervios. Su temor no tenía ningún sentido. No había ningún peligro para él. Aquel encuentro era completamente natural. Preguntó.

—¿Cuánto se cobra, don Fermín, por un permiso de pesca en este estanque?

—Cinco pesos. ¿Es aficionado a la pesca, señor Chapars?

—Y... podría empezar...

—Lo malo es que este año no sacaré gran cosa del estanque.

—¿Por qué?

Fermín se pone a reír:

—Pues porque no habrá nada.

—No entiendo lo que quiere decirme...

Fermín levanta su bastón y señala hacia el camino. Julián vio un camión que se acercaba en dirección al estanque.

—Este camión —dijo el guardián— trae a los obreros y los materiales necesarios para vaciar el estanque...

—¿Cómo...?

—Pero sí. Cada tres años el señor Sandoval manda vaciar el estanque. Eso se hace muy pronto. El agua pasa hacia aquel arroyuelo. Los pozos se secan mediante bombas aspiradoras. Va a ver cuánto pescado se saca. Canastos y canastos. Esta tarde estará aquí todo el pueblo; venga usted también. Es muy interesante.

El asesino vio detenerse el camión. Los obreros bajaron, descargando su material. Un sudor frío bañaba el cuerpo de Chapars. Balbuceó:

—¿Cree usted que los policías estarán ya en funciones a esta hora?

Y luego de oír la respuesta afirmativa del guardabosques, que no entendía el porqué de la pregunta, el asesino se puso en marcha hacia su castigo.

## Convalecencia

Casi en el mediodía, el hombre me rociaba de arena, empujando con el pie desnudo. Me volvía, medio dormida, desperezándome a la sombra de la cara inclinada y sonriente. El hombre cambiaba o alteraba un poco, con frecuencia, sus mallas de baño. Pero la aguda cara permanecía igual e incomprensible, sonriéndome. La cara recordaba con intensidad a un animal conocido. Y, al mismo tiempo, siguiendo sin esfuerzo las líneas del rostro había allí una expresión de inteligencia humana y maliciosa.

Sólo a fines de abril, lejos, en un otoño destemplado, pude comprender cuán semejante era la cara a la de un fauno pequeño y jovial.

Extendida en la hondonada llena de hierbas, no podía divisar los extremos del hotel y las rocas. La playa se reducía a un triángulo cuyas puntas se clavaban con firmeza en el horizonte.

Una mañana el mar era azul, grave, alzando repentinas olas contra la arena. Las tres muchachas iban paseando por la orilla, despacio. Sólo me llegaban las risas, sin concierto, menudas risas líquidas, con la misma música que hacían las aguas al amanecer, en la lejana punta rocosa.

Nada más que a una hora, en el alba, podía escucharse la música. Desde cualquier punto en que me colocara, la sentía acercarse oblicuamente, nerviosa, con el mismo andar soslayado de los caballos de raza que paseaban por la arena en el alba.

Los colores de las mallas de las tres muchachas aparecían, en el sol enfurecido, fríos y extraños. Azul oscuro las de los dos extremos, pantalones azules y camisilla blanca vestía la más alta, que iba a largos pasos entre las amigas, desprendiéndose un trecho, alcanzada en seguida.

Hubiera querido vestir a las muchachas con naranjas y amarillos, rojos violentos. Pero luego descubrí que los graves azules de las mallas y la blancura de la camisilla se correspondían con el mar, en una réplica amistosa que sólo muchachas en la mañana podían dar. Las vi, al regreso, pasear por la orilla de diminuta y mansa ola, con el sonido de las risas, manchas de agua y de luz en los pies descalzos, que empujaban e iban formando con los colores de sus trajes.

Desde la carpa del club alemán, próxima e invisible, llegó una voz masculina. Arrulló, alegre y misteriosa, una risa de mujer. Y en seguida entre carcajadas:

—¡No miréis donde el sol no miró!...

Podía imaginarme sola hasta las diez. Por el camino retorcido entre tamarices se

acercaban pasos y una voz sajona. Desembocaban a mi derecha y tomaban posesión de su pedazo de playa, clavando una enorme sombrilla de colores. El hombre era rubio o canoso, atlético, con una risa que quería decir: «Lindo, a la mañana, en la playa, el aire y el sol, ¿eh?». Su risa terminaba siempre en pregunta, levemente. La mujer no contestaba. Desnudaba al niño y le azuzaba después para que la persiguiera, gateando. Llevaba pantalones cortos, blancos sobre la malla, y anteojos oscuros. Avanzaba en línea recta hacia el mar, las manos en la espalda. Era visible su fe en el alma del agua. Avanzaba, siempre recta, hasta la orilla para saludar el mar y tributarle alguna cosa.

Una vez el hombre llamó a la mujer de pantalones blancos: «Tuca». Era cercano el mediodía y las gaviotas, al sonar el nombre, iniciaron el vuelo de reconocimiento, chillando sobre el pedazo desierto de playa.

Cuando llegaba el momento de tostarme la espalda, buscaba despedirme de la playa con una rápida mirada. Una nueva y poderosa sabiduría mandaba ahora en mi cuerpo y era forzosa la obediencia. Quedaba con la cara escondida entre los codos, pasando en seguida al mundo de los filosos pastos amarillos y las hormigas. Pero nunca pude comprender la actividad de los insectos, sus carreras indecisas, eternamente buscando. Les sonreía, soplando unos pocos granos de arena para cubrirlos y verlos resucitar, a la tercera tentativa, de entre los muertos.

Atrás y arriba mío el mar resoplaba, más fuerte entonces, balanceando y hundiendo las insignificantes voces humanas que buscaban reconstruir para mí la playa perdida. Y, cuando no era posible soportar el sol en los hombros y en los riñones, una sombra venía de cualquier parte.

—¿Dormía?

Yo levantaba entonces la mejilla arenosa para saludar. Todas las tardes, al anochecer había olvidado la cara del vecino de playa. Ahora, en la mañana, volvía a conocerla. La risa, alargándole los ojos, prometía revelar la clave del rostro, el signo que permitiría recordarlo siempre.

—¿Cómo se siente hoy?

Yo me sentía siempre bien, aunque un poco menos cuando él se acercaba. Lo veía como a un mensajero de mil cosas que me molestaba recordar. Llegaba siempre el momento en que, estirado, apoyado el cuerpo en los codos, el hombre sonreía a su propio pie en movimiento y murmuraba:

—¿Sabe lo que me dice en la carta de hoy?

—¿Eduardo? ¡Una carta por día! A veces pienso que usted las inventa.

—Si quiere verlas... De lejos, claro. No todo es hablar de usted.

—No. Ni de lejos. ¿Pero no es posible que entienda lo que significa no tener relación con nadie? Hombre o mujer, en ninguna parte del mundo. No hay nada más que la playa y yo.

—Gracias.

—Bah. Usted no existe, como individuo. Está en la playa simplemente.

—Bueno. ¿No piensa escribirle más?

—No puedo. Mire: soy feliz. ¿Qué puedo decirle a Eduardo?

Él hacía una mueca de burla y se callaba. Antes de irse, insistía:

—Claro que Eduardo es inteligente y puede comprenderlo. Pero usted ya está bien. Tendrá que volverse. Si se fabrica complicaciones por adelantado...

Lo despedía moviendo la mano y volvía a echarme.

Recién una mañana en que la sombrilla de colores fue clavada más temprano, pude conocer el secreto de la mujer de los pantaloncitos blancos. Caminaba hacia el mar, como siempre, con las manos unidas en la espalda. Segura de la soledad en aquella hora, se hizo traición: la vi ofrecer al mar las piernas, el movimiento de las piernas en marcha. En cuatro patas, el niño se había detenido y contemplaba inmóvil, con un pequeño y confuso espanto, los pasos de su madre. Comprendí la calidad marina de aquellos pasos, un poco entrecortados, repentinamente veloces, con la marcha disparada de los crustáceos. Suspendidos, en suaves movimientos donde participaba la totalidad de las piernas, como curvas de peces en luz. Acariciando con calma el aire, hasta no ser más que un puro contacto. Y en seguida el mar rodeaba las piernas, trepando, y era allí donde se quebraba con más fuerza, con un ronquido de bestia que reconoce después de olfatear.

Recuerdo que tuve desde entonces un gran cariño por la marcha de aquellas piernas flacas.

Había presentido, anteriormente, aquella libertad, el sentimiento de libertad que me llenaba la playa en las mañanas iluminadas.

Era como si alguno, diestramente, aflojara todas mis ligaduras. Me sentía instalada en un tiempo remoto, segura en mi tierra despoblada, antes de la tribu y los primeros dioses.

Una embarcación pasaba entre la isla y el horizonte. Oía a un pájaro picotear la madera de un árbol. Aquella mañana, la última, me dijo el hombre:

—Hola. Estaba dormida, ¿eh? Bien, distinguida y apreciada señorita... Sucede que... La carta de hoy...Ultimátum, damisela. Inaplazable. Se le da plazo para telefonar hasta la una. Puede hacer lo que quiera. ¿Se fijó en las nubes a la izquierda? Tormenta. Lo dice un viejo lobo de mar. Le debe quedar una media hora de plazo. Estoy seguro de que se va a arrepentir. De todos modos, ya está curada. Día más o menos, tendrá que volver. ¿Entonces? Ya relampaguea del lado del hotel. No le conviene resfriarse.

Se levantó riendo, mirando las nubes que se acercaban. Antes de irse volvió a sonreírme. En la cara, entonces, no tuvo más que una expresión de burla mezquina, un desprecio agresivo. Estaba segura de que iba a telefonar a Eduardo.

Me levanté un poco después, envolviéndome en la bata. Recuerdo haber mirado el cielo oscurecido y, en seguida, la playa. Mi mirada fue sostenida y devuelta por el mar, la orilla húmeda y lisa, la mujer de los pantalones blancos, el niño, los pastos humildes y alargados. Todo aquello, tan antiguo y tercamente puro, todo aquello que



me había alimentado con su sustancia, día tras día.

Mientras esperaba la comunicación en la cabina del teléfono, ya en el hotel, oía el ruido de los truenos y los primeros golpes de agua en las vidrieras. La voz de Eduardo empezó a repetir, lejana: «Hola, hola... ¿Quién? Hola...». Detrás de la voz, más allá del rostro que la voz formaba, imaginé percibir el zumbido de la ciudad, el pasado, la pasión, el absurdo de la vida del hombre.

Desde el coche, yendo a la estación, derrumbada entre maletas, busqué el pedazo de playa donde había vivido. La arena, los colores amigos, la dicha, todo estaba hundido bajo un agua sucia y espumante. Recuerdo haber tenido la sensación de que mi rostro envejecía rápidamente, mientras, sordo y cauteloso, el dolor de la enfermedad volvía a morderme el cuerpo.

1940

## Un sueño realizado

La broma la había inventado Blanes —venía a mi despacho— en los tiempos en que yo tenía despacho y al café cuando las cosas iban mal y había dejado de tenerlo —y parado sobre la alfombra, con un puño apoyado en el escritorio, la corbata de lindos colores sujeta a la camisa con un broche de oro y aquella cabeza— cuadrada, afeitada, con ojos oscuros que no podían sostener la atención más de un minuto y se aflojaban en seguida como si Blanes estuviera a punto de dormirse o recordara algún momento limpio y sentimental de su vida que, desde luego, nunca había podido tener —aquella cabeza sin una sola partícula superflua alzada contra la pared cubierta de retratos y carteles, me dejaba hablar y comentaba redondeando la boca:

—Porque usted, naturalmente, se arruinó dando el Hamlet. —O también—: Sí, ya sabemos. Se ha sacrificado siempre por el arte y si no fuera por su enloquecido amor por el Hamlet...

Y yo me pasé todo ese montón de años aguantando tanta miserable gente, autores y actores y actrices y dueños de teatro y críticos de los diarios y la familia, los amigos y los amantes de todos ellos, todo ese tiempo perdiendo y ganando un dinero que Dios y yo sabíamos que era necesario que volviera a perder en la próxima temporada, con aquella gota de agua en la cabeza pelada, aquel puño en las costillas, aquel trago agrisulce, aquella burla no comprendida del todo de Blanes:

—Sí, claro. Las locuras a que lo ha llevado su desmedido amor por Hamlet...

Si la primera vez le hubiera preguntado por el sentido de aquello, si le hubiera confesado que sabía tanto del Hamlet como de conocer el dinero que puede dar una comedia desde su primera lectura, se habría acabado el chiste. Pero tuve miedo a la multitud de bromas no nacidas que haría saltar mi pregunta y solo hice una mueca y lo mandé a paseo. Y así fue que pude vivir los veinte años sin saber qué era el Hamlet, sin haberlo leído, pero sabiendo, por la intención que veía en la cara y el balanceo de la cabeza de Blanes, que el Hamlet era el arte, el arte puro, el gran arte, y sabiendo también, porque me fui empapando de eso sin darme cuenta, que era además un actor o una actriz, en este caso siempre una actriz con caderas ridículas, vestido de negro con ropas ajustadas, una calavera, un cementerio, un duelo, una venganza, una muchachita que se ahoga. Y también W. Shakespeare.

Por eso, cuando ahora, solo ahora, con una peluca rubia peinada al medio que prefiero no sacarme para dormir, una dentadura que nunca logró venirme bien del todo y que me hace silbar y hablar con mimo, me encontré en la biblioteca de este

asilo para gente de teatro arruinada al que dan un nombre más presentable, aquel libro tan pequeño encuadernado en azul oscuro donde había unas hundidas letras doradas que decían Hantlet, me senté en un sillón sin abrir el libro, resuelto a no abrir nunca el libro y a no leer una sola línea, pensando en Blanes, en que así me vengaba de su broma, y en la noche en que Blanes fue a encontrarme en el hotel de alguna capital de provincia y, después de dejarme hablar, fumando y mirando el techo y la gente que entraba en el salón, hizo sobresalir los labios para decirme, delante de la pobre loca:

—Y pensar... Un tipo como usted que se arruinó por el Hamlet.

Lo había citado en el hotel para que se hiciera cargo de un personaje en un rápido disparate que se llamaba, me parece, Sueño Realizado. En el reparto de la locura aquella había un galán sin nombre y este galán solo podía hacerlo Blanes porque cuando la mujer vino a verme no quedábamos allí más que él y yo; el resto de la compañía pudo escapar a Buenos Aires.

La mujer había estado en el hotel a mediodía y como yo estaba durmiendo, había vuelto a la hora que era, para ella y todo el mundo en aquella provincia caliente, la del fin de la siesta y en la que yo estaba en el lugar más fresco del comedor comiendo una milanesa redonda y tomando vino blanco, lo único bueno que podía tomarse allí. No voy a decir que a la primera mirada —cuando se detuvo en el halo de calor de la puerta encortinada, dilatando los ojos en la sombra del comedor y el mozo le señaló mi mesa y en seguida ella empezó a andar en línea recta hacia mí con remolinos de la pollera— yo adiviné lo que había adentro de la mujer ni aquella cosa como una cinta blanduzca y fofa de locura que había ido desenvolviendo, arrancando con suaves tirones, como si fuese una venda pegada a una herida, de sus años pasados, solitarios, para venir a fajarme con ella, como a una momia, a mí y a algunos de los días pasados en aquel sitio aburrido, tan abrumado de gente gorda y mal vestida. Pero había, sí, algo en la sonrisa de la mujer que me ponía nervioso, y me era imposible sostener los ojos en sus pequeños dientes irregulares exhibidos como los de un niño que duerme y respira con la boca abierta. Tenía el pelo casi gris peinado en trenzas enroscadas y su vestido correspondía a una vieja moda; pero no era el que se hubiera puesto una señora en los tiempos en que fue inventado, sino, también esto, el que hubiera usado entonces una adolescente. Tenía una pollera hasta los zapatos, de aquellos que llaman botas o botinas, larga, oscura, que se iba abriendo cuando ella caminaba y se encogía y volvía a temblar al paso inmediato. La blusa tenía encajes y era ajustada, con un gran camafeo entre los senos agudos de muchacha y la blusa y la pollera se unían y estaban divididas por una rosa en la cintura, tal vez artificial ahora que pienso, una flor de corola grande y cabeza baja, con el tallo erizado amenazando el estómago.

La mujer, tendría alrededor de cincuenta años y lo que no podía olvidarse en ella, lo que siento ahora cuando la recuerdo caminar hasta mí en el comedor del hotel, era aquel aire de jovencita de otro siglo que hubiera quedado dormida y despertara ahora un poco despeinada, apenas envejecida pero a punto de alcanzar su edad en cualquier

momento, de golpe, y quebrarse allí en silencio, desmoronarse roída por el trabajo sigiloso de los días. Y la sonrisa era mala de mirar porque uno pensaba que frente a la ignorancia que mostraba la mujer del peligro de envejecimiento y muerte repentina en cuyos bordes estaba, aquella sonrisa sabía, o, por lo menos, los descubiertos dientecillos presentían, el repugnante fracaso que los amenazaba.

Todo aquello estaba ahora de pie en la penumbra del comedor y torpemente puse los cubiertos al lado del plato y me levanté. «¿Usted es el señor Langman, el empresario de teatro?». Incliné la cabeza sonriendo y la invité a sentarse. No quiso tomar nada; separados por la mesa le miré con disimulo la boca con su forma intacta y su poca pintura, allí justamente en el centro donde la voz, un poco española, había canturreado al deslizarse entre los filos desparejos de la dentadura. De los ojos, pequeños y quietos, esforzados en agrandarse, no pude sacar nada. Había que esperar que hablara y, pensé, cualquier forma de mujer y de existencia que evocaran sus palabras, iban a quedar bien con su curioso aspecto y el curioso aspecto iba a desvanecerse.

—Quería verlo por una representación —dijo—. Quiero decir que tengo una obra de teatro...

Todo indicaba que iba a seguir, pero se detuvo y esperó mi respuesta; me entregó la palabra con un silencio irresistible, sonriendo. Esperaba tranquila, las manos enlazadas en la falda. Aparté el plato con la milanesa a medio comer y pedí café. Le ofrecí cigarrillos y ella movió la cabeza, alargó un poco la sonrisa, lo que quería decir que no fumaba. Encendí el mío y empecé a hablarle, buscando sacármela de encima sin violencias, pero pronto y para siempre, aunque con un estilo cauteloso que me era impuesto no sé por qué.

—Señora, es una verdadera lástima... Usted nunca ha estrenado, ¿verdad? Naturalmente. ¿Y cómo se llama su obra?

—No, no tiene nombre —contestó—. Es tan difícil de explicar... No es lo que usted piensa. Claro, se le puede poner un título. Se le puede llamar *El sueño, El sueño realizado. Un sueño realizado.*

Comprendí, ya sin dudas, que estaba loca y me sentí más cómodo.

—Bien; *Un sueño realizado*, no está mal el nombre. Es muy importante el nombre. Siempre he tenido interés, digamos personal, desinteresado en otro sentido, en ayudar a los que empiezan. Dar nuevos valores al teatro nacional. Aunque es innecesario decirle que no son agradecimientos los que se cosechan, señora. Hay muchos que me deben a mí el primer paso, señora, muchos que hoy cobran derechos increíbles en la calle Corrientes y se llevan los premios anuales. Ya no se acuerdan de cuando venían casi a suplicarme...

Hasta el mozo del comedor podía comprender desde el rincón junto a la heladera donde se espantaba las moscas y el calor con la servilleta que a aquel bicho raro no le importaba ni una sílaba de lo que yo decía. Le eché una última mirada con un solo ojo, desde el calor del pocillo de café, y le dije:

—En fin, señora. Usted debe saber que la temporada aquí ha sido un fracaso. Hemos tenido que interrumpirla y me he quedado solo por algunos asuntos personales. Pero ya la semana que viene me iré yo también a Buenos Aires. Me he equivocado una vez más, qué hemos de hacer. Este ambiente no está preparado, y a pesar de que me resigné a hacer la temporada con sainetes y cosas así... ya ve cómo me ha ido. De manera que... Ahora, que podemos hacer una cosa, señora. Si usted puede facilitarme una copia de su obra yo veré si en Buenos Aires... ¿Son tres actos?

Tuvo que contestar, pero solo porque yo, devolviéndole el juego, me callé y había quedado inclinado hacia ella, rascando con la punta del cigarrillo en el cenicero. Parpadeó:

—¿Qué?

—Su obra, señora. *Un sueño realizado*. ¿Tres actos?

—No, no son actos.

—O cuadros. Se extiende ahora la costumbre de...

—No tengo ninguna copia. No es una cosa que yo haya escrito —seguía diciéndome ella. Era el momento de escapar.

—Le dejaré mi dirección de Buenos Aires y cuando usted la tenga escrita...

Vi que se iba encogiendo, encorvando el cuerpo; pero la cabeza se levantó con la sonrisa fija. Esperé, seguro de que iba a irse; pero un instante después ella hizo un movimiento con la mano frente a la cara y siguió hablando.

—No, es todo distinto a lo que piensa. Es un momento, una escena se puede decir, y allí no pasa nada, como si nosotros representáramos esta escena en el comedor y yo me fuera y ya no pasara nada más. No —contestó—, no es cuestión de argumento, hay algunas personas en una calle y las casas y dos automóviles que pasan. Allí estoy yo y un hombre y una mujer cualquiera que sale de un negocio de enfrente y le da un vaso de cerveza. No hay más personas, nosotros tres. El hombre cruza la calle hasta donde sale la mujer de su puerta con la jarra de cerveza y después vuelve a cruzar y se sienta junto a la misma mesa, cerca mío, donde estaba al principio.

Se calló un momento y ya la sonrisa no era para mí ni para el armario con mantelería que se entreabría en la pared del comedor; después concluyó:

—¿Comprende?

Pude escarparme porque recordé el término teatro intimista y le hablé de eso y de la imposibilidad de hacer arte puro en estos ambientes y que nadie iría al teatro para ver eso y que, acaso solo, en toda la provincia, yo podría comprender la calidad de aquella obra y el sentido de los movimientos y el símbolo de los automóviles y la mujer que ofrece un «bock» de cerveza al hombre que cruza la calle y vuelve junto a ella, junto a usted, señora.

Ella me miró y tenía en la cara algo parecido a lo que había en la de Blanes cuando se veía en la necesidad de pedirme dinero y me hablaba de Hamlet: un poco de lástima y todo el resto de burla y antipatía.

—No es nada de eso, señor Langman —me dijo—. Es algo que yo quiero ver y

que no lo vea nadie más, nada de público. Yo y los actores, nada más. Quiero verlo una vez, pero que esa vez sea tal como yo se lo voy a decir y hay que hacer lo que yo diga y nada más. ¿Sí? Entonces usted, haga el favor, me dice cuánto dinero vamos a gastar para hacerlo y yo se lo doy.

Ya no servía hablar de teatro intimista ni de ninguna de esas cosas, allí, frente a frente con la mujer loca que abrió la cartera y sacó dos billetes de cincuenta pesos —«con esto contrata a los actores y atiende los primeros gastos y después me dice cuánto más necesita»—. Yo, que tenía hambre de plata, que no podía moverme de aquel maldito agujero hasta que alguno de Buenos Aires contestara a mis cartas y me hiciera llegar unos pesos. Así que le mostré la mejor de mis sonrisas y cabeceé varias veces mientras me guardaba el dinero en cuatro dobleces en el bolsillo del chaleco.

—Perfectamente, señora. Me parece que comprendo la clase de cosa que usted... —Mientras hablaba no quería mirarla porque estaba pensando en Blanes y porque no me gustaba encontrarme con la expresión humillante de Blanes también en la cara de la mujer—. Dedicaré la tarde a este asunto y si podemos vernos... ¿Esta noche? Perfectamente, aquí mismo; ya tendremos al primer actor y usted podrá explicarnos claramente esa escena y nos pondremos de acuerdo para que *Sueño, Un sueño realizado*...

Acaso fuera simplemente porque estaba loca; pero podía ser también que ella comprendiera, como lo comprendía yo, que no me era posible robarle los cien pesos y por eso no quiso pedirme recibo, no pensó siquiera en ello y se fue luego de darme la mano, con un cuarto de vuelta de la pollera en sentido inverso a cada paso, saliendo erguida de la media luz del comedor para ir a meterse en el calor de la calle como volviendo a la temperatura de la siesta que había durado un montón de años y donde había conservado aquella juventud impura que estaba siempre a punto de deshacerse podrida.

Pude dar con Blanes en una pieza desordenada y oscura, con paredes de ladrillos mal cubiertos, detrás de plantas, esteras verdes, detrás del calor húmedo del atardecer. Los cien pesos seguían en el bolsillo de mi chaleco y hasta no encontrar a Blanes, hasta no conseguir que me ayudara a dar a la mujer loca lo que ella pedía a cambio de su dinero, no me era posible gastar un centavo. Lo hice despertar y esperé con paciencia que se bañara, se afeitara, volviera a acostarse, se levantara nuevamente para tomar un vaso de leche —lo que significaba que había estado borracho el día anterior— y otra vez en la cama encendiera un cigarrillo; porque se negó a escucharme antes y todavía entonces, cuando arrimé aquellos restos de sillón de tocador en que estaba sentado y me incliné con aire grave para hacerle la propuesta, me detuvo diciendo:

—¡Pero mire un poco ese techo!

Era un techo de tejas, con dos o tres vigas verdosas y unas hojas de caña de la India que venían de no sé dónde, largas y reseca. Miré el techo un poco y no hizo más que reírse y mover la cabeza.

—Bueno. Dele —dijo después.

Le expliqué lo que era y Blanes me interrumpía a cada momento, riéndose, diciendo que todo era mentira mía, que era alguno que para burlarse me había mandado la mujer. Después me volvió a preguntar qué era aquello y no tuve más remedio que liquidar la cuestión ofreciéndole la mitad de lo que pagara la mujer una vez deducidos los gastos y le contesté que, en verdad, no sabía lo que era ni de qué se trataba ni qué demonios quería de nosotros aquella mujer; pero que ya me había dado cincuenta pesos y que eso significaba que podíamos irnos a Buenos Aires o irme yo, por lo menos, si él quería seguir durmiendo allí. Se rió y al rato se puso serio; y de los cincuenta pesos que le dije haber conseguido adelantados quiso veinte en seguida. Así que tuve que darle diez, de lo que me arrepentí muy pronto porque aquella noche cuando vino al comedor del hotel ya estaba borracho y sonreía torciendo un poco la boca y con la cabeza inclinada sobre el platito de hielo empezó a decir:

—Usted no escarmienta. El mecenas de la calle Corrientes y toda calle del mundo donde una ráfaga de arte... Un hombre que se arruinó cien veces por el Hamlet va a jugarse desinteresadamente por un genio ignorado y con corsé.

Pero cuando vino ella, cuando la mujer salió de mis espaldas, vestida totalmente de negro, con velo un paraguas diminuto colgando de la muñeca y un reloj con cadena del cuello, y me saludó y extendió la mano a Blanes con la sonrisa aquella un poco apaciguada en la luz artificial, él dejó de molestarme y solo dijo:

—En fin, señora; los dioses la han guiado hasta Langman. Un hombre que ha sacrificado cientos de miles por dar correctamente el Hamlet.

Entonces pareció que ella se burlaba mirando un poco a uno y un poco a otro; después se puso grave y dijo que tenía prisa, que nos explicaría el asunto de manera que no quedara lugar para la más chica duda y que volvería solamente cuando todo estuviera pronto. Bajo la luz suave y limpia, la cara de la mujer y también lo que brillaba en su cuerpo, zonas del vestido, las uñas en la mano sin guante, el mango del paraguas, el reloj con su cadena, parecían volver a ser ellos mismos, liberados de la tortura del día luminoso; y yo tomé de inmediato una relativa confianza y en toda la noche no volví a pensar que ella estaba loca, olvidé que había algo con olor a estafa en todo aquello y una sensación de negocio normal y frecuente pudo dejarme enteramente tranquilo. Aunque yo no tenía que molestarme por nada, ya que estaba allí Blanes correcto, bebiendo siempre, conversando con ella como si se hubieran encontrado ya dos o tres veces ofreciéndole un vaso de whisky, que ella cambió por una taza de tilo. De modo que lo que tenía que contarme a mí se lo fue diciendo a él y yo no quise oponerme porque Blanes era el primer actor y cuanto más llegara a entender de la obra mejor saldrían las cosas. Lo que la mujer quería que representáramos para ella era esto (a Blanes se lo dijo con otra voz y aunque no lo mirara, aunque al hablar de eso bajaba los ojos, yo sentía que lo contaba ahora de un modo personal, como si contestara alguna cosa cualquiera íntima de su vida y que a mí me lo había dicho como el que cuenta esa misma cosa en una oficina, por ejemplo,

para pedir un pasaporte o cosa así):

—En la escena hay casas y aceras, pero todo confuso, como si se tratara de una ciudad y hubieran amontonado todo eso para dar impresión de una gran ciudad. Yo salgo, la mujer que voy a representar yo sale de una casa y se sienta en el cordón de la acera, junto a una mesa verde. Junto a la mesa está sentado un hombre en un banco de cocina. Ese es el personaje suyo. Tiene puesta una tricota y gorra. En la acera de enfrente hay una verdulería con cajones de tomates en la puerta. Entonces aparece un automóvil que cruza la escena y el hombre, usted, se levanta para atravesar la calle y yo me asusto pensando que el coche lo atropella. Pero usted pasa antes que el vehículo y llega a la acera de enfrente en el momento que sale una mujer vestida con traje de paseo y un vaso de cerveza en la mano. Usted lo toma de un trago y vuelve en seguida que pasa un automóvil, ahora de abajo para arriba, a toda velocidad; y usted vuelve a pasar con el tiempo justo y se sienta en el banco de cocina. Entretanto yo estoy acostada en la acera, como si fuera una chica. Y usted se inclina un poco para acariciarme la cabeza.

La cosa era fácil de hacer pero le dije que el inconveniente estaba, ahora que lo pensaba mejor, en aquel tercer personaje, en aquella mujer que salía de su casa a paseo con el vaso de cerveza.

—Jarro —me dijo ella—. Es un jarro de barro con asa y tapa.

Entonces Blanes asintió con la cabeza y le dijo:

—Claro, con algún dibujo, además, pintado.

Ella dijo que sí y parecía que aquella cosa dicha por Blanes la había dejado muy contenta, feliz, con esa cara de felicidad que solo una mujer puede tener y que me da ganas de cerrar los ojos para no verla cuando se me presenta, como si la buena educación ordenara hacer eso. Volvimos a hablar de la otra mujer y Blanes terminó por estirar una mano diciendo que ya tenía lo que necesitaba y que no nos preocupáramos más. Tuve que pensar que la locura de la loca era contagiosa, porque cuando le pregunté a Blanes con qué actriz contaba para aquel papel me dijo que con la Rivas y aunque yo no conocía a ninguna con ese nombre no quise decir nada porque Blanes me estaba mirando furioso. Así que todo quedó arreglado, lo arreglaron ellos dos y yo no tuve que pensar para nada en la escena; me fui en seguida a buscar al dueño del teatro y lo alquilé por dos días pagando el precio de uno, pero dándole mi palabra de que no entraría nadie más que los actores.

Al día siguiente conseguí un hombre que entendía de instalaciones eléctricas y por un jornal de seis pesos me ayudó también a mover y repintar un poco los bastidores. A la noche, después de trabajar cerca de quince horas todo estuvo pronto y sudando y en mangas de camisa me puse a comer sándwiches con cerveza mientras oía sin hacer caso historias de pueblo que el hombre me contaba. El hombre hizo una pausa y después dijo:

—Hoy vi a su amigo bien acompañado. Esta tarde; con aquella señora que estuvo en el hotel anoche con ustedes. Aquí todo se sabe. Ella no es de aquí; dicen que viene



en los veranos. No me gusta meterme, pero los vi entrar en un hotel. Sí, qué gracia; es cierto que usted también vive en un hotel. Pero el hotel donde entraron esta tarde era distinto... De éstos, ¿eh?

Cuando al rato llegó Blanes le dije que lo único que faltaba era la famosa actriz Rivas y arreglar el asunto de los automóviles, porque solo se había podido conseguir uno, que era del hombre que me había estado ayudando y lo alquilaría por unos pesos, además de manejarlo él mismo. Pero yo tenía mi idea para solucionar aquello, porque como el coche era un cascajo con capota, bastaba hacer que pasara primero con la capota baja y después alzada o al revés. Blanes no me contestó nada porque estaba completamente borracho, sin que me fuera posible adivinar de dónde había sacado dinero. Después se me ocurrió que acaso hubiera tenido el cinismo de recibir directamente dinero de la pobre mujer. Esta idea me envenenó y seguía comiendo los sándwiches en silencio mientras él, borracho y canturreando, recorría el escenario se iba colocando en posiciones de fotógrafo, de espía, de boxeador, de jugador de rugby, sin dejar de canturrear, con el sombrero caído sobre la nuca y mirando a todos lados, desde todos los lados, rebuscando vaya a saber el diablo qué cosa. Como a cada momento me convencía más de que se había emborrachado con dinero robado, casi, a aquella pobre mujer enferma, no quería hablarle y cuando acabé de comer los sándwiches mandé al hombre que me trajera media docena más y una botella de cerveza.

A todo esto Blanes se había cansado de hacer piruetas, la borrachera indecente que tenía le dio por el lado sentimental y vino a sentarse cerca de donde yo estaba, en un cajón, con las manos en los bolsillos del pantalón y el sombrero en las rodillas, mirando con ojos turbios, sin moverlos, hacia la escena. Pasamos un tiempo sin hablar y pude ver que estaba envejeciendo y el cabello rubio lo tenía descolorido y escaso. No le quedaban muchos años para seguir haciendo el galán ni para llevar señoras a los hoteles, ni para nada.

—Yo tampoco perdí el tiempo —dijo de golpe.

—Sí, me lo imagino —contesté sin interés.

Sonrió, se puso serio, se encajó el sombrero y volvió a levantarse. Me siguió hablando mientras iba y venía, como me había visto hacer tantas veces en el despacho, todo lleno de fotos dedicadas, dictando una carta a la muchacha.

—Anduve averiguando de la mujer —dijo—. Parece que la familia o ella misma tuvo dinero y después ella tuvo que trabajar de maestra. Pero nadie, ¿eh?, nadie dice que esté loca. Que siempre fue un poco rara, sí. Pero no loca. No sé por qué le vengo a hablar a usted, oh padre adoptivo del triste Hamlet, con la trompa untada de manteca de sándwich... Hablarle de esto.

—Por lo menos —le dije tranquilamente—, no me meto a espiar en vidas ajenas. Ni a dárme las de conquistador con mujeres un poco raras. Me limpié la boca con el pañuelo y me di vuelta para mirarlo con cara aburrída. —Y tampoco me emborracho vaya a saber con qué dinero.

Él se estuvo con las manos en los riñones, de pie, mirándome a su vez, pensativo, y seguía diciéndome cosas desagradables, pero cualquiera se daba cuenta que estaba pensando en la mujer y que no me insultaba de corazón, sino para hacer algo mientras pensaba, algo que evitara que yo me diera cuenta que estaba pensando en aquella mujer. Volvió hacia mí, se agachó y se alzó en seguida con la botella de cerveza y se fue tomando lo que quedaba sin apurarse, con la boca fija al gollete, hasta vaciarla. Dio otros pasos por el escenario y se sentó nuevamente, con la botella entre los pies y cubriéndola con las manos.

—Pero yo le hablé y me estuvo diciendo —dijo—. Quería saber qué era todo esto. Porque no sé si usted comprende que no se trata solo de meterse la plata en el bolsillo. Yo le pregunté qué era esto que íbamos a representar y entonces supe que estaba loca. ¿Le interesa saber? Todo es un sueño que tuvo, ¿entiende? Pero la mayor locura está en que ella dice que ese sueño no tiene ningún significado para ella, que no conoce al hombre que estaba sentado con la tricota azul, ni a la mujer de la jarra, ni vivió tampoco en una calle parecida a este ridículo mamarracho que hizo usted. ¿Y por qué, entonces? Dice que mientras dormía y soñaba eso era feliz, pero no es feliz la palabra sino otra clase de cosa. Así que quiere verlo todo nuevamente. Y aunque es una locura tiene su cosa razonable. Y también me gusta que no haya ninguna vulgaridad de amor en todo esto.

Cuando nos fuimos a acostar, a cada momento se entreparaba en la calle —había un cielo azul y mucho calor— para agarrarme de los hombros y las solapas y preguntarme si yo entendía, no sé qué cosa, algo que él no debía entender tampoco muy bien, porque nunca acababa de explicarlo.

La mujer llegó al teatro a las diez en punto y traía el mismo traje negro de la otra noche, con la cadena y el reloj, lo que me pareció mal para aquella calle de barrio pobre que había en escena y para tirarse en el cordón de la acera mientras Blanes le acariciaba el pelo. Pero tanto daba: el teatro estaba vacío; no estaba en la platea más que Blanes, siempre borracho, fumando, vestido con una tricota azul y una gorra gris doblada sobre una oreja. Había venido temprano acompañado de una muchacha, que era quien tenía que asomar en la puerta de al lado de la verdulería a darle su jarrita de cerveza; una muchacha que no encajaba, ella tampoco, en el tipo del personaje, el tipo que me imaginaba yo, claro, porque sepa el diablo cómo era en realidad; una triste y flaca muchacha, mal vestida y pintada que Blanes se había traído de cualquier cafetín, sacándola de andar en la calle por una noche y empleando un cuento absurdo para traerla, era indudable, porque ella se puso a andar con aires de primera actriz y al verla estirar el brazo con la jarrita de cerveza daban ganas de llorar o de echarla a empujones. La otra, la loca, vestida de negro, en cuanto llegó se estuvo un rato mirando el escenario con las manos juntas frente al cuerpo y me pareció que era enormemente alta, mucho más alta y flaca de lo que yo había creído hasta entonces. Después, sin decir palabra a nadie, teniendo siempre, aunque más débil, aquella sonrisa de enfermo que me erizaba los nervios, cruzó la escena y se escondió detrás

del bastidor por donde debía salir. La había seguido con los ojos, no sé por qué, mi mirada tomó exactamente la forma de su cuerpo alargado vestido de negro y apretada a él, ciñéndolo, lo acompañó hasta que el borde del telón separó la mirada del cuerpo.

Ahora era yo quien estaba en el centro del escenario y como todo estaba en orden y habían pasado ya las diez, levanté los codos para avisar con una palmada a los actores. Pero fue entonces que, sin que yo me diera cuenta de lo que pasaba por completo, empecé a saber cosas y qué era aquello en que estábamos metidos, aunque nunca pude decirlo, tal como se sabe el alma de una persona y no sirven las palabras para explicarlo. Preferí llamarlos por señas y cuando vi que Blanes y la muchacha que había traído se pusieron en movimiento para ocupar sus lugares, me escabullí detrás de los telones, donde ya estaba el hombre sentado al volante de su coche viejo que empezó a sacudirse con un ruido tolerable. Desde allí, trepado en un cajón, buscando esconderme porque yo nada tenía que ver en el disparate que iba a empezar, vi cómo ella salía de la puerta de la casucha, moviendo el cuerpo como una muchacha —el pelo, espeso y casi gris, suelto a la espalda, anudado sobre los omóplatos con una cinta clara— daba unos largos pasos que eran, sin duda, de la muchacha que acababa de preparar la mesa y se asoma un momento a la calle para ver caer la tarde y estarse quieta sin pensar en nada; vi cómo se sentaba cerca del banco de Blanes y sostenía la cabeza con una mano, afirmando el codo en las rodillas, dejando descansar las yemas sobre los labios entreabiertos y la cara vuelta hacia un sitio lejano que estaba más allá de mí mismo, más allá también de la pared que yo tenía a la espalda. Vi como Blanes se levantaba para cruzar la calle y lo hacía matemáticamente antes que el automóvil que pasó echando humo con su capota alta y desapareció en seguida. Vi cómo el brazo de Blanes y el de la mujer que vivía en la casa de enfrente se unían por medio de la jarrita de cerveza y cómo el hombre bebía de un trago y dejaba el recipiente en la mano de la mujer que se hundía nuevamente lenta y sin ruido, en su portal. Vi, otra vez, al hombre de la tricota azul cruzar la calle un instante antes de que pasara un rápido automóvil de capota baja que terminó su carrera junto a mí apagando en seguida su motor, y, mientras se desgarraba el humo azulado de la máquina, divisé a la muchacha del cordón de la acera que bostezaba y terminaba por echarse a lo largo en las baldosas la cabeza sobre un brazo que escondía el pelo, y una pierna encogida. El hombre de la tricota y la gorra se inclinó entonces y acarició la cabeza de la muchacha, comenzó a acariciarla y la mano iba y venía, se enredaba en el pelo, estiraba la palma por la frente, apretaba la cinta clara del peinado, volvía a repetir sus caricias.

Bajé del banco, suspirando, más tranquilo, y avancé en puntas de pie por el escenario. El hombre del automóvil me siguió, sonriendo intimidado y la muchacha flaca que se había traído Blanes volvió a salir de su zaguán para unirse a nosotros. Me hizo una pregunta, una pregunta corta, una sola palabra sobre aquello y yo contesté sin dejar de mirar a Blanes y a la mujer echada; la mano de Blanes, que seguía acariciando la frente y la cabellera desparramada de la mujer, sin cansarse, sin darse

cuenta de que la escena había concluido y que aquella última cosa, la caricia en el pelo de la mujer, no podía continuar siempre. Con el cuerpo inclinado, Blanes acariciaba la cabeza de la mujer, alargaba el brazo para recorrer con los dedos la extensión de la cabellera gris desde la frente hasta los bordes que se abrían sobre el hombro y la espalda de la mujer acostada en el piso. El hombre del automóvil seguía sonriendo, tosió y escupió a un lado. La muchacha que había dado el jarro de cerveza a Blanes, empezó a caminar hacia el sitio donde estaban la mujer y el hombre inclinado, acariciándola. Entonces me di vuelta y le dije al dueño del automóvil que podía ir sacándolo, así nos íbamos temprano, y caminé junto a él, metiendo la mano en el bolsillo para darle unos pesos. Algo extraño estaba sucediendo a mi derecha, donde estaban los otros, y cuando quise pensar en eso tropecé con Blanes que se había quitado la gorra y tenía un olor desagradable a bebida y me dio una trompada en las costillas, gritando:

—No se da cuenta que está muerta, pedazo de bestia.

Me quedé solo, encogido por el golpe, y mientras Blanes iba y venía por el escenario, borracho, como enloquecido, y la muchacha del jarro de cerveza y el hombre del automóvil se doblaban sobre la mujer muerta comprendí qué era aquello, qué era lo que buscaba la mujer, lo que había estado buscando Blanes borracho la noche anterior en el escenario y parecía buscar todavía, yendo y viniendo con sus prisas de loco: lo comprendí todo claramente como si fuera una de esas cosas que se aprenden para siempre desde niño y no sirven después las palabras para explicar.

# Mascarada

María Esperanza entró al parque por el camino de ladrillos que llevaba hasta el lago entre sombras de arboles y torcía justamente al llegar a la orilla chocando contra la luz de los reflectores, las espaldas todas negras de la gente que miraba deslizarse las lanchas con banderines y música, los danzarines en la isla artificial. Estaba cansada y los tacones, tan altos como nunca los había usado, le hacían arder un dolor como una herida en los tendones de los tobillos. Se detuvo; pero no era ahí, sentía sin saber por qué, que no era y además tenía miedo de aquellas caras absortas, graves o sonrientes, miedo porque eran caras tan semejantes a la suya misma bajo la violenta, blanca, roja y negra pintura con que la había cubierto, miedo de que las caras miraran comprendiendo su fraternidad y la miraran en seguida con odio por estar haciendo algo que no debía hacerse cuando se tenía una cara así, cuando se la había tenido, unas pocas horas antes, sin pintura y limpia frente al espejo, luminosa, alegre, con el cabello goteando agua y sin vergüenza.

Caminó por la orilla del lago que hendía la sombra y la arboleda, con la música de la danza en la isla temblando en el aire que le rodeaba el cuello. Se sentó en un banco y sacó los talones de los zapatos, cerrando los ojos, inflando la cara al suspirar, feliz y soñolienta al abandonarse a lo que contenía la noche, una lejana música y un olor de flores. Pero vino el recuerdo de aquella espantosa cosa negra que había sucedido unas horas antes, en seguida de la presencia de su cara limpia en el espejo y el rostro malicioso del recuerdo amenazaba tocar su corazón, asustar su cuerpo flojo sobre el banco. Se levantó, caminando ahora hacia el lado del parque que daba a la rambla.

A medida que se acercaba a las luces y comenzaba a distinguir los carteles luminosos del circo y las luces de colores de los kioscos, y la música del ballet en el lago moría a sus espaldas mientras las marchas y los tangos de los cafés se acercaban a sus mejillas, iba enderezando el cuerpo, alargando los pasos, haciéndolos más lentos y remedando el andar ensayado antes de salir. También llevaba ahora la última cabeza contemplada en el espejo, muy levantada, con las cejas arqueadas y una promesa de sonrisa.

Ya estaba entre los ruidos de la otra zona del parque, ensordecida por la mezcla de música, risas, llamados a los mozos, frases repetidas por los mozos a los mostradores. Todavía le quedaba, inmediatamente antes de la intensa luz y el estrépito, una sombra de un árbol desde donde mirar los tablados y sus recogidas cortinas. Un trío de zapateadores golpeaba en un escenario, vestidos de marineros.

La mujer, pequeña, se movía entre los dos gigantes. Uno de los hombres tenía una cara clara y triste donde colgaba la nariz; el otro era delgado, de frente estrecha y pelo negro y aceitoso y toda su cabeza, su mismo estrecho cuerpo al balancearse mostraban un incurable, un activo resentimiento con la vida. Ella era rubia y sonreía acalorada, roja, sonreía con dientes de niño, sacudiendo el pelo, marcando de manera excesiva el compás con los brazos, los pies y las caderas, sonreía, con un foco de luz blanca en la cara implacablemente quemando su cara, rayéndole la nariz con su blancura.

A la derecha un hombre de frac mostraba al público un mono encogido sobre una mesa, vestido de groom, mientras otro mono, más grande, triste, de pesados movimientos, guiaba los ojos apretando un acordeón entre los brazos, sacando siempre la misma nota, el mismo soplo que sonaba definitivo. El hombre de frac hablaba muequeando con voz enronquecida y la gente reía a carcajadas, siempre de acuerdo, hacía una pausa de silencio y fresca y volvía a reír de golpe, sin que María Esperanza, riendo apoyada en el árbol, con la mano apretando un nudo de la corteza, pudiera saber si reía del hombre, de lo que decía el hombre o de cual de los monos.

A la izquierda, más lejos, detrás de una hilera de lámparas blancas y azules —un azul tan triste, tan desagradable como nunca había visto, como no imaginaba que pudiera ser nunca un azul— encima de una música de piano que parecía girar repitiendo siempre lo mismo, una mujer vestida de hombre, con gorra y un pañuelo rojo al cuello cantaba con voz incomprensible, fumando. Mirando a un lado y otro como si siguiera el viaje de sus palabras en el aire y quisiera saber hasta dónde podrían llegar, hasta dónde lograba empujarlas y encima de la cabeza de qué espectador caían, abajo de que mesa y en qué porción de tierra con pasto aplastado terminaban. Sobre el lejano escenario la mujer vestida de hombre no tenía cara. María Esperanza quedó con las espaldas recortadas al árbol, el mundo en las vértebras. Nada podía saber de lo que la mujer estaba cantando, pero alguna palabra escapada de la fiesta nocturna venía a darle una triste felicidad como la de un rato atrás, perdida en la sombra del banco.

El cielo era negro y al mirarlo sintió que un aire frío llegaba de la playa, un aire que podía acabar con su energía y entregarla en forma definitiva al desconsuelo, ella y su cuerpo, contemplados por el rostro malicioso del recuerdo en que no debía pensar.

Dejó el árbol y se puso a andar entre las mesas. Al dar un paso nadie la miraba y al mover la otra pierna todas las cabezas se volvían para mirarla, todas las sonrisas, los ojos brillantes, las caras con sudor giraban hacia ella, pero ya al paso siguiente avanzaba sola, no vista por nadie. Se detuvo. Se detuvo indecisa frente a la mesa de un hombre gordo de retinto bigote que bebía un jarro de cerveza, sin mirarla, mirando por encima de la espuma de la cerveza el zapateo en el escenario. Estaba sola como si hubiera traído el árbol consigo, como si escondiera el perfil en la tajeada corteza y la mano pudiera apoyarse, olvidada, en el nudo de borde pulido.

Una mujer movió un sombrero con flores al inclinarse riendo y en seguida las tres caras de los zapateadores estaban mirándola, todos los rostros se habían vuelto hacia ella y por más que caminara, sin perder, oh, gracias a Dios, aquel andar amorosamente ensayado, siempre tenía que pisar tontamente en el sitio donde la luz era más fuerte, donde convergían las luces de colores, las miradas de todas las personas sentadas a las mesas y que paseaban sin prisa, solas, en parejas, con niños, sin prisa por el parque en la fresca noche de verano. María Esperanza cerró los ojos, sintió que tenía una mueca en la boca, volvió a abrir los ojos y avanzó hacia la mesa del hombre gordo que bebía su cerveza y que la descubrió de pronto e hizo una cara de bondad mientras movía un poco con dos dedos el nudo de su corbata, tironeaba de las puntas del chaleco, apartaba sobre la mesa la jarra de cerveza. Mirándola siempre con una expresión bondadosa, tan bondadosa que ella susurró que no y pasó de largo, rozando el cuerpo en una hilera de cañas de hojas filosas que repitieron, arrastrándolo, su susurro.

Un escándalo de aplausos resonó allá a la izquierda, mientras la mujer vestida de hombre se inclinaba, la gorra en la mano, el pelo desparramado hasta casi tocar las lamparillas blancas y azules de aquel azul repugnante que era capaz de enfermarla a ella María Esperanza, sudando, sintiendo como se ablandaba la pintura de su cara y el dolor que le hacían los tacones se le hundía como un filo en los tobillos.

Y en seguida de los aplausos otra vez se pusieron, todo el mundo se puso a mirarla y la tonadillera que apareció dando una vuelta por el escenario después de los zapateadores, caminando rápidamente mientras la orquesta tocaba rápidamente un paso doble, se clavó una mano en la cintura y cantó riendo, mirándola, caminó dos o tres pasos y volvió a cantar para ella, mirándola, burlándose, conversando solamente con ella mientras un temblor de risa se corría por las cabezas del público en las mesas.

Entonces abandonó la pared de cañas y se acercó a un hombre flaco, que fumaba sin moverse, con un sombrero de paja abandonado contra la nuca y se detuvo a punto de tocarlo, mirándole la cara. El hombre continuó fumando y sus ojos pequeños y tristes miraban siempre hacia adelante. Ella giró velozmente y fue, recta, pero ahora con la marcha suya de todos los días, despacio, las manos colgando, hasta la mesa del hombre gordo que está bebiendo una segunda jarra de cerveza que dejó en seguida, al verla llegar, para repetir su sonrisa de bondad hasta que ella se sentó a su lado en la mesita de hierro. Vio que por un instante el hombre gordo la estuvo mirando con su cara de bondad. Luego la ensombreció para llamar al mozo, volvió a sonreír — aquella gruesa dulzura de jarabe que parecía explicar que ella, María Esperanza, era hija de un hombre gordo de bigote negro que tomaba cerveza en el parque en la fresca noche de verano— le tomó una mano del regazo la llevó siempre cubierta por la suya hasta encima de la mesa y le hizo una pregunta, una risa, otra pregunta por todo dos preguntas que ella no alcanzó a comprender.





## **Bienvenido, Bob**

Es seguro que cada día estará más viejo, más lejos del tiempo en que se llamaba Bob, del pelo rubio colgando en la sien, la sonrisa y los lustrosos ojos de cuando entraba silenciosamente en la sala, murmurando un saludo o moviendo un poco la mano cerca de la oreja, e iba a sentarse bajo la lámpara, cerca del piano, con un libro o simplemente quieto y aparte, abstraído, mirándonos durante una hora sin un gesto en la cara, moviendo de vez en cuando los dedos para manejar el cigarrillo y limpiar de cenizas la solapa de sus trajes claros.

Igualmente lejos —ahora que se llama Roberto y se emborracha con cualquier cosa, protegiéndose la boca con la mano sucia cuando toso— del Bob que tomaba cerveza, dos vasos solamente en la más larga de las noches, con una pila de monedas de diez sobre su mesa de la cantina del club, para gastar en la máquina de discos. Casi siempre solo, escuchando jazz, la cara soñolienta, dichosa y pálida, moviendo apenas la cabeza para saludarme cuando yo pasaba, siguiéndome con los ojos tanto tiempo como yo me quedara, tanto tiempo como me fuera posible soportar su mirada azul detenida incansablemente en mí, manteniendo sin esfuerzo el intenso desprecio y la burla más suave. También con algún otro muchacho, los sábados, alguno tan rabiosamente joven como él, con quien conversaba de solos, trompas y coros y de la infinita ciudad que Bob construiría sobre la costa cuando fuera arquitecto. Se interrumpía al verme pasar para hacerme el breve saludo y no sacar los ojos de mi cara, resbalando palabras apagadas y sonrisas por una punta de la boca hacia el compañero que terminaba siempre por mirarme y duplicar en silencio el silencio y la burla.

A veces me sentía fuerte y trataba de mirarlo: apoyaba la cara en una mano y fumaba encima de mi copa mirándolo sin pestañear, sin apartar la atención de mi rostro que debía sostenerse frío, un poco melancólico. En aquel tiempo Bob era muy parecido a Inés; podía ver algo de ella en su cara a través del salón del club, y acaso alguna noche lo haya mirado como la miraba a ella. Pero casi siempre prefería olvidar los ojos de Bob y me sentaba de espaldas a él y miraba las bocas de los que hablaban en mi mesa, a veces callado y triste para que él supiera que había en mí, algo más que aquello por lo que había juzgado, algo próximo a él; a veces me ayudaba con unas copas y pensaba «querido Bob, andá a contárselo a tu hermanita», mientras acariciaba las manos de las muchachas que estaban sentadas a mi mesa o estiraba una teoría sobre cualquier cosa, para que ellas rieran y Bob lo oyera.

Pero ni la actitud ni la mirada de Bob mostraban ninguna alteración en aquel tiempo, hiciera yo lo que hiciera. Sólo recuerdo esto como prueba de que él anotaba mis comedias en la cantina. Tenía un impermeable cerrado hasta el cuello, las manos en los bolsillos. Me saludó moviendo la cabeza, miró alrededor enseguida y avanzó en la habitación como si me hubiera suprimido con la rápida cabezada: lo vi moverse dando vueltas a la mesa, sobre la alfombra, andando sobre ella con sus amarillentos zapatos de goma. Tocó una flor con un dedo, se sentó en el borde de la mesa y se puso a fumar mirando el florero, el sereno perfil puesto hacia mí, un poco inclinado, flojo y pensativo. Imprudentemente —yo estaba de pie recostado contra el piano— empujé con mi mano izquierda una tecla grave y quedé ya obligado a repetir el sonido cada tres segundos, mirándolo.

Yo no tenía por él más que odio y un vergonzante respeto, y seguí hundiendo la tecla, clavándola con una cobarde ferocidad en el silencio de la casa, hasta que repentinamente quedé situado afuera, observando la escena como si estuviera en lo alto de la escalera o en la puerta, viéndolo y sintiéndolo a él, Bob, silencioso y ausente junto al hilo de humo de su cigarrillo que subía temblando; sintiéndome a mí, alto y rígido, un poco patético, un poco ridículo en la penumbra, golpeando cada tres exactos segundos la tecla grave con mi índice. Pensé entonces que no estaba haciendo sonar el piano por una incomprensible bravata, sino que lo estaba llamando; que la profunda nota que tenazmente hacía renacer mi dedo en el borde de cada última vibración era, al fin, encontrada, la única palabra pordiosera con que podía pedir tolerancia y comprensión a su juventud implacable. Él continuó inmóvil hasta que Inés golpeó la puerta del dormitorio antes de bajar a juntarse conmigo. Entonces Bob se enderezó y vino caminando con pereza hasta el otro extremo del piano, apoyó un codo, me moró un momento y después dijo con una hermosa sonrisa: «¿Esta noche es una noche de lecho o de whisky? ¿Ímpetu de salvación o salto en el vacío?».

No podía contestarle nada, no podía deshacerle la cara de un golpe; dejé de tocar y fui retirando lentamente la mano del piano. Inés estaba en la mitad de la escalera cuando él me dijo: «Bueno, puede ser que usted improvise».

El duelo duró tres o cuatro meses, y yo no podía dejar de ir por las noches al club —recuerdo, de paso, que había campeonato de tenis por aquel tiempo— porque cuando me estaba por algún tiempo sin aparecer por allí, Bob saludaba mi regreso aumentando el desdén y la ironía en sus ojos y se acomodaba en el asiento con una mueca feliz.

Cuando llegó el momento de que yo no pudiera desear otra solución que casarme con Inés cuanto antes, Bob y su táctica cambiaron. No sé cómo supo mi necesidad de casarme con su hermana y de cómo yo había abrazado esa necesidad con todas las fuerzas que me quedaban. Mi amor por aquella necesidad había suprimido el pasado y toda atadura con el presente. No reparaba entonces en Bob; pero poco tiempo después hube de recordar cómo había cambiado en aquella época y alguna vez quedé inmóvil, de pie en la esquina, insultándolo entre dientes, comprendiendo que

entonces su cara había dejado de ser burlona y me enfrentaba con seriedad y un intenso cálculo, como se mira un peligro o una tarea compleja, como se trata de valorar el obstáculo y medirlo con las fuerzas de uno. Pero yo no le daba ya importancia y hasta llegué a pensar que en su cara inmóvil y fija estaba naciendo la comprensión por lo fundamental mío, por un viejo pasado de limpieza que la adorada necesidad de casarme con Inés extraía de debajo de los años y sucesos para acercarme a él.

Después vi que estaba esperando la noche; pero lo vi recién cuando aquella noche llegó Bob y vino a sentarse a la mesa donde yo estaba solo y despidió al mozo con una seña. Esperé un rato mirándolo, era tan parecido a ella cuando movía las cejas; y la punta de la nariz, como a Inés, se le aplastaba un poco cuando conversaba. «Usted no va a casarse con Inés», dijo después. Lo miré, sonreí, dejé de mirarlo. «No, no se va a casar con ella porque una cosa así se puede evitar si hay alguien de veras resuelto a que se haga». Volví a sonreírme. «Hace unos años —le dije— eso me hubiera dado muchas ganas de casarme con Inés. Ahora no agrega ni saca. Pero puedo oírlo, si quiere explicarme...». Enderezó la cabeza y continuó mirándome en silencio; acaso tuviera prontas las frases y esperaba a que yo completara la mía para decirlas. «Si quiere explicarme por qué no quiere que yo me case con ella», pregunté lentamente y me recosté en la pared. Vi enseguida que yo no había sospechado nunca cuánto y con cuanta resolución me odiaba; tenía la cara pálida, con una sonrisa sujeta y apretada con los labios y dientes. «Habría que dividirlo por capítulos —dijo—, no terminaría en la noche».

«Pero se puede decir en dos o tres palabras. Usted no se va a casar con ella porque usted es viejo y ella es joven. No sé si usted tiene treinta o cuarenta años, no importa. Pero usted es un hombre hecho, es decir deshecho, como todos los hombres a su edad cuando no son extraordinarios». Chupó el cigarrillo apagado, miró hacia la calle y volvió a mirarme; mi cabeza estaba apoyada contra la pared y seguía esperando. «Claro que usted tiene motivos para creer en lo extraordinario suyo. Creer que ha salvado muchas cosas del naufragio. Pero no es cierto». Me puse a fumar de perfil a él; me molestaba, pero no le creía; me provocaba un tibio odio, pero yo estaba seguro de que nada me haría dudar de mí mismo después de haber conocido la necesidad de casarme con Inés. No; estábamos en la misma mesa y yo era tan limpio y tan joven como él. «Usted puede equivocarse —le dije—. Si usted quiere nombrar algo de lo que hay deshecho en mí...». «No, no —dijo rápidamente—, no soy tan niño. No entro en ese juego. Usted es egoísta; es sensual de una sucia manera. Está atado a cosas miserables y son las cosas las que lo arrastran. No va a ninguna parte, no lo desea realmente. Es eso, nada más; usted es viejo y ella es joven. Ni siquiera debo pensar en ella frente a usted. Y usted pretende...». Tampoco entonces podía yo romperle la cara, así que resolví prescindir de él, fui al apartado de música, marqué cualquier cosa y puse una moneda. Volví despacio al asiento y escuché. La música era poco fuerte; alguien cantaba dulcemente en el interior de grandes pausas. A mi

lado Bob estaba diciendo que ni siquiera él, alguien como él, era digno de mirar a Inés a los ojos. Pobre chico, pensé con admiración. Estuvo diciendo que en aquello que él llama vejez, lo más repugnante, lo que determinaba la descomposición era pensar por conceptos, englobar a las mujeres en la palabra mujer, empujarlas sin cuidado, para que pudieran amoldarse al concepto hecho por una pobre experiencia. Pero —decía también— tampoco la palabra experiencia era exacta. No había ya experiencias, nada más que costumbre y repeticiones, nombres marchitos para ir poniendo a las cosas y un poco crearlas. Más o menos eso estuvo diciendo. Y yo pensaba suavemente si él caería muerto o encontraría la manera de matarme, allí mismo y enseguida, si yo le contara las imágenes que removía en mí al decir que ni siquiera él merecía tocar a Inés con la punta de un dedo, el pobre chico, o besar el extremo de sus vestidos, la huella de sus pasos o cosas así. Después de una pausa — la música había terminado y el aparato apagó las luces aumentando el silencio—, Bob dijo «nada más», y se fue con el andar de siempre, seguro, ni rápido ni lento.

Si aquella noche el rostro de Inés se me mostró en las facciones de Bob, si en algún momento el fraternal parecido pudo aprovechar la trampa de un gesto para darme a Inés por Bob, fue aquella, entonces, la última vez que vi a la muchacha. Es cierto que volví a estar con ella dos noches después en la entrevista habitual, y un mediodía en un encuentro impuesto por mi desesperación, inútil, sabiendo de antemano que todo recurso de palabra y presencia sería inútil, que todos mis machacantes ruegos morirían de manera asombrosa, como si no hubieran sido nunca, disueltos en el enorme aire azul de la plaza, bajo el follaje de verde apacible en mitad de la buena estación.

Las pequeñas y rápidas partes del rostro de Inés que me había mostrado aquella noche Bob, aunque dirigidas contra mí, unidas a la agresión, participaban del entusiasmo y el candor de la muchacha. Pero cómo hablar a Inés, cómo tocarla, convencerla a través de la repentina mujer apática de las dos últimas entrevistas. Cómo reconocerla o siquiera evocarla mirando a la mujer de largo cuerpo rígido en el sillón de su casa y en el banco de la plaza, de una igual rigidez resuelta y mantenida en las dos distintas horas y los dos parajes; la mujer de cuello tenso, los ojos hacia delante, la boca muerta, las manos plantadas en el regazo. Yo la miraba y era «no», sabía que era «no» todo el aire que la estaba rodeando.

Nunca supe cuál fue la anécdota elegida por Bob para aquello; en todo caso, estoy seguro de que no mintió, de que entonces nada —ni Inés— podía hacerlo mentir. No vi más a Inés ni tampoco a su forma vacía y endurecida; supe que se casó y que no vive ya en Buenos Aires. Por entonces, en medio del odio y del sufrimiento me gustaba imaginar a Bob imaginando mis hechos y eligiendo la cosa justa o el conjunto de cosas que fue capaz de matarme en Inés y matarla a ella para mí.

Ahora hace cerca de un año que veo a Bob casi diariamente, en el mismo café, rodeado de la misma gente. Cuando nos presentaron —hoy se llama Roberto— comprendí que el pasado no tiene tiempo y el ayer se junta allí con la fecha de diez

años atrás. Algún gastado rastro de Inés había aún en su cara, y un movimiento de la boca de Bob alcanzó para que yo volviera a ver el alargado cuerpo de la muchacha, sus calmosos y desenvueltos pasos, y para que los mismos inalterados ojos azules volvieran a mirarme bajo un flojo peinado de cruzaba y sujetaba una cinta roja. Ausente y perdida para siempre, podía conservarse viviente e intacta, definitivamente inconfundible, idéntica a lo esencial suyo. Pero era trabajoso escarbar en la cara, las palabras y los gestos de Roberto para encontrar a Bob y poder odiarlo. La tarde del primer encuentro esperé durante horas a que se quedara solo o saliera para hablarle y golpearlo. Quieto y silencioso, espionando a veces su cara o evocando a Inés en las ventanas brillantes del café, compuse mañosamente las frases del insulto y encontré el paciente tono con que iba a decírselas, elegí el sitio de su cuerpo donde dar el primer golpe. Pero se fue al anochecer acompañado por tres amigos, y resolví esperar, como había esperado él años atrás, la noche propicia en que estuviera solo.

Cuando volví a verlo, cuando iniciamos esta segunda amistad que espero no terminará ya nunca, dejé de pensar en toda forma de ataque. Quedó resuelto que no le hablaría jamás de Inés ni del pasado y que, en silencio, yo mantendría todo aquello viviente dentro de mí. Nada más que esto hago, casi todas las tardes, frente a Roberto y las caras familiares del café. Mi odio se conservará cálido y nuevo mientras pueda seguir viviendo y escuchando a Roberto; nadie sabe de mi venganza, pero la vivo, gozosa y enfurecida, un día y otro. Hablo con él, sonrío, fumo, tomo café. Todo el tiempo pensando en Bob, en su pureza, su fe, en la audacia de sus pasados sueños. Pensando en el Bob que amaba la música, en el Bob que planeaba ennoblecer la vida de los hombres, construyendo una ciudad de enceguedora belleza para cinco millones de habitantes, a lo largo de la costa del río; el Bob que no podía mentir nunca; el Bob que proclamaba la lucha de los jóvenes contra los viejos, el Bob dueño del futuro y del mundo. Pensando minucioso y plácido en todo eso frente al hombre de dedos sucios de tabaco llamado Roberto, que lleva una vida grotesca, trabajando en cualquier hedionda oficina, casado con una mujer a quien nombra «mi señora»; el hombre que se pasa estos largos domingos hundido en el asiento del café, examinando diarios y jugando a las carreras por teléfono.

Nadie amó a mujer alguna con la fuerza con que yo amo su ruindad, su definitiva manera de estar hundido en la sucia vida de los hombres. Nadie se arrobó de amor como yo lo hago ante sus fugaces sobresaltos, los proyectos sin convicción que un destruido y lejano Bob le dicta algunas veces y que sólo sirven para que mida con exactitud hasta donde está emporcado para siempre.

No sé si nunca en el pasado he dado la bienvenida a Inés con tanta alegría y amor como diariamente le doy la bienvenida a Bob al tenebroso y maloliente mundo de los adultos. Es todavía un recién llegado y de vez en cuando sufre sus crisis de nostalgia. Lo he visto lloroso y borracho, insultándose y jurando el inminente regreso a los días de Bob. Puedo asegurar que entonces mi corazón desborda de amor y se hace sensible y cariñoso como el de una madre. En el fondo sé que no se irá nunca porque no tiene

sitio donde ir; pero me hago delicado y paciente y trato de conformarlo. Como ese puñado de tierra natal, o esas fotografías de calles y monumentos, o las canciones que gustan traer consigo los inmigrantes, voy construyendo para él planes, creencias y mañanas distintos que tienen luz y el sabor del país de juventud de donde él llegó hace un tiempo. Y él acepta; protesta siempre para que yo redoble mis promesas, pero termina por decir que sí, acaba por muequear una sonrisa creyendo que algún día habrá de regresar al mundo de las horas de Bob y queda en paz en medio de sus treinta años, moviéndose sin disgusto ni tropiezo entre los cadáveres pavorosos de las antiguas ambiciones, las formas repulsivas de los sueños que se fueron gastando bajo la presión distraída y constante de tantos miles de pies inevitables.

1944

## La larga historia

Capurro estaba en mangas de camisa, apoyado en la baranda, mirando cómo el desteñido sol de la tarde hacía llegar la sombra de su cabeza hasta el borde del camino de arena entre plantas que unía la carretera y la playa con el hotel. La muchacha pedaleaba en el camino, se perdió atrás del chalet de techo suizo, un momento después volvió a aparecer, manteniendo el cadencioso ritmo del pedaleo, derecho ahora el cuerpo en la montura, moviendo con fácil lentitud las piernas, con tranquila arrogancia, las piernas envueltas en medias grises, gruesas, peludas, las piernas que mostraban sus rodillas. Frenó la bicicleta al lado de la sombra de la cabeza de Capurro y su pie derecho, separándose de la máquina, se apoyó para guardar equilibrio pisando el pasto mal crecido, ya amarillo, y en seguida se sacudió el pelo de la frente y miró al hombre inmóvil. Tenía una tricota oscura y una pollera rosada. Lo miró con calma y atención, como si la tostada mano que apartaba el pelo de las cejas bastara para velar su prolongado examen, ofreciendo el cuerpo contra el paisaje que se aplacaba en la tarde, los dientes en el cansancio, el pelo revuelto y aquella luz del sudor y la fatiga que recogía el reflejo del anochecer para cubrirse y destacar como una máscara fosforescente en la penumbra. Luego dejó la bicicleta sobre el pasto y volvió a mirarlo mientras sus manos tocaban el talle hundiendo los pulgares bajo la cintura de la falda, dejó de mirarlo y perfiló la cabeza, con las manos juntas en la espalda, sin senos, respirando aún con fatiga, los ojos, hacia el sitio de la tarde donde iba a caer el sol. De pronto se sentó en el pasto, se quitó los zapatos y los sacudió, teniendo uno a uno los pies desnudos en las manos, refregándolos y agitando los cortos dedos, dejando ver por encima de los hombros los pies enrojecidos, removiéndose en el aire apenas fresco. Volvió a calzarse y se levantó y estuvo todavía un rato haciendo girar el pedal con rápidas patadas hasta que repitió su movimiento duro y apresurado y se volvió hacia el hombre que la miraba, con una expresión desafiante, la cara retrocediendo en la escasa luz, con un desafío de todo su cuerpo desdeñoso, haciendo participar en él el brillo de níquel de la bicicleta, las formas y los tintes de los árboles, todo lo que la rodeaba como segregado por ella. Volvió a montar y pedaleó detrás de las hortensias, detrás de los bancos pintados de azul.

Dentro de la habitación Capurro estuvo lavándose largamente las manos, abandonando los dedos en el agua jabonosa mientras se espiaba en el espejo, casi a oscuras, inmóvil hasta que pudo distinguir la delgada cara blanca sin sonrisa y se detuvo a mirarse desinteresado mientras pasaban por el jardín arrastrando algo y

cantando a media voz. Se secó las manos y fue a buscar la maleta abajo de la cama, la arrastró con el pie y buscó sin mirar, apartó ropas y dos pequeños libros y sacó, finalmente el diario doblado. En el sillón, cerca de las persianas abiertas miró el título: Se Suicida el Cajero Prófugo y las manchas negras y grises de la fotografía del hombre que miraba con cara azorada, comenzando a reír bajo el bigote de puntas caídas, sintiendo otra vez con la misma fuerza que en los días anteriores que estaba para siempre recluido en un mundo particular y estrecho, sin más amistad ni presencia ni posibilidad de diálogo que lo que pudiera dar aquel fantasma de bigotes lánguidos. Arturo silbó en el jardín, trepó la baranda y saltó en la luz del balcón vestido con el abrigo de baño, sacudiendo la cabeza mojada mientras cruzaba la habitación, viendo al paso el gesto de Capurro que escondía el diario doblado entre la pierna y el sillón y rezongó: «Siempre el fantasma». Cerró las persianas, encendió la luz y se desnudó de pie sobre la cama.

—Y la barriga crece —dijo, mientras se pasaba la toalla por los hombros—. No te creía capaz de eso, jugar al remordimiento como si vos lo hubieras matado. Y no vuelvas a preguntarme si en un mundo de veinte dimensiones vos sos el culpable de que se haya pegado un tiro.

Parado encima de la alfombra se oprimía el vientre con suavidad.

—Me voy esta noche, tengo que apurarme —siguió diciendo—. Pero nunca le dijiste que se pegara un tiro, nunca le dijiste que robara para comprar pesos chilenos y cambiarlos por liras y las liras por francos y los francos por coronas y las coronas por dólares y los dólares por libras y las libras por águilas y las águilas por enaguas de seda amarilla o triciclos. No se lo dijiste, no le aconsejaste que robara. ¿Y entonces?

Flexionaba las piernas mientras se metía la toalla hecha una pelota bajo los brazos.

—¿Te vas esta noche? —preguntó Capurro.

—Claro, a las nueve. Ya tengo demasiada salud.

Se puso los pantalones y comenzó a abrochárselos frente al espejo.

—Y además —dijo—. No tiene sentido. Alguna vez, me encerré con un fantasma. ¡Pero un fantasma con bigotes de alambre! Los fantasmas no salen de la nada, salen de sustancia fantasmagórica. Si vos quieras llamar sustancia fantasmagórica a un cajero de cooperativa con bigote de general ruso...

Capurro recostó la cabeza en el sillón y miró el techo desnudo.

—Tengo una culpa, en todo eso. La culpa de haberle hablado de manera que él quedara seguro de que si usaba los diez mil pesos de la caja, se haría rico.

—Estás loco —dijo Arturo y se puso el saco silbando, se miró desde lejos, peinándose, en el espejo; después encendió un cigarrillo y puso un pie en el asiento de una silla—. Todo eso es idiotez complicada. Bueno, la vida es idiotez complicada. Exceso de sutileza. Pero te voy a decir algo que podría curarte si fueras tan sutil como yo. ¿Él usó correctamente el dinero robado, lo usó exactamente como le habías



explicado?

—¿Él? —Capurro se levantó riendo—. Vamos. Cuando vino a verme ya no había nada que hacer. Al principio compró bien, pero se asustó y estuvo haciendo disparates. Una bella combinación de divisas con caballos de carrera y ruleta.

—¿Ves? Certificado de irresponsabilidad. Te espero abajo.

Revisó su billetera y salió silbando y mientras se alejaba, Capurro pensó en el hombre que había pasado un rato antes por el jardín, arrastrando algo, una larga manga de regar, tal vez, cualquier cosa pesada y flexible que hacía sonar el pedregullo y se frotaba en el césped, despacio, cuando él miraba su rostro viejo hundido en el espejo.

Recién al comer la fruta, sentado frente a Arturo en el comedor, descubrió a la muchacha junto a una ventana, inclinada hacia el aire tormentoso de la noche, con un montón de pelo movido por el viento sobre la frente y los ojos, con débiles zonas de pecas —ahora, bajo el tubo de insoportable luz del comedor— sobre las mejillas y la nariz, mientras sus ojos acuosos miraban distraídos la sombra del cielo, los brazos desnudos cruzados sobre su traje de noche, amarillo, un hombro protegido por cada mano.

Un hombre viejo estaba sentado junto a ella y conversaba con la mujer que tenía enfrente, joven, de espalda blanca y carnosa vuelta hacia Capurro, con una rosa en el peinado sobre la oreja; y al moverse hablando, el pequeño círculo blanco de la flor entraba y salía del perfil distraído de la muchacha y cuando la mujer reía, echando la cabeza hacia atrás, brillaba la piel de su espalda, y la cara de la muchacha quedaba abandonada en la noche.

Capurro deseaba quedar en paz junto a la muchacha y cuidar de su vida mientras la miraba fumando, hasta que hubo un momento en que ella levantó los ojos, sin separar sus brazos cruzados, moviendo apenas la cabeza desde el cielo hasta la cara del hombre. Volvió a mirarlo como antes en el jardín, con los mismos ojos calmos y desafiantes, con idéntica provocación desdeñosa. Cómo soportaba él los ojos de la muchacha y revolvía los suyos contra la cabeza juvenil, escapando de allí para escarbar en la tormenta de la noche, para adherir a su mirada la intensidad del cielo y derramarla, imponerla en aquel rostro de niña que lo observaba inmóvil y sin expresión, dejando perder sin quererlo, sin saber, sin poder evitarlo, entregando a su cara seria y fatigada de hombre la dulzura y la humildad adolescente de las mejillas pecosas y del cuello, desde el paisaje ennegrecido en el jardín, atrás de la ventana.

Arturo sonreía fumando el cigarrillo.

—¿No la habías visto antes? —preguntó.

—Una vez. Esta tarde en el jardín. Antes de que volvieras del baño.

—Flechazo —dijo Arturo moviendo la cabeza—. Bueno. Y la juventud, la inexperiencia. Linda historia: pero hay uno que la cuenta mejor. Espera.

El mozo se acercó y recogió los platos y la frutera.

—¿Café? —preguntó. Era pequeño, con la cara obscura, de mono.

—Bueno —dijo Arturo sonriendo—. Eso que llaman café. Pero el señor quiere saber sobre las excursiones en bicicleta de la señorita de la ventana.

Capurro se desabrochó el saco y miró hacia la muchacha, pero ya la cabeza había girado en dirección a la ventana y la manga negra del hombre de anteojos sentado junto a ella cortaba diagonalmente su traje amarillo y en seguida la cabeza con flor de la mujer de la hermosa espalda se inclinó cubriendo la cara pecosa, dejando solamente, como un rastro entre su propio pelo oscuro y la oreja del hombre de los anteojos, un grueso borde del pelo rojizo de la muchacha, pesado, grave en los bordes, llameante en la cresta que recibía la luz.

—Nada malo —seguía Arturo con el mozo—. El señor se interesa por el ciclismo y desea saber si la señorita... Decime. ¿Qué sucede de noche cuando papi y mami duermen o no quieren darse por vencidos?

El mozo se balanceaba sonriendo, la frutera vacía a la altura del hombro, removiendo los ojos oblicuos.

—Y, nada —dijo—. Ya sabe. A medianoche la señorita se escapa en bicicleta y se va a veces al monte, a veces a las dunas —había logrado ponerse serio, sin malicia en la cara y hablaba como si repitiera—: Qué le voy a decir. Ya sabe. Que vuelve despeinada y sin pintura, que una vez la encontré y me dio dos pesos sin decirme nada, me los puso en la mano. Ahora, dicen los pasajeros y aquellos muchachos ingleses que están en el «Atlantic» y vienen los sábados a bailar, que siempre tiene quien la espere y que nunca es el mismo. Pero yo no digo nada porque no vi.

Arturo se rió golpeando el muslo del mozo.

—Ahí tenés —dijo.

—Entonces... ¿Dos cafés? —dijo el mozo, volvió a sonreír y se fue.

—Bueno —dijo Arturo—. Un plan de vida más interesante que masturbarse con un fantasma bigotudo.

Al dejar la mesa, la muchacha volvió a mirar a Capurro, desde su altura ahora, una mano todavía enredada en la servilleta, fugazmente, mientras el aire de la ventana hacía moverse como un badajo de bronce el mechón de pelo sobre su frente.

En la galería, con la maleta y el abrigo en el brazo. Arturo le golpeó el hombro.

—Una semana y nos vemos. Buenos paseos en bicicleta.

Saltó al jardín y caminó hacia el grupo de coches frente a la terraza del hotel. Cuando Arturo cruzó las luces. Capurro se apoyó en la baranda y olió el aire. Volvió al dormitorio y fumó echado en la cama escuchando la música que llegaba ininterrumpida desde el comedor del hotel donde debían estar bailando ya a aquella hora. Encerró en la mano el calor de la pipa y fue resbalando en un lento sueño, en un mundo engrasado y sin aire donde avanzaba con enorme esfuerzo, boquiabierto, hacia la salida donde dormía la luz indiferente del día, inalcanzable, mientras el tiroteo regular bramaba en la sombra que le cubría las espaldas. Despertó sudando, y fue a sentarse nuevamente en el sillón respirando; él aire de tormenta, con olor a mar lerdo y caliente. Casi sin moverse arrancó el diario de abajo de su cuerpo y miró el título y

la desteñida foto. Tiró el diario sobre la mesa, terminó de fumar la pipa, se puso un traje viejo, el impermeable, apagó la luz del dormitorio y saltó desde la baranda hasta la tierra blanda del jardín y el viento que hacía gruesas eses rodeándole la cintura. Luego eligió cruzar el césped hasta pisar el pedazo de tierra donde había estado la muchacha sentada por la tarde, los pies en las manos y las nalgas achatadas contra el suelo. El monte estaba a su izquierda, los míanos a la derecha, todo negro y el viento golpeándole la cara. Ovó ruido y vio en seguida la luminosa sonrisa del mozo, la cara de mono junto a su brazo.

—Lástima —dijo el mozo—. La dejó perder.

Quería golpearlo pero sosegó enseguida sus manos que arañaban dentro de los bolsillos del impermeable y jadeó hacia el mar, inmóvil, los ojos entornados, resuelto y con lástima por sí mismo.

—Debe hacer diez minutos que salió —continuó el mozo. Sin mirarlo. Capurro sabía que el otro había dejado de sonreír y torcía su cabeza hacia la izquierda—. Lo que puede hacer ahora es esperarla a la vuelta. Si le da un buen susto...

Capurro desabrochó lentamente su impermeable sin volverse, sacó un billete del bolsillo del pantalón y lo pasó al otro. Otra vez vio la sonrisa del mozo y adivinó alrededor de la sonrisa la cara ordinaria de mono, los pequeños ojos hacia las sienes, su distraído cinismo. Esperó hasta no sentir los pasos del otro que iban para el hotel, luego inclinó la cabeza, los pies afirmados en la tierra elástica y el pasto donde había estado ella, envasado en aquel recuerdo: el cuerpo de la muchacha sus movimientos en la remota tarde, protegido de sí mismo y de su pasado por una ya imperecedera atmósfera de creencia y esperanza sin destino, respirando en el aire caliente donde todo estaba olvidado.

Cruzó el monte de eucaliptos lentamente palpando los árboles bajo el viento, cerrando los ojos para defenderlos de los picotazos de la arena en la cara. Todo estaba oscuro y no pudo encontrar la llama del farol de la bicicleta de la muchacha ni el punto de brasa de algún cigarrillo de algún hombre que fumara sentado en las hojas secas, apoyado en un tronco, con las piernas recogidas, cansado, húmedo, contento. Estaba ahora al final del monte, en la playa, a cien metros del mar y frente a las dunas. Sentía heridas las manos y se detuvo para lamerse los dedos, mirando una luz que oscilaba dentro del agua. Caminó hacia el ruido del mar, pisó la arena endurecida de la orilla y dobló entonces a la derecha, buscando las dunas, el mar en el costado izquierdo de su cuerpo. Ninguna luz, ningún movimiento en la sombra, ninguna voz arrastrada por el viento. Abandonó la orilla y comenzó a subir y bajar las dunas, resbalando en la arena fría que entraba en sus zapatos, apartando con las piernas los arbustos, corriendo casi, feliz y rabioso, excitado como si no pudiera detenerse nunca, riendo adentro de la noche ventosa, subiendo y bajando a la carrera las diminutas montañas, cayendo de rodillas y aflojando el cuerpo hasta poder respirar sin dolor, la cara doblada hacia el movimiento del agua. Estaba solo en todo lo que era posible saber del mundo, siguió andando, triste y fatigado como si todos los pensamientos de

desánimo hubieran logrado alcanzarlo en la arena y resbalando, cayendo de rodillas, irguiéndose encorvado buscó sin entusiasmo, el camino de regreso al hotel, pensando en su cara, más afectadamente triste, en el espejo del lavatorio.

Volvió a dormirse medio vestido sobre su cama como en la arena, la boca abierta sintiendo que iba entrando en el sueño y la tormenta que estallaba, golpeado por los truenos, hundido y siempre sediento en el ruido rabioso de la lluvia.

Estaba nuevamente una mañana de verano en la galería. Terminó de afeitarse y salió para mirar el paisaje refrescado por la lluvia, mientras extendía en su cara, con ambas manos, los restos perfumados del talco. Vio tres niños correr cerca de la cama de tenis y comprendió que su angustia podía mezclarse sin violencia con la mañana. Un Ford azul roncaba subiendo la cuesta, detrás del chalet de techo rojo salió al camino y cruzó delante suyo siguiendo hasta la puerta del hotel. Vio bajar a un policía, a un hombre extraordinariamente alto con traje de anchas rayas y un joven vestido de gris, rubio, sin sombrero, al que veía sonreír a cada frase, sosteniendo el cigarrillo con dos dedos frente a la boca. El gerente del hotel bajó con lentitud la escalera y se acercó a ellos, mientras el mozo de la noche anterior salía de atrás de una columna de la escalinata, en mangas de camisa, haciendo brillar su cabeza retinta. Todos hablaban con pocos gestos, sin casi cambiar el lugar donde tenían apoyados los pies y el gerente, sacaba un pañuelo del bolsillo interior del saco, se lo pasaba por los labios y volvía a guardarlo profundamente para a los pocos segundos extraerlo con un movimiento rápido y aplastarlo y moverlo sobre su boca. Los niños se habían sentado en la sombra, contra el tejido de la cancha. Capurro entró para buscar la pipa y al salir nuevamente a la galería, al darse cuenta de sus propios movimientos, la morosidad con que deseaba vivir y ejecutar cada gesto, como si buscara acariciar con las manos los gestos que éstas habían hecho, sintió que era feliz en la mañana, que podía haber otros días esperándolo en cualquier parte. Vio que el mozo miraba hacia el suelo y los otros cuatro hombres alzaban hacia él la cabeza.

El joven rubio tiró el cigarrillo lejos; entonces Capurro comenzó a separar los labios hasta sonreír y saludó, moviendo la cabeza, al gerente, y en seguida, antes de que pudiera contestarle, antes de que se inclinara, mirando siempre hacia la galería, golpeándose la boca con el pañuelo alzó una mano y repitió el saludo. Volvió al cuarto para terminar de vestirse, puso una flor blanca en el ojal de su saco de franela. Estuvo un momento en el comedor, mirando desayunar a los pasajeros y después decidió tomar una ginebra, nada más que una, junto al mostrador del bar, compró cigarrillos y bajó hasta el grupo que esperaba al pie de la escalera. El gerente volvió a saludarlo y Capurro notó que la mandíbula le temblaba, apenas, rápidamente. Dijo algunas palabras y oyó que hablaban y el joven rubio vino a su lado y le tocó un brazo; todos estaban en silencio y él y el joven rubio se miraron y sonrieron. Capurro le ofreció un cigarrillo y él lo encendió sin apartar los ojos de su cara; después dio tres pasos retrocediendo y volvió a mirarlo. Le dio la espalda, caminó hasta el primer árbol del camino y se apoyó allí con un hombro. Todo aquello tenía un sentido y, sin

comprenderlo, Capurro sintió que estaba de acuerdo y movió la cabeza asintiendo. Entonces el hombre alto dijo:

—¿Vamos hasta la playa en el Ford?

Capurro se adelantó y fue a sentarse junto al asiento del chofer. El hombre alto y el rubio se sentaron atrás. Capurro pudo ver al gerente hablando con el mozo, sacudiendo la cabeza hacia los costados. Había guardado el pañuelo y a cada momento alzaba la mano hasta el cuello. El policía se sentó en el volante y puso en marcha el coche. En seguida se pusieron a rodar en la calmosa mañana; Capurro sentía el olor del cigarrillo que estaba fumando el muchacho, sentía el silencio y la quietud del otro hombre, la voluntad rellenando ese silencio y esa quietud. Cuando llegaron a la playa el coche atracó junto a un montón de piedras grises que separaban el camino de la arena. Bajaron, pasaron alzando las piernas por encima de las piedras y caminaron hacia el mar. Capurro andaba junto al muchacho rubio.

—Qué día —dijo el muchacho.

—Si no llovía nos hubiéramos muerto de calor —contestó Capurro unos pasos después.

Se detuvieron en la orilla. Estaban los cuatro en silencio, con las corbatas sacudidas por el viento. Volvieron a encender cigarrillos.

—No está seguro el tiempo —dijo Capurro.

—¿Vamos? —contestó el joven rubio.

El hombre del traje a rayas estiró un brazo hasta tocar al muchacho en el pecho y dijo con voz gruesa:

—Fíjese. Desde aquí a las dunas. Casi dos cuadras.

El otro asintió en silencio y después encogió los hombros como si aquello no tuviera importancia. Volvió a sonreír y miró a Capurro.

—Vamos —dijo Capurro y todos regresaron sin hablar hasta el automóvil. Cuando iban a subir, el hombre alto lo detuvo.

—No —dijo—. Ahí enfrente.

Enfrente había una casa y un galpón de ladrillos manchados de humedad. El galpón tenía techo de zinc y letras negras pintadas arriba de la puerta. Esperaron mientras el policía entraba en la casa de al lado y volvía con una llave. Capurro se dio vuelta para mirar el mediodía cercano sobre la playa, el policía separó el candado abierto y entraron todos en la sombra y el frío. Las vigas estaban untadas de alquitrán y colgaban pedazos de arpillera del techo. Mientras caminaban Capurro sentía crecer el galpón, más grande a cada paso, alejándose la mesa larga formada con caballetes que estaban en el centro. Miró la forma estirada pensando «quién enseña a los muertos la actitud de la muerte». Había un charco estrecho de agua en el suelo y goteaba desde una esquina de la mesa. Un hombre descalzo, con la camisa abierta sobre el pecho colorado se acercó carraspeando y puso una mano en una punta de la mesa de tablones, dejando que su corto índice se cubriera en seguida, brillante, del agua que no acababa de chorrear. El hombre alto estiró un brazo y destapó la cara

sobre las tablas dando un tirón a la lona. Capurro miró el aire, el brazo rayado del hombre que había quedado estirado contra la luz de la puerta sosteniendo el borde con anillas de la lona. Volvió a mirar al rubio sin sombrero e hizo una mueca triste.

—Mire aquí —dijo el hombre alto.

Fue viendo que la cara de la muchacha estaba torcida hacia atrás y que parecía que la cabeza, morada, con manchas de un morado rojizo sobre un delicado morado azul, tendría que rodar desprendida de un momento a otro, si alguno hablaba fuerte, si alguno golpeaba el suelo con los zapatos, o simplemente si el tiempo pasaba.

Pero la cabeza con un pelo endurecido, la nariz achatada, la boca oscura, alargadas las puntas hacia abajo, lacias, goteando, permanecía inmóvil, invariable su volumen en el aire sombrío que olía a sentina, más dura a cada paso de su mirada por los pómulos y la frente y el mentón que no se resolvía a colgar. Le hablaban uno tras otro, el hombre alto y el rubio, como si realizaran un juego, golpeando alternativamente la misma pregunta. Luego el hombre alto soltó la lona, dio un salto y sacudió a Capurro empuñándole las solapas; pero no creía en lo que estaba haciendo —bastaba mirarle los ojos redondos— y en cuanto Capurro hizo una sonrisa de fatiga el otro le mostró rápidamente los dientes, con odio, y abrió la mano.

—Bueno. Ya basta —dijo Capurro y todos se callaron, mientras seguía goteando la esquina de la mesa.

Miró al joven rubio que esperaba con el cigarrillo entre los dedos frente al pecho, dirigió la cara hacia la muerta y se detuvo observando las arpilleras que colgaban desde el techo. Sólo tenía para contarles una historia larga, entrecortada, llena de momentos brillantes y misteriosos que nada tenía que ver con aquello que interesaba a los hombres de pie en el galpón, mirándole la boca, que acaso tampoco tuviera relación con nada concreto que él pudiera imaginar. Hizo a cada uno un corto gesto de amistad y giró para salir, creyendo que iban a detenerlo en cada paso, pero oyó en seguida que los hombres lo seguían sin tocarlo, sin hacerle ya ninguna pregunta, sin prisa, como si acabara de contarles la larguísima historia, y todos marcharan sin propósito, un poco inclinados por el cansancio de escuchar, escuchando ahora el susurro intermitente que la historia sin medida iba haciendo dentro de la cabeza de cada uno.

## Nueve de Julio

Aurora habló de la historia del país fabuloso la noche en que aceptó subir tarde a la habitación de Grandi a tomar té y cruzó el gran patio de la terraza, dilatado por la luna, para rascar la persiana de la puerta. Él la vio sonreír, el cuerpo encogido, y entrar con paso rápido y silencioso, arrastrando los pies con blandura, las manos escondidas bajo el abrigo y una capucha en la cabeza; cargada de misterio, de ilegalidad y de una alegría movediza mientras se mantenía de espaldas a él, en el último rito de esconderle la cara. Luego se sentó en el borde de la cama, mirando la base del cono de luz sobre sus zapatos, hablando con un tono de voz desconocido, sujeto a un innecesario susurro, la respiración veloz que la hacía mostrar el borde de los dientes en la boca oscurecida. Y aparte de lo inevitable, aparte de tener una muchacha en la noche en su habitación, Grandi no sintió ningún deseo especial por ella, ningún impulso de acercarse a tocarla, seguro además de que la muchacha estaba tan vacía como él, aquella noche y las otras.

Pero estaba rodeada y cargada con la aventura y temía al fracaso como a una herida. La falsedad la hacía equivocarse, confundir los movimientos, olvidar frases imprescindibles que él continuaba esperando muchos minutos después del momento en que debían haber sido dichas. Del incomprensible compromiso de permanecer desconocida para él, Aurora extraía gestos extraños, sonrisas de alguna mujer cualquiera, movimientos ajenos que parecían sucederse fuera de su cuerpo y que su cuerpo mostraba olvidar en seguida. Después descansó, finalmente en el último momento de la noche, con la boca abierta y torcida, sorprendentemente fea, alejándose de él con el pelo que ondulaba en la penumbra hasta la alfombra.

Todavía ahora podía recordarla peinándose ante el espejo del armario y examinando su cara; buscando en silencio, ansiosa y decepcionada una novedad cualquiera; mendigando a la imagen de muchacha con nariz larga, despintada, una minúscula huella, un pliegue o un resplandor que hubieran sido agregados y que pudiera contemplar mañana y usar como camino certero para reconstruir la noche y conocer a la mujer que había estado con Grandi.

También podía recordarla, un momento antes, aproximando su sonrisa a la luz un poco sangrienta de la estufa donde susurraba el agua para el té, en cuclillas, separando bruscamente la cara para examinarlo a él y guiñar, siempre sonriendo; pero no con la sonrisa hechizada que había aproximado a la estufa y que la aislaba junto al resplandor circular, sino con la expresión de complicidad aceptada que no se refería a

la noche y lo que ésta pudiera contener; que estaba más allá de la sensualidad y que unía a ambos en la inteligencia de lo inexpresable de la vida y de las variantes del destino humano.

La mirada ahora quieta, colocada en su visión inmediatamente después de la zona de aire que perturbaba la forma de las flores y trataba de evocarla —esa redonda frente que blanquea en la luz, esa oreja gruesa y firme, esa aplacada raya de la boca— junto a su cara en las noches de aquel otoño y aquel invierno. Evocaba la neblina del miedo en los ojos de la muchacha, la frase estúpida que ella balbuceó cuando forcejeaban.

Una tarde ella le dijo que deseaba no verlo más y le pidió que se mudara. Comenzó a pasar a su lado en la escalera de la pensión o en el comedor sin mirarlo, sin propósito de huirle, sin mostrar estar ocupada en la construcción de algo que sirviera para separarlos, como si ella misma se hubiera abatido repentinamente como sus manos, vacía y floja, sin nada para dar. En aquel tiempo Carlota comenzó a venir algunas noches a comer con Aurora y el padre, y Grandi se distraía comparando la cara de su amiga con el perfil rubio de la otra, que mostraba un único ojo solitario separado de la nariz recta y angélica.

Después tuvo un excesivo final de cuarenta y ocho horas, hundido en el remordimiento y el terror y en el descubrimiento del pecado. Todo junto, empujado dentro suyo con rabia y fuerza para que todo pudiese caber; una sola vez en la vida, era cierto, pero inolvidable y angustioso aún. Esa misma mano que se enlazaba ahora con la de Julio había estado contraída rodeándole un brazo mientras el taxi avanzaba interrumpido, a las once de la mañana, un 9 de Julio, entrando entre la muchedumbre que esperaba y perseguía los ómnibus, haciendo sonar una insoportable bocina entre las casas embanderadas y las gentes con escarapelas en el pecho. Él iba sintiendo el retenido odio de Aurora girando en la cabeza que la muchacha apoyaba en un rincón del coche, y medía el miedo por las contracciones de los dedos en el brazo, un miedo animal ante la inminencia del martirio que la obligaba a aquel contacto, a unirse a cualquier ser vivo, Grandi inclusive; a difundir en cualquier otro su conciencia, a quebrar la soledad con las puntas de los dedos apretados contra el calor de un brazo para que el miedo no lograra colmarla. Grandi conoció la imperdonable sonrisa y la estirada palabra de ternura en la puerta del consultorio; conoció el café hirviente bebido de un trago en el bar de la esquina, el primer telegrama de un diario de cinco centavos releído una y otra vez, con los dientes apretados, sin entenderlo. Conoció la lentitud del segundero tembloroso en la esfera amarillenta del reloj, la mirada con que estuvo lamiendo las caras de las gentes en el mostrador y a través de los vidrios del bar, suplicando una expresión cualquiera, un gesto, un defecto o una peculiaridad física capaz de distraerlo y de interponerse entre él y la rígida imagen de una mujer perniabierta entre premura, algodones y sangre. Después estuvo esperando en la esquina, apoyado en un árbol, abrumado cuando la gente lo rodeaba y perdido cuando lo abandonaban para alcanzar los coches.



Entró en una panadería y llamó por teléfono a Lankin clavando enfurecido el dedo contra el número ocupado. Regresó a la esquina y empezó a pasearse: desde el tercer árbol vio a Lankin en el balcón, inclinado, enorme, moviendo la cabeza para buscar, con la túnica abierta. Entonces estuvo seguro de que la muchacha había muerto y supo que había un castigo para la culpa; se sintió en paz repentinamente, solitario y protegido de todo daño. Subió lentamente la escalera charlando con la enfermera. La sala de espera estaba vacía.

Cuando la mujer vestida de blanco lo dejó solo, abrió la puerta del consultorio y vio a Aurora estirada en la camilla, con las piernas tapadas con el abrigo; y mientras se fue acercando, oyendo el inevitable roce de los zapatos en el linóleo, amó desesperadamente la cabeza pálida de ojos hundidos y cerrados en una grasitud azulosa, y la nariz larga, de agujeros retintos. Aurora movió la cabeza y lo miró; sonrió en seguida y él tuvo que inclinarse, estirar el brazo y acariciar el pelo de la muchacha. Lankin abrió la puerta y dijo una frase riendo. Nunca había hablado tan fuerte. Grandi se apoyó en la camilla y miró agradecido a Aurora. Después discutió con Lankin que se paseaba con un libro en la mano, mientras escuchaba las voces y las bocinas en la calle, los ruidos de la sirvienta en el comedor poniendo la mesa para el almuerzo.

De todo eso, después, nada más que alguna mirada fija de Aurora cuando venía a buscar a Carlota y tenían que esperarla juntos. «No debe haber ningún recuerdo de ella —pensó— y nos une solamente el hecho de que ella pueda mantener sus ojos inmóviles en mi cara, silenciosa, durante un tiempo; y que yo pueda medir en su rostro, en sus movimientos y en su manera de hacer las frases todo lo que se le ha ido agregando, todo lo que le fue quitado o yace en ella, sin vida, sin influencia, como la pequeña cicatriz que tenía junto al ojo izquierdo y que ha descendido ahora hacia la mejilla. Y esto basta para que ella sea otra mujer, para que no haya estado nunca desnuda conmigo distante por igual de mi recuerdo y de la muchacha de la nariz larga que comía de espaldas a la chimenea en la casa de pensión. Ella no podría imaginar ya nunca cómo ese aislado y hundido recuerdo que persiste en vivir sin alimento ha llegado a ser mi secreto y cuánta importancia tiene en medio de mi confusión cuando quiere mirarme. Más significativa que todo, está la noche en que ella se inclinó junto a la estufa y persiste el mediodía en que el taxi avanzaba lentamente hacia la casa de Lankin».

—Yo voy a pasear —dijo Lankin—. No quiero esperarlos.

Caminó dos veces, de un lado a otro de la habitación emparedado por el silencio. Se detuvo frente a Grandi y lo miró un rato.

—Voy a pasear —repitió finalmente.

Grandi movió la cabeza y lo vio abrir la puerta y salir al corredor, sin abrigo ni sombrero. «Y Alcides para agregar —pensó Grandi—; ese pobre chico. Sólo yo puedo saber con cuánto disimulo le hablé esta tarde y con qué mirada observé el cuello gastado de su camisa, la corbata arrugada, los zapatos deformes y opacos que

retiró finalmente hacia la sombra de la mesa, como si escondiera los pies sucios. Cómo estará todo eso ahora, con la sangre. Y el recuerdo de mi entrevista de hoy, ahora que ha muerto, tendrá que quedar en mí, tendrá que ir a depositarse a la sucia negrura donde están las noches con Aurora y el aborto a mediodía. Sólo yo seguiré sabiendo con cuánta protección y desdén le golpeé despacito el hombro al terminar de hablarle, haciendo sonar la más mala de las risas sobre su cabeza. Y no lo hice para que se matara; no lo hice siquiera para convencerlo de que yo tenía razón. Nada más que para que no continuase mirándome y sonriendo con aquella expresión inquieta de su cara de adolescente enclenque, con el brillo de burla de su juventud ante un hombre al que considera definitivamente terminado porque tiene el doble de su edad y no conserva más que el nombre y algún carcomido rasgo para convencer de que fue, él también, un ser ansioso e implacable, en el pasado desvanecido, en un nublado 9 de julio, en un taxi».

1941

## Regreso al sur

Cuando estuvo solo en el rincón del café, Oscar volvió a pensar en la cabeza pálida de tío Horacio en la camilla, que parecía haber aceptado definitivamente la expresión de leve interés y cortesía con que se enmascaraba al escudar hablar de personas y cosas que habían estado o atravesado el sur de Buenos Aires, la zona extranjera que se iniciaba en la calle Rivadavia, y a partir del Carnaval de 1938. Tío Horacio alzaba las cejas y casi sonreía para esperar el fin de aquellas conversaciones. Recordando su rostro muerto, era nuevamente imposible adivinar en qué sentido y con qué intención el odio y el desprecio actuaban sobre las imágenes y los seres del barrio sur, cuál había sido la deformación obtenida o —tal vez no era más que esto— en qué tono de luz el odio y el desprecio envolvían para tío Horacio los paisajes proscritos del Sur.

El primer sábado del Carnaval del 38, tío Horacio y Perla pasearon por Belgrano después de la comida; salieron del departamento y caminaron despacio por Tacuarí y Piedras, tomados del brazo. Oscar supo que habían ido a beber cerveza a un café alemán y que habían conversado allí, hasta pasada la medianoche. Cuando volvieron, ella estuvo dando vueltas sin motivo por la casa, tarareando una música de Albéniz, y casi en seguida se acostó. Tío Horacio quedó un rato sentado junto a la mesa donde Oscar estudiaba. Parecía cansado, y se quitó el cuello. Jugaba con el reloj, metiendo un dedo en el bolsillo del chaleco, y miraba pensativo la mesa, en las pausas, entre las preguntas distraídas. Oscar vio que sonreía suavemente, y lo oyó reír un poco cuando se levantó y estuvo un rato de pie, las piernas muy separadas, sacudiendo la cabeza. Después suspiró, hizo la última pregunta sobre libros y exámenes y subió al dormitorio.

El domingo no salieron de casa; durante todo el día se movieron con pesadez y silencio por el calor de la casa, mal vestidos, tendiendo a los rincones frescos y semioscuros, donde marcaban su presencia con gruesos diarios de la mañana, revistas y libros ajados, de fecha antigua. Cuando Oscar se fue al anochecer, tío Horacio estaba solo en el escritorio contando unas gotas de remedio. «Ella se quiere ir y él no quiere presionarla habiéndole de su enfermedad —pensó Oscar—, o ella se quiere ir y él va a buscar la forma de presionarla haciéndole saber, sin decirlo, que está otra vez enfermo».

El lunes de Carnaval estuvieron todo el día juntos y afuera; Oscar los vio de noche, nuevamente amigos; tío Horacio habló de muchas cosas, un poco excitado y feliz, con sudor en la frente y un jadeo al sonreír. El martes Oscar llegó a la calle

Belgrano al anochecer; tío Horacio estaba solo, junto a una ventana, la camisa desprendida, los lentes colgando por una patilla de los dedos; y la quinta edición de un diario junto a los pies descalzos. Se saludaron, y Oscar no le vio más que sueño en la cara. Después no pudo comprender —porque aquello representaba a un desconocido cualquiera y no tenía relación alguna con tío Horacio— el encontrar encima de la carpeta del comedor, cerca del vaso de leche y el sándwich de jamón que le dejaba todas las noches Perla, una carta escrita con tinta muy azul, desplegada, sujeta con el centro de mesa, con cuatro dobleces bien marcados. La leche, el sándwich y la carta habían sido puestos allí por tío Horacio, por el hombre que estaba junto a la ventana de la otra habitación: quería enterarlo, sin preguntas, de que Perla se había ido con perdonos, olvido, felicidad y el irrenunciable derecho a la realización de la propia vida. No volvieron a hablar de Perla; cuando Oscar volvió en la madrugada, la carta no estaba en la mesa, y tío Horacio continuaba espiando por la ventana la noche caliente de Carnaval, todavía blando en la cara el gesto de bondadoso hastío que habría de señalarlo hasta el final.

En el tiempo de Belgrano, el hijo de Horacio, Walter, iba pocas veces a visitarlos; pero cuando se mudaron a una pensión de Paraná y Corrientes comenzó a llegar casi todas las noches demasiado bien vestido, perfumado, con el largo pelo endurecido y brillante echado hacia la nuca. Oscar lo oía taconear en el corredor y luego veía aparecer su cara blanca, hecha de una materia exangüe y envejecida, mucho más vieja que él, como si Walter la hubiese prestado para que otro hombre la gastara en años rellenos de miserias, de mirar sin nobleza y de estirar sonrisas falsas y vacilantes.

—Hola, qué tal —decía por encima de la lámpara la cara solitaria entre la pared oscura y el traje negro. Saludaba a tío Horacio y comenzaba a pasearse entre el balcón y la cama, contando historias de gentes del teatro y la radio, del dinero que iba a ganar en la temporada, de ganancias fabulosas en el hipódromo de La Plata. Construía el esqueleto de su vida, y Oscar, sobre los libros, lo iba rellenando y cubriendo con madrugadas sin consuelo, caras abyectas, mujeres sin sombrero, de largos trajes de colores deprimentes, que balbuceaban sobre mesitas y bajo música, siempre bajo música de bandoneones o trompetas, o poblando, cubiertas con salidas de baño, en horas de siesta, el patio de la pensión.

La valla de la calle Rivadavia se levantó gracias a Walter. No se animó a decirlo directamente al viejo; estaba detrás de tío Horacio y habló dirigiéndose a Oscar, que se ponía la corbata frente al espejo.

—Vi a Perla en un café de la Avenida. No me dijo nada especial, pero está bien.

Después, en otras noches, supieron que Perla se había ido con un hombre que tocaba la guitarra en un café español, y la cara oscura y aceitosa del amante de Perla se hizo para Oscar inseparable del recuerdo de la mujer. Tío Horacio no hizo comentarios, y no parecía haberse enterado de la proximidad nocturna de Perla, cinco cuadras al Sur. Oscar supo que había oído a Walter, porque en los paseos de la noche, cuando salían a tomar un café liviano a alguna parte, comenzó a llegar por Paraná

hasta Rivadavia, donde se abría la Plaza del Congreso y hacia donde miraba con curiosidad idéntica noche tras noche; luego doblaba a la izquierda y continuaban conversando por Rivadavia hacia el Este. Casi todas las noches; por Paraná, por Montevideo, por Talcahuano, por Libertad. Sin hablar nunca de aquello, Oscar tuvo que enterarse de que la ciudad y el mundo de tío Horacio terminaban en mojones infranqueables en la calle Rivadavia; y todos los nombres de calles, negocios y lugares del barrio sur fueron suprimidos y muy pronto olvidados. De manera que cuando alguien los nombraba junto a él, tío Horacio parpadeaba y sonreía, sin comprender, pero disimulando, esperando con paciencia que la historia o los personajes cruzaran Rivadavia y él pudiera situarlos.

Así estaban en el año 38, y así siguieron en el 39, hasta el principio de la guerra, golpeándose los dos sin violencia casi todas las noches contra el muro de Rivadavia, sabiendo por Walter que la avenida «estaba llena de gente gorda y el otro día andaba un torero». Sabían también que casi cada semana inauguraban un nuevo café, con canciones y música; en todos ellos instalaba Oscar al guitarrista junto a una Perla remozada y locuaz que bebía manzanilla y golpeaba las palmas a compás. «Es por la guerra de España», comentaba Walter.

Pero la guerra de España había terminado hacía mucho tiempo, y por muchos meses la Avenida de Mayo fue para Oscar —y él pensaba que también para tío Horacio— diez cuadras flanqueadas de cafés ruidosos en la noche, con hombres y mujeres gordos tomando cerveza en las aceras, mientras a la luz del día muchos toreros iban y venían con paso apresurado. Y las pocas veces en que Oscar atravesó solo de noche Rivadavia y vio una Avenida de Mayo reconocible, volvió sin decir una palabra a tío Horacio y olvidó en seguida lo que había mirado. Así que estaba seguro de que dentro de tío Horacio seguía paralizada la visión fantástica del territorio perdido, donde Perla conversaba y reía y donde era frecuente que hubiese una Perla en cada café ruidoso, cerca de un torero, cerca de un hombre de pelo retinto, inclinado encima de una guitarra.

La última vez que tío Horacio estuvo enfermo, el médico lo había mirado con ojos desganados al ponerle la inyección. «No se sabe cuánto —dijo después—. A lo mejor vive más que usted». Oscar decía que sí; pero Walter no quería creer y murmuraba con el cigarrillo en la boca —la boca un poco torcida por el cigarrillo, el perfil alto, tal como Oscar lo veía atrás de las ventanas de los cafés—: «Un día nos da un susto».

El susto llegó una noche en que salieron a caminar los tres, tío Horacio en el medio, un sábado en el principio del verano. Tío Horacio caminaba despacio, hablando, palabra por palabra, de la organización de los productores de trigo de Canadá, y Oscar lo vigilaba de reojo, mientras Walter, taconeando, los delgados hombros hacia adelante, afirmaba, sacudiendo la cabeza donde el pequeño sombrero mostraba el lado izquierdo del peinado brillante. Siempre sacudía así la cabeza cuando tío Horacio comenzaba a repetir, en tono familiar y sin énfasis, lo que había

leído en libros y revistas. Oscar pensaba en Walter, tomando mate en los atardeceres de la pensión, entre los gritos y las perezas de las mujeres que chancleteaban con sus batas manchadas de rouge, repitiendo con voz seria los artículos que le había transmitido su padre unos días antes sobre la distribución de productos en la posguerra, la talla de diamantes y la ola de crímenes sexuales en los Estados Unidos.

Tío Horacio iba hablando de Manitoba y reduciendo «bushels» a kilos en la esquina de Talcahuano y Rivadavia, y sin interrumpirse, sin un gesto de anuncio, sin nada que revelara que comprendía lo que estaba haciendo, continuó andando y hablando, cruzó la valla invisible de Rivadavia y llegó a la otra acera. Se detuvo un momento para respirar con lentitud, y en seguida continuó andando despacio, recorriendo la corta cuadra que llevaba a la Avenida de Mayo. Por arriba y por atrás de tío Horacio, Oscar se miró con Walter y vio cómo el otro le hacía una sonrisa, un signo de alegría, como si acabara de enterarse de que su padre no estaba ya enfermo.

Durante las dos cuadras que caminaron por la avenida, tío Horacio dijo que el único país digno de total respeto entre los que estaban metidos en la guerra era la China. Dijo algunos nombres geográficos, algunos nombres de generales y conductores y una profecía sobre el futuro de Asia. Frente al tercer café con música, tío Horacio se detuvo y miró sonriendo, hacia adentro. «Bueno —dijo—, vamos a tomar algo». Otra vez se miraron a sus espaldas y como Walter sonreía ahora francamente, a punto de comentar lo que estaba sucediendo, Oscar se tranquilizó e inició la entrada en el pequeño salón, donde un aparato de música sonaba tocando «Capricho árabe».

Tío Horacio pidió tres cervezas, miró un poco alrededor y comenzó a hablar de la industrialización de los países coloniales. En una pausa Walter dijo: «Hay poca gente esta noche. Si cruzamos enfrente...». Pero tío Horacio siguió hablando, con la cara distraída y bondadosa. Cuando trajeron la cerveza estuvo un rato inclinado, con el vaso apoyado en la boca, sin beber, inmóvil, los ojos bajos, Oscar miró a Walter, que examinaba el fondo del salón, arreglándose los puños salientes de la camisa; no pudo encontrarle los ojos y se echó hacia atrás, observando a tío Horacio y esperando. Esperó hasta que él bebió un trago, dejó el vaso sobre la mesa y se apoyó en el respaldo de la silla, la boca abierta para hablar, y comenzó a resbalar en el asiento. Walter dio un salto, se puso atrás de su padre y trató de levantarlo, tomándolo de las axilas. Entre el mozo y un hombre que se acercó a la mesa, Oscar se inclinó para aflojar el nudo de la corbata del viejo. Vio que la cabeza giraba con trabajo, se inclinaba hacia un hombro y volvía a levantarse. Entonces Walter gritó: «Hacete una corrida y traé las gotas».

Oscar salió corriendo del café, consiguió un taxi y viajó a Paraná y Corrientes a buscar el remedio; no quería pensar en nada, solamente recordaba a tío Horacio cruzando la calle Rivadavia y preguntando con voz paciente, sin presionar, seguro de que él mismo podría dar en seguida la respuesta exacta: «¿Y cuál es el secreto de la fuerza de los agricultores canadienses?».

Oscar dijo al chófer que esperara y subió corriendo la escalera. No había nadie en el hall; empezaba la buena estación y era sábado, todos debían haber salido. Entró en la pieza y vio a Perla sentada en la cama, un brazo muy separado del cuerpo, con la mano hundida en la colcha, el pecho bastante más saliente que cuando vivía en Belgrano, tal vez más gorda en todo, muy pintada. La mujer sonrió, inclinando la cabeza como las niñas; era el gesto de siempre para tío Horacio, el gesto de ganar discusiones, hacerse perdonar, llevarlo a la cama.

—¿Cómo le va? —dijo ella, y bajó la cabeza, sin dejar la sonrisa, hasta casi tocarse el hombro con la mejilla.

Oscar no le contestó nada y por un momento se olvidó del remedio, del coche que esperaba, de tío Horacio resbalando en la silla. Se sacó el sombrero y se apoyó en la mesa, frente a ella, mirándola. Después también él sonrió, porque Perla dijo:

—¿Qué le pasa? ¿Se asombra de verme, verdad? Parece que no se alegrase mucho —empezó a levantar la cabeza—. ¿Horacio salió? Yo quería verlo...

Oscar volvió a ponerse el sombrero, fue a buscar el frasquito al botiquín, y mientras lo revolvía le habló:

—Está ahí, en un café de la Avenida, con un ataque.

La oyó levantarse, caminar de un lado a otro y asegurar varias veces que era imposible. Repetía: «tan luego ahora»; y Oscar no supo lo que quería decir. Encontró el frasco y le dijo:

—Tengo un automóvil esperando para ir al café. Si quiere venir, se apura.

En el primer viaje en taxi no hablaron; Oscar estaba con el cuerpo inclinado, mirando la calle por encima del brazo del chófer, con el frasquito apretado entre las rodillas. Cuando llegaron al café, el aparato de música tocaba un pasodoble, y la mesa estaba vacía, con un mozo de pie, al lado, comentando con alguien de una mesa vecina, mientras movía sin sentido la servilleta.

—Ya se lo llevaron —dijo el mozo—. Seguía peor, y de aquí mismo llamamos y se lo llevaron. No sé adónde. Lo habrán llevado a Esmeralda al 66. Le voy a preguntar al patrón si sabe.

El patrón no sabía, pero hablaron en la calle con el vigilante, y les dijo que habían llevado a tío Horacio a Esmeralda 66.

—¿Cómo estaba? —preguntó Perla.

—No sé —dijo el vigilante—. Estaba mal. Cuando yo llegué se desmayó del todo.

Siguieron en otro coche hasta la Asistencia Pública, y en este segundo viaje Perla mostró un pañuelo en la mano y comenzó a llorar, la cabeza otra vez inclinada, como si hubiera cerca alguien a quien pedir alguna cosa.

En la Asistencia Pública los dejaron entrar en seguida, los guiaron por un corredor, caminaron por un laberinto hecho de bastidores y entraron después en una sala grande, donde Walter estaba tironeándose desconcertadamente de los puños de la camisa, y tío Horacio estaba muerto, acostado en una camilla.

En el último viaje de la noche Perla estuvo arrinconada en el asiento, la mano larga abierta contra el pañuelo que le tapaba la cara. El automóvil iba a poca velocidad por Esmeralda, y cuando ella bajó la mano en una bocacalle, Oscar le vio los ojos enrojecidos y la nariz hinchada; la boca, pintada y bien hecha, con un poco de vello bajo la nariz, seguía tranquila, avanzando un poquito, con el gesto que le servía a Oscar para identificarla cuando la recordaba, igual a la boca de los retratos que tío Horacio había tenido escondidos en un cajón del escritorio.

—Me echaron como si yo fuera... —empezó a rezongar la mujer.

—No; la echaron como a todo el mundo. No había nada que hacer allí.

—Yo quería estar.

Oscar prefería soportar el ruido que hacía cuando lloraba a escucharla hablar. Perla volvió a recostarse en el asiento, sin llorar ahora, la mano enrollando el pañuelo en la falda. Oscar recordaba la cabeza de tío Horacio en la camilla y a Walter dando vueltas alrededor, con el perfume del cosmético, el traje de compadrito, los blancos puños de la camisa escondiéndole las muñecas, repitiendo, deteniéndose para hacer inútilmente otra frase, las mismas palabras que había dicho Perla: «Tan luego ahora...». Suspiraba, movía nerviosamente los labios como para echar una mosca, y continuaba arrastrando el estribillo alrededor de la camilla: «Tan luego ahora». La enfermera escribía de pie en un rincón, y el médico se secaba las manos en el otro lado de la sala.

—Oiga —dijo Perla—. ¿Usted tomó las disposiciones?

Él la miró en silencio, y a la luz que entraba cortándoles las caras la vio temblar de rabia.

—Ah —dijo Oscar un rato después—, ese animal de Walter se va a ocupar de todo.

—Pobre Walter —dijo ella—. Se quedó muy afectado.

Oscar se volvió a mirar la calle, pensando: «disposiciones» y «afectado»... «Además está gorda como una vaca».

—Usted siempre el mismo —dijo ella con amargura y debilidad—. Parece que no le importa mucho. En cambio, Walter...

—Puede ser —dijo Oscar—. Tiene razón; a Walter, sí.

Hizo detener el coche en Paraná y Corrientes, mientras ella sacudía la cabeza y repetía el ruido del llanto. Oscar esperó un momento y después le dijo que él se bajaba allí, pero que si ella quería seguir podía darle dinero para el taxi. Ella dijo que no y bajó, y mientras Oscar pagaba al chófer estuvo esperando recostada a la pared, más gorda que antes, metida en la sombra con su vestido claro; quedaron luego mirándose en silencio, y él sintió el perfume que venía en olas sin fuerza desde el pecho de Perla, que subía y bajaba junto al portal vacío.

Después Oscar entró en el café y fue a buscar el rincón solitario, pensando en cuál sería la frase que tal vez hubiese esperado la mujer, parada e inmóvil, frente a él, hasta que se separaron sin hablar, y pudo verla de espaldas, alejándose hacia la



Avenida, hacia el muro invisible de Rivadavia, de regreso al Sur.

1946

## Esbjerg, en la costa

Menos mal que la tarde, se ha hecho menos fría y a veces el sol, aguado, ilumina las calles y las paredes; porque a esta hora deben estar caminando en Puerto Nuevo, junto al barco o haciendo tiempo de un muelle a otro, del quiosco de la Prefectura al quiosco de los «sándwiches». Kirsten, corpulenta, sin tacos, un sombrero aplastado en su pelo amarillo; y él, Montes, bajo, aburrido y nervioso, espiando la cara de la mujer, aprendiendo sin saberlo nombres de barcos, siguiendo distraído las maniobras con los cabos.

Me lo imagino pasándose los dientes por el bigote mientras pesa sus ganas de empujar el cuerpo campesino de la mujer, engordando en la ciudad y el ocio, y hacerlo caer en esa faja de agua, entre la piedra mojada y el hierro negro de los buques donde hay ruido de hervor y escasea el espacio para que uno pueda sostenerse a flote. Sé que están allí porque Kirsten vino hoy a mediodía a buscar a Montes a la oficina y los vi irse caminando hacia Retiro, y porque ella vino con su cara de lluvia; una cara de estatua de invierno, cara de alguien que se quedó dormido y no cerró los ojos bajo la lluvia. Kirsten es gruesa, pecosa, endurecida; tal vez tenga ya olor a bodega, a red de pescadores; tal vez llegará a tener el olor inmóvil de establo y de crema que imagino deber haber en su país.

Pero otras veces tienen que ir al muelle a medianoche o al amanecer, y pienso que cuando las bocinas de los barcos le permiten a Montes oír cómo avanza ella en las piedras, arrastrando sus zapatos de varón, el pobre diablo debe sentir que se va metiendo en la noche del brazo de la desgracia. Aquí en el diario están los anuncios de las salidas de los barcos en este mes, y juraría que puedo verlo a Montes soportando la inmovilidad desde que el buque da el bocinazo y empieza a moverse hasta que está tan chico que no vale la pena seguir mirando; moviendo a veces los ojos —para preguntar y preguntar, sin entender nunca, sin que le contesten—, hacia la cara carnosa de la mujer que habrá de estar aquietándose, contraída durante pedazos de hora, triste y fría como si lloviese en el sueño y hubiese olvidado cerrar los ojos, muy grandes, casi lindos, teñidos con el color que tiene el agua del río en los días en que el barro no está revuelto.

Conocí la historia, sin entenderla bien, la misma mañana en que Montes vino a contarme que había tratado de robarme, que me había escondido muchas jugadas del sábado y del domingo para bancarlas él, y que ahora no podía pagar lo que le habían ganado. No me importaba saber por qué lo había hecho, pero él estaba enfurecido por

la necesidad de decirlo, y tuve que escucharlo mientras pensaba en la suerte, tan amiga de sus amigos, y sólo de ellos, y sobre todo para no enojarme, que, a fin de cuentas si aquel imbécil no hubiese tratado de robarme, los tres mil pesos tendrían que salir de mi bolsillo. Lo insulté hasta que no pude encontrar nuevas palabras y usé todas las maneras de humillarlo que se me ocurrieron hasta que quedó indudable que él era un pobre hombre, un sucio amigo, un canalla y un ladrón; y también resultó indudable que él estaba de acuerdo, que no tenía inconvenientes en reconocerlo delante de cualquiera si alguna vez yo tenía el capricho de ordenarle hacerlo. Y también desde aquel lunes quedó establecido que cada vez que yo insinuara que él era un canalla, indirectamente, mezclando la ilusión en cualquier charla, estando nosotros en cualquier circunstancia, él habría de comprender al instante el sentido de mis palabras y hacerme saber con una sonrisa corta, moviendo apenas hacia un lado el bigote, que me había entendido y que yo tenía razón. No lo convinimos con palabras, pero así sucede desde entonces. Pagué los tres mil pesos sin decirle nada, y lo tuve unas semanas sin saber si me resolvería a ayudarlo o a perseguirlo; después lo llamé y le dije que sí, que aceptaba la propuesta y que podía empezar a trabajar en mi oficina por doscientos pesos mensuales que no cobraría. Y en poco más de un año, menos de un año y medio, habría pagado lo que debía y estaría libre para irse a buscar una cuerda para colgarse. Claro que no trabaja para mí; yo no podía usar a Montes para nada desde que era imposible que siguiese atendiendo las jugadas de carreras. Tengo esta oficina de remates y comisiones para estar más tranquilo, poder recibir gente y usar los teléfonos. Así que él empezó a trabajar para Serrano, que es mi socio en algunas cosas y tiene el escritorio junto al mío. Serrano le paga el sueldo, o me lo paga a mí y lo tiene todo el día de la aduana a los depósitos, de una punta a otra de la ciudad. A mí, no me convenía que nadie supiese que un empleado mío, no era tan seguro como una ventanilla del hipódromo; así que nadie lo sabe.

Creo que me contó la historia, o casi toda, el primer día, el lunes, cuando vino a verme encogido como un perro, con la cara verde y un brillo de sudor enfriado, repugnante, en la frente y a los lados de la nariz. Me debe haber contado el resto de las cosas después, en las pocas veces que hablamos.

Empezó junto con el invierno, con esos primeros fríos secos que nos hacen pensar a todos, sin darnos cuenta de lo que estamos pensando, que el aire fresco y limpio es un aire de buenos negocios, de escapadas con los amigos, de proyectos enérgicos; un aire lujoso, tal vez sea esto. Él, Montes, volvió a su casa en un anochecer de éstos, y encontró a la mujer sentada al lado de la cocina de hierro y mirando el fuego que ardía adentro. No veo la importancia de esto; pero él lo contó así y lo estuvo repitiendo. Ella estaba triste y no quiso decir por qué, y siguió triste, sin ganas de hablar, aquella noche y durante una semana más. Kirsten es gorda, pesada y debe tener una piel muy hermosa. Estaba triste y no quería decirle qué le pasaba. «No tengo nada», decía como dicen todas las mujeres en todos los países. Después se dedicó a llenar la casa con fotografías de Dinamarca, del Rey, los ministros, los

países con vacas y montañas o como sean. Seguía diciendo que no le pasaba nada, y el imbécil de Montes imaginaba una cosa y otra sin acertar nunca. Después empezaron a llegar cartas de Dinamarca; él no entendía una palabra y ella le explicó que había escrito a unos parientes lejanos y ahora llegaban las respuestas, aunque las noticias no eran muy buenas. Él dijo en broma que ella quería irse, y Kirsten lo negó. Y aquella noche o en otra muy próxima le tocó el hombro cuando él empezaba a dormirse y estuvo insistiendo en que no quería irse; él se puso a fumar y le dio la razón en todo mientras ella hablaba, como si estuviese diciendo palabras de memoria, de Dinamarca, la bandera con una cruz y un camino en el monte por donde se iba a la iglesia rumbo al último cielo azul. Todo y de esta manera para convencerlo de que era enteramente feliz con América y con él, hasta que Montes se durmió en paz.

Por un tiempo siguieron llegando y saliendo cartas, y de repente una noche ella apagó la luz cuando estaban en la cama y dijo: «Si me dejas, te voy a contar una cosa, y tenés que oírla sin decir nada». Él dijo que sí, y se mantuvo estirado, inmóvil al lado de ella, dejando caer ceniza de cigarrillo en el doblez de la sábana con la atención pronta, como un dedo en un gatillo, esperando que apareciera un hombre en lo que iba contando la mujer. Pero ella no habló de ningún hombre, y con la voz ronca y blanda, como si acabara de llorar, le dijo que podían dejarse las bicicletas en la calle, o los negocios abiertos cuando uno va a la iglesia o a cualquier lado, porque en Dinamarca no hay ladrones; le dijo que los árboles eran más grandes y más viejos que los de cualquier lugar del mundo, y que tenían olor, cada árbol un olor que no podía ser confundido, que se conservaba único mezclado con los otros olores de los bosques; dijo que al amanecer uno se despertaba cuando empezaban a chillar los pájaros del mar y se oía el ruido de las escopetas de los cazadores; y allí la primavera está creciendo escondida bajo la nieve hasta que salta de golpe y lo invade todo como una inundación y la gente hace comentarios sobre el deshielo. Ese es el tiempo, en Dinamarca, en que hay más movimiento en los pueblos de pescadores.

También ella repetía: «*Esbjerg er naerved kystten*», y esto era lo que más impresionaba a Montes, aunque no lo entendía: dice él que esto le contagiaba las ganas de llorar que había en la voz de su mujer cuando ella le estaba contando todo eso, en voz baja, con esa música que sin querer usa la gente cuando está rezando. Una y otra vez. Eso que no entendía lo ablandaba, lo llenaba de lástima por la mujer — más pesada que él, más fuerte—, y quería protegerla como a una nena perdida. Debe ser, creo, porque la frase que él no podía comprender era lo más lejano, lo más extranjero, lo que salía de la parte desconocida de ella. Desde aquella noche empezó a sentir piedad que crecía y crecía, como si ella estuviese enferma, cada día más grave, sin posibilidad de curarse.

Así fue como llegó a pensar que podría hacer una cosa grande, una cosa que le haría bien a él mismo, que lo ayudaría a vivir y serviría para consolarlo durante años. Se le ocurrió conseguir el dinero para pagarle el viaje a Kirsten hasta Dinamarca. Anduvo preguntando cuando aún no pensaba realmente en hacerlo, y supo que hasta

con dos mil pesos alcanzaba. Después no se dio cuenta de que tenía adentro la necesidad de conseguir los dos mil pesos. Debe haber sido así, sin saber que le estaba pasando. Conseguir los dos mil pesos y decírselo a ella una noche de sábado, de sobremesa en un restaurante caro, mientras tomaban la última copa de buen vino. Decirlo y ver en la cara de ella un poco enrojecida por la comida y el vino, que Kirsten no le creía; que pensaba que él mentía, durante un rato, para pasar después, despacio, al entusiasmo y a la alegría, después a las lágrimas y a la decisión de no aceptar. «Ya se me va a pasar», diría ella; y Montes insistiría hasta convencerla, y convencerla, y además de que no buscaba separarse de ella y que acá estaría esperándola el tiempo necesario.

Algunas noches, cuando pensaba en la oscuridad en los dos mil pesos, en la manera de conseguirlos y en la escena en que estarían sentados en un reservado del Scopelli, un sábado, y con la cara seria, con un poco de alegría en los ojos empezaba a decírselo, empezaba por preguntarle qué día quería embarcarse; algunas noches en que él soñaba en el sueño de ella, esperando dormirse, Kirsten volvió a hablarle de Dinamarca. En realidad no era Dinamarca; sólo una parte del país, un pedazo muy chico de tierra donde ella había nacido, había aprendido un lenguaje, donde había estado bailando por primera vez con un hombre y había visto morir a alguien que quería. Era un lugar que ella había perdido como se pierde una cosa, y sin poder olvidarlo. Le contaba otras historias, aunque casi siempre repetía las mismas, y Montes se creía que estaba viendo en el dormitorio los caminos por donde ella había caminado, los árboles, la gente y los animales.

Muy corpulenta, disputándole la cama sin saberlo, la mujer estaba cara al techo, hablando; y él siempre estaba seguro de saber cómo se le arqueaba la nariz sobre la boca, cómo se entornaban un poco los ojos en medio de las arrugas delgadas y cómo se sacudía apenas el mentón de Kirsten al pronunciar las frases con voz entrecortada, hecha con la profundidad de la garganta, un poco fatigosa para estarla oyendo.

Entonces Montes pensó en créditos en los bancos, en prestamistas y hasta pensó que yo podría darle dinero. Algún sábado o un domingo se encontró pensando en el viaje de Kirsten mientras estaba con Jacinto en mi oficina atendiendo los teléfonos y tomando jugadas para Palermo o La Plata. Hay días flojos, de apenas mil pesos de apuestas; pero a veces aparece alguno de los puntos fuertes y el dinero llega y también pasa de los cinco mil. Él tenía que llamarme por teléfono, antes de cada carrera, y decirme el estado de las jugadas; si había mucho peligro —a veces se siente—, yo trataba de cubrirme pasando jugadas a Vélez, a Martín o al Vasco. Se le ocurrió que podía no avisarme, que podía esconderme tres o cuatro jugadas más fuertes, hacer frente, él sólo, a un millar de boletos, y jugarse, si tenía coraje, el viaje de su mujer contra un tiro en la cabeza. Podía hacerlo si se animaba; Jacinto no tenía cómo enterarse de cuantos boletos jugaban en cada llamada de teléfono. Montes me dijo que lo estuvo pensando cerca de un mes; parece razonable, parece que un tipo como él tiene que haber dudado y padecido mucho antes de ponerse a sudar de

nerviosidad entre los timbrazos de los teléfonos. Pero yo apostaría mucha plata a que en eso miente; jugaría a que lo hizo en un momento cualquiera, que se decidió de golpe, tuvo un ataque de confianza y empezó a robarme tranquilamente al lado del bestia de Jacinto, que no sospechó nada, que sólo comentó después: «Ya decía yo que eran pocos boletos para una tarde así». Estoy seguro de que Montes tuvo una corazonada y que sintió que iba a ganar y que no lo había planeado.

Así fue como empezó a tragarse jugadas que se convirtieron en tres mil pesos y se puso a pasearse sudando y desesperado por la oficina, mirando las planillas, mirando el cuerpo gorila con camisa de seda cruda de Jacinto, mirando por la ventana la Diagonal que empezaba a llenarse de autos en el atardecer. Así fue, cuando comenzó a enterarse de que perdía y que los dividendos iban creciendo, cientos de pesos a cada golpe de teléfono, como estuvo sudando ese sudor especial de los cobardes, grasoso, un poco verde, helado, que trajo en la cara cuando en el mediodía del lunes tuvo al fin en las piernas la fuerza para volver a la oficina y hablar conmigo.

Se lo dijo a ella antes de tratar de robarme; le habló de que iba a suceder algo muy importante y muy bueno; que habría para ella un regalo que no podía ser comparado ni era una cosa concreta que pudiese tocar. De manera que después se sintió obligado a hablar con ella y contarle la desgracia; y no fue en el reservado del Scopelli, ni tomando un Chianti importado, sino en la cocina de su casa, chupando la bombilla del mate mientras la cara redonda de ella, de perfil y colorada por el reflejo, miraba al fuego saltar adentro de la cocina de hierro. No sé cuánto habrán llorado; después de eso él arregló pagarme con el empleo y ella consiguió un trabajo.

La otra parte de la historia empezó cuando ella, un tiempo después, se acostumbró a estar fuera de su casa durante horas que nada tenían que ver con su trabajo; llegaba tarde cuando se citaban, y a veces se levantaba muy tarde por la noche, se vestía y se iba afuera sin una palabra. Él no se animaba a decir nada, no se animaba a decir mucho y atacar de frente, porque están viviendo de lo que ella gana y de su trabajo con Serrano no sale más que alguna copa que le pago de vez en cuando. Así que se calló la boca y aceptó su turno de molestarla a ella con su mal humor, un mal humor distinto y que se agrega al que se les vino encima desde la tarde en que Montes trató de robarme y que pienso no los abandonará hasta que se mueran. Desconfió y se estuvo llenando de ideas estúpidas hasta que un día la siguió y la vio ir al puerto y arrastrar los zapatos por las piedras, sola, y quedarse mucho tiempo endurecida, mirando para el lado del agua, cerca, pero aparte de las gentes que van a despedir a los viajeros. Como en los cuentos que ella le había contado, no había ningún hombre. Esa vez hablaron, y ella le explicó; Montes también insiste en otra cosa que no tiene importancia: porfía, como si yo no pudiera creérselo, que ella se lo explicó con voz natural y que no estaba triste ni con odio ni confundida. Le dijo que iba siempre al puerto, a cualquier hora, a mirar los barcos que salen para Europa. Él tuvo miedo por ella y quiso luchar contra esto, quiso convencerla de que lo que estaba haciendo era peor que quedarse en casa; pero Kirsten siguió hablando con voz natural, y dijo que

le hacía bien hacerlo y que tendría que seguir yendo al puerto a mirar cómo se van los barcos, hacer algún saludo o simplemente mirar hasta cansarse los ojos, cuantas veces pudiera hacerlo.

Y él terminó por convencerse de que tiene el deber de acompañarla, que así paga en cuotas la deuda que tiene con ella, como está pagando la que tiene conmigo; y ahora, en esta tarde de sábado, como en tantas noches y mediodías, con buen tiempo, a veces con una lluvia que se agrega a la que siempre le está regando la cara a ella, se van juntos más allá de Retiro, caminan por el muelle hasta que el barco se va, se mezclan un poco con gentes con abrigos, valijas, flores y pañuelos, y cuando el barco empieza a moverse, después del bocinazo, se ponen duros y miran, miran hasta que no pueden más, cada uno pensando en cosas distintas y escondidas, pero de acuerdo, sin saberlo, en la desesperanza y en la sensación de que cada uno está solo, que siempre resulta asombrosa cuando nos ponemos a pensar.

1946

## La casa en la arena

Cuando Díaz Grey aceptó con indiferencia haber quedado solo, inició el juego de reconocerse en el único recuerdo que quiso permanecer en él, cambiante, ya sin fecha. Veía las imágenes del recuerdo y se veía a sí mismo al transportarlo y corregirlo para evitar que muriera, reparando los desgastes de cada despertar, sosteniéndolo con imprevistas invenciones, mientras apoyaba la cabeza en la ventana del consultorio, mientras se quitaba la túnica al anochecer, mientras se aburría sonriente en las veladas del bar del hotel. Su vida, él mismo, no era ya más que aquel recuerdo, el único digno de evocación y de correcciones, de que fuera falsificado, una y otra vez, su sentido.

El médico sospechaba que, con los años, terminaría por creer que la primera parte memorable de la historia anunciaba todo lo que, con variantes diversas, pasó después; terminaría por admitir que el perfume de la mujer —le había estado llegando durante todo el viaje, desde el asiento delantero del automóvil— contenía y cifraba todos los sucesos posteriores, lo que ahora recordaba desmintiéndolo, lo que tal vez alcanzara su perfección en días de ancianidad. Descubriría entonces que el Colorado, la escopeta, el violento sol, la leyenda del anillo enterrado, los premeditados desencuentros en el chalet carcomido, y aun la fogata final, estaban ya en aquel perfume de marca desconocida que ciertas noches, ahora, lograba oler en la superficie de las bebidas dulzonas.

Después del viaje junto a la costa, en el principio del recuerdo, el coche salió del camino y fue trepando, lento e inseguro, hasta que Quinteros lo detuvo y apagó los faros. Díaz Grey no quiso enterarse del paisaje; sabía que la casa estaba rodeada de árboles, muy alta sobre el río, aislada entre las dunas. La mujer no dejó el asiento; ellos se apartaron. Quinteros le pasó las llaves y los billetes doblados. Tal vez la luz del encendedor que ella acercó al cigarrillo les tocara, fugaz, los perfiles.

—No te muevas y no te impacientes. Por la playa, hacia la derecha, se llega al pueblo —dijo Quinteros—. Sobre todo, no hagas nada. Ya veremos qué se resuelve. No trates de verme ni de llamarme. ¿De acuerdo?

Díaz Grey subió hacia la casa, simuló tratar de esconder su traje blanco mientras zigzagueaba entre los árboles. El coche llegó al camino y fue aumentando su velocidad hasta mezclar el ruido del motor con el del mar, hasta dejarlo solo escuchando el mar, los ojos cerrados, repitiéndose con tenacidad que vivía en un mes del otoño, recordando las últimas semanas empleadas casi exclusivamente en firmar



recetas para morfina en el flamante consultorio de Quinteros, en mirar con disimulo a la inglesa amante de Quinteros —Dolly o Molly—, que las guardaba en su bolso y extendía billetes de diez pesos en una esquina de la mesa, sin entregárselos directamente, sin hablarle nunca, sin mostrar siquiera que lo veía y estaba siguiendo atenta el movimiento rápido y obediente de la mano de Díaz Grey sobre el recetario.

Los días de sol que se repitieron en la playa antes de que llegara el Colorado se transformaron en el recuerdo en uno solo, de longitud normal, pero en el que cabían todos los sucesos: un día de otoño, casi caluroso, en el que hubieran podido entrar, además, su propia infancia y multitud de deseos que no se cumplieron nunca. No necesitaba agregar un solo minuto para verse conversar con los pescadores en la extremidad izquierda de la playa, desmembrar cangrejos para las carnadas; verse recorriendo la orilla en dirección al pueblo, al almacén donde compraba la comida y se emborrachaba apenas, dando un monosílabo por cada frase afirmativa del patrón. Estaba, en el mismo día casi ardiente, bañándose en la completa soledad de la playa, inventando, entre tantas otras cosas, un madero carcomido balanceado por las olas y un terceto de gaviotas chillando encima. Estaba trepando y resbalando en las dunas, persiguiendo insectos entre las barbas de los arbustos, presintiendo el lugar donde sería enterrado el anillo.

Y, además, mientras esto sucedía, Díaz Grey bostezaba en el corredor del chalet, estirado en la silla de playa, una botella a un lado, una revista vieja sobre las piernas; herrumbrosa, inútil y vertical contra el tronco de la enredadera, la escopeta descubierta en el galpón.

Díaz Grey estaba con la botella, su desencanto, la revista y la escopeta cuando el Colorado salió de entre los árboles y fue trepando hacia la casa, el saco colgado de un hombro, la gran espalda doblada. Díaz Grey esperó a que la sombra del otro le tocara las piernas; alzó entonces la cabeza y miró el pelo revuelto, las mejillas flacas y pecosas; se llenó con una mezcla de piedad y repulsión que habría de conservarse inalterada en el recuerdo, más fuerte que toda voluntad de la memoria o la imaginación.

—Me manda el doctor Quinteros. Soy el Colorado —anunció con una sonrisa; con un brazo apoyado en la rodilla estuvo esperando las modificaciones asombrosas que su nombre impondría al paisaje, a la mañana que empezaba a declinar, al mismo Díaz Grey y su pasado. Era mucho más corpulento que el médico, aun así, encogido, construyendo su prematura joroba. Apenas hablaron; el Colorado mostró el filo de los dientes diminutos, como de un niño, tartamudeó y fue desviando los ojos hacia el río.

Díaz Grey pudo continuar inmóvil, tan solitario como si el otro no hubiera llegado, como si no alargara el brazo y abriera la mano para dejar caer el saco, como si no se fuera acuclillando hasta quedar sentado en la galería, las piernas colgantes, excesivamente doblado el torso en dirección a la playa. El médico recordó la historia clínica del Colorado, la ampulosa descripción de su manía incendiaria escrita por Quinteros, en la que este semi-idiota pelirrojo, manejador de fósforos y latas de

petróleo en las provincias del norte, aparecía tratando de identificarse con el sol y oponiéndose a su inmolación en las tinieblas maternas. Tal vez ahora, mirando los reflejos en el agua y en la arena, evocara, poetizadas e imperiosas, las fogatas que había confesado a Quinteros.

—¿No se come? —preguntó el Colorado al atardecer. Entonces Díaz Grey recordó que el otro estaba ahí, doblado, la cabeza redonda tendida hacia la arena que comenzaba a levantar los remolinos de viento. Lo hizo entrar en la casa y comieron, trató de emborracharlo para averiguar algo que no le interesaba: si había venido a esconderse o a vigilarlo. Pero el Colorado apenas conversó mientras comía; bebió todos los vasos que le ofrecieron y fue a tenderse, descalzo, a un costado de la casa.

Entonces se iniciaron los días de lluvia, un período de nieblas que se enredaban y colgaban, velozmente marchitas, de los árboles, borrando a veces y haciendo revivir otras, los colores de las hojas aplastadas en la arena.

«Él no está», pensaba Díaz Grey mirando el cuerpo encogido y silencioso del Colorado, viéndolo andar descalzo, empujar la humedad con los hombros, estremecerse como un perro mojado.

Con un brazo a medias tendido, con una sonrisa que reveló la larga espera de un milagro imposible, el Colorado se apoderó de la escopeta. Empezó a doblarse por las noches encima de ella, junto a la lámpara, para manejar y engrasar, caviloso y torpe, tornillos y resortes; por las mañanas se introducía en la neblina con el arma al hombro o colgando contra una pierna.

El médico estuvo buscando restos de cajones, papeles, trapos, alzó algunas ramas casi secas, y una noche encendió la chimenea. Las llamas iluminaron las manos que se doblaban sobre la escopeta abierta; el Colorado levantó por fin la cabeza y miró el fuego, fijamente, sin nada más que la expresión distraída de quien se ayuda a soñar con la oscilación de la luz, la suave sorpresa de las chispas. Después se levantó para corregir la posición de los troncos, manejándolos sin cuidado; volvió a sentarse en la pequeña silla de cocina que había elegido y recuperó la escopeta. Mucho antes de que el fuego se apagara, salió para inspeccionar la noche, donde la niebla se estaba transformando en llovizna y sonaba ya sobre el techo. Regresó sacudiéndose el frío, y el médico pudo verlo pasar con indiferencia junto al resplandor de las brasas que le enrojeció la cara empapada, tirarse en la cama para dormir en seguida, la cara contra la pared, abrazado a la escopeta. Díaz Grey le echó un trapo sobre los pies embarrados, le acarició, palmeteándola, la cabeza, y lo dejó dormir, transformado en perro, sintiéndose nuevamente solo durante otros días y noches, hasta que hubo una mañana con sol intermitente. Entonces bajaron hasta la playa —el Colorado lo vio salir y lo siguió, deteniéndose a veces para apuntar con la escopeta a los pocos pájaros que era capaz de imaginar, trotando después hasta casi alcanzarlo— y recorrieron la orilla hacia el pueblo. Con una bolsa de playa llena de alimentos y botellas regresaron bajo un cielo ya huraño; el médico pudo ver los anchos pies descalzos del Colorado hollando los diversos sitios en que sería enterrado el anillo.

Llovió todo el día, y Díaz Grey se levantó para encender la lámpara un minuto antes de oír el ruido del motor en el camino. Aquí se inician los momentos que alimentan al resto del recuerdo y le otorgan un sentido variable; y así como los días y las noches anteriores a la llegada del Colorado se convirtieron en un solo día de sol, este pedazo del recuerdo se extendió y se fue renovando en un atardecer lluvioso, vivido en el interior de la casa.

Los oyó conversar mientras subían hacia el chalet, reconoció la voz de Quinteros, adivinó que la mujer que se detenía para reír era la misma; miró al Colorado, inmóvil y mudo, abrazándose las rodillas en la sillita; colocó la lámpara sobre la mesa, encendida entre los que iban a entrar y él.

—Hola, hola —dijo Quinteros. Sonreía, exageraba su contento; tocó el hombro húmedo de la mujer, como guiándola para que saludara—. Creo que se conocen, ¿eh?

Ella le dio la mano y mencionó en una pregunta el aburrimiento y la soledad. Díaz Grey reconoció el perfume, supo que ella se llamaba Molly.

—Las cosas están casi arregladas —dijo Quinteros—. Pronto volverás al algodón y al yodo, con un diploma immaculado. No tuve más remedio que mandarte a este animal; espero que no te moleste, que puedas soportarlo. No pude arreglar de otro modo; cuidado con los fósforos.

Molly fue hasta el rincón donde el Colorado hacía gemir el asiento, hamacándose. Le tocó la cabeza y se agachó para hacerle preguntas inútiles, dar ella misma las respuestas obvias. Díaz Grey comprendió, emocionado, que ella había sido capaz de descubrir, con una sola mirada, tal vez por el olor, que el Colorado había sido transformado en perro. Se inclinó, maniobrando con la mecha de la lámpara, para esconder la cara a Quinteros.

—Lo estoy pasando muy bien. Las mejores vacaciones de mi vida. Y el Colorado no me molesta; no habla, está enamorado de la escopeta. Puedo seguir así indefinidamente. Si quieren comer algo...

—Gracias —dijo Quinteros—. Sólo unos pocos días más, todo se está arreglando —ella continuaba empequeñecida junto a la sonrisa del Colorado, el impermeable barriendo el suelo—. Pero creo que te voy a estropear las vacaciones. ¿Hay algún inconveniente en que Molly se quede aquí un par de días? Es bueno retirarla de la circulación.

—No por mí —repuso Díaz; apartó rápidamente de la lámpara el temblor de su mano—. Pero ella, vivir aquí...

Se alejó de la mesa, señalando las paredes de la habitación con los brazos, entró y salió de la zona de perfume.

—Se arreglará —dijo Quinteros—. ¿No es cierto que te arreglarás? Dos o tres días.

Ella alzó la cabeza para mirar a Quinteros.

—Tengo al Colorado para que me cante.

—Ella te explicará, si quiere —dijo Quinteros.

Se despidió casi en seguida y los dos descendieron abrazados, lentamente, a pesar de que la lluvia mojaba y estiraba el pelo de la mujer.

Ahora Quinteros desaparece hasta el final del recuerdo; en el inmóvil, único atardecer lluvioso, ella elige el rincón donde colocará su cama, guía al Colorado en la tarea de vaciar el pequeño cuarto que da al oeste. Cuando el dormitorio está preparado, la mujer se quita el impermeable, se calza unas zapatillas de playa; modifica la posición de la lámpara sobre la mesa, impone un nuevo estilo de vida, sirve vino en tres vasos, reparte los naipes y trata de explicarlo todo sin otro medio que una sonrisa, mientras se alisa el pelo humedecido. Juegan una mano y otra; el médico empieza a comprender la cara de Molly, los ojos azules e inquietos, lo que hay de dureza en su mandíbula ancha, en la facilidad con que puede alegrar su boca y hacerla inexpresiva de inmediato. Comen algo y vuelven a beber; ella se despide para acostarse; el Colorado arrastra su cama cerca de la puerta del dormitorio de la mujer y se tiende, la escopeta sobre el pecho, un talón rozando el suelo para que Díaz Grey sepa que no duerme.

Vuelven a jugar a los naipes hasta aquel momento en que ella bebe demasiado y deja caer los que acaba de pasarle el Colorado, con sólo abrir los dedos, de manera más definitiva que si los arrojara con violencia contra la mesa, estableciendo así que no volverán a jugar.

El Colorado se levanta, recoge los naipes y los va tirando en el fuego de la chimenea. Sólo resta, piensa el médico, acariciar a Molly o hablarle; encontrar y decir una frase limpia pero que aluda al amor. Alarga el brazo y le toca el pelo, lo aparta de la oreja, lo suelta, vuelve a levantarlo. El Colorado pone sobre la mesa la sombra de la escopeta, tomada ahora por el caño. Díaz Grey levanta el pelo y lo suelta, imaginando cada vez el suave golpe que debe ella sentir contra la oreja.

El Colorado está hablando sobre sus cabezas, agita la escopeta y su sombra; repite el nombre de Quinteros, termina y vuelve a comenzar la misma frase, dándole un sentido más transparente o confuso, según Molly lo mire o baje los ojos. La escopeta golpea la muñeca de Díaz Grey y la empuja contra la mesa.

—No se puede hacer —grita el Colorado.

Díaz Grey vuelve a separar el pelo de la oreja con dedos que apenas puede estirar; Molly alza las manos y las une encima de su bostezo. Entonces Díaz Grey siente el dolor en la muñeca y piensa, ya sin compensaciones, que puede estar rota. Ella coloca una mano sobre el pecho de cada uno. El Colorado vuelve a sentarse en la sillita, junto a la chimenea apagada, y Díaz Grey se acaricia el dolor que sube por el brazo, empuja la mano dolorida contra la boca de Molly, que retrocede, se resiste y se abre. Entonces llega el momento en que el médico resuelve matar al Colorado y desciende a la humillación de esconder el cuchillo de limpiar pescado entre la camisa y el vientre y pasearse frente al otro hasta que la hoja fría se entibia, hasta que Molly avanza, desde la puerta, desde alternados rincones de la habitación, extiende los brazos y se acusa a sí misma, alude a una fatalidad imprecisa y personal.

El médico, desembarazado del cuchillo, está tendido en la cama, fumando; escucha el golpeteo de la llovizna en el techo, en la superficie de la tarde inmóvil. El Colorado se pasea ante la puerta de Molly, la escopeta inservible al hombro, cuatro pasos, vuelta, cuatro pasos.

El ruido del agua se hace furioso en el techo y en el follaje, se gasta; ahora ellos andan en el silencio expectante, escudriñando el paisaje gris desde las puertas y las ventanas, remedando ademanes de estatua en la galería, un brazo estirado, todos los sentidos juntos en el dorso de la mano. Por lo menos ella y Díaz Grey. El Colorado presiente la desgracia y se pasea en círculos, dentro de la habitación; arrastra un gemido y la culata del arma contra el piso. El médico espera a que la velocidad de su marcha aumente, se haga frenética, asuste a Molly, amaine.

Cuando Díaz Grey inicia sus viajes entre el galpón y la chimenea, cargando todo lo que pueda ser quemado, el otro continúa paseándose, jadeante, ensaya una canción que ella no quiere oír pero que finge acompañar con movimiento de la cabeza. Apoyada en el marco de la puerta, parece a la vez más alta y más débil, con los pantalones de playa y la tricota de marinero. El Colorado arrastra los pies y canta; ella balancea la cabeza con astucia y esperanza, mientras Díaz Grey enciende los fósforos, mientras la llamarada se alza y suena en el aire. Sin mirar hacia atrás, sin intentar saber qué pasa, Díaz Grey entra en la habitación de Molly. Tendido en la cama, repite a media voz la canción que cantaba el Colorado, mira los dedos de Molly en la hebilla del cinturón, calla al adivinar que el celestinaje corresponde al silencio. Vuelve a resonar la lluvia y las nubes se desgarran, sostienen la luz triste de la eterna tarde de mal tiempo. Mejilla contra mejilla en la ventana, ven alejarse al Colorado, cruzar diagonalmente la playa hasta pisar la orilla, la franja de arena y agua que limita una línea de espuma endurecida.

—Molly —dice Díaz Grey.

Sabe que es necesario suprimir las palabras para que cada uno pueda engañarse a sí mismo, creer en la importancia de lo que están haciendo y atraer hasta ellos la sensación, ya reacia, de lo perdurable. Pero Díaz Grey no puede evitar nombrarla.

—Molly —repite, inclinado sobre su último olor—. Molly.

Ahora el Colorado está erguido, rígido junto a la chimenea enfriada, con la escopeta apoyada en los dedos de un pie. Ella se sienta a la mesa y bebe; Díaz Grey vigila al Colorado sin dejar de ver los dientes de Molly, manchados por el vino, exhibidos en una mueca reiterada que no intenta nunca ser una sonrisa. Ella deja el vaso, se estremece, habla en inglés a nadie. El Colorado continúa haciendo guardia al fuego muerto cuando ella reclama un lápiz y escribe versos, obliga a Díaz Grey a mirarlos y guardarlos para siempre, pase lo que pase. Hay tanta desesperación en la parte de la cara de la mujer que él se anima a mirar, que Díaz Grey mueve los labios como si leyera los versos y guarda con cuidado el papel mientras ella fluctúa entre el ardor y el llanto.

—Lo escribí yo, es mío —miente ella—. Es mío y es tuyo. Quiero explicarte lo

que dice, quiero que lo aprendas de memoria.

Paciente y enternecida, lo obliga a repetir, lo corrige, le da ánimos:

*Here is that sleeping place,  
Long resting place  
No stretching place,  
That never-get-up-no-more  
Place  
Is here.*

Salen a buscar al Colorado. Tomados del brazo, siguen el camino que le vieron hacer antes, en otro momento de la tarde desapacible; bajan, molestándose, paso a paso; caminan en diagonal hasta la orilla y continúan pisándola hasta el pueblo, el almacén. Díaz Grey pide un vaso de vino y se apoya en el mostrador; ella desaparece dentro del negocio, grita y murmura en el rincón del teléfono. Trae, al regresar, una sonrisa nueva, una sonrisa que daría miedo al médico si la sorprendiera dirigida a otro hombre.

Desandan el camino bajo la menuda llovizna que reaparece para enfrentarlos. Ella se detiene.

—No encontramos al Colorado —dice sin mirarlo. Levanta la boca para que Díaz Grey la bese y le deja un anillo en la mano al separarse—. Con esto podemos vivir meses, en cualquier parte. Vamos a recoger mis cosas.

Mientras apresuran el paso por la orilla, Díaz Grey busca en vano la frase y el tipo de mirada que quisiera dejar al Colorado. Ahora sí hay, cerca de la costa, un madero podrido que las olas alzan y hunden; hay un terceto de gaviotas y su escándalo revoloteando en el cielo.

Ella ve el automóvil antes que Díaz Grey y se echa a correr, resbalando en la arena. El médico la ve subir a una duna, los brazos abiertos, perder pie y desaparecer; queda solo ante el pequeño desierto de la playa, los ojos lastimados por el viento. Gira para protegerlos y termina por sentarse. Entonces —a veces en el final de la tarde, otras en su mitad— cava un pozo en la arena, tira el anillo y lo cubre; lo hace ocho veces, en los lugares que pisó el Colorado, en los que él mismo había señalado con una sola mirada. Ocho veces, bajo la lluvia entierra el anillo, y se aleja; camina hasta el agua, trata de equivocarse sus ojos mirando los médanos, los árboles raquíticos, el techo de la casa, el automóvil en el declive. Pero vuelve siempre, en línea recta, sin vacilaciones, hasta el sitio exacto del enterramiento; hunde los dedos en la arena y toca el anillo. Tumbado cara al cielo, descansa, se hace mojar por la lluvia y se despreocupa; lentamente inicia el camino hasta la casa.

El Colorado está extendido junto a la chimenea apagada, mascando con lentitud; tiene un vaso de vino en la mano. Ella y Quinteros, murmuran velozmente, cara contra cara, hasta que Díaz Grey avanza, hasta que es imposible, negar que oyen sus

pasos.

—Hola —dice Quinteros, y le sonrío, le alarga un brazo; todavía tiene el sombrero puesto, desacomodado.

Díaz Grey arrastra una silla y se sienta cerca del Colorado; le acaricia la cabeza y lo palmea, cada vez más fuerte, esperando que se enfurezca para golpearle la mandíbula. Pero el otro continúa mascando, apenas se vuelve para mirar; entonces Díaz Grey deja descansar su mano sobre el pelo rojizo y mira hacia ella y Quinteros.

—Todo está arreglado —dice Quinteros—. El beneficio de la duda, para repetir las palabras del juez. Si estabas preocupado, espero que ahora... Aunque, naturalmente, pueden quedarse aquí cuanto quieran.

Se acerca y se inclina para darle otros billetes doblados. Cuando Molly termina de pintarse y abrocharse el impermeable hasta el cuello, Díaz Grey se incorpora y abre bajo la luz, bajo la cara de la mujer, la mano con el anillo en la palma. Sin palabras — y ahora es necesario aceptar que la escena está situada en el final de la tarde— ella le toma los dedos y los va doblando, uno a uno, hasta esconder el anillo.

—Hasta cuando quieras —dice Quinteros desde la puerta.

Díaz Grey y el Colorado oyen el ruido del motor que se aleja, su silencio, el murmullo del mar.

Aquí termina, en el recuerdo, la larga tarde lluviosa iniciada cuando Molly llegó a la casa en la arena; nuevamente el tiempo puede ser utilizado para medir.

Tan dramáticamente como si quisiera convencer de que lo ha comprendido todo antes que Díaz Grey, el Colorado se incorpora y vuelve hacia la puerta, hacia la lluvia que cede, una cara humanizada por la sorpresa y la angustia. Toca al médico por primera vez, le aferra un brazo y parece fortalecerse con el contacto; después se levanta y sale corriendo de la casa. Díaz Grey abre la mano, se acerca a la luz para mirar el anillo y soplar los granos de arena que se le han pegado; lo deja sobre la mesa, bebe lentamente un vaso de vino, como si fuera bueno, como si le quedaran cosas en qué pensar. Hay tiempo, se dice; está seguro de que el Colorado no necesita ayuda. Cuando se resuelve a salir encuentra, examina con indiferencia el último momento que puede ser incorporado a la tarde brumosa: una franja de luz rojiza se estira muy alta sobre el río. Enciende un cigarrillo y camina hacia el costado de la casa donde está el galpón; piensa con indolencia que terminó por guardarse el anillo, que dejó sobre la mesa el papel con los versos, que tal vez el deliberado cinismo baste para limpiarlo del remedo de la pasión y su ridículo.

Cuando Díaz Grey, en el consultorio frente a la plaza de la ciudad provinciana, se entrega al juego de conocerse a sí mismo mediante este recuerdo, el único, está obligado a confundir la sensación de su pasado en blanco con la de sus hombros débiles; la de la cabeza de pelo rubio y escaso, doblada contra el vidrio de la ventana, con la sensación de la soledad admitida de pronto, cuando ya era insuperable. También le es forzoso suponer que su vida meticulosa, su propio cuerpo privado de la lujuria, sus blandas creencias, son símbolos de la cursilería esencial del recuerdo que

se empeña en mantener desde hace años.

En el final preferido para su recuerdo, Díaz Grey se deja caer a un costado de la casa, sobre la arena mojada. El frenesí del Colorado, que amontona ramas, papeles, tablas, pedazos de muebles contra la pared de madera del chalet, lo hace reír a carcajadas, toser y revolcarse; cuando respira el olor del kerosene inmoviliza al otro con un silbido imperioso y se le acerca, resbalando sobre la humedad y las hojas, saca del bolsillo la caja de fósforos y la sacude junto a un oído mientras avanza y resbala.

1949



## El álbum

La vi desde la puerta del diario, apoyado en la pared, bajo la chapa con el nombre de mi abuelo, Agustín Malabia, fundador. Había venido a traer un artículo sobre la cosecha o la limpieza de las calles de Santa María, una de esas irresistibles tonterías que mi padre llama editoriales y que una vez impresas quedan macizas, apenas ventiladas por cifras, pesando sensiblemente en la tercera página, siempre arriba y a la izquierda.

Era un domingo a la tarde, húmedo y caluroso en el principio del invierno. Ella venía del puerto o de la ciudad con la valija liviana de avión, envuelta en un abrigo de pieles que debía sofocarla, paso a paso contra las paredes brillosas, contra el cielo acuoso y amarillento, un poco rígida, desolada, como si me la fueran acercando el atardecer, el río, el vals resoplado en la plaza por la banda, las muchachas que giraban emparejadas alrededor de los árboles pelados.

Ahora caminaba por el costado del Berna, más joven, más pequeña dentro del abrigo desprendido, con una curiosa agilidad de los pies que no era transmitida a las piernas, que no alteraba su dureza de estatua de pueblo.

Vásquez, el de la reventa, llegó por el corredor y se puso a mi lado, viéndome mirar, limpiándose las uñas con un cortaplumas, también prestigiado, indistintamente, por las dos palabras del nombre de mi abuelo. Encendí la pipa, esperando el momento de moverme para cruzar en diagonal la calle, rozar tal vez a la mujer, enterarme con certeza de su edad y meterme con un portazo en el automóvil, el nuevo, que mi padre me había dejado traer. Pero ella se detuvo en la esquina, ocultando con la cabeza, con la punta del gorro de lana, la jarra desteñida que alzaba en el cartel de la cervecería un gringo abigotado. Se detuvo con las rodillas juntas, sin propósito de hacerlo, simplemente porque acababa de morir el impulso que la había remolcado calle arriba.

—Debe estar un poco loca de la cabeza —dijo Vásquez—. Hace una semana que está en el hotel, el Plaza; vino sola, dicen que cargada de baúles. Pero toda la mañana y la tarde, se las pasa con esa valijita, ida y vuelta por el muelle, a toda hora, a las horas en que no llegan ni salen balsas ni lanchas.

—Es fea, debe tener sus añitos —dije, y bostecé.

—Según se mire, Jorgito —dictaminó con suavidad—. Más de uno se tiraría su lance —me tocó el hombro en despedida y cruzó diagonalmente, casi como yo proyectaba hacerlo, gris y pequeño, con el andar heredado de su amigo Junta, tratando de apoyar sobre el asfalto fangoso la rotundidad de un peso que no tenía.

Pasó muy cerca de la mujer en la esquina del Berna, sin mover el cuello para mirarla, y entró en el negocio.

Yo sabía que no era para mí —y tal vez por nadie, ni siquiera por ella misma— que la mujer se había sosegado en la vereda, inmóvil y ocre en el centro de la tarde de domingo, agregada pasivamente al calor, a la humedad, a la nostalgia sin objeto. Pero me mantuve sin moverme, sin dejar de mirarla, hasta que la pipa estertoró vacía exactamente en el momento en que ella tuvo que adelantar un pie y descender, continuar avanzando en dirección al hotel por el desierto de la bocacalle que nos había separado y reunido, a pasos cortos y fáciles, con los que sólo se proponía marcar el transcurso del tiempo, atravesando desasida el temblor del bombo, la osadía del clarinete, el principio de la noche y los olores débiles, reticentes, de sus anticipaciones de la muerte.

Al día siguiente, de mañana, pensé que Vásquez había mentido o exagerado, o que la mujer ya no estaba en Santa María. Me vine a la ciudad en el primer ómnibus para hacerle cambiar las cuerdas a la raqueta, convencí a Hans de que era capaz de morir antes de divulgar que me había cortado el pelo un lunes de mañana, con la puerta de la peluquería cerrada, cuchicheando él y yo entre brillos de metales y espejos en la penumbra, compré tabaco para la pipa y caminé hasta el puerto.

La mujer no estaba ni vino, la balsa llegó con poca gente, con bolsas de trigo o maíz, con un colectivo despintado y viejo. Fumé paseando y después sentado en el muelle, las piernas colgadas sobre el agua. A veces, con sólo el perfil, espiaba el movimiento en los adoquines y en el portón del edificio rojo de la aduana; no supe qué era preferible estar haciendo o pensando cuando la mujer y la pequeña valija, y acaso nuevamente el abrigo de pieles, el gorro de lana, se acercaran para sorprenderme de espaldas. La balsa dio un bocinazo y se apartó del muelle a la una en punto. Todavía esperé, hambriento, asqueado de la pipa. Las bolsas y el colectivo habían quedado en el muelle; mi padre escribía un editorial sobre «¿Necesitamos importar trigo?» (Las hasta ayer tradicionalmente tierras feraces de Santa María) o sobre «Valiosa contribución a los transportes provinciales» (La labor progresiva emprendida en forma decidida por nuestra comuna).

Casi apoyada en el horizonte, diminuta, la balsa se había inmovilizado. Empecé a subir hacia la ciudad. Ya no recordaba a la mujer de la valija ni sentía amor o curiosidad por aquel llamado, aquella alusión que yo le había visto situar en el aire que nos separaba, entre la esquina del Berna y la de El Liberal. Desesperado y con hambre, tragando el gusto a fósforo de la pipa, yo iba pensando: «Una medida inconsulta, aprobada en forma inexplicable por la autoridad que nos rige, acaba de autorizar la entrada de veintisiete y medio bushels de trigo por el puerto de Santa María. Con la misma independencia de criterio que hemos puesto en juego para aplaudir la obra que lleva realizada el nuevo Concejo, debemos hoy alzar condenatoria nuestra voz insospechable».

Desde La Nueva Italia llamé a mamá y le dije que comería en la ciudad para

poder llegar a hora al colegio. Estaba seguro de que la mujer había sido rechazada o disuelta por la imbecilidad de Santa María simbolizada con exactitud por los artículos de mi padre: «Una verdadera afrenta, no trepidamos en decirlo, hecha por los señores concejales a los austeros y abnegados laborantes de las colonias circunvecinas que han fecundado con su sudor generación tras generación la envidiable riqueza de que disfrutamos».

Cuando salimos de clase, Tito se empeñó en que tomáramos un vermouth en el Universal (no quiso ir al Plaza por miedo de encontrarse con su padre) y en hacerme creer una historia de amor con su prima segunda, la maestra; insistió en detalles plausibles, contestó con habilidad mis preguntas, era claro que había estado preparando con tiempo la confianza. Me puse serio, me puse triste, me indigné:

—Mirá —le dije, buscándole encarnizado los ojos—, tenés que casarte con ella. No hay excusas; aunque tu prima no quiera. Si es verdad lo que me dijiste, tenés que casarte. A pesar de todo; aunque la pobre tiene los tobillos gruesos como muslos, aunque frunce la boca como una vieja soltera.

Tito empezó a sonreír y a sacudir la cabeza, y estaba por decirme que todo era broma cuando me levanté y lo hice enrojecer de miedo, de duda.

—No quiero ni puedo verte hasta que te hayas comprometido. Paga porque invitaste.

Sólo me arrepentí durante tres pasos, cruzando la vereda del café, mientras escondía los cuadernos y el libro de inglés en el bolsillo del impermeable. Gordito, sonrosado, presuntuoso, servil, tal vez ahora con los ojos húmedos, idiota, mi amigo. El tiempo continuaba húmedo, tibio en las aberturas de las esquinas, indeciso en la sombra de los patios, cálido a las dos cuerdas de marcha. Mientras bajaba hacia el puerto me sentí feliz contra toda mi voluntad, me puse a canturrear la marcha innominada que corona las retretas de la plaza, supuse un olor de jazmines, recordé un verano ya muy antiguo en que las quintas lanzaron toneladas de jazmines contra la ciudad, y descubrí, entre parándome, que ya tenía un pasado.

La vi desde la altura enjardinada de la rambla: la silueta creciendo al otro lado del malecón, a medida que ella avanzaba hacia la bruma del agua, mostrando y confundiendo la valija y el abrigo de invierno. Fue y vino mientras yo fumaba la pipa; a veces se detenía sobre las grandes losas del muelle, junto a la orilla, mirando la niebla y el pedazo lejano, despejado, que contenía las ruinas rosadas del palacio de Latorre; pero yo estaba seguro de que no esperaba nada, me sentía. Las lanchas atracaban y volvían a internarse en el río; pero ella no movía la cabeza para localizar las bocinas, no espiaba los grupos borrosos de pasajeros. Estaba allí pequeña y dura, mirando la gran nube blancuzca apoyada en las olas, inventando sorpresas, aproximaciones. Empezaba a oscurecer y a refrescar cuando se cansó y dio media vuelta, observando si todo quedaba en orden antes de cruzar rectamente el muelle.

La seguí hasta el hotel, creyendo que ella —sin volverse, sin mirarme— sentía mi presencia media cuadra atrás, y que yo le era útil, le ayudaba a subir las calles, a vivir.

Caminaba dormida, sin enterarse, como lo había hecho la tarde anterior por el costado del Berna y por el costado del domingo y de la música añorante que dirigía Fitipaldi en la plaza sin más ayuda que el vaivén de sus ojos furiosos. Pero ahora la vi detenerse en cada vidriera de las dos cuadras de alrededor de la plaza: miraba, el hombro derecho contra el vidrio, torciendo apenas la cabeza, gastando exactamente medio minuto en cada una, el perfil indiferente en la agresividad de las luces que iban encendiendo, despreocupada de que le mostraran enaguas, paquetes de yerba, cañas de pescar, repuestos de tractores.

Por fin entró en el Plaza; yo continué andando hasta el club, puse tabaco en la pipa, miré la niebla que un viento frío comenzaba a desgarrar, justamente sobre la plaza, y volví. Estaba sentada en un taburete del mostrador, frente a una copa diminuta que miraba sin tocar, las dos manos protegiendo la valija que había acomodado en la falda. Me senté contra una ventana, lejos del mostrador, y me puse a revisar los cuadernos de apuntes. Ella continuaba quieta, recogida, hipnotizada por el punto de oro de la copa. Tal vez me viera por el espejo, tal vez me haya estado viendo desde que llegué al puerto con la pipa entre los dientes y un pasado recién descubierto. Leí en el cuaderno: *Why, thou wert better in thy grave that to answer with by uncovered body this extremity of the skies.* Y era cierto que ella me veía por el espejo, porque cuando alcé los ojos no tuvo necesidad de volver la cabeza antes de sujetar la copita con los dedos, bajarse del taburete y venir por un camino recto que construyó milagrosamente entre las mesas, sosteniendo el líquido intacto contra el pecho, la valija separada sin esfuerzo del invisible juego de las rodillas.

Se sentó y puso la copa exactamente en el centro de la mesa; y como el mozo no me había atendido, nadie podía saber si era suya o mía. La estuvo mirando con los ojos bajos y yo empecé a conocer su cara, a llenarme de aprensiones mientras escondía el cuaderno de inglés. Estuvo, con su gorro de lana —a franjas, viejo, mal tejido— inclinado sin gracia contra una oreja, tranquila y seria, como si meditara antes de resolverse para siempre, como si fuera imprescindible que las cosas se iniciaran con una parodia de meditación. Supe que lo único que verdaderamente importaba en su cuerpo —a pesar de mi hambre, del hambre de Tito, de voraces hambres cobardes de los amigos— era su cara redonda, oscura, joven y gastada, los párpados torcidos hacia los pómulos, la gran boca raída. Después bebió el contenido de la copa de un trago, mirándome, y ya me estaba sonriendo cuando la dejó en la mesa: una constante sonrisa furiosa, a la vez desvalida y posesiva como una mirada, como si me mirara también con los dientes, con la adelgazada línea roja, el vello y las arrugas que los rodeaban.

—¿Te puedo tutear? —dijo—. Hace muchos años nos citamos para esta tarde. ¿Es verdad? No importa cuándo, porque ya ves que no pudimos olvidarlo y aquí estamos, puntuales.

La cara y además la voz. Cuando vino el mozo ella pidió otra copa y yo no quise nada; me puse a trabajar en la pipa, ruborizado, abandonándome, seguro de que ella

no se burlaba, de que eran innecesarias las explicaciones. La cara, siempre, y aquella voz que actuaba como sus pies, libre e ignorada, persuasiva, sin recurrir a las pausas.

Pero todo esto es un prólogo, porque la verdadera historia sólo empezó una semana después. También es prólogo mi visita a Díaz Grey, el médico, para conseguir que me presentara al viajante de un laboratorio que se había establecido, con media docena de valijas llenas de muestras de drogas, en el primer piso del hotel, en el mismo corredor del hotel donde estaba la habitación de la mujer; y mi entrevista con el viajante, y cómo su reposado cinismo, su arremangada camisa de seda, su pequeña boca húmeda humillaron sin dolor, un mediodía, en su cuarto en desorden, las frases aprendidas de memoria que traté de repetir con indolencia. Antes de decirme que sí se estuvo riendo, casi sin ruido, en calcetines, tirado en la cama, chupando un cigarro, contándome recuerdos sucios. Bajamos juntos y explicó al gerente que yo iría todas las tardes a su habitación para ayudarlo a copiar a máquina unos informes; «Dele una llave»; me apretó la mano con fuerza, serio, como a un hombre de su edad, con un extraño orgullo en los ojos pequeños y felices.

No quise inventar otra mentira para mis padres; repetí el cuento de los informes a máquinas que me había encargado el viajante, despreocupándome del dinero que tendría que cobrar y mostrar. Todas las tardes, en cuanto terminaban las clases —y a veces antes, cuando me era posible escapar— entraba en el hotel, saludaba con una sonrisa a quien estuviera de turno atrás de la caja registradora y subía por el ascensor o la escalera. El viajante —Ernesto Maynard decían las chapitas de los muestrarios— estaba recorriendo las farmacias de la costa; durante los primeros días gasté mucho tiempo en examinar los tubos y los frascos, en leer las promesas y las órdenes de los prospectos en papel de seda, subyugado por su estilo impersonal, a veces oscuro, mesuradamente optimista. Arrimado a la puerta, escuchaba después el silencio del corredor, los ruidos del bar y la ciudad. Sucedió.

La mujer fingía siempre estar dormida y despertaba con un pequeño sobresalto, con cambiantes nombres masculinos, deslumbrada por los restos de un sueño que ni mi presencia ni ninguna realidad podrían compensar. Yo estaba hambriento y mi hambre se renovaba y me era imposible imaginarme sin ella. Sin embargo, la satisfacción de este hambre, con todas sus pensadas o inevitables complicaciones, se convirtió muy pronto, para la mujer y para mí, en un precio que necesitábamos pagar.

La verdadera historia empezó un anochecer helado, cuando oíamos llover y cada uno estaba inmóvil y encogido, olvidado del otro. Había una barra estrecha de luz amarilla en la puerta del baño y yo reconstruía la soledad de los faroles en la plaza y en la rambla, los hilos perpendiculares de la lluvia sin viento. La historia empezó cuando ella dijo de pronto, sin moverse, cuando la voz trepó y estuvo en la penumbra, medio metro encima de nosotros:

—Qué importa que esté lloviendo, aunque llueva así cien años esto no es lluvia. Agua que cae, pero no lluvia.

Había estado, también antes, la gran sonrisa invisible de la mujer, y es cierto que

ella no habló hasta que la sonrisa estuvo totalmente formada y le ocupó la cara.

—Nada más que agua que cae y la gente tiene que darle un nombre. Así que en este pueblucho o ciudad le llaman lluvia al agua que cae; pero es mentira.

No pude sospechar, ni siquiera cuando llegó la palabra Escocia, qué era lo que se estaba iniciando: la voz caía suave ininterrumpida encima de mi cara. Me explicó que sólo es lluvia la que cae sin utilidad ni sentido.

—El castillo estaba en Aberdeen y era tan viejo que el viento andaba por los corredores, los salones y las escaleras. Había más viento allí que en la noche de afuera. Y la lluvia que nos había amontonado durante dos días contra la chimenea alta como un hombre, terminó por atraernos hacia las ventanas rotas. Así que no hablábamos, estábamos desde la mañana a la noche rodeando el salón, la nariz de cada uno contra el vidrio de una ventana, quietos como las figuras de piedra de una iglesia. Hasta que al tercer día, creo, Mac Gregor anunció que ya no llovía, que empezaría a nevar, que los caminos iban a quedar cerrados y que cada uno era dueño de pensar que esto resultaba mejor o peor que la lluvia.

Este fue el primer cuento; volvió a decirlo algunas veces, casi siempre porque yo lo pedía cuando estaba aburrido del calor de la India o del campamento de Amallan. Tal vez nadie en el mundo sepa mentir así, pensaba yo. O tal vez nadie cazó zorros hasta que ella se echó a reír, sacudiendo la cabeza, luchando sin energía con un recuerdo de desteñida vergüenza, para atar de inmediato el caballo a un árbol y esconderse con un lord o un sir o un segundón de lord en un pabellón en ruinas, revolcarse en el ineludible jergón de hojas, mientras giraba alrededor de ellos, en el paisaje cursi de esplendoroso frío que ella acababa de hacer —allí, a mi lado, sin esfuerzo, con un placer impersonal y divino—, la primera cacería de zorro que estremeció la tierra, el acordado frenesí que ella iba dirigiendo con palabras ambiciosas y marchitas: pompa, trailla, casaca, floresta, rastreador, la inútil violencia, una pequeña muerte parda.

Y en el centro de cada mentira estaba la mujer, cada cuento era ella misma, próxima a mí, indudable. Ya no me interesaba leer ni soñar, estaba seguro de que cuando hiciera los viajes que planeaba con Tito, los paisajes, las ciudades, las distancias, el mundo todo me presentaría rostros sin significado, retratos de caras ausentes, irrecuperablemente despojados de una realidad verdadera.

Estaba el hambre, siempre; pero escucharla era el vicio, más mío, más intenso, más rico. Porque nada podía compararse al deslumbrante poder que ella me había prestado, el don de vacilar entre Venecia y El Cairo unas horas antes de la entrevista, hermético, astutamente vulgar entre los doce pobres muchachos que miraban formarse palabras desconcertantes en el pizarrón y en la boca de míster Pool; nada podía sustituir los regresos anhelantes que me bastaba pedir susurrando para tenerlos, nunca iguales, alterados, perfeccionándose.

Habíamos ido de Nueva York a San Francisco —por primera vez, y lo que ella describía me desilusionó por su parecido con un aviso de bebidas en una de las

revistas extranjeras que llegan al diario: una reunión en una pieza de hotel, las enormes ventanas sin cortinas abiertas sobre la ciudad de mármol bajo el sol; y la anécdota era casi un plagio de la del hotel Bolívar, en Luna—, acabábamos de «llorar de frío en la costa este y antes de que pasara un día, increíble, nos estábamos bañando en la playa», cuando apareció el hombre.

Era ancho y bajo y yo sólo quise enterarme de las pocas cosas que hoy siguen bastando para armarlo y sostenerlo: las cejas anchas, el cuello de la camisa brillante y rayado, una perla, el corte novedoso de las solapas. Tal vez también, aunque innecesarias, su pequeña, terca sonrisa en media luna, sus manos peludas puestas sobre la mesa como cosas traídas para exhibir y presionar y que no olvidaría al marcharse. Estaban sentados cerca del comedor, a las siete de la tarde. Ella se inclinaba sobre las copas y el cenicero, una varilla de humo le cortaba la cara; bajo las negras cejas del hombre había un plácido bochorno, la vacilación de interrumpir un elogio exaltado.

Tomé el ascensor y fui a encerrarme en el cuarto de Maynard; tirado en la cama, fumando la pipa, escuché los ruidos del corredor, leí un relato de victorias dramáticas y parciales sobre el mal de Parkinson y supe que la anemia perniciosa es una enfermedad de rubias de ojos azules. Hasta que de pronto se me ocurrió que ella podía subir acompañada por el hombre, sus pasos rápidos, ignorantes del suelo y de la meta, escoltados por tacos graves, lentos, masculinos. Bajé. Estaban en la mesa y continuaban pensando en las mismas cosas, la cara de ella hacia las cejas retintas, la del hombre hacia las manos depositadas en el mantel.

Crucé la plaza sin celos, triste y enconado, inventando presentimientos de desgracia. Doblé en Urquiza y fui hasta la ferretería. Montado en una escalera, vestido hasta los tobillos por el guardapolvo gris hierro, gris polvo, el dependiente tenía una caja de madera en las rodillas y examinaba agujeros de tuercas para enterarse de si la rosca giraba hacia la izquierda o hacia la derecha. Cuando terminaba de olerías las clasificaba.

La vieja estaba detrás del mostrador, con una pañoleta negra en los hombros, solemne, mezquina, mucho más miope que la semana anterior.

—El Tito está arriba estudiando —no contestó mi saludo, no me invitó a subir, me estuvo mirando como si sospechara que yo tenía la culpa de que su pelo gris me llenara de asco. Entonces tuve que malgastar mi sonrisa, un destello, una especial forma del candor con dos puntos diminutos de insolencia en los ojos. Luchó un poco:

—¿Por qué no subís?

—Es un momento, gracias. Quiero pedirle un apunte.

Crucé el patio, vi detrás de una puerta a la hermana de Tito planchando; el frío estaba inmóvil, un gato negro esquivó en silencio mi patada y mi escupida. Tito escondió bajo la almohada la revista que estaba leyendo y me hizo señas de secreto y cariño antes de rebuscar en el ropero y mostrarme la botella de caña.

—Lo que sí que tengo sólo un vaso.

Estaba contento, gordito, turbado. Majestuoso, un poco melancólico, acepté con un gesto, compartí su baba, puse un codo sobre el hule devastado de la mesa, encendí la pipa con lentitud.

—Estuve leyendo otra vez el poema —dijo y alzó el vaso mugriento, adornado con flores, comprado para cepillos de dientes o infusiones de yuyos—. Y aunque vos digas, no es malo. Hay mucho humo. ¿Querés que abra la ventana?

En Santa María, cuando llega la noche, el río desaparece, va retrocediendo sin olas en la sombra como una alfombra que envolvieran; acompasadamente, el campo invade por la derecha —en ese momento estamos todos vueltos hacia el norte—, nos ocupa y ocupa el lecho del río. La soledad nocturna en el agua o a su orilla, puede ofrecer, supongo, el recuerdo, o la nada o un voluntario futuro; la noche de la llanura que se extiende puntual e indomitable sólo nos permite encontrarnos con nosotros mismos, lúcidos y en presente.

—Eso no es un poema —dije con dulzura—. Le hacés creer a tu padre que estás estudiando y te encerrás para leer una revista puerca que yo mismo te presté. No es un poema, es la explicación de que tuve un motivo para escribir un poema y no pude hacerlo.

—Te digo que es bueno —golpeó apenas la mesa con el puño, rebelde, emocionante.

Cuando llega la noche nos quedamos sin río y las sirenas que vibran en el puerto, se transforman en mugidos de vacas perdidas y las tormentas en el agua suenan como un viento seco entre trigales, sobre montes doblados. Que cada hombre esté solo y se mire hasta pudrirse, sin memoria ni mañana; esa cara sin secretos para toda la eternidad.

—Y tu hermana se va a casar con el dependiente de la ferretería, no este año, claro, sino cuanto tu viejo no tenga más remedio que darle una habilitación. Y vos algún día te vas a poner atrás del mostrador, no para disputarle tu hermana al dependiente, como sería justo y poético, como haría yo, sino para evitar que te roben entre los dos.

Me ofreció el vaso con una sonrisa tolerante, bondadosamente cínica. Tomé un trago mientras buscaba recordar qué había venido a hacer en el altillo, junto a él, mi amigo. Acerqué un fósforo al chirrido de la pipa. Había venido para pensar, al amparo incomprensible de Tito, que yo no tenía celos del hombre de las cejas y la perla; que ella no me había mirado ni podría mirarme con aquella Enardecida necesidad de humillación que yo había entrevisto al cruzar el bar; que sólo temía, verdaderamente, perder peripecias y geografías, perder el merendero crapuloso de Nápoles donde ella hacía el amor sobre música de mandolinas; el estudio de San Pablo donde ella ayudaba de alguna manera a un hombre trompudo y contrito a corregir la arquitectura de las zonas templadas y las cálidas. No miedo a la soledad; miedo a la pérdida de una soledad que yo había habitado con una sensación de poder, con una clase de ventura que los días no podrían ya nunca darme ni compensar.



Hubo la tarde siguiente, sin rastros del hombre, sin que ni ella ni yo aludiéramos al desencuentro del día anterior. (También era parte de mi felicidad evitar las preguntas razonables: saber por qué estaba ella en Santa María, por qué recorría el muelle con la valija). Tal vez ella haya sido aquella tarde más protectora, más exigente, más minuciosa. Sólo es seguro que ella no estuvo, no fue nombrada, no abrazó a ningún hombre en la historia prolongada sobre el Rhin, en un barco que viajaba con mal tiempo de Maguncia a Colonia. Y las demás convicciones son dudosas: la intención de su sonrisa en la penumbra, la intensidad alarmante del frío, el amor temeroso con que ella alargaba los detalles del viaje, sus ganas de suprimir lo esencial, de confundir los significados. Sólo me dio, de todos modos, cosas que yo sabía de memoria: una balsa sobre un río, gente rubia e impávida, la siempre fallida esperanza de una catástrofe definitiva.

Y también de todos modos, mientras me vestía, me acomodaba la boina y trataba de reorganizar rápidamente mi confianza en la imbecilidad del mundo, le perdoné el fracaso, estuve trabajando en un estilo de perdón que reflejara mi turbulenta experiencia, mi hastiada madurez.

La recuerdo despeinada y conforme, dejándome marchar, ayudándome a que me fuera, despidiendo mi cuerpo flaco, mi torpeza, mis oídos.

Y así como al decirle adiós a la mujer en la tarde del viaje tempestuoso sobre el Rhin me estaba separando de mi madre, me encontré con mi padre al día siguiente, a las seis de la tarde. Estaba sentado en el mostrador del bar, vigilando la entrada con un perfil rojizo y entusiasta, seguro de que me atraparía al pasar, un poco borracho, llamándose entonces Ernesto Maynard. Sólo tuvo que mover un pulgar para atraerme.

—¿Cómo le va? —dije con mi voz más gruesa; me acomodé a su lado, puse en orden sobre mis piernas los libros y la libreta, acepté la bebida que él quiso.

Bebimos en silencio, pausados. Después él me puso una mano en el hombro, apenas, sin dominio, sin piedad. Seguiré recordándolo con amor durante años, mordiendo el habano a mi lado, apartándolo para mirar con sus ojos satisfechos y pequeños la longitud y el color de la ceniza, grueso y seguro, buscando con su grosera, simple cabeza la fórmula que no hiriera demasiado pero que contuviese a la vez aquella amargura que fortifica y enseña.

—Bueno, se mandó a mudar. Conozco toda la historia. Yo, metido en la pieza de hotel o viajando por la costa, convenciendo a médicos, dentistas, boticarios y curanderos. Puedo vender cualquier cosa, lo supe desde siempre, desde que era más chico que vos, es un don. Trabajando duro. Pero nunca se me escapó un chisme. Los adivino antes de que empiecen a formarse; todos los cuernos, todos los abortos, todas las estafas. Se fue esta mañana, o, mejor dicho, no volvió desde anoche. Dejó una carta pidiendo que le guarden el baúl, que va a volver a buscarlo y a pagar el saldo de la cuenta, unos trescientos pesos. Nada más que el baúl; y debe estar lleno de piedras, o de ropas viejas o de cuentas de otros hoteles. Yo sabía también que a las seis y cuarto ibas a llegar al hotel. Te esperé para decirte, sin vueltas, que esa mujer no

vuelve más y que no importa que no vuelva. Y que no es posible que vivas como todos estos pobres tipos que compran las camisas, o se las compran las esposas, en La Moderna y eligen los trajes en el catálogo de Gath y Chaves. Esperando que les caigan mujeres y negocios, o ya no esperando nada. Tenés que disparar. Algún día, quién te dice, me vas a dar las gracias.

Le di las gracias y salí, sabiendo de verdad por primera vez que no tenía con quien estar. Aquella noche traté de rehacer el mundo, cada lugar que ella me había dado, cada fábula. Dejé de recordar su cara en cuanto hubo luz en la ventana.

Y tampoco servía pedir prestado el dinero. Fui de mañana al banco y dejé cinco pesos en mi cuenta de ahorros; fui a lo de Salem y empeñé el reloj que había heredado de mi hermano (muda y melodramática mi cuñada lo desprendió de la muñeca de mi hermano muerto). Antes de mediodía estuve plantado frente a la caja registradora del hotel, lleno de dinero, de poder, de una oscura necesidad de ofensa y desgaste. Expliqué que la mujer me había hecho llegar los trescientos pesos para rescatar el baúl; me dieron un recibo, me hicieron firmar otro: «Por Carmen Méndez». Arreglé con Tito para que lleváramos el baúl al garaje de la ferretería cuando sus padres durmieran. Durante todo el día estuve pensando en el doctor Díaz Grey, imaginando que todo esto lo estaba haciendo por él, por el impreciso prestigio de la caballerosidad que él representaba en el pueblo, pequeño, bien vestido, desterrado, exagerando con ternura la renguera que apoyaba en el bastón.

Así que agotado y orgulloso, veinticuatro horas después que la mujer dejara Santa María, me encerré con Tito en el garaje y destapamos una botella mientras conversábamos de noches de bodas y de las repercusiones de las muertes, sentados en el baúl, golpeándolo suavemente con los tacos. Cuando la botella estuvo por la mitad y él me pidió que no habláramos del cuerpo de su hermana, rompí el candado y fuimos extrayendo ropas sucias e inservibles, sin perfumes, con olor a uso, a sudor y encierro, revistas viejas, dos libros en inglés y un álbum con tapas de cuero y las iniciales C.M. En cuclillas, envejecido, tratando de manejar la pipa con evidente soberbia, vi las fotografías en que la mujer —menos joven y más crédula a medida que iba pasando rabioso las páginas— cabalgaba en Egipto, sonreía a jugadores de golf en un prado escocés, abrazaba actrices de cine en un cabaret de California, presentía la muerte en el ventisquero del Rúan, hacía reales, infamaba cada una de las historias que me había contado, cada tarde en que la estuve queriendo y la escuché.

1953

# Historia del Caballero de la Rosa y de la Virgen encinta que vino de Liliput

## 1

En el primer momento creímos los tres conocer al hombre para siempre, hacia atrás y hacia adelante. Habíamos estado tomando cerveza tibia en la vereda del Universal, mientras empezaba una noche de fines de verano; el aire se alertaba alrededor de los plátanos y los truenos jactanciosos amagaban acercarse por encima del río.

—Vean —susurró Guiñazú, retrocediendo en la silla de hierro—. Miren, pero no miren demasiado. Por lo menos, no miren con avidez y, en todo caso, tengan la prudencia de desconfiar. Si miramos indiferentes, es posible que la cosa dure, que no se desvanezcan, que en algún momento lleguen a sentarse, a pedir algo al mozo, a beber, a existir de veras.

Estábamos sudorosos y maravillados, mirando hacia la mesa frente a la puerta del café. La muchacha era diminuta y completa; llevaba un vestido justo, abierto sobre el pecho, el estómago y un muslo. Parecía muy joven y resuelta a ser dichosa, le era imposible cerrar la sonrisa. Aposté a que tenía buen corazón y le predije algunas tristezas. Con un cigarrillo en la boca, ansiosa y amplia, con una mano en el peinado, se detuvo junto a la mesa y miró alrededor.

—Supongamos que todo está en orden —dijo el viejo Lanza—. Demasiado próxima a la perfección para ser una enana, demasiado segura y demagógica para ser una niña disfrazada de mujer. Hasta a nosotros nos miró, tal vez la luz la ciegue. Pero son las intenciones las que cuentan.

—Pueden seguir mirando —permitió Guiñazú—, pero no hablen todavía. Acaso sean tal como los vemos, acaso sea cierto que están en Santa María.

El hombre era de muchas maneras y éstas coincidían, inquietas y variables, en el propósito de mantenerlo vivo, sólido, inconfundible. Era joven, delgado, altísimo; era tímido e insolente, dramático y alegre.

Irresolución de la mujer; después movió una mano para desdeñar las mesas en la vereda y a sus ocupantes, la alharaca de la tormenta, el planeta sin primores ni sorpresas que acababa de pisar. Dio un paso para acercarle una silla a la muchacha y ayudarla a sentarse. Le sonrió para saludarla, le acarició el pelo y luego las manos, mientras descendía con lentitud hasta tocar su propio asiento con los pantalones grises, muy estrechos en las pantorrillas y en los tobillos. Con la misma sonrisa que

usaba para la muchacha y que le había enseñado a copiar, se volvió para llamar al mozo.

—Ya cayó una gota —dijo Guiñazú—. La lluvia estuvo amenazando desde la madrugada y va a empezar justo ahora. Va a borrar, a disolver esto que estábamos viendo y que casi empezábamos a aceptar. Nadie querrá creernos.

El hombre estuvo un rato con la cabeza vuelta hacia nosotros, mirándonos, tal vez. Con la onda oscura y lustrosa que le disminuía la frente, con el anómalo traje de franela gris donde el sastre había clavado una pequeña rosa dura, con su indolencia alerta y esperanzada, con una amistad por la vida más vieja que él.

—Pero, puede ser —insistió Guiñazú— que los demás habitantes de Santa María, los vean y sospechen, o por lo menos tengan miedo y odio, antes de que la lluvia termine por borrarlos. Puede ser que alguno pase y los sienta extraños, demasiado hermosos y felices y dé la voz de alarma.

Cuando llegó el mozo, demoraron en ponerse de acuerdo; el hombre acariciaba los brazos de la muchacha, proponiendo con paciencia, dueño del tiempo y repartiéndolo con ella. Se inclinó sobre la mesa para besarle los párpados.

—Ahora vamos a dejar de mirarlos —aconsejó Guiñazú.

Yo escuchaba la respiración del viejo Lanza, la tos que nacía de cada chupada al cigarrillo.

—Lo sensato es olvidarlos, no poder rendir cuentas a nadie.

Empezó el chaparrón y recordamos haber dejado de oír los truenos sobre el río. El hombre se quitó el saco y lo puso sobre la espalda de la muchacha, casi sin necesidad de movimientos, sin dejar de venerarla y decirle con la sonrisa que vivir es la única felicidad posible. Ella tironeó de las solapas y estuvo mirando divertida las rápidas manchas oscuras que se extendían por la camisa de seda amarilla que el hombre había introducido en el aguacero.

La luz de la U de Universal refulgía en la humedad de la rosita hierática y mezquina que dilataba el ojal del saco. Sin dejar de mirar a su marido —yo acababa de descubrir los anillos en las manos unidas sobre la mesa— ella torció la cabeza para rozar la flor con la nariz.

En el portal donde nos habíamos refugiado, el viejo Lanza dejó de toser y dijo una broma sobre el caballero de la rosa. Nos pusimos a reír, separados de la pareja por el estruendo de la lluvia, creyendo que la frase servía para definir al muchacho y que ya empezábamos a conocerlo.

después, cuando la pareja se instaló en Las Casuarinas.

Supimos que habían estado en el baile del Club Progreso, pero no quién los invitó. Alguno de nosotros estuvo mirando bailar a la muchacha toda la noche, diminuta y vestida de blanco, sin olvidar nunca, cuando se aproximaba al largo y oscurecido mostrador del bar donde su marido conversaba con los socios más viejos e importantes, sin olvidar sonreírle con un destello tan tierno, tan espontáneo y regular, que se hacía imposible no perdonarla.

En cuanto a él, lánguido y largo, lánguido y entusiasta, otra vez lánguido y con el privilegio de la ubicuidad, bailó solamente con las mujeres que podían hablarle — aunque no lo hicieran— de la incompreensión de los maridos y del egoísmo de los hijos, de otros bailes con valeses, one-steps y el pericón final, con limonadas y clericots aguados.

Bailó sólo con ellas y sólo aceptó inclinar unos segundos sobre hijas y solteras el alto cuerpo vestido de oscuro, la hermosa cabeza, la sonrisa sin pasado ni prevenciones, la confianza en la dicha inmortal. Y esto, con distracción cortés, y de paso. Ellas, las vírgenes y las jóvenes esposas sanmarianas —cuenta el observador—, las que de acuerdo al breve vocabulario femenino no habían empezado aún a vivir y las que habían dejado prematuramente de hacerlo y rumiaban desconcertadas el rencor y la estafa, parecían estar allí nada más que para darle, sin falta, un puente entre mujeres y hombres maduros, entre la pista de baile y los incómodos taburetes del bar en penumbra donde se bebía con lentitud y se hablaba de la lana y el trigo. Cuenta el observador.

Bailaron juntos la última pieza y mintieron tenaces y al unísono para librarse de las invitaciones a comer. Él se fue inclinando, paciente y contenido, sobre las manos viejas que oprimía sin atreverse a besar. Era joven, flaco, fuerte; era todo lo que se le ocurría ser y no cometió errores.

Durante la cena, nadie preguntó quiénes eran y quién los había invitado. Una mujer esperó un silencio para recordar el ramo de flores que había tenido la muchacha en el costado izquierdo del vestido blanco. La mujer habló con parsimonia, sin opinar, nombrando simplemente un ramo de flores de paraíso sujeto al vestido por un broche de oro. Arrancado tal vez de un árbol en cualquier calle solitaria o en el jardín de la pensión, de la pieza o del agujero en que estuvieron viviendo durante los días inmediatos al Victoria y que ninguno de nosotros logró descubrir.

Casi todas las noches, Lanza, Guiñazú y yo hablábamos de ellos en el Berna o en el Universal, cuando Lanza terminaba de corregir las pruebas del diario y se nos

acercaba rengueando, lento, bondadoso, moribundo y encima de las manchas de sol que habían caído sin viento de las tipas.

Era un verano húmedo y yo estaba por entonces al borde de la salvación, próximo a aceptar que había empezado la vejez; pero todavía no. Me juntaba con Guiñazú y hablábamos de la ciudad y de sus cambios, de testamentarías y de enfermedades, de sequías, de cuernos, de la pavorosa rapidez con que aumentaban los desconocidos. Yo esperaba la vejez, y acaso Guiñazú esperara la riqueza. Pero no hablábamos de la pareja antes de la hora variable en que Lanza salía de El Liberal. Llegaba rengo y más flaco, terminaba de toser y de insultar al regente y a toda la raza de los Malabia, pedía un café como aperitivo y refregaba el pañuelo mugriento en los anteojos. Por aquel tiempo yo miraba y oía más a Lanza que a Guiñazú, trataba de aprender a envejecer. Pero no servía; ésa y dos cosas más no pueden ser tomadas de otro.

Alguno, cualquiera de nosotros, mencionaba a la pareja, y los demás íbamos aportando lo que podíamos, sin preocuparnos de que fuera poco o mucha, como verdaderos amigos.

—Bailan, son bailarines, eso puede afirmarse, y no es posible decir otra cosa, si hemos jurado decir solamente verdades para descubrir o formar la verdad. Pero no hemos jurado nada. De modo que las mentiras que pueda acercar cada uno de nosotros, siempre que sean de primera mano y que coincidan con la verdad que los tres presentimos, serán útiles y bienvenidas. El Plaza ya no es lo bastante moderno y lujoso para ellos. Hablo de los forasteros en general, y me alegro de que sea así. En cuanto a éstos, vinieron por la balsa y fueron directamente al Victoria, dos piezas con baño y sin comida. Podemos imaginarlos abrazados en la borda —mirando con interés y desamor, defendiéndose de los peligros del desdén y el optimismo— desde que el barco empezó a empinarse sobre la correntada de mitad del río y viró hacia Santa María. Medían cada metro de los edificios de más de un piso, calculaban la extensión del campo de operaciones, preveían puntos débiles y emboscadas, valoraban la intensidad de uno de nuestros mediodías de verano. Ellos, él con el brazo izquierdo amparando casi la totalidad del cuerpo de la enana pensativa y ella mirando hacia nosotros como un niño pensativo, mordiendo los pétalos de las rosas que él había bajado a comprarle en el muelle de Salto. Ellos, después, rodando hacia el Victoria en el coche de modelo más nuevo que pudieron encontrar en la fila estrepitosa del embarcadero; seguidos una hora después por el carricoche cargado de valijas y un baúl. Traían una carta para el gordo, amanerado bisnieto de Latorre; y es forzoso que hayan sabido desde la tarde del primer día que nosotros no lo conocíamos, que no estábamos interesados, que tratábamos de olvidarlo y segregarlo del mito latorrista, construido con impaciencia, candor y malicia por los hombres nostálgicos y sin destino de tres generaciones. Supieron, en todo caso, que el bisnieto estaba en Europa.

—No importa —dijo él, con su rápida sonrisa exacta—. Es un lugar simpático, podemos quedarnos un tiempo.

De modo que se quedaron, pero ya no pudo ser en el Victoria. Dejaron las dos habitaciones con baño, se escondieron con éxito y sólo pudimos verlos en la comida única y nocturna en el Plaza, en el Berna o en los restaurantes de la costa, mucho más pintorescos y baratos. Así, una semana o diez días, hasta el baile en el Club Progreso. Y, en seguida, una pausa en la que los creímos perdidos para siempre, en la que describimos con algún ingenio su arribo a cualquier otra ciudad costera, confiados y un poco envanecidos, un poco displicentes por la monótona regularidad de los triunfos, para seguir representando La vida será siempre hermosa o la Farsa del amor perfecto. Pero nunca nos pusimos de acuerdo respecto al nombre del empresario, y me empeñé en oponer a todas las teorías soeces una interpretación teológica no más absurda que el final de esta historia. Terminó la pausa cuando supimos que estaban viviendo, o por lo menos dormían, en una de las casitas de techo rojo de la playa, una de la docena que había comprado Specht —por el precio que quiso, pero al contado— al viejo Petras, cuando se inició la parálisis del astillero y los melancólicos empezamos a decir que ninguna locomotora correría por los rieles que habían hecho medio camino, un cuarto y un cuarto, entre El Rosario y Puerto Astillero. Dormían en la casita de Villa Petras, de doce de la noche a nueve de la mañana. El chófer de Specht —Specht era entonces presidente del Club Progreso— los traía y los llevaba. Nunca pudimos saber dónde desayunaban; pero las otras tres comidas las hacían en la casa de Specht, frente a la plaza vieja, circular, o plaza Brausen, o plaza del Fundador. También se supo que nunca firmaron un contrato de alquiler por la casa en la playa. Specht no estaba interesado en hablar de sus huéspedes y tampoco en huir del tema. Confirmaba en el club:

—Sí, nos visitan todos los días. La distraen. Como no tenemos hijos.

Pensamos que la señora Specht, si quisiera hablar, podría darnos la clave de la pareja, sugerirnos definiciones y adjetivos. Los que inventábamos, no llegaban a convencernos. Eran, ella y él, demasiado jóvenes, temibles y felices para que el precio y el porvenir consistieran en los que se ofrece a los criados: casa, comida y algún dinero de bolsillo que la señora Specht les obligara a recibir sin que ellos lo pidieran.

Tal vez este período haya durado unos veinte días. Por aquel tiempo el verano fue alcanzado por el otoño, le permitió algunos cielos vidriados en el crepúsculo, mediodías silenciosos y rígidos, hojas planas y teñidas en las calles.

Durante aquellos veinte días, el muchacho y la pequeña llegaban a la ciudad todas las mañanas a las nueve, traídos por el coche de Specht desde la frescura de la playa hasta el estío rezagado en la plaza vieja. Podíamos verlos —yo no tuve dificultad— sonriendo al chófer, al olor a cuero del automóvil, a las calles y a su menguado trajín matinal; a los árboles de la plaza y a los que asomaban por encima de las tapias, a los hierros y los mármoles de la entrada de la casa, a la mucama y a la señora Specht. Sonriendo después, todo el día, la misma sonrisa de hermandad con el mundo, menos pura y convincente la de ella, con dimensiones y brillos apenas equivocados. Y, a

pesar de todo, siendo útiles desde la mañana hasta el regreso, inventándose tareas, remendando muebles, limpiando las teclas del piano, preparando en la cocina alguna de las recetas que él sabía de memoria o improvisaba. Y eran útiles, principalmente, modificando los vestidos y los arreglos de la señora Specht, celebrando después los cambios con admiraciones discretas y plausibles. Eran útiles alargando las veladas hasta el primer bostezo de Specht, coincidiendo con él en lugares comunes, desilusionados e inmortales, o limitándose a escuchar con avidez proezas autobiográficas. (Ella, no del todo, claro; ella susurrando en dúo con la señora Specht, la llana música de fondo —modas, compotas y desdichas— que conviene a los temas épicos de la charla masculina).

—No el caballero de la rosa —terminó por proponer Lanza— sino el chevalier servant. Dicho sin desprecio, probablemente. Eso se verá.

Se supo que Specht los echó sin violencia la mañana siguiente a una fiesta que dio en su casa. Como siempre, el chófer llegó aquel domingo a las nueve al chalet de la playa; pero en lugar de recogerlos entregó una carta, cuatro o cinco líneas definitivas y corteses escritas con la letra clara y sin prisas que se dibuja en las madrugadas. Los echó porque se habían emborrachado; porque encontró al muchacho abrazado a la señora Specht; porque le robaron un juego de cucharas de plata que tenían grabados los escudos de los cantones suizos; porque el vestido de la pequeña era indecente en un pecho y en una rodilla; porque al fin de la fiesta bailaron juntos como marineros, como cómicos, como negros, como prostitutas.

La última versión pudo hacerse verdadera para Lanza. Una madrugada, después del diario y del Berna, los vio en uno de los cafetines de la calle Caseros. Empezaba a terminar una noche caliente y húmeda, y la puerta del negocio estaba abierta, sin la cortina velluda, sin promesas ni trampas. Se detuvo para burlarse y encender un cigarrillo y los vio, solos en la pista, rodeados por la fascinación híbrida de la escasa gente que quedaba en las mesas, bailando cualquier cosa, un fragor, un vértigo, un prólogo del ayuntamiento.

Porque aquello tendría, estoy seguro, un nombre cualquiera que no pasa de eufemismo. Y tampoco aquello pasaba de danza tribal, de rito de esponsales, de las vueltas y las detenciones con que la novia rodea y liga al varón, de las ofertas que se interrumpen para irritar a la demanda. Sólo que aquí era ella la que se dejaba estar, un poco torpe, con los movimientos amarrados, frotando el suelo con los pies y sin despegarlos, haciendo oscilar el cuerpo diminuto y abundante, persiguiendo al hombre con su paciente sonrisa deslumbrada y con las palmas de las manos, que había alzado para protegerse y mendigar. Y era él quien bailaba alrededor, quebrándose de cintura al alejarse y venir, prometiendo y rectificando con la cara y con los pies. Bailaban así porque estaban los demás, pero bailaban sólo para ellos, en secreto, protegidos de toda intromisión. El muchacho tenía la camisa abierta hasta el ombligo; y todos nosotros podíamos verle la felicidad de estar sudando, un poco borracho y en trance, la felicidad de ser contemplado y de hacerse esperar.



Entonces, por primera vez y como estaba predicho, tuvieron que acercarse a nosotros. En mitad de una mañana el hombre llegó al estudio de Guiñazú, recién bañado y oliendo a colonia, envolviéndose los dedos con un billete de cincuenta pesos doblado a lo largo.

—No puedo pagar más, por lo menos al contado. Dígame si alcanza como precio de una consulta.

«Lo hice sentar mientras pensaba en ustedes, inseguro de que fuera él. Me recosté en el sillón y le ofrecí un café, sin contestarle, exigiéndole permiso para firmar unos escritos. Pero cuando sentí que mi antipatía sin causa no podía sostenerse y que la iban sustituyendo la curiosidad y una forma casi impersonal de la envidia; cuando admití que lo que cualquiera hubiera llamado insolencia o descaró podía ser otra cosa, extraordinaria y casi mágica por lo rara, comprendí sin dudas que mi visitante era el tipo de la camisa amarilla y la rosita en el ojal que habíamos visto aquella noche de lluvia en la vereda del Universal. Quiero decir, aunque me empecine en la antipatía: un hombre congénitamente convencido de que lo único que importa es estar vivo y, en consecuencia, convencido de que cualquier cosa que le toque vivir es importante y buena y digna de ser sentida. Le dije que sí, que por cincuenta pesos, tarifa de amigo, podía decirle, con aproximación de meses, qué pena estaba autorizado a esperar de códigos, fiscales y jueces. Y qué podía intentarse para que la pena no se cumpliera. Quería escucharlo y quería, sobre todo, sacarle el billete verde que enredaba distraído en los dedos como si estuviera seguro de que conmigo bastaba mostrarlo.

»Desplegó por fin el billete y lo puso encima del escritorio; lo guardé en mi cartera y hablamos un minuto de Santa María, panoramas y clima. Me contó una historia sobre la carta que había traído para Latorre y me preguntó si le era posible quedarse a vivir en el chalet de la playa —él y ella, claro, tan joven y esperando un niño— a pesar del distanciamiento con Specht, a pesar de que no existía otra cosa que lo que él llamaba un contrato verbal de alquiler. Lo pensé un rato y elegí decirle que sí; le expliqué lentamente cuáles eran sus derechos, citando números y fechas de leyes, anécdotas que sentaban jurisprudencia. Aconsejé depositar en el juzgado una suma razonable en concepto de alquiler y emplazar a Specht para el perfeccionamiento del contrato existente, verbal y de hecho.

»Vi que estas palabras le gustaban; movía la cabeza asintiendo, con una media sonrisa placentera, como si escuchara una música preferida, distante, bien ejecutada. Me pidió, acusándose por no haber entendido, que le repitiera una o dos frases. Pero nada más, no exhibió ningún verdadero entusiasmo o alivio, desgraciadamente. Porque cuando di por terminada la pausa y le dije con voz soñolienta que todo lo anterior correspondía fielmente a la teoría de derecho aplicable al caso, pero que, en la sucia práctica sanmariana, sería suficiente que Specht hablara por teléfono con el

jefe del Destacamento para que él y la joven señora que esperaba un niño fueran trasladados desde el chalet a un punto cualquiera situado a dos leguas del límite de la ciudad, se puso a reír y me miró como si yo fuera su amigo y acabara de hacer una broma memorable. Parecía tan entusiasmado, que saqué la cartera para devolverle los cincuenta pesos. Pero no cayó en la trampa. Extrajo del bolsillo delantero del pantalón un relojito de oro que en algún tiempo se había llamado chatelaine, lamentó tener compromisos y la inseguridad de que aquella charla de negocios pudiera convertirse algún día en el diálogo de la verdadera amistad. Le apreté la mano con fuerza, sospechando que estaba en deuda con él por cosas de mayor importancia que los cincuenta pesos que acababa de estafarle».

## 5

Entonces desaparecieron, fueron vistos mezclados con viajeros en los sábados del Club Comercial, otra vez no se supo de ellos, y surgieron de golpe, instalados en Las Casuarinas.

Muy cerca de nosotros y del escándalo, esta vez. Porque Guñazú era abogado de doña Mina Fraga, la dueña de Las Casuarinas; yo la visitaba cuando el doctor Ramírez no estaba en Santa María, y Lanza había terminado de pulir, el invierno anterior, una pieza necrológica titulada Doña Herminia Fraga, de siete exactos centímetros de columna, quejosa aunque ambigua y que aludía principalmente a las virtudes colonizadoras del difundo padre de doña Mina.

Cerca del escándalo porque doña Mina, entre la pubertad y los veinte años, se había escapado tres veces. Se fue con un peón de estancia y la trajo el viejo Fraga a rebencazos, según la leyenda, que agrega la muerte del seductor, su entierro furtivo y un acuerdo económico con el comisario de 1911. Se fue, no con, sino detrás del mago de un circo que era apropiadamente feliz con su vocación y su mujer. La trajo la policía, a instancias del mago. Se fue, en los días de la casi revolución del 16, con un vendedor de medicinas para animales, un hombre bigotudo, afectado y resuelto que había hecho buenos negocios con el viejo Fraga. Esta fue la más larga de sus ausencias y volvió sin ser llamada ni traída. En esta época Fraga estaba terminando Las Casuarinas, un caserón en la ciudad, para dote de su hija o porque estaba harto de vivir en la estancia. Se habló entonces de una crisis religiosa de la muchacha, de su entrada en un convento y de un cura inverosímil que se negó a propiciar el plan porque no creía en la sinceridad de doña Mina. Lo cierto es que Fraga, que recordaba sin jactancia no haber pisado nunca una iglesia, hizo levantar una capilla en Las Casuarinas antes de que estuviera terminada la casa. Y cuando murió Fraga la muchacha arrendó a los precios más altos posibles la estancia y todos los campos

heredados, se instaló en Las Casuarinas y convirtió la capilla en habitaciones para huéspedes o jardineros. Durante cuarenta años, fue pasando de un nombre a otro, de Herminia a doña Herminita y a doña Mina. Terminó en la vejez, en la soledad y en la arterioesclerosis, ni vencida ni añorante.

Allí estaban, entonces, los amantes caídos sobre nosotros desde el cielo de una tarde de tormenta. Instalados como para siempre en la capilla de Las Casuarinas, repitiendo ahora, día y noche, en condiciones ideales respecto a decorados, público y taquilla, la obra cuyo ensayo general habían hecho en casa de Specht.

Las Casuarinas, está bastante alejada de la ciudad, hacia el norte, sobre el camino que lleva a la costa. Allí los vio Ferragut, el escribano asociado con Guiñazú, una mañana de domingo. A los tres y al perro.

—Había estado lloviendo en la madrugada; un par de horas de agua y viento. De manera que a las nueve el aire estaba limpio y la tierra un poco húmeda, retinta y olorosa. Dejé el coche en la parte alta del camino y los vi casi en seguida, como en un cuadro pequeño, de esos de marco ancho y dorado, inmóviles, y sorprendentes, mientras yo iba bajando hacia ellos. Él en último plano, con un traje azul de jardinero, hecho de medida, juraría; arrodillado frente a un rosal, mirándolo sin tocarlo, haciendo sonrisas de probada eficacia contra hormigas y pulgones; rodeado, en beneficio del autor del cuadro, por los atributos de su condición: la pala, el rastrillo, la tijera, la máquina de cortar pasto. La muchacha estaba sentada sobre una colchoneta de jardín, con un sombrero de paja que casi le tocaba los hombros, con una gran barriga en punta, las piernas a la turca cubiertas por una amplia pollera de colores, leyendo una revista. Y junto a ella, en un sillón de mimbre con toldo, doña Mina sonreía a la gloria matutina de Dios, el asqueroso perro lanudo en la falda. Todos estaban en paz y eran graciosos; cada uno cumplía con inocencia su papel en el recién creado paraíso de Las Casuarinas. Me detuve intimidado en el portoncito de madera, sabiéndome indigno e intruso; pero la vieja me había hecho llamar y ya estaba moviendo una mano y arrugando la cara para distinguirme. Estaba disfrazada con un vestido sin mangas, abierto sobre el pecho. Me presentó a la muchacha —«una hijita»—, y cuando el tipo terminó de amenazar a las hormigas y vino balanceándose y armando la sonrisa, doña Mina se puso a reír, remilgada, como si le hubiera dicho una galantería lúbrica. Ricardo era el nombre del tipo. Había estado arañando la tierra hasta ensuciarse las uñas y ahora se las miraba preocupado pero sin perder la confianza: «Vamos a salvar casi todo, doña Mina. Como le había dicho, los plantaron demasiado juntos. Pero no importa». No importaba, todo era fácil; resucitar rosales secos o cambiar agua en vino.

—Perdón —dijo Guiñazú—. ¿Sabía, él, que eras el escribano, que la vieja te había llamado, que existe una cosa llamada testamento?

—Sabía, estoy seguro. Pero tampoco esto importaba.

—Él sí, debe estar seguro.

—Y cuando la vieja le pasó el perro agónico y legañoso a la muchacha que

continuaba apoyando las nalgas en los talones y manoteó a ciegas el bastón para levantarse e ir conmigo hacia la casa, el tipo dio un salto y quedó inclinado junto a ella para ofrecerle el brazo. Iban adelante, muy lento; él le explicaba, a medida que la iba inventando, la idiosincrasia del desconocido que había plantado los rosales; ella se detenía a reír, para pellizcarle, para golpearse los ojos con un pañuelito. En el escritorio el tipo me la entregó sentada y pidió permiso para seguir conversando con las hormigas.

—Bueno —tanteó Guiñazú, jugando con un vaso—. Tal vez Santa María tenga razón al condenar lo que está pasando en Las Casuarinas. Pero si el dinero, en lugar de ir a cualquier pariente del campo, les cae al jardinero amateur y a la dama de compañía y al niño que no acaba de nacer... ¿Cuánto puede vivir la vieja? —me preguntó.

—No se puede decir. De dos horas a cinco años, pienso. Desde que tiene huéspedes abandonó el régimen de comidas. Para bien o para mal.

—Sí —continuó Guiñazú—, ellos pueden ayudarla. —Se volvió hacia Ferragut:

—¿Tiene mucho dinero? ¿Cuánto?

—Tiene mucho dinero —dijo Ferragut.

—Gracias. ¿Modificó ese domingo el testamento?

—Me confesó, porque me estuvo hablando todo el tiempo en tono de confesión, que era la primera vez en su vida que se sentía querida de verdad. Que la enana preñada era más buena con ella que toda verdadera hija imaginable, que el tipo era el mejor, más fino y comprensivo de los hombres y que si la muerte venía ahora a buscarla, tendría, ella, doña Mina, la felicidad de saber que el repugnante perro incontinente quedaría en buenas manos.

Lanza empezó a reír convulsivamente atorándose con sonidos tristes. Nos miró las caras y encendió un cigarrillo.

—Tenemos poco de que alimentarnos —dijo—. Y todo se declara valioso. Pero ésta es una vieja historia. Sólo que rara vez, por lo que sé, se ha dado de manera tan perfecta. De modo que en el testamento anterior, dígame usted, dejaba la fortuna a curas o parientes.

—A parientes. Y esa mañana modificó el testamento.

—Y esa mañana modificó el testamento —repitió Ferragut.

## 6

Vivían en Las Casuarinas, desterrados de Santa María y del mundo. Pero algunos días, una o dos veces por semana llegaban a la ciudad, de compras, en el inseguro Chevrolet de la vieja.

Los pobladores antiguos podíamos evocar entonces la remota y breve existencia del prostíbulo, los paseos que habían dado las mujeres los lunes. A pesar de los años, de las modas y de la demografía, los habitantes de la ciudad continuaban siendo los mismos. Tímidos y engreídos, obligados a juzgar para ayudarse, juzgando siempre por envidia o miedo. (Lo importante a decir de esta gente es que está desprovista de espontaneidad y de alegría; que sólo puede producir amigos tibios, borrachos inamistosos, mujeres que persiguen la seguridad y son idénticas e intercambiables como mellizas, hombres estafados y solitarios. Hablo de los sanmarianos; tal vez los viajeros hayan comprobado que la fraternidad humana es, en las coincidencias miserables, una verdad asombrosa y decepcionante).

Pero el desprecio indeciso con que los habitantes miraban a la pareja que recorría una o dos veces por semana la ciudad barrida y progresista era de esencia distinta a la del desprecio que habían usado años atrás para medir los pasos, las detenciones y las vueltas de las dos o tres mujeres de la casita en la costa que jugaron a ir de compras en las tardes del lunes de algunos meses. Porque todos sabíamos un par de cosas del muchacho lánguido y sonreidor y de la mujer en miniatura que había aprendido a equilibrar sobre los altos tacos la barriga creciente, que avanzaba por las calles del centro, no demasiado lenta, echada hacia atrás, apoyada con la nuca en la mano abierta de su marido. Sabíamos que estaban viviendo del dinero de doña Mina; y quedó establecido que, en este caso, el pecado era más sucio e imperdonable. Tal vez porque se trataba de una pareja y no sólo de un hombre, o porque el hombre era demasiado joven, o porque ellos dos nos eran simpáticos y demostraban no enterarse.

Pero también sabíamos que el testamento de doña Mina había sido modificado; de manera que, al mirarlos pasar, agregábamos al desdén una tímida y calculada oferta de amistad, de comprensión y tolerancia. Ya se vería qué, cuando fuera necesario.

Lo que se vio en seguida fue la fiesta de cumpleaños de doña Mina. Por nosotros la vio Guiñazú.

Dijeron —y lo decían mujeres viejas y ricas, que fueron invitadas y dieron excusas— que a doña Mina le era imposible cumplir años en marzo. Hasta ofrecieron mostrar fotografías verdosas, imágenes conservadas de la infancia respetable de doña Mina, donde ella debía estar ocupando el centro, la única niña sin sombrero, en el jardín inconcluso de Las Casuarinas, en su fiesta de cumpleaños, entre niñas con bonetes peludos, con abrigos de solapas, cuellos y alamares de pieles.

Pero no mostraron las fotografías ni fueron. A pesar de que el muchacho lo había prometido o, por lo menos, hizo todo lo posible. Mandó hacer unas invitaciones en papel blando amarillo con letras negras en relieve. (Lanza corrigió las pruebas). Durante tres o cuatro días recorrieron las calles de la ciudad y los caminos de las quintas en un tálburi misteriosamente desenterrado. Con llantas de gomas nuevas, recién pintado de verde oscuro y de negro débil, con un gigantesco caballo de estatua, gordo, asmático, un animal de arado o de noria que ahora arrastraba a la pareja, enfurecido, babeante y al borde del síncope. Y ellos pasaban con uniforme de

repartidores de invitaciones, erguidos sin dureza detrás de la rotunda grupa de la bestia, con sus gemelas, distraídas sonrisas, con el látigo inútil.

—Pero no consiguieron nada, o muy poco —nos contó Guiñazú—. Tal vez, se me ocurre, si él hubiera podido hacerse ver y escuchar por cada una de las viejas a cuya casa iba a mendigar... La verdad es que aquel sábado no lograron atraer a nadie, hombre o mujer, con derecho indiscutible a ser nombrado en las columnas sociales de El Liberal. Llegué más cerca de las nueve que de las ocho y ya había gente con botellas afincada en la oscuridad del jardín. Subí la escalinata sin ganas, o con ganas de terminar pronto con todo aquello, respirando la ternura de la leña quemada en algún sitio próximo, escuchando la música que venía desde adentro, la música noble, adelgazada y orgullosa que no había sido hecha ni sonaba para mí ni para ninguno de los habitantes de la casa o del jardín.

En el vestíbulo oscuro una pardita con delantal y cofia se alzó frente al montón de sombreros y abrigos de mujeres. Pensé que la hubieran disfrazado y puesto allí para anunciar en voz alta a los visitantes.

Primero, por casualidad, porque él estaba cerca de la cortina de pana y naftalina, vi al tipo, al muchacho, al hombre de la rosita en el ojal. Después crucé entre la morralla endomingada y fui a saludar a doña Mina. Cabía mal en el sillón de patas retorcidas, recién tapizado; no dejó de acariciar el hocico del perro hediondo. Tenía encajes en las manos y en el escote. Le dije dos cumplidos y retrocedí un paso; entonces vi rápidamente los ojos, los de ella y los de la enana perfecta, sentada en la alfombra, la cabeza apoyada en el sillón. Los de la preñada tenían una expresión de dulzura estúpida, de felicidad física incommovible.

Los ojos de la vieja me miraban contándome algo, seguros de que yo no era capaz de descubrir de qué se trataba; burlándose de mi incompreensión y también, anticipadamente, de lo que pudiera comprender equivocándome. Los ojos, estableciendo por un instante conmigo una complicidad despectiva. Como si yo fuera un niño; como si se desnudara frente a un ciego. Los ojos todavía brillantes, sin renuncia, acorralados por el tiempo, chispeando un segundo su impersonal revancha entre las arrugas y los colgajos.

El muchacho de la rosa estuvo poniendo discos durante media hora más. Cuando estuvo harto o se sintió seguro, fue a buscar a la enana encinta, la alzó y empezaron a bailar en medio de la sala, rodeados por el espontáneo retroceso de los demás, decididos a vivir, a soportar con alegría, a prescindir de esperanzas concretas. Él balanceándose con pereza, entreverando los pies en la alfombra vinosa y chafada; ella aún más lenta, milagrosamente no alterada de veras por la enorme barriga que iba creciendo a cada vuelta de la danza sabida de memoria, que podía bailar sin errores, sorda y ciega.

Y nada más hasta el fin, hasta la construcción exasperada del monumento vegetal que da interés a esta historia y la despoja de sentido. Nada realmente importante hasta la pira multicolor y jugosa, abrumadora, de intención desconocida, quemada en tres

días por la escarcha de mayo.

Lanza y Guiñazú habían visto mucho más, habían estado, en dos o tres ocasiones, más próximos que yo al corazón engañoso del asunto. Pero a mí me tocó el inservible desquite de ir a Las Casuarinas a las tres de la mañana; de que el muchacho viniera a buscarme con el gigantesco caballo jadeante en la noche azul y fría; de que me ayudara a abrigarme con una distraída cortesía desprovista de ofensa; de que me anticipara en el camino —mientras insultaba cariñosamente al caballo e iba exagerando la atención a las riendas— el final que habíamos estado previendo y acaso deseando, por la simple necesidad de que pasen cosas.

Las ancas del caballo resoplante, moviéndose acompasadas bajo la luna, el ruido ahuecado del trote, dispuesto a llevarme a cualquier lado. El muchacho iba mirando el camino desierto con la esperanza de descubrir peligros u obstáculos, las manos protegidas por gruesos guantes viejos, innecesariamente alejadas del cuerpo.

—La muerte —dijo.

Le miré los dientes rabiosos; la nariz demasiado bien hecha; la expresión adecuada a la noche de otoño, al frío que atravesábamos, a mí, a lo que él suponía encontrar en la casa.

—De acuerdo. Pero no el miedo, ni el respeto, ni el misterio. El asco, la indignación por una injusticia definitiva que hace, a la vez, que todas las anteriores injusticias no importen y se conviertan en imperdonables. Estábamos durmiendo y nos despertó el timbre; yo le había puesto un timbre al lado de la cama. Trataba de sonreír y todo parecía ir bien por su voluntad y con su permiso, como siempre. Pero estoy seguro de que no nos veía, esperando con toda la cara un ruido, una voz. Enderezada encima de las almohadas, deseando oír algo que no podíamos decirle nosotros. Y como la voz no llegaba, empezó a mover la cabeza, a inventarse un idioma desconocido para hablar con cualquier otro, tan velozmente que era imposible que la entendieran, anticipándose a las respuestas, defendiéndose de ser interrumpida. Personalmente, creo que estaba disputándose algo con una amiga de la juventud. Y después de unos diez minutos de murmullo vertiginoso se hizo indudable que la amiga, una niña casi, estaba siendo derrotada y que ella, doña Mina, iba a quedarse para siempre con el atardecer glicinoso y jazminoso, con el hombre de párpados lentos, rizado, un bastoncito de Jacaranda en la axila. Por lo menos, fue eso lo que entendí y sigo creyéndolo. La rodeamos de botellas con agua caliente, le hicimos tomar las píldoras, até el caballo y me vine a buscarlo. Pero era la muerte. Usted no puede hacer otra cosa que firmar el certificado y pedir mañana la autopsia. Porque toda Santa María está condenada a pensar que yo la envenené, o que nosotros, mi mujer, el feto y yo, la envenenamos para heredarla. Pero, por suerte, como usted comprobará cuando le abra los intestinos, la vida es mucho más complicada.

La mujercita, vestida de luto, como si hubiera traído las flamantes ropas negras en sus valijas en previsión de aquella noche, había encendido velas junto a la cabeza desconcertada de doña Mina, había desparramado unas cuantas violetas prematuras y

pálidas sobre los pies de la cama y nos esperaba de espaldas y arrodillada, con la cara entre las manos y encima de la colcha blanca y barata, traída tal vez del cuarto de la sirvienta.

Continuaron viviendo en la casa y, como decía Lanza en el Berna espiando la cara de Guiñazú —más fina por aquellos días, más taimada y profesional— nadie podría echarlos mientras no se abriera el testamento y quedara demostrado que existía alguien con derecho a echarlos, o que era de ellos el derecho a marcharse luego de haber vendido. Guiñazú le daba la razón y sonreía.

—No hay apuro. Como albacea, puedo esperar tres meses para llevar el testamento al juzgado. Salvo que aparezca algún pariente con pretensiones razonables. Entretanto, ellos siguen viviendo en la casa; y son de esa rara gente que queda bien en cualquier parte, que mejora o da sentido a los lugares. Todos estamos de acuerdo. Los he visto bajar de compras cada semana, como siempre, y hasta pude averiguar cómo se las arreglan para seguir comprando. Pero no hablé con ellos. Y no hay motivo para apurarse. Es probable que hayan tomado por su cuenta la sala grande de Las Casuarinas y la estén convirtiendo en museo para perpetuar la memoria de doña Mina. Según creo, disponen de vestidos, sombreros, parasoles y botinas suficientes para ilustrar esa vida prócer desde la guerra del Paraguay a nuestros días. Y tal vez hayan descubierto paquetes de cartas, daguerrotipos y bigoterías, píldoras para desarrollar el busto, una lapicera de marfil labrado y ampollas de afrodisíaco. Con esos elementos, si saben usarlos, lograrán que cualquier visitante del museo pueda reconstruir fácilmente la personalidad de doña Mina, para orgullo de todos nosotros, constreñidos por la historia a la pobreza de un solo héroe, Brausen el Fundador. Nada nos apura.

(Pero yo sospechaba que lo estaba apurando el deseo, la impura esperanza de que el muchacho de la rosa volviera a visitar la escribanía para pedir la apertura del testamento o la sucesión. Que lo estaba esperando para desquitarse del confuso encanto que le impuso el muchacho la mañana en que fue a visitarlo y le pagó cincuenta pesos por nada).

—Nada nos apura —seguía Guiñazú—; y por el momento, en apariencia, nada los apura a ellos. Porque, para los sanmarianos, la maldición tácita que exiló de nuestras colectivas inmundicias hace medio siglo la inmundicia personal de doña Mina, quedó sin efecto y sin causa a partir de la noche del velorio. Desde entonces, después del duelo, los más discretos de nosotros, los chacareros y los comerciantes voluntariosos, y hasta las familias que descienden de la primera inmigración, empezaron a querer a la pareja sin trabas, con todas las ganas que tenían de quererla. Empezaron a ofrecerle sus casas y créditos ilimitados. Especulando con el testamento, claro, haciendo prudentes o audaces inversiones de prestigios y mercaderías, apostando a favor de la pareja. Pero, además, insisto, haciendo todo esto con amor. Y ellos, los bailarines, el caballero de la rosa y la virgen encinta que vino de Liliput, demuestran estar a la altura exacta de esta pleamar de cariño, indulgencia y adulaciones que alza la ciudad



para atraerlos. Compran lo imprescindible para comer y ser felices, compran lana blanca para el niño y galletas especiales para el perro. Agradecen las invitaciones y no pueden aceptarlas porque están de luto. Los imagino de noche en la sala grande, sin nadie para quien bailar, cerca del fuego y rodeados por las primeras piezas desordenadas del museo. A cambio de escucharlos, le devolvería con gusto al tipo los cincuenta pesos de los honorarios y pondría otro billete encima. A cambio de escucharlos, de saber quiénes son, de saber quiénes y cómo somos nosotros para ellos. Guiñazú no nos dijo una palabra sobre el testamento, sobre las modificaciones dictadas por la vieja a Ferragut, hasta que llegó el momento exacto en que tuvo ganas de hacerlo. Tal vez se haya cansado de esperar la visita del muchacho, la confesión tácita que lo autorizaría a juzgarlo.

Tuvo ganas de hacerlo un mediodía caluroso de otoño. Almorzó con nosotros, puso sobre el antepecho de la ventana del Berna el portafolio castaño que había comprado antes de recibirse y está siempre flamante, como hecho con el cuero de un animal joven y aún vivo, sin huellas de litigios, corredores de tribunales, suciedades transportadas. Lo cubrió con el sombrero y nos dijo que llevaba el testamento para depositarlo en el juzgado.

—Y que se cumpla la justicia de los hombres —rió.

Gasté mucho tiempo, me distraje imaginando las cláusulas que podría haber dictado la justicia divina. Tratando de adivinar cómo sería este testamento si lo hubiera ordenado Dios en lugar —de doña Mina. Pero cuando pensamos a Dios nos pensamos a nosotros mismos. Y el Dios que yo puedo pensar— insisto en que dediqué mucho tiempo al problema —no hubiera hecho mejor las cosas, según se verá muy pronto.

Lo vimos caminar hacia la plaza y cruzarla apresurado, alto y sin inclinar los hombros, con el portafolio colgado de dos dedos, seguro de lo que estaba haciendo bajo el sol amarillento y fuerte, seguro de que llevaba al juzgado, para nosotros, para toda la ciudad, lo mejor, lo que habíamos logrado merecer.

Empezamos a saberlo al día siguiente, muy temprano. Supimos que Guiñazú estuvo tomando café y coñac con el juez, por un rato hablaron poco y se estuvieron mirando, graves y suspirantes, como si doña Mina acabara de morir y como si aquella muerte les importara. El juez, Canabal, era un hombre corpulento, de ojos fríos y abultados, un poco gangoso y al que yo, exagerando, le había prohibido beber alcohol desde fines de año. Movié encima del testamento la pesada cabeza, desolándose a medida que volteaba las páginas con un solo dedo experto. Después se levantó bufando y acompañó a Guiñazú hasta la puerta.

—Si también se pierde esta cosecha nos vamos a divertir —dijo uno de los dos.

—Y ahora que le están casi regalando el trigo al Brasil —dijo el otro.

Pero antes de que se cerrara la puerta Canabal empezó a reírse, con una risa sin prólogo, hecha toda con carcajadas maduras.

—¡El perro! —gritaba—. La frase en que habla, la muy curtida y cínica, del amor

y del perro. ¡Cómo me gustaría verles las caras! Y creo que se las voy a ver en este mismo despacho. Creían tenerla en la bolsa y ahora... ¡el perro y quinientos pesos!

Guiñazú volvió a entrar en la habitación y sonrió en silencio. Canabal se limpiaba la cara con un pañuelo enlutado.

—Perdone —resopló—, pero en toda mi vida, ni de picapleitos, conocí algo tan cómico. El perro y quinientos pesos.

—Yo pensé lo mismo —dijo Guiñazú con tolerancia—. Y también Ferragut está impaciente por verles las caras. Y es cierto que el asunto me pareció cómico —continuó sonriendo hasta llegar a la ventana abierta sobre la calle angosta y rectilínea, embellecida por la humedad y el sol amarillo, sobre la música crapulosa e infantil que trepaba desde el negocio de radios y discos—. Pero si tenemos en cuenta que la difunta deja una fortuna...

—Por eso mismo —dijo Canabal y volvió a reírse.

—Una fortuna a unas primas y sobrinas que tal vez no la hayan visto nunca y que seguramente la odiaban, y varias decenas de miles a gente que nadie sabe quién es y que habrá que perseguir con edictos por todo el país... Si tenemos en cuenta, señor juez, que la pareja la estuvo cuidando y la hizo feliz durante meses, y que ella estaba segura —como lo estamos nosotros, sin más prueba que la emporcadora experiencia— de que la pareja confiaba heredarla. Si admitimos que la vieja pensaba en esto cuando lo llamó a Ferragut para determinar que el muchacho, la enanita y el feto recibirán en pago de lo anteriormente expuesto quinientos pesos para situarse de por vida al margen de toda dificultad económica...

—Pero Guiñazú... —dijo el juez, oliendo el perfume seco y triste de su pañuelo—. Si justamente por eso me reía, hombre. Ahí está la gracia: en la reunión de todas las cosas que acaba de enumerar.

«No tiene color en los ojos, pensó Guiñazú. Sólo tiene brillo y convexidad; podría pasarse horas mirando, sin pestañear, con una hojita de rosa pegada en la córnea».

—Pero ya no me hace gracia —siguió Guiñazú—. La historia es demasiado cómica, monstruosamente cómica. Entonces, terminé por tomarla en serio, por desconfiar de lo que parece obvio. Por ejemplo, para despedirme, piense en el perro; dígame mañana por qué se lo dejó a él y no a las primas millonarias.

Cerró teatralmente la puerta y escuchó casi en seguida carcajadas de Canabal, las preguntas babeantes que se hacía en voz alta para seguir riendo.

Supimos también que Guiñazú —que había dejado de encontrarnos en el café y el Berna— visitó Las Casuarinas al día siguiente. Supimos que tomó el té en el jardín con la pareja, que inspeccionó las defensas de arpillera y lata contra heladas y hormigas desplegadas en las estacas de los rosales.

Supimos, cuando Guiñazú quiso hablar, cuando llegó el invierno y Las Casuarinas quedó desierta y los habitantes de Santa María olvidaban el frío y la granizada para comentar la historia equívoca e inmortal del testamento, supimos que en aquella tarde húmeda de otoño, Guiñazú anticipó la entrega legal del perro

moribundo y diarreico, y de cinco billetes de cien pesos.

Pero, en realidad, estábamos obligados a sospechar desde mucho antes, que Guiñazú había dado el perro y el dinero. Tuvimos que suponerlo en la misma celosa mañana del domingo en que alguien vino a contarnos que la enana se había acomodado para esperar, entre pilas de valijas y cajas redondas de sombreros, despatarrada para dar cabida al feto de once meses y al lanudo perro legañoso, en la escalinata del puerto, frente al amarradero de la balsa.

La doble entrega tenía que ser sabida desde el momento en que otro vino a contarnos que el muchacho, desde el alba de aquel mismo día, en el pescante inseguro del coche de Las Casuarinas, golpeando porque sí al caballo, anduvo recorriendo las quintas y comprando flores. No tenía preferencias, pagaba del cinturón sin discutir, acomodaba los ramos debajo de la capota, decía que sí a un vaso de viñeta y trepaba de nuevo al pescante. Entró y salió de los caminos de tierra, se detuvo para abrir y cerrar porteras, obligó al animal a galopar bajo el círculo imperfecto de la luna, entre perros flacos, moteados e invisibles, enfrentó faroles y desconfianzas, llegó a sentirse débil y sin un peso, hambriento y con sueño, privado de la fe inicial y de la memoria de cualquier propósito.

Era de mañana cuando el caballo se detuvo cabeceando junto a la pared del cementerio. El muchacho apartó las manos de las rodillas para protegerse del olor asqueante de los kilos de flores que oprimía la capota y estuvo pensando en mujeres, muertes y madrugadas, mientras esperaba los campanazos de la capilla que abrirían la puerta del cementerio.

Tal vez haya sobornado al guardián, con sonrisas o con promesas, con el cansancio y la desesperación obcecada de su cuerpo y de su cara, más vieja y narigona. O acaso el guardián haya sentido lo que nosotros —Lanza, Guiñazú y yo— creíamos saber: que mueren jóvenes, los que aman demasiado a los dioses. Debe haberlo olido, indeciso, despistado un momento por el perfume de las flores. Debe haberlo tocado con su bastón hasta reconocerlo y tratarlo como a un amigo, como a un huésped.

Porque le dejaron entrar el coche, guiarlo tironeando de la quijada humeante del caballo hasta el panteón encolumnado, con un ángel negro de alas quebradas y con fechas y exclamaciones metálicas.

Porque lo vieron de pie y de rodillas en el pescante, y luego de pie sobre la tierra gorda, negra y siempre húmeda, sobre el pasto irregular e impetuoso, braceando sin pausas, jadeando por la mueca resuelta y fatigada que le descubría los dientes, para trasladar al voleo las flores recién cortadas, del coche a la tumba, un montón y otro, sin perdonar ni un pétalo ni una hoja, hasta devolver los quinientos pesos, hasta levantar la montaña insolente y desapareja que expresaba para él y para la muerta lo que nosotros no pudimos saber nunca con certeza.

## El infierno tan temido

La primera carta, la primera fotografía, le llegó al diario entre la medianoche y el cierre. Estaba golpeando la máquina, un poco hambriento, un poco enfermo por el café y el tabaco, entregado con familiar felicidad a la marcha de la frase y a la aparición dócil de las palabras. Estaba escribiendo «Cabe destacar que los señores comisarios nada vieron de sospechoso y ni siquiera de poco común en el triunfo consagratorio de Play Roy, que supo sacar partido de la cancha de invierno, dominar como saeta en la instancia decisiva», cuando vio la mano roja y manchada de tinta de Partidarias entre su cara y la máquina, ofreciéndole el sobre.

—Ésta es para vos. Siempre entreveran la correspondencia. Ni una maldita citación de los clubs, después vienen a llorar, cuando se acercan las elecciones ningún espacio les parece bastante. Y ya es medianoche y decime con qué querés que llene la columna.

El sobre decía su nombre, Sección Carreras. El Liberal. Lo único extraño era el par de estampillas verdes y el sello de Bahía. Terminó el artículo cuando subían del taller para reclamárselo. Estaba débil y contento, casi solo en el excesivo espacio de la redacción, pensando en la última frase: «Volvemos a afirmarlo, con la objetividad que desde hace años ponemos en todas nuestras aseveraciones. Nos debemos al público aficionado». El negro, en el fondo, revolvía sobres del archivo y la madura mujer de Sociales se quitaba lentamente los guantes en su cabina de vidrio, cuando Risso abrió descuidado el sobre.

Traía una foto, tamaño postal; era una foto parda, escasa de luz, en la que el odio y la sordidez se acrecentaban en los márgenes sombríos, formando gruesas franjas indecisas, como en relieve, como gotas de sudor rodeando una cara angustiada. Vio por sorpresa, no terminó de comprender, supo que iba a ofrecer cualquier cosa por olvidar lo que había visto.

Guardó la fotografía en un bolsillo y se fue poniendo el sobretodo mientras Sociales salía fumando de su garita de vidrio con un abanico de papeles en la mano.

—Hola —dijo ella—, ya me ve, a estas horas recién termina el sarao.

Risso la miraba desde arriba. El pelo claro, teñido, las arrugas del cuello, la papada que caía redonda y puntiaguda como un pequeño vientre, las diminutas, excesivas alegrías que le adornaban las ropas. «Es una mujer, también ella. Ahora le miro el pañuelo rojo en la garganta, las uñas violentas en los dedos viejos y sucios de tabaco, los anillos y pulseras, el vestido que le dio en pago un modisto y no un

amante, los tacos interminables tal vez torcidos, la curva triste de la boca, el entusiasmo casi frenético que le impone a las sonrisas. Todo va a ser más fácil si me convengo de que también ella es una mujer».

—Parece una cosa hecha por gusto, planeada. Cuando yo llego usted se va, como si siempre me estuviera disparando. Hace un frío de polo afuera. Me dejan el material como me habían prometido, pero ni siquiera un nombre, un epígrafe. Adivine, equivoquese, publique un disparate fantástico. No conozco más nombres que el de los contrayentes y gracias a Dios. Abundancia y mal gusto, eso es lo que había. Agasajaron a sus amistades con una brillante recepción en casa de los padres de la novia. Ya nadie bien se casa en sábado. Prepárese, viene un frío de polo desde la rambla.

Cuando Risso se casó con Gracia César, nos unimos todos en el silencio, suprimimos los vaticinios pesimistas. Por aquel tiempo, ella estaba mirando a los habitantes de Santa María desde las carteleras de El Sótano, Cooperativa Teatral, desde las paredes hechas vetustas por el final del otoño. Intacta a veces, con bigotes de lápiz o desgarrada por uñas rencorosas, por las primeras lluvias otras volvía a medias la cabeza para mirar la calle, alerta, un poco desafiante, un poco ilusionada por la esperanza de convencer y ser comprendida. Delatada por el brillo sobre los lacrimales que había impuesto la ampliación fotográfica de Estudios Orloff, había también en su cara la farsa del amor por la totalidad de la vida, cubriendo la busca resuelta y exclusiva de la dicha.

Lo cual estaba bien, debe haber pensado él, era deseable y necesario, coincidía con el resultado de la multiplicación de los meses de viudez de Risso por la suma de innumerables madrugadas idénticas de sábado en que había estado repitiendo con acierto, actitudes corteses de espera y familiaridad en el prostíbulo de la costa. Un brillo, el de los ojos del afiche, se vinculaba con la frustrada destreza con que él volvía a hacerle el nudo a la siempre flamante y triste corbata de luto frente al espejo ovalado y móvil del dormitorio del prostíbulo.

Se casaron, y Risso creyó que bastaba con seguir viviendo como siempre, pero dedicándole a ella, sin pensarlo, sin pensar casi en ella, la furia de su cuerpo, la enloquecida necesidad de absolutos que lo poseía durante las noches alargadas.

Ella imaginó en Risso un puente, una salida, un principio. Había atravesado virgen dos noviazgos —un director, un actor—, tal vez porque para ella el teatro era un oficio además de un juego y pensaba que el amor debía nacer y conservarse aparte, no contaminado por lo que se hace para ganar dinero y olvido. Con uno y otro estuvo condenada a sentir en las citas en las plazas, la rambla o el café, la fatiga de los ensayos, el esfuerzo de adecuación la vigilancia de la voz y de las manos. Presentía su propia cara siempre un segundo antes de cualquier expresión, como si pudiera mirarla o palpársela. Actuaba animosa e incrédula, medía sin remedio su farsa y la del otro, el sudor y el polvo del teatro que los cubrían, inseparables, signos de la edad.

Cuando llegó la segunda fotografía, desde Asunción y con un hombre visiblemente distinto Risso temió, sobre todo, no ser capaz de soportar un sentimiento desconocido que no era ni odio ni dolor, que moriría con él sin nombre, que se emparentaba con la injusticia y la fatalidad, con el primer miedo del primer hombre sobre la tierra, con el nihilismo y el principio de la fe.

La segunda fotografía le fue entregada por Policiales, un miércoles de noche. Los jueves eran los días en que podía disponer de su hija desde las 10 de la mañana hasta las 10 de la noche. Decidió romper el sobre sin abrirlo, lo guardó y recién en la mañana del jueves mientras su hija lo esperaba en la sala de la pensión, se permitió una rápida mirada a la cartulina, antes de romperla sobre el waterclós: también aquí el hombre estaba de espaldas.

Pero había mirado muchas veces la foto de Brasil. La conservó durante un día entero y en la madrugada estuvo imaginando una broma, un error un absurdo transitorio. Le había sucedido ya, había despertado muchas veces de una pesadilla, sonriendo servil y agradecido a las flores de las paredes del dormitorio.

Estaba tirado en la cama cuando extrajo el sobre del saco y la foto del sobre.

—Bueno —dijo en voz alta—, está bien, es cierto y es así. No tiene ninguna importancia, aunque no lo viera sabría qué sucede.

(Al sacar la fotografía con el disparador automático, al revelarla en el cuarto oscurecido, bajo el brillo rojo y alentador de la lámpara, es probable que ella haya previsto esta reacción de Risso, este desafío, esta negativa a liberarse en el furor. Había previsto también, o apenas deseado, con pocas, mal conocidas esperanzas, que él desenterrara de la evidente ofensa, de la indignidad asombrosa, un mensaje de amor).

Volvió a protegerse antes de mirar: «Estoy solo y me estoy muriendo de frío en una pensión de la calle Piedras, en Santa María, en cualquier madrugada, solo y arrepentido de mi soledad como si la hubiera buscado, orgulloso como si la hubiera merecido».

En la fotografía la mujer sin cabeza clavaba ostentosamente los talones en un borde de diván, aguardaba la impaciencia del hombre oscuro, agigantado por el inevitable primer plano, estaría segura de que no era necesario mostrar la cara para ser reconocida. En el dorso, su letra calmada decía «Recuerdos de Bahía».

En la noche correspondiente a la segunda fotografía pensó que podía comprender la totalidad de la infamia y aun aceptarla. Pero supo que estaban más allá de su alcance la deliberación, la persistencia, el organizado frenesí con que se cumplía la venganza. Midió su desproporción, se sintió indigno de tanto odio, de tanto amor, de tanta voluntad de hacer sufrir.

Cuando Gracia conoció a Risso pudo suponer muchas cosas actuales y futuras. Adivinó su soledad mirándole la barbilla y un botón del chaleco; adivinó que estaba amargado y no vencido, y que necesitaba un desquite y no quería enterarse. Durante muchos domingos le estuvo mirando en la plaza, antes de la función, con cuidadoso

cálculo, la cara hosca y apasionada, el sombrero pringoso abandonado en la cabeza, el gran cuerpo indolente que él empezaba a dejar engordar. Pensó en el amor la primera vez que estuvieron solos, o en el deseo, o en el deseo de atenuar con su mano la tristeza del pómulo y la mejilla del hombre. También pensó en la ciudad, en que la única sabiduría posible era la de resignarse a tiempo. Tenía veinte años y Risso cuarenta. Se puso a creer en él, descubrió intensidades de la curiosidad, se dijo que solo se vive de veras cuando cada día rinde su sorpresa.

Durante las primeras semanas se encerraba para reírse a solas, se impuso adoraciones fetichistas, aprendió a distinguir los estados de ánimo por los olores. Se fue orientando para descubrir qué había detrás de la voz, de los silencios, de los gustos y de las actitudes del cuerpo del hombre. Amó a la hija de Risso y le modificó la cara, exaltando los parecidos con el padre. No dejó el teatro porque el Municipio acababa de subvencionarlo y ahora tenía ella en el sótano un sueldo seguro, un mundo separado de su casa, de su dormitorio, del hombre frenético e indestructible. No buscaba alejarse de la lujuria; quería descansar y olvidarla, permitir que la lujuria descansara y olvidara. Hacía planes y los cumplía, estaba segura de la infinitud del universo del amor, segura de que cada noche les ofrecería un asombro distinto y recién creado.

—Todo —insistía Risso—, absolutamente todo puede sucedernos y vamos a estar siempre contentos y queriéndonos. Todo; ya sea que invente Dios o inventemos nosotros.

En realidad, nunca había tenido antes una mujer y creía fabricar lo que ahora le estaban imponiendo. Pero no era ella quien lo imponía, Gracia César, hechura de Risso, segregada de él para completarlo, como el aire al pulmón, como el invierno al trigo.

La tercera foto demoró tres semanas. Venía también de Paraguay y no le llegó al diario, sino a la pensión y se la trajo la mucama al final de una tarde en que él despertaba de un sueño en que le había sido aconsejado defenderse del pavor y la demencia conservando toda futura fotografía en la cartera y hacerla anecdótica, impersonal, inofensiva, mediante un centenar de distraídas miradas diarias.

La mucama golpeó la puerta y él vio colgar el sobre de las tabillas de la persiana, comenzó a percibir cómo destilaba en la penumbra, en el aire sucio, su condición nociva, su vibrátil amenaza. Lo estuvo mirando desde la cama como a un insecto, como a un animal venenoso que se aplastara a la espera del descuido, del error propicio.

En la tercera fotografía ella estaba sola, empujando con su blancura las sombras de una habitación mal iluminada, con la cabeza dolorosamente echada hacia atrás, hacia la cámara, cubiertos a medias, los hombros por el negro pelo suelto, robusta, y cuadrúpeda. Tan inconfundible ahora como si se hubiera hecho fotografiar en cualquier estudio y hubiera posado con la más tierna, significativa y oblicua de sus sonrisas.

Solo tenía ahora, Risso, una lástima irremediable por ella, por él, por todos los amantes que habían amado en el mundo, por la verdad y error de sus creencias, por el simple absurdo del amor y por el complejo absurdo del amor creado por los hombres.

Pero también rompió esta fotografía y supo que le sería imposible mirar otra y seguir viviendo. Pero en el plano mágico en que habían empezado a entenderse y a dialogar, Gracia estaba obligada a enterarse de que él iba a romper las fotos apenas llegaran, cada vez con menos curiosidad, con menor remordimiento.

En el plano mágico, todos los groseros o tímidos hombres urgentes no eran más que obstáculos, ineludibles postergaciones del acto ritual de elegir en la calle, en el restaurante o en el café al más crédulo e inexperto, al que podía prestarse sin sospecha y con un cómico orgullo a la exposición frente a la cámara y al disparador, al menos desagradable entre los que pudieran creerse aquella memorizada argumentación de viajante de comercio.

—Es que nunca tuve un hombre así, tan único, tan distinto. Y nunca sé, metida en esta vida de teatro, dónde estaré mañana y si volveré a verte. Quiero por lo menos mirarte en una fotografía cuando estemos lejos y te extraño.

Y después de la casi siempre fácil convicción, pensando en Risso o dejando de pensar para mañana, cumpliendo el deber que se había impuesto, disponía las luces, preparaba la cámara y encendía al hombre. Si pensaba en Risso, evocaba un suceso antiguo, volvía a reprocharle no haberle pegado, haberla apartado para siempre con un insulto desvaído, una sonrisa inteligente, un comentario que la mezclaba a ella con todas las demás mujeres. Y sin comprender; demostrando a pesar de noches y frases que no había comprendido nunca.

Sin exceso de esperanzas, trajinaba sudorosa por la siempre sórdida y calurosa habitación de hotel, midiendo distancias y luces, corrigiendo la posición del cuerpo envarado del hombre. Obligando, con cualquier recurso, señuelo, mentira crapulosa, a que se dirigiera hacia ella la cara cínica y desconfiada del hombre de turno. Trataba de sonreír y de tentar, remedaba los chasquidos cariñosos que se hacen a los recién nacidos, calculando el paso de los segundos, calculando al mismo tiempo la intensidad con que la foto aludiría a su amor con Risso.

Pero como nunca pudo saber esto, como incluso ignoraba si las fotografías llegaban o no a manos de Risso, comenzó a intensificar las evidencias de las fotos y las convirtió en documentos que muy poco tenían que ver con ellos, Risso y Gracia.

Llegó a permitir y ordenar que las caras adelgazadas por el deseo, estupidizadas por el viejo sueño masculino de la posesión, enfrentaran el agujero de la cámara con una dura sonrisa, con una avergonzada insolencia. Consideró necesario dejarse resbalar de espaldas e introducirse en la fotografía hacer que su cabeza, su corta nariz, sus grandes ojos impávidos descendieran desde la nada del más allá de la foto, para integrar la suciedad del mundo, la torpe, errónea visión fotográfica, las sátiras del amor que se había jurado mandar regularmente a Santa María. Pero su verdadero error fue cambiar las direcciones de los sobres.



La primera separación, a los seis meses del casamiento, fue bienvenida y exageradamente angustiada. El Sótano —ahora Teatro Municipal de Santa María— subió hasta El Rosario. Ella reiteró allí el mismo viejo juego alucinante de ser una actriz entre actores, de creer en lo que sucedía en el escenario. El público se emocionaba, aplaudía o no se dejaba arrastrar. Puntualmente se imprimían programas y críticas; y la gente aceptaba el juego y lo prolongaba hasta el fin de la noche, hablando de lo que había visto y oído, y pagado para ver y oír, conversando con cierta desesperación, con cierto acicateado entusiasmo, de actuaciones, decorados, parlamentos y tramas.

De modo que el juego, el remedo, alternativamente melancólico y embriagador, que ella iniciaba acercándose con lentitud a la ventana que caía sobre el fiord, estremeciéndose y murmurando para toda la sala: «Tal vez... pero yo también llevo una vida de recuerdos que permanecen extraños a los demás», también era aceptado en El Rosario; Siempre caían naipes en respuesta al que ella arrojaba, el juego se formalizaba y ya era imposible distraerse y mirarlo de afuera.

La primera separación duró exactamente cincuenta y dos días y Risso trató de copiar en ellos la vida que había llevado con Gracia César durante los seis meses de matrimonio. Ir a la misma hora al mismo café, al mismo restaurante, ver a los mismos amigos, repetir en la rambla silencios y soledades, caminar de regreso a la pensión sufriendo obcecado las anticipaciones del encuentro, removiendo en la frente y en la boca imágenes excesivas que nacían de recuerdos perfeccionados o de ambiciones irrealizables.

Eran diez o doce cuadras, ahora solo y más lento, a través de noches molestadas por vientos tibios y helados, sobre el filo inquieto que separaba la primavera del invierno. Le sirvieron para medir su necesidad y su desamparo, para saber que la locura que compartían tenía por lo menos la grandeza de carecer de futuro, de no ser medio para nada.

En cuanto a ella, había creído que Risso daba un lema al amor común cuando susurraba, tendido, con fresco asombro, abrumado:

—Todo puede suceder y vamos a estar siempre felices y queriéndonos.

Ya la frase no era un juicio, una opinión, no expresaba un deseo. Les era dictada e impuesta, era una comprobación, una verdad vieja. Nada de lo que ellos hicieran o pensaran podría debilitar la locura, el amor sin salida ni alteraciones. Todas las posibilidades humanas podían ser utilizadas y todo estaba condenado a servir de alimento.

Creyó que fuera de ellos, fuera de la habitación, se extendía un mundo desprovisto de sentido, habitado por seres que no importaban, poblado por hechos sin valor.

Así que solo pensó en Risso, en ellos, cuando el hombre empezó a esperarla en la puerta del teatro, cuando la invitó y la condujo, cuando ella misma se fue quitando la ropa.

Era la última semana en El Rosario y ella consideró inútil hablar de aquello en las cartas a Risso; porque el suceso no estaba separado de ellos y a la vez nada tenía que ver con ellos; porque ella había actuado como un animal curioso y lúcido, con cierta lástima por el hombre, con cierto desdén por la pobreza de lo que estaba agregando a su amor por Risso. Y cuando volvió a Santa María, prefirió esperar hasta una víspera de jueves —porque los jueves Risso no iba al diario—, hasta una noche sin tiempo, hasta una madrugada idéntica a las veinticinco que llevaban vividas.

Lo empezó a contar antes de desvestirse, con el orgullo y la ternura de haber inventado, simplemente, una nueva caricia. Apoyado en la mesa, en mangas de camisa, él cerró los ojos y sonrió. Después la hizo desnudar y le pidió que repitiera la historia, ahora de pie, moviéndose descalza sobre la alfombra y casi sin desplazarse de frente y de perfil, dándole la espalda y balanceando el cuerpo mientras lo apoyaba en una pierna y otra. A veces ella veía la cara larga y sudorosa de Risso, el cuerpo pesado apoyándose en la mesa, protegiendo con los hombros el vaso de vino, y a veces solo los imaginaba, distraída, por el afán de fidelidad en el relato, por la alegría de revivir aquella peculiar intensidad de amor que había sentido por Risso en El Rosario, junto a un hombre de rostro olvidado, junto a nadie, junto a Risso.

—Bueno; ahora te vestís otra vez —dijo él, con la misma voz asombrada y ronca que había repetido que todo era posible, que todo sería para ellos.

Ella le examinó la sonrisa y volvió a ponerse las ropas. Durante un rato estuvieron los dos mirando los dibujos del mantel, las manchas, el cenicero con el pájaro de pico quebrado. Después él terminó de vestirse y se fue, dedicó su jueves, su día libre, a conversar con el doctor Guiñazú, a convencerlo de la urgencia del divorcio, a burlarse por anticipado de las entrevistas de reconciliación.

Hubo después un tiempo largo y malsano en el que Risso quería volver a tenerla y odiaba simultáneamente la pena y el asco de todo imaginable reencuentro. Decidió después que necesitaba a Gracia y ahora un poco más que antes. Que era necesaria la reconciliación y que estaba dispuesto a pagar cualquier precio siempre que no interviniera su voluntad, siempre que fuera posible volver a tenerla por las noches sin decir que sí ni siquiera con su silencio.

Volvió a dedicar los jueves a pasear con su hija y a escuchar la lista de predicciones cumplidas que repetía la abuela en las sobremesas. Tuvo de Gracia noticias cautelosas y vagas, comenzó a imaginarla como a una mujer desconocida, cuyos gestos y reacciones debían ser adivinados o deducidos; como a una mujer preservada y solitaria entre personas y lugares, que le estaba predestinada y a la que tendría que querer, tal vez desde el primer encuentro.

Casi un mes después del principio de la separación, Gracia repartió direcciones contradictorias y se fue de Santa María.

—No se preocupe —dijo Guiñazú—. Conozco bien a las mujeres y algo así estaba esperando. Esto confirma el abandono del hogar y simplifica la acción que no podrá ser dañada por una evidente maniobra dilatoria que está evidenciando la

sinrazón de la parte demandada.

Era aquél un comienzo húmedo de primavera, y muchas noches Risso volvía caminando del diario, del café, dándole nombres a la lluvia, avivando su sufrimiento como si soplara una brasa, apartándolo de sí para verlo mejor e increíble, imaginando actos de amor nunca vividos para ponerse en seguida a recordarlos con desesperada codicia.

Risso había destruido, sin mirar, los últimos tres mensajes. Se sentía ahora, y para siempre, en el diario y en la pensión, como una alimaña en su madriguera, como una bestia que oyera rebotar los tiros de los cazadores en la puerta de su cueva. Solo podía salvarse de la muerte y de la idea de la muerte forzándose a la quietud y a la ignorancia. Acurrucado, agitaba los bigotes y el morro, las patas; solo podía esperar el agotamiento de la furia ajena. Sin permitirse palabras ni pensamientos, se vio forzado a empezar a entender; a confundir a la Gracia que buscaba y elegía hombres y actitudes para las fotos, con la muchacha que había planeado, muchos meses atrás, vestidos, conversaciones, maquillajes, caricias a su hija para conquistar a un viudo aplicado al desconsuelo, a este hombre que ganaba un sueldo escaso y que solo podía ofrecer a las mujeres una asombrada, leal, incompreensión.

Había empezado a creer que la muchacha que le había escrito largas y exageradas cartas en las breves separaciones veraniegas del noviazgo era la misma que procuraba su desesperación y su aniquilamiento enviándole las fotografías. Y llegó a pensar que, siempre, el amante que ha logrado respirar en la obstinación sin consuelo de la cama el olor sombrío de la muerte, está condenado a perseguir —para él y para ella— la destrucción, la paz definitiva de la nada.

Pensaba en la muchacha que se paseaba del brazo de dos amigas en las tardes de la rambla, vestida con los amplios y taraceados vestidos de tela endurecida que inventaba e imponía el recuerdo, y que atravesaba la obertura del Barbero que coronaba el concierto dominical de la banda para mirarlo un segundo. Pensaba en aquel relámpago en que ella hacía girar su expresión enfurecida de oferta y desafío, en que le mostraba de frente la belleza casi varonil de una cara pensativa y capaz, en que lo elegía a él, entontecido por la viudez. Y, poco a poco, iba admitiendo que aquella era la misma mujer desnuda, un poco más gruesa, con cierto aire de aplomo y de haber sentado cabeza, que le hacía llegar fotografías desde Lima, Santiago y Buenos Aires.

Por qué no, llegó a pensar, por qué no aceptar que las fotografías, su trabajosa preparación, su puntual envío, se originaban en el mismo amor, en la misma capacidad de nostalgia, en la misma congénita lealtad.

La próxima fotografía le llegó desde Montevideo; ni al diario ni a la pensión. Y no llegó a verla. Salía una noche de El Liberal cuando escuchó la renguera del viejo Lanza persiguiéndolo en los escalones, la tos estremecida a su espalda, la inocente y tramposa frase del prólogo. Fueron a comer al Baviera; y Risso pudo haber jurado después haber estado sabiendo que el hombre descuidado, barbudo, enfermo, que

metía y sacaba en la sobremesa un cigarrillo humedecido de la boca hundida, que no quería mirarle los ojos, que recitaba comentarios obvios sobre las noticias que UP había hecho llegar al diario durante la jornada, estaba impregnado de Gracia, o del frenético aroma absurdo que destila el amor.

—De hombre a hombre —dijo Lanza con resignación—. O de viejo que no tiene más felicidad en la vida que la discutible de seguir viviendo. De un viejo a usted; y yo no sé, porque nunca se sabe, quién es usted. Sé de algunos hechos y he oído comentarios. Pero ya no tengo interés en perder el tiempo creyendo o dudando. Da lo mismo. Cada mañana compruebo que sigo vivo, sin amargura y sin dar las gracias. Arrastro por Santa María y por la redacción una pierna enferma y la arterioesclerosis, me acuerdo de España, corrijo las pruebas, escribo y a veces hablo demasiado. Como esta noche. Recibí una sucia fotografía y no es posible dudar sobre quién la mandó. Tampoco puedo adivinar por qué me eligieron a mí. Al dorso dice: «Para ser donada a la colección Risso», o cosa parecida. Me llegó el sábado y estuve dos días pensando si dársela o no. Llegué a creer que lo mejor era decírselo porque mandarme eso a mí es locura sin atenuantes y tal vez a usted le haga bien saber que está loca. Ahora está usted enterado; solo le pido permiso para romper la fotografía sin mostrársela.

Risso dijo que sí y aquella noche, mirando hasta la mañana la luz del farol de la calle en el techo del cuarto, comprendió que la segunda desgracia, la venganza era esencialmente menos grave que la primera, la traición, pero también mucho menos soportable. Sentía su largo cuerpo expuesto como un nervio al dolor del aire, sin amparo, sin poderse inventar un alivio.

La cuarta fotografía no dirigida a él la tiró sobre la mesa la abuela de su hija, el jueves siguiente. La niña se había ido a dormir y la foto estaba nuevamente dentro del sobre. Cayó entre el sifón y la dulcera, largo, atravesado y teñido por el reflejo de una botella, mostrando entusiastas letras en tinta azul.

—Comprenderás que después de esto... —tartamudeó la abuela. Revolvía el café y miraba la cara de Risso, buscándole en el perfil el secreto de la universal inmundicia, la causa de la muerte de su hija, la explicación de tantas cosas que ella había sospechado sin coraje para creerlas—. Comprenderás —repitió con furia, con la voz cómica y envejecida.

Pero no sabía qué era necesario comprender y Risso tampoco comprendía aunque se esforzara, mirando el sobre que había quedado enfrentándolo, con un ángulo apoyado en el borde del plato.

Afuera la noche estaba pesada y las ventanas abiertas de la ciudad mezclaban al misterio lechoso del cielo los misterios de las vidas de los hombres sus afanes y sus costumbres. Volteado en su cama Risso creyó que empezaba a comprender, que como una enfermedad, como un bienestar, la comprensión ocurría en él, liberada de la voluntad y de la inteligencia. Sucedió, simplemente, desde el contacto de los pies con los zapatos hasta las lágrimas que le llegaban a las mejillas y al cuello. La comprensión sucedía en él, y él no estaba interesado en saber qué era lo que

comprendía, mientras recordaba o estaba viendo su llanto y su quietud, la alargada pasividad del cuerpo en la cama, la comba de las nubes en la ventana, escenas antiguas y futuras. Veía la muerte y la amistad con la muerte, el ensoberbecido desprecio por las reglas que todos los hombres habían consentido acatar, el auténtico asombro de la libertad. Hizo pedazos la fotografía sobre el pecho, sin apartar los ojos del blancor de la ventana, lento y diestro, temeroso de hacer ruido o interrumpir. Sintió después el movimiento de un aire nuevo, acaso respirado en la niñez, que iba llenando la habitación y se extendía con pereza inexperta por las calles y los desprevenidos edificios, para esperarlo y darle protección mañana y en los días siguientes.

Estuvo conociendo hasta la madrugada, como a ciudades que le habían parecido inalcanzables, el desinterés, la dicha sin causa, la aceptación de la soledad. Y cuando despertó a mediodía cuando se aflojó la corbata y el cinturón y el reloj pulsera, mientras caminaba sudando hasta el pútrido olor a tormenta de la ventana, lo invadió por primera vez un paternal cariño hacia los hombres y hacia lo que los hombres habían hecho y construido. Había resuelto averiguar la dirección de Gracia, llamarla o irse a vivir con ella.

Aquella noche en el diario fue un hombre lento y feliz, actuó con torpezas de recién nacido, cumplió su cuota de cuartillas con las distracciones y errores que es común perdonar a un forastero. La gran noticia era la imposibilidad de que Ribereña corriera en San Isidro, porque estamos en condiciones de informar que el crédito del stud El Gorrión amaneció hoy manifestando dolencias en uno de los remos delanteros, evidenciando inflamación a la cuerda lo que dice a las claras de la entidad del mal que lo aqueja.

—Recordando que él hacía Hípicas —contó Lanza—, uno intenta explicar aquel desconcierto comparándolo al del hombre que se jugó el sueldo a un dato que le dieron y confirmaron el cuidador, el jockey, el dueño y el propio caballo. Porque aunque tenía, según se sabrá, los más excelentes motivos para estar sufriendo y tragarse sin más todos los sellos de somníferos de todas las boticas de Santa María, lo que me estuvo mostrando media hora antes de hacerlo no fue otra cosa que el razonamiento y la actitud de un hombre estafado. Un hombre que había estado seguro y a salvo y ya no lo está, y no logra explicarse cómo pudo ser, qué error de cálculo produjo el desmoronamiento. Porque en ningún momento llamó yegua a la yegua que estuvo repartiendo las soeces fotografías por toda la ciudad, y ni siquiera aceptó caminar por el puente que yo le tendía, insinuando, sin creerla, la posibilidad de que la yegua —en cueros y alzada como prefirió divulgarse, o mimando en el escenario los problemas ováricos de otras yeguas, hechas famosas por el teatro universal—, estuviera loca de atar. Nada. Él se había equivocado, y no al casarse con ella sino en otro momento que no quiso nombrar. La culpa era de él y nuestra entrevista fue increíble y espantosa. Porque ya me había dicho que iba a matarse y ya me había convencido de que era inútil y también grotesco y otra vez inútil argumentar para

salvarlo. Y hablaba fríamente conmigo, sin aceptar mis ruegos de que se emborrachara. Se había equivocado, insistía; él y no la maldita arrastrada que le mandó la fotografía a la pequeña, al Colegio de Hermanas. Tal vez pensando que abriría el sobre la hermana superiora, acaso deseando que el sobre llegara intacto hasta las manos de la hija de Risso, segura esta vez, de acertar en lo que Risso tenía de veras vulnerable.

1957

# La cara de la desgracia

*Para Dorotea Muhr — Ignorado perro de la dicha.*

## 1

Al atardecer estuve en mangas de camisa, a pesar de la molestia del viento, apoyado en la baranda del hotel, solo. La luz hacía llegar la sombra de mi cabeza hasta el borde del camino de arena entre los arbustos, que une la carretera y la playa con el caserío.

La muchacha apareció pedaleando en el camino para perderse en seguida detrás del chalet de techo suizo, vacío, que mantenía el cartel de letras negras, encima del cajón para la correspondencia. Me era imposible no mirar el cartel por lo menos una vez al día; a pesar de su cara castigada por las lluvias, las siestas y el viento del mar, mostraba un brillo perdurable y se hacía ver: Mi descanso.

Un momento después volvió a surgir la muchacha sobre la franja arenosa rodeada por la maleza. Tenía el cuerpo vertical sobre la montura, movía con fácil lentitud las piernas, con tranquila arrogancia las piernas abrigadas con medias grises, gruesas y peludas, erizadas por las pinochas. Las rodillas eran asombrosamente redondas, terminadas, en relación a la edad que mostraba el cuerpo.

Frenó la bicicleta justamente al lado de la sombra de mi cabeza y su pie derecho, apartándose de la máquina, se apoyó para guardar equilibrio pisando en el corto pasto muerto, ya castaño, ahora en la sombra de mi cuerpo. En seguida se apartó el pelo de la frente y me miró. Tenía una tricota oscura, y una pollera rosada. Me miró con calma y atención como si la mano tostada que separaba el pelo de las cejas bastara para esconder su examen.

Calculé que nos separaban veinte metros y menos de treinta años. Descansando en los antebrazos mantuve su mirada, cambié la ubicación de la pipa entre los dientes, continué mirando hacia ella y su pesada bicicleta, los colores de su cuerpo delgado contra el fondo del paisaje de árboles y ovejas que se aplacaba en la tarde.

Repentinamente triste y enloquecido, miré la sonrisa que la muchacha ofrecía al cansancio, el pelo duro y revuelto, la delgada nariz curva que se movía con la

respiración, el ángulo infantil en que habían sido impostados los ojos en la cara —y que ya nada tenía que ver con la edad, que había sido dispuesto de una vez por todas y hasta la muerte—, el excesivo espacio que concedían a la esclerótica. Miré aquella luz del sudor y la fatiga que iba recogiendo el resplandor último o primero del anochecer para cubrirse y destacar como una máscara fosforescente en la oscuridad próxima.

La muchacha dejó con suavidad la bicicleta sobre los arbustos y volvió a mirarme mientras sus manos tocaban el talle con los pulgares hundidos bajo el cinturón de la falda. No sé si tenía cinturón; aquel verano todas las muchachas usaban cinturones anchos. Después miró alrededor. Estaba ahora de perfil, con las manos juntas en la espalda, siempre sin senos, respirando aún con curiosa fatiga, la cara vuelta hacia el sitio de la tarde donde iba a caer el sol.

Bruscamente se sentó en el pasto, se quitó las sandalias y las sacudió; uno a uno tuvo los pies desnudos en las manos, refregando los cortos dedos y moviéndolos en el aire. Por encima de sus hombros estrechos le miré agitar los pies sucios y enrojecidos. La vi estirar las piernas, sacar un peine y un espejo del gran bolsillo con monograma colocado sobre el vientre de la pollera. Se peinó descuidada, casi sin mirarme.

Volvió a calzarse y se levantó, estuvo un rato golpeando el pedal con rápidas patadas. Reiterando un movimiento duro y apresurado, giró hacia mí, todavía solo en la baranda, siempre inmóvil, mirándola. Comenzaba a subir el olor de las madre selvas y la luz del bar del hotel estiró manchas pálidas en el pasto, en los espacios de arena y el camino circular para automóviles que rodeaba la terraza.

Era como si nos hubiéramos visto antes, como si nos conociéramos, como si nos hubiéramos guardado recuerdos agradables. Me miró con expresión desafiante mientras su cara se iba perdiendo en la luz escasa; me miró con un desafío de todo su cuerpo desdeñoso, del brillo del níquel de la bicicleta, del paisaje con chalet de techo suizo y ligustros y eucaliptos jóvenes de troncos lechosos. Fue así por un segundo; todo lo que la rodeaba era segregado por ella y su actitud absurda. Volvió a montar y pedaleó detrás de las hortensias, detrás de los bancos vacíos pintados de azul, más rápida entre las filas de coches frente al hotel.

## 2

Vací la pipa y estuve mirando la muerte del sol entre los árboles. Sabía ya, y tal vez demasiado, qué era ella. Pero no quería nombrarla. Pensaba en lo que me estaba esperando en la pieza del hotel hasta la hora de la comida. Traté de medir mi pasado y mi culpa con la vara que acababa de descubrir: la muchacha delgada y de perfil hacia



el horizonte, su edad corta e imposible, los pies sonrosados que una mano había golpeado y oprimido.

Junto a la puerta del dormitorio encontré un sobre de la gerencia con la cuenta de la quincena. Al recogerlo me sorprendí a mí mismo agachado, oliendo el perfume de las madreselvas que ya tanteaba en el cuarto, sintiéndome expectante y triste, sin causa nueva que pudiera señalar con el dedo. Me ayudé con un fósforo para releer el *Avis aux passagers* enmarcado en la puerta y encendí de nuevo la pipa. Estuve muchos minutos lavándome las manos, jugando con el jabón, y me miré en el espejo del lavatorio, casi a oscuras, hasta que pude distinguir la cara delgada y blanca —tal vez la única blanca entre los pasajeros del hotel—, mal afeitada. Era mi cara y los cambios de los últimos meses no tenían verdadera importancia. Alguno pasó por el jardín cantando a media voz. La costumbre de jugar con el jabón, descubrí, había nacido con la muerte de Julián, tal vez en la misma noche del velorio.

Volví al dormitorio y abrí la valija después de sacarla con el pie de abajo de la cama. Era un rito imbécil, era un rito; pero acaso resultara mejor para todos que yo me atuviera fielmente a esta forma de la locura hasta gustarla o ser gastado. Busqué sin mirar, aparté ropas y dos pequeños libros, obtuve por fin el diario doblado. Conocía la crónica de memoria; era la más justa, la más errónea y respetuosa entre todas las publicadas. Acerqué el sillón a la luz y estuve mirando sin leer el título negro a toda página, que empezaba a desteñir: Se suicida cajero prófugo. Debajo la foto, las manchas grises que formaban la cara de un hombre mirando al mundo con expresión de asombro, la boca casi empezando a sonreír bajo el bigote de puntas caídas. Recordé la esterilidad de haber pensado en la muchacha, minutos antes, como en la posible inicial de alguna frase cualquiera que resonara en un ámbito distinto. Este, el mío, era un mundo particular, estrecho, insustituible. No cabían allí otra amistad, presencia o diálogo que los que pudieran segregarse de aquel fantasma de bigotes lánguidos. A veces me permitía, él, elegir entre Julián o El Cajero Prófugo.

Cualquiera acepta que puede influir, o haberlo hecho, en el hermano menor. Pero Julián me llevaba —hace un mes y unos días— algo más de cinco años. Sin embargo, debo escribir sin embargo. Pude haber nacido, y continuar viviendo, para estropear su condición de hijo único; pude haberlo obligado, por medio de mis fantasías, mi displicencia y mi tan escasa responsabilidad, a convertirse en el hombre que llegó a ser: primero en el pobre diablo orgulloso de un ascenso, después en el ladrón. También, claro, en el otro, en el difunto relativamente joven que todos miramos pero que sólo yo podía reconocer como hermano.

¿Qué me queda de él? Una fila de novelas policiales, algún recuerdo de infancia, ropas que no puedo usar porque me ajustan y son cortas. Y la foto en el diario bajo el largo título. Despreciaba su aceptación de la vida; sabía que era un solterón por falta de ímpetu; pasé tantas veces, y casi siempre vagando, frente a la peluquería donde lo afeitaban diariamente. Me irritaba su humildad y me costaba creer en ella. Estaba enterado de que recibía a una mujer, puntualmente, todos los viernes. Era muy afable,

incapaz de molestar, y desde los treinta años le salía del chaleco olor a viejo. Olor que no puede definirse, que se ignora de qué proviene. Cuando dudaba, su boca formaba la misma mueca que la de nuestra madre. Libre de él, jamás hubiera llegado a ser mi amigo, jamás lo habría elegido o aceptado para eso. Las palabras son hermosas o intentan serlo cuando tienden a explicar algo. Todas estas palabras son, por nacimiento, disconformes e inútiles. Era mi hermano.

Arturo silbó en el jardín, trepó la baranda y estuvo en seguida dentro del cuarto, vestido con una salida, sacudiendo arena de la cabeza mientras cruzaba hasta el baño. Lo vi enjuagarse en la ducha y escondí el diario entre la pierna y el respaldo del sillón. Pero le oí gritar:

—Siempre el fantasma.

No contesté y volví a encender la pipa. Arturo vino silbando desde la bañera y cerró la puerta que daba sobre la noche. Tirado en una cama, se puso la ropa interior y continuó vistiéndose.

—Y la barriga sigue creciendo —dijo—. Apenas si almorcé, estuve nadando hasta el espigón. Y el resultado es que la barriga sigue creciendo. Habría apostado cualquier cosa a que, de entre todos los hombres que conozco, a vos no podría pasarte esto. Y te pasa, y te pasa en serio. ¿Hace como un mes, no?

—Sí. Veintiocho días.

—Y hasta los tenés contados —siguió Arturo—. Me conoces bien. Lo digo sin desprecio. Veintiocho días que ese infeliz se pegó un tiro y vos, nada menos que vos, jugando al remordimiento. Como una solterona histérica. Porque las hay distintas. Es de no creer.

Se sentó en el borde de la cama para secarse los pies y ponerse los calcetines.

—Sí —dije yo—. Si se pegó un tiro era, evidentemente, poco feliz. No tan feliz, por lo menos, como vos en este momento.

—Hay que embromarse —volvió Arturo—. Como si vos lo hubieras matado. Y no vuelvas a preguntarme... —Se detuvo para mirarse en el espejo— no vuelvas a preguntarme si en algún lugar de diez y siete dimensiones vos resultás el culpable de que tu hermano se haya pegado un tiro.

Encendió un cigarrillo y se extendió en la cama. Me levanté, puse un almohadón sobre el diario tan rápidamente envejecido y empecé a pasearme por el calor del cuarto.

—Como te dije, me voy esta noche —dijo Arturo—. ¿Qué pensás hacer?

—No sé —repuse suavemente, desinteresado—. Por ahora me quedo. Hay verano para tiempo.

Oí suspirar a Arturo y escuché cómo se transformaba su suspiro en un silbido de impaciencia. Se levantó, tirando el cigarrillo al baño.

—Sucede que mi deber moral me obliga a darte unas patadas y llevarte conmigo. Sabes que allá es distinto. Cuando estés bien borracho, a la madrugada, bien distraído, todo se acabó.

Alcé los hombros, sólo el izquierdo, y reconocí un movimiento que Julián y yo habíamos heredado sin posibilidad de elección.

—Te hablo otra vez —dijo Arturo, poniéndose un pañuelo en el bolsillo del pecho—. Te hablo, te repito, con un poco de rabia y con el respeto a que me referí antes. ¿Vos le dijiste al infeliz de tu hermano que se pegara un tiro para escapar de la trampa? ¿Le dijiste que comprara pesos chilenos para cambiarlos por liras y las liras por francos y los francos por coronas bálticas y las coronas por dólares y los dólares por libras y las libras por enaguas de seda amarilla? No, no muevas la cabeza. Caín en el fondo de la cueva. Quiero un sí o un no. A pesar de que no necesito respuesta. ¿Le aconsejaste, y es lo único que importa, que robara? Nunca jamás. No sos capaz de eso. Te lo dije muchas veces. Y no vas a descubrir si es un elogio o un reproche. No le dijiste que robara. ¿Y entonces?

Volví a sentarme en el sillón.

—Ya hablamos de todo eso y todas las veces. ¿Te vas esta noche?

—Claro, en el ómnibus de las nueve y nadie sabe cuánto. Me quedan cinco días de licencia y no pienso seguir juntando salud para regalársela a la oficina.

Arturo eligió una corbata y se puso a anudarla.

—Es que no tiene sentido —dijo otra vez frente al espejo—. Yo, admito que alguna vez me encerré con un fantasma. La experiencia siempre acabó mal. Pero con tu hermano, como estás haciendo ahora... Un fantasma con bigotes de alambre. Nunca. El fantasma no sale de la nada, claro. En esta ocasión salió de la desgracia. Era tu hermano, ya sabemos. Pero ahora es el fantasma de cooperativa con bigotes de general ruso...

—¿El último momento en serio? —pregunté en voz baja; no lo hice pidiendo nada: sólo quería cumplir y hasta hoy no sé con quién o con qué.

—El último momento —dijo Arturo.

—Veo bien la causa. No le dije, ni la sombra de una insinuación, que usara el dinero de la cooperativa para el negocio de los cambios. Pero cuando le expliqué una noche, sólo por animarlo, o para que su vida fuera menos aburrida, para mostrarle que había cosas que podían ser hechas en el mundo para ganar dinero y gastarlo, aparte de cobrar el sueldo a fin de mes...

—Conozco —dijo Arturo, sentándose en la cama con un bostezo—. Nadé demasiado, ya no estoy para hazañas. Pero era el último día. Conozco toda la historia. Explicame ahora, y te aviso que se acaba el verano, qué remediás con quedarte encerrado aquí. Explicame qué culpa tenés si el otro hizo un disparate.

—Tengo una culpa —murmuré con los ojos entornados, la cabeza apoyada en el sillón; pronuncié las palabras tardas y aisladas—. Tengo la culpa de mi entusiasmo, tal vez, de mi mentira. Tengo la culpa de haberle hablado a Julián, por primera vez, de una cosa que no podemos definir y se llama el mundo. Tengo la culpa de haberle hecho sentir —no digo creer— que, si aceptaba los riesgos, eso que llamé el mundo, sería para él.

—¿Y qué? —dijo Arturo, mirándose desde lejos el peinado en el espejo—. Hermano. Todo eso es una idiotez complicada. Bueno, también la vida es una idiotez complicada. Algún día de estos se te pasará el período; andá entonces a visitarme. Ahora vestite y vamos a tomar unas copas antes de comer. Tengo que irme temprano. Pero, antes que lo olvide, quiero dejarte un último argumento. Tal vez sirva para algo.

Me tocó un hombro y me buscó los ojos.

—Escúchame —dijo—. En medio de toda esta complicada, feliz idiotez, ¿Julián, tu hermano, usó correctamente el dinero robado, lo empleó aceptando la exactitud de los disparates que le estuviste diciendo?

—¿Él? —Me levanté con asombro—. Por favor. Cuando vino a verme ya no había nada que hacer. Al principio, estoy casi seguro, compró bien. Pero se asustó en seguida e hizo cosas increíbles. Conozco muy poco de los detalles. Fue algo así como una combinación de títulos con divisas, de rojo y negro con caballos de carrera.

—¿Ves? —dijo Arturo asintiendo con la cabeza—. Certificado de irresponsabilidad. Te doy cinco minutos para vestirme y meditar. Te espero en el mostrador.

### 3

Tomamos unas copas mientras Arturo se empeñaba en encontrar en la billetera la fotografía de una mujer.

—No está —dijo por fin—. La perdí. La foto, no la mujer. Quería mostrártela porque tiene algo inconfundible que pocos le descubren. Y antes de quedarte loco, vos entendías de esas cosas.

Y estaban, pensaba yo, los recuerdos de infancia que irían naciendo y aumentando en claridad durante los días futuros, semanas o meses. Estaba también la tramposa, tal vez deliberada, deformación de los recuerdos. Estaría, en el mejor de los casos, la elección no hecha por mí. Tendría que vernos fugazmente o en pesadillas, vestidos con trajes ridículos, jugando en un jardín húmedo o pegándonos en un dormitorio. Él era mayor pero débil. Había sido tolerante y bueno, aceptaba cargar con mis culpas, mentía dulcemente sobre las marcas en la cara que le dejaban mis golpes, sobre una taza rota, sobre una llegada tarde. Era extraño que todo aquello no hubiera empezado aún, durante el mes de vacaciones de otoño en la playa; acaso, sin proponérmelo, yo estuviera deteniendo el torrente con las crónicas periodísticas y la evocación de las dos últimas noches. En una Julián estaba vivo, en la siguiente, muerto. La segunda noche no tenía importancia y todas sus interpretaciones habían sido despistadas.

Era su velorio, empezaba a colgarle la mandíbula, la venda de la cabeza envejeció y se puso amarilla mucho antes del amanecer. Yo estaba muy ocupado ofreciendo

bebidas y comparando la semejanza de las lamentaciones. Con cinco años más que yo, Julián había pasado tiempo atrás de los cuarenta. No había pedido nunca nada importante a la vida; tal vez, sí, que lo dejaran en paz. Iba y venía, como desde niño, pidiendo permiso. Esta permanencia en la tierra, no asombrosa pero sí larga, prolongada por mí, no le había servido, siquiera, para darse a conocer. Todos los susurrantes y lánguidos bebedores de café o whisky coincidían en juzgar y compadecer el suicidio como un error. Porque con un buen abogado, con el precio de un par de años en la cárcel... Y, además, para todos resultaba desproporcionado y grotesco el final, que empezaban a olisquear, en relación al delito. Yo daba las gracias y movía la cabeza; después me paseaba entre el vestíbulo y la cocina, cargando bebidas o copas vacías. Trataba de imaginar, sin dato alguno, la opinión de la mujerzuela barata que visitaba a Julián todos los viernes o todos los lunes, días en que escasean los clientes. Me preguntaba sobre la verdad invisible, nunca exhibida, de sus relaciones. Me preguntaba cuál sería el juicio de ella, atribuyéndole una inteligencia imposible. Qué podría pensar ella, que sobrellevaba la circunstancia de ser prostituta todos los días, de Julián, que aceptó ser ladrón durante pocas semanas pero no pudo, como ella, soportar que los imbéciles que ocupan y forman el mundo, conocieran su falla. Pero no vino en toda la noche o por lo menos no distinguí una cara, una insolencia, un perfume, una humildad que pudieran serle atribuidos.

Sin moverse del taburete del mostrador, Arturo había conseguido el pasaje y el asiento para el ómnibus. Nueve y cuarenta y cinco.

—Hay tiempo de sobra. No puedo encontrar la foto. Hoy es inútil seguirte hablando. Otra vuelta, mozo.

Ya dije que la noche del velorio no tenía importancia. La anterior es mucho más corta y difícil. Julián pudo haberme esperado en el corredor del departamento. Pero ya pensaba en la policía y eligió dar vueltas bajo la lluvia hasta que pudo ver luz en mi ventana. Estaba empapado —era un hombre nacido para usar paraguas y lo había olvidado— y estornudó varias veces, con disculpa, con burla, antes de sentarse cerca de la estufa eléctrica, antes de usar mi casa. Todo Montevideo conocía la historia de la Cooperativa y por lo menos la mitad de los lectores de diarios deseaba, distraídamente, que no se supiera más del cajero.

Pero Julián no había aguantado una hora y media bajo la lluvia para verme, despedirse con palabras y anunciarme el suicidio. Tomamos unas copas. Él aceptó el alcohol sin alardes, sin oponerse:

—Total ahora... —murmuró casi riendo, alzando un hombro.

Sin embargo, había venido para decirme adiós a su manera. Era inevitable el recuerdo, pensar en nuestros padres, en la casa quinta de la infancia, ahora demolida. Se enjugó los largos bigotes y dijo con preocupación:

—Es curioso. Siempre pensé que tú sabías y yo no. Desde chico. Y no creo que se trate de un problema de carácter o de inteligencia. Es otra cosa. Hay gente que se acomoda instintivamente en el mundo. Tú sí y yo no. Siempre me faltó la fe necesaria

—se acariciaba las mandíbulas sin afeitar—. Tampoco se trata de que yo haya tenido que ajustar conmigo deformaciones o vicios. No había hándicap; por lo menos nunca lo conocí.

Se detuvo y vació el vaso. Mientras alzaba la cabeza, esa que hoy miro diariamente desde hace un mes en la primera página de un periódico, me mostró los dientes sanos y sucios de tabaco.

—Pero —siguió mientras se ponía de pie— tu combinación era muy buena. Debiste regalársela a otro. El fracaso no es tuyo.

—A veces resultan y otras no —dije—. No vas a salir con esta lluvia. Podes quedarte aquí para siempre, todo el tiempo que quieras.

Se apoyó en el respaldo de un sillón y estuvo burlándose sin mirarme.

—Con esta lluvia. Para siempre. Todo el tiempo —se me acercó y me tocó un brazo—. Perdón. Habrá molestias. Siempre hay molestias.

Ya se había ido. Me estuvo diciendo adiós con su presencia siempre acurrucada, con los cuidados bigotes bondadosos, con la alusión a todo lo muerto y disuelto que la sangre, no obstante, era y es capaz de hacer durante un par de minutos.

Arturo estaba hablando de estafas en las carreras de caballos. Miró el reloj y pidió al barman la última copa.

—Pero con más gin, por favor —dijo.

Entonces, sin escuchar, me sorprendí vinculando a mi hermano muerto con la muchacha de la bicicleta. De él no quise recordar la infancia ni la pasiva bondad; sino, absolutamente, nada más que la empobrecida sonrisa, la humilde actitud del cuerpo durante nuestra última entrevista. Si podía darse ese nombre a lo que yo permití que ocurriera entre nosotros cuando vino empapado a mi departamento para decirme adiós de acuerdo a su ceremonial propio.

Nada sabía yo de la muchacha de la bicicleta. Pero entonces, repentinamente, mientras Arturo hablaba de Ever Perdomo o de la mala explotación del turismo, sentí que me llegaba hasta la garganta una ola de la vieja, injusta, casi siempre equivocada piedad. Lo indudable era que yo la quería y deseaba protegerla. No podía adivinar de qué o contra qué. Buscaba, rabioso, cuidarla de ella misma y de cualquier peligro. La había visto insegura y en reto, la había mirado alzar una ensoberbecida cara de desgracia. Esto puede durar pero siempre se paga de prematuro, desproporcionado. Mi hermano había pagado su exceso de sencillez. En el caso de la muchacha —que tal vez no volviera nunca a ver— las deudas eran distintas. Pero ambos, por tan diversos caminos, coincidían en una deseada aproximación a la muerte, a la definitiva experiencia. Julián, no siendo; ella, la muchacha de la bicicleta, buscando serlo todo y con prisas.

—Pero —dijo Arturo—, aunque te demuestren que todas las carreras están arregladas, vos seguís jugando igual. Mira: ahora que me voy parece que va a llover.

—Seguro —contesté, y pasamos al comedor. La vi en seguida.

Estaba cerca de una ventana, respirando el aire tormentoso de la noche, con un

montón de pelo oscuro y recio movido por el viento sobre la frente y los ojos; con zonas de pecas débiles —ahora, bajo el tubo de luz insoportable del comedor— en las mejillas y la nariz, mientras los ojos infantiles y acuosos miraban distraídos la sombra del cielo o las bocas de sus compañeros de mesa; con los flacos y fuertes brazos desnudos frente a lo que podía aceptarse como un traje de noche amarillo, cada hombro protegido por una mano.

Un hombre viejo estaba sentado junto a ella y conversaba con la mujer que tenía enfrente, joven, de espalda blanca y carnosa vuelta hacia nosotros, con una rosa silvestre en el peinado, sobre la oreja. Y al moverse, el pequeño círculo blanco de la flor entraba y salía del perfil distraído de la muchacha. Cuando la mujer reía, echando la cabeza hacia atrás, brillante la piel de la espalda, la cara de la muchacha quedaba abandonada contra la noche.

Hablando con Arturo, miraba la mesa, traté de adivinar de dónde provenía su secreto, su sensación de cosa extraordinaria. Deseaba quedarme para siempre en paz junto a la muchacha y cuidar de su vida. La vi fumar con el café, los ojos clavados ahora en la boca lenta del hombre viejo. De pronto me miró como antes en el sendero, con los mismos ojos calmos y desafiantes, acostumbrados a contemplar o suponer el desdén. Con una desesperación inexplicable estuve soportando los ojos de la muchacha, revolviendo los míos contra la cabeza juvenil, larga y noble; escapando del inaprehensible secreto para escarbar en la tormenta nocturna, para conquistar la intensidad del cielo y derramarla, imponerla en aquel rostro de niña que me observaba inmóvil e inexpresivo. El rostro que dejaba fluir, sin propósito, sin saberlo, contra mi cara seria y gastada de hombre, la dulzura y la humildad adolescente de las mejillas violáceas y pecosas.

Arturo sonreía fumando un cigarrillo.

—¿Tú también, Bruto? —preguntó.

—¿Yo también qué?

—La niña de la bicicleta, la niña de la ventana. Si no tuviera que irme ahora mismo...

—No entiendo.

—Esa, la del vestido amarillo. ¿No la habías visto antes?

—Una vez. Esta tarde, desde la baranda. Antes que volvieras de la playa.

—El amor a primera vista —asintió Arturo—. Y la juventud intacta, la experiencia cubierta de cicatrices. Es una linda historia. Pero, lo confieso, hay uno que la cuenta mejor. Esperá.

El mozo se acercó para recoger los platos y la frutera.

—¿Café? —preguntó. Era pequeño, con una oscura cara de mono.

—Bueno —sonrió Arturo—; eso que llaman café. También le dicen señorita a la muchacha de amarillo junto a la ventana. Mi amigo está muy curioso; quiere saber algo sobre las excursiones nocturnas de la nena.

Me desabroché el saco y busqué los ojos de la muchacha. Pero ya su cabeza se

había vuelto a un lado y la manga negra del hombre anciano cortaba en diagonal el vestido amarillo. En seguida el peinado con flor de la mujer se inclinó, cubriendo la cara pecosa. Sólo quedó de la muchacha algo del pelo retinto, metálico en la cresta que recibía la luz. Yo recordaba la magia de los labios y la mirada; magia es una palabra que no puedo explicar, pero que escribo ahora sin remedio, sin posibilidad de sustituirla.

—Nada malo —proseguía Arturo con el mozo—. El señor, mi amigo, se interesa por el ciclismo. Decime. ¿Qué sucede de noche cuando papi y mami, si son, duermen?

El mozo se balanceaba sonriendo, la frutera vacía a la altura de un hombro.

—Y nada —dijo por fin—. Es sabido. A medianoche la señorita sale en bicicleta; a veces va al bosque, otras a las dunas —había logrado ponerse serio y repetía sin malicia—: Qué le voy a decir. No sé nada más, aunque se diga. Nunca estuve mirando. Que vuelve despeinada y sin pintura. Que una noche me tocaba guardia y la encontré y me puso diez pesos en la mano. Los muchachos ingleses que están en el Atlantic hablan mucho. Pero yo no digo nada porque no vi.

Arturo se rió, golpeando una pierna del mozo.

—Ahí tenés —dijo, como si se tratara de una victoria.

—Perdone —pregunté al mozo—. ¿Qué edad puede tener?

—¿La señorita?

—A veces, esta tarde, me hacía pensar en una criatura; ahora parece mayor.

—De eso sé con seguridad, señor —dijo el mozo—. Por los libros tiene quince, los cumplió aquí hace unos días. Entonces, ¿dos cafés? —Se inclinó antes de marcharse.

Yo trataba de sonreír bajo la mirada alegre de Arturo; la mano con la pipa me temblaba en la esquina del mantel.

—En todo caso —dijo Arturo—, resulte o no resulte, es un plan de vida más interesante que vivir encerrado con un fantasma bigotudo.

Al dejar la mesa la muchacha volvió a mirarme, desde su altura ahora, una mano todavía enredada en la servilleta, fugazmente, mientras el aire de la ventana le agitaba los pelos rígidos de la frente y yo dejaba de creer en lo que había contado el mozo y Arturo aceptaba.

En la galería, con la valija y el abrigo en el brazo, Arturo me golpeó el hombro.

—Una semana y nos vemos. Caigo por el Jauja y te encuentro en una mesa saboreando la flor de la sabiduría. Bueno, largos paseos en bicicleta.

Saltó al jardín y fue hacia el grupo de coches estacionados frente a la terraza. Cuando Arturo cruzó las luces encendí la pipa, me apoyé en la baranda y olí el aire. La tormenta parecía lejana. Volví al dormitorio y estuve tirado en la cama, escuchando la música que llegaba interrumpida desde el comedor del hotel, donde tal vez hubieran empezado ya a bailar. Encerré en la mano el calor de la pipa y fui resbalando en un lento sueño, en un mundo engrasado y sin aire, donde había sido



condenado a avanzar, con enorme esfuerzo y sin deseos, boquiabierto, hacia la salida donde dormía la intensa luz indiferente de la mañana, inalcanzable.

Desperté sudando y fui a sentarme nuevamente en el sillón. Ni Julián ni los recuerdos infantiles habían aparecido en la pesadilla. Dejé el sueño olvidado en la cama, respiré el aire de tormenta que entraba por la ventana, con el olor a mujer, lerdo y caliente. Casi sin moverme arranqué el papel de abajo de mi cuerpo y miré el título, la desteñida foto de Julián. Dejé caer el diario, me puse un impermeable, apagué la luz del dormitorio y salté desde la baranda hasta la tierra blanda del jardín. El viento formaba eses gruesas y me rodeaba la cintura. Elegí cruzar el césped hasta pisar el pedazo de arena donde había estado sentada la muchacha en la tarde. Las medias grises acribilladas por las pinochas, luego los pies desnudos en las manos, las escasas nalgas achatadas contra el suelo. El bosque estaba a mi izquierda, los médanos a la derecha; todo negro y el viento golpeándome ahora la cara. Escuché pasos y vi en seguida la luminosa sonrisa del mozo, la cara de mono junto a mi hombro.

—Mala suerte —dijo el mozo—. Lo dejó.

Quería golpearlo pero sosegué en seguida las manos que arañaban dentro de los bolsillos del impermeable y estuve jadeando hacia el ruido del mar, inmóvil, los ojos entornados, resuelto y con lástima por mí mismo.

—Debe hacer diez minutos que salió —continuó el mozo. Sin mirarlo, supe que había dejado de sonreír y torcía su cabeza hacia la izquierda—. Lo que puede hacer ahora es esperarla a la vuelta. Si le da un buen susto...

Desabroché lentamente el impermeable, sin volverme; saqué un billete del bolsillo del pantalón y se lo pasé al mozo. Esperé hasta no oír los pasos del mozo que iban hacia el hotel. Luego incliné la cabeza, los pies afirmados en la tierra elástica y el pasto donde había estado ella, envasado en aquel recuerdo, el cuerpo de la muchacha y sus movimientos en la remota tarde, protegido de mí mismo y de mi pasado por una ya imperecedera atmósfera de creencia y esperanza sin destino, respirando en el aire caliente donde todo estaba olvidado.

#### 4

La vi de pronto, bajo la exagerada luna de otoño. Iba sola por la orilla, sorteando las rocas y los charcos brillantes y crecientes, empujando la bicicleta, ahora sin el cómico vestido amarillo, con pantalones ajustados y una chaqueta de marinero. Nunca la había visto con esas ropas y su cuerpo y sus pasos no habían tenido tiempo de hacérseme familiares. Pero la reconocí en seguida y crucé la playa casi en línea recta hacia ella.

—Noches —dije.

Un rato después se volvió para mirarme la cara; se detuvo e hizo girar la bicicleta hacia el agua. Me miró un tiempo con atención y ya tenía algo solitario y desamparado cuando volví a saludarla. Ahora me contestó. En la playa desierta la voz le chillaba como un pájaro. Era una voz desapacible y ajena, tan separada de ella, de la hermosa cara triste y flaca; era como si acabara de aprender un idioma, un tema de conversación en lengua extranjera. Alargué un brazo para sostener la bicicleta. Ahora yo estaba mirando la luna y ella protegida por la sombra.

—¿Para dónde iba? —dije y agregué—: Criatura.

—Para ningún lado —sonó trabajosa la voz extraña—. Siempre me gusta pasear de noche por la playa.

Pensé en el mozo, en los muchachos ingleses del Atlantic; pensé en todo lo que había perdido para siempre, sin culpa mía, sin ser consultado.

—Dicen... —dije.

El tiempo había cambiado: ni frío ni viento. Ayudando a la muchacha a sostener la bicicleta en la arena al borde del ruido del mar, tuve una sensación de soledad que nadie me había permitido antes; soledad, paz y confianza.

—Si usted no tiene otra cosa que hacer, dicen que hay, muy cerca, un barco convertido en bar y restaurante.

La voz dura repitió con alegría inexplicable:

—Dicen que hay muy cerca un barco convertido en bar y restaurante.

La oí respirar con fatiga; después agregó:

—No, no tengo nada que hacer. ¿Es una invitación? ¿Y así, con esta ropa?

—Es. Con esa ropa.

Cuando dejó de mirarme le vi la sonrisa; no se burlaba, parecía feliz y poco acostumbrada a la felicidad.

—Usted estaba en la mesa de al lado con su amigo. Su amigo se fue esta noche. Pero se me pinchó una goma en cuanto salí del hotel.

Me irritó que se acordara de Arturo; le quité el manubrio de las manos y nos pusimos a caminar junto a la orilla, hacia el barco.

Dos o tres veces dije una frase muerta; pero ella no contestaba. Volvían a crecer el calor y el aire de tormenta. Sentí que la chica entristecía a mi lado; espí sus pasos tenaces, la decidida verticalidad del cuerpo, las nalgas de muchacho que apretaba el pantalón ordinario.

El barco estaba allí, embicado y sin luces.

—No hay barco, no hay fiesta —dije—. Le pido perdón por haberla hecho caminar tanto y para nada.

Ella se había detenido para mirar el carguero ladeado bajo la luna. Estuvo un rato así, las manos en la espalda como sola, como si se hubiera olvidado de mí y de la bicicleta. La luna bajaba hacia el horizonte de agua o ascendía de allí. De pronto la muchacha se dio vuelta y vino hacia mí; no dejé caer la bicicleta. Me tomó la cara

entre las manos ásperas y la fue moviendo hasta colocarla en la luz.

—Qué —roncó—. Hablaste. Otra vez.

Casi no podía verla pero la recordaba. Recordaba muchas otras cosas a las que ella, sin esfuerzo, servía de símbolo. Había empezado a quererla y la tristeza comenzaba a salir de ella y derramarse sobre mí.

—Nada —dije—. No hay barco, no hay fiesta.

—No hay fiesta —dijo otra vez; ahora columbré la sonrisa en la sombra, blanca y corta como la espuma de las pequeñas olas que llegaban hasta pocos metros de la orilla. Me besó de golpe; sabía besar y la sentí la cara caliente, húmeda de lágrimas. Pero no solté la bicicleta.

—No hay fiesta —dijo otra vez, ahora con la cabeza inclinada, oliéndome el pecho. La voz era más confusa, casi gutural—. Tenía que verte la cara —de nuevo me la alzó contra la luna—. Tenía que saber que no estaba equivocada. ¿Se entiende?

—Sí —mentí; y entonces ella me sacó la bicicleta de las manos, montó e hizo un gran círculo sobre la arena húmeda.

Cuando estuvo a mi lado se apoyó con una mano en mi nuca y volvimos hacia el hotel. Nos apartamos de las rocas y desviamos hacia el bosque. No lo hizo ella ni lo hice yo. Se detuvo junto a los primeros pinos y dejó caer la bicicleta.

—La cara. Otra vez. No quiero que te enojés —suplicó.

Dócilmente miré hacia la luna, hacia las primeras nubes que aparecían en el cielo.

—Algo —dijo con su extraña voz—. Quiero que digas algo. Cualquier cosa.

Me puso una mano en el pecho y se empinó para acercar los ojos de niña a mi boca.

—Te quiero. Y no sirve. Y es otra manera de la desgracia —dije después de un rato, hablando casi con la misma lentitud que ella.

Entonces la muchacha murmuró «pobrecito» como si fuera mi madre, con su rara voz, ahora tierna y vindicativa, y empezamos a enfurecer y besarnos. Nos ayudamos a desnudarla en lo imprescindible y tuve de pronto dos cosas que no había merecido nunca: su cara doblegada por el llanto y la felicidad bajo la luna, la certeza desconcertante de que no habían entrado antes en ella.

Nos sentamos cerca del hotel sobre la humedad de las rocas. La luna estaba cubierta. Ella se puso a tirar piedritas; a veces caían en el agua con un ruido exagerado; otras, apenas se apartaban de sus pies. No parecía notarlo.

Mi historia era grave y definitiva. Yo la contaba con una seria voz masculina, resuelto con furia a decir la verdad, despreocupado de que ella creyera o no.

Todos los hechos acababan de perder su sentido y sólo podrían tener, en adelante, el sentido que ella quisiera darles. Hablé, claro, de mi hermano muerto; pero ahora, desde aquella noche, la muchacha se había convertido —retrocediendo para clavarse como una larga aguja en los días pasados— en el tema principal de mi cuento. De vez en cuando la oía moverse y decirme que sí con su curiosa voz mal formada. También era forzoso aludir a los años que nos separaban, apenarse con exceso, fingir una

desolada creencia en el poder de la palabra imposible, mostrar un discreto desánimo ante las luchas inevitables. No quise hacerle preguntas y las afirmaciones de ella, no colocadas siempre en la pausa exacta, tampoco pedían confesiones. Era indudable que la muchacha me había liberado de Julián, y de muchas otras ruinas y escorias que la muerte de Julián representaba y había traído a la superficie; era indudable que yo, desde una media hora atrás, la necesitaba y continuaría necesiéndola.

La acompañé hasta cerca de la puerta del hotel y nos separamos sin decirnos nuestros nombres. Mientras se alejaba creí ver que las dos cubiertas de la bicicleta estaban llenas de aire. Acaso me hubiera mentido en aquello pero ya nada tenía importancia. Ni siquiera la vi entrar en el hotel y yo mismo pasé en la sombra, de largo, frente a la galería que comunicaba con mi habitación; seguí trabajosamente hacia los médanos, deseando no pensar en nada, por fin, y esperar la tormenta.

Caminé hacia las dunas y luego, ya lejos, volví en dirección al monte de eucaliptos. Anduve lentamente entre los árboles, entre el viento retorcido y su lamento, bajo los truenos que amenazaban elevarse del horizonte invisible, cerrando los ojos para defenderlos de los picotazos de la arena en la cara. Todo estaba oscuro y —como tuve que contarle varias veces después— no divisé un farol de bicicleta, suponiendo que alguien los usara en la playa, ni siquiera el punto de brasa de un cigarrillo de alguien que caminara o descansase sentado en la arena, sobre las hojas secas, apoyado en un tronco, con las piernas recogidas, cansado, húmedo, contento. Ese había sido yo; y aunque no sabía rezar, anduve dando las gracias, negándome a la aceptación, incrédulo.

Estaba ahora al final de los árboles, a cien metros del mar y frente a las dunas. Sentía heridas las manos y me detuve para chuparlas. Caminé hacia el ruido del mar hasta pisar la arena húmeda de la orilla. No vi, repito, ninguna luz, ningún movimiento, en la sombra; no escuché ninguna voz que partiera o deformara el viento.

Abandoné la orilla y empecé a subir y bajar las dunas, resbalando en la arena fría que me entraba chisporroteante en los zapatos, apartando con las piernas los arbustos, corriendo casi, rabioso y con una alegría que me había perseguido durante años y ahora me daba alcance, excitado como si no pudiera detenerme nunca, riendo en el interior de la noche ventosa, subiendo y bajando a la carrera las diminutas montañas, cayendo de rodillas y aflojando el cuerpo hasta poder respirar sin dolor, la cara doblada hacia la tormenta que venía del agua. Después fue como si también me dieran caza todos los desánimos y las renunciaciones; busqué durante horas, sin entusiasmo, el camino de regreso al hotel. Entonces me encontré con el mozo y repetí el acto de no hablarle, de ponerle diez pesos en la mano. El hombre sonrió y yo estaba lo bastante cansado como para creer que había entendido, que todo el mundo entendía y para siempre.

Volví a dormir medio vestido en la cama como en la arena, escuchando la tormenta que se había resuelto por fin, golpeado por los truenos, hundiéndome

sediento en el ruido colérico de la lluvia.

## 5

Había terminado de afeitarme cuando escuché en el vidrio de la puerta que daba a la baranda el golpe de los dedos. Era muy temprano; supe que las uñas de los dedos eran largas y estaban pintadas con ardor. Sin dejar la toalla, abrí la puerta; era fatal, allí estaba.

Tenía el pelo teñido de rubio y acaso a los veinte años hubiera sido rubia; llevaba un traje sastre de cheviot que los días y los planchados le habían apretado contra el cuerpo y un paraguas verde, con mango de marfil, tal vez nunca abierto. De las tres cosas, dos le había adivinado yo —o supuesto sin error— a lo largo de la vida, y en el velorio de mi hermano.

—Betty —dijo al volverse, con la mejor sonrisa que podía mostrar.

Fingí no haberla visto nunca, no saber quién era. Se trataba, apenas, de una manera del piropo, de una forma retorcida de la delicadeza que ya no me interesaba.

Esta era, pensé, ya no volverá a serlo, la mujer que yo distinguía borrosa detrás de los vidrios sucios de un café de arrabal, tocándole los dedos a Julián en los largos prólogos de los viernes o los lunes.

—Perdón —dijo— por venir de tan lejos a molestarlo y a esta hora. Sobre todo en estos momentos en que usted, como el mejor de los hermanos de Julián... Hasta ahora mismo, le juro, no puedo aceptar que esté muerto.

La luz de la mañana la avejentaba y debió parecer otra cosa en el departamento de Julián, incluso en el café. Yo había sido, hasta el fin, el único hermano de Julián; ni mejor ni peor. Estaba vieja y parecía fácil aplacarla. Tampoco yo, a pesar de todo lo visto y oído, a pesar del recuerdo de la noche anterior en la playa, aceptaba del todo la muerte de Julián. Sólo cuando incliné la cabeza y la invité con un brazo a entrar en mi habitación descubrí que usaba sombrero y lo adornaba con violetas frescas, rodeadas de hojas de hiedra.

—Llámeme Betty —dijo, y eligió para sentarse el sillón que escondía el diario, la foto, el título, la crónica indecisamente crapulosa—. Pero era cuestión de vida o muerte.

No quedaban rastros de la tormenta y la noche podía no haber sucedido. Miré el sol en la ventana, la mancha amarillenta que empezaba a buscar la alfombra. Sin embargo, era indudable que yo me sentía distinto, que respiraba el aire con avidez; que tenía ganas de caminar y sonreír, que la indiferencia —y también la crueldad— se me aparecían como formas posibles de la virtud. Pero todo esto era confuso y sólo pude comprenderlo un rato después.

Me acerqué al sillón y ofrecí mis excusas a la mujer, a aquella desusada manera de la suciedad y la desdicha. Extraje el diario, gasté algunos fósforos y lo hice bailar encendido por encima de la baranda.

—El pobre Julián —dijo ella a mis espaldas.

Volví al centro de la habitación, encendí la pipa y me senté en la cama. Descubrí repentinamente que era feliz y traté de calcular cuántos años me separaban de mi última sensación de felicidad. El humo de la pipa me molestaba los ojos. La bajé hasta las rodillas y estuve mirando con alegría aquella basura en el sillón, aquella maltratada inmundicia que se recostaba, inconsciente, sobre la mañana apenas nacida.

—Pobre Julián —repetí—. Lo dije muchas veces en el velorio y después. Ya me cansé, todo llega. La estuve esperando en el velorio y usted no vino. Pero, entiéndame, gracias a este trabajo de esperarla yo sabía cómo era usted, podía encontrarla en la calle y reconocerla.

Me examinó con desconcierto y volvió a sonreír.

—Sí, creo comprender —dijo.

No era muy vieja, estaba aún lejos de mi edad y de la de Julián. Pero nuestras vidas habían sido muy distintas y lo que me ofrecía desde el sillón no era más que gordura, una arrugada cara de beba, el sufrimiento y el rencor disimulado, la pringue de la vida pegada para siempre a sus mejillas, a los ángulos de la boca, a las ojeras rodeadas de surcos. Tenía ganas de golpearla y echarla.

Pero me mantuve quieto, volví a fumar y le hablé con voz dulce:

—Betty. Usted me dio permiso para llamarla Betty. Usted dijo que se trataba de un asunto de vida o muerte. Julián está muerto, fuera del problema. ¿Qué más entonces, quién más?

Se retrepó entonces en el sillón de cretona descolorida, sobre el forro de grandes flores bárbaras y me estuvo mirando como a un posible cliente: con el inevitable odio y con cálculo.

—¿Quién muere ahora? —insistí—. ¿Usted o yo?

Aflojó el cuerpo y estuvo preparando una cara emocionante. La miré, admití que podía convencer; y no sólo a Julián. Detrás de ella se estiraba la mañana de otoño, sin nubes, la pequeña gloria ofrecida a los hombres. La mujer, Betty, torció la cabeza y fue haciendo crecer una sonrisa de amargura.

—¿Quién? —dijo hacia el placard—. Usted y yo. No crea, el asunto recién empieza. Hay pagarés con su firma, sin fondos dicen, que aparecen ahora en el juzgado. Y está la hipoteca sobre mi casa, lo único que tengo. Julián me aseguró que no era más que una oferta; pero la casa, la casita, está hipotecada. Y hay que pagar en seguida. Si queremos salvar algo del naufragio. O si queremos salvarnos.

Por las violetas en el sombrero y por el sudor de la cara, yo había presentido que era inevitable escuchar, más o menos tarde en la mañana de sol, alguna frase semejante.

—Sí —dije—, parece que tiene razón, que tenemos que unirnos y hacer algo.

Desde muchos años atrás no había sacado tanto placer de la mentira, de la farsa y la maldad. Pero había vuelto a ser joven y ni siquiera a mí mismo tenía que dar explicaciones.

—No sé —dije sin cautela— cuánto conoce usted de mi culpa, de mi intervención en la muerte de Julián. En todo caso, puedo asegurarle que nunca le aconsejé que hipotecara su casa, su casita. Pero le voy a contar todo. Hace unos tres meses estuve con Julián. Un hermano comiendo en un restaurante con su hermano mayor. Y se trataba de hermanos que no se veían más de una vez por año. Creo que era el cumpleaños de alguien; de él, de nuestra madre muerta. No recuerdo y no tiene importancia. La fecha, cualquiera que sea, parecía desanimarlo. Le hablé de un negocio de cambios de monedas; pero nunca le dije que robara plata a la Cooperativa.

Ella dejó pasar un tiempo ayudándose con un suspiro y estiró los largos tacos hasta el cuadrilátero de sol en la alfombra. Esperó a que la mirara y volvió a sonreírme; ahora se parecía a cualquier aniversario, al de Julián o al de mi madre. Era la ternura y la paciencia, quería guiarme sin tropiezos.

—Botija —murmuró, la cabeza sobre un hombro, la sonrisa contra el límite de la tolerancia—. ¿Hace tres meses? —resopló mientras alzaba los hombros—. Botija, Julián robaba de la Cooperativa desde hace cinco años. O cuatro. Me acuerdo. Le hablaste, m'hijito, de una combinación con dólares, ¿no? No sé quién cumplía años aquella noche. Y no faltó al respeto. Pero Julián me lo contó todo y yo no le podía parar los ataques de risa. Ni siquiera pensó en el plan de los dólares, si estaba bien o mal. Él robaba y jugaba a los caballos. Le iba bien y le iba mal. Desde hacía cinco años, desde antes de que yo lo conociera.

—Cinco años —repetí mascando la pipa. Me levanté y fui hasta la ventana. Quedaban restos de agua en los yuyos y en la arena. El aire fresco no tenía nada que ver con nosotros, con nadie.

En alguna habitación del hotel, encima de mí, estaría durmiendo en paz la muchacha, despatarrada, empezando a moverse entre la insistente desesperación de los sueños y las sábanas calientes. Yo la imaginaba y seguía queriéndola, amaba su respiración, sus olores, las supuestas alusiones al recuerdo nocturno, a mí, que pudieran caber en su estupor matinal. Volví con pesadez de la ventana y estuve mirando sin asco ni lástima lo que el destino había colocado en el sillón del dormitorio del hotel. Se acomodaba las solapas del traje sastre que, a fin de cuentas, tal vez no fuera de cheviot; sonreía al aire, esperaba mi regreso, mi voz. Me sentí viejo y ya con pocas fuerzas. Tal vez el ignorado perro de la dicha me estuviera lamiendo las rodillas, las manos; tal vez sólo se tratara de lo otro; que estaba viejo y cansado. Pero, en todo caso, me vi obligado a dejar pasar el tiempo, a encender de nuevo la pipa, a jugar con la llama del fósforo, con su ronquido.

—Para mí —dije— todo está perfecto. Es seguro que Julián no usó un revólver para hacerle firmar la hipoteca. Y yo nunca firmé un pagaré. Si falsificó la firma y pudo vivir así cinco años —creo que usted dijo cinco—, bastante tuvo, bastante

tuvieron los dos. La miro, la pienso, y nada me importa que le saquen la casa o la entierren en la cárcel. Yo no firmé, nunca un pagaré para Julián. Desgraciadamente para usted, Betty, y el nombre me parece inadecuado, siento que ya no le queda bien, no hay peligros ni amenazas que funcionen. No podemos ser socios en nada; y eso es siempre una tristeza. Creo que es más triste para las mujeres. Voy a la galería a fumar y mirar cómo crece la mañana. Le quedaré muy agradecido si se va enseguida, si no hace mucho escándalo, Betty.

Salí fuera y me dediqué a insultarme en voz baja, a buscar defectos en la prodigiosa mañana de otoño. Oí, muy lejana, la indolente puteada que hizo sonar a mis espaldas. Escuché, casi en seguida, el portazo.

Un Ford pintado de azul apareció cerca del caserío.

Yo era pequeño y aquello me pareció inmerecido, organizado por la pobre, incierta imaginación de un niño. Yo había mostrado siempre desde la adolescencia mis defectos, tenía razón siempre, estaba dispuesto a conversar y discutir, sin reservas ni silencios. Julián, en cambio —y empecé a tenerle simpatía y otra forma muy distinta de la lástima— nos había engañado a todos durante muchos años. Este Julián que sólo había podido conocer muerto, se reía de mí, levemente, desde que empezó a confesar la verdad, a levantar sus bigotes y su sonrisa, en el ataúd. Tal vez continuara riéndose de todos nosotros a un mes de su muerte. Pero para nada me servía inventarme el rencor o el desencanto.

Sobre todo, me irritaba el recuerdo de nuestra última entrevista, la gratuidad de sus mentiras, no llegar a entender por qué me había ido a visitar, con riesgos, para mentir por última vez. Porque Betty sólo me servía para la lástima o el desprecio; pero yo estaba creyendo en su historia, me sentía seguro de la incesante suciedad de la vida.

Un Ford pintado de azul roncaba subiendo la cuesta, detrás del chalet de techo rojo, salió al camino y cruzó delante de la baranda siguiendo hasta la puerta del hotel. Vi bajar a un policía con su desteñido uniforme de verano, a un hombre extraordinariamente alto y flaco con traje de anchas rayas y un joven vestido de gris, rubio, sin sombrero, al que veía sonreír a cada frase, sosteniendo el cigarrillo con dos dedos alargados frente a la boca.

El gerente del hotel bajó con lentitud la escalera y se acercó a ellos mientras el mozo de la noche anterior salía de atrás de una columna de la escalinata, en mangas de camisa, haciendo brillar su cabeza retinta. Todos hablaban con pocos gestos, sin casi cambiar el lugar, el lugar donde tenían apoyados los pies, y el gerente sacaba un pañuelo del bolsillo interior del saco, se lo pasaba por los labios y volvía a guardarlo profundamente para, a los pocos segundos, extraerlo con un movimiento rápido y aplastarlo y moverlo sobre su boca. Entré para comprobar que la mujer se había ido; y al salir nuevamente a la galería, al darme cuenta de mis propios movimientos, de la morosidad con que deseaba vivir y ejecutar cada actitud como si buscara acariciar con las manos lo que éstas habían hecho, sentí que era feliz en la mañana, que podía



haber otros días esperándome en cualquier parte.

Vi que el mozo miraba hacia el suelo y los otros cuatro hombres alzaban la cabeza, y me dirigían caras de observación distraída. El joven rubio tiró el cigarrillo lejos; entonces comencé a separar los labios hasta sonreír y saludé, moviendo la cabeza, al gerente, y en seguida, antes de que pudiera contestar, antes de que se inclinara, mirando siempre hacia la galería, golpeándose la boca con el pañuelo, alcé una mano y repetí mi saludo. Volví al cuarto para terminar de vestirme.

Estuve un momento en el comedor, mirando desayunar a los pasajeros y después decidí tomar una ginebra, nada más que una, junto al mostrador del bar, compré cigarrillos y bajé hasta el grupo que esperaba al pie de la escalera. El gerente volvió a saludarme y noté que la mandíbula le temblaba, apenas, rápidamente. Dije algunas palabras y oí que hablaban; el joven rubio vino a mi lado y me tocó un brazo. Todos estaban en silencio y el rubio y yo nos miramos y sonreímos. Le ofrecí un cigarrillo y él lo encendió sin apartar los ojos de mi cara; después dio tres pasos retrocediendo y volvió a mirarme. Tal vez nunca hubiera visto la cara de un hombre feliz; a mí me pasaba lo mismo. Me dio la espalda, caminó hasta el primer árbol del jardín y se apoyó allí con un hombre. Todo aquello tenía un sentido y, sin comprenderlo, supe que estaba de acuerdo y moví la cabeza asintiendo. Entonces el hombre altísimo dijo:

—¿Vamos hasta la playa en el coche?

Me adelanté y fui a instalarme junto al asiento del chofer. El hombre alto y el rubio se sentaron atrás. El policía llegó sin apuro al volante y puso en marcha el coche. En seguida rodamos velozmente en la calmosa mañana; yo sentía el olor del cigarrillo que estaba fumando el muchacho, sentía el silencio y la quietud del otro hombre, la voluntad rellenoando ese silencio y esa quietud. Cuando llegamos a la playa el coche atracó junto a un montón de piedras grises que separaban el camino de la arena. Bajamos, pasamos alzando las piernas por encima de las piedras y caminamos hacia el mar. Yo iba junto al muchacho rubio.

Nos detuvimos en la orilla. Estábamos los cuatro en silencio, con las corbatas sacudidas por el viento. Volvimos a encender cigarrillos.

—No está seguro el tiempo —dije.

—¿Vamos? —contestó el joven rubio.

El hombre alto del traje a rayas estiró un brazo hasta tocar al muchacho en el pecho y dijo con voz gruesa:

—Fíjese. Desde aquí a las dunas. Dos cuabras. No mucho más ni menos.

El otro asintió en silencio, alzando los hombros como si aquello no tuviera importancia. Volvió a sonreír y me miró.

—Vamos —dije, y me puse a caminar hasta el automóvil. Cuando iba a subir, el hombre alto me detuvo.

—No —dijo—. Es ahí, cruzando.

En frente había un galpón de ladrillos manchados de humedad. Tenía techo de zinc y letras oscuras pintadas arriba de la puerta. Esperamos mientras el policía

volvía con una llave. Me di vuelta para mirar el mediodía cercano sobre la playa; el policía separó el candado abierto y entramos todos en la sombra y el inesperado frío. Las vigas brillaban negras, suavemente untadas de alquitrán, y colgaban pedazos de arpillera del techo. Mientras caminábamos en la penumbra gris sentí crecer el galpón, más grande a cada paso, alejándome de la mesa larga formada con caballetes que estaba en el centro. Miré la forma estirada pensando quién enseña a los muertos la actitud de la muerte. Había un charco estrecho de agua en el suelo y goteaba desde una esquina de la mesa. Un hombre descalzo, con la camisa abierta sobre el pecho colorado, se acercó carraspeando y puso una mano en una punta de la mesa de tablones, dejando que su corto índice se cubriera en seguida, brillante, del agua que no acababa de chorrear. El hombre alto estiró un brazo y destapó la cara sobre las tablas dando un tirón a la lona. Miré el aire, el brazo rayado del hombre que había quedado estirado contra la luz de la puerta sosteniendo el borde con anillas de la lona. Volví a mirar al rubio sin sombrero e hice una mueca triste.

—Mire aquí —dijo el hombre alto.

Fui viendo que la cara de la muchacha estaba torcida hacia atrás y parecía que la cabeza, morada, con manchas de un morado rojizo sobre un delicado, anterior morado azulado, tendría que rodar desprendida de un momento a otro si alguno hablaba fuerte, si alguno golpeaba el suelo con los zapatos, simplemente si el tiempo pasaba.

Desde el fondo, invisible para mí, alguien empezó a recitar con voz ronca y ordinaria, como si hablara conmigo. ¿Con quién otro?

—Las manos y los pies, cuya epidermis está ligeramente blanqueada y doblegada en la extremidad de los dedos, presentan además, en la ranura de las uñas, una pequeña cantidad de arena y limo. No hay herida, ni escoriación en las manos. En los brazos, y particularmente en su parte anterior, encima de la muñeca, se encuentran varias equimosis superpuestas, dirigidas transversalmente y resultantes de una presión violenta ejercida en los miembros superiores.

No sabía quién era, no deseaba hacer preguntas. Sólo tenía, me lo estaba repitiendo, como única defensa, el silencio. El silencio por nosotros. Me acerqué un poco más a la mesa y estuve palpando la terquedad de los huesos de la frente. Tal vez los cinco hombres esperaran algo más; y yo estaba dispuesto a todo. La bestia, siempre en el fondo del galpón, enumeraba ahora con su voz vulgar:

—La faz está manchada por un líquido azulado y sanguinolento que ha fluido por la boca y la nariz. Después de haberla lavado cuidadosamente, reconocemos en torno de la boca extensa escoriación con equimosis, y la impresión de las uñas hincadas en las carnes. Dos señales análogas existen debajo del ojo derecho, cuyo párpado inferior está fuertemente contuso. A más de las huellas de la violencia que han sido ejecutadas manifiestamente durante la vida, nótanse en el rostro numerosos desgarros, puntuados, sin rojez, sin equimosis, con simple desecamiento de la epidermis y producidos por el roce del cuerpo contra la arena. Véase una infiltración

de sangre coagulada, a cada lado de la laringe. Los tegumentos están invadidos por la putrefacción y pueden distinguirse en ellos vestigios de contusiones o equimosis. El interior de la tráquea y de los bronquios contiene una pequeña cantidad de un líquido turbio, oscuro, no espumoso, mezclado con arena.

Era un buen responso, todo estaba perdido. Me incliné para besarle la frente y después, por piedad y amor, el líquido rojizo que le hacía burbujas entre los labios.

Pero la cabeza con su pelo endurecido, la nariz achatada, la boca oscura, alargada en forma de hoz con las puntas hacia abajo, lacias, goteantes, permanecía inmóvil, invariable su volumen en el aire sombrío que olía a sentina, más dura a cada paso de mis ojos por los pómulos y la frente y el mentón que no se resolvía a colgar. Me hablaban uno tras otro, el hombre alto y el rubio, como si realizaran un juego, golpeando alternativamente la misma pregunta. Luego el hombre alto soltó la lona, dio un salto y me sacudió de las solapas. Pero no creía en lo que estaba haciendo, bastaba mirarle los ojos redondos, y en cuanto le sonreí con fatiga, me mostró rápidamente los dientes, con odio y abrió la mano.

—Comprendo, adivino, usted tiene una hija. No se preocupen: firmaré lo que quieran, sin leerlo. Lo divertido es que están equivocados. Pero no tiene importancia. Nada, ni siquiera esto, tiene de veras importancia.

Antes de la luz violenta del sol me detuve y le pregunté con voz adecuada al hombre alto:

—Seré curioso y pido perdón: ¿Usted cree en Dios?

—Le voy a contestar, claro —dijo el gigante—; pero antes, si quiere, no es útil para el sumario, es, como en su caso, pura curiosidad... ¿Usted sabía que la muchacha era sorda?

Nos habíamos detenido exactamente entre el renovado calor del verano y la sombra fresca del galpón.

—¿Sorda? —pregunté—. No, sólo estuve con ella anoche. Nunca me pareció sorda. Pero ya no se trata de eso. Yo le hice una pregunta; usted prometió contestarla.

Los labios eran muy delgados para llamar sonrisa a la mueca que hizo el gigante. Volvió a mirarme sin desprecio, con triste asombro, y se persignó.

1960

# Jacob y el otro

## 1. Cuenta el médico

Media ciudad debió haber estado anoche en el Cine Apolo, viendo la cosa y participando también del tumultuoso final. Yo estaba aburriéndome en la mesa de póker del club y sólo intervine cuando el portero me anunció el llamado urgente del hospital. El club no tiene más que una línea telefónica; pero cuando salí de la cabina todos conocían la noticia mucho mejor que yo. Volví a la mesa para cambiar las fichas y pagar las cajas perdidas.

Burmestein no se había movido; baboseó un poco más el habano y me dijo con su voz gorda y pareja:

—En su lugar, perdone, me quedaría para aprovechar la racha. Total, aquí mismo puede firmar el certificado de defunción.

—Todavía no, parece —contesté tratando de reír. Me miré las manos mientras manejaban fichas y billetes; estaban tranquilas, algo cansadas. Había dormido apenas un par de horas la noche anterior, pero esto era ya casi una costumbre; había bebido dos coñacs en esta noche y agua mineral en la comida.

La gente del hospital conocía de memoria mi coche y todas sus enfermedades. Así que me estaba esperando la ambulancia en la puerta del club. Me senté al lado del gallego y sólo le oí el saludo; estaba esperando en silencio, por respeto o por emoción, que yo empezara el diálogo. Me puse a fumar y no hablé hasta que doblamos la curva de Tabarez y la ambulancia entró en la noche de primavera del camino de cemento, blanca y ventosa, fría y tibia, con nubes desordenadas que rozaban el molino y los árboles altos. —Herminio— dije —¿cuál es el diagnóstico?

Vi la alegría que trataba de esconder el gallego, imaginé el suspiro con que celebraba el retorno a lo habitual, a los viejos ritos sagrados. Empezó a decir, con el más humilde y astuto de sus tonos; comprendí que el caso era serio o estaba perdido.

—Apenas si lo vi, doctor. Lo levanté del teatro en la ambulancia, lo llevé al hospital a noventa o cien porque el chico Fernández me apuraba y también era mi deber. Ayudé a bajarlo y en seguida me ordenaron que fuera por usted al club.

—Fernández, bueno. ¿Pero quién está de guardia?

—El doctor Rius, doctor.

—¿Por qué no opera Rius? —pregunté en voz alta.

—Bien —dijo Herminio y se tomó tiempo esquivando un bache lleno de agua

brillante—. Debe haberse puesto a operar en seguida, digo. Pero si lo tiene a usted al lado...

—Usted cargó y descargó. Con eso le basta. ¿Cuál es el diagnóstico?

—Qué doctor... —sonrió el gallego con cariño. Empezábamos a ver las luces del hospital, la blancura de las paredes bajo la luna—. No se movía ni se quejaba, empezaba a inflarse como un globo, costillas en el pulmón, una tibia al aire, conmoción casi segura. Pero cayó de espaldas arriba de dos sillas y, perdóneme, el asunto debe estar en la vertebral. Si hay o no hay fractura.

—¿Se muere o no? Usted nunca se equivocó, Herminio.

Se había equivocado muchas veces pero siempre con excusas.

—Esta vez no hablo —cabeceó mientras frenaba.

Me cambié la ropa y empezaba a lavarme las manos cuando entró Rius.

—Si quiere trabajar —dijo—, lo tiene listo en dos minutos. No hice casi nada porque no hay nada que hacer. Morfina, en todo caso, para que él y nosotros nos quedemos tranquilos. Sólo tirando una monedita al aire se puede saber por dónde conviene empezar.

—¿Tanto?

—Politraumatizado, coma profundo, palidez, pulso filiforme, gran polipnea y cianosis. El hemitórax derecho no respira. Colapsado. Crepitación y angulación de la sexta costilla derecha. Macidez en la base pulmonar derecha con hipersonoridad en el ápex pulmonar. El coma se hace cada vez más profundo y se acentúa el síndrome de anemia aguda. Hay posibilidad de ruptura de arterias intercostales. ¿Alcanza? Yo lo dejaría en paz.

Entonces recurrí a mi gastada frase de mediocre heroicidad, a la leyenda que me rodea como la de una moneda o medalla circunscribe la efigie y que tal vez continúe próxima a mi nombre algunos años después de mi muerte. Pero aquella noche yo no tenía ya ni veinticinco ni treinta años; estaba viejo y cansado, y ante Rius, la frase tantas veces repetida, no era más que una broma familiar. La dije con la nostalgia de la fe perdida, mientras me ponía los guantes. La repetí escuchándome, como un niño que cumple con la fórmula mágica y absurda que le permite entrar o permanecer en el juego.

—A mí, los enfermos se me mueren en la mesa.

Rius se rió como siempre, me apretó un brazo y se fue. Pero casi en seguida, mientras yo trataba de averiguar cuál era el caño roto que goteaba en los lavatorios, se asomó para decirme:

—Hermano, falta algo en el cuadro. No le hablé de la mujer, no sé quién es, que estuvo pateando, o trató de patear al próximo cadáver en la sala del cine y que se acercó a la ambulancia para escupirlo cuando el gallego y Fernández lo cargaban. Estuvo rondando por aquí y la hice echar; pero juró que volvía mañana y que tiene derecho a ver al difunto, tal vez a escupirlo sin apuro.

Trabajé con Rius hasta las cinco de la mañana y pedí un litro de café para

ayudarnos a esperar. A las siete apareció Fernández en la oficina con la cara de desconfianza que Dios le impone para enfrentar los grandes sucesos. La cara estrecha e infantil entorna entonces los ojos, se inclina un poco con la boca en guardia y dice: «Alguien me estafa, la vida no es más que una vasta conspiración para engañarme».

Se acercó a la mesa y quedó allí de pie, blanco y torcido, sin hablarnos.

Rius dejó de improvisar sobre injertos, se abstuvo de mirarlo y manoteó el último sándwich del plato; después se limpió los labios con un papel y preguntó al tintero de hierro, con águila y dos depósitos secos:

—¿Ya?

Fernández respiró para oírse y puso una mano sobre la mesa; movimos las cabezas y le miramos el desconcierto y la sospecha, la delgadez y el cansancio. Idiotizado por el hambre y el sueño, el muchacho se irguió para seguir fiel a la manía de alterar el orden de las cosas, del mundo en que podemos entendernos.

—La mujer está en el corredor, en un banco, con un termo y un mate. Se olvidaron y pudo pasar. Dice que no le importa esperar, que tiene que verlo. A él.

—Sí, hermanito —dijo lentamente Rius; le reconocí en la voz la malignidad habitual de las noches de fatiga, la excitación que gradúa con destreza—. ¿Trajo flores, por lo menos? Se acaba el invierno y cada zanja de Santa María debe estar llena de yuyos. Me gustaría romperle la jeta y dentro de un momento le voy a pedir permiso al jefe para darme una vuelta por los corredores. Pero entretanto la yegua esa podría visitar al difunto y tirarle una florcita y después una escupida y después otra flor.

El jefe era yo; de modo que pregunté:

—¿Qué pasó?

Fernández se acarició velozmente la cara flaca, comprobó sin esfuerzo la existencia de todos los huesos que le había prometido Testut y se puso a mirarme como si yo fuera el responsable de todas las estafas y los engaños que saltaban para sorprenderlo con misteriosa regularidad. Sin odio, sin violencia, descartó a Rius, mantuvo sus ojos suspicaces en mi cara y recitó:

—Mejoría del pulso, respiración y cianosis. Recupera esporádicamente su lucidez.

Aquello era mucho mejor que lo que yo esperaba oír a las siete de la mañana. Pero no tenía base para la seguridad; así que me limité a dar las gracias moviendo la cabeza y elegí turno para mirar el águila bronceada del tintero.

—Hace un rato llegó Dimas —dijo Fernández—. Ya le pasé todo. ¿Puedo irme?

—Sí, claro —Rius se había echado contra el respaldo del sillón y empezaba a sonreír mirándome; tal vez nunca me vio tan viejo, acaso nunca me quiso tanto como aquella mañana de primavera, tal vez estaba averiguando quién era yo y por qué me quería.

—No, hermano —dijo cuando estuvimos solos—. Conmigo, cualquier farsa; pero no la farsa de la modestia, de la indiferencia, la inmundicia que se traduce

sobriamente en «una vez más cumplí con mi deber». Usted lo hizo, jefe. Si esa bestia no reventó todavía, no revienta más. Si en el club le aconsejaron limitarse a un certificado de defunción —es lo que yo hubiera hecho, con mucha morfina, claro, si usted por cualquier razón no estuviera en Santa María—, yo le aconsejo ahora darle al tipo un certificado de inmortalidad. Con la conciencia tranquila y la firma endosada por el doctor Rius. Hágalo, jefe. Y robe en seguida del laboratorio un cóctel de hipnóticos y váyase a dormir veinticuatro horas. Yo me encargo de atender al juez y a la policía, me comprometo a organizar los salivazos de la mujer que espera mateando en el corredor.

Se levantó y vino a palmearme, una sola vez, pero demorando el peso y el calor de la mano.

—Está bien —le dije—. Usted resolverá si hay que mandar a despertarme.

Mientras me quitaba la túnica, con una lentitud y una dignidad que no provenían exclusivamente del cansancio, admití que el éxito de la operación, de las operaciones, me importaba tanto como el cumplimiento de un viejo sueño irrealizable: arreglar con mis propias manos, y para siempre, el motor de mi viejo automóvil. Pero no podía decirle esto a Rius porque lo comprendería sin esfuerzo y con entusiasmo: no podía decírselo a Fernández porque, afortunadamente, no podría creerme.

De modo que me callé la boca y en el viaje de regreso en la ambulancia oí con ecuanimidad las malas palabras admirativas del gallego Herminio y acepté con mi silencio, ante la historia, que la resurrección que acababa de suceder en el Hospital de Santa María no hubiera sido lograda ni por los mismos médicos de la capital.

Decidí que mi coche podía amanecer otra vez frente al club y me hice llevar con la ambulancia hasta mi casa. La mañana, rabiosamente blanca, olía a madre selvas y se empezaba a respirar el río.

—Tiraron piedras y decían que iban a prenderle fuego al teatro —dijo el gallego cuando llegamos a la plaza—. Pero apareció la policía y no hubo más que las piedras que ya le dije.

Antes de tomar las píldoras comprendí que nunca podría conocer la verdad de aquella historia; con buena suerte y paciencia tal vez llegara a enterarme de la mitad correspondiente a nosotros, los habitantes de la ciudad. Pero era necesario resignarse, aceptar como inalcanzable el conocimiento de la parte que trajeron consigo los dos forasteros y que se llevarían de manera diversa, incógnita y para siempre.

Y en el mismo momento, con el vaso de agua en la mano, recordé que todo aquello había empezado a mostrármese casi una semana antes, un domingo nublado y caluroso, mientras miraba el ir y venir en la plaza desde una ventana del bar del hotel.

El hombre movedizo y simpático y el gigante moribundo atravesaron en diagonal la plaza y el primer sol amarillento de la primavera. El más pequeño llevaba una corona de flores, una coronita de pariente lejano para un velorio modesto. Avanzaban indiferentes a la curiosidad que hacía nacer la bestia lenta de dos metros; sin apresurarse pero resuelto, el movedizo marchaba con una irrenunciable dignidad, con

una levantada sonrisa diplomática, como flanqueado por soldados de gala, como si alguien, un palco con banderas y hombres graves y mujeres viejas, lo esperara en alguna parte. Se supo que dejaron la coronita, entre bromas de niños y alguna pedrada, al pie del monumento a Brausen.

A partir de aquí las pistas se embrollan un poco. El pequeño, el embajador, fue al Berna para alquilar una pieza, tomar un aperitivo y discutir los precios sin pasión, distribuyendo sombrerazos, reverencias e invitaciones baratas. Tenía entre cuarenta y cuarenta y cinco años, el tórax ancho, la estatura mediana; había nacido para convencer, para crear el clima húmedo y tibio en que florece la amistad y se aceptan las esperanzas. Había nacido también para la felicidad, o por lo menos para creer obstinadamente en ella, contra viento y marea, contra la vida y sus errores. Había nacido, sobre todo, lo más importante, para imponer cuotas de dicha a todo el mundo posible. Con una natural e invencible astucia, sin descuidar nunca sus fines personales, sin preocuparse en demasía por el incontrolable futuro ajeno.

Estuvo a mediodía en la redacción de El Liberal y volvió por la tarde para entrevistarse con Deportes y obtener el anuncio gratis. Desenvolvió el álbum con fotografías y recortes de diario amarillentos, con grandes títulos en idiomas extraños; exhibió diplomas y documentos fortalecidos en los dobleces por papeles engomados. Encima de la vejez de los recuerdos, encima de los años, de la melancolía y el fracaso, paseó su sonrisa, su amor incansable y sin compromiso.

—Está mejor que nunca. Acaso, algún kilo de más. Pero justamente para eso estamos haciendo esta tournée sudamericana. El año que viene, en el Palais de Glace, vuelve a conquistar el título. Nadie puede ganarle, ni europeo ni americano. ¿Y cómo íbamos a saltearnos Santa María en esta gira que es el prólogo de un campeonato mundial? Santa María. Qué costa, qué playa, qué aire, qué cultura.

El tono de la voz era italiano, pero no exactamente; había siempre, en las vocales y en las eses, un sonido inubicable, un amistoso contacto con la complicada extensión del mundo. Recorrió el diario, jugó con los linotipos, abrazó a los tipógrafos, estuvo improvisando su asombro al pie de la rotativa. Obtuvo, al día siguiente, un primer título frío pero gratuito: «Excampeón mundial de lucha en Santa María». Visitó la redacción durante todas las noches de la semana y el espacio dedicado a Jacob van Oppen fue creciendo diariamente hacia el sábado del desafío y la lucha.

El mediodía del domingo en que los vi desfilar por la plaza con la coronita barata, el gigante moribundo estuvo media hora de rodillas en la iglesia, rezando frente al altar nuevo de la Inmaculada; dicen que se confesó, juran haberlo visto golpearse el pecho, presumen que introdujo después, vacilante, una cara enorme e infantil, húmeda de llanto, en la luz dorada del atrio.



## 2. Cuenta el narrador

Las tarjetas decían Comendador Orsini y el hombre conversador e inquieto las repartió sin avaricia por toda la ciudad. Se conservan ejemplares, algunos de ellos autografiados y con adjetivos.

Desde el primer —y último— domingo, Orsini alquiló la sala del Apolo para las sesiones de entrenamiento, a un peso la entrada durante el lunes y el martes, a la mitad el miércoles, a dos pesos el jueves y el viernes, cuando el desafío quedó formalizado y la curiosidad y el patriotismo de los sanmarianos empezó a llenar el Apolo. Aquel mismo domingo fue clavado en la plaza nueva, con el correspondiente permiso municipal, el cartel de desafío. En una foto antigua el excampeón mundial de lucha de todos los pesos mostraba los bíceps y el cinturón de oro; agresivas letras rojas concretaban el reto: 500 pesos, 500 a quien suba al ring y no sea puesto de espaldas en 3 minutos por Jacob van Oppen.

Una línea más abajo el desafío quedaba olvidado y se prometía una exhibición de lucha grecorromana entre el campeón —volvería a serlo antes de un año— y los mejores atletas de Santa María.

Orsini y el gigante habían entrado al continente por Colombia y ahora bajaban de Perú, Ecuador y Bolivia. En pocos pueblos fue aceptado el desafío y siempre van Oppen pudo liquidarlo en un tiempo medido por segundos, con el primer abrazo.

Los carteles evocaban noches de calor y griterío, teatros y carpas, públicos aindiados y borrachos, la admiración y la risa. El juez alzaba un brazo, van Oppen volvía a la tristeza, pensaba ansioso en la botella de alcohol violento que lo estaba esperando en la pieza del hotel y Orsini sonreía avanzando bajo las luces blancas del ring, tocándose con un pañuelo aún más blanco el sudor de la frente:

—Señoras y señores... —Era el momento de dar las gracias, de hablar de reminiscencias imperecederas, de vivir al país y a la ciudad. Durante meses, estos recuerdos comunes habían ido formando América para ellos; alguna vez, alguna noche, ya lejos, antes de un año, podrían hablar de ella y reconocerla sin esfuerzo, sin más ayuda que tres o cuatro momentos reiterados y devotos.

El martes o el miércoles Orsini trajo en coche al campeón hasta el Berna, concluida la casi desierta sesión de entrenamiento. La gira se había convertido ya en un trabajo de rutina y los cálculos sobre los pesos a ganar tenían escasa diferencia con los pesos que se ganaban. Pero Orsini consideraba indispensable, para el mutuo bienestar, mantener su protección sobre el gigante. Van Oppen se sentó en la cama y bebió de la botella; Orsini se la quitó con dulzura y trajo del cuarto de baño el vaso de material plástico que usaba por las mañanas para enjuagarse la dentadura. Repitió amistoso la vieja frase:

—Sin disciplina no hay moral —hablaba el francés como el español, su acento no era nunca definitivamente italiano—. Está la botella y nadie piensa robártela. Pero si se toma con un vaso, es distinto. Hay disciplina, hay caballerosidad.

El gigante movió la cabeza para mirarlo; los ojos azules estaban turbios y parecía usar la boca entreabierta para ver. «Disnea otra vez, angustia», pensó Orsini. «Es mejor que se emborrache y duerma hasta mañana». Llenó el vaso con caña, bebió un trago y estiró la mano hacia van Oppen. Pero la bestia se inclinó para sacarse los zapatos y después, resoplando, segundo síntoma, se puso de pie y examinó la habitación. Al principio, con las manos en la cintura, miró las camas, la alfombra inútil, la mesa y el techo; luego caminó para comprobar con un hombro la resistencia de las puertas, la del pasillo y del cuarto de baño, la resistencia de la ventana que no daba a ninguna parte.

«Ahora empieza —continuó Orsini—; la última vez fue en Guayaquil. Tiene que ser un asunto cíclico, pero no entiendo el ciclo. Una noche cualquiera me estrangula y no por odio; porque me tiene a mano. Sabe, sabe que el único amigo soy yo».

El gigante volvió lentamente, descalzo, al centro de la habitación, con una sonrisa de burla y desprecio, los hombros un poco doblados hacia adelante. Orsini se sentó cerca de la mesa endeble y puso la lengua en el vaso de caña.

—Gott —dijo van Oppen y empezó a balancearse con suavidad, como si escuchara una música lejana e interrumpida; tenía la tricota negra, demasiado ajustada, y los pantalones de vaquero que le había comprado Orsini en Quito—. No. ¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo aquí? —Con los enormes pies afirmados en el piso, movía el cuerpo, miraba la pared por encima de la cabeza de Orsini.

—Estoy esperando. Siempre estoy en un lugar que es una pieza de hotel de un país de negros hediondos y siempre estoy esperando. Dame el vaso. No tengo miedo; eso es lo malo, nunca va a venir nadie.

Orsini llenó el vaso y se puso de pie para acercárselo. Le examinó la cara, la histeria de la voz, le tocó la espalda en movimiento. «Todavía no —pensó—, casi en seguida».

El gigante se bebió el vaso de caña y estuvo tosiendo sin inclinar la cabeza.

—Nadie —dijo—. El footing, las flexiones, las tomas, Lewis. Por Lewis; por lo menos vivió y fue un hombre. La gimnasia no es un hombre, la lucha no es hombre, todo esto no es un hombre. Una pieza de hotel, el gimnasio, indios mugrientos. Fuera del mundo, Orsini.

Orsini hizo otro cálculo y se levantó con la botella de caña. Llenó el vaso que sostenía van Oppen contra la barriga y pasó una mano por el hombro y la mejilla del gigante.

—Nadie —dijo van Oppen—. Nadie —gritó.

Tenía los ojos desesperados, después rabiosos. Hizo una sonrisa de broma y sabiduría y vació el vaso.

«Ahora», pensó Orsini. Le puso en una mano la botella y empezó a golpearlo con la cadera en el muslo para guiarlo hasta la cama.

—Unos meses, unas semanas —dijo Orsini—. Nada más. Después vendrán todos, estaremos con todos. Iremos nosotros allá.

Despatarrado en la cama, el gigante bebía de la botella y resoplaba sacudiendo la cabeza. Orsini encendió el velador y apagó la luz del techo. Sentado otra vez junto a la mesa, se compuso la voz y cantó suavemente:

*Vor der Kaserne  
vor dem grossen Tor  
steht eine Laterne.  
Und steht sie noch davor  
wenn wir uns einmal widersehen,  
bei der Laterne wollen wir stehen  
wie einst, Lili Marlen  
wie einst, Lili Marlen.*

Dijo la canción una vez y media, hasta que van Oppen puso la botella en el suelo y empezó a llorar. Entonces Orsini se levantó con un suspiro y un insulto cariñoso y anduvo en puntas de pie hasta la puerta y el pasillo. Como en las noches de gloria, bajó la escalera del Berna secándose la frente con el pañuelo impoluto.

Bajaba la escalera sin encontrar gente para repartir sonrisas y sombrerazos, pero con la cara afable, en guardia. La mujer, que había esperado horas resuelta y sin impaciencia, hundida en un sillón de cuero del hall, no haciendo caso a las revistas de la mesita, fumando un cigarrillo tras otro, se puso de pie y lo enfrentó. El príncipe Orsini no tenía escapatoria y tampoco la buscaba. Escuchó el nombre, se quitó el sombrero y se inclinó rápidamente para besar la mano de la mujer. Pensaba qué favor podía hacerle y estaba dispuesto a hacerle el que pidiera. Era pequeña, intrépida y joven, muy morena y con la corta nariz en gancho, los ojos muy claros y fríos. «Judía o algo así», pensó Orsini. «Está linda». De inmediato el príncipe escuchó un lenguaje tan conciso que le resultaba casi incomprensible, casi inaudito.

—El cartel ese en la plaza, los avisos en el diario. Quinientos pesos. Mi novio va a pelear con el campeón. Pero hoy o mañana, mañana es miércoles, ustedes tienen que depositar el dinero en el Banco o en El Liberal.

—Signorina —el príncipe hizo una sonrisa y balanceó un gesto desolado—. ¿Luchar con el campeón? Usted se queda sin novio. Y lamentaría tanto que una señorita tan hermosa...

Pero ella, pequeña y más decidida ahora, sorteó sin esfuerzo la galantería quincuagenaria de Orsini.

—Esta noche voy al Liberal para aceptar el desafío. Lo vi al campeón en misa. Está viejo. Necesitamos los quinientos pesos para casarnos. Mi novio tiene veinte años y yo veintidós. Él es dueño del almacén de Porfilio. Vaya y véalo.

—Pero, señorita —dijo el príncipe aumentando la sonrisa—. Su novio, hombre feliz, si me permite, tiene veinte años. ¿Qué hizo hasta ahora? Comprar y vender.

—También estuvo en el campo.

—Oh, el campo —susurró extasiado el príncipe—. Pero el campeón dedicó toda su vida a eso, a la lucha. ¿Que tiene algunos años más que su novio? Completamente de acuerdo, señorita.

—Treinta, por lo menos —dijo ella sin necesidad de sonreír, confiada en la frialdad de sus ojos—. Lo vi.

—Pero se trata de años que dedicó a aprender cómo se rompen, sin esfuerzo, costillas, brazos, o cómo se saca, suavemente, una clavícula de su lugar, cómo se descoloca una pierna. Y si usted tiene un novio sano de veinte años...

—Usted hizo un desafío. Quinientos pesos por tres minutos. Esta noche voy al Liberal, señor...

—Príncipe Orsini —dijo el príncipe. Ella cabeceó, sin perder tiempo en la burla; era pequeña, hermosa y compacta, se había endurecido hasta el hierro.

—Me alegro por Santa María —sonrió el príncipe, con otra reverencia—. Será un gran espectáculo deportivo. ¿Pero usted, señorita, irá al diario en nombre de su novio?

—Sí, me dio un papel. Vaya a verlo. Almacén Porfilio. Le dicen el Turco. Pero es sirio. Tiene el documento.

El príncipe comprendió que era inoportuno volver a besarle la mano.

—Bueno —bromeó—, soltera y viuda. Desde el sábado. Un destino muy triste, señorita.

Ella le dio la mano y caminó hacia la puerta del hotel. Era dura como una lanza, no tenía más que la gracia indispensable para que el príncipe continuara mirándola de espaldas. De pronto la mujer se detuvo y regresó.

—Soltera no, porque con esos quinientos pesos nos casamos. Tampoco viuda, porque ese campeón está muy viejo. Es más grande que Mario, pero no puede con él. Yo lo vi.

—De acuerdo. Usted lo vio salir de misa. Pero le aseguro que cuando la cosa empieza en serio, es una bestia; y le juro que conoce el oficio. Campeón del mundo y de todos los pesos, señorita.

—Bueno —dijo ella con un repentino cansancio—. Ya le dije, almacén de Porfilio Hnos. Esta noche voy al Liberal; pero mañana me encuentra, como siempre, en el almacén.

—Señorita... —Volvió a besarle la mano.

Era evidente que la mujer buscaba un acuerdo. De modo que Orsini fue al restaurante y pidió un guiso con carne y pastas; luego, haciendo cuentas, chupando de su boquilla con anillo de oro, vigiló el sueño, los gruñidos y los movimientos de Jacob van Oppen.

A punto de dormirse sobre el silencio de la plaza, se adjudicó veinticuatro horas de vacaciones. No era conveniente apresurar la visita al turco. Pensó además, mientras apagaba la luz e interpretaba los ronquidos del gigante: «Ya ha sufrido bastante, Señor, hemos sufrido; y no veo motivo para apresurarme».

Al día siguiente Orsini asistió al despertar del campeón, trajo las aspirinas y el agua caliente, oyó satisfecho las malas palabras de van Oppen bajo la ducha, escuchó con júbilo la transformación de los ruidos groseros en una versión casi submarina de «Yo tenía un camarada». Como todos los hombres, había decidido mentir, mentirse a sí mismo y confiar. Organizó la mañana de van Oppen, la caminata a paso lento a través de la ciudad, con el enorme torso cubierto por la tricota de lana con la gran letra azul en el pecho, la C que significaba, para todo idioma y alfabeto concebible: Campeón Mundial de Lucha de Todos los Pesos. Lo acompañó, a buen paso, hasta la calle que bajaba en pendiente hacia la rambla. Allí, para los pocos curiosos de las ocho de la mañana, reiteró una de las escenas de la vieja farsa. Se detuvo para quitarse el sombrero y enjugarse la frente, sonrió con la admirada sonrisa del buen perdedor y manoteó la espalda de Jacob van Oppen.

—Qué hombre éste —murmuró para nadie; y su cabeza torcida, sus brazos vencidos, su boca ansiosa de aire repitieron para toda Santa María: qué hombre éste.

Van Oppen continuó con la misma discreta velocidad, los hombros hacia el futuro, la mandíbula colgante, en dirección a la rambla; tomó después hacia la fábrica de conservas, costeano el asombro de pescadores, vagos, empleados del ferry; era demasiado grande para que alguien se atreviera a burlarse.

Tal vez las burlas, nunca dichas en voz alta, rodearon todo el día al príncipe Orsini, a sus ropas, a sus modales, a su buena educación inadecuada. Pero él había apostado a ser feliz y sólo le era posible enterarse de las cosas agradables y buenas. En El Liberal, en el Berna y en el Plaza tuvo lo que él llamaría en el recuerdo conferencias de prensa; bebió y charló con curiosos y desocupados, contó anécdotas y atroces mentiras, exhibió una vez más los recortes de diarios, amarillentos y quebradizos. Algún día, esto era indudable, las cosas habían sido así: van Oppen campeón del mundo, joven, con una tuerca irresistible, con viajes que no eran exilios, asediado por ofertas que podían ser rechazadas. Aunque pasadas de moda, desteñidas, ahí estaban las fotografías y las palabras de los diarios, tenaces en su aproximación a la ceniza, irrefutables. Nunca borracho, después de la cuarta o quinta copa, Orsini creía que los testimonios del pasado garantizaban el porvenir. No necesitaba ningún cambio personal para habitar cómodamente el imposible paraíso. Había nacido con cincuenta años de edad, cínico, bondadoso, amigo de la vida, partidario de que sucedieran cosas. El milagro sólo exigía la transformación de van Oppen, su regreso a los años anteriores a la guerra, al vientre hundido, a la piel brillante, a la esclerótica limpia en la mañana.

Sí, la futura turca —una mujercita, con todo respeto, simpática y porfiada— había estado en El Liberal para formalizar el desafío. El jefe de Deportivas ya tenía fotos de Mario haciendo gimnasia; pero las fotografías costaron un discurso sobre la libertad de prensa, la democracia y la libre información. También sobre el patriotismo, contaba Deportivas:

—Y el turco nos hubiera roto la cabeza, a mí y al fotógrafo, a pesar de todo, si no

interviene la novia y lo calma con dos palabras. Estuvieron cuchicheando en la trastienda y después salió el turco, no tan grande, creo, como van Oppen, pero mucho más bruto, más peligroso. Bueno, usted entiende de esto mejor que yo.

—Entiendo —sonrió el príncipe—. Pobre muchacho. No es el primero —paseó su tristeza encima de las papas fritas y las aceitunas del Berna.

—El hombre estaba furioso pero se aguantó y se puso los pantalones cortos de ir a pescar y se dedicó a hacer gimnasia al sol; toda la que Humberto, el fotógrafo, quiso o estuvo inventando, sólo por venganza y para desquitarse del susto que había pasado. Y todo el tiempo ella sentada en un barril, como si fuera la madre o la maestra, fumando, sin decir una palabra pero mirándolo. Y cuando uno piensa que ella no mide ni un metro cincuenta, ni pesa cuarenta kilos...

—Conozco a la señorita —asintió Orsini con nostalgia—. Y he visto tantos ejemplos... Ah, la personalidad es una cosa misteriosa; no sale de los músculos.

—No era para publicar, claro —dijo Deportivas—, ¿pero van a hacer el depósito?

—¿El depósito? —El príncipe, piadoso, abrió las manos—. Esta tarde, mañana de mañana. Depende del Banco. ¿Le parece bien, mañana de mañana, en El Liberal? Será una buena propaganda, y gratis. Resistirle tres minutos a Jacob van Oppen... Como yo digo siempre —mostró las muelas doradas y llamó al mozo—: El deporte de un lado, el negocio del otro. Qué puede hacer uno, qué podemos hacer nosotros, si al final de esta gira de entrenamiento aparece de golpe, un suicida. Y si además lo ayudan...

La viuda había sido siempre difícil y hermosa, insustituible, y el príncipe Orsini no tenía los quinientos pesos. Conocía a la mujer, presentía un adjetivo exacto para definirla y llevarla al pasado; ahora comenzaba a pensar en el hombre que la mujer representaba y escondía, en el turco que había aceptado el desafío. Así que dio vacaciones a la displicencia y a la dicha y al caer la noche, luego de mentirle al campeón, vigilarle el ánimo y el pulso, empezó a caminar hacia el almacén de Porfilio Hnos., con el álbum amarillo bajo el brazo.

Primero el ombú carcomido, luego el farol que colgaba del árbol y su círculo de luz intimidada. En seguida los perros ladrones y los gritos de contención: juega, quieto, cucha. Orsini cruzó la luz primera, pudo ver la luna redonda y aguada, llegó hasta el letrero del almacén y entró con respeto. Un hombre de bombachas y alpargatas terminaba su ginebra junto al mostrador y se despedía. Quedaron solos, él, príncipe Orsini, el turco y la mujer.

—Buenas noches, señorita —volvió a reír Orsini con una reverencia. La mujer estaba sentada en un sillón de paja, tejiendo, apartó los ojos de las agujas para mirarlo, mover la cabeza y, tal vez, sonreírle. «Balitas —pensó Orsini indignado— está preñada, está haciendo el ajuar del hijo, por eso quiere casarse, por eso me quiere robar los quinientos pesos».

Avanzó recto hacia el hombre que había dejado de llenar bolsas de papel con yerba y lo esperaba estólido del otro lado del mostrador.

—Este es el que te dije —pronunció la mujer—. El empresario.

—Empresario y amigo —corrigió Orsini—. Después de tantos años...

Estrechó la mano abierta y rígida del hombre, adelantó el brazo izquierdo para golpearle la espalda.

—A la orden —dijo el almacenero y levantó los gruesos bigotes negros para mostrar los dientes.

—Tanto gusto, tanto gusto —pero ya había respirado el olor agrio y mortecino de la derrota, ya había calculado la juventud sin desgaste del turco, la manera perfecta en que tenía distribuidos en el cuerpo los cien kilos de peso. «No hay ni un gramo de grasa de más, ni un gramo de inteligencia o sensibilidad; no hay esperanzas. Tres minutos; pobre Jacob van Oppen».

—Venía por esos quinientos pesos —empezó Orsini, tanteando la densidad del aire, la pobreza de la luz, la hostilidad de la pareja. «No es contra mí; es contra la vida»—. Venía a tranquilizarlos; mañana, en cuanto reciba un giro de la capital, el dinero quedará depositado en El Liberal. Pero también quería hablar de otras cosas.

—¿No hablamos ya todo? —preguntó la muchacha. Era demasiado pequeña para el sillón movedizo de paja; las agujas resplandecientes con que tejía, demasiado largas. Podía ser buena o mala; ahora había elegido ser implacable, superar alguna oscura y larga postergación, tomarse una revancha. A la luz de la lámpara, el dibujo de la nariz era perfecto y los ojos claros brillaban como vidrio.

—Todo, es cierto, señorita. No pienso decir nada que ya no haya dicho. Pero consideraré mi deber decirlo de manera directa. Decirle la verdad al señor Mario —sonreía repitiendo los saludos con la cabeza; la truculencia vibraba apenas, honda y con sordina—. Por eso le pido, patrón, que sirva una vuelta para los tres. Yo invito, claro; pidan lo que gusten.

—Él no toma —dijo la mujer, sin apresurarse, sin levantar los ojos del tejido, anidada en su clima de hielo y de ironía.

La bestia peluda de atrás del mostrador terminó de cerrar un paquete de yerba y se volvió lentamente para mirar a la mujer. «El pecho de un gorila, dos centímetros de frente, nunca tuvo expresión en los ojos», anotó Orsini. «Nunca pensó de verdad, ni pudo sufrir, ni se imaginó que el mañana puede ser una sorpresa o puede no venir».

—Adriana —barboteó el turco y se mantuvo inmóvil hasta que la mujer alzó los ojos—. Adriana, yo, vermut, sí tomo. Ella le sonrió rápidamente y encogió los hombros. El turco redondeaba la boca para tomar el vermut a sorbitos. Apoyado en el mostrador, con el caluroso sombrero verde echado hacia la nuca, rozando el envoltorio del álbum, buscando inspiración y simpatía, el príncipe habló de cosechas, de lluvias y de sequías, de métodos de explotación y de líneas de transporte, de la belleza envejecida de Europa y de la juventud de América. Improvisaba, repartiendo presagios y esperanzas, mientras el turco asentía silencioso.

—El Apolo estuvo lleno esta tarde —atacó el príncipe de golpe—; desde que se supo que usted acepta el desafío, todos quieren ver el entrenamiento del campeón.

Para que no lo molestaran demasiado, aumenté el precio de las entradas; pero la gente sigue pagando. Ahora —empezó a separar los papeles que envolvían el álbum— me gustaría que mirara un poco esto. —Acarició la tapa de cuero y la levantó—. Casi todo está en idioma; pero las fotos ayudan. Vea, se entiende. Campeón del mundo, cinturón de oro.

—Era, campeón del mundo —aclaró la mujer desde el crujido del sillón de paja.

—Oh, señorita —dijo Orsini sin volverse, exclusivamente para el turco, mientras movía las páginas de recortes cariadados—. Volverá a serlo antes de seis meses. Un fallo equivocado, ya intervino la Federación Internacional de Lucha... Vea los títulos, ocho columnas, primeras páginas, vea las fotografías. Esto es un campeón, mire; no hay quien pueda con él en todo el mundo. No hay nadie que pueda aguantarle tres minutos sin la puesta de espaldas. Vamos: un solo minuto y ya sería un milagro. No podría el campeón de Europa, no podría el campeón de los Estados. Le estoy hablando en serio, de hombre a hombre; he venido a verlo porque en cuanto hablé con la señorita comprendí el problema, la situación.

—Adriana —corrigió el turco.

—Eso —dijo el príncipe—. Comprendí todo. Pero las cosas siempre tienen solución. Si usted sube el sábado al ring del Apolo... Jacob van Oppen es mi amigo y esta amistad sólo tiene un límite; esta amistad desaparece en cuanto suena la campana y él se pone a luchar. Entonces no es mi amigo, no es un hombre; es el campeón del mundo, tiene que ganar y sabe cómo hacerlo.

Decenas de viajantes habían detenido el Ford frente al almacén de Porfilio Hnos. para sonreír a los propietarios difuntos o a Mario, tomar un trago, exhibir muestras, catálogos y listas, vender azúcar, arroz, vinos y maíz. Pero el príncipe Orsini se afanaba, entre sonrisas, golpes amistosos y excepciones compasivas, por venderle al turco una mercadería extraña y difícil: el miedo. Alertado por la presencia de la mujer, avisado por los recuerdos y el instinto, se limitó a vender la prudencia, a intentar el trato.

Al turco le quedaba aún medio vaso de vermut; lo alzó para mojarse la boca pequeña y rosada, sin beber.

—Son quinientos pesos —dijo Adriana desde el sillón—. Es hora de cerrar.

—Usted dijo... —empezó el turco; la voz y el pensamiento intentaban comprender, acercarse a la ecuanimidad, separarse de tres generaciones de estupidez y codicia—. Adriana, primero tengo que bajar la yerba. Usted dijo si yo subo el sábado al escenario del Apolo.

—Dije. Si usted sube, el campeón le romperá algunas costillas, algún hueso; lo pondrá de espaldas en medio minuto. No hay quinientos pesos, entonces; aunque tal vez usted tenga que gastarse mucho más con los médicos. ¿Y quién le atiende el negocio mientras esté en el hospital? Todo esto sin hablar del desprestigio, del ridículo. —Orsini consideró que el momento era oportuno para la pausa y la meditación; pidió ginebra, espía la cara impassible del turco, sus movimientos



preocupados; escuchó una risita de la mujer que había dejado el tejido sobre los muslos.

Orsini bebió un trago de ginebra y se puso a envolver lentamente el álbum desvencijado. El turco olía el vermut y trataba de pensar.

—Y no quiero decir con esto —murmuró el príncipe en voz baja y distraída, que sonaba como la de un epílogo mutuamente aceptado—, no quiero decir que usted no sea más fuerte que Jacob van Oppen. Entiendo mucho de eso, he dedicado mi vida y mi dinero a descubrir hombres fuertes. Además, como me ha dicho inteligentemente la señorita Adriana, usted es mucho más joven que el campeón. Más vigor, más juventud; estoy dispuesto a escribirlo y firmarlo. Si el campeón —es un ejemplo— comprara este negocio, a los seis meses saldría a pedir limosna. Usted, en cambio, se hará rico antes de dos años. Porque usted, mi amigo Mario, entiende del negocio y el campeón no —el álbum ya estaba envuelto; lo puso en el mostrador y se apoyó sobre él para continuar con la ginebra y la charla—. De la misma manera, el campeón entiende de cómo romper huesos, de cómo doblarle las rodillas y la cintura para ponerlo de espaldas sobre el tapiz. Así se dice, o se decía. La alfombra. Cada cual en su oficio. La mujer se había levantado y apagó una luz en un rincón; ahora estaba de pie, con el tejido entre su vientre y el mostrador, pequeña y dura, sin mirar a ninguno de los hombres.

El turco le examinó la cara y después gruñó:

—Usted dijo que si yo subía el sábado al escenario del Apolo...

—¿Dije? —preguntó Orsini con sorpresa—. Creo haberles dado un consejo. Pero en todo caso, si usted retira el desafío, puede haber un acuerdo, alguna compensación. Conversaríamos.

—¿Cuánto? —preguntó el turco.

La mujer alzó una mano y fue clavando las uñas en el brazo peludo de la bestia; cuando el hombre volvió la cabeza para mirarla, dijo:

—No hay más ni menos que quinientos pesos, ¿sí? No los vamos a perder. Si no vas el sábado, toda Santa María va a saber que tuviste miedo. Yo lo voy a decir, casa por casa, persona por persona.

No hablaba con pasión; seguía clavando las uñas en el brazo pero le conversaba al turco con paciencia y broma, como una madre conversa con su hijo, lo reprende y lo amenaza.

—Un momento —dijo Orsini; alzó una mano y con la otra se puso en la boca la copa de ginebra hasta vaciarla—. También en eso había pensado. En los comentarios del pueblo, de la ciudad, si usted no aparece el sábado por el Apolo. Pero todo se puede arreglar —sonrió a las caras hostiles de la mujer y el hombre, aumentó la cautela de su voz—. Por ejemplo... Supongamos en cambio que usted va, sube al ring. No trata de enfurecerlo al campeón, porque eso sería fatal para lo que planeamos. Usted sube al ring, reconoce al primer abrazo que el campeón sabe, y se deja poner de espaldas, limpiamente, sin un rasguño.

La mujer clavaba otra vez las uñas en el gigantesco brazo peludo; con un ladrido, el turco la apartó.

—Comprendo —dijo después—. Voy y pierdo. ¿Cuánto?

Repentinamente, Orsini aceptó lo que había estado sospechando desde el principio de la entrevista: que cualquiera fuese el acuerdo que lograra con el turco, la mujercita flaca y empecinada lo borraría en el resto de la noche. Comprendió, sin dudas, que Jacob van Oppen estaba condenado a luchar el sábado con el turco.

—Cuánto... —murmuró mientras se acomodaba el álbum bajo el brazo—. Podemos hablar de cien, de ciento cincuenta pesos. Usted sube al ring...

La mujer se apartó un paso del mostrador y clavó las agujas en la pelota de lana. Miraba hacia el piso de tierra y cemento y la voz le sonó tranquila y con sueño:

—Necesitamos quinientos pesos y él se los va a ganar el sábado sin trampas, sin arreglos. No hay hombre más fuerte, nadie puede doblarlo. Menos que nadie ese viejo acabado, por más campeón que haya sido. ¿Vamos a cerrar?

—Tengo que bajar la yerba —volvió a decir el turco.

—Bueno, entonces es así —dijo Orsini—. Cóbrese y deme la última copa —puso un billete de diez pesos encima del mostrador y encendió un cigarrillo—. Vamos a celebrarlo; también ustedes están invitados.

Pero la mujer volvió a encender la luz del rincón y se instaló en el sillón de paja para seguir tejiendo y fumar un cigarrillo; y el turco sólo sirvió un vaso de ginebra. Empezó, bostezando, a llevar las bolsas de yerba, apiladas contra una pared, hacia la trampa del sótano.

Sin saber por qué, Orsini tiró una de sus tarjetas encima del mostrador. Estuvo diez minutos más en el almacén, fumando y bebiendo el gusto a pan de la ginebra, mirando con asombrado terror, con los ojos nublados, sudando, el trabajo metódico del turco con las bolsas, viendo que las movía con tanta facilidad, con tan visible esfuerzo como él, príncipe Orsini, movería un cartón de cigarrillos o una botella.

«Pobre Jacob van Oppen —meditó Orsini—. Hacerse viejo es un buen oficio para mí. Pero él nació para tener siempre veinte años; y ahora, en cambio, los tiene este gigante hijo de perra que gira alrededor del meñique de ese feto encinta. Los tiene este animal, nadie puede quitárselos para restituirlos, y los seguirá teniendo el sábado de noche en el Apolo».

Desde la redacción de El Liberal, casi codo a codo con Deportivas, el príncipe llamó por teléfono a la capital, reclamando el envío urgente de mil pesos. Usó el teléfono directo para evitar la curiosidad de la telefonista; mintió a gritos frente a la redacción, poblada ahora por jóvenes flacos y bigotudos, alguna señorita que fumaba con boquilla. Eran las siete de la tarde; llegó casi a la grosería cuando se hizo evidente el titubeo del hombre que lo escuchaba en el teléfono remoto, en una habitación que no podía ser imaginada, muequeando su desconcierto en cualquier cubículo de la gran ciudad, en un anochecer de octubre.

Cortó la comunicación con una sonrisa de tolerancia y fastidio.

—Por fui —dijo, soplando el pañuelo de hilo—. Mañana de mañana tenemos el dinero. Contratiempos. Mañana a mediodía hago el depósito en la administración. En la administración me parece más serio, ¿no?... Aquí está el mozo. El que quiera pedir algo para refrescarse...

Le dieron las gracias, alguna de las máquinas de escribir interrumpió su ruido; pero nadie aceptó la invitación. Deportivas inclinaba sobre su mesa los gruesos anteojos mientras marcaba fotografías.

Apoyado en una mesa, fumando un cigarrillo, Orsini miró a los hombres doblados hacia las máquinas y la tarea. Supo que para ellos él ya no existía, que no estaba en la redacción. «Y tampoco mañana», pensó con débil tristeza, sonriente y resignado. Porque todo había sido postergado hasta la noche del viernes y la noche del viernes empezaba a crecer, en el fin de un crepúsculo rojizo y dulce, fuera de los ventanales de El Liberal, en el río, encima de la primera sombra que rodeaba las sirenas graves de las barcas.

Atravesó la indiferencia y la desconfianza, obligó a Deportivas a estrecharle la mano.

—Espero que mañana será una gran noche para Santa María; espero que gane el mejor.

Esa frase no sería reproducida por el diario, no serviría de soporte a su cara sonriente y bondadosa. Desde el vestíbulo del Apolo —Jacob van Oppen, Campeón del Mundo, se entrena aquí de 18 a 20, tres pesos la entrada— oyó los murmullos del público y el golpeteo de los pies del campeón sobre el ring improvisado. Van Oppen no podía luchar, romper huesos o arriesgar que se los rompieran. Pero podía saltar a la cuerda, infinitamente, sin cansancio.

Sentado en la estrecha oficina de la boletería, Orsini revisó el borderó y sacó cuentas. Sin considerar la noche triunfal del sábado, plateas a cinco pesos, la visita a Santa María dejaba alguna ganancia. Orsini convidó con café y puso su firma al pie de las planillas luego de contar el dinero.

Quedó solo en la oficina oscura y mal oliente. Llegaba el ruido a compás de los pies de van Oppen en la madera.

—Ciento diez animales abriendo la boca porque el campeón salta a la cuerda, como saltan, y mejor, todas las niñas en los patios de las escuelas.

Recordó a van Oppen joven, o por lo menos aún no envejecido; pensó en Europa y en los Estados, en el verdadero mundo perdido; trató de convencerse de que van Oppen era tan responsable del paso de los años, de la decadencia y la repugnante vejez, como de un vicio que hubiera adquirido y aceptado. Trató de odiar a van Oppen para protegerse.

«Tendría que haberle hablado antes, en alguna de esas caminatas por la rambla que hace con pasitos de mujer gorda; ayer o esta mañana; hablarle al aire libre, el río, árboles, el cielo, todo eso que los alemanes llaman naturaleza. Pero llegó el viernes: la noche del viernes».

Palpó suavemente los billetes en el bolsillo y se puso de pie. Afuera, puntual y tibia, lo estaba esperando la noche del viernes. Los ciento diez imbéciles gritaban dentro del cine-teatro; el campeón habría empezado el número final, la sesión de gimnasia en que todos los músculos crecían y desbordaban.

Orsini caminó lentamente hacia el hotel, las manos en la espalda, buscando detalles de la ciudad para recordar y despedirse, para mezclarlos con los de otras ciudades lejanas, para unir todo y continuar viviendo.

El mostrador del bar del hotel se alargaba hasta tocar el del conserje. Mientras bebía un trago con mucha soda, el príncipe organizó su batalla. Ocupar una colina puede ser más importante que perder un parque de municiones. Puso unos billetes sobre el mostrador y pidió la cuenta de los días vividos en el hotel.

—Es por mañana, excúseme, para evitarme apuros. Mañana, en cuanto termine la lucha, tenemos que salir en automóvil, a medianoche o en la madrugada. Hoy hablé por teléfono desde El Liberal y supe que hay nuevos contratos. Todo el mundo quiere ver al campeón, se explica, antes del torneo en Amberes.

Pagó con una propina exagerada y subió al cuarto con una botella de ginebra bajo el brazo para hacer las valijas. Había una negra y vieja, de Jacob, que no podía tocarse; estaba, además, el montón de objetos impresionantes —batas, tricotas, tensores, sogas, zapatos con forro de piel— en el escenario del Apolo. Pero todo esto podía ser recogido después con cualquier pretexto. Terminó con sus valijas y con las que Jacob no había declarado sagradas; estaba bajo la ducha, resoplando de alivio, barrigón y resuelto, cuando oyó el golpe de la puerta del cuarto. Más allá del rumor del agua escuchó los pasos y el silencio. «Es la noche del viernes; y ni siquiera sé si es mejor emborracharlo antes o después de hablarle. O antes y después».

Jacob estaba sentado en la cama, con las piernas cruzadas, mirando con alegría infantil la marca en la suela de sus zapatos, la palabra Champion; alguien, acaso el mismo Orsini, había dicho alguna vez en broma que esos zapatos se fabricaban exclusivamente para uso de van Oppen, para recordarlo y rendirle homenaje en millares de pies ajenos.

Envuelto en el ropón de baño, chorreando agua, Orsini entró en la habitación, jovial y dicharachero. El campeón había manoteado la botella de ginebra y después de tomar un trago continuó mirándose el zapato sin escuchar a Orsini.

—¿Por qué hiciste las valijas? La pelea es mañana.

—Para ganar tiempo —dijo Orsini—. Empecé a hacerlas por eso. Pero después...

—¿Es a las nueve? Pero siempre empieza más tarde. Y después de los tres minutos tengo que hacer clavos y levantar las pesas. Y también festejar.

—Bueno —dijo Orsini, mirando la botella inclinada contra la boca del campeón, contando los tragos, calculando—. Claro que vamos a festejar.

El campeón dejó la botella y estuvo sobándose la suela de goma blanca del zapato. Sonreía, misterioso e incrédulo, como si estuviera escuchando una música lejana y no oída desde la infancia. De pronto se puso serio, tomó con ambas manos el

pie con la marca que lo aludía y lo bajó lentamente hasta colocar la suela contra la estrecha alfombra junto a la cama. Orsini vio la mueca corta y seca que había quedado en el lugar de la desvanecida sonrisa; se fue aproximando indeciso a la cama del campeón y alzó la botella. Mientras fingía beber pudo comprobar, por el ruido y el peso, que quedaban dos tercios del litro de ginebra.

Inmóvil, derrumbado, con los codos apoyados en las piernas, el campeón rezaba:

—Verdammt, verdammt, verdammt.

Sin hacer ruido, Orsini arrastró los pies por el suelo; de espaldas al campeón, con un bostezo, extrajo el revólver de su saco colgado en la silla y lo guardó en un bolsillo de la bata de baño. Luego se sentó en su cama y esperó. Nunca había tenido necesidad del revólver, ni siquiera de mostrarlo, frente a Jacob. Pero los años le enseñaron a prever las acciones y las reacciones del campeón, a estimar su violencia, su grado de locura y también el punto exacto de la brújula que señala el principio de la locura.

—Verdammt —siguió rezando Jacob. Se llenó los pulmones de aire y se puso de pie. Juntó las manos en la nuca y balanceó el tórax, pesadamente, bajando por la izquierda y la derecha hacia la cintura.

—Verdammt —gritó, como si mirara a alguien desafiándolo; luego rehízo la sonrisa desconfiada y empezó a desnudarse. Orsini encendió un cigarrillo y puso una mano en el bolsillo de la bata, los nudillos quietos contra la frescura del revólver. El campeón se quitaba la tricota, la camiseta, los pantalones, los zapatos con su marca; todo golpeaba contra el ángulo del placard y la pared y formaba un montón en el piso.

Apoyado en la cama y en las almohadas, Orsini buscaba otras cóleras, otros prólogos, y quería compararlos con lo que estaba viendo. «Nadie le dijo que nos vamos. ¿Quién puede haberle dicho que nos vamos esta noche?».

Jacob sólo tenía puesto el slip de combate. Levantó la botella y bebió la mitad del resto. Después, manteniendo su sonrisa de misterio, de alusiones y recuerdo, se puso a hacer gimnasia estirando y doblando los brazos mientras doblaba las rodillas para agacharse.

«Toda esta carne —pensaba Orsini, con el dedo en el gatillo del revólver—; los mismos músculos, o más, de los veinte años; un poco de grasa en el vientre, en el lomo, en la cintura. Blanco, enemigo temeroso del sol, gringo y mujer. Pero esos brazos y esas piernas tienen la misma fuerza de antes, o más. Los años no pasaron por allí; pero siempre pasan, siempre buscan y encuentran un sitio para entrar y quedarse. A todos nos prometieron, de golpe o tartamudeando, la vejez y la muerte. Este pobre diablo no creyó en promesas; por lo tanto el resultado es injusto».

Iluminado por la última luz del viernes en la ventana y por la luz que Orsini había dejado encendida en el baño, el gigante brillaba de sudor. Terminó la sesión de gimnasia tirándose de espaldas al suelo y rebotando en las manos. Luego hizo un breve y lento saludo con la cabeza hacia el montón de ropas junto al placard. Jadeante, volvió a beber de la botella, la levantó en el aire ceniciento, y sin dejar de

mirarla fue acercándose a la cama que ocupaba Orsini. Quedó de pie, enorme y sudoroso, respirando con esfuerzo y ruido, con una expresión boquiabierta de principio a final de furia. Seguía mirando la botella, buscaba explicaciones en la etiqueta, en la forma redonda y secreta.

—Campeón —dijo Orsini retrocediendo hasta tocar la pared, levantando una pierna para empuñar el revólver más cómodamente—. Campeón. Tenemos que pedir otra botella. Tenemos que festejar desde ahora.

—¿Festejar? Yo gano siempre.

—Sí, el campeón gana siempre. Y también va a ganar en Europa.

Orsini se incorporó en la cama y fue ayudándose con las piernas hasta quedar sentado, la mano siempre hundida en el bolsillo de la bata.

Frente a él se abrían los enormes muslos de Jacob, los músculos contraídos. «No hubo piernas mejores que éstas», pensó Orsini con miedo y tristeza. «Le basta bajar la botella para aplastarme; para romper una cabeza con el fondo de una botella se necesita mucho menos de un minuto». Se levantó despacio y fue rengueando, exhibiendo una sonrisa paternal y feliz hasta el otro rincón de la pieza. Se apoyó en el borde de la mesita y estuvo un momento con los ojos entornados, bisbiseando una fórmula católica y mágica.

Jacob no se había movido; continuaba de pie junto a la cama, dándole ahora la espalda, la botella siempre en el aire. La habitación estaba casi en penumbra, la luz del cuarto de baño era débil y amarilla.

Maniobrando con la mano izquierda Orsini encendió un cigarrillo. «Nunca hice esta prueba».

—Podemos festejar ahora mismo, campeón. Festejamos hasta la madrugada y a las cuatro tomamos el ómnibus. Adiós Santa María. Y muchas gracias, no nos fue mal del todo.

Blanco, agrandado por la sombra, Jacob bajó lentamente el brazo con la botella e hizo sonar el vidrio contra una rodilla.

—Nos vamos, campeón —agregó Orsini. «Ahora está pensando. Tal vez comprenda antes de tres minutos».

Jacob giró el cuerpo como en una pileta de agua salada y lo dobló para sentarse en la cama. El pelo escaso pero aún sin canas señalaba en la noche la inclinación de la cabeza.

—Tenemos contratos, verdaderos contratos —continuó Orsini— si viajamos hacia el sur. Pero tiene que ser en seguida, tienen que ser en el ómnibus de las cuatro. Esta tarde hablé por teléfono desde el diario con un empresario de la capital, campeón.

—Hoy. Ahora es viernes —dijo Jacob lentamente, sin borrachera en la voz—. Entonces, la lucha es mañana de noche. No nos podemos ir a las cuatro.

—No hay lucha, campeón. No hay problemas. Nos vamos a las cuatro; pero primero festejamos. Ahora mismo pido otra botella.

—No —dijo Jacob.

Orsini volvió a inmovilizarse contra la mesa. De la lástima al campeón, tan exacerbada y sufrida durante los últimos meses, pasó a compadecer al príncipe Orsini, condenado a cuidar, mentir y aburrirse como una niñera con la criatura que le tocó en suerte para ganarse la vida. Después su lástima se hizo despersonalizada, casi universal. «Aquí, en un pueblito de Sudamérica que sólo tiene nombre porque alguien quiso cumplir con la costumbre de bautizar cualquier montón de casas. Él, más perdido y agotado que yo; yo, más viejo y más alegre y más inteligente, vigilándolo con un revólver que no sé si funciona o no, dispuesto a mostrar el revólver si se hace necesario, pero seguro de que nunca apretaré el gatillo. Lástima por la existencia de los hombres, lástima por quien combina las cosas de esta manera torpe y absurda. Lástima por la gente que he tenido que engañar sólo para seguir viviendo. Lástima por el turco del almacén y por su novia, por todos los que no tienen de verdad el privilegio de elegir».

Llegaba desde lejos, interrumpido, el piano del conservatorio; a pesar de la hora, se sentía aumentar el calor en la pieza, en las calles arboladas.

—No entiendo —dijo Jacob—. Hoy es viernes. Si el loco ese ya no quiere el desafío, igual tengo que hacer la exhibición, a cinco pesos la entrada.

—El loco ese... —empezó Orsini; de la lástima pasaba a la rabia y al odio—. No; somos nosotros. No tenemos interés en el desafío. Nos vamos a las cuatro.

—¿El hombre quiere luchar? ¿No se arrepintió?

—El hombre quiere luchar y no le dan permiso para arrepentirse. Pero nosotros nos vamos.

—¿Sin luchar, antes de mañana?

—Campeón... —dijo Orsini.

La cabeza de Jacob se movía colgada y negadora.

—Yo me quedo. Mañana a las nueve lo estaré esperando en el ring. ¿Voy a estar solo?

—Campeón —repitió Orsini mientras se acercaba a la cama; rozó cariñoso un hombro de Jacob y levantó la botella para tomar un pequeño trago—. Nos vamos.

—Yo no —dijo el gigante, y empezó a levantarse, a crecer—. Voy a estar solo en el ring. Déjeme la mitad del dinero y váyase. Dígame por qué quiere escapar, por qué quiere que también yo me escape.

Olvidado del revólver, sin dejar de apretarlo, el príncipe hablaba contra el arco de las costillas del campeón.

—Porque hay contratos que nos esperan. Porque lo de mañana no es una lucha, es un desafío estúpido.

Sin mostrar apuro, Orsini se alejó hacia la ventana, hacia la cama de Jacob van Oppen. No se atrevía a encender la luz, no tenía ánimos para conquistar con sonrisas y muecas.

Prefirió la sombra y la persuasión de los tonos de voz. «Acaso sea mejor terminar

con todo esto ahora mismo. Siempre tuve suerte, siempre apareció algo nuevo y muchas veces mejor que lo recién perdido. No mirar hacia atrás, dejarlo como a un elefante sin dueño».

—Pero el desafío lo hicimos nosotros —decía la voz de Jacob, sorprendida, casi riendo—. Siempre lo hacemos nosotros. Tres minutos. En los diarios, en las plazas. Dinero al que aguante tres minutos. Y yo gané siempre, Jacob van Oppen gana siempre.

—Siempre —dijo Orsini; de pronto se sintió débil y hastiado; puso el revólver sobre la cama y juntó las manos entre las rodillas desnudas—. Siempre gana el campeón. Pero también, todas las veces, yo vi antes al hombre que había aceptado el desafío. Tres minutos sin ser puesto de espaldas sobre el tapiz —recitó—. Y nunca nadie duró medio minuto y yo lo sabía mucho antes de que sonara la campana. «No puedo decirle que alguna vez tuve éxito amenazando y también pagué para que la cosa no durara más de treinta segundos; pero acaso no tenga más remedio que decírselo». Y ahora, también, cumplí con mi deber. Fui a ver al hombre que había aceptado el desafío, lo pesé y lo medí. Con los ojos. Por eso hice las valijas, por eso aconsejo tomar el ómnibus de las cuatro.

Van Oppen se había estirado en el piso, la cabeza apoyada en la pared, entre la mesa de noche y la luz del cuarto de baño.

—No entiendo. Y éste sí, este almacenero de un pueblo cualquiera, que nunca vio una lucha, ¿éste le va a ganar a Jacob van Oppen?

—Nadie puede ganarle una lucha al campeón —pronunció Orsini con paciencia—. Pero no se trata de una lucha.

—Es un desafío —exclamó Jacob.

—Eso mismo. Un desafío. Quinientos pesos si aguanta de pie tres minutos. Yo lo vi al hombre —Orsini hizo una pausa y encendió otro cigarrillo; estaba tranquilo y desinteresado; era como contar una historia a un niño para ayudarlo a dormir, era como cantar Lili Marlen.

—¿Y éste me aguanta tres minutos? —se burló van Oppen.

—Bueno. Es una bestia. Veinte años, ciento diez kilos; no hice más que calcular, pero nunca me equivoco.

Jacob dobló las piernas hasta quedar sentado en el suelo. Orsini lo oyó respirar.

—Veinte años —dijo el campeón—. Yo también tuve veinte años y era menos fuerte que ahora, sabía menos.

—Veinte años —repitió el príncipe, transformando un bostezo en suspiro.

—¿Y eso es todo? ¿No hay nada más? ¿A cuántos hombres de veinte años puse de espaldas en menos de veinte segundos? ¿Y por qué este imbécil va a durar tres minutos?

«Es así —pensaba Orsini con el cigarrillo en la boca—; tan sencillo y terrible como descubrir de golpe que una mujer no nos gusta y quedarse impotente y comprender que nada puede corregirse o ser aliviado por medio de explicaciones; tan



sencillo y terrible como decirle a un enfermo la verdad. Todo es sencillo cuando le ocurre a los otros, cuando nos conservamos ajenos y podemos comprender y lamentar, repetir consuelos».

El pianito del conservatorio había desaparecido en el calor de la noche retinta; se oían grillos, giraba, mucho más lejos, un disco de jazz.

—¿Me va a durar tres minutos? —insistió Jacob—. Yo también vi. Vi las fotografías en el diario. Un buen cuerpo para mover barriles.

—No —repuso Orsini, sincero y ecuánime—. Nadie puede resistirle tres minutos al campeón del mundo.

—No entiendo —dijo Jacob—. Entonces no entiendo. ¿Hay algo más?

—El hombre no puede aguantar tres minutos. Pero estoy seguro de que aguanta más de uno. Y hoy, cosa pasajera pero indiscutible, el campeón del mundo no tiene aliento para luchar más de un minuto.

—¿Yo? —Jacob se había puesto de rodillas, apoyándose en los puños—. ¿Yo?

—Sí —dijo Orsini; hablaba con suavidad e indiferencia, quitándole importancia al tema—. Cuando terminemos esta gira de entrenamiento, todo cambiará. También será necesario suprimir el alcohol. Pero hoy, mañana, sábado de noche en Santa María o como se llame este agujero del mundo, Jacob van Oppen no puede abrazar y resistir un abrazo por más de un minuto. El pecho de van Oppen no puede; los pulmones no pueden. Y esa bestia no se deja voltear en un minuto. Por eso tenemos que tomar el ómnibus de las cuatro de la mañana. Las valijas están hechas, pagué la cuenta del hotel. Todo arreglado.

Orsini oyó el gruñido y la tos a su izquierda, fue midiendo la extensión del silencio en el cuarto. Volvió a tomar el revólver y lo calentó entre las rodillas.

«Después de todo —pensó— es curioso haber dado tantos rodeos, tomar tantas precauciones. Él lo sabe mejor que yo y desde hace tiempo. Pero tal vez haya sido justamente por eso que elegí rodeos y busqué precauciones. Y aquí estoy, a mi edad, tan lamentable y ridículo como si le hubiera dicho a una mujer que se acabó el amor y estuviese esperando, con aprensiones y curiosidad, la reacción, las lágrimas, las amenazas».

Jacob había replegado el cuerpo; pero la franja de luz del cuarto de baño revelaba, en la cabeza echada hacia atrás, el brillo del llanto. Orsini guardó el revólver y fue hasta el teléfono para pedir otra botella. Rozó al pasar el cabello cortado al rape del campeón y regresó a la cama. Alzando las piernas, podía sentir contra los muslos la rotunda pesadez de su barriga. Del hombre arrodillado le llegaba el rumor de un jadeo, como si van Oppen hubiera llegado al epílogo de una jornada de entrenamiento o de una lucha particularmente larga y difícil.

«No es el corazón —recordó Orsini—, no son los pulmones. Es todo; un metro noventa y cinco de hombre que empezó a envejecer».

—No, no —dijo en voz alta—. Sólo un descanso en el camino. Dentro de unos meses todo volverá a ser como antes. La calidad; eso es lo definitivo, eso es lo que

nunca puede perderse. Aunque uno quiera, aunque se empeñe en perderla. Porque en toda vida de hombre hay períodos de suicidio. Pero esto se supera, esto se olvida.

La música de baile se había ido fortaleciendo a medida que crecía la noche. La voz de Orsini vibraba satisfecha, demorándose, en la garganta y el paladar.

Llamaron a la puerta y el príncipe caminó silencioso para recibir la bandeja con la botella, los vasos y el hielo. La dejó en la mesita y prefirió montarse en una silla para continuar la velada y la lección de optimismo.

El campeón se había sentado en la sombra, en el suelo, apoyado en la pared; ya no se le escuchaba respirar; sólo existía para Orsini por medio de su enorme, indudable presencia agazapada.

—La calidad, eso —reanudó el príncipe—. ¿Quién la tiene? Se nace con calidad o se muere sin calidad. Por algo todos se inventan un sobrenombre imbécil y cómico, unas palabritas, para que las pongan en los carteles. El Búfalo de Arkansas, el Triturador de Lieja, el Mihura de Granada. Pero Jacob van Oppen sólo se llama, además, el Campeón del Mundo. Calidad.

El discurso de Orsini desfalleció en el silencio y en la fatiga. El príncipe llenó un vaso, puso la lengua dentro y se levantó para llevárselo al campeón.

—Orsini —dijo Jacob—. Mi amigo el príncipe Orsini.

Van Oppen se oprimía las rodillas con las grandes manos; como los dientes de una trampa, las rodillas sujetaban la cabeza inclinada. Orsini dejó el vaso en el suelo después de arrastrarlo por la nuca y la espalda del gigante.

—Un trago, campeón —murmuró dulce y paternal—. Siempre hace bien.

Se incorporaba con una mueca, tocándose el cansancio en la cintura, cuando sintió los dedos que le rodeaban un tobillo y lo clavaban al piso. Oyó la voz lenta, alegre, despreocupada y perezosa de Jacob:

—Ahora el príncipe se toma todo el trago de un solo trago.

Orsini echó el cuerpo hacia atrás para asegurar el equilibrio. «Era lo poco que me faltaba; que esta bestia crea que lo quiero dormir o envenenar». Se fue agachando despacio, recogió el vaso y lo bebió rápidamente, sintiendo que los dedos de Jacob se le aflojaban en el tobillo.

—¿Está bien, campeón? —preguntó. Ahora veía los ojos del otro, un pedazo de sonrisa levantada.

—Bien, príncipe. Un vaso lleno para mí.

Con las piernas separadas, buscando no tambalearse, Orsini fue hasta la mesita y llenó nuevamente el vaso. Se apoyó para prender un cigarrillo y pudo ver, en la pequeña luz del encendedor, que las manos le temblaban de odio. Regresó con el vaso, el cigarrillo en la boca, un dedo en el gatillo del revólver escondido en la bata de baño. Cruzó la franja de luz amarilla y vio a Jacob de pie, blanco y enorme, balanceándose con suavidad.

—Salud, campeón —dijo Orsini ofreciendo la bebida con el brazo izquierdo.

—Salud —repitió desde arriba la voz de van Oppen con un rastro débil de

excitación—. Yo sabía que iban a llegar. Yo estuve en la iglesia pidiendo que llegaran.

—Sí —dijo Orsini.

Hubo una pausa, el campeón suspiró, la noche les trajo gritos y aplausos desde la sala de baile lejana, un remolcador llamó tres veces en el río.

—Ahora —pronunció Jacob con dificultad— el príncipe se toma el vaso de un trago. Los dos somos borrachos. Pero yo no tomo esta noche porque es viernes. El príncipe tiene un revólver.

Durante un segundo, con el vaso en el aire y mirando el ombligo de van Oppen, Orsini se inventó una biografía de humillación perpetua, saboreó el gusto del asco, supo que el gigante no estaba siquiera desafiándolo, que sólo le ofrecía un blanco para el revólver enderezado en el bolsillo.

—Sí —dijo un segundo después; escupió el cigarrillo y volvió a tragarse la ginebra. El estómago le subía en el pecho mientras tiraba el vaso vacío hacia la cama, mientras retrocedía trabajosamente para dejar el revólver encima de la mesa.

Van Oppen no había cambiado de lugar; continuaba balanceándose en la penumbra, con lentitud burlona, como si remedara la gimnasia clásica para los músculos de la cintura.

—Estamos locos —dijo Orsini.

No le servían para nada los recuerdos, el débil hervor de la noche de verano que tocaba la ventana, los planes del futuro.

—Lili Marlen, por favor —aconsejó Jacob.

Apoiado en la mesita, Orsini abandonó el cigarrillo que pensaba encender. Cantó con voz asordada, con una última esperanza, como si nunca hubiera desempeñado otro oficio que canturrear las palabras imbéciles, la música fácil, como si nunca hubiera hecho otra cosa para ganarse la vida. Se sentía más viejo que nunca, empequeñecido y ventrudo, ajeno a sí mismo.

Hubo un silencio y después el campeón dijo «gracias». Dormido y débil, manoteando el cigarrillo que había dejado sobre la mesa, junto al revólver, Orsini miró acercarse el gran cuerpo blancuzco, aliviado de la edad por la penumbra.

—Gracias —repitió van Oppen, casi tocándolo—. Otra vez.

Atónito, indiferente, Orsini pensó: «Ya no es una canción de cuna, ya no lo obliga a emborracharse, a llorar, a dormir». Volvió a carraspear y empezó:

—Vor der Kaserne, vor dem grossen Tor...

Sin necesidad de mover el cuerpo, el campeón alzó un brazo desde la cadera y golpeó la mandíbula de Orsini con la mano abierta. Una vieja tradición le impedía usar los puños, salvo en circunstancias desesperadas. Con el otro brazo sostuvo el cuerpo del príncipe y lo estiró en la cama.

El calor de la noche y de la fiesta había hecho abrir las ventanas. La música de jazz del baile parecía estar naciendo ahora en el hotel, en el centro de la habitación semioscura.

### 3. Cuenta el príncipe

Era una ciudad alzada desde el río, en setiembre, a cinco centímetros más o menos al sur del ecuador. Me desperté, sin dolores, en la mañana del cuarto del hotel, llena de claridad y calor. Jacob me masajeaba el estómago y reía para ayudar la salida de los insultos que terminaron en un solo, repetido hasta que no pude fingir el sueño y me enderecé:

—Viejo puerco —en alemán purísimo, casi en prusiano.

El sol lamía ya la pata de la mesita y pensé con tristeza que nada podía salvarse del naufragio. Por lo menos —empezaba a recordar—, eso era lo que convenía ser pensado y a esa tristeza debían ajustarse mi cara y mis palabras. Algo previó van Oppen porque me hizo tragar un vaso de jugo de naranja y me puso un cigarrillo encendido en la boca.

—Viejo puerco —dijo, mientras yo me llenaba los pulmones de humo.

Era la mañana del sábado, estábamos aún en Santa María. Moví la cabeza y lo miré, hice un balance rápido de la sonrisa, la alegría y la amistad. Se había puesto el traje gris claro, los zapatos de antílope, equilibraba en la nuca el Stetson. Pensé de golpe que él tenía razón, que en definitiva la vida siempre tiene razón, sin que importaran las victorias o las derrotas.

—Sí —dije, apartándole la mano—, soy un viejo puerco. Los años pasan y empeoran las cosas. ¿Hay lucha hoy?

—Hay —cabeceó con entusiasmo—. Te dije que iban a volver y volvieron.

Chupé el cigarrillo y me estiré en la cama. Me bastó verle la sonrisa para comprender que Jacob, aunque le rompieran el espinazo en la cálida noche de sábado que cualquiera podía predecir, había ganado. Tenía que ganar en tres minutos; pero yo cobraba más. Me senté en la cama y me estuve sobando la mandíbula.

—Hay lucha —dije—, el Campeón decide. Pero, por desgracia, el manager ya no tiene nada que decir. Ni una botella ni un golpe bastan para suprimir todo.

Van Oppen se puso a reír y el sombrero cayó sobre la cama. Su risa había sido descuidada por los años, era la misma.

—Ni un golpe ni una botella —insistí—. Quedamos en que el Campeón no tiene aliento, por ahora, para soportar una lucha, un esfuerzo verdadero, que dure más de un minuto. Eso queda. El Campeón no podría doblar al turco. El Campeón se morirá de una muerte misteriosa cuando llegue el segundo cincuenta y nueve. Veremos en la autopsia. Creo que, por lo menos, en eso quedamos.

—En eso quedamos. No más de un minuto —asintió van Oppen; alegre otra vez, joven, impaciente. La mañana llenaba ahora toda la habitación y yo me sentía humillado por mi sueño, por mis reparos, por mi bata con el peso del revólver descargado.

—Y hay —dije lentamente, como queriendo vengarme—, que no tenemos los quinientos pesos. De acuerdo, todo el mundo lo sabe, el turco no puede ganar. Pero

tenemos que hacer, y ya es sábado, el depósito de quinientos pesos. Sólo nos queda para los pasajes y para una semana en la capital. Y después que Dios diga.

Jacob recogió el sombrero y volvió a reírse. Movía la cabeza como un padre sentado en el banco de un parque junto a su pequeño hijo desconfiado.

—¿Dinero? —dijo sin preguntar—. ¿Dinero para hacer el depósito? ¿Quinientos pesos?

Me dio otro cigarrillo encendido y puso el pie izquierdo, que es más sensible, encima de la mesita. Deshizo el nudo del zapato gris, se descalzó y vino para mostrarme un rollo de billetes verdes. Era dinero de verdad. Me dio cinco billetes de diez dólares y tuvo un fanfarronear.

—¿Más?

—Está bien —dije—. Sobra.

Mucho dinero volvió al zapato; entre trescientos y quinientos dólares.

De modo que al mediodía cambié el dinero; y como el campeón había desaparecido —no hubo tricotas con iniciales ni trotecitos por la rambla aquella mañana— me fui al restaurante del Plaza y comí como un caballero, como hacía mucho tiempo no comía. Tuve un café hecho en mi mesa y licores apropiados y un habano muy seco pero que se podía fumar.

Completé el almuerzo con una propina de borracho o de ladrón y llamé al hotel; el campeón no estaba; los restos de la tarde eran frescos y alegres, Santa María iba a tener su gran noche. Dejé al conserje el número del diario para que Jacob combinara conmigo la ida al Apolo y un rato después me senté en la mesita del archivo, con Deportivas y dos caras más. Mostré el dinero:

—Para que no haya ninguna duda. Pero prefiero entregarlo personalmente en el ring. Si es que van Oppen muere de un síncope; o si tiene que contribuir a los gastos del velorio del turco.

Jugamos al póker, perdí y gané, hasta que avisaron que van Oppen estaba en el cine. Faltaba media hora larga para las nueve; pero nos pusimos los sacos y tomamos autos viejos, para recorrer las pocas cuadras del pueblito que nos separaban del cine, para acentuar el carnaval, el ridículo.

Entré por la puerta trasera y fui al cuarto abrumado de carteles y fotografías, furiosamente invadido por un olor de mingitorio y engrudo rancio. Allí estaba Jacob: con el slip celeste, color dedicado a Santa María, y el cinturón de Campeón del Mundo que brillaba como el oro, haciendo flexiones. Me bastó verlo —los ojos añados, limpios y sin nada; la corta curva de la sonrisa— para entender que no quería hablar conmigo, que no deseaba prólogos, nada que lo separara de lo que había resuelto ser y recordar.

Me senté en un banco, sin escuchar si contestaba o no a mi saludo, y me puse a fumar. Ahora en este momento, dentro de unos minutos, llegaba el final de la historia. De ésta, y la del Campeón Mundial de Lucha. Pero habría otras, habría también una explicación para El Liberal, Santa María y pueblos vecinos.

«Pasajera indisposición física» me gustaba más que «exceso de entrenamiento provocó el fracaso del Campeón». Pero mañana no publicarían la C mayúscula y acaso ni siquiera el discutible título. Van Oppen continuaba haciendo flexiones y yo combatía el olor a amoníaco encendiendo un cigarrillo con el anterior, sin olvidar que la limpieza del aire es la primera condición para un gimnasio.

Jacob subía y bajaba como si estuviera solo, movía horizontales los brazos, parecía, a la vez, más flaco y más pesado. A través de la catinga, a la que se estaba incorporando su sudor, yo trataba de oírlo respirar. También el ruido de la sala invadía el cuarto maloliente. Tal vez el campeón tuviera resuello para un minuto y medio, nunca para dos o tres.

El turco permanecería de pie hasta que sonara la campana, con sus enfurecidos bigotes negros, con los púdicos pantalones hasta media pierna que yo le imaginaba — y no me equivoqué—, con la novia pequeña y dura aullando de triunfo y rabia junto a las tablas del escenario del cine Apolo, junto a la alfombra calva que seguiré llamando tapiz. No quedaban esperanzas, no rescataríamos nunca los quinientos pesos. El ruido chusma de la sala llena e impaciente iba creciendo.

—Hay que ir —le dije al difunto que hacía calistenia. Eran las nueve en punto en mi reloj; salí del mal olor y anduve por los corredores oscuros hasta llegar a la boletería. Antes de las nueve y cuarto había terminado de revisar y firmar el borderó. Volví al cuarto hediondo— el griterío anunciaba que van Oppen ya estaba en el ring —me puse en mangas de camisa después de guardarme el dinero en un bolsillo del pantalón y anduve al revés los corredores hasta entrar en la sala y subir al escenario. Me aplaudieron y me insultaron, agradecí con cabezadas y sonrisas, seguro de que en el Apolo había más de setenta personas que no habían pagado entrada. Por lo menos, no me llegaría nunca el cincuenta por ciento correspondiente.

Le quité la bata a Jacob, crucé el ring para saludar al turco y tuve tiempo apenas para otro par de payasadas.

Sonó la campana y ya era imposible no respirar y entender el olor de la muchedumbre que llenaba el Apolo. Sonó la campana y dejé a Jacob solo, mucho más solo y para siempre que como lo había dejado en tantas madrugadas, en esquinas y bares, cuando yo empezaba a tener sueño y aburrirme. Lo malo era que aquella noche, mientras me separaba de él para sentarme en una platea de privilegio, no estaba dormido ni me sentía aburrido. La primera campana era para despejar el ring. La segunda para que empezara la lucha. Engrasado, casi joven, sin mostrar los kilos, Jacob fue girando, encorvado, hasta ocupar el centro del ring y esperó con una sonrisa.

Abrió los brazos y esperó al turco que parecía haberse ensanchado. Lo esperó sonriendo hasta que lo tuvo cerca, hizo un paso hacia atrás y de pronto avanzó para dejarse abrazar. Contra todas las reglas, Jacob mantuvo los brazos altos durante diez segundos. Después afirmó las piernas y giró; puso una mano en la espalda del desafiante y la otra, también el antebrazo, contra un muslo. Yo no entendía aquello y

seguí sin entender durante el exacto medio minuto que duró la lucha. Entonces vi que el turco salía volando del ring atravesando con esfuerzo los aullidos de los sanmarianos y desaparecía en el fondo oscuro de la platea.

Había volado, con los grandes bigotes, con la absurda flexión de las piernas que buscaban en el aire sucio apoyo y estabilidad. Lo vi pasar cerca del techo, entre los reflectores, manoteando. No habíamos llegado a los cincuenta segundos y el campeón había ganado o no, según se mirara. Subí al ring para ayudarlo a ponerse la bata como un niño, no escuchaba los gritos y los insultos del público, el clamor creciente. Estaba sudado pero poco; y en cuanto le oí la respiración supe que la fatiga le venía de los nervios y no del cansancio. Jacob sonreía.

En seguida empezaron a caer sobre el ring pedazos de madera y botellas vacías; yo tenía mi discurso completo, mi exagerada sonrisa para extranjeros. Pero continuaban cayendo los proyectiles y los gritos no me hubieran dejado hablar.

Entonces los milicos se movieron con entusiasmo, como si no hubieran hecho otra cosa desde el día en que consiguieron empleo, dirigidos o no, supieron distribuirse y organizarse y comenzaron a romper cabezas con los palos flamantes hasta que sólo quedamos en el Apolo el campeón, el juez y yo sobre el ring, los milicos en la sala, el pobre muchacho muerto, de veinte años, colgado sobre dos sillas. Fue entonces, y nadie supo de dónde, y yo sé menos que nadie, que apareció junto al turco la mujer chiquita, la novia, y se dedicó a patear y a escupir al hombre que había perdido, al otro, mientras yo felicitaba a Jacob sin alardes y asomaban por la puerta, los enfermeros o médicos cargados con la camilla.

# Tan triste como ella

Para M. C.

*Querida Tan Triste:*

*Comprendo, a pesar de ligaduras indecibles e innumerables, que llegó el momento de agradecerlos la intimidad de los últimos meses y decirnos adiós. Todas las ventajas serán tuyas. Creo que nunca nos entendimos de veras; acepto mi culpa, la responsabilidad y el fracaso. Intento excusarme —sólo para nosotros, claro— invocando la dificultad que impone navegar entre dos aguas durante X páginas. Acepto también, como merecidos, los momentos dichosos. En todo caso, perdón. Nunca miré de frente tu cara, nunca te mostré la mía.*

J. C. O.

Años atrás, que podían ser muchos o mezclarse con el ayer en los escasos momentos de felicidad, ella había estado en la habitación del hombre. Un dormitorio imaginable, un cuarto de baño en ruinas y desaseado, un ascensor trémulo; sólo eso recordaba de la casa. Fue antes del matrimonio, pocos meses antes.

Quería ir, deseaba que ocurriera cualquier cosa —la más brutal, la más anémica y decepcionante—, cualquier cosa útil para su soledad y su ignorancia. No pensaba en el futuro y se sentía capaz de negarlo. Pero un miedo que nada tenía que ver con el dolor antiguo la obligó a decir no, a defenderse con las manos y la rigidez de los muslos. Sólo obtuvo, aceptó, el sabor del hombre manchado por el sol y la playa.

Soñó, al amanecer, ya separada y lejos, que caminaba sola en una noche que podía haber sido otra, casi desnuda con su corto camisón, cargando una valija vacía. Estaba condenada a la desesperación y arrastraba los pies descalzos por calles arboladas y desiertas, lentamente, con el cuerpo erguido, casi desafiante.

El desengaño, la tristeza, al decir que sí a la muerte, sólo podían soportarse porque, a capricho, el gusto del hombre renacía en su garganta en cada bocacalle que ella lo pedía y ordenaba. Los pasos doloridos se iban haciendo lentos hasta la quietud. Entonces, a medias desnuda, rodeada por la sombra, el simulacro del silencio, alguna pareja lejana de faroles, se detenía para absorber ruidosa el aire. Cargada con la valija



sin peso, saboreaba el recuerdo y continuaba caminando de regreso.

De pronto vio la enorme luna que se alzaba entre el caserío gris, negro y sucio; era más plateada a cada paso y disolvía velozmente los bordes sanguinolentos que la habían sostenido. Paso a paso, comprendió que no avanzaba con la valija hacia ningún destino, ninguna cama, ninguna habitación. La luna ya era monstruosa. Casi desnuda, con el cuerpo recto y los pequeños senos horadando la noche, siguió marchando para hundirse en la luna desmesurada que continuaba creciendo.

El hombre estaba más flaco cada día y sus ojos grises perdían color, aguándose, lejos ya de la curiosidad y la súplica. Nunca se le había ocurrido llorar y los años, treinta y dos, le enseñaron, por lo menos, la inutilidad de todo abandono, de toda esperanza de comprensión.

La miraba sin franqueza ni mentira todas las mañanas, por encima de la poblada, renga mesa del desayuno que había instalado en la cocina para la felicidad del verano. Tal vez no fuera totalmente suya la culpa, tal vez resulte inútil tratar de saber quién la tuvo, quién la sigue teniendo.

A escondidas ella le miraba los ojos. Si puede darse el nombre de mirada a la cautela, al relámpago frío, a su cálculo. Los ojos del hombre, sin delatarse, se hacían más grandes y claros, cada vez, cada mañana. Pero él no trataba de esconderlos; sólo quería desviar, sin grosería, lo que los ojos estaban condenados a preguntar y decir.

Tenía entonces treinta y dos años y se iba extendiendo, desde las nueve hasta las cinco, a través de oficinas de un local enorme. Amaba el dinero, siempre que fuera mucho, así como otros hombres se sienten atraídos por mujeres altas y gordas, tolerando que sean viejas, sin importarles. Creía también en la felicidad de los fatigosos fines de semana, en la salud que descendía para todos desde el cielo, en el aire libre.

Estaba allá o aquí, presentía el dominio sobre cualquier forma de dicha, de tentación. Había amado a la pequeña mujer que le daba comida, que había parido una criatura que lloraba incesante en el primer piso. Ahora la miraba con asombro: era, fugazmente, algo peor, más abajo, más muerto que una desconocida cuyo nombre no nos llegó nunca.

A la hora irregular del desayuno el sol entraba por las altas ventanas; los olores del jardín se complicaban en la mesa, desfallecidos aún, como el fácil principio de una sospecha. Ninguno de ellos podía negar el sol, la primavera; en último caso, la muerte del invierno.

A los pocos días de la mudanza, cuando nadie había pensado aún en transformar el jardín salvaje y enmarañado en una sucesión tumularia de peceras, el hombre se levantó de madrugada y aguardó el alba. Con las primeras luces, clavó una lata en la araucaria y tomó distancia con el diminuto revólver nacarado colgando de una mano. Alzó el brazo y sólo pudo oír los golpecitos frustrados del percutor. Volvió a la casa con una exagerada sensación de ridículo y mal humor; sin cuidado, sin respeto por el sueño de la mujer, tiró el arma en un rincón del ropero.

—¿Qué pasa? —murmuró ella mientras el hombre comenzaba a desnudarse para entrar al baño.

—Nada. O las balas están picadas, no hace ni un mes que las compré, me estafaron, o el revólver se terminó. Era de mi madre o de mi abuela, tiene el gatillo flojo. No me gusta que estés sola aquí, de noche, sin algo para defenderte. Pero me voy a ocupar de eso hoy mismo.

—No tiene importancia —dijo la mujer mientras caminaba descalza para traer al niño—. Tengo buenos pulmones y los vecinos me van a oír.

—Estoy enterado —dijo el hombre y rió. Se miraron con cariño y burla. La mujer estuvo esperando el ruido del coche y volvió a dormirse con el niño colgado de un pezón.

La sirvienta entraba y salía y no era posible saber siempre por qué. La mujer estaba acostumbrada, no creía ya en la súplica de los ojos del hombre, tantas veces entrevista, como si la mirada, la expresión, el húmedo silencio no importaran más que el color del iris, la inclinación heredada de los párpados. Él, por su parte, era incapaz, ahora, de aceptar el mundo; ni los negocios, ni la hija inexistente, con frecuencia olvidada, con frecuencia viva, tenaz, endurecida, distinta a pesar de las premeditadas borracheras, los ineludibles negocios, las compañías y las soledades. Es probable, también, que ni ella ni él creyeran ya del todo en la realidad de las noches, en sus felicidades cortas y previsibles.

No tenían nada que esperar de las horas en que estaban juntos, pero tampoco aceptaban esa pobreza. Él continuaba jugando con el cigarrillo y el cenicero; ella estiraba manteca y jalea sobre el pan tostado. Durante aquellas mañanas él no trataba, en realidad, de mirarla; se limitaba a mostrarle los ojos, como un mendigo casi desinteresado, sin fe, que exhibiera una llaga, un muñón.

Ella hablaba de los restos del jardín, de los proveedores, del niño rosado en la habitación de arriba. Cuando el hombre se hartaba de esperar la frase, la palabra imposible, se movía para besarle la frente y dejaba órdenes para los obreros que construían las peceras.

El hombre comprobaba todos los meses que estaba más rico, que sus cuentas en los bancos iban creciendo sin esfuerzo ni propósitos. No lograba inventar un destino cierto, ambicioso, para el dinero nuevo.

Hasta las cinco o seis de la tarde vendía repuestos de automóvil, de tractores, de cualquier clase de máquina. Pero a partir de las cuatro usaba el teléfono, paciente y sin rencor, para asegurarse contra la angustia, para asegurarse una mujer en una cama o en una mesa de restaurante. Se conformaba con poco, estrictamente con lo que le era necesario: una sonrisa, una caricia en los pómulos que pudiera ser confundida con la ternura o la comprensión. Después, claro, los actos de amor, escrupulosamente pagados con ropas, perfumes, objetos inútiles. Pagados también —el vicio, el dominio, la noche entera— con la resignación a las charlas versátiles e imbéciles.

Al regreso, en la madrugada, ella le respiraba los olores ordinarios, inocultables, y

le espiaba la cara huesuda que perseguía, tan equivocada, la placidez. El hombre no traía nada para contarle. Miraba la fila de botellas en el armario y elegía, al azar, cualquiera. Hundido en el sillón, calmoso, con un dedo entre las páginas de un libro, bebía frente al silencio de ella, frente a sus simulacros de sueño, frente a sus ojos inmóviles y fijos en el techo. Ella no gritaba; durante un tiempo trató de comprender sin desprecio, quiso acercarle parte de la lástima que sentía por sí misma, por la vida y su final.

A mediados de setiembre, imperceptiblemente al principio, la mujer empezó a encontrar consuelo, a creer que la existencia está, como una montaña o una piedra, que no la hacemos nosotros, que no la hacían ni el uno ni el otro.

Nadie, nadie puede saber cómo ni por qué empezó esta historia. Lo que tratamos de contar se inició una tarde quieta de otoño, cuando el hombre sombreó el crepúsculo aún soleado del jardín y se detuvo para mirar alrededor, para olisquear el pasto, las últimas flores de los arbustos mal crecidos y salvajes. Estuvo inmóvil un rato, la cabeza caída sobre un costado, los brazos colgando y como muertos. Después avanzó hasta el cerco de cinacina y desde allí comenzó a medir el jardín con pasos regulares, contenidos, de alrededor de un metro cada uno. Caminó de sur a norte, después desde el este al oeste. Ella lo miraba protegida por las cortinas del piso alto; cualquier cosa fuera de la rutina podía ser el nacimiento de una esperanza, la confirmación de la desgracia. El niño chillaba sobre el fin de la tarde; tampoco nadie puede afirmar si estaba vestido ya de rosa, si lo habían vestido así desde el nacimiento o desde antes.

Aquella noche de domingo, el día más triste de la semana, el hombre dijo en la cocina mientras revolvía la taza de café:

—Tanto terreno y no sirve para nada.

Ella le espió la cara ascética, su diluido tormento incomprendido. Vio una novedosa languidez maligna, un nacimiento de la voluntad.

—Siempre pensé... —dijo la mujer, comprendiendo mientras hablaba que en realidad estaba mintiendo, que no había tenido tiempo ni ganas de pensarlo, comprendiendo que la palabra siempre había perdido todo sentido—. Siempre pensé en árboles frutales, en canteros hechos con un plan, en un jardín de verdad.

Aunque ella había nacido allí, en la casa vieja alejada del agua de las playas que había bautizado, con cualquier pretexto, el viejo Petrus. Había nacido, se había criado allí. Y cuando el mundo vino a buscarla, no lo comprendió del todo, protegida y engañada por los arbustos caprichosos y mal criados, por el misterio —a luz y sombra— de los viejos árboles torcidos e intactos, por el pasto inocente, alto, grosero. Tuvo una madre que compró una máquina para el césped, un padre que supo prometer, en cada sobremesa nocturna, que el trabajo comenzaría mañana. Nunca lo hizo. Aceitaba a veces la máquina durante horas o la prestaba a un vecino durante meses.

Pero el jardín, el contrahecho remedo de selva, nunca fue tocado. Entonces la chiquilina aprendió que no hay palabra comparable a mañana: nunca, nada,

permanencia y paz.

Muy niña descubrió la broma cariñosa de los arbustos, el pasto, cualquier árbol anónimo y torcido; descubrió con risas que amenazaban invadir la casa, para retroceder a los pocos meses, encogidos, satisfechos.

El hombre bebió el café y luego estuvo moviendo la cabeza con lentitud y resuelto. Hizo una pausa o la dejó llegar y extenderse.

—Puede quedar, cerca de los ventanales, un rincón para estirarse y tomar cosas frescas cuando vuelva el verano. Pero el resto, todo, hay que aplastarlo con cemento. Quiero hacer peceras. Ejemplares raros, difíciles de criar. Hay gente que gana mucho dinero con eso.

La mujer sabía que el hombre estaba mintiendo; no creyó en su interés por el dinero, no creyó que nadie pudiera talar los viejos árboles inútiles y enfermos, matar el pasto nunca cuidado, las flores sin nombre conocido, pálidas, fugaces, cabizbajas.

Pero los hombres, los obreros, tres, se acercaron a conversar una mañana de domingo. Ella los miraba desde el piso alto; dos estaban de pie, rodeando el casi horizontal sillón del jardín de donde se alzaban las instrucciones, las preguntas sobre precio y tiempo; el tercero, agachado, con boina, enorme y plácido, mascaba un tallo.

Lo recordó hasta el final. El más viejo, el jefe, encorvado, con el pelo abundante y blanco, con las manos colgantes, se detuvo un rato de espaldas al portón enrejado. Contempló sin asombro los árboles despojados, la vasta superficie de yuyos entremezclados. Los otros dos avanzaron, cargados inútilmente con guadañas y palas, con picos, y el desconcierto que iba trabándoles las piernas. El más joven y grande, el más perezoso, continuaba mordisqueando el tallo rematado por la florcita sonrosada. Era una mañana de domingo y la primavera estremecía las hojas del jardín; ella los miraba tratando de equivocarse, la boca del niño colgada de un pecho.

Ella conocía el rencor, las ganas de dañarla del hombre. Pero todo había sido conversado tantas veces, comprendido hasta donde uno cree comprenderse y entender al otro, que no creyó posible la venganza, la destrucción del jardín y de su propia vida. A veces, cuando ambos aceptaban el sueño de haber olvidado, el hombre la encontraba tejiendo en algún lugar del jardín y reanudaba sin prólogo:

—Todo está bien, todo está tan muerto como si nunca hubiera sucedido —la cara flaca y obsesiva se negaba a mirarla—. Pero ¿por qué tuvo que nacer varón? Tantos meses comprándole lanas rosadas y el resultado fue ése, un varón. No estoy loco. Sé que lo mismo da, en el fondo. Pero una niña podría llegar a ser tuya, exclusivamente tuya. Ese animalito, en cambio...

Ella estuvo un rato quieta, sosegó las manos y por fin lo miró. Más flaco, más grandes los ojos claros, perniabierto a su lado, desolándose y burlón. Mentía, ambos sabían que el hombre estaba mintiendo; pero lo comprendían de manera muy distinta.

—Ya hablamos tanto de esto —dijo aburrida la mujer—. Tantas veces tuve que escucharte...

—Es posible. Menos veces, siempre, que mis impulsos de volver al tema. Es un

varón, tiene mi nombre, yo lo mantengo y tendré que educarlo. ¿Podemos tomar distancia, mirar desde afuera? Porque, en ese caso, yo soy un caballero o un pobre diablo. Y vos, una putita astuta.

—Mierda —dijo ella, suavemente, sin odio, sin que pudiera saberse a quién hablaba.

El hombre volvió a mirar el cielo que se apagaba, la primavera indudable. Giró y se puso a caminar hacia la casa.

Tal vez toda la historia haya nacido de esto, tan sencillo y terrible; depende, la opción, de que uno quiera pensarlo o se distraiga: el hombre sólo creía en la desgracia y en la fortuna, en la buena o en la mala suerte, en todo lo triste y alegre que puede caernos encima, lo merezcamos o no. Ella creía saber algo más; pensaba en el destino, en errores y misterios, aceptaba la culpa y —al final— terminó admitiendo que vivir es culpa suficiente para que aceptemos el pago, recompensa o castigo. La misma cosa, al fin y al cabo.

A veces el hombre la despertaba para hablarle de Mendel. Encendía la pipa o un cigarrillo y aguardaba para asegurarse de que ella estaba resignada y escuchando. Tal vez esperara, él, un milagro en su alma o en el de su mujer desnuda, cualquier cosa que pudiera ser exorcizada y les diera la paz o un engaño equivalente.

—¿Por qué con Mendel? Podías haber elegido entre tantos mejores, entre tantos que me avergonzaran menos.

Quería volver a escuchar el relato de los encuentros de la mujer con Mendel; pero, en realidad, retrocedía siempre, miedoso de saber del todo, definitivamente; resuelto, en el fondo, a salvarse, a ignorar el porqué. Su locura era humilde y podía ser respetada.

Mendel o cualquier otro. Lo mismo daba. No tenía nada que ver con el amor. Una noche el hombre trató de reír:

—Y, sin embargo, así estaba escrito. Porque las cosas se han enredado, o se pusieron armónicas, de tal manera que hoy puedo mandarlo a Mendel a la cárcel. A Mendel, a ningún otro. Un papelito falsificado, una firma dibujada por él. Y no me muevo por celos. Tiene una mujer y tres hijos totalmente suyos. Una casa o dos. Sigue pareciendo feliz. No se trata de los celos sino de la envidia. Es difícil de entender. Porque a mí, personalmente, de nada me sirve destrozarse todo eso, hundir o no a Mendel. Deseaba hacerlo desde mucho antes del descubrimiento, desde antes de saber que era posible. Imagino, ¿sabes?, la posibilidad de la envidia pura, sin motivos concretos, sin rencor. A veces, muy pocas, la encuentro posible.

Ella no contestó. Acurrucada contra el primer frío del alba pensaba en el niño, esperaba el primer llanto del hambre. Él, en cambio, esperaba el milagro, la resurrección de la chica encinta que había conocido, la suya propia, la del amor que se creyeron, o fueron construyendo durante meses, con resolución, sin engaño deliberado, abandonados tan cerca de la dicha.

Los hombres empezaron a trabajar un lunes, aserrando sin prisa los árboles que se

llevaban al final de la jornada en un camión destartalado, rugiente de vejez, siempre torcido. Días después comenzaron a guadañar los yuyos floridos, el pasto que se había hecho jugoso y recto. No cumplían ningún horario regular; tal vez hubieran contratado la totalidad del trabajo, directamente, dejando de lado el engorro de los jornales, las faltas y las perezas. Sin embargo, tampoco mostraron nunca apresurarse.

El hombre no le hablaba nunca de lo que estaba ocurriendo en el jardín. Seguía flaco y callado, fumaba y bebía. El cemento se extendía ahora sobre la tierra y sus recuerdos, blanco, grisáceo en seguida.

Entonces, al final de un desayuno, rencoroso e incauto, el hombre apagó el cigarrillo en el fondo de una taza y, casi sonriendo, como si comprendiera de verdad el destino de sus palabras, dijo lento, sin mirarla:

—Sería bueno que vigilaras el trabajo de los poceros. Entre una y otra mamadera. No veo que el portland avance.

Desde aquel momento los tres peones se convirtieron en poceros. Ahora traían grandes chapas de vidrio para hacer las peceras, enormes, distribuidas con deliberada asimetría, desproporcionadas para toda clase de fauna que quisiera criarse allí.

—Sí —dijo ella—. Puedo hablar con el viejo. Ir al lugar donde estaba el jardín y mirarlos trabajar.

—El viejo —se burló el hombre—. ¿Sabe hablar? Creo que los dirige moviendo las manos y las cejas.

Empezó a bajar diariamente al cemento, de mañana y de tarde, aprovechando los horarios caprichosos que ellos elegían. Acaso también podía decirse de ella que estaba rencorosa e incauta.

Caminaba despacio, más crecida ahora sobre el piso duro y parejo, desconcertada, moviéndose en sesgo, restaurando los antiguos desvíos, los perdidos atajos que habían impuesto alguna vez los árboles y los canteros. Miraba a los hombres, veía erguirse las enormes peceras. Olía el aire, esperaba la soledad de las cinco de la tarde, el rito diario, el absurdo conquistado, hecho casi costumbre.

Primero fue la incomprensible excitación del pozo por sí mismo, el negro agujero que se hundía en la tierra. Le hubiera bastado. Pero pronto descubrió, en el fondo, la pareja de hombres trabajando, con los torsos desnudos. Uno, el del yuyo mascado, moviendo con descuido los enormes bíceps; el otro, largo y flaco, más lento, más joven, provocando la lástima, el afán de ayudarlo y pasarle un trapo por la frente sudada.

No sabía cómo alejarse y mentirse a solas.

El viejo fumaba mal acomodado en un tronco. La miraba impasible.

—¿Trabajan? —preguntó ella, sin interés—. Sí señora, trabajan. Exactamente lo que tienen que hacer cada día, cada jornada. Para eso estoy yo. Para eso, y otras cosas que adivino. Pero no soy Dios. Presiento, apenas, y ayudo cuando puedo.

Los poceros la saludaban moviendo una vez las cabezas cordiales y taciturnas. Muy pocas veces podían inventar un tema de conversación, pretextos que rebotaran

algunos minutos. Ella y la pareja de poceros, el gigante tranquilo, con la boina siempre puesta y mascando un yuyo que ya no podía haber arrancado del jardín cegado, el otro, muy joven y delgado, tonto de hambre, enfermo. Porque el viejo no hablaba y podía pasar inmóvil la jornada entera, de pie o sentado en la tierra, haciéndose cigarrillos, uno tras otro.

Cavaban, medían y sudaban como si algo de esto pudiera importarle a ella, como si estuviera viva y fuese capaz de participar. Como si hubiera sido dueña algún día de los árboles desaparecidos y los pastos muertos. Hablaba de cualquier cosa, exagerando la cortesía, el respeto, esa forma de la tristeza que ayuda a unir. Hablaba de cualquier cosa y dejaba siempre sin final las frases, esperando las cinco de la tarde, esperando que los hombres se fueran.

La casa estaba rodeada por un cerco de cinacinas. Ya eran árboles, de casi tres metros de altura, aunque los troncos conservaban una delgadez adolescente. Los habían plantado muy juntos pero supieron crecer sin estorbarse, apoyándose uno en el otro, entreverando las espinas.

A las cinco de la tarde los poceros imaginaban escuchar una campana y el viejo alzaba un brazo. Guardaban, tiraban las herramientas en la sombra fresca del galpón, saludaban y se iban. El viejo adelante, el animal de la boina y el flaco encorvado después, para que las nubes y el resto del sol se enteraran del respeto a las jerarquías. Lentos los tres, fumando calmosos, sin ganas.

En el piso alto, de espaldas al griterío en la cuna, la mujer los espiaba para asegurarse. Aguardaba inmóvil diez o quince minutos. Entonces bajaba hacia lo que había sido en un tiempo su jardín, esquivando obstáculos que ya no existían, taconeaba sobre el cemento hasta llegar al cerco de cinacinas. No ensayaba siempre el mismo lugar, claro. Podía marcharse por el gran portón de hierro que usaban los poceros, las imaginarias visitas; podía escapar por la puerta del garaje, siempre abierta cuando el coche estaba afuera.

Pero elegía, sin convicción, sin deseo de verdad, el juego inútil y sangriento con las cinacinas, contra ellas, plantas o árboles. Buscaba, para nada, sin ningún fin, abrirse un camino entre los troncos y las espinas. Jadeaba un tiempo, abriéndose las manos. Concluía siempre en el fracaso, aceptándolo, diciéndole que sí con una mueca, una sonrisa.

Después atravesaba el crepúsculo, lamiéndose las manos, mirando el cielo de esta primavera recién nacida y el cielo tenso, promisorio, de primaveras futuras que tal vez transcurriera su hijo. Cocinaba, atendía al niño, y con un libro siempre mal elegido comenzaba la espera del hombre, en uno de los dos sillones floreados o tendida en la cama. Escondía los relojes y esperaba.

Pero todas las noches, los regresos del hombre eran idénticos, confundibles. Cerca de octubre le tocó leer: «Figúrense ustedes el pesar creciente, el ansia de huir, la repugnancia impotente, la sumisión, el odio». El hombre escondió el coche en el garaje, cruzó el cemento y subió. Era el mismo de siempre, la frase recién leída por

ella no logró transformarlo. Se paseaba por el dormitorio haciendo sonar el llavero, contando historias simples o complejas de la jornada, mintiéndole, inclinando a veces en las pausas la cara pomulosa, los ojos crecientes. Tan triste como ella, acaso.

Aquella noche la mujer se abandonó, exigió, como no lo había hecho desde muchos meses antes. Todo lo que los hiciera felices o los ayudara a olvidar era bienvenido, sagrado. Bajo la pequeña luz semiescondida, el hombre terminó por dormirse, casi sonriente, aquietado. Insomne, regresando, ella descubrió sin asombro, sin tristeza, que desde la infancia no había tenido otra felicidad verdadera, sólida, aparte de los verdes arrebatados al jardín. Nada más que eso, esas cosas cambiantes, esos colores. Y estuvo pensando, hasta el primer llanto del niño, que él lo había intuido, que quiso privarla de lo único que le importaba en realidad. Destruir el jardín, continuar mirándola manso con los ojos claros y ojerosos, jugar su sonrisa, indirecta, ambigua.

Cuando empezaron los ruidos de la mañana, la mujer mostraba los dientes al techo, pensando, una vez y otra, en la primera parte del Ave María. Nada más, porque no podía admitir la palabra muerte. Reconocía no haber sido engañada nunca, aceptaba haber acertado en los desconciertos, los miedos, las dudas de la infancia: la vida era una mezcla de imprecisiones, cobardías, mentiras difusas, no por fuerza siempre intencionadas.

Pero recordaba, aún ahora y con mayor fuerza, la sensación de estafa iniciada al final de la infancia, atenuada en la adolescencia gracias a deseos y esperanzas. Nunca había pedido nacer, nunca había deseado que la unión, tal vez momentánea, fugaz, rutinaria, de una pareja en la cama (madre, padre, después y para siempre) la trajeran al mundo. Y sobre todo, no había sido consultada respecto a la vida que fue obligada a conocer y aceptar. Una sola pregunta anterior y habría rechazado, con horror equivalente, los intestinos y la muerte, la necesidad de la palabra para comunicarse e intentar la comprensión ajena.

—No —dijo el hombre cuando ella trajo el desayuno desde la cocina—. No pienso hacer nada contra Mendel. Ni siquiera ayudar.

Estaba vestido con un cuidado extraño, como si no fuera a la oficina sino a una fiesta. Ante el traje nuevo, la camisa blanca, la corbata nunca usada, ella gastó minutos en recordar y creer en su recuerdo. Así había estado para ella durante el noviazgo. Estuvo moviéndose deslumbrada e incrédula, aliviada de angustias y de años.

El hombre mojó un pedazo de pan en la salsa y apartó el plato. La mujer vio brillar tímida, tanteadora, la nueva mirada que le llegaba desde la mesa o que ella tuvo que inventarse.

—Voy a quemar el cheque de Mendel. O puedo regalártelo. De todos modos, es cuestión de días. El pobre hombre.

Ella tuvo que esperar un tiempo. Luego consiguió apartarse de la chimenea y fue a sentarse frente al hombre flaco, sin sufrir y paciente, esperando que se fuera.



Cuando escuchó morir el ruido del coche en la carretera, subió al dormitorio; encontró en seguida el pequeño inútil revólver con cachas de nácar y estuvo mirándolo sin tocarlo. Fuera de ella, tampoco había llegado el verano, aunque la primavera avanzaba enfurecida y los días, las pequeñas cosas, no podían ni hubieran querido detenerse.

Por la tarde, luego del rito con las espinas y las perezosas líneas de sangre en las manos, la mujer aprendió a silbar con los pájaros y supo que Mendel había desaparecido junto con el hombre, flaco. Era posible que nunca hubieran existido. Quedaba el niño en la planta alta y de nada le servía para atenuar su soledad. Nunca había estado con Mendel, nunca lo había conocido ni le había visto el cuerpo corto y musculoso; nunca supo de su tesonera voluntad masculina, de su risa fácil, de su despreocupada compenetración con la dicha. El tajo de la frente goteaba ahora con lentitud a lo largo de la nariz.

Lloró el niño y tuvo que subir. El viejo fumaba sentado en una piedra, tan quieto, tan nada, que parecía formar parte de su asiento. Los otros dos estaban invisibles en el fondo de un pozo. Arriba, consoló al niño y vio en el suelo el traje arrugado del hombre. Estuvo escarbando, miró papeles llenos de cifras, monedas, un documento. Por fin, la carta.

Estaba hecha con una letra femenina, muy hermosa y clara, impersonal. No llegaba a las dos carillas y la firma ostentaba un significado incomprensible: Másam. Pero el sentido de la carta, la acumulación de tonterías, de juramentos, de frases que pretendían, simultáneamente, el ingenio y el talento, era muy claro. «Debe ser muy joven —pensó la mujer, sin lástima ni envidia—; así escribía yo, le escribía». No encontró fotografías.

Al pie de Másam el hombre había escrito con tinta roja: «Tendrá dieciséis años y vendrá desnuda por encima y debajo de la tierra para estar conmigo tanto tiempo como duren esta canción y esta esperanza».

Nunca llegó a tener celos del hombre ni pudo odiarlo; acaso, un poco, a la vida, a su propia incomprensión, a una indefinida mala jugada que le había hecho el mundo. Durante semanas continuaron viviendo como siempre. Pero él no tardó en sentir el cambio, en percibir que los rechazos y los perdones se iban transformando en una lejanía mansa, sin hostilidad.

Decían cosas, pero en realidad ya no conversaban. Ella soslayaba impasible las chispas de súplica que a veces saltaban de los ojos del hombre. «Es lo mismo que si estuviera muerto desde meses atrás, que no nos hubiéramos conocido nunca, que no se encontrara a mi lado». Ninguno de los dos tenía nada que esperar. La frase no vendría, esquivaban los ojos. El hombre jugaba con el cigarrillo y el cenicero; ella estiraba manteca y jalea sobre el pan.

Cuando él regresaba a medianoche, la mujer dejaba de leer, fingía dormir o hablaba del trabajo en el jardín, de las camisas mal lavadas, del niño y del precio de la comida. Él la escuchaba sin hacer preguntas, incurioso, sin traer nada verdadero

para contar. Después sacaba una botella del armario y bebía en la madrugada, solo o con un libro.

Ella, en el aire nocturno de verano, le espiaba el perfil aguzado, la parte posterior de la cabeza, donde aparecían canas imprevistas días antes, donde el cabello empezaba a ralea. Dejó de tenerse lástima y la colocó en el hombre. Ahora, en los regresos, él se negaba a comer. Iba hasta el armario y bebía en la noche, en el alba. Tendido en la cama, hablaba a veces con una voz ajena, sin dirigirse a ella ni al techo; contaba cosas felices e increíbles, inventaba personas y acciones, circunstancias simples o dudosas.

Se decidió una noche en que el hombre llegó muy temprano, no quiso leer ni desvestirse, le estuvo sonriendo antes de hablar. «Quiere ayudar el paso del tiempo. Me contará una mentira exactamente tan larga como le convenga. Algo incrustado absurdamente en nuestras vidas, en la mortecina historia que estamos viviendo». El hombre trajo una copa apenas mediada y le ofreció otra llena. Sabía, desde años atrás, que ella no iba a tocarla. No le había dado tiempo a meterse en la cama, la sorprendió en el gran sillón mientras ella miraba una vez y otra el libro, las palabras que conocía de memoria: «Figúrense ustedes el pesar creciente, el ansia de huir, la repugnancia impotente, la sumisión, el odio».

El hombre se sentó frente a ella, escuchó las rutinarias novedades, asintiendo en silencio. Cuando se acercaba la muerte de la pausa, dijo, con otras palabras:

—El viejo. Ese que cobra, fuma, mira despreocupado el trabajo de los peones. Estudió un año en el seminario, estudió arquitectura unos meses. Habla de un viaje a Roma. ¿Con qué dinero, el pobre diablo? No sé cuánto tiempo después, varios años en todo caso, eligió reaparecer por estos lugares, por la ciudad. Estaba disfrazado de cura. Mentía, sin alarde, confundiendo y despistando. No se sabe cómo, pudo vivir dos días y dos noches en el seminario. Trató de conseguir ayuda para construir una capilla. Exhibía, desplegaba, con una obstinación semejante al furor, planos azulosos. Finalmente, volvieron a echarlo, a pesar de que él ofreció hacerse cargo de los gastos, reunir personalmente el dinero necesario.

—Tal vez haya sido entonces, no antes, que se disfrazó con la sotana y anduvo golpeando puerta por puerta para pedir ayuda. No para él sino para la capilla. Parece que lograba convencer con su fervor y con la vaga historia de su fracaso. Había tenido la astucia de ir depositando en el juzgado el dinero que recibía. De modo que cuando intervinieron los verdaderos curas no hubo más remedio que conformarse con una multa, que no pagó él, y algunos días de cárcel. Después, nadie pudo impedirle que se dedicara a hacer casas. Puso el techo a tantos horrores que nos rodean, aquí, en Villa Petrus, que la gente le dice «el constructor». Tal vez alguno le llame «señor arquitecto». No sé si es verdad o mentira. Quién perdería tiempo en averiguarlo.

—¿Y si fuera verdad? —murmuró ella sobre el vaso.

—De todos modos, no es historia nuestra.

Ella giró en la cama. Pensó en cualquiera que estuviera vivo o hubiera cumplido

el rito incomprensible de vivir, en cualquiera que estuviera viviendo o lo hubiera hecho siglos atrás, con preguntas que sólo obtenían el consabido silencio. Hombre o mujer, ya daba lo mismo. Pensó en el pocero gigantesco, en cualquiera, en la compasión.

—Mientras cumpla... —comenzó a decir él; entonces sonó el teléfono y el hombre se levantó, delgado y ágil, retardando los largos pasos. Habló en el corredor oscuro y volvió al dormitorio con cara de fastidio, casi rabioso.

—Es Montero, desde la oficina. Se había quedado por el balance y ahora... Ahora me dice que hay algo raro, que necesita verme en seguida. Si no te molesta...

Ella no tuvo necesidad de examinarle la cara para comprender, para recordar que había sabido desde el principio el porqué del incongruente relato sobre el viejo; que él había hablado y ella escuchó sólo para esperar juntos el llamado telefónico, la confirmación de la cita.

—Más Am —pronunció la mujer, sonriendo apenas, sintiendo que la lástima crecía sin volver hacia ella. Tomó su vaso de un trago y se alzó para traer la botella y colocarla en la pequeña mesa, a su lado.

El hombre no entendió, se mantuvo sin entender ni contestar.

—Pero si te parece mejor que me quede... —insistió.

La mujer volvió a sonreír mirando recta hacia la cortina que se movía con pereza en la ventana.

—No —repuso. Volvió a llenar su vaso y se inclinó para beber sin derramar, sin ayuda de las manos.

El hombre permaneció un rato de pie, silencioso e inmóvil. Después volvió al corredor para buscar un sombrero y un abrigo. Ella esperó quieta el ruido del coche; luego, casi feliz en el centro exacto de la soledad y del silencio, estuvo sacudiendo la cabeza atontada y otra vez más puso coñac en la copa. Estaba decidida, segura ya de que era inevitable, sospechando que lo había querido desde el momento que vio el pozo y, adentro, el tórax del hombre que cavaba, los brazos enormes y blancos cumpliendo sin esfuerzo el ritmo del trabajo. Pero no podía renunciar a la desconfianza: no lograba convencerse de que era ella quien estaba eligiendo, pensaba que alguien, otros o algo había decidido por ella.

Fue fácil y ella lo sabía de tiempo atrás. Esperó en el jardín, en sus restos, tejiendo sin interés como siempre, hasta que la bestia salió de la cueva, tomó un jarro de agua y anduvo buscando la manguera para refrescarse. Le hizo una seña y lo trajo. Junto al garaje, aventuró preguntas tontas. No se miraban. Ella preguntó si podrían volver a trepar allí flores y plantas, arbustos o yuyos, cualquier forma vegetal y verde.

El hombre se agachó, estuvo escarbando con las uñas sucias y roídas el pedazo de tierra arenosa que le ofrecían.

—Puede —dijo al levantarse—. Es cuestión de querer, un poco de paciencia y cuidado.

Rápida y susurrante y voluntariosa, sin haberlo oído, con las manos unidas en la

espalda, mirando el cielo nuboso y su amenaza, la mujer ordenó:

—Después que se vayan. Y que nadie lo sepa. ¿Jura?

Impasible, ajeno, sin enterarse, el hombre se tocó la sien y asintió con su voz pesada.

—Vuelva a la seis y entre por el portón.

El gigante se alejó sin despedirse, lento, balanceándose. El viejo estuvo escuchando a los ángeles que anunciaban las cinco de la tarde y ordenó el regreso. Aquella tarde ella dejó en paz las cinacinas; lenta, sonámbula, arrepentida e incrédula fue trepando la escalera y cuidó al niño. Luego, desde la ventana, se puso a vigilar el camino, a mirar el creciente añil del cielo. «Estoy loca, o estuve y lo sigo estando y me gusta», se repetía con una invisible sonrisa feliz. No pensaba en la venganza, en el desquite; apenas, levemente, en la infancia lejana e incomprensible, en un mundo de mentira y desobediencia.

El hombre llegó al portón a las seis, con el yuyo mascado adornándole una oreja. Ella lo dejó caminar, muy lento, un rato, sobre el cemento que cubría el jardín asesinado. Cuando el gigante se detuvo, bajó corriendo —el tambor veloz y acompasado de los peldaños bajo sus tacos— y se acercó empequeñecida, hasta casi tocar el cuerpo enorme. Le olió el sudor, estuvo contemplando la estupidez y la desconfianza en los ojos parpadeantes. Empinándose, con un pequeño furor, sacó la lengua para besarlo. El hombre jadeó y fue torciendo la cabeza hacia la izquierda.

—Está el galpón —propuso.

Ella rió suavemente, breve; estuvo mirando calmosa las cinacinas, como si se despidiera. Había manoteado una muñeca del hombre.

—No en el galpón —repuso por fin y con dulzura—. Muy sucio, muy incómodo. O arriba o nada —como a un ciego lo guió hasta la puerta, lo ayudó a subir la escalera. El niño dormía. Misteriosamente, el dormitorio se conservaba idéntico, invicto. Persistían la cama ancha y rojiza, los escasos muebles, el armario de las bebidas, las cortinas inquietas, los mismos adornos, floreros, cuadros, candelabro.

Sorda, lejana, lo dejó hablar sobre el tiempo, jardines y cosechas. Cuando el pocero estaba terminando la segunda copa se le acercó a la cama y dio otras órdenes. Nunca había imaginado que un hombre desnudo, real y suyo pudiera ser tan admirable y temible. Reconoció el deseo, la curiosidad, un viejo sentimiento de salud dormido por los años. Ahora lo miraba acercarse; y empezó a tomar conciencia del odio por la superioridad física del otro, del odio por lo masculino, por el que manda, por quien no tiene necesidad de hacer preguntas inútiles.

Lo llamó y tuvo al pocero con ella, hediondo y obediente. Pero no se pudo, una vez y otra, porque habían sido creados de manera definitiva, insalvable, caprichosamente distinta. El hombre se apartó rezongando, con la garganta atascada y odiosa:

—Siempre es así. Siempre me pasó —hablaba con tristeza y recordando, sin rastro de orgullo.

Oyeron el llanto del niño. Sin palabras, sin violencia, ella consiguió que el hombre se vistiera, le dijo mentiras mientras le acariciaba la mejilla barbuda:

—Otra vez —murmuró como despedida y consuelo.

El hombre se metió de regreso en la noche, mordiendo acaso un yuyo, pisoteando la ira, el antiguo, injusto fracaso.

(En cuanto al narrador, sólo está autorizado a intentar cálculos en el tiempo. Puede reiterar en las madrugadas, en vano, un nombre prohibido de mujer. Puede rogar explicaciones, le está permitido fracasar y limpiarse al despertar lágrimas, mocos y blasfemias).

Tal vez haya sucedido al día siguiente. Tal vez el viejo, la cara flaca, más vieja que él, libre de expresión, haya esperado un tiempo más. Media semana, supongamos. Hasta que la vio ambular por lo que había sido jardín, entre la casa y el galpón, colgando pañales de un alambre.

Encendió el flojo cigarrillo y, antes de moverse, susurró malhumorado a los peones:

—Quiero saber si nos adelantan la quincena.

Muy lento, casi gimiendo logró desprenderse del asiento y anduvo rengueando hacia la mujer. La encontró sin esperanza, más infantil que nunca, casi tan liberada del mundo y sus promesas como él mismo. El seminarista arquitecto la miró con lástima, fraternal.

—Escuche, señora —pidió—. No necesito respuesta. Ni siquiera, con usted, palabras.

Trabajosamente extrajo de un bolsillo del pantalón, un puñado de rosas recién abiertas, pequeñas hasta el prodigio, vulgares y con los tallos quebrados. Ella las tomó sin vacilar, las envolvió en un trapo húmedo y continuó esperando. No desconfiaba; y los ojos cansados del viejo sólo servían para dar paso a unas antiguas ganas de llorar que no estaban ya relacionadas con su vida actual, con ella misma. No dijo gracias.

—Escuche, hija —volvió a pedir el viejo—. Eso, las rosas, son para que usted olvide o perdone. Es lo mismo. No importa, no queremos saber de qué estamos hablando. Cuando las flores se mueran y tenga que tirarlas, piense que somos, nos guste o no, hermanos en Cristo. Le habrán dicho muchas cosas de mí, aunque usted vive sola. Pero no estoy loco. Miro y soporto.

Agachó la cabeza para saludar y se fue. Fatigado por el monólogo empezaba a escuchar en el aire quieto y tormentoso de la tarde el prelude de las cinco campanadas.

—Vamos —dijo a los poceros—. No hay quincena adelantada, parece.

Después de varias noches entre la espera y una esperanza sin destino, una, antes del aburrimiento del libro y el sueño indomable, oyó el ruido del coche en el garaje, el atenuado silbido que trepaba cuidadoso la escalera. Ignorante, inocente en definitiva de tantas cosas, el hombre silbaba «The man I love».

Ella lo miró moverse, le hizo una mueca de saludo, aceptó la copa que le acercaron.

—¿Fuiste al médico? —preguntó la mujer—. Lo habías prometido, ¿o lo juraste? El perfil huesudo sonrió sin volverse, feliz por darle algo.

—Sí. Fui. No pasa nada. Un hombre esquelético desnudo frente a un gordo apacible. La rutina de las placas y los análisis. Un hombre gordo en guardapolvo, tal vez no exageradamente limpio, que no creía en su martillito, en su estetoscopio, en las órdenes que se puso a escribir. No; no pasa nada que ellos puedan comprender, curar.

Ella aceptó, por primera vez, otra copa rebosante. Movi6 los dedos y tuvo un cigarrillo. Estuvo riendo y envaró el cuerpo para suprimir la tos. El hombre la miraba, asombrado, casi feliz. Dio un paso para sentarse en la cama, pero ella, lenta, se fue apartando de las sábanas, de la caricia paternal. Conservaba medio cigarrillo encendido y continuó fumando, cautelosa.

Estaba de espaldas cuando dijo:

—¿Por qué te casaste conmigo?

El hombre le miró un rato las formas flacas, el pelo enrevesado en la nuca; luego caminó hacia atrás, hacia el sillón y la mesa. Otra copa, otro cigarrillo, rápido y seguro. La pregunta de la mujer había envejecido, marcaba arrugas, se extendía en desorden como una planta de hiedra aferrada a un muro con sus uñas. Pero tuvo que ganar tiempo; porque la mujer, aunque nunca llegaron a saberlo ellos, aunque nunca lo supo nadie, era más inteligente y desdichada que el hombre flaco, su marido.

—No tenías dinero, no fue por eso —trató de bromear el hombre—. El dinero vino después, sin culpa mía. Tu madre, tus hermanos.

—Ya estuve pensando en eso. Nadie lo hubiera adivinado. Y además, no te interesa el dinero. Lo que es peor, se me ocurre a veces. Entonces vuelvo: ¿por qué te casaste conmigo?

El hombre fumó un rato en silencio, diciendo que sí con la cabeza, dilatando los labios exangües encima de la copa.

—¿Todo? —preguntó por fin; estaba lleno de cobardía y de lástima.

—Todo, claro —la mujer se incorporó en la cama para verle enflaquecer la cabeza endurecida y resuelta.

—Tampoco lo hice porque estuvieras esperando un hijo de Mendel. No hubo piedad, ningún deseo de ayudar al prójimo. Entonces era muy simple. Te quería, estaba enamorado. Era el amor.

—Y se fue —afirmó ella desde la cama, casi gritando. Pero, inevitablemente, también preguntaba.

—Con tanta astucia y disimulo y traición. Se fue; no podría decir si eligió semanas o meses o prefirió desvanecerse suavemente, una hora y otra. Es tan difícil de explicar. Suponiendo que yo sepa, que entienda. Aquí, en el balneario que inventó Petrus, eras la muchacha. Con o sin el feto removiéndose. La muchacha, la casi mujer

que puede ser contemplada con melancolía, con la sensación espantosa de que ya no es posible. El pelo se va, los dientes se pudren. Y, sobre todo, saber que para vos nacía la curiosidad y yo empezaba a perderla. Es posible que mi matrimonio contigo haya sido mi última curiosidad verdadera.

Ella continuó esperando, en vano. Por fin se levantó, se puso una bata y enfrentó al hombre en la mesa.

—¿Todo? —preguntó—. ¿Estás seguro? Te pido por favor. Y si es necesario que me arrodille... Por este pequeño pasado que nos ayudamos a pisotear, sin acuerdo, libres, por este pasado encima del cual, hombro contra hombro, por razones de espacio, nos agachamos para aliviarnos...

El hombre, con el cigarrillo colgando de la boca adelgazada, se volvió hacia ella y las vértebras le sonaron en la nuca. Sin piedad ni sorpresa, apagada por la costumbre, ella estuvo mirando el rostro de cadáver.

—¿Todo? —se burló el hombre—. ¿Más todo? —hablaba hacia la copa en alto, hacia momentos perdidos, hacia lo que creía ser—. ¿Todo? Tal vez no lo comprendas. Ya hablé, creo, de la muchacha.

—De mí.

—De la muchacha —porfió él.

La voz, las confusiones, la cuidada lentitud de los movimientos. Estaba borracho y próximo a la grosería. Ella sonrió, invisible y feliz.

—Eso dije —continuó el hombre, despacio, vigilante—. La que todo tipo normal busca, inventa, encuentra, o le hacen creer que encontró. No la que comprende, protege, mimas, ayuda, endereza, corrige, mejora, apoya, aconseja, dirige y administra. Nada de eso, gracias.

—¿Yo?

—Sí, ahora; y todo el maldito resto —se apoyó en la mesa para ir al baño.

Ella se quitó la bata, el camisón de pupila de orfelinato y lo estuvo esperando. Lo esperó hasta verlo salir desnudo y limpio del baño, hasta que le hizo una vaga caricia y, tendido a su lado en la cama, comenzó a respirar como un niño, en paz, sin recuerdo ni pecado, inmerso en el silencio inconfundible donde una mujer ahoga su llanto, su exasperación domada, su sentido atávico de la injusticia.

El segundo pocero, el flaco y lánguido, el que parecía no entender la vida y pedirle un sentido, una solución, resultó más fácil, más suyo. Acaso por la manera de ser del hombre, acaso porque lo tuvo muchas veces.

Después de las cinco se hería con las cinacinas, cerrando los ojos. Se lamía lentamente las manos y las muñecas. Desgarbado, vacilante, sin comprender, el segundo pocero llegaba a las seis y se dejaba llevar al galpón que olía a encierro y oveja.

Desnudo, se hacía niño y temeroso, suplicante. La mujer usó todos sus recuerdos, sus repentinas inspiraciones. Se acostumbó a escupirlo y cachetearlo, pudo descubrir, entre la pared de zinc y el techo, un rebenque viejo, sin grasa, abandonado.

Disfrutaba llamándolo con silbidos como a un perro, haciendo sonar los dedos. Una semana, dos semanas o tres.

Sin embargo, cada golpe, cada humillación, cada cobro y alegría la introducían en la plenitud y el sudor del verano, en la culminación que sólo puede ser continuada por el descenso.

Había sido feliz con el muchacho y a veces lloraron juntos, ignorando cada uno el porqué del otro. Pero, fatalmente y lenta, la mujer tuvo que regresar de la sexualidad desesperada a la necesidad de amor. Era mejor, creyó, estar sola y triste. No volvió a ver a los poceros; bajaba en el crepúsculo, después de las seis, y se acercaba cautelosa a los árboles del cerco.

—Sangre —la despertaba el hombre al volver de madrugada—; sangre en las manos y en la cara.

—No es nada —respondía ella esperando el regreso del sueño—. Todavía me gusta jugar con los árboles.

Una noche el hombre volvió para despertarla; se sirvió una copa mientras se aflojaba la corbata. Sentada en la cama, la mujer le oyó la risa y la estuvo comparando con el ruido claro, fresco, incontenible que le había escuchado años atrás.

—Mendel —dijo por fin—. Tu maravilloso, irresistible amigo Mendel. Y, en consecuencia, mi amigo del alma. Está preso desde ayer. Y no por mis papeles, documentos, sino porque era forzoso que terminara así.

Ella pidió una copa sin soda y la tomó de un trago.

—Mendel —dijo con asombro, incapaz de entender, de adivinar.

—Y yo —murmuró el hombre en tono de verdad— no sabiendo todo el día, si le hago un favor entregándole al juez los sucios papeles o quemándolos.

Hasta que, en mitad del verano, llegó la tarde prevista mucho tiempo antes, cuando tenía su jardín salvaje y no habían llegado poceros a deshacerlo.

Caminó por el jardín que aplastaba el cemento y se arrojó sonriente, con técnica muy vieja y sabida, contra las cinacinas y sus dolores.

Rebotó en blanduras y docilidades, como si las plantas se hubieran convertido repentinamente en varas de goma. Las espinas no tenían ya fuerza para herir y goteaban, apenas, leche, un agua viscosa y lenta, blancuzca, perezosa. Probó otros troncos y todos eran iguales, manejables, inofensivos, rezumantes.

Se desesperó al principio y terminó por aceptar; tenía la costumbre. Ya habían pasado las cinco de la tarde y los peones se habían ido. Arrancando al paso algunas flores y hojas se detuvo para rezar, de pie, debajo de la araucaria inmortal. Alguien gritaba, hambriento o asustado en el primer piso. Con una flor magullada en la mano, comenzó a subir la escalera. Amamantó al niño hasta sentirlo dormido. Después se bendijo y fue refregando los pasos hacia el dormitorio. Escarbó en el ropero y pudo encontrar, casi en seguida, entre camisas y calzoncillos, el Smith and Wesson, inútil, impotente. Todo era un juego, un rito, un prólogo.



Pero volvió a rezar, mirando el brillo azulado del arma, dos primeras mitades del Ave María; fue resbalando hasta caer en la cama, reconstruyó la primera vez y tuvo que abandonarse, llorar, ver de nuevo la luna de aquella noche, entregada, como una niña. El caño helado del revólver muerto atravesó los dientes, se apoyó en el paladar.

De vuelta al cuarto del niño, le robó la bolsa de agua caliente. En el dormitorio, envolvió en ella el Smith and Wesson, aguardando con paciencia que el caño adquiriera temperatura humana para la boca ansiosa.

Admitió, sin vergüenza, la farsa que estaba cumpliendo. Luego escuchó, sin prisa, sin miedo, los tres golpes fallidos del percutor. Escuchó, por segundos, el cuarto tiro de la bala que le rompía el cerebro. Sin entender, estuvo un tiempo en la primera noche y la luna, creyó que volvía a tener derramado en su garganta el sabor del hombre, tan parecido al pasto fresco, a la felicidad y al veraneo. Avanzaba pertinaz en cada bocacalle del sueño y el cerebro deshechos, en cada momento de fatiga mientras remontaba la cuesta interminable, semidesnuda, torcida por la valija.

La luna continuaba creciendo. Ella, horadando la noche con sus pequeños senos resplandecientes y duros como el zinc, siguió marchando hasta hundirse en la luna desmesurada que la había esperado, segura, años, no muchos.

1963

## Justo el treintaiuno

Cuando toda la ciudad supo que había llegado por fin la medianoche yo estaba, solo y casi a oscuras, mirando el río y la luz del faro desde la frescura de la ventana mientras fumaba y volvía a empeñarme en buscar un recuerdo que me emocionara, un motivo para compadecerme y hacer reproches al mundo, contemplar con algún odio excitante las luces de la ciudad que avanzaban a mi izquierda.

Había terminado temprano el dibujo de los dos niños en pijama que se asombraban matinalmente ante la invasión de caballos, muñecas, autos y monopatines sobre sus zapatos y la chimenea. De acuerdo con lo convenido, había copiado las figuras de un aviso publicado en Companion. Lo más difícil fue la expresión babosa de los padres espiando desde una cortina y abstenerme de usar el carmín para cruzar el dibujo con letras peludas de pincel de marta: «Biba la felisidá».

Pero en cambio pude dedicar los cuarenta minutos que me separaban del año nuevo, de mi cumpleaños y del prometido regreso de Frieda pintando en letras verdes un nuevo cartelito para el cuarto de baño. El viejo estaba desteñido, salpicado, con manchas de jabón y dentífrico. Además había sido hecho con letras cursivas y espantosas, con esa caligrafía que se emplea en las tablitas que cuelgan los cretinos en las paredes: casa chica, corazón grande, bienvenidos, barco joven capitán viejo.

Había comprado para Frieda un regalo que la estaba esperando, envuelto en papel celeste, junto a su vaso, a la botella de caña, al platito con frutas brillantadas, turrón y nueces, en el lugar de la mesa que ella acostumbraba ocupar. También le había comprado un toscano y un paquete de hojas de afeitar para que se cortara el pelo. Aunque hacía pocos meses que vivíamos juntos estos regalos eran tradicionales para los aniversarios que respetábamos o inventábamos. Ella los agradecía con insultos de obscenidad asombrosa, a veces convincentes, prometía venganzas, terminaba siempre aceptando mi buena voluntad, mi estima y mi comprensión descuidada. Sus regalos, en cambio, eran empleos, formas de ganar poco dinero, artilugios para que yo olvidara que estaba viviendo del suyo.

Los sábados de noche, cuando había mucha gente, cuando empezaba a estar borracha, Frieda iba a sentarse en el inodoro y durante minutos o cuartos de hora, mientras no fuera nadie a buscarla, se estaba casi inmóvil, con las bombachas en las rodillas, cortándose con una hojita de afeitar, con avaricia, el pelo que le cubría la frente, mirando con sus ojos alerta de pájaro el cartelito clavado entre el botiquín y la pileta, el mismo que yo estaba renovando para sorprenderla, los versos de Baudelaire

que dicen: «Gracias, Dios mío por no haberme hecho mujer, ni negro ni judío ni perro ni petizo». Nadie que usara el inodoro podía alejarse sin haberlos rezado.

Pero en aquella víspera de año nuevo habíamos querido —o nos habíamos envuelto en mentiras hasta comprometernos— estar solos e intentar sentirnos felices. Ella había jurado dejarlo todo, alumnas de baile, clientas del taller de vestidos, proposiciones inesperadas, para estar sola conmigo antes de la medianoche. Yo no tenía muchas cosas que dejar para corresponder: en la noche de fin de año alguien, alguna, de la tribu siniestra se dedicaría a contemplar hasta el alba las oscilaciones de la cabeza del viejo.

No era la felicidad pero era el menor esfuerzo. Frieda llegaría, pero no llegó, antes del año nuevo. Comeríamos algo y nos dedicaríamos, expertos, demorando las cosas para no estropearlas, a emborracharnos: yo haría preguntas de interés fingido para animarla a repetir el monólogo sobre su infancia y su adolescencia en Santa María, la historia de su expulsión, las caprichosas, variables evocaciones del paraíso perdido.

Tal vez, al final de la noche, hiciéramos el amor en la cama grande, la alfombra del primer cuarto o en el balcón. A mí me daría lo mismo hacerlo o no; pero nunca había conocido a una mujer tan capacitada para seguir sorprendiendo, tan dispuesta a confesarse. Cuando se le ocurría acostarse conmigo y la borrachera la obligaba a conversar, era como poseer a decenas de mujeres y saber de ellas. Tal vez, además, aceptara celebrar el año nuevo colocándose de espaldas al piso o al colchón.

Estaba fumando y bebiendo con mucha agua, en la ventana, cuando empezaron a sonar las bocinas y los tiros. Me era imposible ocuparme de mí; de modo que pensé en María Eugenia y en Seoane, mi hijo, me esforcé en sufrir y en acusarme, recordé anécdotas que nada lograban significar.

Todo, simplemente, había sido o era así, de tal manera, aunque acaso fuera de otra, aunque cada persona imaginable pudiera dar una versión distinta. Y yo, definitivamente, no sólo no podía ser compadecido sino que ni siquiera resultaba creíble. Los demás existían y yo los miraba vivir, y el amor que les dedicaba no era más que la aplicación de mi amor por la vida.

Ya se habían olvidado en Montevideo de la medianoche. Las luces del lado de Ramírez comenzaban a ralear y ya estarían las parejas del baile en el Parque Hotel yendo y viniendo de la arena, cuando empezó de veras el año nuevo. Algún tamboril de negro volvió a sonar, profundo, solitario, no vencido, en las proximidades del cuartel, e hizo confusas las palabras.

Pero reconocía la voz de Frieda, insegura, entregándose, perdiendo la energía. Gritó «Himmel» y yo crucé el departamento, bajé sin ruido unos peldaños de la escalera de ladrillos, a oscuras, que llevaba al jardín y a la entrada.

Allí no había más luz que la que llegaba, diluida, del Proa. Pero pude verla, bien plantada entre dos canteros secos, atlética, balanceando su vigor, mientras un aborto de padres tuberculosos, negruzco y con polleras, con la cabeza fantásticamente

agrandada por una jornada de trabajo de un peluquero barato, le decía: «porque a mí, guacha, porque si te creíste que me vas a tomar para la farra. Porque si andás conmigo no andás con nadie más». Le golpeaba la cara con la mano y Frieda se dejaba; luego empezó a pegarle con la cartera, metódica y sin descanso.

Me senté en un peldaño y encendí un cigarrillo. «Frieda puede aplastarla con solo mover un brazo —pensé—. Frieda puede hacerla llegar al río con solo una patada».

Pero Frieda había elegido empezar así el año: con las manos en las nalgas, exagerando la anchura de los hombros del traje sastre, dejándose pegar y gozándolo, contestando a los carterazos con sus roncros «Himmel» que parecían sonar para pedir más golpes.

Cuando la inmundicia se cansó de pegar, lloraron las dos y salieron del jardín a la calle. Las vi detenerse, jadeantes, y caminar después abrazadas. Entonces subí para prender todas las luces y ofrecerle a Frieda una buena recepción de año nuevo.

La tuve bajo el lujo de la lámpara de pie, o solo ella estuvo allí, en el sillón, con su pelo rubio, tapándole la frente, la boca torcida en vicio y amargura, la ceja derecha alzada como siempre y curvándose ahora sobre un ojo amoratado. Con los labios partidos y sangrantes que no quiso curarse, me obligó a entrar en el año nuevo hablando de Santa María. Su familia la había echado de allí y le giraba dinero todos los meses porque desde los catorce años ella se había dedicado a emborracharse y a practicar el escándalo y el amor con todos los sexos previstos por la sabiduría divina.

Digo esto en homenaje a ella, que se mostraba más católica cada domingo y que me llenaba cada sábado, cada madrugada de sábado, el departamento —pagado por ella— de mujeres cada vez más viejas, asombrosas y abyectas. Habló de su infancia provinciana y de su familia de junkers, absolutamente culpable de que ahora, en Montevideo, ella no tuviera más camino que emborracharse y reiterar el escándalo y el crapuloso amor. Habló hasta la madrugada de ese primero de enero, de desencuentros y culpas ajenas, borracha desde antes de llegar, acariciándose el ojo casi cerrado del todo, disfrutando del dolor de los labios partidos e hinchados.

—Me pareció —dijo sonriendo— no vas a creerme, me pareció que estaba Seoane en la esquina.

—¿A estas horas? Además, hubiera subido a verme.

—A lo mejor no vino para verte.

—Sí, querida —dije.

—No para visitarte. Tal vez para espiar la casa por si salías o entrabas.

—Puede ser —asentí, porque no me gustaba hablar de Seoane con Frieda y tal vez con nadie.

Hablaba, como todas las mujeres, de una Frieda ideal, se admiraba del triunfo incesante de la injusticia y la incomprensión, buscaba, ofrecía culpables sin odiarlos.

No dijo nada de la repugnancia inexplicable que le había estado golpeando la cara con la cartera. Yo ya estaba acostumbrado a su necesidad de traerse amantes cada vez más sucias y baratas. Como el tiempo carece de importancia, como la simultaneidad

es un detalle que depende de los caprichos de la memoria, me era fácil evocar noches en que el departamento donde Frieda me permitía vivir estaba poblado por numerosas mujeres que ella se había traído de la calle, de bares del puerto, del Victoria Plaza. Las hubo hermosas y bien vestidas, con pocas joyas, con ajorcas, con trajes oscuros completados por perlas.

Pero en los últimos tiempos abundaron las mestizas insolentes y sucias, las malas palabras, los cigarrillos quemándose colgados de la boca. Con frecuencia, los diálogos enconados me impedían dormir y saltaba de la cama y recorría el departamento mordiendo un cigarrillo como una ramita de olivo, desplazándome con trabajo entre las mujeres en cuclillas, sentadas sobre la mesa, abiertas en el diván, arrodilladas en la cocina, cambiándose en el cuarto de baño, recibiendo el sol o la luna en las baldosas coloradas del balcón.

—Herrera pagó —dijo Frieda—. Hizo bien, así empieza mejor el año y tal vez le traiga suerte.

Los billetes habían caído de mi pecho a la mesa. Los levanté sin aflojar la goma que los rodeaba; eran de cien pesos.

—¿Pagó todo? —pregunté.

Frieda se puso a reír y después se chupó el labio partido.

—Dame un trago y un pucho. Esa pobre atorranta. Pero es tan lindo dejar y dejar, que te hagan lo que quieran, que ni sospechan siquiera quién sos vos. Dejar hasta que de pronto, a alguien se le ocurre que se acabó y entonces uno deja de soportar y de tener placer en dejarse y hace con todas las ganas y la felicidad del mundo, la barbaridad más grande. En revancha; y no por orgullo ni por ganas de desquitarse, sino porque de pronto el placer consiste en pegar y no en dejarse golpear. ¿Sí?

—Entiendo —dije.

La escuchaba haciendo bailar sobre mi mano el cilindro de billetes.

—¿Me vas a ayudar? Cuando llegue el momento, digo, si llega.

—Claro. Me guardé el dinero en el bolsillo del pantalón, llené un vaso de caña y se lo di, le puse un cigarrillo en la boca y le acerqué un fósforo. —Cuando quieras. ¿Pagó o no? Quiero decir, ¿pagó todo y para siempre?

Frieda se incorporó con un ataque de risa y se dejó caer de costado salpicando el piso con la baba.

—Creo que esa sucia... —Se apretó las costillas y puso después una cara infantil para escuchar lo que iba quedando de la noche—. Que esa perra inmundada me dio un rodillazo en el vientre. No es nada. Sí, pagó todo. Yo le dije que era la última cuota. No sé si es cierto, no sé si dentro de una semana, cuando esté jugando con los hijos y los regalos de Reyes no me aparezco para pedirle más dinero. Y no me importa el dinero de Herrera. Ya ves, ya te lo guardaste. Me importa joderlo, esa es mi relación con él y tendrá que seguir así.

—Frieda —dije en voz muy alta.

Se removió en el sillón y terminó por levantar la cabeza. Estaba borracha, tenía la

sonrisa de niña, empezaban a caerle las lágrimas. Puse el dinero sobre la mesa, cuidando que no rodara.

—Está mal. Hay que dar por terminado el asunto de Herrera.

Se encogió de hombros y me estuvo mirando como si me quisiera, con una sonrisa tan triste y asombrada, mientras movía perezosa la lengua para tocarse las lágrimas.

—Como quieras —dijo—. Dame otro trago, vamos a festejar el año.

## La novia robada

En Santa María nada pasaba, era en otoño, apenas la dulzura brillante de un sol moribundo, puntual, lentamente apagado. Para toda la gama de sanmarianos que miraban el cielo y la tierra antes de aceptar la sinrazón adecuada del trabajo.

Sin consonantes, aquel otoño que padecí en Santa María nada pasaba hasta que un marzo quince empezó sin violencia, tan suave como el Kleenex que llevan y esconden las mujeres en sus carteras, tan suave como el papel, los papeles de seda, sedosos, arrastrándose entre nalgas.

Nada sucedió en Santa María aquel otoño hasta que llegó la hora —por qué maldita o fatal o determinada e ineludible—, hasta que llegó la hora feliz de la mentira y el amarillo se insinuó en los bordes de los encajes venecianos.

Me dijeron, Moncha, que esta historia ya había sido escrita y también, lo que importa menos, vivida por otra Moncha en el sur que liberaron y deshicieron los yanquis, en algún fluctuante lugar del Brasil, en un condado de una Inglaterra con la Old Vic.

Dije, Moncha, que no importa porque se trata, apenas, de una carta de amor o cariño o respeto o lealtad. Siempre supiste, creo, que yo te quería y que las palabras que preceden y siguen se debilitan porque nacieron de la lástima. Piedad, preferías. Te lo digo, Moncha, a pesar de todo. Muchos serán llamados a leerlas pero sólo tú, y ahora, elegida para escucharlas.

Ahora eres inmortal y, atravesando tantos años que tal vez recuerdes, conseguiste esquivar las arrugas, los caprichosos dibujos varicosos en las piernas hinchadas, la torpeza lamentable de tu pequeño cerebro, la vejez.

Hace unas horas apenas, que tomé café y anís rodeado por brujas que sólo dejaban de hablar para mirarte. Moncha, para ir al baño o sorberse los mocos detrás de un pañuelo. Pero yo sé más y mejor, yo te juro que Dios aprobó tu estafa y, también, que supo premiarla.

Me dicen, además, que si persisto, debo comenzar por el final, volver a tus marchas incomprensibles, en cuatro patas, de cuando tenías un año de edad, saltar sobre tu susto de la primera menstruación, tocar otra vez con misterio y trampa el final, regresar a tus veinte años y al viaje, moverme de inmediato hacia tu primer, siniestro, desconsolado aborto.

Pero tú y yo, Moncha, hemos coincidido tantas veces en la ignorancia del escándalo que prefiero contarte desde el origen que importa hasta el saludo, la

despedida. Me darás las gracias, te reirás de mi memoria, no moverás la cabeza al escuchar lo que acaso no deba decirte. Como si ya estuvieras capacitada para saber que las palabras son más poderosas que los hechos.

No, nunca, para ti. Nunca entendiste, en el fondo, palabras que no anunciaran, afónicas, dinero, seguridad, alguna cosa que te permitiera acomodar las grandes nalgas de tu cuerpo flaco en un amplio, dócil sillón de viuda reciente.

No es carta de amor ni elegía; es carta de haberte querido y comprendido desde el principio inmemorable hasta el beso reiterado sobre tus pies amarillos, curiosamente sucios y sin olor.

Moncha, otra vez, recuerdo y sé que regimientos te vieron y usaron desnuda. Que te abriste sin otra violencia que la tuya, que besaste en mitad de la cama, que te hicieron, casi, lo mismo.

Ahora llegan las señoras para verte una desnudez novedosa y definitiva; para limpiarte con las carcomidas esponjas y una puritana concentrada obstinación. Tus pies continúan consumidos y sucios.

Comparado con tu boca, por primera vez suave y bondadosa, nada que pueda decirte recordando tiene importancia. Comparándolo con el olor que te invade y te rodea, nada importa. Menos yo, claro, entre todos, yo que empiezo a oler la primera, tímida, casi grata avanzada de tu podredumbre. Porque yo siempre estuve viejo para ti y no me inspiraste otro deseo posible que el de escribirte algún día lejano una orillada carta de amor, una carta breve, apenas, un alineamiento de palabras que te dijeran todo. La corta carta, insisto, que yo no podía prever te veía pasar, grotesca y dolorosa por las calles de Santa María, o te encontraba grotesca y dolorosa, impasible, con la terca resolución de tu disfraz entre la nunca revelada burla en cualquier rincón, y yo contribuía sin palabras a crear e imponer un respeto que se te debía desde siglos por ser hembra y transportar recatada e ineludible tu persona entre las piernas.

Y es mentira pero te vi desfilar frente a la iglesia, cuando Santa María se sacudió el primer, tímido, casi inocente prostíbulo, joven, vigorosa y torpe equivocando el paso, con tu expresión de prescindencia y desafío, detrás del cartelón donde flameaban con audacia y timidez las altas, estrechas letras negras: «Queremos novios castos y maridos sanos».

La carta, Moncha, imprevisible, pero que ahora invento haber presentado desde el principio. La carta planeada en una isla que no se llama Santa María, que tiene un nombre que se pronuncia con una efe de la garganta, aunque tal vez sólo se llame Bisinidem, sin efe posible; una soledad para nosotros, una manía pertinaz de obseso y hechizado.

Por astucia, recurso, humildad, amor a lo cierto, deseo de ser claro y poner orden, dejo el yo y simulo perderme en el nosotros. Todos hicieron lo mismo.

Porque es fácil la pereza del paraguas de un seudónimo, de firmas sin firma: J. C. O. Yo lo hice muchas veces.



Es fácil escribir jugando; según dijo el viejo Lanza o algún irresponsable nos dijo que informó de ella: una mirada desafiante, una boca sensual y desdeñosa, la fuerza de la mandíbula.

Ya se hizo una vez.

Pero la vasquita Moncha Insurrealde o Insaurralde volvió a Santa María. Volvió, como volvieron, vuelven todos, en tantos años, que tuvieron su fiesta de adiós para siempre y hoy vagan, vegetan, buscan sobrevivir apoyados en cualquier pequeña cosa sólida, un metro cuadrado de tierra, tan lejos y alejados de Europa, que se nombra París, tan lejos del sueño, el gran sueño. Podría decir regresan, retornan. Pero la verdad es que volvemos a tenerlos en Santa María y escuchamos sus explicaciones sobre el olvidable fracaso, sobre el injusto por qué no. Protestan desde la iracundia en voz de bajo hasta el gemido de recién nacidos. En todo caso, protestan, explican, se quejan, desprecian. Pero nos aburrimos, sabemos que mascarán con placer el fracaso y las embellecidas memorias, falsificadas por necesidad, sin intención pensada. Sabemos que volvieron para quedarse y, otra vez, seguir viviendo.

De modo que la clave, para un narrador amable y patriótico, es, tiene que ser, la incompreensión ajena e incomprensible, la mala suerte, también ajena, igualmente incomprensible. Pero vuelven, lloran, se revuelven, se acomodan y se quedan.

Por eso en esta Santa María de hoy, con carreteras altas, tan distinta, tenemos, sin necesidad de trámites de expropiación y a precio triste pero barato lo que puede y tiene cualquier gran ciudad. Reconocemos la proporción adecuada: diez a cien, cien a mil, millar al millón. Pero hay y habrá, siempre en Santa María, con nuevas caras y codos que sustituyen al último desaparecido, nuestro Picasso, nuestro Bela Bártok, nuestro Picabia, nuestro Lloyd Wright, nuestro Ernesto Hemingway, peso pesado, barbudo y abstemio, tan saludable cazador de moscas paralizadas por el frío.

Muchos más fracasos, caricaturas que ofrecen pensar, réplicas torpes y obstinadas. Decimos que sí, aceptamos, y hay, parece, que intentar seguir viviendo.

Pero todos volvieron aunque no hayan viajado todos. Díaz Grey vino sin habernos dejado nunca. La vasquita Insurrealde estuvo pero nos cayó después desde el cielo y todavía no sabemos; por eso contamos.

Misteriosamente, todavía, Moncha Insurrealde volvió de Europa para no hablar con ninguno de nosotros, los notables. Se encerró, con llave, en su casa, no quiso recibir a nadie, por tres meses la olvidamos. Después, sin buscarlas, las noticias llegaron al Club y al bar del Plaza. Era inevitable, Moncha, que nos dividiéramos. Unos no creíamos y pedíamos otra copa, naipes, un tablero de ajedrez para matar el tema. Otros creíamos desapasionados y dejábamos arrastrarse las ya muertas tardes de invierno al otro lado de los vidrios del hotel, jugando al póker, aguardando con la cara inmóvil una confirmación esperada e indudable. Otros sabíamos que era cierto y flotábamos entre la lujuria imposible de entender y un secreto sellado.

Las primeras noticias nos pusieron incómodos pero traían esperanza, volaban nacidas en otro mundo, tan aparte, tan ajeno. Aquello, el escándalo, no llegaría a la

ciudad, no iba a rozar los templos, la paz de las casas sanmarianas, especialmente la paz nocturna de las sobremesas, las horas perfectas de paz, digestión e hipnotismo frente al mundo absurdo por torpe, de la imbecilidad crasa y jubilosamente compartida que parpadeaba y decía tartamuda en los aparatos de televisión.

Los muros, ociosamente altos, de la casa del muerto vasco Insaurre nos protegían del grito y la visión. El crimen, el pecado, la verdad y la débil locura no podían tocarnos, no se arrastraban entre nosotros dejando, para injuria o lucidez, una fina, temblorosa baba de plata.

Moncha estaba encerrada en la casa, excluida por los cuatro muros de ladrillos y de altura insólita. Moncha, guardada, además, por ama de llaves, cocinera, chófer inmóvil, jardinero, peonas y peones, era una mentira lejana, fácil de olvidar y no creer, una leyenda tan remota y blanca.

Sabíamos, se supo, que dormía como muerta en la casona, que en las noches peligrosas de luna recorría el jardín, la huerta, el pasto abandonado, vestida con su traje de novia. Iba y regresaba, lenta, erguida y solemne, desde un muro hasta el otro, desde el anochecer hasta la disolución de la luna en el alba.

Y nosotros a salvo, con permiso de ignorancia y olvido, nosotros, Santa María toda, resguardados por el cuadrilátero de altas paredes, tranquilos e irónicos, capaces de no creer en la blancura lejana, ausente, en la raya blanca ambulante bajo la blancura siempre mayor de la luna redonda o cornuda.

La mujer bajando del coche de cuatro caballos, del olor de azahares, del cuero de Rusia. La mujer, en el jardín que ahora hacemos enorme y donde hacemos crecer plantas exóticas, avanzando implacable y calinosa, sin necesidad de desviar sus pasos entre rododendros y gomeros, sin rozar siquiera los rectos árboles de orquídeas, sin quebrar su aroma inexistente, colgada siempre y sin peso del brazo del padrino. Hasta que éste murmuraba, sin labios, lengua o dientes, palabras rituales, insinceras y antiguas para entregarla, sin violencia, apenas un inevitable y elegante rencor de macho, para entregarla al novio en los jardines abandonados, blancos de luna y de vestido.

Y luego, lentamente, rada noche clara, la ceremonia de la mano, ya infantil, extendida con su leve, resucitado temblor, a la espera del anillo. En este otro parque solitario y helado ella, de rodillas junto a su fantasma, escuchando las ingastables palabras en latín que resbalaban del cielo. Amar y obedecer, en la dicha y en la desgracia, en la enfermedad y en la salud, hasta que la muerte nos separe.

Tan hermoso e irreal todo esto, repetido sin fatiga ni verdadera esperanza en cada inexorable noche blanca. Encerrado en la insolente altura de cuatro muros, aparte de nuestra paz, nuestra rutina.

Había entonces tantos médicos nuevos y mejores en Santa María, pero la vasquita. Moncha Insaurre, casi en seguida de su regreso de Europa, antes de la clausura entre los muros, llamó por teléfono al doctor Días Grey, pidió consulta, trepó una siesta los dos tramos de escalera y sonrió estupidizada, sin aliento, la mano

apretada contra el pecho para levantar la teta izquierda y apoyarla sobre donde ella creía tener el corazón, excesivamente próxima al hombro.

Dijo que iba a morirse, dijo que iba a casarse. Estaba o era tan distinta. El inevitable Díaz Grey trató de recordarla, algunos años atrás, cuando la huida de Santa María, del falansterio, cuando ella creyó que Europa garantizaba, por lo menos, un cambio de piel.

—Nada, no hay síntomas —dijo la muchacha—. No sé por qué vine a visitarlo. Si estuviera enferma hubiera ido a ver un médico de verdad. Perdóneme. Pero algún día sabrá que usted es más que eso. Mi padre fue amigo suyo. Tal vez haya venido por eso.

Se levantó flaca y pesada, balanceándose sin coquetería, empujando con resolución envejecida al cuerpo desaparejo.

«Una todavía linda potranca, yegua de pura sangre, con sobrecañas dolorosas», pensó el médico. «Si pudiera lavarte la cara y auscultarla, nada más que eso, tu cara invisible debajo del violeta, el rojo, el amarillo, las rayitas negras que te alargan los ojos sin intención segura o comprensible».

«Si pudiera verte otra vez desafiando la imbecilidad de Santa María, sin defensa ni protección ni máscara, con el pelo mal atado en la nuca, con el exacto ingrediente masculino que hace de una mujer, sin molestia, una persona. Eso inapresable, ese cuarto o quinto sexo que llamamos una muchacha».

«Otra loca, otra dulce y trágica loquita, otra Julita Malabia en tan poco tiempo y entre nosotros, también justamente en el centro de nosotros y no podemos hacer más que sufrirla y quererla».

Avanzó hasta el escritorio mientras Díaz Grey se desabrochaba la túnica y encendía un cigarrillo; abrió la cartera boca abajo para derramar todo y algún tubo, algún fetiche femenino rodó sin prisa. El médico no miró; sólo le veía, quería verle la cara.

Ella apartó billetes, los barajó con un gesto de asco y los puso junto al codo del médico.

«Loca, sin cura, sin posibilidad de preguntas».

—Pago —dijo Moncha—. Pago para que me recete, me cure, repita conmigo: me voy a casar, me voy a morir.

Sin tocar el dinero, sin rechazarlo, Díaz Grey se puso de pie, se arrancó la túnica, tan blanca, tan almidonada y miró el perfil crispado, la grosera pintura que cambiaba ahora, contra la luz del ventanal, sus asombrosas combinaciones de color.

—Usted se va a casar —recitó dócil.

—Y me voy a morir.

—No es diagnóstico.

Ella sonrió brevemente, recuperando la adolescencia, mientras volvía a llenar la cartera. Papeles, carnets, joyas, perfume, papel higiénico, una polvera dorada, caramelos, pastillas, un bizcocho mordido, acaso algún sobrecito arrugado, mustio

por el tiempo.

—Pero no alcanza, doctor. Tiene que venir conmigo. Tengo el coche abajo. Es cerca, estoy viviendo, unos días o siempre, no se sabe quién gana, en el hotel.

Díaz Grey fue y vio como un padre. Mientras miraba el secreto acarició distraído la nuca inquieta de Moncha: le rozó los codos, tropezó sus ademanes contra un pecho.

Vio. Díaz Grey, la décima parte de lo que hubiera visto y podido explicar una mujer. Sedas, encajes, puntillas, espuma sinuosa sobre la cama.

—¿Comprende ahora? —dijo la mujer sin preguntar—. Es para mi vestido de novia. Marcos Bergner y el Padre Bergner —se rió mirando la blancura encrespada en la colcha oscura—. Toda la familia. El Padre Bergner me va a casar con Marquitos. Todavía no fijamos fecha.

Díaz Grey encendió un cigarrillo mientras retrocedía. El cura había muerto en sueños dos años antes; Marcos había muerto seis meses atrás, después de comida y alcohol, encima de una mujer. Pero, pensó, nada de aquello tenía importancia. La verdad era lo que aún podía ser escuchado, visto, tocado acaso. La verdad era que Moncha Insaurralde había vuelto de Europa para casarse con Marcos Bergner en la Catedral, bendecida por el cura Bergner.

Aceptó y dijo, acariciándole la espalda:

—Sí. Es cierto. Yo estaba seguro.

Moncha se puso de rodillas para besar los encajes, suave y minuciosa.

—Allá no pude ser feliz. Lo arreglamos por carta.

Era imposible que toda la ciudad participara en el complot de mentira o silencio. Pero Moncha estaba rodeada, aún antes del vestido, por un plomo, un corcho, un silencio que le impedían comprender o siquiera escuchar las deformaciones de la verdad suya, la que le habíamos hecho, la que amasamos junto con ella. El Padre Bergner estaba en Roma, siempre regresando de coloreadas tarjetas postales con el Vaticano al fondo, siempre pasando de una cámara a otra, siempre diciendo adiós a cardenales, obispos, sotanas de seda, una teoría infinita de efebos con ropas de monaguillos, vinajeras, espirales veloces del humo del incienso.

Siempre estaba Marcos Bergner volviendo con su yate de costas fabulosas, siempre atado al palo mayor en las tormentas ineludibles y cada vez vencidas, cada día o noche jugando con la rueda del timón, un poco borracho, acaso, la cara inolvidable entrando en el regreso, en la sal y el yodo que le hacían crecer y enrojecían la barba como en el final feliz de una marca inglesa de cigarrillos.

Esto, la ignorancia de las fechas de los seguros regresos, la validez indudable, incontestable de la palabra o promesa de un Insaurralde, palabra vasca o de vasco que caía y pesaba sin necesidad de ser dicha y de una vez para siempre en la eternidad. Un pensamiento, apenas, tal vez no pensando nunca por entero; una ambición de promesa puesta en el mundo, colocada allí e indestructible, siempre en desafío, más fuerte y rotunda si llegaba a cubrirla el mal tiempo, la lluvia, el viento, el granizo, el

musgo y el sol enfurecido, el tiempo, solo.

De modo que todos nosotros, nosotros, la ayudamos, sin presentir ni remordernos, a hundirse en la breve primera parte, en el prólogo que se escribe para beneficio de ignorantes. Le dijimos sí, aceptamos que era urgente y necesario y es posible que le tocáramos un hombro para que subiera al tren, es posible que esperáramos, deseáramos no volver a verla.

Y así, impulsada apenas por nuestra buena voluntad, por nuestra bien merecida hipocresía, Moncha, Moncha Insaurralde o Insurralde, bajó a la Capital —en el lenguaje de los escribas de El Liberal— para que Mme. Carón convirtiera sus sedas, encajes y puntillas en un vestido de novia digno de ella, de Santa María, del difunto Marcos Bergner, muerto pero en el yate, del difunto Padre Bergner, muerto pero despidiéndose sin fin en el Vaticano, en Roma, en la carcomida iglesia de pueblo que fuéramos capaces de soñar.

Pero, otra vez, ella fue a la Capital y regresó a nosotros con un vestido de novia que las decaídas cronistas de notas sociales podrían describir en su hermético, añorante estilo:

«El día de su casamiento celebrado en la basílica Santísimo Sacramento, lució vestido de crepé con bordado de strass que marcaba el talle alto. Una vincha de strass en forma de cofia adornaba la cabeza y sostenía el velo de tul de ilusión; en la mano llevó un ramo de phaleopnosis y en la basílica Nuestra Señora del Socorro fue bendecido su matrimonio, llevando la novia traje realizado en organza bordada, de corte princesa. El peinado alto tenía motivos de pequeñas flores alrededor del rodete, de donde partía el velo de tul de ilusión, y en la mano llevó un rosario. Mientras en San Nicolás de Bari llevó la novia traje de línea enteriza de tela bordada, con sobrepollera abierta que dejaba entrever en el ruedo un zócalo de camelias de raso, detalle que se repetía en el tocado que sujetaba un manto de tul de ilusión; y de nuevo en la Iglesia Matriz de Santa María lució un original vestido de corte enterizo, velo largo de tul de ilusión tomado al peinado con flores de nácar que se prolongaban sobre los lados formando mangas sujetas a los puños, y en la mano llevó un ramo de tulipanes y azahares».

Fue, golpeó, rebotó, como una pelota de fútbol notablemente rellena de aire, no aplastada y muerta todavía. Fue y vino a nosotros, a Santa María.

Y entonces todos pensamos; nos enfrentamos con la culpa inverosímil. Ella, Moncha, estaba loca. Pero todos nosotros habíamos contribuido por amor, bondad, buenos propósitos, lánguida burla, deseo respetable de sentirnos cómodos y abrigados, deseo de que nadie, ni Moncha, loca, muerta, viva, bien, admirablemente vestida, nos quitara minutos de sueño o de placeres normales.

La aceptamos, en fin, y la tuvimos. Dios, Brausen, nos perdone.

No nos habló de cielorrasos de hoteles, ni de partidas campestres, ni monumentos, ruinas, museos, nombres históricos que refirieran batallas, artistas o despojos. Nos daba, cuando el viento o la luz o el capricho lo imponían. Nos dio, nos estuvo dando

sin preguntas, sin comienzos ni finales:

«Había llegado a Venecia al alba. Casi no pude dormir en toda la noche, la cabeza apoyada contra la ventana, viendo pasar las luces de ciudades y pueblos que veía por primera y última vez, y cuando cerraba los ojos olía el fuerte olor a madera, a cuero, de los incómodos asientos y oía las voces que murmuraban de vez en cuando frases que no comprendía. Cuando bajé del tren y salí de la estación con las luces todavía encendidas eran ahí por las cinco y media de la mañana. Caminé medio en sueños por las calles vacías hasta el San Marcos que estaba absolutamente desierto, excepto por las palomas y algunos mendigos echados contra las columnas. Desde lejos, era tan idéntico a las fotos de las postales que había visto, tan perfectos los colores, la complicada silueta de los techos curvados contra el sol naciente, era tan irreal como el hecho que yo estuviese allí, que yo fuese la única persona allí en ese momento. Caminé despacio, como una sonámbula y sentía que lloraba y lloraba; era como si la soledad, verlo tan perfecto como esperaba, lo convirtiese en parte mía para siempre, aunque era lo más cerca de un sueño despierto que se puede tener. Y después —lo fue antes, una noche en Barcelona— el muchacho que bailó, vestido de torero, con ajustados pantalones rojos, en el círculo formado por las mesas. Recuerdo cuando fuimos arriba, a una mesa que daba sobre la pista de baile, cuando ya casi no quedaba gente y a los dos muchachos bailando juntos, muy apretados. De la misma altura, morochos, y el dueño que me ofrecía una pareja y el susto que tenía, no sabiendo si me ofrecía un hombre o una mujer. Y una calle, no sé dónde, las viejas casas pintadas con pintura chillona descolorida, la ropa colgada de un lado a otro de la estrecha vereda, los chicos haraposos, los pies descalzos resbalando sobre los adoquines mojarlos entre los puestos de pescados y pulpos de extrañas formas y colores».

Para entonces, después del indudable suplicio de meses que llamamos los notables, para olvidar Juntacadáveres, el mancebo o manceba de la botica de Barthé había crecido, era ancho y fuerte y sólo disponía de la pronta blancura de su sonrisa para recordar su timidez de años atrás.

—Barthé jugó con fuego —dijo una vez sin fecha el más imbécil de nosotros mientras repartía naipes en la mesa del Club.

Nosotros. Nosotros sabíamos que sí, que el boticario Barthé había jugado con fuego, o con el robusto animal que fue chiquilín en un tiempo, que había jugado y terminó quemándose.

Pero, entre paréntesis, puede ser conveniente señalar que la cara, la sonrisa del mancebo de botica no tenían nunca el resplandor brillante del cinismo. Exhibía, mostraba, sin propósito, bondad y la simple aceptación de estar ubicado, o amoldarse, a la vida, al mundo para él ilimitado, a Santa María.

Alguno de nosotros, mientras daba o recibía cartas en el juego del póker, habló del brujo ausente, del solitario aprendiz de brujo. No comentamos porque cuando se trata de póker está prohibido hablar.

—Veo.

—No veo. Me voy.

—Veo y diez más.

La crónica policial no dijo nada y la columna de chismes de El Liberal no se enteró nunca. Pero todos sabíamos, unidos en la mesa de juego o de bebida que la vasquita Insaurrealde, tan distinta, se encerraba de noche en la botica con Barthé — que tenía encuadrado y a la vista, su título de farmacéutico, indudable y muy alto detrás del mostrador— y con el mancebo-manceba que ahora sonreía con distracción a todo el mundo y que era, en los hechos sin base conocida, el dueño de la farmacia. Los tres adentro y sólo quedaba para nuestra curiosidad avejentada, para adivinanzas y calumnias el botón azul sobre la pequeña chapa iluminada: Servicio de urgencia.

Movíamos fichas y naipes, murmurábamos juegos y desafíos, pensábamos sin voz: los tres; dos y uno mira, dos y mira el que dijo estoy servido, me voy, no veo pero siempre mirando. O nuevamente, los tres y las drogas, líquidos o polvos escondidos en la farmacia del propietario confuso, equívoco, intercambiable.

Todo posible, hasta lo físicamente imposible, para nosotros, cuatro viejos rodeando naipes, trampas legítimas, bebidas diversas.

Como podría decir Francisco, jefe de camareros, cada uno de los cuatro habíamos aprendido, acaso antes de conocer el juego, a mantener inmóviles durante horas los músculos de la cara, a perpetuar un mortecino, invariable brillo de los ojos, a repetir con indiferencia voces arrastradas, monótonas y aburridas.

Pero al matar toda expresión que pudiera transmitir alegría, desencanto, riesgos calculados, grandes o pequeñas astucias, nos era forzoso, inevitable, mostrar en las caras otras cosas, las que estábamos resueltos, acostumbrados a esconder diariamente, durante años, cada día, desde el final del sueño, todas las jornadas, hasta el principio del sueño.

Porque fue muy pronto que supimos y reímos discretos, sacudiendo las cabezas con fingida lástima, con simulacro de comprensión, que Moncha se encerraba en la botica con Barthé y el mancebo; siempre, ella, vestida de novia, siempre el muchacho mostrando sin recordar el torso desnudo, siempre el boticario con gota, pantuflas y el eterno, indefinible malhumor de las solteronas.

Inclinados los tres encima de las cartas de tarot y brujería, simulando creer en retornos, golpes de suerte, muertes esquivadas, traiciones previsible; y aguardadas.

Un momento no más; la gordura blanda de Barthé, su boca expectante y fruncida; los músculos crecientes del muchacho que ya no necesitaba alzar la voz para dar órdenes; el inverosímil traje de novia que Moncha arrastraba entre mostradores y estantes, frente a los enormes frascos color caramelo y con etiquetas blancas, todas o casi incomprensibles.

Pero siempre estaban sobre la mesa los extraños naipes del tarot y era irresistible volver a ello, asombrarse, temer o vacilar.

Y hay que señalar, para beneficio y desconcierto de futuros, tan probables, exégetas de la vida y pasión de Santa María, que los dos hombres habían dejado de

pertenecer a la novela, a la verdad indiscutible.

Barthé, gordo y asmático, en retirada histórica, con estallidos tolerados y grotescos, no era ya concejal, no era más que el diploma de farmacéutico sucio de años y moscas que colgaba detrás del mostrador, no era más que líder esporádico de alguno de los diez grupos trotskistas, completado cada uno por tres o cuatro peligrosos revolucionarios que redactaban y firmaban, con ritmo menstrual, manifiestos, declaraciones y protestas sobre temas exóticos y diversos.

El muchacho no era ni fue más que el exacerbado tímido cínico que se acercó un invierno, al caer la tarde, a la cama de un Barthé aterrorizado por el miedo, la gripe, la sucia conciencia, el más allá, treinta y ocho grados de fiebre para recitar claro y cauteloso:

—Dos cosas, señor, y disculpe. Usted me hace socio y ya tengo el escribano. O me voy, cierro la botica. Y el negocio se acabó.

Firmaron el contrato y sólo le quedó a Barthé, para creer en la supervivencia, la tristeza de que las cosas no hubieran tenido un origen distinto, que la sociedad en la que él había pensado desde mucho tiempo atrás como en un tardío regalo de bodas hubiera sido impuesta por la extorsión y no por la armoniosa madurez del amor.

De modo que, de los tres, Moncha, a pesar de la parcial locura y de la muerte que sólo puede estimarse como un detalle, una característica, un personal modo de ser, fue la única que se mantuvo, Brausen sabrá hasta cuándo, viva y actuante.

¿Como un insecto? Puede ser. También se acepta, por igualmente novedosa, la metáfora de la sirena puesta sin compasión fuera del agua, soportando paciente los bandazos y el mal de tierra en el antro de la botica. Como un insecto, se insiste, atrapado en la media luz pringosa por los extraños naipes que destilaban el ayer y el hoy, que exhibían confusos, sin mayor compromiso, el futuro inexorable. El insecto, con su caparazón de blancura caduca, revoloteando sin fuerzas alrededor de la luz triste que caía sobre la mesa y las cuatro manos, alejándose para golpear contra garrafas y vitrinas, arrastrando sin prisas y torpe la cola larga, silente, tan desmerecida, que un día lejano diseñó e hizo Mme. Carón en persona.

Y cada noche, después de cerrada la botica y encendidas en la pared externa las luces violetas que anunciaban el servicio nocturno, el largo insecto blanquecido recorría los habituales grandes círculos y pequeños horizontes para volver a inmovilizarse, frotando o sólo uniendo las antenas, sobre las promesas susurradas por el tarot, sobre el balbuceo de los naipes de rostros hieráticos y amenazantes que reiteraban felicidades logradas luego de fatigosos laberintos, que hablaban de fechas inevitables e imprecisas.

Y, aunque sea lo menos, le dejó al muchacho semidesnudo una sensación no totalmente comprendida de fraternidad; y le dejó al resto de vejez de Barthé un problema irresoluble para masticar sin dientes, hundido en el sillón en que se trasladó a vivir, girando los pulgares sobre el vientre nunca enflaquecido:

—Si estaba aquí y la casa era como suya. Si andaba y curioseaba y revolvía. Si



nosotros dos la quisimos siempre, por qué no robó veneno, que de ninguna manera hubiera sido robar, y terminó más rápido y con menor desdicha.

Y entonces empezó a sucedernos y nos siguió sucediendo hasta el final y un poco más allá.

Porque, insistimos, así como una vez Moncha regresó del falansterio, golpeó en Santa María y se nos fue a Europa, ahora llegaba de Europa para bajar a la Capital y volver a nosotros y estar, convivir en esta Santa María que, como alguno dijo, ya no es la de antes.

No podíamos, Moncha, ampararte en los grandes espacios grises y verdes de las avenidas, no podíamos aventar tantos miles de cuerpos, no podíamos reducir la altura de los incongruentes edificios nuevos para que estuvieras más cómoda, más unida o en soledad con nosotros. Muy poco, sólo lo imprescindible, pudimos hacer contra el escándalo, la ironía, la indiferencia.

Dentro de la ciudad que alzaba cada día un muro, tan superior y ajeno a nosotros —los viejos—, de cemento o cristal, nos empeñábamos en negar el tiempo, en fingir, creer la existencia estática de aquella Santa María que vimos, paseamos; y nos bastó con Moncha.

Hubo algo más, sin importancia. Con la misma naturalidad, con el mismo esfuerzo y farsa que usábamos para olvidar la nueva ciudad indudable, tratamos de olvidar a Moncha encima de las copas y los naipes, en el bar del Plaza, en el restaurante elegido, en el edificio flamante del club.

Tal vez alguno impuso el respeto, el silencio con alguna mala frase. Aceptamos, olvidamos a Moncha, y conversamos nuevamente de cosechas, del precio del trigo, del río inmóvil y sus barcos —y de lo que entraba y salía de las bodegas de los barcos— del subibaja de la moneda, de la salud de la esposa del Gobernador, la señora, Nuestra Señora.

Pero nada servía ni sirvió, ni trampas infantiles ni caídas en el exorcismo. Aquí estábamos, el mal de Moncha, la enfermedad de setenta y cinco mil dólares de la Señora, primera cuota.

De modo que tuvimos que despertar y creer, decirnos que sí, que ya lo veíamos desde tantos meses atrás y que Moncha estaba en Santa María y estaba como estaba.

La hablamos visto, sabido que paseaba en taxis o en el ruinoso Opel 1951, que hacía desgastadas visitas de cumplido, recordando —tal vez con organizada maldad— fechas muertas e ilevantables de aniversarios, nacimientos, bodas y defunciones. Posiblemente —exageran— el día exacto en que era aconsejable y bueno olvidar un pecado, una fuga, una estafa, una ensuciada forma del adiós, una cobardía.

No supimos si todo esto estaba en su memoria y nunca encontramos una libreta, un simple almanaque con litografías optimistas que pudiera explicarlo.

Santa María tiene un río, tiene barcos. Si tiene un río tiene niebla. Los barcos usan bocinas, sirenas. Avisan, están, pobre bañista y mirador de agua dulce. Con su sombrilla, su bata, su traje de baño, canasta de alimentos, esposa y niños, usted, en un

instante en seguida olvidado de imaginación o debilidad, puede, pudo, podría pensar en el tierno y bronco gemido del ballenato llamando a su madre, en el bronco, temeroso llamado de la ballena madre. Está bien: así, más o menos, sucede en Santa María cuando la niebla apaga el río.

La verdad, si pudiéramos jurar que aquel fantasma estuvo entre nosotros y nos duró tres meses, es que Moncha Insaurralde viajaba, casi diariamente, desde su casa, en taxi o en el Opel, vestida siempre y con el olor y aspecto de eternidad —tal como resultó— con el vestido de novia que le había hecho en la Capital, Mme. Carón, cosiendo las sedas y encajes que se había traído de Europa, para la ceremonia de casamiento con alguno de los Marcos Bergner que hubiera inventado en la distancia, bendecida por un Padre Bergner inmodificable, grisáceo y de piedra. Sólo a ella le faltaba morir.

Todas las cosas son así y no de otro modo; aunque sea posible barajar cuatro veces trece después que ocurrieron y son irremediables.

Asombros varios, afirmaciones rotundas de ancianos negados a la entrega, confusiones inevitables impiden fechar con exactitud el día, la noche del primer gran miedo. Moncha llegó al hotel del Plaza en el coche bronquítico, hizo desaparecer al chófer y avanzó en sueños hasta la mesa de dos cubiertos que había reservado. El traje de novia cruzó, arrastrándose, las miradas y estuvo horas, más de una hora, casi sosegado ante el vacío —platos, tenedores y cuchillos— que sostuvo enfrente. Ella, apenas contenta y afable, preguntó a la nada y detuvo en el aire algún bocado, alguna copa, para escuchar. Todos percibieron la raza, la mamada educación irrenunciable. Todos vieron, de distinta manera, el traje de novia amarillento, los encajes desgarrados y en partes colgantes. Fue protegida por la indiferencia y el temor. Los mejores, si es que estuvieron, unieron el vestido con algún recuerdo de dicha, también agotado por el tiempo y el fracaso.

No muy temprano ni tarde, el maitre en persona —Moncha se llama Insaurralde — trajo la cuenta doblada sobre un platito y la dejó exactamente entre ella y el otro ausente, invisible, separado de nos, de Santa María, por una incomprensible distancia de millas marinas, por las hambres de los peces. Preguntó, apenas estuvo, inclinó la gorda, impasible cabeza sonriente. Parecía bendecir y consagrar, parecía habituado. El smoking de verano otoño también pudo ser entendido como una sobrepelliz convincente.

Era necesario organizar secretas y solitarias peregrinaciones al restaurante donde había comido con Marcos. Tarea difícil y compleja porque no se trataba de un simple traslado físico. Requería la creación previa y duradera de un estado de ánimo, a veces, sentía, perdido para siempre, un espíritu adecuado para la espera de la cita y para saber que iba a prolongarse, gozoso, indeclinable, hasta el final de la noche, hasta la hora exacta en que puede afirmarse en Santa María que todo está cerrado. Y más allá; el estado de ánimo debía mantenerse y atravesar la hora del cierre general, permanecer en la soledad nocturna y engendrar la dulzura de los sueños. Porque debe

entenderse que todo lo demás, lo que nosotros, sanmarianos, insistimos en llamar realidad, era para Moncha tan simple como un acto fisiológico cumplido con buena salud. Llamar al maître del Plaza, pedirle una mesa «ni muy cerca ni muy lejos», anunciarle el regreso de Marcos y el festejo correspondiente, discutir, provocando, sobre las posibilidades de la comida, reclamar el vino favorito de Marcos, vino que ya no existía, que ya no nos llegaba, vino que había sido vendido en botellas alargadas que ofrecían etiquetas confusas.

Envejecido y sin sonrisas Francisco, el maître, mantenía calmoso el juego telefónico, no abandonaba sus tan antiguas convicciones, reiteraba que el vino imposible debía ser servido, de acuerdo, sin dudas, chambré, no demasiado lejos, no demasiado cerca del punto de temperatura ideal, inalcanzable.

La fecha consta al pie y parece irrevocable. Sin embargo, alguien, alguno puede jurar que vio, cuarenta años después de escrita esta historia, a Moncha Insaurralde en la esquina del Plaza. No interesan los detalles de la visión, los progresos edilicios de Santa María que festejaría El Liberal. Sólo importa que todos contribuyan a verla y sepan coincidir. Mucho más pequeña, con el vestido de novia teñido de luto, con un sombrero, un canotier con cintas opacas excesivamente pequeño aun para la moda de cuarenta años después, apoyada casi en un delgado bastón de ébano, en el forzoso mango de plata, sola y resuelta en el comienzo de una noche de otoño —tan suave el aire, tan discretos los mugidos de los remolcadores en el río—, esperando con ojos pacientes y burlones que se fueran los ocupantes de exactamente aquella mesa, situada ni muy cerca ni muy lejos de la puerta de entrada y de la cocina. Y siempre, en aquel tiempo infinito que existirá cuando pasen cuarenta años, llegaba el momento verdadero y prometido, el momento en que la mesa quedaba desocupada y ella podía avanzar, fingiendo por coquetería ayudarse con el bastón, saludar a Francisco o al nieto tan crecido de Francisco, avanzar hasta la impaciencia de Marcos y excusarse sin énfasis por haberse retrasado. Dios estaba en los cielos y reinaba sobre la tierra, Marcos, ya borracho, inmarcesible, la perdonaba entre bromas y palabras sucias acercándosele sobre el mantel un ramito de las primeras violetas de aquel otoño cuarentón.

Como estaba dispuesto, nosotros, los viejos, nos separamos. Ni hubo necesidad de palabras para el respeto y la comprensión. Algunos olvidaron mientras les fue necesario y hubieron podido continuar durante cuarenta años la construcción de su olvido. Olvidaron, no supieron que Moncha Insaurralde se paseaba por las calles de Santa María, entraba en negocios, visitaba exacta caserones de ricos y los ranchos que intentan bajar hasta la costa vestida siempre con su traje de novia que esperaba el regreso de Marcos para incorporarse las prescritas flores blancas, frescas y duras.

Algunos pensaron en el también muerto vasco Insaurralde, en lealtad a una memoria, en la misma mujer alucinada que arrastraba, adhería la inevitable mugre a la cola de su vestido. Y éstos eligieron también cuidar del fantasma, simular que creían en él, usar la riqueza, el prestigio, los restos aún no cubiertos de ceniza de la

tierna brutalidad adolescente.

Hubo poco, para unos y otros; en todo caso, vieron y se enteraron de mucho menos. Vieron, simplemente.

Si hay nardos y jazmines, si hay cera o velas, si hay una luz sobre una mesa y papeles vírgenes en la mesa, si hay bordes de espuma en el río, si hay dentaduras de muchachas, si hay una blancura de amanecer creciendo encima de la blancura de la leche que cae caliente y blanca en el frío del balde, si hay manos envejecidas de mujeres, manos que nunca trabajaron, si hay un corto filo de enagua para la primera cita de un muchacho, si hay un ajeno milagrosamente bien hecho, si hay camisas colgadas al sol, si hay espuma de jabón y pasta para afeitarse o pasta para el cepillito, si hay escleróticas falsamente inocentes de niños, sí hay, hoy, nieve intacta, recién caída, si el Emperador de Siam conserva para el Vice-irrey o Gobernador una manada de elefantes, sí hay capullos de algodón rozando el pecho de negros que sudan y cortan, si hay una mujer en congoja y miseria capaz de negativa y surgimiento, capaz de no contar monedas ni el futuro inmediato para regalar una cosa inútil.

Esto, tan largo, en la imposibilidad de contar la historia del inadmisibles vestido de novia, corroído, tuerto y viejo, en una sola frase de tres líneas. Pero fue así, vestido, salto de cama, camisón y mortaja. Para todos, los que habían preferido con prudencia refugiarse en la ignorancia, para los que habían elegido formar una dislocada guardia de corps, reconocer su existencia y proclamar que protegeríamos, en lo que nos fuera posible, el vestido de novia que envejecía diariamente, que se acercaba sin remedio a una condición de trapo, proteger el vestido y lo ignorado, imprevisible, que llevaba dentro.

Las estériles, silenciosas, opuestas, nunca bélicas posiciones de los viejos que nos reuníamos en el Plaza o en el nuevo edificio del Club, duraron poco. Menos de tres meses, como ya se dijo. Porque suavemente y de pronto, tan suavemente que se nos hizo de pronto después, cuando lo supimos, o cuando empezamos a olvidar, todas las imaginables blancuras moribundas, cada día más amarillentas y con el irreversible tono de ceniza, crecieron inexorables, las tomamos como verdad.

Porque Moncha Insaurralde se había encerrado en el sótano de su casa, con algunos —pero no bastantes— seconales, con su traje de novia que podía servirle, en la placidez velada del sol del otoño sanmariano como piel verdadera para envolver su cuerpo flaco, sus huesos armónicos. Y se echó a morir, se aburrió de respirar.

Y fue entonces que el médico pudo mirar, oler, comprobar que el mundo que le fue ofrecido y él seguía aceptando no se basaba en trampas ni mentiras endulzadas. El juego, por lo menos, era un juego limpio y respetado con dignidad por ambas partes: Diosbrausen y él.

Quedaban Insaurraldes lejanos, fanáticos, deseosos de colocar en la muerta un síncope imprevisible. En todo caso, lo consiguieron, no habría autopsia. Por eso es posible que el médico haya vacilado entre la verdad evidente y la hipocresía de la

posteridad. Prefirió, muy pronto, abandonarse al amor absurdo, a una lealtad inexplicable, a una forma cualquiera de la lealtad capaz de engendrar malentendidos. Casi siempre se elige así. No quiso abrir las ventanas, aceptó respirar en comunión intempestiva el mismo aire viciado, el mismo olor a mugre rancia, a final. Y escribió, por fin, después de tantos años, sin necesidad de demorarse pensando.

Temblaba de humildad y justicia, de un raro orgullo incomprensible cuando pudo, por fin, escribir la carta prometida, las pocas palabras que decían todo: nombres y apellidos del fallecido: María Ramona Inaurralde Zamora. Lugar de defunción: Santa María. Segunda Sección Judicial. Sexo: femenino. Raza: blanca. Nombre del país en que nació: Santa María. Edad al fallecer: veintinueve años. La defunción que se certifica ocurrió el día del mes del año a la hora y minutos. Estado o enfermedad causante directo de la muerte: Brausen, Santa María, todos ustedes, yo mismo.

1968

## Matías el telegrafista

Cuando en casa de María Rosa, Jorge Michel contó una vez más, ante varios testigos, la historia o sucedido a Atilio Matías y María Pupo, sospeché que el narrador había llegado a un punto de perfección admirable, amenazado sin dudas por la declinación y la podredumbre en previsible, futuras reiteraciones.

Por eso, sin propósito mayor, intento transcribir ahora mismo la versión referida para preservarla del tiempo; de sobremesas futuras.

El sucedido, que no es relato ni roza la literatura, es, más o menos, éste:

Para mí, ya lo saben, los hechos desnudos no significan nada. Lo que importa es lo que contienen o lo que cargan; y después averiguar qué hay detrás de esto y detrás hasta el fondo definitivo que no tocaremos nunca. Si algún historiador atendiera el viaje del telegrafista quedaría satisfecho consignando que durante el Gobierno de Iriarte Borda, el paquebote «Anchorena» partió del puerto de Santa María con un cargamento de trigo y lana destinado a países del este de Europa.

No mentiría; pero la mejor verdad está en lo que cuento aunque, tantas veces, mi relato haya sido desdeñado por anacronismos supuestos.

El viaje habrá durado unos noventa días y tal vez pueda, con algún trabajo, recitar el rol de la tripulación; el nombre de él, del telegrafista, se me olvidó en el principio, arrastrado por un odio supersticioso. Lo bautizo Aguilera en esta página para contar cómodo. Del nombre de ella, aunque no llegué a verla, no me olvidaré nunca: María Pupo, de Pujato, departamento de Salto.

—Qué querés. Se llama apenas María Pupo —como decía el telegrafista. Aguilera.

«A la luz de las estrellas es forzoso navegar», empezó a cantar alguno una mañana, mientras blanqueaba una puerta y de inmediato se corrió la infección, todos canturreando lo mismo, usando la frase como saludo, respuesta, broma y consuelo. A la luz de las estrellas es forzoso navegar. Misteriosamente, la tonada lograba ser más estúpida que la letra.

Usted, uno, cuando le llega la hora de siempre es de amanecer, trepa la planchada con un rollo obligadamente azul golpeando desafiante en el lomo, insomne, hambriento pero con náuseas, todavía un poco borracho y vigilando los movimientos de la cerveza tibia en el estómago, atento también al lento desvanecer del recuerdo, cara, pelo, piernas, mano contraída y maternal de la puta que le tocó en suerte bajo un techo de lata ondulante. Son los ritos, no más, una tímida, inflada prepotencia,

tradicción marinera.

Y usted, uno, ya pesado de pronósticos sobre la suerte del carguero y las peripecias húmedas, muestra documentos y saludos humildes mientras examina, casi sin mover los ojos, las caras novedosas y va tanteando lo que ellas pueden ofrecerle como ayuda, molestia o desgracia.

Reunidos, hipócritas y propensos a la paciencia, escuchamos al capitán que habló de patria, sacrificios y confianza. Hombre discreto y aburrido levantó un brazo, nos deseó un buen viaje y nos pidió, sonriendo, que procuráramos darle un buen viaje también a él.

Estábamos tan agradecidos porque no había bobeado más de tres minutos, que hicimos, firmes, la venia militar en un barco mercante y balamos un hurra.

Corrí para asegurarme al gringo Vast como compañero de cabina. Pero era tarde, los lugares habían sido distribuidos un día antes y en la puerta de mi vomitorio, encontré una tarjeta con dos nombres: Jorge Michel-Atilio Matías.

Bañados y frescos, era inevitable que estuviéramos a las siete y treinta frente a frente, cada uno sentado en su cucheta, cada uno con la inutilidad pesada de las quietas manos de hombre entre las rodillas. De manera que Matías, el telegrafista —«tengo que irme en seguida al puesto»— tosió sin flemas, y dijo:

(Era, y para siempre, diez años más viejo que yo; tenía la nariz larga, los ojos sin sosiego, una boca fina y torcida de ladrón, de tramposo, de adicto a la mentira, un cutis protegido del sol desde la pubertad, una blancura conservada en la sombra del chambergó. Pero encima de todo esto, como un abrigo permanente, hacía flotar la tristeza, la desgracia, la mala suerte encarnizada. Era pequeño, frágil, con bigotes caídos y suaves).

—Tengo que tomar turno —repitió.

Pero faltaba media hora para su idiotez de recibir telegramas sin sentido y teníamos una botella de ron puertorriqueño entre uno y otro.

Mi primer embarque no tuvo otro origen que la necesidad de moverse. Este tercer embarque era distinto: era la huida por tres meses de La Banda, del patronazgo inverosímil del Multi, de las genuflexiones exactas de gente que yo había respetado y, en algunos casos, querido.

Bajo la luz débil teníamos el ron, los vasos, los cigarrillos, mi ancla azul tatuada en el antebrazo.

Dentro de media hora. De modo que Aguilera, Matías el telegrafista, dijo el principio de la verdad que él creía indudable, sin necesidad de presiones. Cautelosamente protegido por una fantástica desdicha empeñada en su ruina, algo habló, hizo confesión.

Faltaban veinte minutos para empezar su guardia cuando balbució el olor del ron mientras hablaba. No era, lo supo él mismo, algo que pudiera clasificarse como manía de persecución, poner de lado y pasar a otra cosa. Porque, escuchen, Matías dijo, aproximadamente, o yo le estuve mirando en la cara triste —con su firme mueca

de indignación infantil— las palabras que se le atoraban sin ser pronunciadas. Por ejemplo:

—Usted conoce Pujato —entre seguridad y pregunta—. Usted que conoce Pujato, se tiene que dar cuenta de la diferencia y la estafa, entre el gris y el verde, por lo menos. Fue la Dirección de Telecomunicaciones y aquí le puedo mostrar los documentos, uno por uno, con el orden de las fechas, que por algo se me ocurrió guardar. Dirección Nacional o General de Telecomunicaciones. Llamado primero: llámase a concurso para proveer vacantes, creaciones, de radiotelegrafistas en el orden nacional. No le niego que yo tenía un amigo que manejaba el Morse, receptaba y transmitía con tanta facilidad y sin siquiera darse cuenta, como usted respira o camina o cuenta cosas. También de Pujato el amigo y por siglos de años telegrafista de la estación de ferrocarril. Con felicitaciones de los ingleses en cada inspección. Pujato, no se olvide, casi sin superior como la misma Santa María. Y el amigo quería jubilarse y dejarme el puesto como herencia de amistad. Así que en cuanto supo del aviso primero, aquí lo tienes, me dijo, el puesto es tuyo, se puso a practicar me y mucho antes del plazo reglamentario yo oía en Morse y movía los dedos en Morse. No era piano, no importaba que los hubiera estropeado, los dedos, en el trabajo de la chacra.

Lo que había era un empleo de telegrafista en la estación de ferrocarril de Pujato. Lo que había era Pujato en paz hasta el fin de la vida. Pujato y mi casamiento con María, que no le hablo porque son cosas sagradas para un hombre.

Pero de Pujato sí, una palabra que ya se lo dice todo. Ponga el dedo donde quiera: una mañana, una tarde. Alguna vez, quién sabe, en la misma madrugada. Pujato verde y amarillo, los chacareros mandando trigo y maíz con los camiones que algunos vuelcan a granel, hasta los silos cerca de la estación, pidiendo día, turno y vagones. Yo ahí, que les resuelvo los problemas con el Morse, mitad fastidiado, mitad divertido, nunca fastidiado de veras. Yo, y míreme como me vi, telegrafista y dueño, casado con María, que puede residir en la misma estación o estarme esperando en un chalet junto a la carretera.

Usted lo ve, puede vernos, Pujato, mi señora y yo. Ahora vea el otro documento, que es el tercero, y el cuarto, donde está la trampa. Por el tercero, entre más de doscientos aspirantes yo quedo clasificado y dueño. Y en el cuarto documento, diez meses después, me mandan a radiotelegrafiar un barco, éste, tan lejos de todo lo que le dije. Alemania, Finlandia, Rusia, tantos nombres que tuve que aprender creyendo siempre que nada tenían que ver conmigo, ni en la escuela ni después.

—Qué quiere que haga —desafió Matías el telegrafista—. ¿Que esté contento?

Lo dejé ir, siguió con el ron, me dormí sospechando enfermedades. A las seis de la mañana me despertaron con las adocenadas palabras groseras y muertas; foguista o fogonero bajé hasta mi infierno sin ver a Matías y casi olvidado.

Alguien dispuso para los días siguientes que ocupáramos el camarote en horas distintas y apenas nos viéramos separados por la mesa larga del almuerzo. De modo



que el destino vigiló atento la existencia de Matías y me obligó a postergar mi réplica optimista y cristiana, mi alborada del gracioso hasta pocas horas antes de Hamburgo, calor, pequeñas faltas de disciplinas, odios imprecisos, salivazos por palabras.

Ya dije o pensé que era una historia de embarcados y sólo ellos podrán entenderla de verdad. Agrego, sin disculpa, que muchas veces, en puertos o verdadera tierra firme quise explicar y convencer que todos, ciudadanos, montañeses y labriegos de llanura somos embarcados. Muchas veces y fracasando siempre.

Esto se dice para que ustedes se acerquen a comprender por qué desde que el barco salió del puerto de Santa María empecé a sentir la indiferencia, el desvío, el mal cubierto desprecio de los tripulantes, de mis amigos de otros viajes.

Tal vez exagere porque las palabras son siempre así, nunca exactas, un poco más o un poco menos. Pero sí, estoy seguro, saludos más cortos, silencios soportados con paciencia, sonrisas sin ojos, conversaciones desviadas.

Porque yo, sin otra culpa que la de vivir en el camarote que me habían impuesto, era para ellos el amigo de Matías el telegrafista, el socio del fracaso, la sombra de la mala suerte.

Y de nada me servía burlarme de Matías frente a ellos y el mismo Matías. La enfermedad, el destino enemigo del hombre de Pujato se me habían contagiado —ellos lo creían o sospechaban— y era prudente imponerme el cordón sanitario, la cuarentena. De modo que injustamente tuve que sentirme emparentado con Atilio Matías y navegar a su lado en un mar de hostilidad y persecuciones. Él, Matías el telegrafista, desde su principio hasta su fin; yo, durante un viaje de tres meses.

—Y fíjese adonde nos mandan —me dijo en algún encuentro inevitable—. Nos mandan al frío, un frío de muerte tan distinto al que tenemos, un suponer, en un invierno de Pujato. Piense en la piecita del radiotelegrafista en la estación del ferrocarril, con mate hirviendo y el brasero y algún amigo con temas de verdad para conversar, que a lo mejor trajo una botella de grapa, aunque yo no soy tomador.

Y era inútil exagerar el número de veces que yo había hecho el mismo rumbo, los mismos puertos, en idéntico raes del año.

—Mire que ahora en Finlandia mismo, en Hamburgo, en Bakú, la gente anda en mangas de camisa y las mujeres en los balnearios esperan la luz de la luna para bañarse desnudas.

No me creía, simplemente; le estaba prohibido aceptar la bondad del verano y alzaba los hombros para sacudirse toda posibilidad de optimismo. Ni siquiera contestaba; yo le sabía pensar: María Pupo, Pujato, o al revés.

Por allá arriba del incendio de las calderas alguien llevaba con escrúpulo al día, a la hora, el diario de bitácora. El mío era distinto, como siempre sucede en Hamburgo.

Cuando en la rada, una mañana casi mediodía de verano, caminé enérgico para buscar la parada de tranvías, oigo los pasos persecutorios, la voz resuelta:

—Oiga, Michel. ¿Usted para dónde va?

—Para el otro lado. Estoy enfermo de ganas de Sanpauli. Mujeres y algo más

fuerte que cerveza para olvidarme que soy un embarcado, y que otra vez mañana de noche las calderas. Pero usted, Matías, va al hotel Kaiser, le oí decir. Tiene que cruzar la calle, va para el otro lado, toma otro tranvía.

Estuvo bamboleando la sonrisa que se opone, aceptando, sin embargo, a la mala suerte. Debe ser fácil si uno se acostumbra. Después dijo y no llegaba ningún tranvía:

—Hágame un favor.

—No —le dije—, me voy a Sanpauli, tengo hambre de Sanpauli y si quiere venga.

Fue inútil, porque él no me oyó, porque él, Matías, llevaba años en el ejercicio de la desesperación impura.

—Usted puede hacerme un favor y después va y se emborracha. No se lo dije en toda la navegación, pero hoy es el cumpleaños de María. Si me ayuda le mando un telegrama.

—Perdone. ¿Por qué no manda un radio desde el barco? ¿Por qué no se vuelve y lo manda?

Ni siquiera me miró. Hizo una sonrisa mientras caminaba y me habló paciente, de padre a hijo:

—Catorce. El artículo catorce prohíbe toda comunicación de carácter personal, salvo situaciones de gravedad manifiesta que deben contar con el visto bueno por escrito del capitán o el jefe de estación.

—Claro, perdone —traduje.

Desde donde estábamos no se podía ver la ciudad; apenas unas torres cuadradas metidas en el sol. Pero yo la estaba oliendo, le sentía el gusto en la boca seca y puedo jurar o prometer que Sanpauli me llamaba. Pero no; su desdicha, la de Matías el telegrafista, fue más poderosa que mi hambre de humo y venga lo que venga junto a una enorme mesa redonda. Vencieron Pujato y María Pupo.

—¿Telégrafos? —empecé, para ceder y cubrir la vergüenza—. Sí, aquí cerca, dos cuadras, tenemos uno.

—Entonces, si me acompaña. Es un momento. Fíjese que no hablo el idioma y usted sí se defiende.

De manera que caminamos hacia Correos y Telégrafos, a cada paso más lejos de Sanpauli.

Consideremos, entonces, que la fraulein del mostrador de Telégrafos había nacido allí, cuarenta o cincuenta años atrás, y que los anteojos, las arrugas, la boca en media luna blanca y amarga, la mismísima voz de macho pederasta eran, como su alma, un producto de suelo miserable, de amor absurdo por el trabajo y la eficiencia, de una fe indestructible acrecida por el misterio que prometían y vedaban las letras T.T.

Así, y con rapidez satisfactoria, desde el dialecto pujatense, atravesando mi inglés de marinero, hasta el alemán perfecto de la fraulein, el mensaje decía, traducido, algo como María Pupo. Pujato. Santa María. Felicidades te desea Matías.

Ella lo escribió con tres carbónicos, cobró tres marcos o cuatro y nos dio copia y

recibo.

Estábamos otra vez en la calle y era el tiempo del hambre del almuerzo, y todos los tranvías se pusieron a correr hacia Sanpauli y sus promesas. Ahora la voz no estaba saliendo de Matías el telegrafista, sino de mi hambre, mi debilidad, mi apaciguada nostalgia. La voz decía:

—Oiga, Michel. ¿Usted entiende de grafología?

—En un tiempo jugué a que sabía. Pero nunca supe de verdad.

—Pero, claro, usted sabe o por lo menos se da cuenta. Piense en la cara de la mujer.

—No.

—Sí, también a mí me repugna. Tres marcos cuarenta y un marco es más que un dólar. Y ni siquiera pasó el telegrama a máquina, lo escribió con birome y aquí tenemos la copia. Mire un poco, aunque siga porfiando que no entiende.

En un cruce de calles, en el temor de que la tarde empiece con los estómagos vacíos. Quise pegarle y no pude, dije palabras sucias y lo llevé de un brazo.

Todo, cualquier cosa; pero siempre en Hamburgo, en la más increíble esquina, habrá un delicatessen esperando. Cerveza y platitos escandinavos. Ahí, sobre la mesa, sostenida abierta por los pulgares de Matías estaba la copia del telegrama a María Pupo, Pujato.

—Fíjese con calma —dijo Matías—. Primero, la mujer, la cara de mal bicho atravesado que usted comparte conmigo.

Tomé cerveza, me llené la boca con mariscos de nombre ignorado y me rendí a una súbita, irresistible admiración por la inteligencia sutil de Matías, revelada a cambio de cuarenta y seis días de quemarme las manos en las tripas del barco, consciente de que en la misma cáscara, sobre la misma ola, separado apenas por chapas delgadas de acero y madera, viajaba la tristeza inconsolable del hombre de la radio.

—La cara para empezar —siguió Matías— y ahora tenemos la grafología, y aunque usted me porfíe que no entiende, las dos cosas se juntan y son indiscutibles. Resultado, y disculpe, que la gringa esa me quiere joder. Más claro: que ya me jodió y se quedó con el dinero, que no me importa porque tengo mucho, y no mandó ningún telegrama. Por la cara, por la grafología, y porque yo soy radiotelegrafista diplomado y algo entiendo de esas cosas.

El inglés de los embarcados es un idioma universal; y siempre sospeché que algo semejante ocurre con el whisky en toda latitud y altura, se trate de alegría, desdicha, cansancio, aburrimiento. Matías estaba loco y yo no tenía a nadie próximo para unirlo al asombro y regocijo del descubrimiento. De modo que asentí moviendo la cabeza, aparté la jarra de cerveza y pedí whisky. Lo servían así: una botella, un balde con pedazos de hielo, un sifón.

Y yo no tenía un amigo para susurrarle la locura deslumbrante de Matías que había decidido callarse por un tiempo, tragar frutos del mar y cerveza.

Seguía siendo casi el mismo: diez años más viejo que yo, la nariz larga, los ojos inquietos, una boca fina y torcida de ladrón, de tramposo, de adicto a la mentira, pequeño, frágil, con bigotes caídos y suaves. Pero ahora había enloquecido o ahora mostraba sin pudor una locura antigua y encubierta.

Era ya de tarde cuando decidí interrumpirle las reiteraciones respecto a caras, intuiciones, tildes sobre las letras.

—A la luz de las estrellas es forzoso navegar —le dije—. Y como usted tiene tanto dinero, lo mejor, lo único que puede hacer, si aprecia respetuosamente el cumpleaños de su novia, lo único que puede hacer es caminar de vuelta al monstruo T.T. y pedir comunicación telefónica con Pujato.

—Desde Hamburgo —preguntó amargo, con la ironía sin gracia de los perseguidos.

—Desde Hamburgo y por T.T. Lo hice mil veces. Se oye mejor que si usted hablara desde la misma Santa María.

Su lucha era entre la esperanza y la incredulidad atávica. Burlándose, se golpeó el rollo de billetes en el bolsillo del pantalón y me dijo: «Bueno, vamos», como si desafiara a un niño.

Fuimos, yo apenas borracho y él con la resolución de que fuera demostrada, de una vez y para siempre y para él mismo, que toda máscara de la felicidad le había sido negada desde el principio de los días y que nada podría atenuar aquella su maldición particular de que sacaba orgullo y distinción bastantes para continuar viviendo.

Las oficinas telefónicas funcionaban en el mismo edificio de los telégrafos, de la solterona que había estafado a Matías en algo así como tres marcos cuarenta guardándose por revancha y avaricia las palabras de feliz cumpleaños para María Pupo, Pujato.

Pero los teléfonos estaban en otra ala, a la izquierda; uno remolcó al otro hasta llegar al mostrador, a la rubia delgada, joven y sonriente con ganas. Era una T.T.

Dije, traduje, expliqué y ella me miraba lentamente y sin fe verdadera. Dije otra vez, silabeando, demostrándole sinceridad y una paciencia adecuada al paso del tiempo hasta el fin del mundo.

Dudaba, ella, y terminó aceptando, blanqueándose la cara con la sonrisa exagerada y tal vez dolorosa. Es cierto que, todavía, vaciló un momento antes de la creencia y nos pidió:

—Un momento, por favor —antes de saludar con la cabeza y abandonarnos el mostrador para desaparecer, también ella, tan joven, detrás de puertas y cortinas, más allá de la gran T.T.

Luego apareció un T. T. mayor con anteojos rodeados de oro delgado y nos preguntó si era verdad lo que encontraba imposible:

—Esta coincidencia, señores...

Yo supe. No puedo saber qué pasaba dentro de Matías, de qué modo iba

acomodando las postergaciones a su destino personal preferido. Yo estaba, dije, un poco borracho y brillante. Soportando otros interrogatorios, otros T.T. progresivamente mayores. Y yo repetí con candor, sin dudas, las respuestas correctas, porque al fin tuvimos, también nosotros, el privilegio de empujar cortinas y atravesar puertas hasta enfrentar al T.T. mayor, el verdadero y definitivo.

Estaba, ya de pie, detrás de un escritorio enano, de madera negra, en forma de media herradura. Ayudado por el calor, el whisky de dos años, la locura recién llegada de Matías, pude creer un momento que el hombre nos estaba esperando desde que salimos de Santa María. Era alto y grueso, el hombre que fue campeón en las canchas de la Universidad de Greifswald y abandonó el deporte dos años atrás.

Rubio, rojo, pecoso, amable y repugnante.

—Señores —dijo. Yo simulé creer—. Me han dicho que quieren una ligazón telefónica con América del Sur.

—Ya —dije, y nos pidió que usáramos las sillas.

—Con América del Sur —repitió sonriéndole al techo.

—Pujato, señor, en Santa María —le dije volviéndome para mirar a Matías y pedirle apoyo.

Pero no había nada por ese lado. La locura del telegrafista había preferido, con astucia o rebelión definitiva, una expresión de ausencia, unos ojos vacíos, unos bigotes de seda, mustios y ajenos, estremecidos por el viento de la refrigeración. Él, Matías, no participaba, sólo era un testigo atento, zumbón, seguro de la derrota, indiferente, lejano.

El hombre corpulento recitaba rodeado por la semiherradura de su mesa. Era mayor que nosotros, y muy pronto la alegría fraternal de su discurso se fue transformando en decencia y hastío.

Ya estaba rodeado de funcionarios con expresiones dichosas y todos tomábamos café mientras él explicaba que la T.T. Telefunken, de la cual era un simple engranaje, acababa de poner a punto una nueva línea de comunicaciones entre Europa y Sudamérica; y que esta ocasión, la estremecida nostalgia de Matías, debía ser celebrada porque el llamado de amor que pretendíamos era el primero que iba a cumplirse, en realidad, aparte, claro, de las innumerables pruebas de los técnicos.

Cuando se echó hacia atrás levantando un brazo vimos que toda la pared a sus espaldas era un enorme planisferio en el cual los rigores de la geometría decorativa no respetaban los caprichos de las costas. Y volvió a sonreír para decirnos que la celebración agregaba, a las tazas de café su carácter de gratuito, no más de tres minutos.

Asentí con entusiasmo, dije palabras de gracias y felicitación, mientras pensaba que todo aquello era normal, que las inauguraciones siempre habían sido gratuitas para mí, mientras miraba la cara furtiva del telegrafista, su expectación acusadora.

Hubo una pausa y el hombre grande empujó uno de los teléfonos hasta Matías. Era blanco, era negro y era rojo.

Matías continuó inmóvil; y, si una burla puede ser seria, había burla en su perfil escurrido y en su voz.

—María no tiene teléfono —dijo—. Llame usted, Michel. Llame al almacén y les pide que la busquen aunque no sé qué horas serán. Pregúnteles porque en una de esas es muy tarde y está durmiendo.

Quería decir Pujato duerme. Hablé con el gerente, consultamos con Greenwich y supimos que apenas empezaba a ponerse el sol en Santa María. Mugidos de terneros por el lado de Pujato, las barreras de la estación cayendo con pereza y chirridos para esperar el tren de las 18.15 rumbo adentro, capital.

Entonces, lento por premoniciones que actuaban como artritis, pensando en la libertad y Sanpauli, alargué el brazo y traje el teléfono hasta casi tocarme el pecho. Rígido, sin mirar nada que estuviera en la habitación, Matías habló con mis manos.

—Es el 314 de Pujato. El almacén. Usted pide que la llamen.

Luego de concretar instrucciones con el alemán principal hablé con la operadora. Con paciencia y reiteración el problema no fue difícil.

No sé cada cuántos segundos y durante cuántos minutos la mujer me estuvo diciendo: «No se retire; llamando», o palabras equivalentes. Y entonces hasta el mismo Matías tuvo que alzar los ojos y apreciar el milagro que se iba extendiendo en la pared que era un planisferio. Vimos encenderse, allí mismo, en Hamburgo, la diminuta lámpara enrojecida; vimos otra que iluminaba Colonia; vimos sucesivamente, a veces con parpadeos, otras nuevas con una segura velocidad inverosímil; París, Burdeos, Alicante, Argel, Canarias, Dakar, Pernambuco, Bahía, Río, Buenos Aires, Santa María. Un tropiezo, un vaivén, la voz de otra señorita; «No se retire, llamando a Pujato, tres uno cuatro».

Y por fin: Villanueva hermanos, Pujato. Era una voz tranquila y gruesa, de indiferencia y primer vermut. Pedí por María Pupo y el hombre prometió llamarla. Esperé sudoroso, resuelto a ignorar a Matías hasta el fin de la ceremonia, mirando el mundo iluminado con puntos de incendio detrás de la cara ancha, la sonrisa feliz del gerente rodeada, derecha, izquierda, por las sonrisas respetuosamente menores de los robots de la T.T. Telefunken.

Hasta que hubo María Pupo en el teléfono y dijo: «Habla María Pupo, quién es».

Soy inocente. Hablé amistoso pero nada atrevido, expliqué que su novio, Atilio Matías, deseaba saludarla desde Hamburgo, Alemania. Pausa y la voz de contralto de María Pupo, atravesando el mundo y los ruidos temblorosos de sus océanos:

—Por qué no te vas a joder a tu madrina, guacho de mierda.

Colgó el teléfono rabiosa y las lamparitas rojas se fueron apagando velozmente, en orden inverso al anterior, hasta que la pared planisferio volvió a incrustarse en las sombras y tres continentes confirmaron en silencio que Atilio Matías tenía razón.

## Las mellizas

Las mellizas habían nacido con media hora de diferencia y siempre discutían en su idioma arrabalero respecto a cuál era la mayor, cuál la menor. Yo había elegido una, la más delgada, la más carente de piedad. No recuerdo, siquiera, el nombre.

Me habrá asustado, como le dije una noche pasada a mi mujer, quince años después, pensando qué queda en mí de las mellizas o de la mía.

O repentinamente se me acabó el impulso, el amor a la situación y sus problemas, la alegría indudable que me daba estar metido en el centro mismo de aquella miseria perfecta que parecía, asombrosamente, haber sido inventada para mí y por mí.

Un tiempo en que todo el mundo podía ser feliz con sólo proponérselo y los que no se lo proponían alcanzaban, aun a su pesar, otro tipo de felicidad, más compleja y disimulada, más profunda y consciente.

El diario en que yo trabajaba estaba sobre la plaza Libertad y la vida rodeaba la plaza con sus bares y sus quioscos, su frenesí débil y provinciano pero infaltable. Era posible escucharla desde el cierre de la edición en la madrugada hasta el regreso a las ocho de la noche; y siempre había pruebas de que había estado zumbando durante mi ausencia, jubilosa y empecinada, por encima y debajo de los ruidos que hacían los hombres y los motores. Tal vez la vida vibrara allí para todos y acaso todos pudieron escucharla y sonreírle.

En cuanto a mí, me había prometido por lo menos una sorpresa diaria y el pacto fue cumplido con tanta exactitud como la entrega quincenal del sobre con mi sueldo de corrector. Era en tiempos de la última guerra.

De modo que la aparición de la Melliza, única para el resto de mi vida, no me conmovió entonces como podría hacerlo hoy. La encontré a las tres de la mañana, en el restaurante Metro, discutiendo con el más viejo de los mozos.

—No —decía riéndose—, nunca pude tragar la sopa, desde chiquitita y por más que me pegaran. Quiero fiambre con rusa.

—Tiene que ser sopa de verduras. Alimenta —porfiaba Castro—. Estás muy flaca, y con esta vida.

Yo me había sentado a la mesa más próxima, a pesar de que el comedor estaba vacío, y esperaba el final del diálogo para pedirle un vaso de caña a Castro deseando que María Esther faltara a la cita, que no apareciera por allí ningún amigo, que a nadie del diario se le ocurriera sentarse a mi mesa para discutir si el discurso de Roosevelt prolongaba o no la entrada de los gringos en la guerra. Movía las hojas del

diario recién impreso mientras examinaba la sorpresa que me concedían para iniciar un día o terminarlo.

Miraba el largo y pesado pelo de la mujer, castaño, recogido y a medias deshecho en la nuca, rodeando una cara infantil y pálida, con una nariz recta y muy corta, con una boca grande y mal pintada que penetraba con cada risa en los huecos hambrientos de las mejillas.

Le miraba las manos sucias, flacas y largas, la humillación del vestido de verano, no hecho para ella, opaco y mustio por los lavados, demasiado amplio para el pecho chato, con aberturas excesivas para los flacos brazos de muchachita.

—Paga mi hermana. ¿No me cree? Ahora no más llega. Mi hermana siempre tiene dinero.

—Si tomás la sopa, sí —dijo Castro furioso.

Vino a golpear con su servilleta mi mesa de mimbre, un poco más viejo que de costumbre, más serio y cansado. Pedí caña en voz alta y le dije, sin mirar a la muchacha, que si no venía la hermana pagaba yo.

—Si no viene la hermana —dijo Castro—, pago yo. Más cosas no. Ya estoy bastante harto de esta historia. Ya es demasiado triste y sucio todo esto para que todavía tú agregues. Créeme.

Castro había nacido en Granada y no necesitaba los ridículos pantalones negros ajustados para recordarlo, ni el pelo blanco aplastado y grasiento sobre una sien. Debe haberse muerto del hígado, de baja presión, del mal del cobre o, simplemente, de España.

En los tiempos de aquella noche todos los inmigrantes de la península que no habían llegado a dueños de almacenes o bares preferían morirse de España. Hablo de los que estaban en la ciudad mucho antes de la guerra civil. Los recién llegados, ahí están las estadísticas, resultaron inmortales aunque también a ellos España les duela un poco.

—Y haz el favor de no venirme tú a complicar las cosas. Déjala en paz, que es una pobre infeliz. Quince años, apenas, y haciendo la puta, que no sabe hacerlo, en lugar de estarse con sus muñecas.

—Caña, hielo y soda —dije.

Volví la cara hacia la muchacha y le sonreí. Ella contestaba a todas las sonrisas, vinieran de los hombres o de las cosas, de las dificultades o de los cortos recuerdos.

—No soy cliente, Castro. Si tiene hambre, esta noche puedo pagarle una comida. Además es muy joven, está muy flaca. No me gustan así.

Lo cierto era que había empezado a gustarme así. No la muchacha larga y desnutrida, no su cara pequeña e inocente, ni siquiera su candorosa y desafiante manera de fumar cigarrillos baratos del paquete arrugado. Sino ella —podía imaginarle con exactitud la emocionante separación de los muslos descarnados sobre la paja del asiento, la colgante escasez del vello—, ella y su contraste con las calles nocturnas, con las astucias de la prostitución, con las técnicas y los regateos en el



desamparo de las amuebladas.

No mentía para impedir que Castro me separara de ella, de mi sorpresa cotidiana; mentía para evitar que tratara de deformarla hablándome en voz alta de la F. A. I., del pobre Blum y de la no discutible inmundicia del mundo en que estábamos metidos los tres. Mentía por el miedo de que me la transformaran en una mujer, una persona, en síntoma de cualquier cosa.

Ella estaba de espaldas a la ventana abierta y en el fin de la noche de verano el viento arremolinaba papeles y tierra en la plaza, entre las ruedas de los enormes ómnibus blancos que acababan de llegar o estaban por irse.

Antes de llevarme el vaso y el diario a su mesa le estuve inventando con errores un pasado y un futuro; estuve imaginando los detalles de flacura de su cuerpo, las huellas de los cansancios recientes y antiguos, mi necesidad de ayudarla.

Y aunque todo esto resultó cierto, aunque fui comprobando con superstición, orgullo y miedo —como cuando uno juega a un número, y el número sale, y se siente que acaba de establecerse una relación precaria con la suerte, un tartamudeado código para dar y recibir órdenes— que todo lo que yo había estado presintiendo mientras la miraba a ella y al aire de hechizo, de fracaso y de injusticia que la rodeaba, a los gruesos bordes que la unían y apartaban del mundo, más notables en las sienes, en el cuello y en los hombros resueltamente caídos, mientras le miraba la sonrisa sin causa que me estaba mostrando sin enterarse que era, para empezar, lo más mío de la sorpresa que la vida me estaba pagando; aunque todo aquello resultó cierto de una manera servil y acaso excesiva, nunca oí antes certezas de la clase de las que estuvo contando la segunda Melliza, recién pintada y con sueño, a las cuatro de la mañana, con una voz lenta y práctica persistente en moralizar, aceptando y cumpliendo deberes pedagógicos, bajo la furia refrenada de la cabeza de Castro, que continuó trayéndonos caña hasta el primer desvanecimiento de la noche en el hueco de la plaza.

La Melliza segunda —había nacido, ya dije, unos minutos antes que su hermana — era una réplica dudosa de la otra: más baja y ancha, más rubia y desenvuelta, llena de seguridad, sabia y protectora, casi con pechos y caderas. Yo les llevaba diez años y las miraba crecer, les oía el balbuceo con que trataban de aprender a manejar las palabras y viejas comprobaciones, con que trataban de ir creando las vulgaridades y los lugares comunes indispensables para poblar, dar formas y paredes al mundo inédito, gastado, sucio de marcas que iban construyendo irremediablemente, a medida que actuaban y aceptaban respirar.

—Porque con ésta no valen consejos y a veces he pensado en dejarla y que se arregle sola —dijo la segunda Melliza ante la sonrisa avergonzada, burlona de la otra—. Usted no va a creerme si le digo que hay noches en que trabaja más que yo, tiene más suerte o con sólo verla se dan cuenta, y, sin embargo, tres míos contra cinco de ella, yo traigo mis treinta pesos en la cartera y ella nada. Y es más alta; más flaca pero más linda. Y sabe que desde que nos pusimos a vivir independientes hay que trabajar

pero también cobrar.

—Yo trabajo —dijo desafiante y enfurruñada la verdadera Melliza, y enseguida me sonrió como un niño, pidiéndome apoyo—. Nos comprometimos las dos a trabajar y yo trabajo y acabás de decir que a veces más que vos.

—¿No ve? —me dijo con resignación y lástima la segunda Melliza—. Lo que acabo de decir. Trabajar y cobrar. Porque el señor sabe que uno no vive de lo que trabaja sino de lo que cobra. Es un negocio, una cosa por otra, y si uno lo hiciera gratis entonces sí es inmoral.

—Y yo no tengo la culpa.

—A mí me pasó lo mismo, pero no más de un par de veces, al principio. Pero no necesité más para cobrar antes y si no venían primero los diez pesos, nada. Hasta de la misma puerta me di vuelta.

—Yo no tengo la culpa. Yo trabajo, y más que vos porque me aburren o me dan asco y no me quedo como ésta conversando horas cuando se me sientan en la mesa del café. A veces me pongo a reír y no me puedo callar; pero no hago conversación. Yo no tengo la culpa si me dicen «después», si me miran como si fuera yo la que anda buscando estafarlos. Y si después me hago la enérgica cuando se están vistiendo, son ellos los que se ríen. No puedo reclamar a nadie, y también yo me río. ¿Tengo la culpa?

Todos los días, durante un momento de duración variable, la ciudad retrocede cien años y le cae un aire aldeano y encogido, se deja atravesar por colores gastados. A la espalda de todos los ruidos se percibe el eco de una inclinación de árboles, de mugidos y gallineros, de piedras pisadas lerdamente en la siesta. Aquel día el momento llegó en la madrugada y paralizó el paisaje de la plaza detrás de la Melliza verdadera mientras yo miraba la boca en movimiento de su hermana, la cara redondeada y serena que nos iba explicando, paciente y convencida, cómo es el mundo, cómo estamos condenados a ser.

Ya habíamos aprendido, su hermana y yo, que la dura y sabia ley es la del dinero, la del trato honrado, y que quien no paga por lo que toma, humilla; habíamos empezado a escuchar un sermón sobre la importancia de la dignidad, sobre el deber de no transigir, sobre las imprevisibles consecuencias de un acto aislado de concesión y tolerancia, cuando una cara con sombrero apareció y se detuvo a pocos metros de la ventana. La segunda Melliza se interrumpió e hizo una sonrisa a la penumbra de la plaza.

—No sé si voy a volver a tiempo para tomar el último ómnibus —dijo—. A lo mejor voy en taxi, a lo mejor mañana.

De modo que yo me quedé solo con la verdadera Melliza y ella me estuvo hablando, con las sonrisas con que rogaba a todos los demás que no se burlaran de ella, de su amor por Josesito, de su odio por el padrastro, de lo hermoso y divertido que resultaba pintarse y recorrer las calles del centro con tacos altos.

Por aquel tiempo, recuerdo, yo no pensaba en Dios ni como posibilidad ni como

desafío; no sabía a quién agradecer la sorpresa cotidiana que continuó emborrachándose y riendo durante noches hasta que el último 141 entró en la estación y apagó las luces.

Y en aquel mismo momento, la primera vez, comprendimos, la verdadera Melliza y yo, que ella no podía volver ahora a su casa, que la última copa sólo podíamos tomarla en el club político de arriba del Tupí, que una menor no puede quedarse a dormir en un hotel. Tomamos la copa y nos fuimos a dormir a una amueblada sucia, de habitaciones enormes y techos de yeso en relieve que imponían la soledad particular, que nos hacían inermes y exhibidos, que proclamaban con prolongados ecos porosos toda tentativa de confesión e intimidad.

Era flaca y gorda, como las fotografías de los niños indígenas desnutridos. Le acaricié la cabeza hasta sentirla dormida, la oí hablar de Josesito, que tenía quince años y la quería ya más que a la madre, una vecina. Me empeñé en cerrarme al mundo que ella representaba, soñolienta y tartamuda, sin propósito ni orgullo.

Un mundo, una flaca pero tenaz corriente migratoria, una repetida historia de plantadores de papas y de domadores envejecidos que bajan de cualquier lado a la capital. Primero hacia la changa y la prostitución, después veremos. La Melliza estaba en la primera etapa, estaba desnuda, desnutrida y sin uso en la ancha cama de barrotes dorados de la enorme habitación de amueblada antigua. Estaba dormida y borracha, contemplando cejijunta sus sueños, con gotas de saliva en las puntas de la boca grande y gruesa. Y antes de que fuera día y viniera el mallorquino a echarnos, tuvo tiempo para despertarse tres veces y abrazarme gritando: «La poli, viene y me llevan. La poli».

Yo la alzaba semidormida hasta mi desvelo luchando contra la marea, la fofa hinchazón del absurdo.

Tres veces por noche, todas las noches, perseguidos como insectos entre la suciedad, las sombras, el sórdido escándalo de las amuebladas portuarias donde no pedían documentos, ella gritando «la poli» o murmurando ternuras a un Josesito desconocido, matando reiterada mis esperanzas, mi necesidad de sueño hasta que la piedad deriva en la resolución, casi desconocida dentro del insomnio infinito, de taparle la boca, la cara, el pasado y el nunca con la almohada más gruesa que pudiera manotear.

# La muerte y la niña

*Para María Rosa Oliver*

## I

El médico se echó hacia atrás y estuvo un rato golpeando el recetario ya inútil —muerto por el ocio, la vejez y la riqueza no buscada— con el cabo de su lapicera verde.

Pensaba, un instante, en sí mismo; pensaba, mirando la cara ascética del visitante imprevisto, imprevisible, el enfermo sano y bien vestido, rígido en su asiento luego de la confesión.

«De modo que no hay nada que hacer», reflexionó con dulzura. «De modo que este hijo de una gran perra y de los clásicos siete chorros de semen de también siete perros desconocidos nos va metiendo a todos, uno tras otro y con una prisa menor que un año bisiesto, nos va metiendo en su bolsa. Camina desganado contando al mundo su futuro crimen, asesinato, homicidio, uxoricidio (alguna de esas palabras cuando el Destacamento de Policía se acuerda de mí, cuando necesita al médico forense); se pasea por estos restos de Santa María con una carta colgada que apenas le roza el lomo, porque su andar es de malicia y lentitud, un cartel que anuncia en gris y en rojo: Yo mataré. Con esto le basta. Es sincero, no puede decir que deseó la mujer del prójimo porque estaría mintiendo. Su único prójimo es él mismo. Y así, nos va convirtiendo a todos en sus testigos de cargo y descargo: el obispo y Jesucristo, Galeno Galinei y yo, Santa María entera. Y es posible que noche a noche, llorando y de rodillas, rece a Padre Brausen que estás en la Nada para hacerlo cómplice obligado, para enredarlo en su trama, sin necesidad verdadera, por un oscuro deseo de remate artístico».

—Eso es todo, doctor —dijo el visitante con su voz acostumbrada a la resignación; agregó—: ¿Qué puedo hacer? —Díaz Grey soltó la lapicera y estuvo mirando en silencio la trampa, la hipocresía, la dureza oculta, la congénita astucia.

—¿Y ella? —preguntó como si creyera estar ganando tiempo, un tiempo intemporal y absolutamente inútil.

—No entiendo, doctor —largo, aún sentado, con las ropas caras y oscuras, con su escaso pelo rubio aplastado, todavía buen mozo pero agresivo e innoble como su dura nariz, que parecía siempre recién alzada de dos páginas de las enormes biblias amarillentas, traídas a la colonia suiza por los primeros inmigrantes.

—Quiero decir. Si ella sabe. Si los médicos le dijeron, como a usted, que otro parto significaría un peligro de muerte.

—Sí, lo sabe. Se lo han dicho aquí y en la Capital. Se lo dijeron en Europa, el año pasado. Pero no le hablaron de peligro de muerte. Le aseguraron la muerte.

Cada vez, a cada frase, más certero y resuelto a convencer. Trepando en su confesión de crimen, anticipándolo casi con regocijo, fatalista en todo caso, tan candorosamente habitado por la desesperación.

—Un dato —pidió Díaz Grey—. El hijo primero, único, supongo, ¿cuándo nació?, ¿qué edad tiene?

—Un año, trece meses.

—Y desde entonces, desde el nacimiento y la saludable cuarentena...

—Desde entonces sufrimos. Nos miramos, nos comemos los nudillos, rezamos y lloramos.

—Pero ella —dijo Díaz Grey sin ganas, como si hablara con un adolescente que se burlaba de él—, ella puede ayudarlo. Puede eso que llaman tomar medidas, puede, también, negarse.

El cliente movió la cabeza, paciente, incomprendido, fatigado por la incompreensión.

—Ella sabe, como yo, que toda previsión sería pecado mortal. Y —alzó la cabeza sin orgullo— tampoco se negaría. El conflicto, repito, es sólo mío. Por eso le pedí esta entrevista.

No sólo por eso, hijo de perra; hay un espanto detrás, hay un cálculo. Se sentía más débil que su visitante, empezaba a odiarlo con franqueza. Con lentitud deliberada y sin propósito notable fue desabrochando los botones de su túnica, ajada, sin sentido, que continuaba usando por rutina y homenaje.

—Bueno —pronunció indiferente, como si hablara de aspirinas y tónicos—, se trata de usted, escribano, exclusivamente de usted: que la quiere y la desea y cada día más, más a medida que el amor va llenando su corazón y el semen la vesícula; usted que no puede alquilar una prostituta porque eso significaría pecar contra Brausen; que no puede derramar su semilla en la sábana, que no puede masturbarse, que no tiene salvación, aparte de matarla.

La cara flaca del hombre bien vestido pareció contar en silencio y quietud mientras Díaz Grey hablaba. Luego se movió para asentir.

La túnica estaba abierta, el médico la separó de sus hombros.

—Como usted, no soy partidario de matarla. Si no hay otro camino, destrúyase y yo espero ayudarlo. No le hablo de una destrucción total porque también eso sería pecado mortal. Y Brausen no perdona las deserciones. Lo sé, en esto estamos de

acuerdo. Se trataría, entonces, de recetarle duchas heladas matinales, bromuro y alcanfor, caminatas diarias de dos o tres horas, ayunos de viernes santo como único régimen de comida. Se trataría de lograr su impotencia muchos años antes del natural climaterio. Es triste, comprendo. Yacer junto a la esposa amada sin esperanza de que el deseo inmortal pueda satisfacerse. Pero, así, el deseo morirá antes que ella, y usted quedará liberado de los demonios y del remordimiento.

Ahora el hombre bien peinado sonreía apenas, pequeños dientes blancos sumergidos en una broma de la que sólo él conocía la clave.

—Acepto —dijo sin emoción—, ensayaré todo lo que ordene su receta —y añadió suavemente—: Doctor.

Díaz Grey tomó con dos dedos la túnica y la hizo deslizar desde el respaldo del sillón hasta la alfombra de grandes flores pisoteadas y marchitas.

—No —dijo—. La receta no; no quiero escribirla ni dársela. Con esto basta, confío en su memoria. Y, sobre todo, creo en su inteligencia. Creo en ella y no me siento feliz. Por otra parte, su cura confesor tampoco le escribe certificados.

Estaba seguro de haber hablado en tono definitivo, tanto, casi, como si hubiera empujado al otro fuera de la habitación. Pero el hombre largo, delgado y rubio, planchado, brillante, también se había puesto de pie y recitó con mesura, los ojos entornados:

—Tampoco él, claro. No ando buscando documentos. Me basta con hacerme escuchar.

—Está claro, comprendo. Ya lo escuchó el señor obispo coadjutor o como se llame hoy. Para mí sigue llamándose el padre Bergner. Ahora me toca a mí. Y es seguro que, por lo menos, todos los habitantes mayores de edad de la Colonia conocen el prólogo que acabo de oírle.

—Puede ser —dijo el cliente—. Pero sólo hablé de esto con el señor obispo y con usted. Con el obispo, es cierto, no lo hice en plan de confesión. Pero lo conozco desde la infancia (la mía, naturalmente) y estoy seguro de su discreción, como estoy seguro de la suya.

Por primera vez en la entrevista —aunque Díaz Grey no pudiera afirmar, después, que se tratara realmente de la primera vez— el hombre dejó resbalar una sonrisa cínica y casi divertida. El hombre dijo:

—Ni el padre Bergner ni usted. Pero no es imposible que ella, tan desesperada como yo, y además mujer, haya hablado con amigas o parientes. Las mujeres, es distinto. Creen, como los enfermos crónicos, usted lo sabe mejor que yo, que si divulgan sus problemas van obteniendo una ayuda, o por lo menos un apoyo, a cambio de cada confidencia. Por ahora hemos decidido un aplazamiento. Puede llamarlo solución temporal. Tal vez el Señor quiera ayudarnos. Pienso ir unos meses a la Capital y a Chile, asistir a unos cursos. Yo solo, naturalmente.

Díaz Grey no podía contradecirlo. Movi6 lentamente la cabeza afirmando su convicción de quedar acorralado, espaldas y pared, por una trampa, una sutileza

mayor, un presentimiento indefinible, grumoso y repelente.

El hombre también saludó cabeceando. Y, a pesar de todo lo escrito, alguien hubiera podido decir que en el fondo se apartaron unidos y cordiales.

## II

Díaz Grey conocía a la mujer condenada —Helga Hauser— y la examinó tres veces, un año antes, dos con la presencia muda del marido que exageraba la voluntad de no enterarse, la otra sin anuncio y casi furtiva. En ésta el médico recitó el diagnóstico, la prevención. Palpó con caucho, desagrado e incompreensión a la mujer abierta en la camilla.

—No entiendo. Si ya se lo dijeron en la Capital y en Europa. Para mí es seguro, indudable, sin posibilidad de errores. No entiendo por qué consulta a un médico ínfimo, a un sanmariano que ni siquiera es ginecólogo.

—No sé —murmuró ella mientras se vestía—. Una esperanza. Una preferencia por morir aquí.

Después de pagar rió un momento y se burlaba.

—Tal vez quiera complicarlo. No sé.

El amor se había ido de la vida de Díaz Grey y a veces, haciendo solitarios o jugando a solas al ajedrez, pensaba confuso si alguna vez lo había tenido de verdad.

A pesar de la hija ausente, sólo conocida por malas fotografías, que ahora, fatalmente, estaba bamboleándose en la dichosa sucia adolescencia y cuyo nacimiento no podía prescindir de un prólogo. Adolescencia con errores y mugre, iluminada siempre por la creencia en la eternidad de las vivencias, una fe inconsciente que irían carcomiendo las inevitables estaciones.

Todos los jueves, salvo la luna, tenía en el crepúsculo una mujer en la camilla chirriante o en la alfombra inapropiadamente espesa y que mezclaba decenas de olores indefinibles, o por lo menos era indefinible su conjunto.

La condenada había estado más de un año atrás. El proclamado asesino, un día antes.

Las mujeres no le importaban de verdad: eran personas. Almorzó hambriento y se tiró vestido en la cama.

Por el movimiento del sol, Díaz Grey podría haberse supuesto más de una hora atrapado en la meditación que le llegó en lugar de la siesta perdida y la dispepsia habitual. No se acordaba del visitante asesino ni del futuro que prometía su impasible confesión. No recordaba para sí, para nadie, ni para un imposible bichicome que vagara o durmiera en la playa cercana.

Dudaba, desinteresado, de sus años. Brausen puede haberme hecho nacer en

Santa María con treinta o cuarenta años de pasado inexplicable, ignorado para siempre. Está obligado, por respeto a las grandes tradiciones que desea imitar, a irme matando, célula a célula, síntoma a síntoma.

Pero también tiene que seguir el monótono ejemplo de los innumerables demiurgos anteriores y ordenar vida y reproducción. Así que vinieron los desvanecidos adolescentes, sus noviazgos y apareamientos, los partos abrumadores que tuve que atender; y así vinieron las muchachas, sus adjetivos, sus perfiles, sus cabellos, sus duros senos y nalgas. Vinieron y están, siempre ausentes, risueñas o melancólicas.

(Aquel momento verdadero en que uno de los amantes, casi nunca la mujer porque se sabe, y es cierto, inmortal, celosamente repetida desde el principio y hacia el infinito. Aquel pasajero, rápidamente olvidado momento en que uno de los dos logra ver, sin propósito, con un adelgazado deseo de pedir perdón, excusarse, bajo la piel de la cara ajena, brillantada por el amor o el vino, a través de la piel de la cara que se quiere. Cuando uno de ellos tropieza con, traspasa sin desearlo la piel tan lastimosamente indefensa, tensa o blanda de la cara del otro. Y ve durante un segundo, adivina y mide la dureza y la audacia de los huesos, el candor de los pómulos, la fragilidad o el inútil grasoso atrevimiento del mentón. Cuando uno de los amantes sospecha —una chispa y el olvido— la calavera futura y ya puesta en el mundo, en su vida, del otro amante).

Ellas siempre lejanas e intocables, apartadas de mí por la disparidad de los treinta o cuarenta años que me impuso Juan María Brausen, maldita sea su alma que ojalá se abraza durante uno o dos pares de eternidades en el infierno adecuado que ya tiene pronto para él un Brausen más alto, un poco más verdadero.

### III

Augusto Goerdel había sido engendrado en la Colonia suiza o ya venía dentro del vientre de la madre durante el largo viaje de nuestra bamboleante *Flor de Mayo*. De todos modos, nació aquí, en la Colonia recién fundada. Si se puede llamar fundación a un reparto caprichoso y asimétrico de baúles, a demarcaciones con palos verdes, a una búsqueda metódica de bosta y tierra para hacer ladrillos.

La tierra era fácil; a veinte metros de la costa, atravesada y escarbada la arena, encontraban tierra rojiza y húmeda que extendían bajo el sol y el aire después de arrastrada hasta el misterio de lo que condenaban a colonia y asiento. Para el estiércol, distribuían durante el día patrullas de niños que ya sabían moverse indiferentes, alertados para relinchos y mugidos. Luego, el robo nocturno, las grandes bolsas oliendo a establo y abrigo. Más luego, en mañanas consagradas, los grandes



fuegos separados, la cocción lenta, el miedo a las repentinas lluvias y nieblas, el miedo al desmenuzamiento y la fragilidad.

Si se puede llamar fundación a un sufrimiento diario, que no podía ser medido por horas, para apilar los ladrillos, alzar paredes, enramar techos, hasta el descanso bestial del exhausto que cree tener casa y logra un domingo de paz y agradecimiento, arrodillado sobre la enorme, casi inmanejable biblia con tapas negras frente al tembloroso cerco de voces latinas dichas por un cura que salió de cualquier parte porque era imprescindible.

Y después, para Santa María y para mí el desconcierto. No se sabe, ni importa, cuántos meses o arias pasaron —ayudados, empujados sin piedad para ellos mismos ni para nadie— hasta que las rubias, severas ratas desembarcadas con menos esperanza que rabia suicida, fueran ricas y engordadas, dominaran la ciudad fundada por Nuestro Señor Brausen sin necesidad de mostrarlo. Tal vez les repugnara la evidencia. Eran oblicuos, eran indirectos, eran pudorosos.

Que el tiempo no existe por sí mismo es demostrable; es hijo del movimiento y si éste dejara de moverse no tendríamos tiempo ni desgaste ni principios ni finales. En literatura Tiempo se escribe siempre con mayúscula.

Nadie puede negar probables coincidencias en las visitas del entonces padre Bergner y del inevitable doctor Díaz Grey a la Colonia suiza. Uno estaba comprometiendo a Dios con un bautizo, con un casamiento de novios previamente endurecidos para el trípode de Orloff, príncipe o gran duque, artista fotográfico, o con un capricho de muerte, hijo de un viejo sofisma aceptado sin pelea, a veces también endurecido, otras en vísperas; el otro, Díaz Grey, entablillando una pierna rota o pinchando una hidropesía.

Repito que pudieron coincidir muchas veces y que, en alguna de ellas, por qué no, estuvieron juntos en la casa de los Goerdel.

Los veo saludándose con la corta efusión que corresponde a dos enemigos que hubieran preferido no serlo, con el respeto profundo y frío de los pares.

No importa qué recetó el médico para el resfrío de Augusto Goerdel, que tenía once años de edad en el tiempo de la coincidencia supuesta. Esto puede rastrearse, si importara, en los libros de Barthé, boticario, concejal y nuevamente boticario. Lo que importa es ignorar para siempre —y aquí hay una especie de felicidad— qué conversó, qué supo, qué dedujo el padre Bergner en la posible visita que, se nos antoja, fue crepuscular, lenta y tranquila. Porque, no debe olvidarse nunca, los padres de Bergner también llegaron en nuestra *Flor de Mayo* a la costa de Santa María, por voluntad de Brausen. Hermanado con los Goerdel por la semejanza de la historia, también por el lenguaje y, sobre todo, por el estilo en que lo hacían coloquial.

Muy importante porque las visitas del Padre se hicieron frecuentes y menos de un año después Augusto Goerdel pasó a Santa María para continuar estudiando en la catedral, con una beca muy pobre y exacta para los planes de Bergner.

Porque el Padre simuló estar fabricando un cura, sabiendo siempre que no era ése

el destino ni la utilidad de Augusto Goerdel; pensaba más lejos. Mucho más lejos que el Capítulo de la Iglesia, laicos y tonsurados, que se reunía y creía resolver, una vez por quincena, en la austeridad del refectorio alargado en su deliberada penumbra.

Bergner no pertenecía a la orden de los jesuitas; desconfiaba de ellos y los admiraba. Pero les había oído decir, y más de una vez: denos su hijo y se lo devolveremos con un título bajo el brazo.

Estudió calmoso a su falso futuro sacerdote. Si la inspiración, el proyecto, procedían realmente de Brausen y no eran trampas del demonio, el tiempo no contaba. Supo que el muchacho era inteligente, que había nacido implacable por la ambición y la necesidad germana del triunfo, de la revancha. Cualquiera fuese su destino, ahora, con Bergner o sin él, no volvería nunca a la miseria de su casa en la Colonia; no aceptaría ya el futuro previsible y campesino de criador de animales y destripaterrones.

Una resolución que Bergner fortalecía, hábil y distraído. Fue la suya, A. M. D. G., aunque rechazara con violencia las iniciales, una paciente tarea de refinamiento y corrupción. Del muchacho tosco, del estudiante y monaguillo, tenía que nacer su instrumento, su fanático servidor de la Iglesia.

Supo que el inmaduro Goerdel, caído en sus manos, era ambicioso, fino en la mentira y en sus cautas retracciones, duro tras la sonrisa infantil, sabedor por instinto de aquellos futuros, probables útiles, que debía adular sin exceso, indiferente, sin grosería con los que no valdría la pena cultivar.

Supo además y desde el principio que el instrumento y el fanático serían suyos mientras la Iglesia le permitiera medrar y crecer.

Sin palabras, por lo menos hasta la aproximación del adiós hipócrita, también supo Bergner que no se había equivocado, que su elección fue buena y que no pudo ser mejor. Lo fue confirmando en los días y en los años: Augusto Goerdel era lo más adecuado a su propósito entre todos los habitantes de Santa María y la Colonia; y la educación y la disciplina de la Iglesia, lo mejor para la paciente y resuelta voluntad de triunfo del niño, adolescente, adulto. Bergner creyó en la inspiración divina; Goerdel creyó en la oportunidad y la buena suerte.

Bergner persistió feliz hasta la separación, hasta su muerte. Pero mucho antes fue necesaria la gran farsa mutua.

O, mejor, el final de la farsa iniciada diez años antes por Bergner y sospechada, seguida implícitamente por el niño enfermo en el catre de su habitación en la casucha de la Colonia, que sabía llorar en silencio, boca arriba, descubriendo en el techo quinchado las arañas inmóviles del miedo y del misterio.

En el primer encuentro, el muchacho, solo o ayudado por su madre, acertó a enredar las manos en un rosario; mover los dedos con una desesperanza delicada que bordeaba con lejanía y desconsuelo la súplica nunca dicha.

Un par de años después, ya en el ala de la iglesia que habían bautizado Seminario aunque el único seminarista fuera Augusto Goerdel, Bergner sonrió entre las sombras

a una escena semejante y perfeccionada.

Desde la siempre pobre habitación del adolescente —que sólo disponía de estampas de santas y vírgenes varias para cumplir el rito del prólogo que le traería el sueño— se alargaba un pasillo de baldosas siempre frías hasta la escalera en caracol que se retorció bajando hacia el templo, las misas, las confesiones.

La segunda escena fue contemplada por un Bergner escondido y cauteloso, despertado en la madrugada por un ruido de puerta que abre y cierra. Un ruido deliberado, pensó sin aprensiones y curioso. Salió de su dormitorio, descalzo y lento como el ladrón que llegaría por la noche.

En el pasillo, siempre oloroso a humedad y ausencia, incrustado en el muro, apenas iluminado por una fosforescencia verdosa, protegido por la ayuda ambivalente de un vidrio, había un sangrante Jesucristo de cera clavado en la cruz. Bajo la luz de luciérnagas también podía leerse un poema de autor anónimo. Cuatro líneas sobre un papel ocre y ondulado:

*Tú que pasas miramé.  
Ay, hijo, qué mal me pagas.  
Cuenta si puedes mis llagas,  
la sangre que derramé.*

Y allí, en camisón y arrodillado, golpeándose el pecho para acompañar el llanto, Augusto Goerdel.

«Debe hacerlo todas las madrugadas», pensó Bergner; «sudoroso o helado, tenaz y puntual, apostando sobre la ley de probabilidades, seguro de que alguna vez tendré que verlo, sorprenderlo en su pieza de bravura y creer en él. Mi pobre idiota hipócrita, mi hermano».

#### IV

En la anunciada gran farsa mutua —pero no última— ambos mostraron una resolución indudable y reconocieron sin palabras la fortaleza propia y la ajena.

Dentro del pequeño cuarto del adolescente, invadido sin aviso y casi del todo ocupado por el cuerpo enorme de Bergner, la conversación hizo fintas sobre el tiempo, teología primaria, preguntas y respuestas impresas en el catecismo que leían los niños, hasta que Bergner fue separándose de la opacidad gris de la ventana y preguntó sin levantar la voz:

—Dios, Brausen. ¿Usted cree en él?

Goerdel lo contempló desconcertado y dijo dócil la mentira:

—Si no creyera en él no estaría aquí. Son, padre, cinco o seis años de estar aquí.

—Oh, sí —cabeceó Bergner—. Yo hubiera dado la misma respuesta si un imbécil me lo preguntara —introdujo una pausa, miró un tiempo corto la humedad apoyada en la ventana—. Pero —continuó después— ni usted ni yo somos imbéciles. Dígame lentamente si usted cree que los pecados de pensamiento y acción, lamentables y tibios, que ha practicado acumulándolos en esta celda hedionda bastan para que Brausen, sin juicio, lo mande al infierno, quemé sin plazo su alma inmortal. Supuesta alma inmortal, supuesto que usted tenga o padezca eso o algo aproximado.

El muchacho, tricota negra, sucios, rotos pantalones de vaquero, bajaba ahora los ojos para mirarse los pies en las sandalias. Aparte de las misas, siempre vestía así, musculoso contra el invierno, indiferente a los sudores de la estación del calor. Pero ahora, en aquel fin de la mañana, de la misa de once, débil y esperando el almuerzo, la vestimenta de Goerdel y el mismo Goerdel mostraban un harapiento desconsuelo.

Repuso con voz tímida y sorprendida, lenta, sin agresión:

—Usted debe saberlo mejor que yo, padre. Tendría que saberlo y juzgar, dar sentencia sin necesidad de preguntas y ayuda. Usted es mi confesor.

—Es verdad —sonrió el cura—. Durante cinco años. La trampa siempre estuvo abierta. Era tan simple. Deseaste a la mujer del prójimo, pero no lo mataste a él. Invocaste el nombre divino, en vano pero en broma. Respetaste con desprecio, desprecio creciente, a tu padre y a tu madre. Te ordené un castigo para cada tontería tuya, para cada mentira que susurraste en secreto de confesión. Y sabías tartamudear y palidecer. Durante cinco años yo te apremiaba para que lo dijeras todo. Para que me revelaras el fondo de tu cerebro. Las almas serán siempre desconocidas. A veces te desesperabas del otro lado de la cortina, otras, más ansioso, de improviso, en cualquier lugar de la iglesia donde yo me dejara acorralar. Tú y yo nos respetábamos, un poco solemnes. Tú y yo nos divertíamos con gravedad y nos ceñíamos (éramos dos caballeros) a las leyes del juego, que duró tal vez demasiado, que termina ahora —y repitió con lentitud—: Que termina ahora. En un mediodía de un marzo treintaiuno, según el calendario gregoriano.

—Perdón, padre —dijo el muchacho—. ¿Qué es lo que termina? ¿Y por qué hoy, ahora? Qué hice yo...

Bergner alzó una mano apacible y postergó su sonrisa. A pesar del hambre y el mal tiempo no había hostilidad entre el joven rubio, inquieto y ceñudo y el hombre maduro, casi viejo, con arrugas que no se formaron en su cara para mostrar los años. Mostraban, exhibían una voluntad que atravesaría, ahora y para siempre, el obligado y secreto escepticismo construido por la experiencia. Tantos años de ver y medir.

Midió otra vez y estuvo contemplando la cara juvenil, expectante; después miró la ventana ciega por la lluvia y dijo calmoso, como si dijera un sermón cuya interrupción era imposible.

—Estudiaste, Augusto. Hace una semana los curiales te dieron el título de bachiller y, según recuerdo, *cum laudem*. Ayer, la universidad laica y reformista

ratificó el título. Claro que ellos no tenían *laudem* para ofrecer o regalar. En cuanto a teología, tus notas son aceptables —volvió a mirar al muchacho, sonriendo apenas con los ojos—. Entonces llegó el momento, tan suplicado por ti, a veces de rodillas y con lágrimas, de continuar en el Seminario, si podemos llamar así a esto, de estudiar, prometer, atravesar las mentiras ineludibles, ponerte los hábitos y servir al Señor. Te contesté palmeándote, sin palabras, asintiendo tal vez con movimientos de cabeza. Fue así, ¿verdad?

—Fue así, padre.

Bergner levantó los años de su duro sillón de madera, contempló el crucifijo de marfil, pulido, muerto, sin clavos ni lanzasos, sin sufrimiento; deslizó los dedos por los lomos sombríos de la biblioteca, demoró mirando los títulos y volvió a sentarse lentamente, con una mueca dolorida.

Suspiró cansado y cruzó los dedos sobre el vientre. El muchacho no se había movido; con las manos achatadas sobre la mesa, dejaba que la negrura de la tricota trepara lenta y tenaz oscureciéndole la cara.

Bergner esperó los minutos que estaban determinados, minutos ni largos ni cortos, pero que tenían su vida marcada. Después dijo, más aburrido que cansado:

—Tú y yo jugamos a lo mismo durante años. Tú y yo nos respetamos, supimos fingir; cada uno aceptó en la relación, como verdadera, la actitud tramposa y siempre egoísta del otro. En resumen, tú y yo aceptamos mentir, aceptamos la mentira que amparaba el silencio. Pero ahora...

El muchacho alzó la cabeza, la cara inmóvil insertada en el anochecer pertinente.

—De acuerdo —dijo—, de acuerdo en todo. Ahora y aquí. Escucho y obedezco.

No lo dijo con ironía. Estaba resuelto a escuchar y decir. Esperó hasta que Bergner entornó los ojos para ver, inseguro, su propia alma, hasta que el padre cura se irguió blasfemando:

—Malditas sean sus almas. *Ora pro nobis*. ¿Es que tú creíste alguna vez que yo creía tus farsas? ¿Que no supiste desde el principio que yo simulaba creer en ellas... y creer en mis palabras de estímulo y confortación? Te conocí al verte y te elegí. Necesitaba cuatro años de tu vida y cuatro de la mía. Brausen me los dio, bendito sea su nombre. Te conozco ahora más que la madre que te echó al mundo. La madre que hoy te da vergüenza. Y está bien; porque si estás obligado a respetar padre y madre, primero está el deber de amar a Dios sobre todas las cosas.

—Es lo que hago —dijo el muchacho con una mueca de resignación, con débil, novedoso cinismo.

Bergner notó un prólogo de sarcasmo y su propio cansancio. Se abandonó entonces a la comedia y al patetismo. Golpeó con un índice endurecido el pecho del adolescente.

—Tú no naciste para servir al Señor dentro de la Iglesia. Tampoco te crié para eso. Te veo, te ambicioné siempre metido en el mundo, Santa María y la Colonia, no representando a Nuestro Dios sino introduciendo, fortificando la fe en el Señor. Sin

hábitos, claro, porque nunca quisiste, de verdad, llevarlos. Pero útil, con cualquier título, para servir a la Iglesia y con el apoyo de ella. Te quiero rico y triunfador en la vida terrena; te quiero hipócrita y sutil. Quiero que nos sirvas y te ofrezco servirte. Tendrás que ir a la Capital, con una beca que te salvará apenas del hambre y con apoyos de los que hablaremos después. Serán cinco o seis años de ausencia y vigilancia. Si fracasas, te dejaremos caer. También, en la inmensa sabiduría, los gorriones se mueren de frío.

Bergner recordó con vaguedad los cientos de veces que había dicho la última frase. Se acomodó en su silla rígida como un obrero al final de la jornada embrutecedora, admitió la sonrisa del muchacho como una aceptación sin reservas; luego, lentamente, mirando la ventana negra, habló calmoso de testamentarías, de hipotecas y compras, de los bienes de este mundo, de herencias y de cifras deslumbrantes. Nada dijo de diezmos porque consideraba apresurado e inoportuno el tema y porque lo estaban esperando en el Club.

Así quedó resuelta la fecha de partida de Augusto Goerdel y también su destino. Y fue el padre Bergner el primero en descubrir, luego de santiguarse, a la luz de los faroles de la plaza, que la cara del jinete de la estatua dedicada a Juan María Brausen había comenzado a insinuar rasgos vacunos.

Nadie lo notó, nadie me lo dijo. Tal vez los antiguos no vieron el cambio por la costumbre de mirar la cabeza casi todos los días; los nuevos, porque siempre la vieron así, sin mirarla. Acaso la pátina, la mala luz, las palomas, mis ojos gastados, acaso una broma torcida del diablo. Miraré mañana, en el sol.

La dureza del bronce no mostraba signo alguno de formación de cuernos; sólo una placidez de vaca solitaria y rumiante.

## V

Oí llegar al caballo en la madrugada y el silbido que siempre usaba Jorge Malabia para anunciarse. Lo dejé silbar y esperar, me acomodé en la cama para perseguir un sueño feliz, inalcanzable. Vino al rato otro sueño, inconexo y melancólico, poblado de muertos ya olvidados.

Posiblemente fue entre siete y ocho de la mañana que Díaz Grey aceptó estar despierto, exigió a la sirvienta la taza grande de café negro. Vio por la ventana el potrillo enjaezado con todo el platerío imaginable, vio a Jorge Malabia sentado en el pasto, sirviéndose mate con un termo. Lo encontró más pesado, más paciente y maduro, acaso engordado por la invernada.

El caballo venía guiado por una envejecida costumbre que compartió con o le impuso Marcos Bergner (perdido hace años en la niebla).

En tiempo remoto los nacionalistas, los estancieros, porfiaban en decir «haiga», en usar en invierno sombreros con el ala alzada y preferir ponchos a sobretodos. Era la patria aunque temblaran de frío y tuvieran en casa sobretodos traídos de Manchester o Londres.

En otro orden, decreciente, Jorge estaba aprendiendo a ser imbécil. Ahora tenía dos automóviles pero insistía en el uso del caballo semiárabe, en la evidencia del revólver, para transmitir las noticias que juzgaba importantes. Tal vez se sentía, así, más gaucho y nacional.

El cariño invariable, el debido respeto de anciano a joven, estuvo ahora, desde la ventana al pasto, invadido por recelo y desconfianza.

Lo miró un tiempo hasta salir lúcido del sueño. Vio al potrillo y sus platas; vio a Jorge matear sin pausa, vio la camisa de hachero canadiense. El pelo rubio y desteñido bajando hasta los hombros. En aquel año, recordó, el cabello largo era el símbolo, el santo y seña del machismo sanmariano, popular entre los dudosos.

Dos herencias, pensó, que servirán algún día para unirnos o separarnos. Angélica Inés, su mujer, dormía babeando en el piso de arriba. Jorge se estiraba en el suelo, desperezándose, henchido por la noticia que lo empujaba hacia mí, que lo obligaba a esperarme, entrar, poner para siempre en algún rincón del consultorio o de la sala, dentro de mí en todo caso.

Él, Jorge Malabia, había cambiado. Ya no sufría por cuñadas suicidas ni por poemas imposibles. Vigilaba caprichosamente *El Liberal*, compraba tierras y casas, vendía tierras y casas. Ahora era un hombre abandonado por los problemas metafísicos, por la necesidad de atrapar la belleza con un poema o un libro. Belleza tan eterna y definitiva como aplastar entre las manos una mariposa, una polilla, y observar durante un momento breve el resplandor que sigue al golpe y a la muerte.

Su cara y su vientre estaban engordando y nadie podría saber con qué destino, qué significarían dos o tres años después. Nadie apostaría sobre seguro respecto al futuro casi inmediato de Jorge Malabia.

Pero también yo me sentía cambiado. No sólo envejecido por los años que me había impuesto Brausen y que no pueden contarse por el paso de trescientos sesenta y cinco días. Comprendí desde hace tiempo que una de las formas de su condena incomprensible era haberme traído a su mundo con una edad invariable entre la ambición con tiempo limitado y la desesperanza. Exteriormente, siempre igual, con algunos retoques de canas, arrugas, achaques pasajeros para disimular su propósito.

También era otro: mi indiferencia inicial se había convertido en una falsa cordialidad, en labios siempre abiertos para la sonrisa, en una sonrisa desvergonzada y aplacadora que significaba: Brausen está en los cielos, el mundo es perfecto, usted y yo tenemos que ser felices.

Me creían; cuando no pude dar curas di consuelo. Pero mi cambio tenía otro aspecto. Supe que era más fácil y poderoso: escuchaba las confidencias siempre ayudando, absorbiendo, sonriente. Luego retrocedía para mostrar en una penumbra

preparada mi cara vacilante por la preocupación o el pensamiento. Yo sufría la enfermedad de mis enfermos. No se trataba de mi pericia de médico; por un tiempo cada órgano mío soportaba el dolor y los trastornos del órgano del visitante. (Hubo excepciones, claro; pero nadie se enteró).

Después, de pronto, volvía a colocar mi sonrisa blanca, mi felicidad, mi comprensión en la plenitud de la luz. Todo comprendido, todo curado. Hacía dos o tres preguntas, mostraba la dentadura a cada respuesta y escribía —en estudiados jeroglíficos— recetas para la farmacia de Barthé.

Todos éramos felices, excepto mi vanidad de hierro, cubierta desde el despertar hasta la madrugada, entreverada y distinta en los sueños, nunca mostrada, oculta hasta la muerte por mi simpatía y mi bondad.

Lo hice esperar —el caballito, abajo, inclinaba la cabeza buscando comida verdadera en el césped. Me afeité, me bañé, me vestí con cuidado como si no supiera quién era el visitante. El sol estaba alto. Le dije al monstruo de turno, disfrazada de *nurse*, que hiciera pasar a Jorge al consultorio. Allí había más luz que en la sala.

Escuché el golpe de las botas en los escalones y pedí en silencio que Angélica Inés no se despertara, que pasaran algunas horas antes del principio del limbo y purgatorio cotidiano, uno para ella, el segundo para mí.

Jorge entró, asombrosamente parecido al hombre descrito en la página anterior. La camiseta roja y gris de leñador, la barba descuidada con intención, las grandes botas, el ridículo enorme S. & W. moviéndose en la cadera, un deliberado acento de sudor que no me llegaba de sus axilas, sino de la totalidad de su cuerpo desafiante, perniabierto, impuesto.

Yo lo miraba calmoso desde el sillón. Sabía que el vacío de mis ojos, la quietud de mis manos apoyadas e inmóviles, yema contra yema, lo harían explotar. Así, eliminamos los saludos.

—La mató —gritó Jorge—. La mató a medianoche con un varón. Ella había pensado siempre en una hembra. La mató a medianoche y lo buscamos para matarlo pero ya se había escondido. Lo vamos a encontrar, doctor, le juro.

¿Y no veía —no se veía— su grotesco Abel muerto, resucitado por camaradas, conocidos del villorrio? ¿No pensaba en Dios y Caín?

Porque Caín estaba obligado a hacerlo, estaba obligado por un mandato no explícito pero ineludible.

Nunca quiso las ovejas de Abel, renunció a los instrumentos de labranza y se hizo cazador bajo la mirada sin reposo de Dios. Caín lo hizo.

Pero Brausen cumplió su propósito inexplicable para siempre y para nosotros, actuó como un caudillo político. Amparó a Caín ante el juez de instrucción, advirtió a la policía que cualquier castigo al homicidio acarrearía siete veces la repetición de justicia y venganza. Y colocó al matador un letrado de prevención e inmunidad.

Y en su cueva, a la hora del venado y del sueño, contemplaba el ojo triangular y verdoso que lo atisbaba sin pausa. Dos o tres semanas sin palabras: «Tú estabas



obligado a saber que lo haría, porque Tú mismo me elegiste, entre tan pocos; Tú querías que lo hiciera y lo hice. No sé por qué me ordenaste hacerlo. No me importa la inquietud que me juraste. Cazo y como porque Tú hiciste así a los hombres.

»Me miras, ojo y triángulo; me das sueño. Ahora llega la tiniebla, ahora estoy fatigado y ahíto. Voy a dormir. Mañana, tal vez, saques el ojo, convencido de que es inútil. Mañana, acaso, conversaremos. Tú me conoces de memoria; yo quiero verte».

Esperó semanas y meses en la cueva ahumada. Pero Nuestro Señor Brausen dejó pasar los siglos; la entrevista se hizo imposible porque los caminos de Brausen son insondables o porque deseó instalar el crimen en la raza que inventó, o porque quiso instalar para siempre la certidumbre de que el más fuerte triunfará durante siglos enfrentando al débil y apacible.

Mientras duró, el triángulo verde derrotaba el insomnio del fratricida, del cazador; ayudó a extinguir su cansancio, su memoria. Era feliz, tirado musculoso, contemplando la luz suave del ojo limpio que lo miraba, ahora insignificante, nunca amistoso pero ya lánguido, tal vez, también él, soñoliento.

## VI

—Sí —dijo Díaz Grey—. Era inevitable. Hace un par de meses vino él mismo, Goerdel, para anunciarme el crimen. Un crimen que había sido iniciado doscientos setenta días antes. Y no era posible impedirlo. No había sucedido aún; pero era imposible detenerlo. Sólo matándola a ella, reventando una bala en la cabeza de la víctima.

—Palabras —dijo el muchacho disfrazado y rígido, después de la incomprensión, la ira y el silencio—. El hijo de perra asesinó a Helga sabiendo lo que hacía. Lo vamos a buscar hasta encontrarlo.

Díaz Grey se contuvo. Contuvo su pose de médico bien vestido en la apertura de la consulta, recién afeitado, la corbata nueva, los limpios, largos dedos unidos para herir la mandíbula tersa.

Luego se abandonó a su acumulado odio por la estupidez. Alzó los ojos para medir la figura con camisa de Alaska, con botas altas, con un cinturón ancho donde colgaba el revólver. También midió la petulancia increída.

Y dijo con dulzura:

—Siempre odié a los hijos de puta que hoy persiguen a Goerdel, Augusto, creo. Siempre odié, desde la infancia, a los tristes tipos casi muertos de hambre, que hacen (vestidos de civil o de harapos), que hacen la venia a un cabo, un sargento, un oficial o mitad. Son los dos quienes necesitan, uno, para su hambre, sus imaginados hijos, sus pequeños vicios. El otro quiere un hombre que no haga preguntas: antes del tiro

ni después. Durante el cambio entre hijo de perra e hijo de puta no hay más promesa que una ración semanal de galletas, la barrica mensual de yerba. Además, claro, la paga miserable, el uniforme aguachento, comido en las rodillas y en las sobaqueras.

—No me interesa su historia policial. No nos interesa la policía. Lo vamos a encontrar hoy, donde esté escondido, y que se arregle en el infierno.

—El paraíso será un infierno común para nosotros. No busques pecados porque, en realidad, no existen. Ni siquiera nos dio Brausen oportunidad para inventarlos.

Hacía tiempo que Jorge Malabia había superado la edad de escuchar frases con ruidos bíblicos.

—Patricio —era el nombre del hermano de la mujer muerta— estuvo lejos, borracho todo el día y llorando.

—Y ustedes, el círculo de compañeros íntimos, aunque no lloraran, también borrachos por solidaridad.

—También. Somos amigos de Patricio. Y ese asesino judío pretendió meterse en el velatorio de su mujer para mostrar alguna lágrima. Y Patricio no pudo más y lo quiso matar.

—Pero ustedes lo sujetaron, ¿verdad?, Patricio había regresado de muy lejos, pero no de la borrachera, para despedir a su hermana y, de paso, vengarse. Pero su cuñado...

—Disparó. El sucio judío asesino.

—Goerdel es más ario, probablemente, que tú y yo. No debe haber un solo judío procedente de la Colonia. Arios, suizos, católicos, alemanes. Pero aquí, en Santa María, ninguna de esas palabras sirven para insultar. Entonces, el judío Goerdel.

—El hijo de perra asesino. Y alguien dijo que vino a refugiarse aquí de madrugada. ¿Es cierto?

Díaz Grey sintió que su agresividad crecía mientras Jorge se paseaba haciendo sonar el piso con las botas extranjeras y desproporcionadas. No era, pensó, envidia por los años que los separaban, porque el muchacho dispusiera de tiempo y él ya no. Le dolía que Jorge ofreciera su futuro a la nada, a ganar dinero sin esfuerzo ni propósito. Le dolía que el otro engordara, que se mezclara, tan inocente, con la estupidez y la mugre del porvenir que le ofrecía la ciudad.

—No —dijo—, no golpeó pidiéndome amparo. Pero, si lo hubiera hecho, estaría aquí, protegido hasta donde yo pudiera de matones imbéciles y fanfarrones. ¿Por qué no lo mataron cuando estaba preso en el velorio? Porque Patricio no sufría lo necesario, porque ya no estaba suficientemente borracho o estaba demasiado. Y ustedes sujetaron a Patricio por razones de decencia y dejaron escapar al judío asesino.

Jorge se había detenido frente al escritorio y buscaba mirar los ojos del médico.

—No —siguió Díaz Grey—, nunca tuviste un amor verdadero por el melodrama. Pero caíste gustoso en la facilidad de negarte por medio de farsas. Es lamentable; como diría tu pariente Bergner: que Brausen te perdone.

Con una mueca sonrisa implacable, Malabia dijo lento y despectivo:

—Pienso en mi juventud y lloro. Tal vez, cuando sea tan viejo como usted. Lástima que ya no podremos llorar juntos. Salvo que usted me pida viajar hasta los cipreses. Pero, en todo caso, será un llanto solitario.

—Es cierto —dijo Díaz Grey—. Será imposible, supongo. Pero todavía puedo ver la bufonada. Y, en caso de llorar, no lo haría por mí. No tengo a Goerdel en esta casa. Pero tengo muchos espejos altos para que te mires. Capricho de Angélica Inés, espejos de cuerpo entero. Ella, todos lo dicen, no sabe nada de nada. Pero entiende, o se entiende. No importa; por ahí, en cada habitación, vas a encontrar un espejo conveniente para tu disfraz. Desde las botas hasta la melena. Sin hablar de la camisa y el cómico revólver. Y si Patricio quiso matar a Goerdel, no fue a tiros, apuesto. Habrá sido con un gran cuchillo de monte hecho para descuartizar venados. Y ahora saldrán a perseguir al asesino con perros cimarrones o perros policías que les prestarán en el Destacamento.

»Pero si Goerdel no me pidió ayuda —continuó Díaz Grey—, la verdad es que me habló desde Colón, en la madrugada. Algo dijo de un avión. Puedo imaginar el recorrido. La voz. La voz no era cínica ni asustada. Sólo se estaba despidiendo.

Malabia se detuvo y comenzó a mirarlo como recordando, como si pudiera aislar dentro de los años, cada vez que había visto al médico. Y estos recuerdos se mantenían independientes, unidos apenas por el nombre.

—Una curiosidad —dijo Malabia—. Una curiosidad muy vieja. Ahora siento que se fue alargando, un proceso de acumulación, como dicen los prospectos de los remedios. ¿Quién es usted? Perdón; no me importa, no lo necesito porque puedo verlo y juzgar. Pero sí me interesa conocer su pasado, saber quién, qué era usted, doctor, antes de mezclarse con los habitantes de Santa María. Los fantasmas que inventó e impuso Juan María Brausen.

A Díaz Grey la cosa le pareció divertida y triste. Por lo menos, desmayaba tensión, cacería, la inesquivable imbecilidad de la gente que poblaba su mundo: la estupidez de los conformes, la estupidez de los que decían creer en la felicidad universal —o sanmariana— escribiendo en los periódicos clandestinos o hablando en las mesas de los cafés de la orilla.

Claro: había otra gente joven, respetable, que se dejaba matar en los bosques escasos por la sed, insectos ignorados, fiebres que parecían bajar del trópico lejano, de las selvas verdaderas de Amazonas y Orinoco, resueltas y certeras. A veces, para humillación mayor, terminaban muertos por las metralletas de los del Cuerpo de Pundonorosos que, supuestamente, cumplían órdenes de Juan María Brausen.

—¿Mi pasado? —dijo lento, caviloso, Díaz Grey.

## VII

Díaz Grey se levantó y trajo hasta el escritorio dos juegos de naipes y un sobre hinchado, de fotografías y cartas.

—Hay un pasado —dijo casi con asombro, como si no lo entendiera del todo.

Jorge Malabia dice o piensa: que es dulce o tiene para mí la dulzura del misterio, llamar aún la mujer sin cara a la que mostraban las fotos. Y como mujer sin cara fue dicha, con intención distinta, por el mismo Díaz Grey aquella vez, acaso la primera, en que aceptó hablar de ella, reconocer ante otro su existencia, con voz invariable, recitativa, una voz que para él mismo, también, tocaba el techo del misterio: que no refería al pasado y a su lejano dolor, ni al presente y su desconcierto, su perplejidad. Un Díaz Grey reumático, imaginó Malabia en un recuerdo falseado, de bata, zapatillas de lana, bufanda y boina, apoyando el hombro izquierdo en cualquier concierto de Bach, a su derecha la botella de ron, el jugo de limones, la gran jarra empañada de agua caliente.

Díaz Grey y la implacable supervivencia de sus ojos brillantes, de la casi totalmente desentendida expresión testimonial de su cara flaca, lisa y roída. Díaz Grey apenas móvil en el gran sillón de la enorme, absurda sala de la casa construida por Jeremías Petrus, tantos años antes, tantas veces apuntalada, mantenida en una farsa de salud por maestros y peones albañiles, nunca distinta de los caprichosos, difíciles planos originales dictados por las frías resoluciones y furia del mismo Petrus. El caserón sobre pilares que ahora era suyo por derecho de conquista inquerida. Díaz Grey diciendo, diciéndome:

—Dejé de verla cuando ella tenía tres años y conservo todas las fotografías que pude conseguir, casi desde su nacimiento hasta esa edad. Después, muy espaciados me llegaron otros retratos, otras caras que iban trepando bruscamente las edades, no se sabía hacia dónde, pero sí alejándose de lo que yo había visto y querido, de lo que me era posible recordar. Con permiso de Brausen, naturalmente. Y éstas, aquellas caras nuevas, me eran, a cada lerdá llegada del correo, a cada año, más incomprensibles, menos más, mucho más alejadas de algo que importaba, sin dudas, más que ella o que yo: mi amor a la niña de tres años. Sí. Las nuevas caras separadas de mi amor o de mi amor por el recuerdo y por el sufrimiento de este recuerdo. Con una regularidad cíclica sustituía los naipes de mis solitarios nocturnos; los solitarios con que atravesaba lentamente y no convencido la fatalidad del insomnio y los rumores familiares del amanecer. Claro, las fotografías boca abajo nunca fueron tantas como los naipes. Era, es, la única trampa que me permito. Era, es, siempre el llamado suave, irresistible de una necesidad viciosa. Más tarde vendrían las pastillas, a veces la jeringa, el sueño hasta mediodía. Pero, antes, era forzoso que cediera, que me echara hacia atrás en la silla, que pusiera el llavero sobre la mesa y lo acariciara con el índice hasta tocar la llave del cajón del escritorio. Sacaba el sobre de las fotos, apilaba las fotos, los naipes del nuevo solitario, y seguía mi juego, un juego que

siempre moría sin dejarme saber si había ganado o perdido. Luego desparramaba las fotos, ahora mirándome, las que eran mías y las que iban acelerando su huida. Aunque intemporal, aunque sabiéndome esclavo del sueño de un infeliz paranoico, respetaba la cronología. Cada retrato tiene en el dorso una fecha diminuta, hecha con mis números de miope. Los distribuía encima del escritorio, encima de los meses, a la izquierda, encima de los años al final y a la derecha. Desde la criatura de meses y pañales hasta la recién llegada. Y entonces, Jorge Malabia, yo jugaba el gran solitario; miraba las caras atento y calmoso para sufrir mejor, para que el juego valiera la pena: la cara, las caras, la evolución y el cambio, las pequeñas y vindicativas transformaciones. Encendía un cigarrillo, acercaba mis ojos, los alejaba, comprendía los cambios o trataba de entender.

A veces, horas, siempre inútiles. Pero el solitario con las fotos tenía sus leyes y yo las respetaba. Concluía amontonando las mías, las que no pasaban de los tres años de edad y luego me concentraba en las de la fuga, cumplida con saltos violentos. Ahora estaban los parecidos dudosos, el secreto, la impotencia, doce o veinte caras de mi desgracia. Creciendo y desafiándome, cuidadosamente colocadas en su orden de tiempo, las caras se iban ausentando veloces, casi sin gradaciones, exhibiendo la impudicia de sus cambios, alterando los óvalos de los rostros, las formas de los labios y los sentidos de las sonrisas, las líneas de perfiles, cuello y pómulos; cambiando incesantemente y egoístas el dibujo de los ojos que, sin embargo, continuaban atentos, grandes y separados. Hasta que supe, tanto duró el juego, que ella no era ella, que yo estaba viendo otra persona sin relación con el montoncito de fotografías coleccionadas durante los primeros tres años, lejos de aquí, en el otro mundo perdido.

»Y alguna noche que no será más triste que las otras, quemaré todas las fotos cuya edad pase los tres años. Si me decidí a pensarla mujer sin cara no fue porque ella se estuviera convirtiendo en una mujer distinta, año tras año, un remiso correo tras el otro. Lo hice porque no tuve fuerzas para tolerar que ella fuese una persona.

## VIII

En el principio, Goerdel usó un carricoche, un vehículo protegido por una capota negra de los caprichos histéricos del tiempo, arrastrado por un caballito bayo gordo y sin tusar. El conjunto se adecuaba a los designios del padre Bergner y a los caminos de tierra que se iban formando en la Colonia por el peso de carretas, bueyes, tálburis, camiones, hombres y mujeres que iban y regresaban matando el pasto con los pies.

No se puede calcular seriamente la duración de este primer tiempo en que Goerdel sintió el ridículo y los cambios de las estaciones dentro de su cochecito negro y del impuesto ropaje, también negro. Testamentos, hipotecas, compras y

ventas, préstamos con los intereses que fijaba el padre Bergner, con el dinero proporcionado por Bergner o el misterioso Capítulo que se reunía en la iglesia el segundo y cuarto lunes de cada mes.

Bastante después se supo que la tarea preferida por Goerdel eran los pleitos entre vecinos de la Colonia. Alambrados o cercas que avanzaban durante la noche, ganado que se alimentaba en campos ajenos, delgados arroyos que, forzados, buscaban rumbos diferentes.

En estos casos Goerdel se limitó a su porcentaje. Pero era mucho más feliz oyendo quejas y descargos, investigando, fatigándose en redactar papeles timbrados que siempre sostenían, ante el juez, la razón e inocencia del cliente que le pagaba, impuesto por el azar.

Para Goerdel los cansancios, las discusiones enrevesadas, la diplomacia sonriente, los medidos golpes en la espalda de sus clientes, los suspiros que confirmaban un desahucio se convirtieron en dinero, en miles de reales asombrosamente más numerosos que lo que pudo ambicionar en sus primeros recorridos de mercader o intermediario. Desde el primer triunfo entregó la ganancia total al padre Bergner pero nunca renunció, nunca aceptó conversar sobre el rígido cinco por ciento que estableció antes del primer viaje tortuoso entre granjas, rancheríos, ranchos que aspiraban a negocios, a ladrillo, adobe y luz eléctrica.

«Es mejor así», había dicho el padre Bergner, aprobando el carricoche torcido y el caballito infatigable y peludo. «Por ahora desconfían de los ricos; cuando tengan riqueza con sus vacas, sus leches, sus mantecas, vinos y quesos, empezarán a desconfiar de los pobres».

También dijo Bergner: «Yo sé que la Colonia es católica. Pero no hay que olvidar que cada familia trajo su Biblia y que allí anotan nacimientos, matrimonios y muertos. No hay que olvidar el peso físico, teutón, de los libracos. Y que prefieren el Antiguo Testamento a los Evangelios. No me preocupan los ateos, porque éstos volverán a nosotros con la desgracia, la inestabilidad o la vejez. Pero sospecho de las incursiones que están haciendo los herejes del Séptimo Día, los apareados Testigos de Jehová, los mormones, los coroneles del Ejército de Salvación. Toda esa recua persistente y mejor pagada que nosotros. Por ahora no sé que hayan caído judíos. Pero temo que el terreno elegido, la Colonia, pueda, a fuerza de paciencia, ser fértil para esos condenados. Por eso te necesito, y cada día más».

Goerdel cumplía defendiendo la Iglesia Católica Apostólica y Romana, sin necesidad de polémica, tan seguro y tranquilo como si mencionara los puntos lejanos en que nacería el sol mañana o se hundiría al final de la tarde.

Creía exageradamente los temores del padre Bergner; persistía tenaz en su cinco por ciento, en sus multiplicaciones.

De modo que Bergner llegó a pensar en un aliado inseguro, en un joven rubio, fuerte, buen mozo, que diariamente se perdía en los caminos de la Colonia, persiguiendo su cinco por ciento, rogando la fe en la verdadera Iglesia, en San Pedro

y sus sucesores.

Entonces Bergner comenzó a pensar de otra manera y se convenció de que un nuevo deber le había sido impuesto.

Era inteligente y astuto, sus opiniones continuaban siendo sagradas para muchos centenares de fieles, sabía apartar las mentiras de las confesiones no mostrando nunca, castigando sin burla con padrenuestros y avemarías cuyo número y prisa se adaptaran a los pecados que le murmuraban entrecortados, antes de dudas fingidas, antes del siempre romántico «padre, yo me acuso». Y, además, la edad no le impedía valorar o intuir las cualidades de las hembras arrodilladas al otro lado de la falsa cortina que separaba a Dios de los culpables que recitaban diariamente su arrepentimiento.

Por otra parte conocía, puede decirse, toda Santa María, toda la Colonia. Y las conversaciones con Goerdel lo ayudaban a enterarse de fortunas aumentadas o roídas, de otras que soportaban sin daño los impuestos a la herencia, los impuestos al uso inconsciente del aire, al derecho de caminar las calles.

Manejó, pues, cifras, bellezas, reputaciones; pudo actuar seguro y lento, arrimó a Goerdel a los Hauser —casa en Santa María, casas y tierras en la Colonia—, conspiró, dijo palabras definitivas que podían sonar como observaciones justas, objetivas y sin peso.

Cuando estuvo seguro de que había ganado no quiso apresurarse; continuó hablando y comentando, aludió, para los Hauser, a una guerra santa incruenta pero inexcusable contra enemigos vagos y poderosos. Juzgó gastada y antigua su sobrepelliz y encargó una nueva a la Capital, detallando sus gustos, poniendo un gramo de heterodoxia en el corte y el largo.

Meses después, el viernes anterior a la fiesta de Navidad, casó a Augusto Goerdel con Helga Hauser, cabeceando a cada yo juro que provocaba y oía. Ya entonces, testigo de la boda, Patricio Hauser odiaba a Augusto Goerdel.

## IX

No nos estaba permitido envejecer, deformarnos apenas, pero nadie impedía que los años pasaran, señalados con festejos, con el escándalo alegre y repugnante de la inmensa mayoría ruidosa de los que ignoraban —a veces podía creerse en un olvido— que los burócratas de Brausen los habían hecho nacer con una condena a muerte unida a cada partida de nacimiento.

De manera que arrancar hojas fechadas de las agendas que repartían generosos los laboratorios médicos no pasaba de una costumbre, más o menos simbólica que la de cortar fragmentos de los rollos de papel higiénico.

Esto debe, puede, intento explicar y convencer por qué nadie en Santa María supo con exactitud el año, el mes, el número correspondiente al regreso de Goerdel. Tampoco pudimos —ni podemos ahora— creer en ninguna respuesta convincente sobre su corta, innecesaria visita.

Lo habíamos olvidado; desprendimos con abulia y rutina muchas páginas de los calendarios desechando persistentes a San Silvestre y San Luciano. De pronto —San Maurilio— supimos que estaba entre nosotros, primero en el Plaza, después en cualquiera de las casas que eran suyas, junto a la playa, en Villa Petrus. En un lugar que pudo haber sido mío.

Vino, desmejorado, pálido, alto y erguido como siempre. El visto bueno de Brausen debió ser motivado por una causa secreta, por un plan que no pudimos comprender hasta que tuvimos nietos. Ni siquiera entender convencidos. Los caminos de Brausen siempre fueron misteriosos para nosotros.

Goerdel llegó y estuvo encerrado por una semana en el edificio blanqueado que el arzobispo coadjutor llama Iglesia o Seminario. Dependía del auditor de paso. Pero fue siempre iglesia para nosotros.

Hasta que un día lluvioso Bergner pidió un encuentro con Díaz Grey y conversaron sobre otros misterios comparables con el casi igualmente ineludible e infinito que reunía festejos y desgracias habituales.

El cura seguía ancho y alto pero se mostraba un poco disminuido y malhumorado.

Bergner dijo:

—Ni creo ni dejo de creer, poniendo de lado las penitencias de Goerdel, las confesiones y la cantidad de hostias que sigue tragando. Hace un tiempo quise preguntarle si usted notó que algunas veces, al atardecer, la cabeza del caballo de la estatua tiene rasgos más de vaca que de equino.

—Puede ser, nunca me fijé —dijo Díaz Grey.

Se asomó a la ventana del consultorio; pero desde allí sólo podía juzgar el anca húmeda de la bestia inferior.

—Pero el jinete. Sí, siempre le sospeché equívocos. En cuanto a la montura, creo que ciertas noches la cornamenta parece surgir; estoy seguro de verle los brotes con ayuda de un par de horas de contemplación. Pero no creo que valga la pena. Con perdón de usted, padre, creo que tendremos vida para divertirnos con el terremoto que se lleve al mismísimo infierno al matungo y al jinete ambiguo. Lástima que Santa María esté tan lejos de los Andes.

»Pero durante la inauguración y los discursos —siguió el médico— el caballo tiraba a vaca mansa y la figura de arriba tenía rasgos de potro, de bestia indomable. No volví a verlos con atención. Pero deben haber seguido el proceso. La vaca mansa y el jinete bigotudo. Pero no olvide que la vaca da leche pero también sabe cornear.

Díaz Grey abrió un libro sobre el escritorio y estuvo leyendo en voz alta:

—Y si vuelvo al jinete, padre, considero posible descubrir una cabeza de caballo, el hocico de un asno testarudo, la frente achatada de un perro dogo, el morro bestial



de un cerdo, el perfil estúpido de un buey. Como verá, anoche estuve leyendo a Ibsen. Para aplacar el insomnio.

—Un alma equivocada: pero grande —comentó distraído el cura.

Luego el Padre hizo con rapidez el signo de la cruz y quiso hablar de cosas más importantes, más inmediatas; aunque no quería mostrar prisa, la tuviera o no. Por lo menos hablaba como hundido en meditaciones solitarias.

—Augusto Goerdel, doctor. Como usted ya lo sabrá, puesto que vive en una ciudad donde sólo transcurren en secreto las buenas acciones, el contador Goerdel regresó a Santa María y estuvo durante una semana, o más, encerrado en mi Seminario. Dormía en la misma habitación que ocupó en sus años de estudiante. Casi puede decirse que, aparte de los ritos litúrgicos, estuvimos cara a cara siete días. Él se fue y habrá podido descansar en el hotel más lujoso de Colón. Patricio Hauser desapareció hace tiempo y Jorge Malabia tiene cosas mejores para pensar y hacer que recordar aquella venganza absurda. Por lo demás, esta gente, los sanmarianos, es débil para mantener pasiones. La misma curiosidad se les marchita en dos o tres meses. Por otra parte, Goerdel es rico, muy rico. Y en este mundo los muy ricos sólo sufren un escándalo inicial y breve. Fuegos artificiales.

—Perdón, padre. Hubo una madre de Goerdel. Yo mismo la vi, hace años, en la casa más pobre de la Colonia. Tablas y zinc y cartones.

—Sí. El hijo de Goerdel (siempre pensamos en el segundo), los dos hijos de Goerdel estudian en Alemania. Hace años Goerdel le regaló a su madre una buena casa en la Colonia. Ella nunca pisó Santa María. Y murió dos meses después de la mudanza.

—Debe hacer mucho tiempo. No recuerdo haber firmado el formulario. Así que nuestro amigo Augusto Goerdel no tiene herederos aquí. Y si lo exceptuamos a usted, tampoco tiene amigos.

—No es mi amigo —dijo seco Bergner—. Es mi hijo en Dios.

—Comprendo. Nunca supe que usted mintiera.

En una pausa tácita, en un silencio que se había hecho táctil por voluntad de ambos, estuvieron mirándose y apartando los ojos. Por fin perdió Díaz Grey y dijo:

—El señor escribano Augusto Goerdel.

—Sí, hay que volver a nuestras ovejas —sonrió apenas el cura; no parecía enfermo, seguro de sí mismo como siempre—. Claro, lo he consultado con otros. Con Nuestro Señor todas las noches. Pero me interesaba su opinión y no porque usted sea médico.

Díaz Grey asintió con la cabeza; Bergner quiso suprimir la pausa excesiva.

—Usted conocerá a los Insauberry. Un par de vagos más brutos que bota de potro, creyentes, irreprochables. Si las cosas se arreglaran con ejemplos, esta ciudad sería escuchada en el cielo y yo podría echarle candado al confesionario.

—Sí —dijo el médico—. Alguna vez los Insauberry me llamaron por cualquier tontería en los bronquios o el hígado. Ella o él. O todas las pestes que padecen los

chicos. Por suerte, nada grave. Creo, también, que tienen millones aquí, en la Colonia, en la Capital.

—Sí, leguas incalculables y muchas empresas. Pero continúan tan humildes y frugales como cuando eran pobres, cuando los casé. No son ricos; son, materialmente, poderosos. Pero atravesarán, sin dificultad, estoy seguro, el ojo de la aguja.

—Cable —dijo Díaz Grey—. No hay camellos.

—Sí; un pobre animal remoto leyó y escribió camello.

Luego el cura alzó una cara pura y torturada; tenía en los ojos la luz de la tarde y la mirada agorera de Díaz Grey.

—Y además de esa clase de bienes, tienen una hija de doce años, la menor de seis anteriores, todas hembras.

—Y ahora hablemos —continuó el cura— de lo que importa, del motivo de esta visita. Como usted sabe, Augusto volvió al Seminario hará unos diez días. En todo ese tiempo, sin que yo pueda jurar que fuese sincero o farsante, Augusto Goerdel me estuvo contando un sueño. Lo hizo tantas veces, entre lágrimas y rezos, que ahora, para mí, es casi exactamente como si yo lo hubiera soñado. Cierro los ojos y lo veo, tal vez lo adorne, tal vez lo mezcle con el recuerdo de alguna estampita religiosa. Durante años, poco después de morir Helga Hauser, Goerdel soñó cada noche que su esposa muerta, vestida de blanco hasta el suelo, le traía de la mano a la niña de los Insauberry y la empujaba apenas, para que se adelantara y fuese inconfundible. Diría que en el sueño, reiterado, crónico, la actitud de la difunta no era la de orden u oferta. Simplemente, mostraba a la niña, quería que el soñador no la olvidara.

—Bueno —dijo el médico, burlándose de su pensamiento pero respetando al cura—, ahora el amigo Goerdel quiere adoptar una niña de doce años. Es comprensible. Sólo tuvo hijos varones.

Bergner resopló, entre la ofensa y la furia.

—Discúlpeme, doctor. Pero sus bromas no me hacen gracia. Brausen tuvo razón cuando lo colocó en este mundo.

—Concedido, padre. Tampoco se equivocó con usted. Santa María lo necesita. Casi diría que esta ciudad no es concebible sin usted, ni usted sin la ciudad. Agrego, sin esfuerzo, la Colonia.

El cura cabeceó y logró conseguir una voz mansa y ecuánime.

—Una mala broma. Usted presentía la verdad desde mi primera referencia al sueño.

—Reiterativo, persistente y cumplidor. Yo no creo en Goerdel. Ni en sus sueños ni en sus vigilias. Es un mal bicho, respetando su opinión. Pero no sé qué opina usted.

—Un momento. Si yo no tuviera dudas no estaría aquí. Conocería mi camino y llegaría al final sin consultar a nadie más que Dios. Pero dudo. Hay momentos en que la desesperación de Goerdel me parece sincera. Me inspira lástima, piedad. Lo veo perseguido por ese sueño, lo siento condenado, creo que Helga le ruega, noche a

noche, la aceptación de la niña.

—Sí —canturreó el médico—. Llevo a ésta por esposa, por esposa y por mujer. En mi infancia escuché y repetí en coro la misma canción. No la entendía del todo, no me era posible comprender el sentido carnal de las palabras. Pero eran divertidas y emocionantes. Creo que Goerdel ya sabe de eso. Sin hablar de los millones, por supuesto. Usted, padre, tiene dudas y yo ninguna. De manera que no puedo ayudarlo. Confíe en Brausen. Algún día, y por sorpresa, lo iluminará. Nada de millones, claro. Pues su madre es una rosa y su padre es un clavel. Que curioso, ¿verdad? *C'est toujours la même chanson*. Pero, en fin, se trata de una fiesta o de una duda infantil. ¿Doce años me dijo que tenía la mocosa? Y no previendo la monstruosidad que la espera en cuanto sangre en el camisón, sirviendo té de agua y bizcochos a las muñequitas.

Bergner se levantó y se despidió apenas con un movimiento de cabeza. No hizo resonar ninguna de las puertas.

## X

Se arrastraron dos o tres meses de otoño apacible y ocre por las calles deshojadas de Santa María.

El médico, Díaz Grey, estuvo andando de una punta a otra de la ciudad, firmando recetas idénticas, diciendo gripe a los más jóvenes, influenza a los mayores. No mató a ninguno de sus enfermos, o ninguno, a pesar de las diferencias de edades, aceptó morir. Miramonte y Grimm mascaban su decepción; pero seguían saludando al médico respetuosos y cordiales, confiados en un porvenir próximo y alegre.

Para Díaz Grey, por lo menos, no fue un secreto que Nuestro Señor Brausen había accedido a dirigir su Luz sobre el padre Bergner. Tantos días, noches, de súplica y ruego, tantos sudorosos amaneceres con la difunta empujando la niña, quebrando al final el silencio para ordenar. Siempre vestida de blanco.

Tal vez Bergner necesitara un nuevo techo para la Iglesia-Seminario; o ambicionara traer de la Capital un órgano que no reprodujera intempestivo la respiración de un anciano asmático o los maullidos de diez gatos en celo. Aparte de Juan María Brausen, no actuó, estoy seguro, por deseos personales.

Cualquiera fuese la causa, todos los jueves Bergner y Augusto Goerdel visitaban durante un par de horas la casona de los Insauberry. Era siempre a las cinco, la hora del té; y mientras los adultos conversaban en la sala principal de cosechas futuras, de los azares del tiempo, de escándalos (apenas aludidos), de la calidad del bizcochuelo, María Cristina, la destinada, jugaba con muñecas en su dormitorio. Es posible que los cuatro mayores, aburridos, sin palabras, esperaran y creyesen atraer, por magia y

deseo, la primera menstruación de la niña feliz e ignorante, para hablar sin trabas de dinero, dote y de una luna de miel que, a fuerza de silencio, crecía en paisajes y aumentaba su quimera.

## XI

—Loco —dijo Jorge Malabia.

Es probable que por aquel tiempo hubiera renunciado a los poemas y sólo escribiese los editoriales de *El Liberal*, dictados de ultratumba por su padre, tímidamente adornados con frases populistas, casi demagógicas.

—Pero —siguió embelesado— no el loco que uno imagina. Usted tiene que entender eso, usted debe saberlo. No el loco amenazante, incoherente, que nos obliga a ponernos en guardia. Esto es otra cosa. Plácido y orgulloso, hablando con seguridad de agente viajero sobre negocios y precios. Subiendo pausado las ofertas para que el diario publique las que él llama pruebas de una injusticia que a nadie puede doler, después de tantos años. Con firmeza, tranquilo, convencido de que el único problema es el precio. Las pruebas de su locura y su astuta inmundicia. Le dije que no siete veces. Creo que lo convencí y, además, el hambre. Serían las tres cuando recogió las copias y se levantó. Hablaba todavía de justicia póstuma, aunque él sigue vivo, a la vez triste y despreocupado. Prometió verlo a usted, no quiere saber nada con mi tío Bergner, moribundo o sano. Es fácil de explicar; yo me reservaba, para el final, la sorpresa. Vive en Alemania, sí; pero en la parte comunista. Y es sacerdote católico, papista. Sigue teniendo hijos. Ya va por el tercero con la segunda mujer, la Bock. Tal vez una bula especial, tal vez ande disfrazado de cura. Anda con una gorra de origen desconocido, una gorra, estoy seguro, robada a un cadáver de guerra. Es de paño gris, con cuatro tiras de cuero. Lleva encima de la sotana de utilería un sacón forrado, con cuello y solapas de piel. Ahora ya no es Goerdel. Por humildad descendió a Johannes Schmidt. Junta los tacos al saludar y dobla el lomo cuando ofrece la mano. Pero continúa siendo el ensebado hijo de perra de siempre y ofrece sin desmayo la sonrisa bondadosa del misionero católico o la del comunista que reparte consignas como medallitas. Descubrió, no sé cómo, un libro de poemas muy malos que yo escribí y publiqué a los veinte años. También encontró una vieja y tartamuda edición chilena de Ernesto Borges. Ensayos. Mandó todo a su patrón en Berlín. Como es un caballero y se burla del sentimentalismo de nosotros, latinoamericanos, opinó que era su deber dejarme una copia de lo que engendró desafortunado en una de las máquinas de escribir de *El Liberal*. La traje para usted. No entiendo por qué habla de las proezas conyugales de Juan María Brausen. Todos sabemos que sigue en las nubes, manejándonos desde el cielo.

Éste es mi recuerdo, traducido, de las palabras excesivas de Malabia. Estábamos a mitad de la tarde, la llovizna y el desconsuelo hombreaban mis ventanas, el alcohol resultó inútil.

Entonces leí la carta enviada por Goerdel Schmidt a Berlín, demasiado larga para copiarla pero con algunos detalles curiosos:

Señor Director de la Biblioteca del Estado Alemán  
Berlín, República Democrática de Alemania

Distinguidísimo:

Hace tiempo que no he podido enviarle obras. Creo que una de las últimas obras que pude enviarle era una copia de *Sokrates* con la firma de su autor, monseñor Romano Guardini. Ahora envió a Usted una obra de Jorge Malabia con la dedicación del autor mismo a su Biblioteca, y también una obra de Ernesto Borges.

Sobre la personalidad de Malabia, me permito informarle de que es sofisticado, escéptico, nada amistoso. No invita a uno ni a un vaso de agua. Pero en todo esto diré que es casi el prototipo nacional del sanmariano, porque he estado muchos días en este lugar, y puedo decir honestamente que en los 49 países de 4 continentes que conozco desde la Segunda Guerra Mundial, no conozco otro país menos hospitalario que éste. La gente aquí es huraña. Y no creo que todo se deba a la situación interna política del país. Creo que esto es «personalidad nacional» ya cristalizada históricamente. Porque no es solamente de una clase. Es de todas.

De manera que después de conocer a Santa María personalmente, no vierto tantas lágrimas por este país como antes. Si quieren ser egoístas y adoptar la posición de que «nosotros somos mejor que Usted y todos los demás del mundo entero», pues que resuelvan sus propios problemas entonces, y que no pidan nada a los demás. Dicen claramente la motivación subjetiva de los revolucionarios: sexo y poder, destruir a los que están en el poder porque están en el poder, porque estéticamente son feos, injustos, ricos, etc. Pero esto obviamente no es idealismo puro, ni idealismo positivo, sino destructivo, negativo. ¿Si no quieren hacer una sociedad de amor, qué tipo de sociedad quieren hacer? Obviamente, lo que quieren es solamente el poder, para sentirse poderosos. Pura vanidad. Puro ejercicio del «machismo», la enfermedad *sui generis* de América Latina, todo sexualmente arraigado, y muy primitivo. Al nivel de las sociedades más primitivas de la selva.

Los estudiantes universitarios son un asco. Tienen envidia de la Primera Dama porque ella tiene 18 hijos.

Pero de presumirse, todos tratan de impresionar a uno con su importancia. Los médicos dicen que son tan buenos que fácilmente pueden irse a otros países...

todo lo que sea sanmariano es superior a los demás. Y ni siquiera existen en la América Latina. Dicen que se van a Australia y al Canadá y «se dan cuenta de que, como sanmarianos, son culturalmente superiores a sus vecinos».

Pues creo que este país, con toda su presunción, no necesita la ayuda de nadie. Yo me voy la semana próxima. No he hecho nada. ¿Qué se puede hacer en un país en que todos son genios?

Muchos saludos a todo su *staff*. Hasta pronto.

*Johannes Schmidt*, estudiante

El anochecer, siempre lento y engañoso cuando el mal tiempo, había empezado. Ordené encender las luces, usé el estetoscopio como una solemne maniobra de brujo, llené recetas de porvenir incierto, volví a mi sillón y a reflexionar sobre la pequeña parte del mundo que me era permitido creer comprensible.

Mis notas en Historia, cuando era estudiante y ambicioso, siempre fueron pobres. No por falta de inteligencia o atención; lo supe mucho después y sin necesidad de análisis. La falla estaba en que no era capaz de relacionar las fechas de batallas militares o políticas con mi visión de la historia que me enseñaban o intentaba comprender. Por ejemplo: desde Julio César a Bolívar todo era para mí una novela evidente pero irrealizable. Innumerables datos, a veces contradictorios, se me ofrecían en los libros y en las clases. Pero yo era tan libre y tan torpe como para construir con todo eso una fábula, nunca creída del todo, en la que héroes y sucesos se unían y separaban caprichosamente. Napoleón en los Andes, San Martín en Arcola.

Siempre sentía la reiteración: los héroes y los pueblos subían y bajaban. Y el resultado que me era posible afirmar, lo sé ahora, era un ciento o miles de Santas Marías, enormes en gente y territorio, o pequeñas y provinciales como esta que me había tocado en suerte. Los dominadores dominaban, los dominados obedecían. Siempre a la espera de la próxima revolución, que siempre sería la última.

No era el mejor ánimo para recibir, ya en la noche exclusiva, sanmariana, a Goerdel.

Creo que todo fue correcto; nos dimos la mano y nadie piensa en detalle qué hizo en las últimas horas la mano que estrecha.

Por lo menos, creo, ni él ni yo. Las manos actuaron siempre antes y en secreto.

No debe estar loco, pensé; obstinación, desprecio, una idea fija. El hombre parecía resuelto a cruzar como demente todas las murallas de los cuerdos; a violar, lúcido, todos los obstáculos que construyéramos nosotros, herederos de la locura del bienestar, del invariable ser en la pasividad.

Sentí el viejo miedo del encuentro en descampado.

Le ofrecí asiento y bebida. Eligió dejar en la alfombra el sombrero lloviznado.

Para usar palabras que no me gustan ni me sirven diré que el hombre estaba

pacífico, sin tiempo, expulsado con violencia de una duda que fue creciendo hasta depositarlo, otra vez, última vez, en la costa de Santa María.

Después de los saludos que nada significaban, gastados, marchitos, Goerdel desparramó sobre mi mesa las seis o diez fotocopias que había usado con Malabia.

No hubo prólogo, no miré las copias lustrosas; lo miré a él y estuve esperando. Nunca pude saber si estaba improvisando el infortunio o si recitaba un discurso sabido de memoria. Tal vez el mismo que fracasó en *El Liberal*, el mismo que estaba dispuesto a repetir en el oído de todos los sanmarianos excitados por el escándalo novedoso. Y, no a todos, porque Goerdel había planeado puntos de difusión respetables e infalibles. Creo que el pedido de publicar las cartas en el diario de Malabia no pasó nunca de un *bluff*.

Continué esperando y él dijo. Estaba casi calvo, aplastado con gomina el pelo rubio y blanco. Más alto y flaco, pensé, más cómodo y casi flotando en las ropas nuevas. Busqué diagnósticos, síndromes, seguro de no acertar. Lo veía más viejo y saludable, desenfrenado y tímido en vaivén, cuando el silencio, mi quietud, le impusieron hablar. Dijo solamente, como recurriendo a olvidos diversos, entreverado y calmo.

—Ahí están las cartas, doctor, por lo menos las fotografías indudables de las cartas que Helga recibió en los meses en que toda la ciudad, sus amigos, parientes, los enloquecidos por una verdad inexistente, se espoleaban para atribuirme un crimen. Que no era crimen, no podía serlo, aunque yo fuera, hubiese sido, el responsable.

La voz apagada se adhería al discurso autómatas que había traído, también para mí, la voz cómplice del crepúsculo que empezaba a devorar la luz de todos los días que nos repetía Brausen, Juan María, casi Junta para los ateos.

—Lea las cartas, ahora o mañana. Yo estaba lejos, en la Capital, y, después, en los cursillos católicos de Chile. Frei y Tómic. Las cartas, verá, son repugnantes. Pero las fechas no fallan, son exactas. Usted es médico y comprende. Yo no estaba en Santa María cuando la concepción de la hija asesina. Ni siquiera en el caso de una sietemesina adiestrada.

Lo desconcertante era que el hombre hablaba sin ironía, sin sonrisa. Ni tristeza, siquiera. Continuaba erguido y en calma, convirtiendo la butaca de cuero en un duro sillón de fraile.

Y después comprendí que no había regresado sólo para luchar contra la calumnia o la injusticia. Quería hablar de sí mismo, quería explicarse, quería cubrir con desinteresado cinismo un tiempo de su pasado, la anécdota de una mujer muerta, años atrás, no por él sino por una niña, voluntad insondable de Brausen. No mencionó el pecado —la palabra, para mí, no tenía sentido; tal vez tampoco para él, ahora.

De modo que hablé de Goerdel, sin pasión, siempre recitativo y monocorde.

—Desde los once o doce años estuve resuelto a triunfar. La fecha del principio es vaga, reconozco, pero debe coincidir, mes más o menos, con la primera polución en

sueños. Si usted fuera tan inteligente como yo comprendería que aquella voluntad de triunfo nada tenía que ver con lo que llamamos éxito, avaricia a medias, lucro, dinero. Mucho dinero en mi caso. Lo que obsesionaba al niño, a mí, era una necesidad de escapar de la miseria y del olor a vacas de la Colonia recién hecha. La Colonia estaba construida según un plan, edilicio, si me permito, aprobado por los mayores. Ellos eran barbudos y conversaban, después del trabajo, la comida escasa, casi siempre ensalada de rábanos, creo, y después del chocolate. Muy espeso; no sé cómo lo tenían. Tal vez lo trajeron en el barco o los barcos, tal vez lo compraran o robaran, justamente en esta tierra donde sólo un loco hubiera pensado sembrar cacao. Pero eran felices mirando la cucharita inmóvil clavada en el corazón de la taza. Siempre tazas mayores que las comunes. Habíamos llegado juntos, habíamos, todos, salido del mismo lugar. Pero yo los escuchaba sin entenderlos, sólo podía ver sonrisas cortas o ceños que durarían mañana, un día entero. El ruido dominado de las voces. Venían los silencios pero yo no comprendía; apenas veía bocas oscuras y dientes hundidos en la pelambre de las barbas que trepaban del rubio para detenerse mucho antes de los bigotes que ennegrecían la distancia y la dulzura del tiempo sanmariano. Como usted escucha, doctor, estoy usando el mismo lenguaje que le sirve a usted para mentir. Sin ofensa. Todos mentimos, aun antes de las palabras. Por ejemplo: yo le digo mentiras y usted miente escuchándolas. Pero siempre queda algo de los primeros, más viejos recuerdos, que se conserva a prueba de todo intento de olvido, invulnerable, sin probabilidad tampoco de ser desgastado por ninguna de las deliberadas tentativas de recordar que todos hacemos, sin propósito, con frecuencia variable. Y fue así, permítame explicar. Todos los imbéciles que pisan Santa María y la Colonia quisieron saber (a veces francamente, cuando encienden la pipa y fingen interés en los colores del crepúsculo; otras veces fumando habanos falsos en el Plaza o en el Club). Todos preguntaron, directos o tortuosos, por mi recuerdo envejecido, primero o último que yo había traído de Europa. Fíjese: mentí siempre. Hablé de gente huyendo por las carreteras, traté de regalarles pueblos incendiados, olores, columnas de humo. Engañé también al padre Bergner. Él sólo escuchaba y movía la cabeza en una aceptación que me parecía incomprensiva, sin pedirme pausas para rezar en latín.

»Pero mi recuerdo verdadero y, ya lo sé, eterno, nada tiene que ver con la bestialidad de la guerra. De aquélla y de cualquier otra.

»Volví ahora a Santa María para infamar y sentirme absuelto. Un capricho, si usted quiere. Pero a veces lo que llamamos capricho es el resultado de años de vergüenza, de sufrir silencioso.

La voz del visitante continuaba monótona, sin baches ni colinas, sin indicios de que pudiera detenerse antes de terminar la conferencia sabida de memoria.

Díaz Grey escuchaba, casi inmóvil, tratando por hábito de reunir los síntomas y opinar en silencio. No podía decir que Goerdel estuviera loco, no podía aceptar una farsa tan perfecta. Dijo:

—Perdón. Usted vive en Europa.



—Alemania.

—Usted vive en Alemania y pienso que morirá allí. No comprendo que después de tantos años (ya tendrá algún hijo haciendo de cadete en Prusia), que pasados tantos años vuelva a este remedo de ciudad para repartir infamia y buscar absoluciones de un delito fantástico.

—La Academia Militar ya no está en Prusia.

—Perdón. Pero en una Alemania u otra habrá academias para enseñar artes de matar a cualquier chica mayor de quince años.

—Comprendo. Es difícil, le resulta extraño. Tal vez, un poco más; anormal, absurdo. Pero mi respuesta es: orgullo. Tal vez quiera vengarme. Pero esto vale poco, no es mi móvil. Sólo quiero probar que el niño no pudo ser mío. Yo no maté a Helga. Nada tuve que ver con el embarazo y el parto. Es el orgullo de probar, tantos años después, que soy o fui inocente. Mi orgullo es más fuerte que todo el que puedan reunir estos pobres diablos. Y quiero probarlo, se lo estoy probando, con estas fotografías de cartas. Compare las fechas. Un cornudo frío, muy nórdico, a Dios gracias, y cada día más si usted quiere, pero nunca un asesino. Entienda: se trata de una fantasía, del apellido Goerdel que pronto será olvidado, y para siempre, por los palurdos que ensucian lo que persisten en llamar ciudad y sólo es un poblado del siglo dieciséis, y por los que tal vez sigan destripando terrones en la Colonia que ya no es ni suiza ni alemana. Estaré menos de una semana en el hotel y después el olvido, el adiós para siempre que por otra parte no tiene importancia. Pero le pido que lea las cartas y las haga conocer.

—¿El hotel es el Plaza?

—Posible. Pero no recibiré a nadie y no pienso atender el teléfono.

Se puso de pie enseguida, alisó innecesariamente sus ropas y antes de golpear taco con taco, dijo, la cabeza erguida, casi mirando el techo, enflaqueciendo cada palabra:

—No sé el nombre ni me importa. Pero debieran entristecerse todos los varones y enojarse porque se hizo vileza en el poblado.

## XII

Jorge Malabia estuvo repentinamente de buen humor. El mío continuó invariado, adulto y sereno y sólo cambió, muchos meses después, cuando mi hija llegó a Santa María y traté de reunirlos sin un propósito determinado, sólo por la curiosidad, casi científica, de verlos, en lo que me fuera posible, reaccionar. Acaso ésta no sea otra historia.

Malabia llegaba al empezar las noches y yo renunciaba a mi ajedrez, a mis

solitarios, y a Bach. Pero nunca renunciaba al rito de ir al dormitorio de Angélica Inés, insinuarle un espejo alto y oírle reírse de felicidad cuando miraba su cuerpo más flaco que desnudo. Mi manera de ayudarla era múltiple. A veces le decía entusiasta que jamás vio el mundo puta semejante; otras, me mostraba entristecido, no demasiado, por mostrarse lujuriosa, perdida en la impudicia. Acaso nunca llegara a entenderme. Pero siempre se aplastaba los huesos de los brazos contra las costillas, para reír o para llorar. Siempre terminaba feliz, resbalando hasta alguno de sus misteriosos sueños enredados que alguna vez recordaba, o volvía a soñarlo mientras me sujetaba temblando para que yo la escuchara.

Repito que gracias al resucitado Jorge, irónico y casi alegre, pasamos varias madrugadas con una botella de J. B. y la dicha inseparable de todo paraíso de tontos.

Así que poco a poco, con fingidas impacencias, llegamos a creer que todas las cartas fotografiadas habían sido escritas por un hombre; que siempre —los ejemplares eran ocho— las había escrito el mismo hombre;

que en seis de las cartas se aludía o se insistía sobre el nacimiento de un niño;

que en una de las cartas se había escrito, sin vergüenza, «fruto de nuestro amor»;

que las dedicatorias variaban de «Helga querida» a «mi amor o divina o adorada»;

que «ya nada podrá separarnos» era abundante;

que las fechas coincidían, sin exactitud indudable, con la gestación y nacimiento de la niña;

que todas estaban firmadas por una *H* en caracteres de imprenta;

que el dibujante de las cartas había preferido tinta negra o azul oscuro y la había desparramado con una mano asombrosa por lo firme y manteniendo márgenes de amplitud invariable;

que no disponiendo de otro papel que el demasiado brillante usado por el fotógrafo, nos era imposible determinar la verdadera antigüedad de las cartas.

Descubrimos también —y acaso fue éste el único pobre orgullo que nos dejaron las madrugadas— que todas las cartas habían sido redactadas con un estilo idéntico: se iniciaban cursis y platónicas, se mantenían así durante dos párrafos y luego caían, se revolcaban en una enfurecida enumeración anatómica y en el recuerdo minucioso de las más curiosas maneras del acoplamiento. Aquello no era sólo pornografía copiada de los libritos catalanes que acompañaron las pocas horas solitarias que pudimos conseguir en la pubertad: se respiraba la grosería propuesta, el odio, la voluntad de ofender.

Hasta que una noche, luego de preguntar a la redacción de *El Liberal*, próxima la hora del cierre, si habían llegado noticias sobre los palestinos o la muerte de uno de los Kennedy, Jorge Malabia optó por ser obvio, una de las tantas formas del error ofrecidas a los hombres.

—Toda esta mugre no equivale a una ausencia. Una sola carta escrita por ella.

Aunque sólo fuera un billete. Un «te ama tu».

—Sí. Como diría Goerdel, que los muertos entierren a sus muertos. Y que los hijos de perra se conserven fieles a su destino. Y también está escrito, creo, que el que mata se condena a la difamación y la mentira.

Era ya de mañana cuando dejamos de jugar al ajedrez. Me levanté para entreabrir las ventanas y silenciar el andante de Bach.

1973

# El perro tendrá su día

*Para mi Maestro, Enrico Cicogna*

El capataz, descubierto por respeto, le fue pasando mano a mano los pedazos de carne sangrienta al hombre de la galera y la levita. Al fin de la tarde y en silencio. El hombre de la levita hizo un círculo con los brazos encima de la perrera y se alzó en seguida la ráfaga oscura de los cuatro doberman, casi flacos, huesos y tendones, y la ciega ansiedad de los hocicos, los dientes innumerables.

El hombre de la levita estuvo un rato viéndolos comer, tragar, mirándolos después pedir más carne.

—Bueno —le dijo al capataz—, lo que le ordené. Toda el agua que quieran pero nada de comida. Hoy es jueves. Los suelta el sábado a esta hora más o menos, cuando caiga el sol. Y que todo el mundo se vaya a dormir. El sábado, sordos aunque oigan desde los galpones.

—Patrón —asintió el capataz.

Ahora, el hombre de la levita le pasó al otro, billetes color carne sin escucharle las palabras agradecidas. Bajó hacia la frente la galera gris y dijo mirando a los perros. Los cuatro doberman estaban separados por tejidos de alambre; los cuatro doberman eran machos.

—Subo a la casa dentro de media hora. Que tengan listo el coche. Voy a la capital. Asuntos. No sé cuántos días estaré allá. Y no olvides. Hay que cambiarle toda la ropa, después. Quema los documentos. La plata es tuya y todo lo que te guste, anillos, gemelos, reloj. Pero no uses nada hasta que hayan pasado meses. Yo te diré cuándo. El dinero es tuyo —reiteró—. A los cajetillas nunca les faltan. Y las manos; no te olvides de las manos.

Entonces era bajo y fuerte, vestido con bordados grises, cinturón ancho pesado de esterlinas, poncho oscuro y una corbata negra cuyo color le fue impuesto a los trece años y ya había olvidado por qué y por quién. El facón de plata, a veces, por alarde o adorno y el sombrero con el ala hacia atrás. Sus ojos, como los bigotes, tenían el color del alambre nuevo y la misma rigidez.

Miraba sin verdadero odio ni dolor, invariable para los demás como si estuviera seguro de que la vida, la suya, acumularía rutinas plácidas hasta el final. Pero estaba

mintiendo. Apoyado en la chimenea veía mintiendo la habitación, las butacas de seda y dorado donde nunca aceptó sentarse, los muebles de patas retorcidas, con puertas de vidrio, llenos de servicios para té, café y chocolate que tal vez nunca hubieran sido usados. La enorme pajarera con su temeroso estruendo, las curvas del sillón confidente, las bajas mesitas frágiles sin destino conocido. Las gruesas cortinas vinosas suprimían el tranquilo atardecer; sólo existía el bricabrac asfixiante.

—Me voy para Buenos Aires —repitió el hombre, como todos los viernes con su voz lenta y grave—. El buque sale a las diez. Negocios, la estafa que me quieren hacer con tus campos del norte.

Miraba los dulces, las láminas de jamón, los pequeños quesos triangulares, la mujer manejando la tetera: joven, rubia, siempre pálida, equivocada ahora sobre su futuro inmediato.

Miraba al niño de seis años nervioso y enmudecido, más blanco que su madre, siempre vestido por ella con ropas femeninas, excesivas en terciopelos y encajes. No dijo nada porque todo había sido dicho mucho tiempo atrás. La repugnancia de la mujer, el odio creciente del hombre, nacidos en la misma extravagante noche de bodas en que fue engendrado el niño-niña que se apoyaba ahora boquiabierto en el muslo de su madre mientras enroscaba con dedos inquietos los gruesos bucles amarillos que caían hasta el cuello, hasta el collar de pequeñas medallas benditas.

El milord era negro y lustroso y brillaba siempre como recién barnizado; tenía dos enormes faroles que muchos años después se disputaría la gente rica de Santa María para adornar portales con una bombita eléctrica en lugar de velas. Lo arrastraba un tordillo hecho de plata o estaño. Y el coche no lo había hecho Daglio; fue traído desde Inglaterra.

A veces medía con envidia y casi con odio el ímpetu, la juventud ciega de la bestia; otras, imaginaba contagiarse de su salud, de su ignorancia del futuro.

Pero tampoco aquel viernes —y menos que nunca aquel viernes— fue a Buenos Aires. Ni siquiera, en realidad, estuvo en Santa María; porque al llegar al principio de Enduro hizo que el tordillo joven que tiraba del birlocho torciera hacia la izquierda y lo arrastrara, haciendo volar terrones por el camino de barro seco que llevaba, atravesando paisajes de pasto quemado y algunos árboles solitarios y siempre distantes, hacia la playa sucia que muchos años después, convertida en balneario, poblada de chalets y comercios, llevaría su nombre, ayudaría en parte ínfima a cumplir su ambición.

Más adelante, en una extensión exagerada, el caballo trotó flanqueado por la mansedumbre de los trigales, de las granjas que parecían desiertas, blanqueando tímidas, hundidas en el calor creciente de la tarde.

Dejó el coche frente al rancho más grande del rancherío y, sin contestar saludos, alargó diez billetes al hombre oscuro que había salido a recibirlo. Pagaba el pienso de la bestia, el alojamiento en el corral, el secreto, el silencio que ambos sabían mentira.

Después caminó hasta la casita nueva y encalada, rodeada de yuyos, casi apoyada

en un pino recto y gigantesco, plantado por nadie medio siglo atrás.

Por costumbre, imperioso y displicente, golpeó tres veces la puerta frágil con el mango del rebenque. Tal vez también esto formara parte implícita del rito: la mujer silenciosa, acaso ausente, demorándose. El hombre no volvió a llamar. Esperaba inmóvil, bebiendo en el jadeo esta primera cuota del sufrimiento semanal que ella, Josephine, le servía obediente y generosa.

Sumisa, la muchacha abrió la puerta, escondiendo el hastío y el asco, que había sido lástima, se desprendió la bata, la dejó caer al suelo y volvió desnuda a la cama.

Un viernes lejano, inquieta porque temía a otro hombre, había consultado el relojito: supo así que la operación completa duraba dos horas. Él se quitó el saco, lo unió al rebenque y al sombrero y fue colocando todo, ya tembloroso, sobre una silla. Luego se acercó y, como siempre, empezó por los pies de la muchacha, sollozando con su voz ronca, pidiendo perdón con bramidos incomprensibles por una culpa viejísima y sin remisión, mientras la baba caía mojando las uñas pintadas de rojo.

Casi en la totalidad de tres días la muchacha lo tuvo de espaldas, enrollando cigarrillos, silencioso, vaciando sin prisa ni borrachera los porrones de ginebra, levantándose para ir al baño o para acercarse rabioso y dócil al suplicio de la cama.

Traída por las semillas envueltas en blancos cabellos de seda, volando apoyada sobre el capricho del aire, la noticia llegó a Santa María, a Enduro, a la casita blanca próxima a la costa. Cuando el hombre la recibió —el cuidador del tordillo se animó a rascar la puerta y dio las nuevas desviando los ojos, la boina estrangulada en las grandes manos oscuras— comprendió que, increíblemente, la mujer desnuda y prisionera en la cama ya lo sabía.

De pie, afuera, inclinado sobre el murmullo servil y en decadencia, el dueño de los bigotes acerados, del milord, del caballito de plata, de más de la mitad de las tierras del pueblo, habló lentamente y habló demasiado:

—Ladrones de fruta. Para ellos tengo los mejores perros, los más asesinos de los perros. No atacan. Defienden. —Miró un instante el cielo impasible, sin sonrisa ni tristeza; sacó más billetes del cinto—. Pero yo no sé nada, no lo olvide. Yo estoy en Buenos Aires.

Era mediodía del domingo; pero el hombre no dejó la casita hasta la mañana del lunes. Ahora el caballito se sujetaba al trote, sin necesidad de ser dirigido, rítmico, volviendo a la querencia con un algo de animal mecánico, de juguete de feria.

—Un milico —pensó despreocupado el hombre cuando vio, apoyado en la pared, cerca del gran portón negro de hierro, con el ostentoso entrevero doble de una jota con una pe, a un policía joven y aburrido, con un uniforme que había sido azul y de un desaparecido más corpulento y alto.

—El primer milico —pensó el hombre casi sonriendo y llenándose, lentamente de un entusiasmo, de un principio de diversión.

—Perdone señor —dijo el uniforme, cada vez más joven y tímido a medida que se acercaba, casi un niño al final—. Me dijo el comisario Medina que le pidiera de

darse una vuelta por el Destacamento. A voluntad de usted.

—Otro milico —murmuró el hombre, enredado en el vaho y el olor del caballo—. Pero usted no tiene la culpa. Dígale a Medina que estoy en mi casa. Todo el día. Si quiere verme.

Sacudió apenas las riendas y el animal lo arrastró jubiloso, más allá del jardín y la arboleda, hasta la media luna de tierra seca donde estaban las cocheras.

Cabizbajos y diestros, ninguno de los hombres que se acercaron para recibirlo y desensillar habló de la noche del sábado ni de la madrugada del domingo.

Petrus no sonreía porque había descargado la burla desde años atrás, y tal vez para siempre, a los bigotes de viruta de acero. Recordaba impreciso su aproximación a la cincuentena; sabía todo lo que le faltaba hacer o intentar en aquel extraño lugar del mundo que aún no figuraba en los mapas; consideraba que no enfrentaría nunca un obstáculo más terco y viscoso que la estupidez y la incomprensión de los demás, de todas las otras con que estaría obligado a tropezar.

Y así, por la tarde, cuando el bochorno comenzaba a ceder bajo los árboles, llegó Medina, el comisario, intemporal, pesado e indolente, manejando el primer coche modelo T que logró vender Henry Ford en 1907.

El capataz lo saludó haciendo una venia demasiado lenta y exagerada. Medina lo midió con una sonrisa burlona y le dijo suavemente:

—Te espero a las siete en el Destacamento, Petrus o no Petrus. Te conviene ir. Te juro que no te va a convenir si me obligas a mandarte buscar.

El hombre dejó caer el brazo y aceptó moviendo la cabeza. No estaba intimidado.

—El patrón dijo que si usted venía él estaba en la casa.

Medina taconeó sobre la tierra reseca y subió la escalera de granito, excesivamente larga y ancha. «Un palacio; el gringo cree vivir en un palacio aquí, en Santa María».

Todas las puertas estaban cerradas al calor. Medina golpeó las manos como advertencia y se introdujo en la gran sala de las vitrinas, los abanicos y las flores. Con un traje distinto al de la mañana pero tan cuidado como si se hubiera vestido para un paseo inminente, ensombrerado, fumando en el único asiento que parecía capaz de soportar el peso de un hombre, Jeremías Petrus dejó en la alfombra el libro que estaba leyendo y alzó dos dedos como saludo y bienvenida.

—Siéntese, comisario.

—Gracias. La última vez que nos vimos yo me llamaba Medina.

—Pero hoy resolví ascenderlo. Ya sé lo que lo trajo.

Medina miró dudoso la profusión de butaquitas doradas.

—Siéntese en cualquiera —insistió Petrus—. Si la rompe me hace un favor. Y ante todo, ¿qué tomamos? Estoy pasado de ginebra.

—No vine a tomar.

—Ni tampoco a contarme que en horas de servicio nada de alcohol. Hace meses que no me llegan botellas de Francia. Algún milico estará tomándose mi Moet

Chandon en rueda de chinas. Pero tengo un bitter Campari que me parece justo para esta hora.

Movió una campanilla y vino el mucamo que estaba escuchando detrás de una cortina. Joven, moreno, el pelo aplastado y grasiento. Medina lo conocía como carne de reformatorio, como mensajero de putas clandestinas —¿y qué mujer no lo es?—, como ladrón en descuidos. Recordó, buscándole sin triunfo los ojos, la frase ya clásica y deformada: «Te conozco, Mirabelles». Era cómico verlo con la chaqueta blanca y la corbata de smoking. «Se trajo de Europa juegos de muebles, una esposa, una puta, un cochecito y un potrillo. Pero no consiguió un sirviente exportable; tuvo que buscarlo en el basural de Santa María».

Habían desfilado recuerdos de cosechas perdidas, de cosechas asombrosas, de subidas y caídas de precios de vacunos; habían sido barajados veranos e inviernos lejanos, gastados por el tiempo hasta ser irreales, cuando la botella anunció que sólo quedaban dos vasos del líquido rojo, suave como un agua dulce. Ninguno de los dos hombres había cambiado, ninguno revelaba la burla ni el dominio.

—La señora y el chico fueron a Santa María. Tal vez sigan más lejos. Nunca se sabe. Quiero decir que nunca se sabe con las mujeres —dijo Petrus.

—Le pido perdón, no le pregunté por la salud de la señora —dijo Medina.

—No tiene importancia. Usted no es médico, usted vino porque mis perros se comieron a un ladrón de gallinas.

—Perdón, don Jeremías. Vine a molestarlo por dos cosas. Nos llevamos al difunto disfrazado. Sus peones le embarraron la cara y las manos, lo vistieron con la ropa del capataz, le robaron lo que tenía. Anillos; bastó mirarle las marcas en los dedos. Bastó lavarlo para saber que vino limpio y bañado. Se olvidaron del perfume, tan fino y marica como el que usa su señora, Madame. Una trampa torpe hecha por la peonada. Con esto me basta porque ya le conozco el nombre. Es muy posible que usted no sepa quién era y es posible que lo ubique cuando yo quiera decírselo o cuando vea, si quiere molestarse, el expediente en el Destacamento. Los perros le comieron la garganta, las manos, la mitad de la cara. Pero el difunto no vino a robar gallinas. Vino de Buenos Aires y usted no fue a Buenos Aires el viernes.

Una pausa mordida por los dos, un miedo compartido.

Petrus olía un peligro pero ningún temor. Sus peones habían sido torpes y también él por haber confiado en ellos y en la farsa grotesca.

—Medina o comisario. Yo me fui a Buenos Aires el viernes. Casi todos los viernes voy. Pagué mucho dinero para que todos lo juren.

—Y todos juraron, don Jeremías. Nadie lo estafó, ni siquiera en un peso. Juraron por el miedo, por la Biblia y por las cenizas de sus putas madres. Aunque no todos eran huérfanos. Pero, sin adular, yo sentí que juraban comprometidos con otra cosa, con algo más que el dinero.

—Gracias —dijo Petrus sin mover la cabeza, con una línea burlona empujando los duros bigotes—. Historia terminada, sumario cerrado, yo estaba en Buenos Aires.



—Sumario cerrado porque el muerto estaba dentro de su casa, su tierra, su bendita propiedad privada. Y el asesinato no lo hizo usted. Lo hicieron los perros. Probé, don Jeremías. Pero sus perros se niegan a declarar.

—Doberman —asintió Petrus—. Raza inteligente. Muy refinados. No hablan con los perros policía.

—Gracias. Tal vez no sea por desprecio. Simple discreción. Otra vez: asunto archivado. Pero algunas cosas deben quedar claras. Usted no estaba por aquí la noche del sábado. Usted no estaba, tampoco, en Buenos Aires. Usted no estuvo, no vivió, no fue, de viernes a lunes. Curioso. Una historia sobre un fantasma desaparecido. Eso no lo escribió nadie, nunca, y nadie me lo contó.

Entonces Jeremías Petrus abandonó el asiento y quedó de pie, inmóvil, mirando con fijeza la cara de Medina, el látigo inútil colgando de su antebrazo.

—Tuve paciencia —dijo lentamente, como si hablara a solas, como si murmurara frente al espejo ampliatorio que usaba para afeitarse por las mañanas—. Todo esto me aburre, me entorpece, me mata el tiempo. Quiero, tengo que hacer tantas cosas que tal vez no puedan caber en la vida de un hombre. Porque en esta tarea estoy solo. —Se interrumpió por minutos en la gran sala poblada de cosas, objetos, nacidos e impuestos de y por la nunca derrotada historia femenina, su voz había sonado, levemente, como plegaria y confesión. Ahora se hizo fría, regresó a la estupidez cotidiana para preguntar sin curiosidad, sin insulto—: ¿Cuánto?

Medina rió suavemente, matizó su pobre alegría al ambiente de insoportables vitrinas, japonerías, abanicos, dorados, mariposas muertas y sujetas.

—¿Dinero? Nada para mí. Si quiere liquidar la hipoteca es cosa ajena, don Jeremías. Es del Banco o de nadie. Me queda el catre del Destacamento. —Hecho— dijo Petrus. —Como quiera. En pago quiero decirle algo que lo molestará tal vez al principio, desde esta noche o mañana, digamos...

—A usted nunca le gustó perder el tiempo. A mí tampoco. Tal vez por eso lo aguanté tantos años. Tal vez por eso lo escucho ahora. Hable.

—Usted manda. Creí que un poco de prólogo, entre dos caballeros que tienen las manos limpias... El caso es que Mamuasel Josefina no quiso decir ni escuchar palabra. Perdón, dijo algo así, y una sola vez, como «Se petígarsón». Un poco lloró. Después desparramó libras arriba de la cama. Están todavía en el Destacamento, junto al sumario, esperando al juez que fue a una cuadrera y tal vez se dé una vuelta por aquí, de paso.

—Es justo —dijo Petrus—. Que la hayan escuchado, no importa. Las libras, un poco menos de ciento treinta y siete, tampoco importan y no tienen relación con el asunto.

—Otra vez perdón —dijo Medina tratando de endulzar la voz—, menos de la mitad de cien.

—Entiendo, siempre hay gastos.

—Claro. Y sobre todo en los viajes. Porque Mamuasel estuvo consultando desde

el teléfono del ferrocarril. Usted lo conoce al pobre Masiota y sabe cómo trata el pobre Masiota a todas las mujeres, siempre que no sea la suya, claro, como todos sabemos y basta mirarle el ojo izquierdo los lunes después de la borrachera conyugal del sábado. A todas las mujeres menos a la que soporta y a la que tuvo la suerte de encontrarlo semidespierto esta mañana de lunes en la estación, cuando usted reapareció. Le bastó una moneda, una sonrisa, un mesié le chef, para que el tipo le regalara todas las líneas telefónicas, todos los vagones de bolsas y vacas que esperaban en el desvío, todos los infinitos rieles que no sé adónde van, los de la izquierda y los de la derecha.

—¿Y? —dijo Petrus interrumpiendo y apurando con un talerazo en sus botas.

—Demoraba porque hablé de caballeros. Disculpe. Ya sé que no nos gusta perder el tiempo. Ahí va: Mamuasel debe haber agotado las pilas de nuestro jefe de estación. Pero en una o dos horas consiguió lo que quería. Tren, hotel, barco para Europa. Lo supe hace unos minutos, nunca falta un borracho o un vago en los bancos de la estación.

Petrus había estado mordiendo la plata del mango del talero, meditativo, privado de las ganas de golpear, mientras Medina, no seguro ni en descuido, resbalaba el pulgar por el gatillo en la cintura. Sin previo acuerdo los dientes y el pulgar, lentos, prolongaron la pausa; tanto, que no sirvió para esta historia. Al fin habló Petrus; usaba una voz despaciosa y ronca, una voz de mujer acosada por la menopausia. Tenía el orgullo de no preguntar.

—Josephine sabía el nombre. Conocía el nombre del ladrón de gallinas y, estoy seguro, mucho más. No veo otra razón para irse.

—Puede ser, don Jeremías —silabeó Medina atento a la verticalidad del rebenque—. ¿Por qué se habría ido?

Hacía tanto tiempo que Petrus no reía que su boca abierta y negra empezó con un mugido largo y se fue apagando como un ternero perdido.

—¿Para qué explicar, comisario? Todas las mujeres son unas putas. Peor que nosotros. Mejor dicho, yeguas. Y ni siquiera verdaderas putas. He conocido algunas, ante las cuales me parecía correcto sacarme el sombrero. Eran damas, eran señoras. Pero las de ahora no pasan de putitas, pobres putitas.

—Cierto, don Jeremías —recoló ante el recuerdo lejano de la señora Petrus ofreciéndole té y tartas en aquella misma habitación—. Casi todas. Pobres, que no nacieron para otra cosa. Usted pelea para hacer un astillero. Contra todo el mundo. Yo peleo, los sábados para dormir borracho, a veces para enterarme de quién era el dueño de las ovejas robadas. También necesito tiempo para pintar. Pintar el río, pintarlos a ustedes.

—Le compré dos cuadros —dijo Petrus—. Dos o tres.

—Es cierto, don Jeremías; y los pagó bien. Pero no están en esta sala. Están en el galpón de los peones. Eso no importa. Usted tenía razón en lo que estaba diciendo. Ellas no tienen ni un gramo de cerebro para ser algo más que lo que usted dijo.

El rebenque cayó entre las piernas, después al suelo, y Petrus, sentándose, invitó:  
—¿Y si nos tomáramos otra, comisario?

Al salir Medina vio que una de las bestias dormía una siesta larga, protegida del sol.

1976

# Presencia

A Luis Rosales

Había pasado días con el dinero sucio que me habían hecho llegar por la venta impuesta del diario. Para mí ya no había ni habría Santa María reconstruida ni *El Liberal*. Todo estaba muerto, incinerado y perdido sobre el río, sobre la nada. Comía con los amigos, me emborrachaba con ellos, me aislaba días en mi piso. Siempre el sucio dinero en el bolsillo, sin que nunca disminuyera, sin que nunca gastara una sucia peseta de él. A veces pasaba hambre o pereza de moverme para comer; a veces dejaba pasar las horas, desde el ajeteo sin sentido de las madrugadas hasta la noche, tirado en mi cama, repitiendo mi nombre sílaba a sílaba, mirando el retrato de María José que pasaba regular de un bolsillo a la mesa de noche y regresaba por las mañanas. Sólo en los insomnios me permitía saber que no era feliz y extrañaba. En mi planisferio veinte centímetros separaban Santa María de Madrid.

A veces recibía *Presencia*, un fascículo impreso en una multcopista siempre pobremente entintada. Me llegaba desde los lugares más ilógicos del mundo y yo imaginaba al desconocido grupo de sanmarianos turnándose para redactarlo y repartirlo. Siempre malas noticias. La tiranía del general Cot era salvaje y se necesitaba vocación de martirio para hacer aquella tarea. Y yo estaba obligado a gastar dinero de la expropiación en María José, y sólo en ella.

El hombre no es pequeño, sino que fue empequeñecido por la vida, que todavía le respeta una calavera excesiva, un brillo grasiento en la frente, el destello fijo de la ansiedad en los ojos turbios. Algo de araña en las manos peludas que deposita como cosas sobre el escritorio, que cierra para fingir resolución, para hacerme saber que permanece vivo todavía y a pesar de los castigos del pasado que le imagino, a pesar del retroceso persistente de la esperanza. Pregunta y reflexiona, perforando sin gran convicción la astucia, la estafa y la añeja costumbre de mentir y adornar. No sonrío, se inclina, me mira y desvía los ojos. Luego dice, tanteando:

—Con cinco mil puedo ir organizando. Esas cosas son siempre difíciles. Ahora tengo desocupado al agente que me conviene. Pero no puedo mantenerlo inútil, en

reserva. Necesito cinco mil al contado. Después veremos.

Pensé que aquél era exactamente el compañero de disparate, de juego, que yo había deseado. Volví a mirar el aviso recortado de un periódico que le había traído: *Detective privado - A. Tubor - Castilla Vieja, 30 - Madrid y España - Reserva.*

Conté los billetes mientras le dejaba ver mi sonrisa de creencia, de pequeño entusiasmo. Dejó caer el dinero sobre la madera e hizo retroceder las manos mientras arrugaba el ceño. Ambos sospechábamos. De pronto dijo con voz de amenaza:

—Tengo que llenar una ficha.

Cuando fue hasta el fichero —y no había en la fría habitación de principios de primavera más que el mueble vertical, el escritorio y dos sillas—, descubrí que había acertado, que el hombre tenía las piernas muy cortas y débiles. Vino con una carpeta naranja y volvió a sentarse, manoteando en el bolsillo para buscar el último bolígrafo. Escribió la fecha en una cartulina y preguntó inclinado:

—¿Nombre?

—¿El mío o el de ella?

—Las fichas y las carpetas llevan siempre el nombre del cliente. El cliente es usted.

—Malabia, Jorge Malabia —le dije.

Agregué mi dirección, mi teléfono; inventé una casa para María José: Sancho Dávila, 37.

—¿Qué pide?

—Todo. Quiero que la sigan, que me digan qué hace, con quién anda. También trabaja. En una biblioteca pública. En Fernández de Oviedo. No recuerdo el número. Pero es la única que hay en esa calle. En la guía debe figurar.

—Si puede describirla. Y una foto.

Le entregué la fotografía sin tristeza, con un sentimiento absurdo y parcial de liberación.

—Tiene la altura de mi boca —y me puse de pie—. No es totalmente rubia, ponga pelo castaño. Los ojos, no sé; tal vez sean verdes. Pero no siempre. Cuando tenga algo llámeme por teléfono.

Me fui y los billetes seguían sobre la mesa. Yo le había dicho: María José Lemos, y el nombre seguía pareciendo tan justo, tan ella, como una parte de su cuerpo, como su piel. El nombre la envolvía y la delataba.

El hombre que se hacía llamar Tubor, detective privado, bajó a la tasca de la esquina y pidió una botella de vino Rioja. El de atrás del mostrador no lo miró ni pareció verlo: Tubor vaciló y luego puso mil pesetas en la humedad sucia que los separaba.

—Y se cobra todo lo atrasado —dijo.

Sentado a una mesa comenzó a beber, un primer trago para la angustia, el resto para el placer, iniciando así tres días de borrachera. Cuando pudo dormir y despertarse en su cuartucho, se mojó la cara y la nuca en la gran palangana floreada.

Después revisó los bolsillos y salió, caminando en el aire fresco de una mañana hasta la iglesia de San Blas. Compró una vela gruesa en la santería de enfrente, propiedad del cura, y cruzó el atrio, entró en la sombra, yendo derecho hacia la izquierda, hacia la virgen que nunca le había fallado.

Era una virgencita pequeña, mal tallada en madera, con grandes ojos; tan pobre, tan escuálida, que estaba obligada a cumplir milagros para hacerse perdonar y Tubor se aprovechaba. De rodillas rezó muchos avemarías tratando de concentrarse, tratando de multiplicar su fe. Tantas veces había dicho: en Dios no creo, pero sí en la Santísima Virgen.

Enfriado y aburrido esperó en las sombras en el sucio ventanuco frente a una botella de vino. Ahora tenía una media docena en el mueble archivador. Esperó la noche y el silencio del edificio. Luego bajó dos pisos y recorrió el pasillo buscando al guardián nocturno de Westinghouse Inc.

—La máquina —dijo.

El otro se acarició la cara áspera y pidió:

—Cinco duros. Ahora son cinco duros. Estuve pensando y es un compromiso que me puede salir más caro.

—Cinco —dijo el hombre, y le alargó las monedas.

Ahora tenía una máquina de escribir eléctrica, último modelo en los avisos de los diarios.

INFORME 3/2/78-859:

Luego de muchos intentos logré localizar e identificar a M. J. L., la cual parece llevar una existencia normal entre su casa, su trabajo y algunas amigas, cuyos nombres se me han escapado hasta la fecha, y, en mi opinión, este detalle, que agregó para mejor comprensión, carece de importancia. Viajando en un autobús 12 hasta Cristo Rey...

Así, pagando mil pesetas diarias, tuve a María José fuera de la cárcel sanmariana; la pude ver recorriendo calles con amigas, bajar hasta la rambla —con niebla y sol marchito, con los botes de los pescadores, los más frágiles del club de remo—, no del todo feliz, porque no estaba conmigo preguntándose qué intrusión de la vida impedía que yo le escribiera o imaginando mi última carta de mesurado optimismo que hacía resbalar entre líneas la promesa del reencuentro.

La veía ágil y burlona, rejuvenecida, casi niña por las mentiras tenaces que yo le había escrito. La veía libre, perfilada y veloz atravesando los paisajes que habíamos caminado, los descansos sombríos que buscábamos sin palabras para besarnos y palparnos. Y también la veía andar con sus piernas largas y las gotas de llovizna en la cara yendo, ignorante, hacia la esquina en que nos encontramos por primera vez.

Esta felicidad reiterada duró veinte días. Tubor me llamó por teléfono y me citó en una cafetería a dos cuadras de su oficina. Estaba sentado frente a un vaso de vino y yo no quise tomar nada. Lo notaba nervioso, excitado por la revelación próxima, sus ojos sórdidos me miraban con una mezcla repugnante de cariño y temor.

—No eran cosas para mandarle por correo. Usted me recomendó una misión y yo siempre cumplo. Sin ganancias, le puedo decir. Casi es más lo que me cuesta el agente y los gastos que lo que yo le estoy cobrando. Pero una palabra es una palabra.

Vació el vaso y pidió otro con una seña. Yo esperaba su historia como un nuevo regalo, iba acomodando un hueco para recibirla y estrujarla. Bebió un trago y encendió un cigarrillo.

—Montera y Bécquer —dijo—. ¿Le dice algo?

—No. Rara vez ando por esos lados de Madrid.

—Bueno. Será el único. Allí, del lado de Bécquer, hay una casa de citas. La mejor o la más cara del barrio. Allí, no se altere, la vieron entrar el lunes siete, diecisiete y quince de la tarde. Y, claro, no iba sola.

Desconcertado, entontecido, balbucí:

—Pero si ella trabaja en la biblioteca hasta las seis.

—Haga el favor. Mujeres. Como si no fueran a encontrar un pretexto. Perdone, pero nacieron para eso. Para inventar pretextos, quiero decir.

—¿Pudieron ver al hombre? —pregunté.

—No la primera vez. Fue como un relámpago. Pero después sí. La espera todas las tardes a la salida de la biblioteca. En un Seat verde, cuatro mil veintidós eme. Es un tipo alto, más viejo que usted, algo canoso. Muy bien vestido, eso sí.

Le pedí que averiguaran dónde iban ahora, si el hombre tenía un piso para llevarla, y le adelanté dinero para una semana más.

Era aquél el primer día de la primavera creíble. Y entonces comenzó el suplicio. Compré una botella de whisky y subí a mi casa, devolviendo la sonrisa del portero, equivocándome con los botones del ascensor. Cerré todas las ventanas, me desnudé sin mirarme el sexo y me tendí en la cama: desconecté el timbre y el teléfono. Así, bebiendo y fumando, sin esfuerzo, fui viendo a María José salir de la biblioteca de Santa María y trepar al coche. No se besaron, apenas cambiaron una sonrisa turbia para prolongar las escenas inminentes en el pequeño chalet de Villa Petrus que el hombre, sin cara, fuerte, incansable, había alquilado o tal vez fuera suyo. Era un chalet de estilo suizo, con tejas rojas, tan cerrado al mundo como estaba entonces mi dormitorio. Acaso prolongaran con caricias la espera de la gran cama. Acaso se voltearan de inmediato, abrazados. En todo caso, María José no se dejaba desvestir. Como cuando estuvo conmigo, era ella misma, de pie, la que se iba quitando las ropas, sonriendo torcida al hombre, midiendo y gozando la excitación, la impaciencia. La casita estaba cerca del río bullicioso y las ventanas dejaban entrar ahora listas de sol en descenso. Yo sabía que la ventana daba al oeste porque el chalet donde estaban ellos era ahora idéntico al de mis citas con ella. Y de pronto empezó la serie de imágenes, todo lo que se puede hacer rodeados por paredes, todo lo que habíamos hecho nosotros, tanteando, explorando, persiguiendo, con lo que creíamos

inventar la felicidad del otro. Pero lo que había sido limpio, sagrado, era ahora grotesco y bestial. Y ellos descubrían uniones imposibles, ayuntamientos sin sentido: el hombre canoso cada vez más voraz; ella, María José, cada vez más animal y abierta, sus enormes muslos —desproporcionados para su cuerpo de muchacha— mostrando casi las entrañas, pidiendo, suplicando, haciendo soeces las palabras de amor que me había gritado tantas veces. En el pasado; ya nunca más.

Cuando terminé de vomitar pude acabar la noche caminando con torpeza por las calles escasas de gente, donde cada coche, cada semáforo, cada paseante, era útil para distraerme, para darme algo fugaz de diversión y de olvido.

Así pasó abril, y yo como avergonzado al sentir que mi tristeza, perdiendo filo en el roce con los días, iba disminuyendo. Después de la feria de Sevilla, donde me aburrí y cansé tanto, donde sentí haber sido engañado por amigos y carteles, regresé a Madrid y estuve llamando por teléfono a Tubor tantas veces que aprendí su número de memoria. Cuando, una semana después, el teléfono dejó de sonar, fui hasta la oficina de Castilla Vieja y la encontré vacía. Nadie pudo informarme acerca del nuevo destino del detective privado. No calculé cuántas pesetas me había costado la farsa y volví a mi vida de pereza y sonambulismo.

Pero a principios de mayo, Tubor me llamó y dijo:

—Anduve como loco telefoneando y nunca lo pude encontrar. Ahora tengo algo grande, muy grande de veras. Me mudé de oficina porque aquello era una chabola. Me daba hasta vergüenza recibir clientes y amigos. Ando con mucha prisa. Lo espero en la internacional de Barajas mañana a las cinco. Por la tarde, sí, en la cafetería. Pero tiene que traerse otras cinco mil, que casi las llevo del todo gastadas. Hacía tiempo que no me tropezaba con un asunto tan difícil. No se olvide; si me falla todo se acabó.

Me costó bastante encontrarlo, distinguirlo entre la muchedumbre, el arroyo antipático de los que llegaban después del paso por la aduana y mi diminuto cariño por los que esperaban el destino, la voz de los megáfonos tartamudos. Era la misma cabeza repugnante y castigada, afeitada, limpia. Las ropas no tenían relación con Tubor: eran nuevas, demasiado; la camisa blanquísima hacía destacar una corbata negro y plata. Había descuidado los zapatos, con poco brillo, algo torcidos. Sobre la mesa había una maleta pequeña, castaña, cuadrada, con iniciales doradas. Parecía una caja.

Nos dimos la mano en silencio y yo le pasé el cilindro de los billetes. Apenas hablamos porque su avión estaba por salir. No me dijo adónde iba y a mí no me importaba. Sólo recuerdo algunas frases y el ir y venir de las manos peludas del hombre.

—Le parecerá imposible pero es verdad. Todo comprobado. La papeleta más difícil que me hayan dado en la vida. Se hizo humo, se hizo perdiz. No volvió a la biblioteca; en la casa no saben nada de la muchacha. Como se dice: se la tragó el aire.

—La fotografía —le dije suavemente.

—Claro —sacó una cartera flamante, buscó y puso cuidadoso sobre la mesa la



foto, ahora envuelta en celofán.

El hombre miraba a un lado y otro, como si su avión pudiera andar por allí y escaparse. Me levanté sin saludarlo y salí a buscar un taxi.

Poco después, el verano había caído rabioso sobre Madrid. Tres meses de infierno, repetía la gente. Un día, en el reparto de la tarde, me llegó un ejemplar de *Presencia* con sellos de Suiza. Lo miré sin entusiasmo, lo desdoblé y vi en un recuadro:

María José Lemos, estudiante, detenida en la isla de Latorre desde el golpe militar, fue apresada por efectivos de la Guardia Nacional el 5 de abril, fecha en la cual abandonaba el penal y recuperaba la libertad. Desde entonces se encuentra desaparecida, sin que ninguna autoridad militar ni policial se responsabilice de su paradero.

1978

## Los amigos

Desde que la vio salir con la madre de la iglesia catedral, desapareció de la reunión de los viernes en el Tupi-Nambá. Si hacíamos preguntas a su vecina nos contestaba que no estaba enfermo, que ella lo oía moverse en el sótano que habitaba y que ahora que llegaba la buena estación volvía a salir después de la siesta con el caballete y la caja sucia de colores a buscar callecitas inéditas en el barrio sur.

Dos veces antes de la última visité el sótano. Era nada más que eso, con una letrina arrinconada y unos barrotes que descansaban a la altura de la vereda, una ventana y un agujero de pedrada en un vidrio y una cortina hecha con una bolsa de arpillera teñida de rojo oscuro, en forma tan desapareja que me hacía pensar en un vigoroso, casi imposible vómito horizontal de vino tinto; la cama hundida, un gran cajón como mesa, una lamparilla sucia y desnuda colgando del techo. El resto era todo suyo: el polvo ya convertido en dura mugre por las lluvias que entraron a través del agujero en el vidrio, los cartones pintados o vírgenes, todos curvados por los veranos, las ropas sucias y viejas desparramadas sobre el piso de baldosas que fueron rojas. Y, sobre todo, lo verdaderamente suyo, lo que no podían estafarle en el Salón Nacional ni en el Municipal, el olor agrio, el olor de su cuerpo enfermo y envejecido, el olor repugnante que van formando como capas superpuestas los sudores nunca lavados, la mezcla de axilas y de pies cansados.

Así y allí vivía Simón. Hasta que un día fui comisionado por los pseudoartistas que se reunían conmigo en el café para quebrantar la consigna de la vecina, «No quiere ver a nadie, ni siquiera a mí», y enfrentarlo en el cubículo para exigirle que explicara sus ausencias.

La noche de la decisión, para aplacar la misoginia del pintor, los poetas melencólicos y sin lugar para publicaciones de sonetos, elegías y versolibrismo, los picassos sin salones, resolvimos que era imprescindible reunir dinero y copiar a Zeus con Danae. Los más generosos fueron los autores de plaquetas, que leían con arrebatos y besos sus familias, novias y rodeadores de nuestra mesa del café. Yo entre ellos.

Hablamos con el encargado de media noche y conseguimos que todos nuestros billetes fueran transformados en monedas de plata, valor cincuenta centésimos. Antes del arribo de la chusma insolente y verduga las monedas eran así, insisto, cincuenta centésimos de plata. Hoy se usan monedas del mismo diámetro de cinco millones, cambio chico, tan grises de plomo como un atardecer lluvioso en un lunes de

invierno.

Cinco cabíamos en mi coche y el resto salió antes y caminando. Gonzalo Ramírez, entre Médanos y Ejido. Cafiani, recuerdo, llevaba y defendía la bolsa de papel con los kilos de *argent*. Esperamos hasta reunirnos todos; había, allá abajo, una luz de vela. Simón estaría leyendo o había olvidado apagarla. La ventana rota estaba abierta y las manos, los puños llenos de plata podían atravesar los barrotes negros y rasposos.

Cuando Hernández susurró: ahora, todos metimos los puños entre las rejas y los abrimos. Nos asustamos del ruido desparramado tanto, o casi, como se debe haber asustado Simón, lector o durmiente. Corrimos enseguida hasta Ejido como si acabáramos de robar algo. Y quién sabe.

Quién sabe, porque cuando dos noches después el tribunal del Tupí decidió que había llegado el momento de exigirle explicaciones por ausencia a Simón, tuve que ir, contestar una grosería a la mujer del «No quiere ver a nadie» y descender apartando con los hombros el hedor hasta el cubículo donde Simón leía un libro a la luz de una lámpara de queroseno de gruesa hojalata abollada. Le llevaba una botella de grapa pero él tenía otra, casi llena, en el piso, junto al brazo endurecido.

Y ahora, otra vez también fue suya la belleza del sueño de ojos abiertos, el presente y el futuro del cuento increíble, nacido de la esclerosis y de las difuntas botellas que acordonaban el sótano.

El cuento, dicho por él desde la conservada mugre de la cama, desparramada en un almohadón perforado su melena gris y endurecida por antipatía al jabón, levantando de vez en cuando con torpeza la botella ladera, me pareció una montaña rusa que comenzaba por la imagen de él mismo renqueando por la rambla entre las ruinas desiertas de la fábrica de gas y la forma pesada del templo inglés. Él mismo arrastrando la pierna enferma para siempre, el atril, la caja de madera, la curiosidad inquieta y a veces burlona de los niños de diversos colores que malvivían en el barrio sur. Así lo vi muchas veces y es la forma que prefiero para recordarlo.

«Yo —dijo con la lengua trabada—, yo dejé de ir a emborracharme con ustedes en el Tupí porque una borrachera en el café me resultaba muy cara y yo necesitaba ahorrar dinero de los ochenta pesos miserables que me da Bellas Artes como pensión y como si lo hicieran por lástima después de todos los años que me deben, años de enseñar dibujo y pintura a muchachos porfiados que nunca van a saber, porque los que importan no necesitan maestros para descubrir cómo son y qué quieren hacer. Claro que yo nací en Italia y pude ver muchas cosas antes de venirme a la América. Necesitaba ahorrar dinero y me salía mucho más barato comprar botellas y emborracharme solito en el sótano para poder pagar el ramo de flores que le mando cada fin de mes, cuando cobro la pensión. Amor. Nadie, ni vos que andás de una a otra, nadie puede comprender. Te agarra a traición, como algunas muertes. Y ya no hay nada que hacer, ni patear ni querer destruir. Porque no se sabe si es una cosa que te golpeó desde afuera o si ya la llevabas como dormida y a veces creíste que

estaba muerta para siempre. Y qué pasa entonces. Que la llevabas adentro y sin aviso alguno en un minuto salta y se te derrama por todo el cuerpo y hay que aceptar y todavía peor, hay que alimentarla y hacer que cada día aumente las fuerzas, obligarla a que te haga sufrir más. Y no hace ningún caso cuando decís que es imposible porque ella te contesta que puede ser que sí pero que estás obligado a no perder ese dolor y seguir esperando, y más y más cuando sabés que la esperanza es inútil. Y todo así y muchas veces, cuando estás *sborniato*, uno llora y es como si se inclinara sobre la cama para tener compasión de uno mismo, tan viejo y enfermo y pobre. Y después te viene la vergüenza. La vi en la catedral. Pero antes ella había estado en una exposición de mis cuadros y eligió uno que los padres no le dejaron comprar, aunque tienen millones que podrían tirar para que Dios les perdone haber engendrado ese perfil, ese pelo, ese cuerpo. Pero tuvo que dejar el nombre y la dirección y así pude, rastreando, encontrarla. Yo les agradezco el dinero que tiraron como granizo fuerte porque ahora voy a guardar para el casamiento».

Yo pensaba en sus cuadros, en la geometría de tonos apagados como un recuerdo y aquellas casitas en ruina de tan enemigos colores y que sólo se mantenían en pie por la voluntad de óleos y espátulas.

«Hasta que un día salí de la iglesia sin la madre y cruzando la llovizna le dije: “Las flores”; y siguió sin oírme y se dio vuelta y preguntó sin mirarme o mirándome con asco: “¿Y usted cómo sabe?”. Yo sólo supe decirle: “Yo, y acaso haya comprendido”, y desde entonces es como si fuéramos amigos».

Cafiani lo había visto muchas noches claras o de lluvia, rígido, un poco metido en la sombra, frente a las luces de la casa de la muchacha. El rostro, torcido e inmóvil, siempre como plateado por el agua o la luna, y nos decía en el café: «Así como la estatua en zinc de su desgracia». Cafiani escribía poemas.

## Jabón

No hizo ninguna seña para que Saad detuviera el coche. La figura estaba quieta y paciente, tal vez aburrida, al borde del camino, junto a un árbol del que empezaba a surgir la primavera como pequeñas lanzas de un verde aún indeciso.

Saad detuvo el coche frente al árbol y vio la gran maleta negra, vio que la persona que le sonrió tenía una cabeza de mujer, joven, extraordinariamente hermosa, un suéter rojo que cubría el pecho sin la menor sospecha de senos; un pecho liso de varón; pantalones negros que no insinuaban el bulto del sexo. Hombre, mujer, efebo, hermafrodita, Saad lo necesitó de pronto, con fuerza y jadeando. Necesitó que subiera al coche, necesitó de aquello con miedo, empezó a creer que lo había estado esperando desde la primera juventud y casi llegó a creer que necesitaría la presencia o cercanía de Ello —el corte de pelo era masculino y no había pintura en la cara— hasta el resto de sus días.

Al entrar, Ello dijo «Gracias» y Saad pensó que la voz no había revelado nada. Era la de alguien que hubiera bebido y fumado mucho la noche anterior, hombre o mujer.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó Saad para volver la cabeza y examinar la piel de las mejillas del pasajero: ningún rastro de barba pero el pecho continuaba hostil y aplastado.

—Un poco lejos. Yo le aviso. Siguiendo derecho. ¿Cuáles eran sus planes?

Tampoco había nuez en el cuello blanco. «Eran», pensó Saad, como si Ello hubiera resuelto modificar el viaje proyectado. Y como si pudiera hacerlo, como si quisiera hacerlo, como si estuviera seguro, segura de imponer sin violencia sus propios planes. La gran maleta apoyada en el asiento trasero proponía y la sombra del pasillo. Bueno, vamos a tomar otro vaso porque ya basta como prólogo. Lo que ocurrió es simple y para mí trabajoso de explicar. En aquel momento resolví que yo nunca podría casarme con aquella mujer; que era imposible vivir con ella, ser feliz con ella. No se lo dije entonces, y el resto de la noche, hasta el cansancio de la madrugada pasaron como lo presentíamos y lo deseábamos.

Bebió de un trago, encendió nuevamente la pipa y sonrió alegre y desafiante. Ahora se volvió para mirarme los ojos y dijo:

—Lo que explica para cualquier tipo inteligente por qué desde entonces sólo he tenido aventuras y me he propuesto que duren poco.



## El gato

Muchas cosas desagradables se pueden decir o imaginar de John. Pero nunca le sospeché una mentira; tenía demasiado desprecio por la gente para inventarse cualquier fábula que le fuera favorable.

De modo que cuando me contó alegre y bebiendo dry martinis, la historia —para mí, sobretodo— de uno de sus casamientos fallidos, no tuve duda. Era, o fue, como mirar y oír una película sin posibilidad de recomienzo ni temor sobre su capacidad de ser creída. Tampoco quedaba agujero para una sonrisa.

Yo llegaba, una semana antes, de París y quería actualizar, confirmar y desechar los rumores que me habían llegado sobre amigos, más o menos comunes, durante mi ausencia.

John era un inglés conversador y sabía burlarse de todo con despego, a veces lástima, nunca maldad.

Bebimos y hubo un largo silencio: John parecía meditar indeciso con el ceño fruncido.

Dejó su vaso sobre la mesa y me dijo, conservando su actitud de piernas cruzadas y de resuelto perfil:

—Era francesa y tú la conoces. Tal vez lo sepas porque estábamos prácticamente casados. Sólo nos faltaba el sacerdote, el juez y la llegada de unos muebles viejos y caros de los que no quería desprenderse. Bisabuelos y abuelos y padres, casi toda la historia de Francia. A mí sólo me importaba ella, Marie. Ya puedes buscar entre todas las Maries que recuerdes. Estaba loco y a veces pensé que era una locura sexual. Verla, bastaba; oler un pañuelo olvidado, bastaba; entrar al baño después de que ya había salido. Nos veíamos todas las semanas, aquí o en París. Dos o tres días seguidos. Íbamos y volvíamos. Y mi deseo aumentaba cada vez y yo me entregaba a él, escarbaba en él; quería más y más. Y cada más era como un escalón que me impulsaba a pisar otro. Siempre en descenso porque yo sabía que estaba perdiendo salud y cerebro.

Sin dejar de ofrecerme un hombro, hizo una seña a Jeeves y vinieron dos vasos: dry martini para él y un gin tonic para mí. Encendió la pipa (él sabía que fumar apresuraría mi muerte) y estuvo un rato pensando, casi sonriendo con labios que no endulzaba la alegría. Como ocurre siempre en esta clase de cuentos me mantuve en silencio, esperando; fui recompensado, Johnny dijo sin mirarme:

—Al gato lo bauticé Edgar. Y no porque fuera un gato negro con símbolos de

horror, blancos, en su pecho.

—Una noche en que Marie, como estaba planeado, llegó al aeropuerto. La recibí, tomamos cocteles con la alegría de siempre, brindamos por la felicidad matrimonial. Esto no hace reír pero es cómico. Fuimos a cenar y luego a mi departamento. No te dije, porque no lo sé y tal vez no me importe, que la portera y semipatrona estaba encaprichada conmigo o, simplemente, me odiaba sin pausa. Algo de eso.

Entramos y encendí la luz. Ella no había estado nunca allí. Miró alrededor con una sonrisa que era de aprobación antes de haber nacido. Y vio, vimos, en medio de la gran cama, con su colcha blanca de señorita, un gato negro, grande, gordo. Un gato que yo veía por primera vez y que parecía acostumbrado a ronronear allí. Con las patas dobladas bajo el pecho nos miró con ojos curiosos y volvió a cerrarlos. Hasta hoy no sé cómo pudo haber entrado. Sospecho, apenas. Me adelanto para acariciarle el lomo y la garganta y entonces ella explotó. Que echara el gato inmundo, que iba a llenar la cama de pulgas. A gritos y pateando el suelo. Yo encendí un cigarrillo y abrí la puerta. Le dije que me había hecho feliz encontrar por sorpresa que alguien nos daba la bienvenida. Ella me trató de estúpido y golpeó las manos hasta que el gato corrió hacia la puerta y la sombra del pasillo. Bueno, vamos a tomar otro vaso porque ya vasta como prólogo. Lo que ocurrió es simple y para mí muy trabajoso de explicar. En aquel momento resolví que yo nunca podría casarme con aquella mujer; que era imposible vivir con ella, ser feliz con ella. No se lo dije entonces y el resto de la noche, hasta el cansancio de la madrugada pasaron como lo presentíamos y lo deseábamos.

Bebió de un trago, encendió nuevamente la pipa y sonrió alegre y desafiante. Ahora se volvió para mirarme los ojos y dijo:

—Lo que explica para cualquier tipo inteligente, por qué, desde entonces, sólo he tenido aventuras y me he propuesto que duren poco.

1980



## El mercado

Por exceso de festejos Martha se despertó en medio de la noche, trajinó y no quiso llorar como acostumbraba para conquistar los mimos de Helena. Trató de recuperar su sueño de felicidad y fracasó. Ahora sí lloró, pero con la cara dolida contra la almohada, tan sola y sin dicha en la noche negra.

Pero Helena supo, presintió sin oír y vino desde el otro dormitorio. Paciente, estuvo escuchando la tragedia.

—Que me robaron la mitad de un sueño feliz con una playa y un mar con sus caballos de tiza.

La otra niña, Judith, se agregó al desconsuelo.

—Yo tuve un buen sueño raro pero cuando me despertaron se fue, lo perdí, no me acuerdo de nada.

Así que en la mañana Helena vistió a las niñas y fueron al mercado.

La entrada era ancha pero al poco andar se tropezaba con gruesas columnas de mármol veteadas de intensos colores como en la mezquita de Córdoba y que obligaban, al avanzar, a desfilarse y hombrarse e intentar caminos tortuosos hasta alcanzar el gran patio de azulejos con una fuente incesante de agua. Junto al techo revoloteaban lentas marmotas aladas y semidormidas. Una de ellas descendió y, sin mirar a Helena, mordisqueó suavemente las cabezas de las niñas y las fue llevando a través de un nuevo bosque de columnas hasta un pequeño altar donde un serafín las recibió sonriente y no necesitó preguntas para saber qué querían.

Helena aún en la puerta, quién sabe, olvidada, e impedida por columnas que se elevaban, enormes y gruesos cilindros jaspeados, surgiendo a cada paso, ordenándose para obligarla a seguir un sendero viboreante, que se transformó en laberinto imperioso y desembocó, guiándola sin violencia hasta la puerta sin hojas, hasta la acera donde ya la esperaban las niñas con los conocidos pétalos de amapola que garantizan el sueño y su intocable absurdo.

## El cerdito

La señora estaba siempre vestida de negro y arrastraba sonriente el reumatismo del dormitorio a la sala. Otras habitaciones no había; pero sí una ventana que daba a un pequeño jardín pardusco. Miró el reloj que le colgaba del pecho y pensó que faltaba más de una hora para que llegaran los niños. No eran suyos. A veces dos, a veces tres que llegaban desde las casas en ruinas, más allá de la placita, atravesando el puente de madera sobre la zanja seca ahora, enfurecida de agua, en los temporales de invierno.

Aunque los niños empezaran a ir a la escuela, siempre lograban escapar de sus casas o de las aulas a la hora de pereza y calma de la siesta. Todos, los dos o tres; eran sucios, hambrientos y físicamente muy distintos. Pero la anciana siempre lograba reconocer en ellos algún rasgo del nieto perdido; a veces a Juan le correspondían los ojos o la franqueza de ojos y sonrisa; otras, ella los descubría en Emilio o Guido. Pero no transcurría ninguna tarde sin haber reproducido algún gesto, algún ademán del nieto.

Pasó sin prisa a la cocina para preparar los tres tazones de café con leche y los panqueques que envolvían el dulce de membrillo.

Aquella tarde los chicos no hicieron sonar la campanilla de la verja sino que golpearon con los nudillos el cristal de la puerta de entrada. La anciana demoró en oírlos pero los golpes continuaron insistentes y sin aumentar su fuerza. Por fin, porque había pasado a la sala para acomodar la mesa, la anciana percibió el ruido y divisó las tres siluetas que habían trepado los escalones.

Sentados alrededor de la mesa, con los carrillos hinchados por la dulzura de la golosina, los niños repitieron las habituales tonterías, se acusaron entre ellos de fracasos y traiciones. La anciana no los comprendía pero los miraba comer con una sonrisa inmóvil; para aquella tarde, después de observar mucho para no equivocarse, decidió que Emilio le estaba recordando al nieto mucho más que los otros dos. Sobre todo con el movimiento de las manos.

Mientras lavaba la loza en la cocina oyó el coro de risas, las apagadas voces del secreteo y luego el silencio. Alguno caminó furtivo y ella no pudo oír el ruido sordo del hierro en la cabeza. Ya no oyó nada más, bamboleó el cuerpo y luego quedó quieta en el suelo de la cocina.

Revolvieron en todos los muebles del dormitorio, buscaron debajo del colchón. Se repartieron billetes y monedas y Juan le propuso a Emilio:

—Dale otro golpe. Por las dudas.

Caminaron despacio bajo el sol y al llegar al tablón de la zanja cada uno regresó separado, al barrio miserable. Cada uno y su choza y Guido, cuando estuvo en la suya, vacía como siempre en la tarde, levantó ropas, chatarra, desperdicios del cajón que tenía junto al catre y extrajo la alcancía blanca y manchada para guardar su dinero; una alcancía de yeso en forma de cerdito con una ranura en el lomo.

1982

## Luna llena

Se llamaba Carmencita y tendría cincuenta años a lo más. Terminó la tercera vuelta en la cama, se quitó la sábana de la cara y supo que no iba a dormir. Aún llegaban los ruidos de la noche sabática de Buenos Aires.

Se acarició los pechos cansados y estuvo un rato pensando en su última menstruación, definitivamente última. El muchacho que la visitaba casi todos los sábados porque no le costaba ni le amenazaba complicaciones, nada sabía de aquel fin. Era un final para ella, exclusivo, y nadie podía sospecharlo porque continuaba delgada y sabía pintarse.

Derrotada, encendió la luz y un cigarrillo. Luego manoteó la cortina de la ventana y casi creyó que su frente golpeaba contra la redonda luna amarilla suspendida en la negrura del cielo como la lonja de un tambor. Recordó:

*Otoño amarillea ya su parche  
como un viejo tambor de romería.*

Pensó varias, muchas veces las palabras del poema, perdido como tantas cosas que estuvieron. También:

*Yo tuve, tuve, tenía  
y ya no tengo más.*

La lengua se movía dentro de la boca repitiendo los versos. Siempre en silencio. Recordó el susto de los trece años, la primera vez. Luego, en cortas instantáneas, las caras y los cuerpos, los movimientos, gestos y, casi, las voces de los hombres, no todos, que habían mezclado sus pieles con la suya. Pero sólo uno se quedó, el más imbécil, un buen proveedor, como supo cuando se casaron. Dos años y medio el hombre leyendo con una sonrisa aprobatoria los poemas, los cuentos que ella escribía. Pero aquello no era del todo serio y cada lectura terminaba con una caricia en la cabeza, en el pelo enredado. Dos años y medio, sesenta meses, y ella se mudó a un piso pequeño y abierto a la luz, en la calle Ayacucho, el mismo en que ahora fumaba triste y rabiosa y veía otras cosas pasadas, el primer libro pagado por ella, sus otros libros, elogiados por sus amigos, los premios con que le pagaron bondades. Y

ella siempre sabiendo que todo lo que había escrito podía desaparecer sin que nadie se enterase, sabiendo que todo era mediocre y pretencioso. Sabiendo y odiando a los hombres que usaba y la iban usando. Tantos años.

Se puso a rebuscar, como si el encuentro fuera posible, el momento, la línea que separó juventud de vejez. En todo caso ya había pasado demasiado tiempo del inicio de la desdicha del cuerpo. Porque aunque recordara permanentemente el anillo de arrugas que le marcaban el cuello —siempre cubierto con pañuelos de seda, brillantes, de colores rabiosos y adolescentes—, ella se sentía aún joven, sana, y su cerebro, estaba segura, no había acompañado la desdicha del cuerpo, su espantable, voluntariosa, incontenible, innegable inclinación hacia la decadencia, el encogimiento y la muerte.

También logró —y de esta fuente de venganza vivía— que un periódico casi no leído le permitiera dirigir un cuarto de página para hacer crítica literaria. Y como todos, casi todos los hombres que habían llegado y se habían ido pertenecían a la fauna intelectual y de vez en vez publicaban libros, le era posible descargar allí su bilis y su risa de burla, tan cascada ahora, tan lejos de campanillas y cascabeles.

Oyó la sirena de un coche policial que se alejaba del barrio norte y el golpe de una portezuela de automóvil. Alguna que vuelve de una cama, pensó sin dolor. Recordó su conversación con Mario, el pasado verano en la arena de una playa escondida, casi privada, en Mar del Plata. Era ella hablando mientras la mano de Mario jugaba con la arena. Ella decía qué injusto es Dios o la naturaleza que hace ridícula a una mujer de cincuenta años liada con un muchacho de veinte y si es al revés todo el mundo lo encuentra normal.

Al clarear la madrugada apagó el último cigarrillo y estuvo buscando en los cajones de la mesita hasta encontrar las pastillas anticonceptivas y el tubo de somníferos. Levantó la persiana y tiró hacia la suave luz de la mañana las píldoras tan innecesarias desde tiempo atrás. Tragó los somníferos con la ayuda de jerez tomado de la botella.

Lo que restaba de la noche, la negrura rodeándola, tratando de convencerla de una necesidad de descenso, hundimiento lento y sin tropiezos. Se rebelaba sin fuerzas y lograba verse en el centro de una quermese de pueblo, donde el vino dorado sólo daba alegría y nadie estaba embriagado y el círculo de bailarines giraba entrando en las canciones, envolviéndose con ellas, el que había sido suyo, con un vestido rameado, moviéndose sin cansancio, feliz sin presentimientos de arrugas ni dolores suaves en las articulaciones, tan limpia, tan tensa la piel de su cara rosa ahora por el cansancio feliz, y un clavel en el peinado, un clavel en el pecho, un clavel en la boca. Tan feliz, tan temerosa de dejar de serlo que manoteó en la sombra para atrapar más somníferos, más jerez; y entonces no quiso volver la dicha de su danza sin pausa a la luz de los farolillos, de las velas cubiertas por cilindros arrugados de papeles coloreados, un azul, un verde, un rojo; y la succión de la cama se redobló sabia y sin violencia y dueña y esclava de la negrura aceptó hundirse respirando por última vez

el desvaído olor a lavanda de la sábana que le cubría el mentón.

1983

## Mañana será otro día

La lluvia había dejado las Ramblas casi vacías y sólo quedaba gente agrupada en el café encristalado donde, desde meses atrás, no la dejaban entrar.

La Sonia, de pie en el portal de la casa vacía, vio que la lluvia pasaba fatigada, amansa llovizna, la vio cesar mientras crecía el frío del viento, y pensó que aquello era un signo de buena suerte. Un poco más lejos, del otro lado del ancho paseo, las luces de la ciudad comenzaban a encenderse. Empezaba la noche y respirando el aroma tristón de su abrigo mojado, la Sonia pensó que también empezaba la esperanza. Sonrió, sin creer de verdad, como una niña a la que le recitaban un cuento ya oído e inverosímil.

Volvió a tantear la rizada peluca rubia y con gran cuidado —tenía las uñas muy largas— fue estirando las medias caladas que sostenía el portaligas.

Volvió a sentir hambre y recordó que tenía un sándwich de jamón en el bolso. Pero no podía estropear el dibujo de boca que se había hecho con el rouge y con tanto cuidado. También recordó que hasta fin de mes estaba en orden con la policía y se obligó a caminar, acercándose al borde de las aceras para sonreír a los coches, mover las caderas y detenerse fingiendo buscar algo en la enorme cartera. Pero nada, nadie, y sin dinero para probar suerte en los bares donde todavía le dejaban entrar.

Era la noche y después fue la madrugada en el barrio sucio de la gran ciudad. Y Sonia, ya sin hambre, casi sin esperanzas continuaba caminando sobre el dolor de los tacones de aguja.

Se repitieron los diálogos breves con los hombres que pasaban.

—Vamos. ¿Vienes?

—Que te den por saco.

—Eso quiero. También yo te puedo dar si quieres enterarte.

Hombres y hombres y su asco por ellos. La luz limpia amenazaba llegar desde el puerto y las otras se iban apagando. Subió las escaleras pisando con las caras medias de seda. Abrió la puerta manchada.

—¿Cómo te fue?

—Como la mierda, nena. Estoy hambriento. Creo que teníamos una lata de sardinas y quedó pan del desayuno.

El chico, moreno y flaco se levantó de la cama y se puso a revolver el armario; dijo con voz de mimo y queja:

—Todavía no me besaste.

—Ahora.

Frente al espejo, la Sonia se quitó la peluca y se acarició las mejillas.

—Otra vez barbuda.

Después se desnudó y estuvo mirando los pechos hinchados con parafina y el sexo que le colgaría tembloroso e inútil hasta después de las sardinas.

1985



# El árbol

Cuando aquella mañana de cielo feliz, la muchacha, violín en mano, llamó a la puerta de la casita jardín de los Risi, un hombre de paisano, un poco mulato, abrió de un tirón y la obligó a pasar.

—Póngase contra la pared y apóyese en las manos.

Mientras obedecía, la muchacha tuvo tiempo de pasar un vistazo por la cara de la sirvienta de Fide que estaba blanca, moviendo las manos sobre el vientre, emparedada por otros dos monos que se turnaban para apresurar preguntas o mezclaban las interrogaciones con la vieja técnica tan aprendida, tan puesta a prueba. Los tres hombres en mangas de camisa y sudando, fingiendo premura e importancia.

El portero cacheó a la muchacha y detuvo la congénita insolencia de las manos en los senos y las nalgas.

—Limpia —dijo—. Ahora abra el violín.

—El estuche.

—Sí, doctora. El estuche del violín.

Ella había escondido los papelitos celestes que le había prestado anoche la mujer de Fide, entre un si bemol y un pizzicato. Pero al fin aparecieron.

Era una lista de nombres de sentenciados a muerte que, tal vez, aún sigan vivos.

—¿Y esto? —preguntó el primero, con aire sobrador, buscando meter en la luz atenuada de la mañana una expresión de amenaza inteligente.

La sirvienta de los Fide repetía:

—No, ya le dije. Los traje ayer a casa. No sé dónde está. Ya le dije. No avisó por teléfono ni lo vi. Ya le dije. No sé dónde está. Ya le dije.

—Y usted ahora se va al jardín con el mocosito —le dijo el hombre a la muchacha—. Y nada de macanas, que no empezamos todavía.

Así que ella abrió la puerta vidriera y en el pequeño jardín respiró el aroma de la tierra húmeda y el olor del verano, agrupados en el gran árbol solitario.

Bob estaba despatarrado, allá arriba, en las ramas más altas.

—Traé la pelota que está allá en el fondo —dijo Bob.

La pelota estaba a dos metros contra el muro gris de la divisoria. Era de goma, grande y parecía estar pintada con gajos de todos los colores.

La muchacha tiró la pelota al niño y el niño a ella, y así siguieron, riendo los dos. Ahora se oía a la sirvienta de los Fide, a veces gritaba, otras lloraba. Las voces gruesas de los hombres se entreveraban, se alzaban y se alejaban.

—No sé. Ya le dije. No sé nada.

El golpe de un bofetón y un insulto. El niño continuaba ignorante y riendo, ella sonreía, mirándolo, mostrándole la cara, la pelota iba y venía, rodaba brillante y alegre sobre la tierra que interrumpían algunos puñados de pasto.

Jugaban y la muchacha estaba segura de no estar allí, de soñar los subibajas de la pelota. No había hombres dentro de la casa acosando a la sirvienta de Fide, no existía la amenaza del pronto encierro, el interrogatorio, la tortura. Miraba la pared húmeda que rodeaba el jardín, pensaba en la posibilidad de saltar, la de huir del sueño, de quebrar la pesadilla.

No había en el mundo otra cosa que el jardín escuálido, el vaivén de la pelota, la alegría del niño a cuyos padres estaban matando en otro lejano inimaginable lugar, país, continente...

Era necesario seguir jugando con el niño, sentir que la pelota le golpeaba la barriga, lanzarla de vuelta.

El niño, puro y sencillo, tan cerca de la casa y el horror; el niño, lo único que subsistía de los padres en aquel momento y ella tenía que ser padre y madre mientras durara la pesadilla infinita, las voces groseras en la casa, la risa nerviosa del chico en el árbol.

Porque si prolongaba sin pausa el monótono juego, ambos quedarían apartados del tiempo, nunca rozados por la suciedad del mundo.

# Montaigne

Todos habíamos recibido el mismo mensaje, la misma oferta increíble. Y allí estábamos; éramos seis y, claro, él, porque la reunión era en su departamento. Las invitaciones de Charlie, epistolares o telefónicas, nos decían que el viernes, a las siete de la tarde —no quiero estropearles el domingo— empezaré a suicidarme. Sea maldito el que me falle porque no tendrá oportunidad de enmienda. Hay comida abundante, beberaje.

Éramos seis los asistentes a lo que creíamos burla exhibicionista. Supe que otros invitados se habían reído de la broma. El tiempo era bueno y húmedo y habrían elegido escapar de la ciudad.

Yo llegué un poco más tarde, minutos, y saludé con la cabeza y alguna sonrisa. Tal vez haya besado una mejilla de Marta porque era la más hermosa y siempre la había deseado con sosiego. Además, el olor, perfume, que confesaba su escote era una provocación de la que ella es consciente y le divierte.

Charlie estaba sentado en el diván, con dos mujeres a los costados. Me saludó sonriente, alzando una mano. A sus espaldas, sujeto a la pared, había un gran espejo.

Los invitados, cuatro muchachas y dos hombres, Brausen y yo, nos acomodamos en cualquier asiento, las dos del diván, dos en curiosas sillas blancas de jardín. Él había amueblado el departamento a su gusto desconcertante. Las distinguí por nombres pero también por colores. Mi tarea, mi actuación eran difíciles y penosas.

Ninguna pasaba de los treinta años. La del vestido verde y corto construyó una risita casi convincente y dijo:

—Charlie, ¿a qué viene esta locura? El farsante de siempre.

—Hace una semana —contestó él— no me llamabas Charlie ni farsante. Aunque sí, a veces, payaso. Fue el sábado ¿verdad? Entonces me estuviste dando otros nombrecitos. Tal vez los mismos que gastaron las otras tres, en tiempos más felices. Nombrecitos que no repito para que no te ruborices.

La muchacha se ruborizó. María del Carmen, la del vestido azul celeste, se levantó alzando el bolso que había dejado en el suelo, salió lenta del cuarto, cerró la puerta sin ruido.

Quedaban ahora tres mujeres. Enriqueta, la ruborizada. Isabel, traje sastre color tabaco y corbata. Siempre sospeché. Aurora, con pantalones de obrero, una chaqueta de cuero y el pelo trabajosamente despeinado. Aurora, o su padre, tenía muchos millones pero nunca fueron exhibidos, ni siquiera expuestos. Gente bien.

Todos éramos amigos desde una excursión y larga visita que hicimos a una casa que tenía Aurora en la playa. Amigos intercambiables pero, lo escribo con tristeza, nadie se enamoró de nadie, aunque Charlie se casó con Natalia, que se había negado a contemplar el lento suicidio prometido.

Charlie mantuvo la sonrisa un minuto. Estaba contando cuántos éramos. A veces usaba bigote, que afeitaba y volvía, y los cambios afectaban, no demasiado, a la expresión de su cara.

—De modo —dijo con voz resignada— que Natalí no vino. Siempre dispuesta a cumplir los deberes conyugales. Pero éste definitivo y distinto, no.

La nombraba con un fuerte acento en la última letra. A mi lado, de pie, Brausen abrió un paquetito de pastillas de menta y se puso una en la boca. Con un leve tartamudeo preguntó:

—¿Aceptaste, de pronto, que estabas de más en el mundo? O estás, sencillamente, escapando. Suicidarse es recomendable en ciertas situaciones, pero me gustaría saber a qué jeringa le vas a sacar el cuerpo. Si es por enfermedad o por los ojos de alguna cruel y perversa mujer. De todos modos es un apresuramiento. Ya te va a llegar solita de aquí a unos años. Y acaso entonces patalees negándote.

—Sí, Brau —dijo Charlie—. Siempre con la razón y la joda. Pero si te explico va a pasar este tiempo. Que es mío y, si bien se piensa, es lo único que tengo y puedo manejar. Es cierto que dentro de cien años todos calvos. Les pido perdón por la charla. A todos ustedes los quiero o quise, en grados distintos, claro.

Isabel simuló un bostezo y se palpó los bolsillos. Buscaba, mostraba que buscaba, un paquete de cigarrillos. Encendí uno de los míos y se lo metí entre los labios.

—Gracias —dijo, más grosera que yo.

—Nada. Siento que no sea de tu marca.

—Pero Charlie querido —insistió Isabel—, ¿a qué viene el espectáculo? ¿Por qué no te pegás un tiro sin ayuda? Tal vez, se me ocurre, lo que estás buscando es que un público de amantes y un hombre y medio te impidan matarte. Te conozco.

Charlie sacó un pañuelo del bolsillo del pecho y lo puso contra el estornudo. Observé sin mayor envidia que se había vestido muy bien para la ceremonia. Camisa blanca cubierta por un asombroso chaleco de mil colores con cuatro grandes bolsillos. Corbata pintada a mano. Los zapatos demasiado lustrosos. En cuanto al traje, de casimir inglés, me pareció.

Siempre lo habíamos visto disfrazado de artista. Pantalones viejos, grises, una camisa gruesa estilo canadiense, una pipa colgando de los dientes, pocas veces humeante. En invierno llevaba una casaca de terciopelo, nunca un abrigo, y pañuelo de colorinches en lugar de corbata. Iba descubierto, no usaba boina porque sabía que hubiera sido demasiado *bohème*. No mostraba los cuadros. «Todavía no», atajaba. En el caballete una tela virgen; los cartones de cara a las paredes.

Charlie dijo:

—Tengo gripe. Pero eso no cuenta. No voy a permitirle que intervenga en mi

tiempo, el tiempito absolutamente mío que elegí. Pero no quiero ser egoísta. Ustedes también tendrán establecido su tiempo de esta tarde —miró su reloj pulsera—. Como todos saben soy tan rico que tengo dos habitaciones, cocina y baño. En la otra tienen *delicatessen* y buena bebida. Les pido, como último o penúltimo favor, que vayan, coman, beban, festejen. Prometo esperar. Por razones obvias yo no puedo comer. Desde hace mucho tiempo no lo hago.

Estiró suspirando las largas piernas en el diván y cerró los ojos. Estaba pálido, insolentemente buen mozo, como siempre.

Nos fuimos alejando hacia la otra habitación casi en fila india. Pero una de las mujeres se retrasó y pude oírle un responso ya clásico que sonó por primera vez e inútil para los oídos ya muertos de Scott Fitzgerald:

—Pobre hijo de puta.

También oí el punto final, el sonido del escupitajo.

Sin embargo, al revés de la anécdota, Charlie aún estaba vivo.

Encontramos una mesa muy grande, una de aquellas para familia numerosa, cubierta con una sábana blanquísima que hacía de mantel, con botellas de vino blanco y rosado, whisky Edinburgh de quince años y manjares diversos, capaces de alimentarnos durante una semana.

Comimos, bebimos y festejamos malos chistes que apenas mantenían su gracia durante un segundo, porque tácitamente acordamos que vivíamos una broma, que Charlie era inmortal y era bueno que estuviera junta casi toda la pandilla. Todos los que habían llegado estaban brazos contra brazos y tan divertidos, haciendo brindis.

Habíamos sido tan promiscuos, con curiosas variaciones, que las mujeres ya eran viejas camaradas y conversaban sin veneno ni alfilerazos. Brausen me resultaba un poco incómodo moviendo cabeza y ojos para escrutar, furtivo, caras y expresiones.

De vez en cuando se asomaba una cabeza para espiar a Charlie y todo lo que podía ver era un curioso movimiento de mano yendo del chaleco a la botella. Luego parecía tranquilo y hojeaba su libro. Nadie preguntaba.

Pero también pasaban nuestros tiempitos y, en un silencio, nos alcanzaron las campanadas de San Cristobalón Desnudo, iglesia enorme y casi en ruinas que dominaba con su altura aquella parte de la ciudad.

Cuando regresamos, con los estómagos satisfechos por comidas y bebidas pero nerviosos, tratamos de no enfrentar el diván ni el espejo. Una pausa sin palabras hasta que miramos francamente a Charlie. Ahora estaba sentado, había encendido la lámpara de la mesita donde se destacaba otra botella de Edinburgh 15. Simulaba leer un libro y lentamente bebía tragos de una copa de cristal indudable. Y también simuló, durante un rato, no haberse enterado del pequeño tumulto de nuestro regreso.

Charlie dejó el libro sobre el diván y nos mostró su blanca sonrisa, demasiado abiertos los ojos, tan azules como el vestido de María del Carmen. Yo conocía aquella mirada desde años.

—Les pido perdón —dijo—. Olvidé alquilar un camarero. No sé a cuánto están.

Se cotizan, quiero decir. Se trató de un vulgar sírvase usted mismo. Pero los veo contentos, ¿no?, aunque algo dudosos frente al destino.

Conocía la cara de Charlie y la recordaba mostrando malhumor, paz y aquel don para la frase irónica, siempre dicha con descuido, creadora de enemigos. Pero ahora veía un rostro sutilmente distinto. Los ojos, candorosos, estaban mirando algo nunca visto por él e invisible para nosotros. De pronto comprendí; lo vi llevar la mano a uno de los cuatro bolsillos del chaleco floreado y volver la mano a la boca y ayudarse con un trago de whisky. Drogas, sin duda.

Tal vez, más o menos rápido que yo, alguien comprendió. Ese alguien, con un coro confuso a sus espaldas, casi gritó, con ruego y rabia:

—¡Pero Charlie, estás loco!

La ya indudable lesbiana dominaba con caricias los hombros de la sabida ninfómana. Tal vez aquel momento fuera el principio de una amistad tan íntima como extraña.

—Todos ustedes locos —dijo Charlie, tropezando levemente con las consonantes—. Se olvidan de mi amigo, de la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos. No para mí, me van a quemar. Pero de las muchachas, tan amigas, pienso que alguna vez recitaron, digo que recitó el soneto en la Asociación Cultural de Villa Mongo. No hagan caso. Miento —otra pastilla, otro trago—. Ninguna de ustedes. Pero sí se creen que no podía alquilar un camarero. Todos locos y se olvidan de que los están esperando los fúnebres ramos. Cada vez más cansado pero con fuerzas todavía. Podría pagar muchos camareros, uno para cada uno. Ahora que me voy es cuando me hice rico.

En el grupo flotaban y herían la lástima y la repugnancia. A veces juntas y otras reñidas.

Otra pastilla y trago y Charlie dijo, ya muy demorado:

—Rico y me muero. Porque los invité a verme morir. Pero los ricos como yo no tendrían que suicidarse. Pero ustedes, que a veces me acompañaron en felicidad. Corrijo: felicidades, porque la otra, la de verdad, nunca hay —trago y pastilla y yo esperando—. Porque cobré al fin los terrenos de mi padre allá en el sur. Soy rico y todo para Natalí, sin testamento —píldora, tragó y cayó en el diván para siempre con los ojos grandes, azules, sorprendidos, mirando y viendo—. No por amor ni cenizas de amor —ahora balbuceaba, buceaba persiguiendo cada palabra, una por una—. Porque ella supo respetarme y estuvo a mi lado en momentos malos que ya nunca se pueden repetir. ¿Entendieron? —preguntó indiferente y débil.

Moviendo con torpeza los brazos como si fueran brazos ajenos, conquistó un puñado de pastillas del ostentoso chaleco y bebió de la botella. Se estiró, tan largo, en el diván, cerró los párpados y comenzó a respirar audible hasta llegar a un ronquido que le fue abriendo la boca. Un chorrito de saliva resbalaba lento por el lado derecho de la cara, que iba ausentándose, la que había besado y sido besada tantas veces en aquel mismo diván, fortalecidas su furia animal, sus lentas caricias por las imágenes

que agregaba el espejo.

Me acerqué a él para observar el proceso. Mis espaldas me separaban del grupo y escuché los gritos, palabras presentidas e inevitables: ambulancia, médico, policía, lavado, tal vez.

Tomé el pulso a nuestro Charlie. Muy débil, muy espaciado.

—Queridos amigos —les dije—, este corazón se para en dos minutos. Debe ser por la última dosis de pastillas. Fue algo brutal. Personalmente, me voy. La sirvienta no llega hasta el lunes. Si nos quedamos, volveremos a reunirnos en la comisaría respondiendo a preguntas estúpidas quién sabe hasta cuándo.

—Pero ¿lo vamos a dejar así?

—Ya está dejado —dije—. Adiós. Hagan lo que quieran. Sólo les pido que olviden que yo también estuve aquí.

Bajé en el mismo ascensor que había usado María del Carmen. El edificio donde había vivido Charlie estaba en el barrio sur, que comenzaba a revivir conservando por suerte grandes casonas con patios andaluces. El café era confortable, sin luces fluorescentes, y desde mi mesa podía espiar y contarlos tranquilamente mientras se iban yendo o en fuga. Brausen fue el último en salir y me pareció que movía las manos buscando un taxi.

Esperé durante un whisky repugnante, industria nacional, y dos cigarrillos fumados sin prisa, larga ceniza. Pagué al mozo y salí. Tenía las dos llaves, de modo que subí en el temblor de la máquina y entré en el departamento. Charlie se estaba enfriando y la boca, sin buena mujer que le acomodara una mentonera, seguía abierta y grotesca.

Tampoco hubo buen hombre. Natalia me había dicho en la cama durante la siesta de aquella tarde que Charlie le dejaba el dinero de los campos paternos entre las páginas del segundo tomo de los *Essais* de Montaigne, entreverado en la biblioteca. Era un sobre grande y pesado lleno de billetes también grandes que me costó acomodar en el bolsillo.

Antes de irme no tuve ya más curiosidad por el difunto. Pero sí me agaché para dar vuelta a uno de los cartones apoyados contra la pared. Era un cuadro para mi gusto muy malo, donde los colores violentos parecían pelearse entre sí. Es probable que Charlie hubiera pensado lo mismo que yo.

## Ki no Tsurayuki

Conocía y frecuenté a los Andrade hace y durante un par de años. Hoy cuento la parte que más interesa de sus vidas y lo que ignoro lo imagino con certeza.

Como todos los mediodías, cuando Andrade se despertó, Marisol ya no estaba en la cama. El cuarto olía suavemente a sudores atemperados por la cosmética y un perfume de café fresco llegaba de la cocina al dormitorio.

Tomó de un trago el resto de whisky, ahora tibio, que les había dejado la noche y encendió un cigarrillo. El humo trepaba en espiral con el mismo color gris de la luz en las ranuras de la persiana. Pensó entristecido que la primavera aún no había venido y nadie sabía por qué.

Marisol dirigía la página de vida social que publicaba su diario, siempre el más importante en todos los gobiernos que se fueran o vinieran, civiles o militares, la pequeña feroz biblia de la oligarquía y la Iglesia.

Después del cuarto de baño —ya limpio, afeitado y envuelto en una bata lujosa— estuvo en el pequeño comedor desayunando copiosamente frente a Marisol. Abrió el periódico para que ella olvidara que él la había mirado con reproche. Sus ojos brillantes, las pequeñas partículas blancas en los bordes de la nariz. Su simpática alegría nerviosa. Oh sí, por encima del mundo.

Cuántas veces la había oído jurar: «Nunca más, te juro». O variaba: «Si no voy a las fiestas me quemó y me quedo sin trabajo. Y, cuando voy, no puedo negarme a las rayas como una pajuerana. Y sin diario ni reuniones no puedo ayudarte».

—¿Hay algo? —preguntó Andrade.

—Ni ganas ni tiempo para mirar.

Andrade pasó las hojas hasta encontrar la nutrida página de esquelas mortuorias. Veía a la mujer, oía clavar la cucharita en el medio pomelo. Hubo otra quietud y luego ella le ofreció más café en una taza panzuda. La aceptó en silencio, apartó el diario y la miró reír silenciosa.

—No estés enojado o haciéndote. ¿Para qué consultás la página si no podés interpretar? Yo tengo la clave y después te digo, como siempre. Pero primero un perdón y una risita para mamá.

Ahora, por la ventana grande del comedor-living, la primavera se asomaba por minutos para retroceder como arrepentida, negada por nubes y viento.

Ella dijo:

—Bueno, tengo que moverme para el almuerzo en el *country*. No pierdas tiempo



revisando el diario porque nada sabés de viudas. Yo tengo en vista dos moribundos que prometen. Ojalá tengas suerte. Y con mis bendiciones. Que no se te olvide la agenda al día. Con Camarosa fallaste.

Le hizo una mueca de burla cariñosa y pasó al dormitorio para vestirse, arreglarse.

Marisol, educada en una universidad yanqui, había impuesto en el departamento un régimen alimenticio al que Andrade demoró en acostumbrarse: un fuerte desayuno, cualquier tontería como almuerzo y con frecuencia cenaban afuera.

Por la tarde estuvo trabajando un poco con las agendas, una de ese año y otra del próximo porque no todos mueren antes de julio primero. Septiembre diez, página en blanco. Avanzó hojeando y pudo comprobar que hasta mitad de octubre no estaba anotada ninguna visita.

Andrade vivía sin preocupaciones gracias a que un abuelo o bisabuelo había alambrado campos sin dueño en el siglo pasado. Por sucesivas y complicadas herencias, aquella inmensidad de pasto, ahora reducida, adornada con vacunos y yeguarizos, era suya ante la ley. Puntualmente el mayordomo administrador lo estafaba en los giros y rendiciones de cuentas. Pero lo que llegaba cubría con exceso las necesidades de Andrade. Marisol, familia llegada a menos pero con apellido patricio —y este menos seguía siendo envidiable— y el sueldo del diario y los extras por incluir qué modistillo había hecho el traje de la novia o de la niña presentada en sociedad, aportaba a la pareja dinero suficiente que casi equiparaba las rentas de Andrade. Y a todo esto se agregaba, además de compañía y cama, que ambos eran generosos, despreocupados e impredecibles.

Además, Andrade escribía una novela desde años atrás. Nadie vio nunca una página, tal vez él tampoco. La única vaga huella de creación literaria podía rastrearse en un cartel envejecido clavado en la pared, arriba de su escritorio. Decía: «Una literatura tal que, en comparación, todo lo escrito hasta ahora resultaría simple prosa de colegial». La consonante no era deliberada.

Mintió Andrade cuando dijo que la llamada telefónica de Marisol lo había sorprendido mientras estaba iniciando el muy difícil capítulo cuarto de la novela interminable. Es casi seguro que seesteaba con ayuda de la siempre última copa de coñac y un poco de bicarbonato. Supongo que Marisol dijo:

—Hay que moverse, ricura. Hoy de mañana murió Estévez, Ramón, cuando estaba en el hospital para hacer dos operaciones. Un repente, el corazón. Era tu amigo y no hay hijos y él era un maniático del paracaidismo, allá en el polígono de Morón. Nada de luto, idiota, ropas severas, cuidado con la corbata y la cara sí, desolada.

Andrade, en pocas horas, fue acreciendo su amistad con Estévez, inflando pequeños recuerdos, convenciéndose de que había existido entre ambos una relación frecuente que rozaba la intimidad. Colegio, servicio militar, saltos audaces en que los dos se desprendían de aviones y atravesaban el aire colgados del paracaídas, aterrizando gloriosos y con males ventrales en terrenos muchas veces hostiles.

Amistad profunda de beberajes y confidencias.

Ya no importaba ni saber ni intuir cómo había sido físicamente el viejo amigo doctor Estévez, su cara nunca vista. La muerte va emparejando rostros y les impone (nos impondrá) o construye una expresión común que pregunta desinteresada y sarcástica: ¿y a mí qué?, cumplo fielmente mi contrato.

Al amanecer se puso un traje azul oscuro con apenas rayas muy finas y blancas. Caminó unas cuadras hasta el barrio norte, muy cerca de donde ellos vivían. Después de firmar el álbum con una letra muy clara y abierta para que pudiera ser reconocida sin dificultad, se introdujo en la habitación de los susurros y esquivó, sin grosería, el ataúd negro dorado. Era mucha la gente que rodeaba en protección y en consuelo a la joven viuda y, al hacerlo, se la estaban señalando. Estaba inmóvil y sin lágrimas y era muy bella con el negro pelo peinado en bandos. Tan deseable promesa a medio año vista.

Esta viuda: cara tan pálida como pared acabada de blanquear con una mano de cal, impasible, padeciendo sin total conciencia un golpe brutal, inesperado; venido para partir en dos su vida, suprimir la dicha que ya sería apenas un conjunto de recuerdos, cada día más equívocos, menos dolorosos.

Ya llevaba estúpidas palabras preparadas, pero las cambió, murmurando, por otras semejantes:

—Increíble. Tan querido amigo Ramón. Dios lo tendrá en su paz.

Luego retrocedió como haciéndose olvidar, como escondiéndose, y sentado en un rincón rechazó el café y el oporto que un criado le ofreció. Pasada una hora de lamentos, deudos, amigos y renovados llantos, pudo escurrirse con discreción y volvió a su departamento para escribir —mentira— la novela interminable a la cual, aunque nunca existió, tuvo el respeto de no llamarla genial. La verdad debe haber sido que volvió a tomar coñac, fumar en pipa y leer aventuras policiales de esas sin nombre ni título ni recuerdo, esperando que llegara Marisol.

Lo cierto es que después de su breve paso por el velorio de Estévez, Andrade se puso a la tarea. Extrajo las agendas y, como aquel día era septiembre 21, calculó seis meses y escribió: «En el día 20 de marzo del próximo año: Señora Estévez. Más o menos hoy».

Se descubrió con voluntad de trabajo y, fortaleciéndola con el coñac, hizo un rápido balance con el resultado muy satisfactorio de doce visitas, llamadas semestrales —a veces solapadas—, que sólo mostraban dos fracasos. O había llegado tarde o su deseado sitio ya estaba ocupado desde hacía más de un año, desde antes de su primera visita de duelo.

Y todo esto, que algo tenía de antipoético, de burócrata marcando relojes de entrada en oficinas, dentro de la enorme poesía que construían los resultados felices.

Y esta tarea, poco agotadora, se había iniciado un par de años antes por un cuento-poema del poeta japonés Ki no Tsurayuki publicado en el 905 y traducido a lenguas bárbaras en el siglo xx.

Mentía el poeta haber visitado un cementerio en el que vio a una linda japonesita acucillada que agitaba, incansable, un gran abanico sobre la tierra de un sepulcro. Llevado por la curiosidad, madre del saber y de la poesía, acercose Ki no a la joven y luego de hacer las tres reverencias de estilo, se atrevió a interrogarla. Tal vez sin necesidad de palabras, con tan sólo la expresión preguntona de su cara. La niña — todas las mujeres hermosas atraviesan adolescentes los años— detuvo el vaivén de la muñeca, alzó los ojos mientras ofrecía una dudosa e inmóvil sonrisa nipona. Luego dijo con tristeza: «Mi marido, en su lecho de muerte, me hizo jurar que le permanecería fiel mientras estuviera húmeda la tierra de su tumba. Y este otoño fue tan lluvioso».

Después de esta belleza que mucho lo impresionó, Andrade recordó curioso habladorías y alguna experiencia. Hizo los cálculos y resolvió que seis meses de soledad por viudez establecían un estado psíquico vulnerable en la caparazón de la mujer abandonada y que era factible apoyarse en ansias y aventar recuerdos. Ignoro —estuve viajando a causa de negocios— cuánto tiempo pasó, cuán exacta resultaba o resultó la contabilidad de Andrade, ayudado siempre por la sabiduría cómplice de Marisol. Sospeché que su amante lo orientaba segura para el cumplimiento de una exigencia: que los blancos que iba ofreciendo la muerte fueran jóvenes, hermosos y con una cualidad indefinible a la que ellos y yo llamábamos clase.

Cuando terminé por asentarme de regreso en la ciudad más querida del mundo, ni Romas, ni Vienas, ni Parises, como dijo un poeta mexicano, y luego de haber rendido cuentas un poco al estilo del gran capitán ante el señor ministro de turno, me fui enterando sin desearlo, de varias desgracias. Dejo de lado las familiares y recuerdo la muerte de Marisol y el anterior accidente automovilístico de Andrade. Supe que él había terminado por casarse, loco de amor, con una de sus viudas semestrales. Se llamaba, y se llama, Hortensia. Más fuerte que él en escarceos eróticos, más convincente con juegos de cama, hermosa y *allumeuse* de nacimiento, lo llevó sin violencias ni discusiones hasta jueces y sacerdotes.

Escribió el prólogo con maestría lingüística, con faldas tajeadas para insinuar, en verano, los muslos tan blancos y poderosos; y, en invierno, usaba pantalones tan ajustados que hacían posible ver, adivinar y querer, las ofrecidas nalgas azules.

Todo esto susurrado, a veces dicho con palabras distintas, por amigas del alma que agregaron pasados y presentes, tal vez calumniosos.

Nada de esto le importaba porque, aunque fuera cierto, al día siguiente el retozo sexual se olvida y nunca fue.

Después de un viaje de bodas, había retornado a la ciudad. La carretera es traicionera y ahí Andrade, que viajaba solo buscando playas y sol, chocó contra un camión y fue salvado en un sanatorio, casi moribundo, quedando impotente y sin piernas útiles.

Ahora, despertando de una de las horas diarias de sopor, Andrade trataba de reconquistar el mundo, la habitación, sentado incómodo en la silla de ruedas que casi

había aprendido a manejar con soltura.

Ahora escuchaba la voz de Hortensia que aplacaba el murmullo de una voz masculina, y decía: «No te preocupes, no se despierta hasta la noche». Y los silencios, más crueles que cualquier palabra, venían para visitar, prolongándose, su cuarto de enfermo impedido, incurable.

Sin necesidad de agendas, Andrade calculó que se habían cumplido seis meses desde el accidente, casi mortal, que lo separó de los vivos, de los saludables y ansiosos.

## La escopeta

No era noche cerrada cuando estiré el brazo para encender la lámpara sobre la mesa. Era necesario que terminara de escribir mi artículo antes del alba y correr para echarlo al buzón y esperar acurrucado que volviera el cartero entre la bruma que el amanecer iba castigando con látigo del color exacto de la sangre fresca y brillante. Volvía muy gordo y tranquilo trayéndome el cheque mensual y era necesario apurarse y no fue más que encender la luz y oír el ruido de alguien tratando de forzar la cerradura y alrededor de mí la soledad de la aldea desierta, inmovilizada por la luna vertical justo en el centro geométrico del mundo tan inmenso con tantos millones de camas donde balbuceaban sus sueños personas diversas y dormidas, cada una con un hilo de baba rozando las mejillas y estirándose con dibujos raros en la blancura de las almohadas. Hasta que salté y me puse a un costado de la puerta preguntando muchas veces con un ritmo invariable quién es, qué quiere, qué busca. Y un silencio y el forcejeo rodeó la casita y continuó trabajando en una de las ventanas no recuerdo cual, impulsándome en dos movimientos sucesivos, casi sin pausa, a matar con la palma de la mano la luz de la mesa y abrir el armario para sacar la escopeta y luego caminando de una ventana a otra y de una ventana a la puerta, según variaban los ruidos del ladrón, siempre preguntando hasta la ronquera qué busca, haciendo girar la escopeta, oliendo crecer desde el pecho y las axilas el olor tenebroso del miedo y la fatalidad.

Después de una pausa y un pequeño ruido de papeles, el hombre de la baba blanca habló detrás de mi nuca. Su voz era átona:

—Este sí que es fácil. Un sueño elemental. Hasta un niño podría interpretarlo. Yo soy el ladrón que busca saber, entrar en su ego. ¿Por qué tanto miedo?

1993

# Ella

Cuando Ella murió después de largas semanas de agonía y morfina, de esperanzas, anuncios tristes desmentidos con violencia, el barrio norte cerró sus puertas y ventanas, impuso silencio a su alegría festejada con champán. El más inteligente de ellos aventuró: «Qué quieren que les diga. Para mí, y no suelo equivocarme, esto es como el principio del fin».

Tantas cosas, pobres millonarios, les había hecho tragar Ella. Y lo triste era que Ella había sido infinitamente más hermosa que las gordas señoras, sus esposas, todavía con olor a bosta como dijo un argentino. Ahora también podían tragarse las sonrisas cordiales con que habían acogido las órdenes y las humillaciones. Porque todos sentían, sin más pruebas que discursos vociferados en la Plaza Mayor, que Ella era, en increíble realidad, más peligrosa que las oscilaciones políticas, económicas y turbias, de Él, el mandatario mandante, el que a todos nos mandaba.

Cuando al fin Ella murió, rematando esperanzas y deseos, estábamos a fin de julio; en una fecha abundante en crueldades, en frío, viento, aguacero. De los cielos negros de nubes y noche, caía una lluvia lenta, implacable, en agujas que amenazaban ser eternas. Se desinteresaban de abrigos y pieles humanas para empapar sin dilaciones huesos y tuétanos.

La humedad aumentaba el mal olor de las gastadas ropas de luto improvisado: casi inmóviles, sin palabras porque su desdicha tenía un sólo culpable y éste no podía ser nombrado aunque dueño del frío, de la lluvia, el viento y la desgracia.

Según la pequeña historia, tantas veces más próxima a la verdad que las escrita y publicadas con H mayúscula, cinco médicos rodeaban la cama de la moribunda. Y los cinco estaban de acuerdo en que la ciencia tiene sus límites.

Y en la planta baja, impaciente, paseándose, atendiendo las preguntas telefónicas que le hacían los periodistas amigos o dadivosos, había otro hombre, tal vez también médico, aunque esto no tenga la menor importancia.

Era un catalán, embalsamador de profesión conocida y llamado por Él desde hacía un mes para evitar que el cuerpo de la enferma, siguiera el destino de toda carne.

Y había una lucha silenciosa pero tenaz entre los cinco de arriba y el solitario de abajo. Porque si éste sólo creía con distracción en la Virgen de Montserrat, los de encima, estaban divididos entre la de Luján, la de La Rioja, la de las Siete Llagas, entre la de San Telmo y la del Socorro. Pero coincidían en lo fundamental, en la

Santa Iglesia Apostólica Romana. Y creían en los eructos dominicales de los curas.

Para cumplir lo contratado con Él, el embalsamador catalán tenía que aplicar una primera inyección al cadáver media hora antes de ser decretado tal. Los pertinaces creyentes del piso superior se oponían a toda intención de embalsamar, pese a que el contratado catalán había repartido generoso pruebas indiscutibles de su talento. Recuerdo la foto, en un folleto, de un niño muerto a los doce años, plácidamente colocado en un sillón y luciendo un traje marinero impecable. Lo exhibían cada vez que la momia hubiera tenido que cumplir años —él se burlaba, el tiempo no existía, sus mejillas seguían rosadas y sus ojos de vidrio brillaban con malicia— cuando inexorablemente, cumplía una fecha de muerto. Dos veces al año ocupaba el puesto de honor y los parientes que le iban quedando —el tiempo existía— lo rodeaban tomando té con pasteles y alguna copita de anís.

Se oponían a la primera e imprescindible inyección. Porque la Santa Fe que los aunaba repartía almas para que escucharan eternamente música de ángeles que jamás cambiarían de pentagrama —o tal vez sus cabecitas equívocas las hubieran grabado— o para disfrutar suplicios nunca concebidos por un policía terrestre.

De modo que, cuando aquellos litros de morfina dejaron de respirar, se miraron asintiendo y consultaron relojes. Eran las veinte en punto. Alguno encendió un cigarrillo, otros rindieron sus fatigas a los sillones.

Ahora esperaban que la pudrición creciera, que alguna mosca verde, a pesar de la estación, bajara para descansar en los labios abiertos. Porque la Santa Iglesia les ordenaba respirar cadaverina, hediondez casi enseguida, y adivinar la fatigosa tarea de siete generaciones de gusanos. Todo esto adecuado a los gustos de Dios que respetaban y temían. Los minutos pasan pronto cuando un diplomado vela por su fe.

Emilio, el más obediente a las manifestaciones indudables de la Divinidad, dijo:  
—Che, aumentá la calefacción.

Más tarde, resolvieron bajar para dar la noticia, triste y esperada.

Él estaba cenando y asintió con la cabeza. Luego agradeció los servicios prestados y rogó que le fueran enviados los honorarios. Después señaló con un dedo a uno cualquiera de los uniformados y le ordenó ordenar a las radios, primicia para la suya, que difundieran la noticia.

Y quedó así, rehecha, corregida, discutida: «El Ministerio de Información y Propaganda cumple con el doloroso deber de anunciar que a las veinte y veinticinco Ella pasó a la inmortalidad».

El médico catalán subió los escalones de dos en dos, molesto por su pequeña maleta. Preparó, la inyección y estuvo consternado palpando la frialdad del cuerpo.

Las puertas no se abrían y la multitud comenzó a porfiar y moverse. Los policías dejaron de ofrecer vasitos de café enfriado y de inmediato aparecieron vendedores de chorizos, de pasteles, de refrescos entibiados, de maníes, de frutas secas, de chocolatines. Poco ganaron porque el primer contingente comenzó a llegar a las nueve de la noche y provenía de barriadas desconocidas por los habitantes de la Gran

Aldea, de villas miseria, de ranchos de lata, de cajones de automóviles, de cuevas, de la tierra misma, ya barro. Ensuciaron la ciudad silenciosos y sin inhibiciones, encendían velas en cuanta concavidad ofrecieran las paredes de la avenida, en los mármoles de ascenso a portales clausurados. A algunas llamas las respetaban las lluvias y el viento; a otras no. Allí fijaban estampas o recortes de revistas y periódicos que reproducían infieles la belleza extraordinaria de la difunta, ahora perdida para siempre.

A las diez de la mañana les permitieron avanzar unos metros cada media hora, y pudieron atravesar la puerta del Ministerio, en grupos de cinco, empujados y golpeados, los golpes preferidos por los milicos eran los rodillazos buscando lo ovarios, santo remedio para la histeria.

A mediodía corrió la voz de cuadra en cuadra, metros y metros de cola de lento avanzar: «Tiene la frente verde. Cierran para pintarla».

Y fue el rumor más aceptado porque, aunque mentiroso, encajaba a la perfección para los miles y miles de necrófilos murmurantes y enlutados.

1994



## La araucaria

El padre Larsen bajó de la mula cuando esta se negó a trepar por la calle empinada del villorrio. Vestía una sotana que había sido negra y ahora se inclinaba decidida a un verde botella, hijo de los años y de la indiferencia. Continuó a pie, deteniéndose cada media cuadra para respirar con la boca entreabierta y diciéndose que debía dejar de fumar. Con la pequeña maleta negra que contenía lo necesario para salvar las almas que estaban a punto de apartarse del cuerpo y huir del sufrimiento y la inmediata podredumbre. No lo precedía un monaguillo con una campanilla, nadie agitaba una vinagrera, nadie rezaba, salvo él durante cada descanso.

La pequeña casa pintada de un sucio blanco estaba emparedada por otras dos, casi iguales y las tres se abrían al camino de tierra dura por puertas hostiles y estrechas.

Le abrió un hombre de años indiscernibles, con alpargatas y bombachones blancos. Se persignó y dijo:

—Por aquí, padre.

Larsen sintió la frescura de la pieza encalada y casi olvidó el sol agresivo de las calles mal hechas.

Ahora estaba en una habitación pobre de muebles en una cama matrimonial una mujer se retorció y variaba del llanto a la risa desafiante. Después llegaron palabras, frases incomprensibles que atravesaban el silencio, la momentánea quietud del sol, buscando llegar a las sombras que se habían aproximado.

Un silencio, un mal olor persistente, y de pronto la mujer agonizante trató de levantar la cabeza; lloraba y reía. Se aquietó y dijo:

—Quiero saber si usted es cura.

Larsen paseó las manos por la sotana, para mostrarla, para saber él mismo que seguía enfundado en ella, Mostró al aire —porque ella tenía muy abiertos los ojos y sólo miraba la pared blanca opuesta a su muerte— mostró estampas de bruscos colores desleídos, medallas pequeñas de plomo, achatadas por los años, serenas algunas, trágicas otras con desnudos corazones asomando exagerados en pechos abiertos.

Y de pronto la mujer gritó el principio de la confesión salvadora. El padre Larsen la recuerda así:

—Con mi hermano desde mis trece años, él era mayor, jodíamos toda la tarde de primavera y verano al lado de la acequia debajo de la araucaria y sólo Dios sabe quién empezó o si nos vino la inspiración en conjunto. Y jodíamos y jodíamos

porque, aunque tenga cara de santo, termina y vuelve y no se cansa nunca y dígame qué más quería yo.

El hermano se apartó de la pared, dijo no con la cabeza y adelantó una mano hacia la boca de su hermana, pero el cura lo detuvo y susurró:

—Déjala mentir, deja que se alivie. Dios escucha y juzga.

Aquellas palabras habían agregado muy poco a su colección. Tenía ya varios incestos, inevitables en el poblacho despojado de hombres que se llevó la guerra o la miseria; pero tal vez ninguno tan tenaz y reiterado, casi matrimonial. Quería saber más y murmuró convincente: «es la vida, el mundo, la carne, hija mía».

Ahora ella volvía a dilatar los ojos perdiéndose en la pausa protectora de la pared encalada. Volvió a reír y a llorar sin lágrimas como si llanto y risa fueran sonidos de palabras y graves confidencias. Larsen supo que no estaba moribunda ni se burlaba. Estaba loca y el hermano, si era el hermano, vigilaba su locura con una rígida cara de madera.

Equivocándose, ordenó padrenuestros y avemarías y, como en el pasado, vaciló con el viejo asco mientras se inclinaba para bendecir la cabeza de pelo húmedo y entreverado; no pudo ni quiso besarle la frente.

Oyó mientras salía guiado por el impassible hermano:

—Cuando otra vez me vaya a morir, lo llamo y le cuento lo del caballo y la sillita de ordeñar. Él me ayudó, pero nada.

En la calle, bajo la blancura empecinada del sol, la mula restregaba el hocico en las piedras buscando, en vano, mordiscar.

Al regreso, de retorno al corral, la bestia trotó dócil y apresurada mientras el padre Larsen, sin abrir el quitasol rojo, hacía balance de lo obtenido y aguardaba, esperanzado, a que llegara la segunda agonía de la mujer.

El padre Larsen buscó, sin encontrar ninguna araucaria.

## Las tres de la mañana

La última patada lo hizo chocar contra la pared gris de la celda. Golpeó con la cabeza y tal vez haya tenido tiempo, un segundo, para agradecer el desmayo, la inconsciencia, el olvido de los tormentos.

El milico cerró la puerta, colgó vertical la metralleta de la mano izquierda mientras con la otra rebuscaba en procura de un pañuelo para secarse la cara. Era joven y había mostrado, hasta que se lo prohibieron, un pequeño bigote que no quería crecer.

La celda sólo tenía un camastro con una tabla por colchón, un balde ya hediondo de viejos orines y excrementos y, muy alto, un cuadrilongo protegido por alambre.

Cuando creyó despertar, noche o mañana, frío y sudoroso, no supo quién era. Se fue acomodando a esta personalidad que los hacía feliz, que era feliz y estaba no sólo despegada de todo pasado sino también del tiempo.

Era el otro, con pasado y destino indiferentes, con lacra, con dolor, recuerdos y esperas. Él estaba libre de la vida, libre de tantos miles de hombres mierdas empeñados en que el vivir fuera inmundicia y espinas. Él estaba libre y lúcido, despojado de todo, como recién nacido. Eran las tres de la mañana, aunque él nada sabía de horarios. Las tres de la mañana, hora en que traen a Comandancia el camión negro abrumado de prostitutas, de llantos, risas y palabras sucias que tropiezan con el bajo techo y caen sin sentido o destino, sin lastimar, sin rozar siquiera a nadie. Palabras muertas de tan viejas, de vuelo lento y corto. Ya nada más que palabras, la nada. Eran las tres de la mañana y era posible sentir y crear la invisible presencia del otro a su lado; inmóvil y tal vez con su recuerdo de ahogos en una tina donde flotaba la mierda; de inefables corrientes eléctricas del pene a la nariz o al revés, alternas o permanentes. Sin recuerdo de las trompadas del primer mierda, caricias olvidadas.

Comprendía sin interés que en la Casa Grande había un exceso de bestezuelas con figura humana. Pero él quería retener, con las uñas que le quedaban, la felicidad titilante y la nada que nunca tuvo principio no fin. Simplemente estaba. No tenía importancia que el otro, por causa de la tristeza a su lado, su perdida mitad, construyera el poema inmortal erróneamente atribuido a Pavese, tan lejano de su estilo y preocupación.

## El impostor

Estaba cansada de esperar pero el hombre llegó puntual y lo vi sonreírme con timidez, el primer nombre. Me dijo que era Él y repitió en voz baja, como si lo dibujara o moldeara, el montón de circunstancias que nos habían separado. Yo deseaba creerle, pero él no era Él. Gemelos, hermanos mellizos me obligué a pensar. Pero Jesús nunca había tenido hermanos, este Jesús mío.

Me besó cariñoso y sin presión y el brazo en la espalda me hizo creer por un momento. Inicé un tanteo:

—¿Cómo te fue en Londres?

—Bien; por lo menos me parece. Con esas cosas nunca se puede estar seguro — me miró sonriendo.

—Más importante —dije— es saber si te acuerdas de la fiesta de despedida. Del epílogo, quiero decir.

Me miró burlón y dijo:

—¿Es una pregunta? Bien sabes, y lo volverás a saber esta noche, que no podía olvidar. Recuerdo tus palabras sucias y maravillosas. Puedo repetir las, pero...

—Por dios, no, —casi grité y la cara se me encendió.

—No soy tan bruto. Era un juego, una amenaza cariñosa.

Frente a las dos botellas sonrió, burlándose. Una era de vino rojo, la otra de blanco.

—A esta hora, y como siempre, un vaso de blanco.

Él prefería así, Él hubiera dicho las mismas palabras.

Bebimos y después caminamos, recorriendo la casa. Este él andaba lento, casi sin mirar a los costados y se detuvo en la puerta del dormitorio.

Miraba la cama, sonreía, me puso un brazo sobre los hombros, me pellizcó la nuca y, como siempre, me puse caliente y húmeda.

Entre sábanas, viéndolo desnudo, sintiendo lo que sentía, supe que él no era Él, no era Jesús. En la cama ningún hombre puede engañar a una mujer. Pero después del jadeo y el cigarrillo, dijo:

—Bueno. Vamos a mirar el Van Gogh. Sigo creyendo que es falso, que hiciste una mala compra para la galería.

Lo mismo, iguales palabras, me había dicho Jesús antes de viajar a Londres. Y sólo Él y yo estábamos enterados de la compra clandestina del Van Gogh.



## Los besos

Los había conocido y extrañado de su madre. Besaba en las dos mejillas o en la mano, a toda mujer indiferente que le presentaran, había respetado el rito prostibulario que prohibía unir las bocas; novias, mujeres, le habían besado con lenguas en la garganta y se habían detenido, sabias y escrupulosas, para besarle el miembro. Saliva, calor y deslices, como debe ser.

Después, la sorpresiva entrada de la mujer, desconocida, atravesando la herradura de dolientes, esposa e hijos, amigos llorones suspirantes.

Se acercó, impávida, la muy puta, la muy atrevida, para besarle la frialdad de la frente, por encima del borde del ataúd, dejando entre la horizontalidad de las tres arrugas, una pequeña mancha carmín.

1994

## La mano

A los pocos días de entrar en la fábrica, cuando pasaba para ir al baño, oyó que algunas compañeras murmuraban y del murmullo le quedó el desprecio:

—La leprosa.

Por su mano enguantada, la que durante años anteriores al guante supo esconder en la espalda o en la falda o en la nuca de algún compañero de baile.

No era lepra, no había caído ningún dedo y la intermitente picazón desaparecía pronto con el ungüento recetado. Pero era su mano enferma, a veces roja, otras con escamas blancas, era su mano y ya era costumbre quererla y mimarla como a un hijo débil, desvalido, que exigía un exceso de cariño.

Dermatitis, había dicho el médico del Seguro. Era un hombre tranquilo, con anteojos de vidrios muy gruesos. «Le dirán muchas palabras y le recetarán nombres raros. Pero nadie sabe nada de eso para curarla. Para mí, no es contagioso. Y hasta diría que es psíquico».

Y ella pensó que el viejo tenía razón porque, sin ser enana, su altura no correspondía a su edad; y su cara no llegaba a la fealdad, se detenía en lo vulgar, chata, redonda, ojos tan pequeños que su color desteñido no lograba mostrarse.

Así que para el baile de fin de año que ofreció el dueño de la fábrica para que los asalariados olvidaran por un tiempo sus salarios, consiguió comprarse un par de guantes que escondían las manos y trepaban hasta los codos.

Pero por miedo o desinterés nadie se acercó a invitarla a bailar y pasó la noche sentada y mirando.

Al amanecer, ya en su casa, tiró los largos guantes a un rincón y se desnudó, se lavó una y otra vez la mano enferma y en la cama, antes de apagar la luz, la estuvo sonriendo y besando. Y es posible que dijera en voz baja las ternuras y los apodosos cariñosos que estuvo pensando.

Se acomodó para el sueño y la mano, obediente y agradecida, fue resbalando por el vientre, acarició el vello y luego avanzó dos dedos para ahuyentar la desgracia y acompañar y provocar la dicha que le estaban dando.

## Ida y vuelta

Se encontró sólo en la sala de espera y se puso a mirar el diario que había llevado para el brazo. Las manos le temblaban levemente. Sacó un cigarrillo y antes de encenderlo se acarició el ralo bigote cuyo crecimiento había vigilado durante semanas. Nunca había soportado el humo del tabaco y tosió con lágrimas; pero tenía que seguir fumando como un hombre hasta que llegara el momento de levantarse. No podía recordar, para imitarla, cómo era la expresión de un hombre cínico, un hombre maduro y ya de vuelta.

Tenía tres puertas por delante y fue paseando la mirada de otra mientras sentía golpear su corazón. La puerta del medio se abrió justamente cuando la estaba vigilando y apareció una mujer rubia, grande, cómoda, plácida y gorda; de los hombros le colgaba una bata desprendida y le sonrió desde la distancia, amistosa y alegre como si pudiera haberlo reconocido.

—Pasá, negrito —dijo, y él tenía el pelo castaño.

Se levantó del banco y avanzó sin mostrar su rechazo, sin poder contestar a la sonrisa alta e inmóvil. La habitación tenía una cama grande, cubierta por una sábana mal estirada, una cómoda con una gran jarra verde, hojas en relieve, sobre una palangana rajada. Había un perfume perdido en el olor inolvidable de la cocinilla a querosén.

La mujer sonriendo ya sin la bata desde la cama, empezó a parecerle enorme a medida que se iba quitando la ropa. Se arrimó al calor del fuego inquieto para terminar de desnudarse. Después la gorda se hizo cargo de él con experta paciencia, bondadosa y maternal.

Hasta que pudo, triunfal, iniciar su viaje de ida y vuelta en el túnel invisible, húmedo y sombrío, ida y vuelta hasta lograr verle la cara a dios por primera vez en su vida.

Ya en la calle pensó que lo que había comprado no podía sustituir a la palabra amor ni a sus sueños ni a sus intuiciones. Pero él no podía estar equivocado, estaba escrito que algún día no lejano su cuerpo y su alma iban a fundirse en la verdad dichosa y presentida.



## Tu me dai la cosa me, io te do la cosa te

Los muros de ladrillo de naves interminables y de un pequeño y cuidado cementerio judío era todo el París que les permitía la mezquindad de la ventana.

Un sol apático alrededor del mediodía y luego el frío, la débil llovizna velada y el viento lagrimeando en los ojos.

Norberto Coriani, el Canario de los Pueblos, pulsaba su guitarra en la estrecha cama. El Pibe Ametralladora, sobrenombre gratuito, se paseaba, ida y vuelta, puerta y ventana, por el corredor que formaba la otra camita.

—¿Así que nos vamos? Muertos de hambre, repatriados en la bodega de una cáscara de nuez.

—¿Quién la empezó? —preguntó o dijo a la guitarra Norberto, ensañado ahora con la bordona, nunca satisfecho con la vibración ronca que repetía, rectificaba, nunca totalmente satisfecho, como todo artista.

El Pibe, demasiado herido para una lucha estéril frente a frente, continuó moviéndose y repitió los mellados argumentos de los últimos días.

—Cuando te convencí yo tenía razón y estaba seguro. Gardel en el Olimpia, Arolas llenándose de guita. Te conseguí dos conciertos en El Garrón y me fallaste.

—No me dio la voz, hermano. El frío, los nervios. Vos sabés que si me siento en forma, adiós Gardel.

—Yo que vos le mandaba una carta pidiéndole perdón. Después le rezaría un desagravio en el notredame.

—Macanas, ya te dije. Yo no te fallé, me falló la voz.

—Sí, pero yo me lo aguanté todo porque a la final y al cabo soy el empresario. Era el empresario, digo.

—Bueno, acabala. Sonamos y se acabó. Los paquetes de francos, las minas que soñaste, ¿o era para engrupirme?

—Gardel tuvo las que quiso. Aquí todas son putas y saben cómo se hace. Pero, claro; con Gardel. No con cualquiera. No con un tartamudo afónico.

—Te digo que la acabés. Y no te lo voy a repetir.

Norberto dejó en paz la guitarra encima de la cama y se envolvió con la manta como si fuera un poncho.

—¿Tenés tabac?

El Pibe se detuvo y le ofreció el Gauloise que sobresalía del paquete. Fumaron un rato en silencio haciendo que el humo algodónara el fracaso, la miseria, la crueldad

implacable de París.

Después, desde el humo, el Pibe volvió a preocuparse.

—No puede ser, digo. Dos meses y ninguna mujer. Ahora, ni pagando podemos. Yo, que las tenía con sólo chasquear los dedos.

—Perdoname —dijo Norberto levantando una sonrisa—. Es cierto pero es distinto. Siempre te conocí mujeres de la vida. Eras muy amigo de Larsen. Yo, en cambio, no daba abasto con las admiradoras.

El color de la ventana iba pasando con rapidez del gris al negro y el Pibe podía ver, inubicables, lejanas luces de calles o ventanas.

Ahora la guitarra, invisible, como incrustada en la cama o la pared, repetía un agudo si insistente, apenas metálico, que hacía eco al golpear en la madera.

El Pibe soportó silencioso. Al fin, sin alzar la voz:

—Dos meses en París y ninguna hembra. Date cuenta, volver sin haber cogido. Aunque fuera una sola vez.

La guitarra continuaba insistente, sin llamar, terca y segura. No hubo ninguna palabra desvergonzada, ni nadie simuló un falso atisbo de cariño. El Pibe revoleó alta en el aire una moneda plateada de cinco francos que tuvo fuerza bastante para brillar en la penumbra y disponer el orden en que se iba a desarrollar la humillante pero victoriosa, única bacanal en París.

## Maldita primavera

Aquella mañana temprano Aránzuru abrió la gran ventana sobre los olores del jardín y un viento leve y caprichoso le tocó la cara y le revolvió el pelo.

Mientras se afeitaba, medio enfermo de sueño por haber dormido poco, se interrumpió para mirar fijamente el espejo. La cara sin arrugas pero con la carne floja bajo el mentón; las sienes con el pelo gris y mal cortado; los ojos sin brillo donde la curiosidad estaba muriendo; los labios aún rojos terminando con brusquedad en caídas amargas. No encontraba huellas del alcohol de la noche anterior.

Se puso bajo la ducha tibia y luego helada, restregando el jabón con una furia maniática.

Helga había prometido, en el teléfono, llegar por la mañana, llegar antes de mediodía y preparar el almuerzo. La había visto por primera vez cuando ella tenía dieciséis años y él estaba siendo empujado a la cuarentena. Fueron amantes esporádicos durante dos años. Después la sacaron del país y ahora había vuelto, cinco años después del adiós.

No sabía si Helga, que ahora era una mujer, lo había llamado para decirle que estaba terminado el paréntesis. No quería saber por qué había sonado aquella voz reconocible, pero distinta a la del recuerdo, alegre, pesada, segura.

Mientras caía un chaparrón, después de los aullidos y semidesmayos en la cama, ella se empeñó en hacer el almuerzo y se metió con una vieja bata de Aránzuru en la pequeña cocina. Él cocinaba siempre a mediodía y nada comía por la noche.

Fumando en la cama oyó el ruido de los huevos al fritarse y aspiró junto al humo del cigarrillo un tenue olor de cosa que se quema. Entonces, de pronto, y sin motivo definible comenzó a desconfiar. Y esta desconfianza se extendía al pasado, mientras sentía las débiles quemaduras de la ceniza en los vellos del pecho. La sospecha retrocedía hasta los prólogos con Helga, hasta la felicidad y la fe de las primeras noches clandestinas, cuando Helga avisaba a su familia de que pasaría la noche con su mejor amiga. Cubría también un después, cuando ella no tenía que pedir permiso a nadie y él, exclusivamente acaso, era el destino de las mentiras. Así, hasta que la sospecha le llegó a las piernas —luego de resbalar sin respuesta sobre el trío masculino, mustio ahora, arrugado en su petición de descanso— y lo obligó a saltar desnudo de la cama y hundir la cabeza en la abertura de la ventana, ver y respirar la primavera y pensar en un verso anónimo, en una imprecación: «Por qué habrás vuelto maldita primavera».

Durante la comida sin gracia, Aránzuru miraba sol y llovizna en la ventana, oyéndola masticar. Luego supo que no estaba equivocado. Un rápido amor en el borde de la cama, un montón reiterado y consciente de caricias en la frente y el mentón. Después la mirada, los ojos sin amparo antes de la súplica húmeda:

—Quiero ir a Ibiza, tengo que ir. Y no tengo dinero. Ay, amor, si pudieras ayudarme.

—¿Ibiza? —preguntó él sabiendo que trampeaba—. Ibiza. Vamos juntos.

—Es que yo... La verdad, tengo un compromiso.

Aránzuru dejó la cama, tanto semen perdido, y fue a sentarse al escritorio.

Desnudos los dos, casi ridículos. Ella empezó a vestirse.

—Siempre fuiste una puta y estuve loco por ti, porque nunca tropecé con una puta tan puta. Dime cuánto quieres o quiere tu nuevo macho. Te hago el cheque.

Ahora el cielo estaba limpio, el sol intenso y afuera las plantas erguían nuevamente sus tallos floridos.

## Bichicome

Ella tendría cinco o seis años cuando empecé a enterarme verdaderamente de su existencia. Hasta entonces era la primera hija de los Torres, una criatura tan bella que parecía hecha con manos de artista, pero no de la manera acostumbrada: Una enanita cargosa que estaba aprendiendo a hablar y oía conversaciones sin entender, ya con una mirada fija en los rostros parlantes de los mayores.

Claro, mis visitas nocturnas a los Torres con bebidas sin más límite que los rechazos de hígado o estómagos siempre o casi siempre reducidas a temas literarios, conversados casi sin discusiones con la admirable inteligencia de Rodrigo y su infalible intuición poética y algún escritor que transcurría con su pareja, se repitieron durante algunos años. Alicia tejía las horas, infatigable, con colores variados de las lanas.

Muy pronto llegó la media docena de años para la niña y se produjo y reprodujo en los principios de la madrugada un cambio de ambiente sutil y memorable. Se llamaba Beatriz, le decían Bichi, yo la llamaba —tal vez todavía— Bichicome. Mal vestido peinador de playas, resignado con la pobre, diaria cosecha.

Se produjo un cambio. Alicia interrumpía muy de vez en cuando su labor para pronunciar, cabeza inclinada, alguna frase corta y venenosa que encajaba con suavidad y destreza en la charla y que muchas veces era para mí. La sonrisa era de pura diversión; nunca acompañaba la pequeña maldad de las palabras.

Como te decía, hubo la imposición de un rito. Fue como si una noche, de pronto, hubiera dejado de mojar la cama y todos la miramos con sorpresa, seguros de que solo para ella habían pasado los años, dos o tres, e irrumpiera en nuestra conversación interminable, acaso la misma con que la habíamos aburrido cuando era una niña de paso balbuceante.

Así, una noche, cuando yo era el único contertulio que seguía hablando de libros y chismes, cuando había quedado solo con sus padres, ella, Bichicome, apareció envuelta en un salto de cama de la madre, adornado en los bordes con marabú teñido de violeta, que arrastró por la alfombra, fingió bostezar y desperezarse, caminó alrededor de la mesa bebiendo todos los restos de bebidas que habían sido olvidados en los vasos. Después se acercó con la boca fruncida y malhumorada, los ojos brillantes por la risa y se acomodó frente a nosotros, en el gran sofá ahora vacío y jugó con los adornos del salto de cama. El cabello muy largo y rubio. Sonrió a nosotros; a los ángeles, a los pequeños diablos, sus amigos. De vez en cuando una

pregunta inútil, una curiosidad mentirosa pronunciada con voz de queja, que era innecesario responder.

Y así, una noche y otra y todas las noches de mis visitas. Era demasiado niña para que yo la mirara con ojos distintos a los del hombre que tiene una hija de casi igual cantidad de años y que vive en otra ciudad y fue enseñada a odiarme. Pero ningún sentimiento de nostalgia me impedía mirar a mi Bichicome y pensar melancólico que cuando ella tuviera quince años yo sería irremediabilmente viejo.

Después, sin avisos visibles, como suelen llegar estas cosas, la Gracia descendió sobre Alicia y se hizo bautizar y confesó y llena de temor, como si la niña estuviera enferma, decidió bautizarla sin espera.

Bichicome tenía un tío millonario que vivía en un yate y navegaba entonces por aguas de Canadá. Católico como correspondía a un latino con fortuna, aceptó entusiasta la invitación para el padrinzago y telegrafió la fecha en que, entre viento y motores, podría estar en Monte.

Pero ya por entonces el corazón de Bichi era mío, obsequiado sin que yo se lo pidiera. Era todo lo que podía darme; pero ya lo había hecho en silencio y nada se había enmendado. Y nadie pudo modificar su veto al padrino de oro. Ni sermones, ni razonamientos, ni tenaces insistencias. Yo sería el padrino o no habría bautizo. No pudo elegir peor.

Y así llegó la mañana en que atravesando la resaca entré a la iglesia o capilla, soporté el latín del cura, vi como le mojaba a Bichi la frente con óleos sagrados, le ponía sal en la lengua y pasaba con Rodrigo a la sacristía para colocar la manufactura de un ángel. Bichi disfrazada de novia imposible; solamente el Señor podía darle acomodo en su lecho.

Ya en la calle vi empañarse mis lentes; estaba mezclando a la hija ausente con mi única ahijada. Y recordé que ambas iban a crecer y perder para siempre el paraíso de la infancia.

## La visita

Recuerdo que la mujer muy alta llevaba un traje sastre gris y un paraguas cerrado; en la cabeza, un sombrero de dos picos, tal vez de hule, rojizo.

No hacía ruido al caminar, al acercarse a mi cama. Yo estaba despierto y no había iniciado aún el viaje. En la otra cama dormía X. Apenas se inclinó para besarme la frente y dijo, murmuró, dos palabras en un idioma desconocido. Sonreía y toda su cara vulgar brillaba cariñosa.

Cuando se alejó de mí, acercándose a la puerta y a los pies de la cama de X, su cabeza era una calavera con restos de carne verde podrida; alguna tira colgaba peligrosamente en el aire sofocante de la habitación.

Señaló los ojos dormidos de X con su paraguas, que me pareció no haber sido abierto nunca, y sonrió sin esfuerzo, mostró la dentadura sin labios.

## San José

Era un buen carpintero y era José para los amigos. Cuando iba a la taberna, en la noche de los viernes, sólo bebía un vaso de vino y jamás participaba de las charlas maliciosas, o amargas, o de sujeto frenesí sobre los romanos, cónsules y césares. Tampoco tocaba los dados.

Tal era su bondad que un día su amigo Francisco le pidió que lo acompañara hasta lo más espeso de la floresta y allí, con paciencia infinita y una permanente dulce sonrisa en los ojos, le explicó el luego fácil secreto de cómo parlotear con los animales. José agradeció el regalo extraordinario, aunque no comprendía de qué podría servirle. Sólo era dueño de un asno y de gatos y perros vagabundos que lo visitaban para comer y muy luego se perdían en las curvas de la tierra reseca.

Con estas bestias cambiaba pocas palabras, sonidos guturales que no pedían respuestas.

José se había casado joven, sin desearlo, por consejo de sus padres y rabinos. Ella se llamaba Miriam y también fue impulsada por parientes y fanáticos.

Estaban en paz y eran felices porque la dicha de ella era la rueca y la de José construir muebles y pulirlos. Trabajaban juntos en la gran nave, sobre el mismo polvo rojizo y endurecido; ni en la gran cama santificada por el Señor tuvieron deseo de aproximación. Se ignoraron mutuamente.

Durante el día trabajaba, de noche tragaba la invariable sopa roja, escuchaba el resumen o la exageración de los diminutos secretos del día recitados por la dulcísima, candorosa voz de su esposa, y luego yacía para que el sueño le limpiara la fatiga.

Mientras serruchaba y pulía, oía con frecuencia las reflexiones del burro, tan burro que se preocupaba por el mañana, el sentido de los hierbajos, los movimientos solares y el propósito y fin de todas las cosas.

Escuchaba los rebuznos, a veces increpantes, otras atemperados. Pero no le contestaba, fingía no oír ni comprender tantas sandeces y continuaba su trabajo. Sólo cambiaba saludos de alegría y adiós con los pájaros del cielo, siempre más atareados que él mismo.

Una tarde oyó el zureo de una paloma y tuvo que mover cabeza y ojos hasta encontrarla. Era pequeña, de un gris sucio y húmedo.

—Oye —tartamudeó el ave—. El Señor ha dispuesto que construyas un palomar de tres metros de altura y su diámetro tendrá por lo menos dos metros. Y ordena que esté hecho antes de la salida del sol.



—No puede ser —dijo José—. Tendría que trabajar toda la noche. Y aun así.

—Tiene que ser —dijo la paloma sucia, y emprendió vuelo. Volvió para gritar, ronca—: Orden del Señor.

José quedó entristecido y obediente. Comió su menjunje color sangre y transmitió tristeza y resignación a su esposa.

Ineludible. Trabajó toda la noche sin más conversación que la cariñosa que le ofrecieron los grillos y un viejo sapo escamoso y escéptico.

Llegó la madrugada y estuvo erguido el inmenso palomar. José se arrastró del taller a su casa y durmió exactamente dieciséis horas. Despertó en la noche, comió unas cucharadas de sopa fría y fue nuevamente a buscar el sueño en la cama.

—¿Lo hiciste? —preguntó ella.

—Orden del Señor —respondió, y se entregó a la persistencia del cansancio.

Y una tarde de sol rojo y amarillo, mientras martillaba las suelas de las sandalias de un peregrino, vio cruzar y alzarse desde su casa, atravesando el agujero que le servía de ventana, en el taller, alejándose majestuoso y seguro, levantando apenas las alas, deslumbrante de santidad y belleza, al palomo de plata del Espíritu Santo.

# **Anexo**

## **Cuentos inéditos y fragmentos**

## Los niños en el bosque

Una canción sin palabras, sin más que los juegos de la boca reidora. Había una música rápida y sencilla, trenza de cantos, rondas y carreras que fueron abandonadas otra tarde —otra, aún, más allá del sueño y su país—, cuando los chicos vieron espantados cómo se hacía fijo el ojo bilioso de la iglesia. Guiñó sonriente y maternal la gran esfera del reloj, sobre la fuga chillona de los delantales y las grandes moñas que se iban acariciando el aire. Otra tarde, cuando se extraviaron como perritos friolentos aquellas músicas de niños que hacían ahora el canto sin palabras. Canción.

Cantaba la chica de la casa con pájaros en la verja negra. Enmarcada en la puerta de esta habitación desnuda donde cerraba la noche, cantaba guiñando los grandes ojos verdes, acompañándose con los requiebros del vestido cálido y rojo. Aleteaban en el repique las anchas cintas de las botas.

Aunque aristada de aquella tarde del extravío de sus tres músicas —la que daba vueltas; aquella otra que saltaba como una pelota en un chorro de agua de un salón de tiro, yendo y viniendo la tercera: péndulo, cuna, caballo, el cepillo, oloroso de la palabra *bosque*, de las carpinterías— aunque, triste, era bailarina la canción. Sin palabras, hablaba del anzuelo de plata en el mar; la niña hija del clavel y la rosa; la caja de cristal y oro donde viaja muerto Mambrú entre sus cuatro oficiales, frío y blanco, sordo al pío pío, pío pío pá del pajarillo sobre la tapa. Hija de la tristeza; pero va en rápidos giros, la canción.

Cantaba y le reía, alzando los finos dedos en garabato hacia el bajo dintel color guindo. Él estaba contra la pared, crucificándose en el sueño empapelado para tomar impulso, una mano en el crepúsculo de la ventana, abierta la otra sobre el yeso roto. Se apoyaba midiendo la distancia entre él y ella, las anchas tablas del piso donde estaba hundido un reflejo de luz.

Y todo el cuarto que los separaba, el aire encerrado que la ponía a ella meneándose en el umbral y lo recostaba a él contra el empapelado velloso del muro, se espesaba con algo que atravesaba los vidrios y que no podía saber de dónde venía y qué era. Algo sosegado y recóndito, algo para siempre perdido y recluso, como el secreto y la boca de un muerto.

La canción trepando lenta, aire con sueño; cayendo en vértigo, crepitando en la granizada de las botas.

La chica que él veía recostarse y sonreírle en el balcón de la casa de la otra cuadra —la casa que tenía un gran pájaro negro tendido y ensartado en los hierros de la

puerta—, hería el piso luciente con las extrañas botas de terciopelo y le sonreía entre las palabras sin voz de canto, guiñando los ojos pesados, ofreciéndose y burlándose con el viboreo de la cintura.

Se apoyó en las manos y saltó, llevándose, con el ostensible deseo, la seguridad del nuevo fracaso. Otra vez, como en las tres intentonas anteriores, estuvo junto a ella, la rodeó, la dobló hasta el suelo y tuvo que levantarse, jadeante y rabioso, porque estaba encima de Coco.

Siempre con el vestido rojo y bailando en el aire las botas, el muchachito la miraba desde el piso, le sonreía aleteando las largas pestañas, se daba pintarrajeado y cínico en el canto.

Con un acompasado chisporroteo de grillos, la canción; y otra vez enmarcada en la puerta rojiza, los brazos de la niña retomaban las mallas huidas de su red y —contoneo, oferta y burla— continuaba el baile.

Había soñado así y no podía comprender —tres veces— el escamoteo de la chica del balcón. Recordaba ahora —semidormido en el calor de la cama lo veía más claro que nunca, con la viruta y gancho del débil rizo negro— el lunar que ella tenía en el cuello, única cosa que le dejaba con su gracia al darse vuelta para reír sin causa con la amiga, o mirar al final de la calle donde nunca había nada digno de que ella mirara.

Tampoco podía saber por qué era encogida y triste la atmósfera de la habitación soñada; ni —esto nunca, nunca podría saberlo— por qué ella debajo suyo era Coco sonriéndole como una mujer pintada y barata.

Abrió los ojos y los cerró enseguida, contento de que no hubiera entrado más que el chorro de sol lleno de un polvillo plateado y lento, y el agua estremecida del botellón con una mosca presa. Pensó que era otoño y que este sol debía estar fuera, dormido y amarillento en un limpio cielo de seda. Ocre de los árboles, plazas con viejos y niñeras, un aire palpable y como quieto para siempre. Pero el zumbido de la mosca en la botella iba haciendo, a golpes, dando bruscos pedazos de paisaje, el último verano.

Era una tarde del verano reciente, en la playa, con un sol abriéndose y cerrándose en abanico, papeles sucios y arrugados, botellas vacías, trenzados macizos de arbustos que hacían la sombra para la pereza de la siesta. Temblaban, combadas, las líneas blancas del oleaje. Blanca, temblorosos los mil triángulos de los gallardetes —fresco y viento—, se balanceaba, subía, bajaba la balsa de la escuela de natación. Al fondo —ochocientos metros desde el espigón de la playa mansa, decían los programas de las carreras—, la sombra oscura de la isla. Árboles aplastados, el punto gris del faro, estilo *over*, pecho, *crawl* rítmico y desenfadado de una indígena desnuda en aguas transparentes. Mares del Sur. Y él estaba boca arriba en el rincón desierto de la playa, mintiéndose sueño para poder estar luego contento por haber dormido, sin ropas ni techo, solo, animal sobre aquella arena de color tostado.

Abandonó de golpe, enfriado, frío el verano por el recuerdo del atardecer con nubes, el regreso costeano el muelle, dando la cara al viento desapacible.

Estaba despierto. Debían ser ya las diez porque el sol lamía la pata de la mesa. Afianzó las mantas sobre la cabeza y alzó las rodillas; reconocía las tres zonas de olor de su cuerpo: la áspera, la dulzona y la aguda, y se sacudía como un perro mojado, mezclándolas. Estaba, era, solo. Y el olor, única cosa que percibía, era otra vez él mismo limitando, defendiendo su soledad. Mejor que oler a perfume de jabón. No importaba que más allá estuviera la biblioteca, la mesa con tres libros amarillos y el diccionario gordo y azul; la lista de polvo en el estante; las cortinas sujetadas brutalmente contra la puerta por las cabezas negras de las chinches. Y también el padre leyendo el diario en el escritorio, mami pasando y volviendo por motivos incomprensibles y el vestido negro de cuello de encaje, un círculo de círculos. Luego —acaso aún no fueran las diez— la voz de Clara en el patio leyendo el libraco de Derecho.

Pero no; estaba, era, solo. Y tenía algo en qué pensar, una cosa que había para hoy y que lo haría feliz desde ahora. Acababa de perderla; pero iba a recordar enseguida aquella pequeña, tan dulce felicidad de hoy. Sí; era algo que tenía que ver con un gordo viejo desmelenado y tres iniciales con sus puntitos, tres letras finas, graciosas e inclinadas. Tres, acaso una G y... El viejo de paleta hizo una mueca, un gesto indecente con dos dedos y se fue con las finas letras y la dicha del día. Perdida.

Ya no tenía fe ni esperanza, frío y rabioso entre las mantas. No tenía fuerzas para suplicar desesperado —como tantas veces al apagar la luz o al despertar— que sus ojos ardientes y húmedos se abrieran ante algo desconocido. Otras cosas, otra gente; aunque fuera en una de las misteriosas piezas altas del conventillo de Lorenzo. Poder una mañana asombrarse ante lo inesperado, entre una cobija acribillada y un colchón endurecido y flaco.

Atravesó las mantas y el olor, ya borroso, la voz en runrún de Clara desde el patio y el chirrido del sillón. Otra vez, fugaz, pirueteó el viejo de las tres iniciales. Vencido, derrumbados los muros que defendían la soledad en sombra del cuerpo arrollado, alzó un brazo y apartó las frazadas. Se rindió a los ruidos y las imágenes que ellos traían, la casa, la vida de alrededor.

Se sentó en la cama, bostezando hasta dolerse, rascándose la cabeza con furia. Tembló el agua del botellón. Con la mandíbula apoyada en un puño quedó mirando la mosca hasta que la vio quieta con un brillo de plata en la cabeza y las patitas duras y estiradas. Por qué diablos nunca pude tenerla mientras estaba soñando y se me cambiaba por el Coco. Quedó sin pensar, dormidos los ojos en el retrato de Einstein de la pared de enfrente hasta que golpearon en el vidrio.

—Las once, Raucha.

Mami.

—Sí, voy.

Se metió entre las cobijas, cara al techo. Un asco, todo. Hasta que no pueda más

de rabia —yo o ellos— no me levanto. Golpearon en su rabia, en la tristeza de la soledad impuesta y de la soledad inalcanzable, las campanadas de un reloj. Quiso taparse, saltar de la cama, pensar en otra cosa.

Dam dam dam, estaban los redondos campanazos de la iglesia en el atardecer, haciendo temblar el aire del gran patio de piedras del colegio y del galpón del refectorio abandonado. Afuera, en la sinuosa calle arbolada, era el carnaval, sonaban matracas y músicas. Las graves campanas de la tarde habían abierto sus grandes círculos encima suyo y él estaba encima de la Chonga sobre la larga mesa de patas en A. Cuando ella gemía entre los dientes apretados y él se revolvía furioso, alcanzando lo que siempre debía huir, las campanas mezclaron la tristeza de los cielos oscurecidos y la infinita tristeza de Dios, con la angustia de su ternura y su furia.

Sonaban acordeones en la esquina del almacén, pasaban ligeros coches de risas y pitos. Y aquello —él, ella— había quedado unido para siempre con los campanazos límpidos y austeros que le golpeaban aún en la cabeza.

Apretó la cara, revolviendo el trago espeso de las lágrimas.

Filos de sombras retintas cortaban las grandes lozas del corredor. Miró las piedras del patio donde mujeres gordas y arremangadas lavaban junto a la pileta amarilla. Arriba, los barrotes rojos de la baranda, las puertas manchadas de las habitaciones, camisetas y largos calzoncillos goteando sobre el patio.

En una de esas piezas vive la madre de Ros. Volvió a sonreír. El doctor Ros. Pensaba en la madre; blanca y arrugada. Debía estar durmiendo en alguno de esos cuartuchos hediondos, cansada de velar sobre la silla enana de atrás de la cancela del prostíbulo.

Se metió dos dedos en la boca y silbó. Pero ya, riendo, sin cuello y despeinado, venía Lorenzo sobre las manchas de agua gris en las piedras.

—¿Comiste?

Se encogió de hombros y continuó riendo.

—¿Para dónde vas?

—No sé. Vamos a dar una vuelta. Por ahí.

Empezaron a caminar por la vereda respirando el sol que lo llenaba todo.

—Lindo.

—Sí. ¿Cómo te diste cuenta? Vamos para la vía.

Pasaban los vehículos llenos, gentes apresuradas; un montón de niños que corrían por la calle. Bajo el follaje ocre de un árbol de enfrente chisporroteaba un jaulón de canarios.

—¿Y la vieja?

—¿Cuál vieja?

—La de Ros.

—Y... Debe estar durmiendo.

—Bestia. Si te digo ¿y la vieja? es para que me hables de ella.

—Ah.

El negro de la esquina ya estaba borracho. Reían la boca agujereada y los revueltos ojos debajo de la gorra grasienta. Miraba al cielo apuntando con el dedo.

Raucha insinuó al pasar:

—¿Por qué no te metés...?

Doblaron, caminando ligero por la calle en pendiente. Allá abajo, los cuadrados galpones y los rieles ondulantes. Lorenzo sacó cigarrillos. Se entrepararon para encender y Lorenzo dijo:

—¿Lo viste? Siempre está así. Siempre borracho y contento, riéndose para arriba. El buen cielo de Dios.

—El buen Dios del cielo.

—Y el cielo del buen Dios.

—Sí, ya sé. Me gusta mucho encontrarlo y hasta cuando pienso en él me hace bien.

—Y en pago le diste ese consejo. Sos un bruto. Hay el dedo del Señor. Pero ése es el dedo roñoso y puro del hombre de buena voluntad que recoge y devuelve la señal.

Raucha sacudió los hombros mientras miraba rápidamente la punta del cigarrillo que había encendido mal.

—Bah, ya te lo dije. Pero, para variar, ando rabioso. Y últimamente, todo eso: recoge y devuelve el mensaje... Ya es hora, podríamos no hablar de esas idioteces; ni para hacer bromas.

Lorenzo volvió a mostrar los dientes en silencio. Cruzaron, entrando en diagonal por el terreno arenoso. Los balcones con grandes F. C. C. en los techos inclinados. Color no había; pero acaso existiera un adjetivo para decir y ayudar a comprender el color del cielo. Alguno que fuera a la vez cristalino, azulado y sedoso, pero también otra cosa más, más cielo, más profunda y pura.

Caminaban despacio, hundiéndose en la arena gruesa y tibia. Una locomotora, locomotorita, reposaba sobre los desvíos haciendo una sombra tormentosa con las desgarradas formas del humo. Antes de tumbarse rió Lorenzo:

—¿Qué? ¿La sierva olvidó untar las tostadas para el chocolate?

Se acostó junto a Raucha despatarrado, balanceando las piernas en el aire.

—¡Cien azotes en la planta de los pies!

—Imbécil. Tanto orgullo por vivir en un conventillo. Cierto que es sucio, muy sucio; pero no es para tanto.

—Sucio y con un olor a letrina. Es inmundo; pero reconozco que no me lo dieron por mis méritos, ni tampoco es tuya la culpa si te ponen colonia en el pañuelo.

Arriba el cielo con rayas de luz, recién lustrado. Lindo abandonarse en la arena sucia, caliente de sol amarillo. Oblea. Retemblaba la máquina, corriendo hasta

meterse en el ladrillo del balcón, regresando con pitos y requiebros en las curvas, como jugando. No lejos, debían gritar niños con perro.

Cantó uno de los dos, lento, tres o cuatro frases de cualquier cosa. Voz de ojos cerrados, con la luz caliente aplastada en los párpados. Y enseguida no se supo cuál de ellos había cantado; todo se olvidó en una repentina placidez que era como un ancho silencio en cuyos bordes limaban estérilmente los niños y el perro, gentes invisibles y la nerviosa locomotorita.

Preguntó Raucho en el segundo cigarrillo:

—¿Leíste el libro?

—Sí, a pedazos. Crónica de policía. Yo también tengo que matar a alguien, pero como no soy loco, por ninguno de esos líos. Yo tengo que matar... Dos cosas: una, que el otro día vino el tipo, el doctor. Traía plata y empezó a insultar a la vieja por su descansada profesión nocturna en la silla petiza, tejiendo unas pañoletas que nunca se acaban y abriendo y cerrando la puerta de un negocio. Hubo una pelotera de todos los diablos. Un detalle: la otra noche fui; vi que la viejita se hizo un sistema con piolín y resorte para abrir sin molestarse. Cuando un cliente se va, empuja con la zapatilla. Bueno, creí que el convento se venía abajo. Al final lo echó y le gritaba prendida al pasamanos: «Algún día voy a tener plata, mucha plata. Entonces voy a poner el quilombo más grande de la ciudad, con un letrero luminoso: Gran Quilombo Ros, Gran Quilombo Doctor Ros».

Raucho gustaba, fríamente, como un cuadro, lo que iba contando el otro. Miraba con atención la cara surcada de la vieja, trágica, feroces los ojos, negro el agujero convulso de la boca. Las gastadas manos como rompiéndose en los hierros de la escalera, colgando la mal rellena bata sucia sobre el patio empedrado. Volvía a detenerse en las luces de los ojos, la vieja cara tajeada entre el pelo blanco y flojo con manchas como de nicotina.

—¿Y el viejo?

—Muy bien —Lorenzo rió una breve risa—. No lo vi pero ahora me acuerdo que pensé en él. Muy bien por haberme preguntado. Hay que fabricarse el viejo impasible, en la cama, tirado, borracho, con los ojos más grandes y la barbita rubia.

—Al cuerno. Pero no sé qué idiotez querías que te oyera sobre un asesinato. Demasiado conversado, además.

—Calma, niños... Imaginaos que un honrado seglar...

—¿Cómo lo imaginabas al honrado seglar?

—No me acuerdo; o me parece que con galera y como tu padre cuando venía a buscarte.

—Ah... No, no es vanidad: sos tan sucio y hediondo como tu conventillo. Perdoname, reconozco que no era vanidad.

—Calma, niños. Bueno, sigo. Eso, el lío de la otra tarde entre la vieja y el doctor, es el punto número uno. Ahora viene el segundo. Yo no veo claro la relación con el otro; pero necesité los dos, como si me apoyara en los dos, para saber por qué tengo



que matar a alguno.

—Ah. Y no te muevas: el Rengo va por el puente con otro.

—Reviente. Yo iba por la calle y adelante caminaba un gordo. Despacio; y resoplaba porque hacía calor. Sentí que me hervía la sangre y me acordé del coche blindado con la torre de ametralladoras. ¡No tenerlo! Pero el asunto es así: me di cuenta de que el tipo aquel me sacaba el aire, litros de un aire que es mío, ¿entendés? Y todos los bestias que sudaban, arrastrando las patas por la calle, hacían lo mismo: ocupaban mi aire y se lo tragaban, sin pedir permiso, los brutos, roncando.

Rompieron la luz tres hombres con herramientas al hombro. Vieron, allá en el puente, un montón de niñas de azul con las carteras del colegio. Rozaban los uniformes el cielo, estirando sobre el otro su azul grave y nocturno. Más acá, estrías finas de nubes trepaban cautelosas por la enorme curva serena. Ladró cerca el perro —*foxter* tiene que ser, y con manchas negras junto al hocico— y oyeron que lo llamaban del lado de la calle.

—Comprendí que era la cosa más sencilla del mundo. Tengo que matar por asco.

—El gran animal. Y para eso me hiciste toda la historia del letrero luminoso y el gordito de la calle. Que posiblemente era menos asno que vos.

Fumaron un rato en silencio, estremecidos por un leve viento frío. Ya vienen a jorobar las nubes.

—Estuve pensando en la Chonga —murmuró Raucha.

Iban las chicas para el colegio en su azul de noche. Recordó el olor a cuero y merienda —mandarinas con las pequeñas y retintas hojitas, o pan, dulce y queso— de las grandes carteras colgadas de las manijas. Si me apuro acaso pueda verla, Lorenzo.

—Agarrar a un tipo del pescuezo...

Se reía y un poco de aire le jugó apenas en el pelo apoyado en la frente.

—Estuve pensando...

Siempre lo mismo: las campanas y no poder saber por qué nunca más quiso.

—Complican las cosas. Pero en el fondo es el asco y otro instinto de propiedad. Dije propiedad del aire porque es como Dios, todo, está en todo. ¿Pero te das cuenta? Que se guarden el dinero, las casas, los automóviles. Pero las bestias en los libros, los paisajes, las mujeres, calculá cuántos están ensuciando esta mañana, con el sol, las nubecitas, el arco del túnel con el puente, las mocosas que van para el colegio.

—Debe ser como la una, ya.

Quería decir que a la una la doble fila azul empieza a entrar en el colegio. Están las hermanas con las manos en el rosario del pecho, junto a la gran puerta ovalada. Nuestra Señora del Perpetuo Socorro entrelaza en lo alto sus dedos de piedra. Hay una de las muchachas que es la única distinta. Uniforme azul, la cartera y la moña y las trenzas. Pero yo sé los ojos que ruedan, conozco la boca hinchada y el suspiro y cómo le chirriaban los dientes.

Una mano en el pescuezo, porque tiene que ser con una sola mano. Así uno se da cuenta de que no necesita gastar más que la mitad de la fuerza y la mitad del asco. Un

poquito más que cuando le tuerce el gañote a un pollo.

—Hoy empiezan las clases, ¿eh?

—¿Todavía con eso? Sí, hoy. Tal vez por eso te dio por pensar en la Chonga. Bueno; puedo escuchar otra vez la historia de los campanazos.

—Siempre pienso. Pero hacía mucho que no me daba tanta rabia.

—Bueno, esta noche tengo dinero. Voy a tener ocho pesos. Festejamos la rabia.

—No, gracias.

Mientras reía alegre, Raucho le vio de costado la gran boca blanca llena de dientes.

—Hay tiempo hasta la noche. Además, no es yo; es con el otro el asunto.

—Claro. Y como el otro es más sucio, más fuerte... Pero es distinto. No tiene importancia, aunque esta noche saliera con vos y los ocho pesos. Se trata del yo, de lo que pase ahí.

—Estás enamorado.

—No. Si no fuera porque oí campanas... ni me acordaría.

—Bueno. Pensá entonces, despacito, en la tarde aquella en el galpón del colegio. Despacito. Y dam dam. Las campanas. ¿Está?

—Andá al diablo.

Apretaba fuerte los ojos, mordiéndose para sostener las redondas mejillas llameantes, las dos curvas luminosas y húmedas de los ojos de la Chonga debajo suyo.

—Pensá, bien, que aquella tarde, cuando... Bueno: poesía. Vos, ella y las campanas de la capilla. Pensá cuántas bestias te estarían ensuciando la tarde. Era sábado y los gordos en pijama se sentaban a la puerta con las mujeres y hablaban de las elecciones y del fútbol. Sábado inglés, pensá.

Atenaceaba el recuerdo del refectorio con grandes planos de sombra y la ondulante mesa. Oruga; ahora sí comprendía la mesa: oruga de patas en A.

—¡Si es tan fácil! Muy natural imaginar un gordo panzón montado en una silla frente a la puerta. Pelado, el pescuezo con arrugas. Mirale las muñecas peludas, los bigotes cuadrados. A veces revuelve en la garganta y escupe. Escupe tres o cuatro veces porque juega que la escupida tiene que pasar por el cordón de la vereda. La cosa presenta dificultades.

La risa lo hizo sentarse y toser el humo.

—¿Me siguen, niños? Y con la escupida número cinco (un poquito más y hubiera llegado) empiezan a sonar las campanas. Vos y la Chonga. Esas campanas son de ustedes. Pero el gordo también las oye y las usa; para cualquier porquería; nadie se lo puede impedir.

Pero las altas campanas habían mezclado en ellos la tristeza de un paisaje quieto y helado, momento agudo y terrible que era como una mirada fija, clara y muerta. Y también la pureza de las campanas se había rozado con ellos abrazados en la sombra. Pensaba en parajes remotos e indiferentes, caras de la tierra pensativas o impasibles.

Iba y venía la pequeña locomotora entre alaridos, serpeando. Al detenerse, mientras volteaban indecisos los émbolos preparando la marcha atrás, la chimenea soplaba el humo de vellón en redondos montones. El gran ojo apagado perseguía en el cielo el rebaño cambiante. En la arena tostada sombras cálidas mezclando negros sucios con oros recónditos. Los galpones con el detonante rojo lamido en las chapas de hierro; casas, casitas, chalets de cartón perdidos en un paisaje mal pintado. Giraba el gesto curvo y enladrillado del puente.

Alegre y sin fatiga resoplaba la pequeña máquina. Disparaba veloz, riendo en el jadeo, ayudándose con los molinetes del émbolo, el ojo grueso y redondo abierto hacia el capricho del humo.

—Como si la solución estuviera en matar. Yo te digo que no sirve para nada.

—¡La solución! Por favor: no hay solución. Ya te dije que el genio descubrió que se mata por asco. Ni solución ni problema a solucionar.

—Además, que el señor ladra demasiado.

—Delante tuyo; porque el señor no es orgulloso ni egoísta. Pero también voy a morder. Mirá: en cuanto a eso estoy seguro y tranquilo. Fijate en el puente, hacé literatura con la curva y con la piedra. Bueno: así estoy yo.

—Pero matar... Cualquiera bruto mata.

—Pero no por asco. Y no voy a eso; problema hay siempre y luego de matar sigue. Vos también hablás del yo y el otro, lo puro y la bestia. Te reís todo el día, o mostrás los dientes; sos el hombre aviso de la Dentilina. Pero no estás contento, nunca. ¿Y entonces?

—Bah. Nadie está contento.

—Pero es distinto. Nosotros nos damos cuenta; y si no nos volvemos idiotas de golpe, sabremos siempre que tenemos asco y por qué. Éste es el problema. Pensar en todos los años que nos esperan de no estar contentos y de vivir entre los dos mil millones de bestias con olor a oveja.

—Y a chivo. Pegate un tiro si no te gusta. No hay otro camino; sólo que vos también llegues a oler a oveja, gallinero, perro o señora limpia en zapatillas. Sin tener el alma con alguno de esos olores domesticados no se puede estar contento. Nadie puede.

—¿Seguro?

—Nadie.

—Porque yo, busco, siento que tiene que haber una alegría... Pura, salvaje. Alegría alegre. Algo de animal, pero consciente, y algo de estar solo. ¿Entendés? Y aunque no entiendas. Yo la busco, me mantengo nada más que para seguir buscando.

—Li te ra tu ra.

—Y tiene que estar escondida en alguna cosa de la vida. Si no existiera yo no

podría buscarla.

—Literatura, niños. Vas a terminar encontrando cualquier cosa y te vas a quedar contento vos también. Alegría pura, salvaje, animal. Sí, sí. Pero vas a apestar a oveja y no te vas a sentir el olor. Como los otros. La única manera de ser leal y decente es no transigir. No alegrarse, estar siempre asqueado y contra todo. Que vengan los años; voy a andar arrastrando las patas pero siempre alerta; con sólo mirar reconozco la inmundicia de todo. Cuando me quieran engañar escarbo y escarbo. Tengo fe en la inmundicia y escarbo hasta encontrarla. Entonces me quedo tranquilo y muestro los dientes.

—Dentilina. Si yo estoy en lo mismo. Pero, entonces, ¿para qué? ¿Vas a vivir entre la gente, mostrando la dentadura, descubriendo dos mil motivos por los que tenés que matar? Podrías escribir un libro sobre eso. Dos mil motivos. Descargo, liberación; y te ahorrás la sangre y la sombra.

—Bueno, sí. Pegate un tiro. La carne es triste y leíste todos los libros. Te ponés anteojos gruesos, te castrás y te pegás un tiritito. Pero yo pienso seguir riéndome. Y voy a hacer todo el mal que pueda; que es otra solución.

—El otro día pensaba: ¿no se podría estar contento dedicándose nada más que a uno mismo? Uno, y alguna cosa linda para hacer.

—Cuentos. Eso es masturbarse. ¡Masturbarse, niños!, como gritaba el cura Puig. Y no se puede.

—¿Masturbarse, decís?

—El cura. Yo digo la santísima. Escuchá: cuando hay una revolución cualquiera; ¿cuántos tipos la aprovecharán para eso? Matar, incendiar, acostarse a la fuerza con mujeres que se bañan todos los días y se perfuman con Murray entre las piernas. Para hacer mal, nada más. Romper y ensuciar.

El cielo extendido y la derramada luz sonriendo a la fuga de nubes. Sentía Raucho la oportunidad de abandonarse al sol, flotar, hundirse en sí mismo hasta tocar —lento, blando— su ternura intacta y ahora como soleada. Tibieza. Pero en otro cielo desapacible y nuboso, entre masas de una luz fría y hosca que gesticulaba pausada, estaba su pensamiento fijo y terco. Sucio, tedioso, disgustante. Pero era su pensamiento. Preguntó con una lisa voz:

—Vos no te masturbás, ya...

—Decí la santísima; es mejor. No, no puedo. ¿Y el señor?

—Yo sí. Y no por eso; no por gozar.

—Entiendo. Lo hacés para perfeccionamiento del alma. Seguí contando que yo miro al hermanito sol y la hermanita nube. ¿Leíste San Francisco?

—Un día se lo dije a mi hermana.

—Linda, Clara.

—Linda. Hubo un tiempo en que jugábamos y era de veras mi hermana.

Calló un momento, sabiendo que hablar era como desnudarse para ojos chispeantes y maliciosos; que iba a estar luego rabioso y arrepentido, odiando a

Lorenzo por haber escuchado. Pero tenía un contento amargo viendo cómo la sucia imagen se removía perversamente en el cielo nublado y agrio; y era necesario que él la hostigara con palabras exactas y frías; necesario que soportara sin parpadeo la forma grosera revolviéndose sin vergüenza. Necesario aceptar y mostrar todo lo que fuera suyo.

—La otra noche estuvimos hablando. Estaba alegre y buena; me pareció que era como antes, que me iba a entender. Charlamos de muchas cosas y se lo dije. Se puso colorada: Sos un degenerado y si seguís lo llamo a papá.

—Apoyado y aplausos. ¿Pero qué, cómo le dijiste? Qué habrá hecho Caín... ¿Nunca pensaste, si Abel hubiera sido mujer...?

—Estuvo hablando de arte y de sexualidad. Esa historia de la sublimación. Claro que repetía las burradas que le dijo el profesor. Pero estaba alegre, y me miraba y me decía Rauchito como cuando éramos amigos. Un momento, sí: tenía una pulsera corrida contra la mano y la hacía sonar a veces en una copa. Me acuerdo. Yo me engañé y le dije, así: la masturbación es el momento más grande de mi vida. Intelectualmente, se entiende. Entonces me insultó.

—Aplausos. ¿Pero qué es eso de momento más grande?

—Sí. Nunca gozo. Pero pienso en algo y entonces lo veo más claro que nunca; me doy cuenta de cosas que en frío se me escapan. Soy más inteligente.

—Estás loco como una liebre, hijo mío. ¿Te imaginás una academia, resolviendo problemas con tus métodos?

Un viento suave, leve y frío se corrió por el silencio. Oyeron que se había ido la locomotora. Raicho estiró los brazos.

—¿Vamos?

Se levantaron en el paisaje abandonado. Entornó los ojos, casi sonriendo. La arena, los rieles retintos, las nubes se desflecan lejos del sol y miró en mediodía un cielo de una dulzura como sólo con luna he visto.

Subían, inclinados, el barranco con matas de arbustos. Vieron el sol en la calle, largo, echado, estrellándose en el sifón azul que cargaba una muchacha de piernas desnudas.

Volteó el brazo con el libro, rayando el gris de siesta de la pieza. Desde el rincón de la gran cama tintineante, se puso a mirar el rojo de las baldosas aún húmedas, el papel azul y nuevo que forraba la mesa con el bronce del calentador. Miraba. Y, mientras, sentía que su cara era redonda, que le crecían los pómulos y la fuga oblicua y brusca de los ojos hacia las sienas. La raya de luz de la puerta entornada se abría y cortaba en el lavatorio de hierro con el disco aquietado del agua. Él estaba ante su cara y el paisaje diario del cuarto en siesta, atento como frente a revelaciones imprevistas: la gran boca extendía la sombra dulce y fresca, los puntos de luz en los vidrios estiraban la raya de los ojos.

El hombre del libro es un pobre hombre.

Abrió la mano y la trajo sobre el pecho. Entonces escuchó de golpe, como si recién comenzaran todos juntos, los ruidos. Sonrió. Si alguno lleva la batuta: ¡qué alma llagada y leprosa!

Chapoteaban las manos rojas de las mujeres en la pileta; un pájaro, pájaros redoblaban aleteando los alambres; temblaba el aire arriba, a la voz profunda y maldiciente y la otra, aflautada, quejosa y puteadora. Marrón y verde agrio, las dos voces sin pausa, mezcladas, destrozándose en la disputa. Al fondo, el inverosímil gramófono con la trompeta de campánula.

*Todos me piden que cante  
y mi canto es un llorar.*

Cantaba la Blackie con voz abierta en un disco alisado por el roce. Debajo del mueble, la carpeta ensuciada de moscas. Y el hombre, grueso, envuelto en el guardapolvo, mateando, escondida su alma toda su vida tras los anteojos ahumados.

Volvía el agua, la ropa y los cuentos sucios de las lavanderas. Se agitaba arriba, tormentoso, el trenzado de las voces de odio (cómo erizaba el serrucho de la voz limón en la otra, enorme tronco sepia).

Y en medio de todo, tendido en la cama que era el centro de todo, él reía alto por su secreto de abril una risa entre toda inmundicia. Y porque había pensado — sintiendo su callada risa— en una flor blanca, lirio retorcido y curso, alzando su curva allí, en mitad de los sucios ruidos.

Si será leproso y llagado, el demonio de la batuta.

Y venía, flotando arriba de todo aquello y viboreando, hundiéndose, el pito desolado de alguna locomotora. Lejos, lejos, lejos.

Dejó la risa y se sentó en la cama. Miró hacia el tic-tac del reloj en la repisa de la Virgen. Ella se fue y cerró la puerta despacio porque yo me hacía el dormido. Tenía un vestido negro y lustroso.

Parado, miraba el reloj y la Virgen. Zumbaba alrededor del silencio oscurecido de la pieza la tarde soleada del conventillo. La Virgen doblada contra el niño en faldellín, el despertador abollado y redondo. Todo es una porquería. Pero si alguno, por equivocación, le dijera señora...

La cara afilada de la madre, los puros ojos tocando al niño. Si alguno la viera con el vestido negro, redonda, el pelo canoso. Que le dijera buenas tardes, señora; perdón, señora; pase usted señora.

Serio, acompañaba las frases imaginadas con cortas reverencias.

Cerró despacio, como si también para él alguien se hiciera el dormido en la gran cama del rincón.

Cuando la puerta cerrada suprimía el mundo familiar, la casa donde había Papá, Mami, Clarita, la sirvienta y el gato barcino que roncaba fingidas asma en un sillón.

Avanzaba lento y ladino hasta el muro gris, la mancha única de la foto desmelenada. Albert Einstein, en rápido autógrafo negro cuyo desconcertante análisis no daba el genio. Vuelta la cara de ojos duros y luminosos, como en sorpresa. Ninfa del Congo, huía por la izquierda el anca lustrosa del violín.

Encendía un cigarrillo y comenzaba el extraño rito. Se acercaba hasta lograr el ceñido vis a vis del verdugo al reo. Entre pausados cortes de manga:

—Te voy a hundir, gatito. Voy a ser más grande que vos, más grande. Dentro de cien años no queda teoría ni violín ni melena de algodón. Dentro de cien años, micifuz, pobre gatito, yo, yo, yo... Yo, gatito.

Antes de la cama, la calle o el regreso al libro, murmuraba dos o tres perro judío. Estaba contento de tener la nariz corva y grandes orejas audaces. Sólo que encontraba en perro judío una fonética sonora, una imposición de mascullarlo hinchando la boca como si aprontara el brutal salivazo.

Casas trazadas con un carbón de pulso inseguro se vienen corriendo hacia la esquina. Sobre el filo mellado de la piedra, curva el farol su cuerpo en danza, víbora de hierro plegada para el salto. Dos casas nuevas aplastan el muro desconchado donde negrea la puerta enana y se abaten gajos de limón. Enfrente, se llena de moscas la vidriera empapelada del almacén. Apunta al cielo con nubes y hojarasca el negro en curda; sonrío baboso, aniñado y en éxtasis. El dedo alzado sobrenada la burla de los vagos melancólicos que entran y salen, más tristes y amargos, del Bar, Café y Billares.

Lentos, van llegando los dueños de la esquina. Se apoyan perezosos en el muro, el árbol torcido, se sientan con aire de perros, con sueño, enfilados en el cordón de la vereda. Saca una silla de enea la vieja vecina de la frutería. Cruza las manos; y los ojos celestes, siempre con una llamita por morir, parpadean curiosos hacia los portales y la pareja del balcón. Las persianas del conservatorio asoman una nariz afilada que huele afanosa hasta la noche.

La población de la esquina se espesa; entre las voces, la tarde forma una constelación de puntas de cigarros, el vigilante de los mil nombres llega y se pasea, lento, torciendo la cara desconfiada. Salta de improviso la carrera chillona de la mujer doblada que vende diarios. La gente acampada en la esquina se insulta entre risas, con palabras que atizan la rabia del vigilante.

—Bigotes de alambre.

—Pata de catre.

—Siete cabezas.

Indiferente, la tarde desentinta y baja sobre la visión del negro borracho, las formas amontonadas en la esquina, el vigilante bigotudo que se aleja despacio,

tendida la oreja hacia atrás.

La viejecita recién peinada que sonrío en la silla y el farol retorcido y ciego coinciden mirando la callejuela en diagonal. La ven irse, tortuosa y amarilla de plátanos, desempedrada y sucia, hasta estrellarse con su carga de barracones sórdidos y conventillos broncosos en la gran pared encalada del asilo.

—Ganas de hablar, los babosos. Si el domingo con diez hombres le hicimos tres goles. Qué quieren. Adónde van con esa murga.

—Y claro. Y eso que el referí...

—Si con el referí y todo le hicimos tres goles.

—Y claro...

Desde el suelo, dándose las manos contra las rodillas, vio Raucho la carrera de Coco entre el tranvía y el coche. Y yo que iba a irme, a dejarlo solo con estas bestias.

Se plantó jadeante, riendo alegre y suave:

—Hola. Me escapé raspando.

Raucho alzó los ojos hacia la cara sonrosada, el pelo húmedo con la ancha raya que le dibujara la madre. El Rengo escupió de costado mientras rebuscaba fósforos.

—Sos loco. Un día te agarra un camión y te come la cabeza.

Rezongó algo la jeta torcida de Tarzán. Algo, brutal y masticado entre la voz gangosa, que pareció inoportuno al Rengo:

—Shs... No asustés las pásulas.

El Coco —«yo no tengo miedo»— seguía riendo, las manos hundidas en los pequeños pantalones, yendo y volviendo, con saltos y fantásticos pasos de danza de marionetas.

Voy a saber por qué soñé con él anoche en el suelo, de rojo, pataleando con las botas.

—Y el domingo que se lleven bolsas para traerse los goles. Y no les va a valer referí, ¿eh? Que no se hagan los vivos, mejor.

—Y claro. Nos llevamos la barra en tres camiones.

Miraba fijamente el óvalo rosa y afinado, buscando en él la cabeza orgullosa y larga de la muchacha del balcón. Nada. Acaso la nariz, corta y abierta, apenas vuelta hacia arriba. Tampoco. Sólo que la relación consistiera en algo que no es ella ni el Coco, la estela que dejan en el aire al moverse, esa angustia fina de la cabeza a un lado, la luz en los ojos de miel.

Lorenzo estaba sentado en el cordón de la vereda. Y de pronto fueron sus ojos los que Raucho vio, centelleando en el alerta, señalando hacia el filo de la esquina. Hizo que sí con la cabeza y miró.

Cuchicheaba el Rengo junto a la gorra azul de Tarzán; se oía el susurrar ronco y saltaba el cigarro en la punta de la boca.

—Y... decile —terminó el negro, separándose.

Indolente, siempre riendo, Lorenzo se acercó a la pared. Lo atajó Raucho desde el suelo:



—¿Estás seguro?

Inclinado, Lorenzo deshacía y ataba la moña del zapato. No contestó; pero Raucho sintió la afirmación en el repentino aplomo que maduraba el cuerpo. Como si fuera un hombre y pesara más, ancho, endurecido por aquella súbita energía. En cuanto a él, estaba tranquilo y frío, sin miedo ni entusiasmo, dispuesto a todo y deseando que pasara cuanto antes. Me voy a ensuciar las manos.

Una mano se alejó del zapato de Lorenzo y se corrió entre Raucho y la pared.

El Rengo caminó unos pasos, bordeando la vereda, mirando al cielo como si su cabezota rapada pudiera entender algo del fin de la tarde. Luego encaró a Coco desde arriba:

—¿Querés que vamos a la Academia? Hay pelea.

Parpadeó alegre, dudando:

—¿Hoy? —Miraba alrededor, buscando apoyo en los otros.

—Si te digo que hay...

Tarzán abombaba el pecho hacia las figuras abandonadas en la piedra. Los ojos duros retaban su quietud y su silencio.

Como para rascarse, silbando, Raucho llevó la mano a la espalda; las uñas chocaron en la pared, las baldosas y al fin las yemas situaron el mango oblongo de la navaja.

—Si hay pelea, voy.

Se acercó al muchacho sentado:

—¿Venís, Raucho?

Recostado en el árbol, rezongó breve el Rengo:

—No; ni Lorenzo. Tienen que hacer.

Como llamado por una voz dulce, Lorenzo sacudió la cabeza haciendo saltar el mechón de la frente. Levantándose, Raucho le vio la risa llena de dientes apretados, los ojos mansos y brillantes. Vio cómo extendía el brazo con el cortaplumas abierto. Entonces saltó rápido, tomando al Coco del hombro, atrayendo su gesto espantado, el cuerpo tembloroso, hasta ponerlo entre el brillo corto de las hojas.

—Al primero que lo toque...

Tuvo la sensación incómoda de haberse excedido; Lorenzo reía:

—¿Vamos a que no vaya ninguno? Es mejor.

El Rengo giró rápido, espionando la soledad. Con el cuerpo encogido se acercaba el negro.

—Mocosos de una gran...

Susurró la risa de Lorenzo; los grandes ojos imploraban con las palabras:

—¿Te animás, macaco? Vení. Te abro un pozo en las tripas.

Se detuvo el otro hinchando la trompa en desprecio. Miró con rápida invitación al Rengo. Pero lo vio tranquilo, las manos en los bolsillos, siguiendo la marcha de los dos hombres por la vereda de enfrente. Insinuante, volvió a rogar Lorenzo:

—¿Y? ¿Vamos o no vamos?

Bruscamente, Tarzán golpeó las espaldas en la pared.

—¡Guarda!

No se dieron vuelta. Venía desde la esquina el paso lento del caballo.

—La cana.

Raucho guardó la navaja y empujó al Coco. Cruzaron los tres, despacio y tranquilos, mientras sonaban los cascos de la bestia en el empedrado. Una voz ronca les dijo adiós desde la esquina:

—Cuidado con ellos...

Doblaron. Calle abajo, Raucho soltó al Coco y se guardó la mano con una rara vergüenza.

—¿Querés la navaja?

—Tenela. Me gustaría que el negro trompa se hubiera acercado —sonreía mirando el aire quieto y azuloso—. Le hubiera revuelto el brazo en la barriga.

Miraba a Raucho con los abiertos ojos dulces de pregunta. El chico, erguido, se contoneaba adelante.

—¿No te parece que podía haber pasado como legítima defensa? Dicen que el amor y la fortuna... Tal vez haya sido ésa la oportunidad.

—Bah. Con volver a la esquina...

—¿Vamos?

Raucho se detuvo y se acercó a la sonrisa del otro, a las cejas en ángulo que sostenían el convite. Los ojos le ardían de un llanto rabioso. Aproximó, lento, el pecho y la cara contraída.

—Mirame. Me Conocés, sabés que no tengo miedo. Pero si vuelvo ahora a esa mugre, me muero de asco. O los degüello a todos; y a esa porquería que ni siquiera pregunta.

Lorenzo miró de costado y movió los hombros.

—Y sí...

En la otra esquina se detuvieron. Rodaba la tarde por la calle en pendiente, empozando desteñidas sombras, planos de luz amarilla, un hervor frío de perros y grillos.

—No vayas derecho a tu casa. Nos van a buscar cortados. Podrías acompañarlo al Coco y volver tarde. ¿Se habrá dado cuenta?

Raucho miró al chico que trepaba al cordón de la vereda para saltar enseguida a la calle con los pies juntos. Tenía las nalgas desbordando del pantalón y una huella oscura, profunda y dulce señalaba la nuca.

—No sé. Es raro que no haya dicho nada. ¿Y si le hubiéramos estropeado la tarde?

De golpe Lorenzo se hizo hacia atrás en la risa. Entornaba los ojos, midiendo a Raucho y al Coco. «Sería estupendo» y «el salvador». Raucho lo veía reconquistar la risa, curvarse en las carcajadas, junto a la vidriera del bazar que acababan de iluminar. Se acercó, recto, golpeándole el pecho.

—¿Qué hay? No quiero que te rías; no te vas a reír.

Luego, Lorenzo se decidió por una fina sonrisa, por unos tiernos ojos humedecidos que alzó. Fue hundiendo la mano en el bolsillo del cortaplumas. Raucha lo miraba, triste y rabioso. Este hijo de puta tiene ojos de gacela. Aguantó inmóvil otra carcajada de la cabeza redonda y oscilante. Hubo una voz contenida que preguntaba, solicitud o desafío. Pensó que la luz de las nubes ceniza era desánimo que le llovía. Entornó los ojos. Triste. Algo tiene que pasar; algo como morirme o pisarle la cara a Lorenzo. Entonces volvió a encontrar los ojos, tan abiertos y fraternales, apiadados ya por lo que pudiera hacer la mano de la navaja. Comprobó que estaba una misma desesperación en los dos y dijo:

—No. Nada.

Lorenzo se fue, andando rápido junto a los portales. El Coco saltaba junto al árbol, ciñéndole el tronco con formas ágiles y extrañas.

—¿Qué hacemos ahora, Rauchito?

También él se lo preguntaba, mirando irse a Lorenzo; un dedo rozando la pared, la cabeza gacha, abandonados el cuerpo y los movimientos como si se creyera solo y en la noche.

Voy a la esquina porque en casa me ahogo. Tengo que ir. A los tipos de la esquina puedo odiarlos. Papá, Mami, Clarita. Si el viejo fuera pistolero, Mami alcahueta, por lo menos, y la Clara saliera a pasear, despacito, todos los días a una hora como ésta. Si pudiera odiarlos, y no me tuvieran preso y mudo porque son tan buenos y me quieren. Si pudiera dejarles una carta sucia y enconada. En una carta dejaba toda la suciedad y el rencor, en la mesita de Mami, tapada la mitad del sobre con las flores de la carpeta verde. O si uno de ellos —¡Dios!— amaneciera enloquecido, dedicado a cosas absurdas y secretas. Yo lo miraba sonriendo al loco y nos entenderíamos, siempre juntos en los rincones oscuros de la casa, felices, riéndonos y riéndonos, del escándalo de los otros dos y la familia y las viejas empaquetadas que llegan de visita.

Cuando el Coco le golpeó en el brazo recordó que lo había olvidado, que lo obligaba casi a correr para resistir la velocidad de sus zancadas.

—¿Entramos a ver el banco del muerto?

Miró los hierros negros y combados en la puerta del parque. Iba el camino rojizo angostándose hasta clavarse en la arboleda ocre. En el cielo gris, gruesas curvas de nubes rosa; y en el zanjón de agua quieta, entre hojas y las barras de los cañaverales.

—¿Qué muerto?

—¿No sabías? El que encontraron esta mañana. Se mató en un banco al lado de las rosas. ¿Viste al loco barbudo que anda con los perros? Lo vio esta mañana temprano y se creía que estaba dormido. Yo lo oí cuando estaba contando en el café de la estación. El hombre se había tapado con el sombrero. ¿Puede ser de vergüenza?

—¿Vergüenza de qué?

—El loco, decía. De la familia. Y entonces dice que un perrito negro que tiene el loco se puso a oler la sangre y el loco salió corriendo. De veras, te digo. ¿No creés?

—Y a mí qué me importa. Y qué vamos a ver, si ya se lo llevaron.

—El banco. Esta tarde habían venido todos los chicos, pero a mí ni me dejaron. ¿Sí?

Fueron entrando, yendo sobre las hojas secas que bordeaban la zanja. El Coco se adelantaba corriendo, escarbando entre los pastos de la orilla, alargando el cuerpo para arrancar las costras que se desprendían de los troncos. Volvía al trote, riendo.

—¿Por qué fue eso con Tarzán y el Rengo?

¡Ah! No sabés palomita...

El otro negaba, los labios finos, encogido el cuerpo, haciendo bailar los ojos huidizos.

—No sabés, ¿eh?

—Y... íbamos a ir a la Academia...

Qué ganas feroces de romperlo a patadas. Y a lo mejor algún día tengo un hijo así. Encendió un cigarrillo. La sombra empalidecía al niño; agravaba la boca fruncida, el arco delgado de las cejas. Tosió y se puso a mirar otra cosa.

—Mirá. Te hablo claro.

Rodaron campanas, lejos. Alzaba el cuerpo como para salir de la estatura del Coco y aventajar las cosas de que hablaba.

—¿Te acordás del rubio de los ingleses, aquel carnaval en el baile?

—Era... marica, ¿no?

—Sí, una porquería. Bueno; que te iba a pasar lo mismo.

—¿A mí? Esos asquerosos...

Alzó los hombros, coqueto y petulante. Siguieron en silencio por un repentino olor de flores. Madreselvas o jazmines.

Pero Raucho los cambiaba en una vieja blancura lunar nunca vista, oída en una música cuyo nombre no sabía. Limpia y serena, con una tristeza desgarrada de gran noche de diciembre; e iba alguno, solo y lento, caminando por callejuelas desiertas donde tomaban vuelo los violines, saliendo de la sombra de los viejos muros para tocar la orilla y adentrarse en la zona misteriosa del blanco reflejo, los callados espacios de claror donde golpeaban los pianos severos, lentos, engolados por un terco pie en los pedales.

—¿Y qué te importaba?

—¿Cómo?

—Claro; si yo hubiera querido. También vos; anduviste con el rubio de los ingleses y Juan José.

Deteniéndose, olisqueó el perfume ya remoto y miró alrededor, los pedazos de cielo y nube entre las ramas. Rió, breve. Sí; me había olvidado —iba por la calle la noche con luna— que soy un sucio cochino.

—Pero mirá: no sé si entendés. El rubio y Juan José ya eran así. Vos no; sos mi

amigo. Además... ¡Pero, animal! ¿No sentís que el Rengo y el otro son una inmundicia, que con sólo mirarte...?

El Coco disparó, saliendo de los árboles.

—El banco.

Se acercaron, entre una sombra lila y como mojada.

—¿No ves? No hay nada. Un banco cualquiera.

Era de mármol, sucio y sin respaldo. El Coco lo rodeaba lento y alerta.

—No hay sangre, ¿no?

Con cara de miedo se agachaba, arrastrando un dedo por los bordes gastados. Raucho rió alto y falso.

—¿Qué te pasa? Es un banco. Uno se sienta, cruza una pierna y fuma, tan tranquilo.

El chico miraba nervioso, las manos juntas, con miradas cortas y temerosas. Se sentó junto a él y volvió a reír.

—Te creíste que tenía miedo.

Por el sendero se iba una mujer con un atado de ropa y una niña colgada que trotaba con la cabeza vuelta, revolviendo en el bolsillo de la falda celeste. En la calle, alta, un tranvía encendió las luces y se fue.

Viernes, sábado. Cuatro días y el lunes empiezan las clases. Estoy en el parque, empieza la noche, aquí se mató un hombre. Esto y todo suda un misterio que yo —sólo— comprendo. Otra vida rodeando la vida. Magia, embrujo, espanto, hechicería. Sobrevida donde me muevo mejor que acá; y sólo yo, porque de eso no se puede hablar con nadie.

—¿Me darías un cigarro, Rauchito?

—No hay.

Lo oía rezongar enfurruñado. Si me habla otra vez así lo tiro al agua. Y el lunes empiezan las clases. Los delicados conflictos de los avenegras, los almaceneros y los dueños de casa. Procedimientos en lo civil. La sobrevida y una chapa de bronce tornillada en la puerta.

—¿Y si fuéramos al monte?

Son de bronce las cadenas de reloj de los hombres que se matan en los parques. Se visten de negro, la cadena les brilla en el estómago y tienen un diario de la tarde doblado en el bolsillo.

—¿Y cómo dijo el loco de los perros que se había matado?

—¿Éste? Un tiro en el corazón. Sí. Tenía un revólver chiquito, chiquito como de juguete. Después vino el loco con un vigilante.

—Bueno.

Siguió con el revólver pequeño, mango de nácar, de un gracioso modelo para carteras. Pero con una cadena de bronce no es posible morir de amor. Pero sin la cadena, aunque no se le pueda sacar... Tiró lejos el cigarrillo y se retrepó en el banco. No porque el juez no quiera; me río del juez. No se puede porque el hombre está

vestido de negro, con la cadena y el diario doblado. No se puede tocar. Lo llevan, lo destripan y lo entierran; pero ya nunca alcanzan a tocarlo. Y cuando ella va a la comisaría le muestran el revólver y se pone a llorar sin ruido, doblada en un banco de madera que está esperando en el patio de las comisarías. La mira un vigilante moreno hasta que ella revienta de angustia y las dos almas se abrazan en los ángeles, mundo sin cadenas de bronce ni revolveritos.

Era el más allá. Más allá de la Cruz del Sur y la Santísima que los tiró. El lunes soy un buen chico y empiezo a estudiar.

—Decía el loco que estaba acostado como dormido.

—A ver; levántate. ¿Acostado así? Estirado y sin moverse.

—Pero no tenés la cara tapada.

Reía el niño, divertido, mirando el cuerpo grande e inmóvil. Llovía el silencio, grave, herido con los insectos de la zanja.

—No estás vestido de negro. Arriba, en la calle, rodó un carricoche con erres temblorosas. Disputaron voces recias en el otro lado del parque. Después todo se puso a morir, brasas en el agua, en el rincón de sombra violeta donde estaban el banco quieto y el cuerpo gris y quieto.

—No. Y no tenés revólver.

Se acercó, mirando los ojos blancos, el filo de los dientes asomados. Temblaba en las copas un revuelo de pájaros.

—No...

El chico comenzó a golpear furiosamente la cara sin gestos.

—No, no... Levántate.

—¿Estás loco? Si se estaba bien. Cuando tenga un traje negro me voy a venir una noche.

—¿Y te matás? ¿Y yo le aviso al loco de los perros?

Reía, ya tranquilo, golpeándolo todavía en juego.

—¿Tenías miedo?

—Vamos al monte, ¿sí?

—Bueno. Pero antes decime: ¿tenías miedo de que me hubiera muerto?

—Si yo sabía. Mirá: si hubiera traído la honda, volteaba unos pájaros.

—Otro día. Vamos, que debe ser tarde.

Pero Coco se le acercó al pecho, arreglándole la corbata.

—No seas malo. No es tarde.

Lo separó, tomándolo de los hombros, clavándole los ojos malos y desconfiados.

—¿Por qué me hablás así, eh? ¿Por qué hablás de esa manera?

—Si yo no hablo de ninguna manera.

Tenía una voz abierta, lenta y distraída. Volvió a la corbata, el cuello, los brazos. Raucho miró el cielo y a la cabeza negra y lustrosa. Ya estaba la noche. La piel suave y el olor de la blusa lo hacían bueno y tierno. Rápidamente, como crecía la sombra, lo iba llenando el cariño y una desesperada necesidad de proteger.

—Oíme. No te dabas cuenta. Pero hace meses que con Lorenzo te andábamos cuidando de aquellos bestias. No queríamos dejarte nunca solo. Me acuerdo de una noche que llovía y no comimos porque habías ido al cine con tu hermano y me vinieron a decir que el Rengo los estaba esperando en la esquina. Y otra vez, cuando jugamos contra el Liceo...

Se detuvo, frío, otra vez sucio, como aferrado por el espanto. Había hablado; y sus palabras y los recuerdos que ellas hacían aumentaron su mansa alegría. Se estaba salvando en aquella única cosa limpia de su vida: su tarea de apartar al Coco de los hombres inmundos de la esquina. Y mientras se refrescaba en aquello, casi reconciliado con todo y con él mismo, orgulloso del gramo de pureza que había defendido tenaz, como una llama entre las palmas curvadas, el Coco aventuraba una mano hacia su cuerpo, en la sombra.

Él se alzó pesadamente, temblando de la rabia y el asco. Separó un puño, lento, midiendo con los ojos entornados la cara del Coco, la pequeña nariz remangada que iba a golpear.

Si lo mato me salvo. Si le hundo la cara y me voy corriendo.

El Coco, sin comprender, continuaba cerca, brillándole los ojos en la cara empurpurada, respirando afanoso por la nariz ofrecida y tan semejante a la de la chica reidora del balcón.

Un golpe seco y escapo. Endurecía el brazo, la cara, el alma. Tiene que ser enseguida. Inclino el torso, afirmándose en las piernas, apretando los ojos achicados. Los que querían irse de allí, enredados en el viboreo de un cuerpo rojo, una muchacha que golpeaba con botas rojas el piso luciente del sueño de anoche. Toda mi fuerza, todo yo para mi golpe. Tengo que irme corriendo. Corría desde la pared desnuda hasta la oferta de la boca con risa y canción de la muchacha de la casa con pájaro. Mordió una ola de llanto, rabioso. Caía, blando, el brazo. Se estuvo un momento inmóvil, separado de todo, sin pensamientos. Luego, suavemente, sonrió en la sombra.

El agua verde y podrida de la zanja lo llenaba todo; agua cenagosa eran el cielo, la arboleda, el aire fresco y silencioso que lo rodeaba. En medio del agua viscosa se inclinaba por fin sobre la niña roja y bailadora.

Iban, costeano el zanjón. La noche, posada en los árboles, los hacía negros y gigantes.

Aplastaba hojas, cañas, papeles desgarrados. Blando, un sapo lo golpeó dos veces y alargó, en fuga, su trazo oscuro entre los pastos. Lejos, enfrente, sonaban los tranvías ocultos por el terraplén; lejos, allá en los bordes del gran círculo que lo rodeaba, ululaban perros en las quintas. Pasaban plateándose lentas nubes oscuras frente a la luna cornuda. Y allí, a la derecha, con un brazo tocando la entraña de la noche, se alargaba, lento y repetido, el metal de las ranas.

No pensar, pensaba.

Se abrazaba terco a la indiferencia, amargo, frío, pero ya no triste. Un absoluto cochino; sucio y puerco. Eso; pero ahora del todo y para siempre. Ya no hay, no tengo llama que abrigar.

Caminaba rápido, buscando alcanzar la calle. Siluetas oscuras iban por el sendero arenoso, se delataban crujiendo sobre las hojas muertas en la otra orilla. No pensar, pensaba.

Y: no hay yo ni el otro, se lo tengo que decir a Lorenzo, terminaron las luchas y voy rápido, sin cansarme, seco y frío. Una bocina de automóvil, frenos, silbatos. Otra vez la platería de la zanja. Un perro vagabundo se alargaba para beber, giró y disparó hacia los árboles. Y me parece haber perdido mi otra vida mágica. Pienso en la música; y en la callejuela, alero, rejas y hornacina, es sólo una lámina, grabado a tinta, que se sabe muerta y por donde no es posible pasearse, ni desenroscar el agudo de los violines ni saltar al misterio de la luna. Todo perdido. Frío y seco, caminar con largos pasos iguales, buscando cansarse, sabiendo que no será posible cansarse ni aun caminando hasta el alba.

Escuchó el ruido sordo de los pasos aplastando los yuyos. Miró una sombra rodando entre la suya y la más oscura de la zanja. Luego al Coco, casi sorprendido de veras. Lo vio pequeño y redondo, afanado por no quedarse atrás, estrechos los hombros, cortando con breves carreras el balanceo cadencioso del cuerpo. Recordó la próxima blancura en el monte oscuro. Sin alterar casi la marcha se fue acercando. No pensar, también esto tiene que ser sin pensar. Ni venganza, ni odio, ni nada. Frío. Rápido, se inclinó; de una pechada brutal lo mandó doblado, con un tijeiteo de las piernas desnudas y abiertas, cabeza abajo por el metro de orilla en declive que tocaba las aguas. Oyó que gritaba, el chapoteo y luego un llanto fácil y desconsolado, llorar de criatura que cierra los ojos cuadrículando una enorme boca negra.

Continuó con los grandes pasos regulares. No hay agua para ahogarse. Caminar, ir, irse de lo que estaba atrás. Perdió el angustioso llanto en *a*. Caminar.

Lo paró un pito de tren largo y sinuoso. No pensar. No... Continuó y volvió a detenerse. Pero cómo hacer para que no entrara la angustia, la ansiedad desesperada. Vibraba entrecortado el pito de la máquina. Siguió, más despacio. No pensar, pensaba.

Pensaba en su error de hace un momento. No: no estaba perdida la sobrevida, el aura misteriosa que bordaba todo. Podría quedar vacío de todas las cosas menos de aquello; acaso estuvieran allí su expiación y su castigo. Tendría que seguir viviendo la otra vida marginal y fantástica, temblando a la fina angustia de los trenes lejanos, atravesado por los mensajes inefables de los seres y las cosas, los graves secretos de la tierra y el cielo.

Una bocina se alzó tensa a la izquierda, más allá del parque. Lo detuvo el terror.

—La noche.

Miraba en torno, pequeño, bestia acorralada. Otra y otra y otra. Saltaba un bosque



de sirenas aullantes, a su izquierda, bajo el cielo encendido de la ciudad. Blando, quedó sentado en la sombra, floja la cabeza en las rodillas. Murmuró para oírse...

—Guerra... O se habrá muerto el rey.

Luego, apretándose los ojos, hizo la noche negra, total. Raucho estaba doblado, abrazándose, ancha la espalda bajo la lerda tiniebla y el llano de la ciudad.

Noche total y negra cuando empezaron a saltar reflectores en lo oscuro. Haces de un rojo sangriento corriéndose en abanico por un cielo color de hígado que ellos mismos van trazando. Entre la sombra y el aire, espesos y cálidos, las gentes de los altos pisos se acercan cautelosas a las ventanas. Sudan boquiabiertas, silenciadas por la angustia que no dicen. Esperan el regreso de la luz; la enloquecida tormenta; algo que viene de más allá de todo, de lo que conocen y de aquello en que es posible pensar.

Y de pronto, en el silencio tremendo, en el pesado aire negro donde rascan filosos los reflectores, salta una bocina. Solitaria, lejana para todos, subiendo en cortos temblores de lloro escondido. Unánimes, al borde de las desgarradas ventanas inútiles, arracimados, ansiosas las bocas de peces, hombres y mujeres piensan en el lloro de la mujer vieja y enlutada. Una mujer de pelo de lluvia, volteada, aúlla interminable y estremecida.

Hasta que suben otras vecinas y otras, una selva de mástiles desesperados en busca del cielo invisible. Lloran, lentas, tenaces. Como otro viento cálido, un miedo corre y jadea por la ciudad. Espanto de una muerte; alguno que fue como Dios y ahora se alarga duro y frío, largo en una desierta plaza del mundo oscuro.

Y salen los carros de incendio a correr desbocados por las calles ciegas, entrelazando campanas al grito de los trenes de carga. Aúllan figuras encaramadas en las tapias. El terror y la locura revientan su tormenta en el aire tenso. La primera, una sombra se despega de la última fila de ventanas de un rascacielos. Los brazos abiertos, derrumba su cuerpo y su grito. Gritos y cuerpo llueven, chillando su miedo o ablandándose callados y pavorosos. Caen, se aplastan, la boca en las rodillas, volviendo los ojos inmensos y desbordados. Caen, se amontonan en la noche sin término, comprendiendo al fin el grito feroz de las bocinas, avizorando la visión del cuerpo largo y frío, las manos rígidas sobre el pecho, el insoportable resplandor de peste que envuelve los pies del gran muerto, flacos, amarillos de luz de cirio.

El hombre del bostezo en el diván se quedó con los ojos en la ventana, claros, mojados y llenos de sonrisa. Fumando, habló y también reía con la boca. Le llamaron los ojos el silencio del otro y entonces dio vuelta la cabeza.

Lo vio de pie, en camisa, empuñando el mentón para mejor mirar y pensar el cuadro que brillaba inconcluso. La mano libre remojaba distraída los pinceles en el cacharro de aguarrás.

Dijo el hombre desde su pereza estirada:

—¿Y?

Sin dejar el cuadro, la cabeza inclinada para darse la luz conveniente, fue contestando:

—Pensaba en el cuadro y en la mentira; la mentira cínica y visible. ¿Usted qué dice de la mentira?

—¿La mentira, así, en general?

Pero el hombre de los pinceles no le dio tiempo. Alzó uno y apuntó a la tela. La luz de la mañana temblaba en la lágrima que fue alargándose en la punta.

—Ahí, la derecha, hay algo malo; algo que salta a los ojos como un gato. Malo en todo el cuadro, desequilibrio. Necesito mentir una mancha oscura, completamente mentirosa. Sí; hay otro remedio. Fíjese: miento en ese ángulo de la derecha para poder decir la verdad con el cuadro.

Entornando los párpados enjugaba maquinalmente los pelos sedosos del pincel. Miraba con disgusto la tela, el abanico de luz royendo figuras y los trabajados contornos vegetales. Sí: un tono oscuro, hora indecisa, algo recóndito y misterioso. Completamente falso. Negro de noche en calleja. Buscaba en la paleta recuerdos de penumbra, negros callados y pensativos vistos en cielos y mujeres.

De nuevo en la ventana, murmuró el otro:

—*Red dogs!* ¿Se acuerda de los perros rojos de la inglesa de Gauguin?

Después de la campanilla y los grandes letreros del cine, plateadas y altas mujeres girando en la vidriera. Lorenzo se detuvo. En idéntica actitud —invitación amable, asombro levemente idiota— sostenían los trajes de seda. Verde, rosa, verde Nilo, negro. También en la vidriera —diáfano y escurridizo, fantasma que vaporizaba el reflejo— se vio sin corbata, el mechón de pelo en un ojo. Sonrió pero el pequeño Lorenzo borroso no alcanzó a mostrarle los dientes. Sintió entonces, impetuoso, el cansancio de las cuadras andadas. Empezó a compadecerse en el espectro de vidrio: piedad por ser desmelenado y débil, cansado, triste y sin corbata. Ahora sí: liberado del fondo verdoso de una falda que se iba en silencio, la imagen mostró los dientes blancos, abierta la boca en la sonrisa enconada. Vamos a decir porquerías a las mujeres. El otro aceptó, saliéndose del vidrio.

Se detuvo bajo la muestra de la esquina, las manos colgando del cinturón, un taco enganchado en la pared. Todas las mujeres pasaron altas y distantes; y él no podía jalonar el desfile con las palabrotas ya dispuestas en orden. Las dejaba irse, satisfecho y triste porque no lo miraban, observándolas con una sonrisa pequeña y arrinconada como él.

Largos coches oscuros, ómnibus, las dos alas de multitud. Iban encendiendo los faroles sobre la calle, rosas en lo azul. Y allí en la esquina, en la zona que abría su humildad repentina, en la atmósfera que hacía su encogimiento y que él mismo examinaba curioso, entraban y salían, pasaban las mujeres. Rusa, veloz, enorme

peinado macizo. Más lenta, amarilla, flaca, rubia, una sonrisa agriada en los amarillos colmillos, la mano anillada se alzó para mirar la pulsera. Alguien me espera impaciente, a mí, en el Richmond, a mí. Verde, nariz en gancho, también ajeno en los ojos.

## El último viernes

En cuanto lo hicieron pasar, Carner comprendió que aquel viernes iba a ser distinto. Creyó recordar tímidas premoniciones, trató de protegerse despidiéndose de la larga sala de espera que acababa de dejar, de la noche o el día eternos que imponían los tubos fluorescentes, de la humanidad pobre y silenciosa que se rozaba los hombros sin respaldo, conservando rígidos los cuerpos durante horas, temiendo que su abandono significara la renuncia a su esperanza.

Se despidió de tantas semejantes, confundibles tardes de viernes que había elegido para visitar a Miller o ya, desinteresadamente, para visitar la Jefatura, atravesar el saludo de policías de uniforme y perder la noción del tiempo entre los hombres y mujeres que llenaban la sala de espera, sin rostros, sustituibles, tal vez diferenciados en secreto por anécdotas de la desgracia.

Había elegido los viernes porque era su día franco en el diario y porque Hilda lo usaba para ir a la iglesia. Había olvidado la probabilidad de un gran empleo en provincias, y gastaba en paz los viernes oyendo fanfarronear a Miller, fumándole los cigarrillos, midiéndole la miseria, haciéndolo feliz con su atención y aceptándole los billetes doblados que le ponía en la mano al despedirlo.

Comprendió que aquel viernes iba a ser distinto, y acaso el último, porque Miller modificó de manera absoluta la farsa de la recepción y también el papel que le había asignado. No lo esperaba sonriente en el medio de la habitación, pequeño, cordial, gordo, juvenil, alargando los brazos para tomarle una mano y palmearla mientras recitaba con lentitud su discurso de bienvenida y sorpresa, en el que las erres inevitables arrastraban su húmeda blandura. El Miller de aquella tarde estaba sentado detrás del escritorio, fingiendo leer y corregir, en mangas de camisa y sin corbata, sudando apenas en el primer calor de la primavera. «Me vas a decir que es inútil que siga viniendo, aunque hace tantos viernes que no hablamos del empleo ni pensamos en él. No va a cumplir con la cuota semanal, no me va a dar un solo peso, justamente hoy, la primera vez que hice planes contando con los billetes colorados». Carner armó una sonrisa tranquila, indiferente, y estuvo esperando a que el otro lo mirara; dos pisos más abajo, en el patio embaldosado, sonaron las botas, culatas, órdenes, removiendo el aire tibio de la tarde que empezaba a declinar, asustando a los insectos que anidaban en las hojas muertas de la *victoria regia*.

—Sentate —dijo Miller sin alzar los ojos.

Con calculadora violencia, Carner tiró el sombrero sobre el escritorio y ocupó la

silla de brazos. Alzó la tapa de la pesada caja de madera siempre llena de cigarrillos ingleses, tomó uno y la dejó abierta. Tironeó la cadenita del encendedor del escritorio y sopló el humo hacia delante, hacia la cabeza inclinada y redonda, de pelo rubio y escaso. Miller cerró la carpeta e introdujo de nuevo la lapicera en el tintero; miró la caja de cigarrillos abierta y eligió uno.

—Gracias —dijo con ironía y sin sonreír. Lo encendió con un fósforo, recostó la cabeza en el respaldo de cuero del sillón y chupó el cigarrillo, una vez, con los ojos cerrados, sin tragar el humo. Luego abrió los ojos y estuvo examinando la sonrisa de Carner, ya un poco ajada, desprovista de sentido visible.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada —dijo Carner—. Vos sabes que hace años que no me pasa nada, nada que importe de veras. Pero soy feliz, por si vas a preguntarlo. Me cago en todas las cosas y en todas las cosas que se te puedan ocurrir. Prontuario de Carner, José, de treinta y un años de edad, casado o viudo, periodista.

Entonces Miller sonrió, pero era la sonrisa dulzona, retrospectiva y deliberadamente nostálgica de las tardes de los viernes. «Así debe sonreír cuando un pobre infeliz, sentado en esa silla, empieza a mentirle para salvarse. Así, con paciencia y seguro, agradecido —al Dios de las tribus en que debe seguir creyendo, y sino en él, a los del padre y del abuelo que le quedaron como rastros de barba— de estar en ese lado del escritorio y no en éste, y creyendo también que lo merece».

—Apasionado y no del todo exacto —dijo Miller, y se inclinó para acercarle un cenicero—. Treinta y dos años. Y la profesión declarada parece no ser la única. No se trata de *full-time*. Muchas veces hablamos de Hilda, de una mujer llamada Hilda.

—Sí. Muchas veces. Vive conmigo, vivo con ella, vivimos juntos. ¿Qué pasa con ella?

—Poco, nada extraordinario. Hasta llegaría a decirte que no pasa nada si no fuera tu mujer.

—Mi mujer —Carner rehízo su sonrisa, clara, insultante, pero no estaba dirigida a Miller—. Nunca tuve, conocí o toqué a una mujer que fuera mi mujer. Hay una pieza de pensión que pagamos a medias, dormimos juntos, suceden con frecuencia momentos que me autorizan a decir sin mentira que vivimos juntos. En uno de ellos pensaba cuando lo dije recién. Puedo contártelo. O tal vez me ordenes que te lo cuente, comisario.

Miller echó la cabeza hacia atrás y contempló al otro desde el respaldo, hizo con los labios una mueca dulce y misteriosa.

—Me impresiona haberlo sabido hoy —dijo—. Las coincidencias me llenan de sospecha. No traté de averiguarlo, vino solo. ¿Hilda Montes? Libertad 954. El informe dice, sin originalidad, que ejerce la prostitución. Y al parecer el 954 no contiene más que prostitutas y cafishios. Tu casa.

—Vivo ahí. En el F del segundo piso. Hasta te invité, creo, a que fueras una noche. No me importa lo que haga Hilda para ganar dinero. Es decir, no me importa

en ningún plano moral. En el plano que cuenta, me interesa, la escucho y a veces le hago preguntas. Tampoco es por razones morales que pago la mitad del alquiler y como de mi dinero. Algunas noches, es cierto, y también por coincidencia en noches de viernes, salimos de paseo y ella paga todos los gastos. Si la quisiera, viviría sin escrúpulos del dinero de ella. Sólo un imbécil, y no lo sos de esa manera, podría creer que exploto a una puta habiéndome mirado una vez el traje, la camisa, los zapatos. Todo esto es ridículo y aburrido. A vos, pienso, debe bastarte con mirarme la cara.

Miller tosió el humo y se puso a reír, nervioso, entornando los ojos, mostrando los blancos dientes de muchacho. Se puso de pie, rodeó la mesa y apoyó una mano en la espalda de Carner.

—Es la maldita coincidencia —dijo—. Bendita, si preferís. Ya veremos.

—Sí. Y la coincidencia de que sea éste el primer viernes que vengo a visitarte pensando en los veinte pesos habituales, con un destino concreto para ellos —la presión de la mano fue sustituida por una palmada; Miller caminó lentamente y acomodó una nalga en la esquina del escritorio. Encendió otro cigarrillo y estuvo mirando con una novedosa curiosidad la cara flaca y oscura de Carner—. Esta coincidencia y la de que Lucía se esté muriendo. Con diez pesos iba a comprar un libro de posturas para mirarlo esta noche con Hilda. Los otros diez los iba a guardar, no por mucho tiempo, según me avisaron, para comprarle flores a Lucía. Ésta es la coincidencia de hoy; no es plata el contraste del destino de los dos billetes de diez pesos que esperaba. Recién ahora pienso en eso y me resulta natural, gris, desprovisto de trascendencia.

Sonó un timbre en el escritorio y Miller dijo una palabra sucia.

—Esperá.

Fue a ponerse el saco y la corbata, salió por la puerta del fondo, de madera pesada y brillante, rodeada por el panel trabajado y profundo.

Entonces Carner se apoyó en la mesa y pensó sin amor en el viernes, en el reiterado, escondite idéntico y cambiante viernes que acababa de terminar para siempre.

## Nuestra Señora

Investigar, si valiera el trabajo, si al principio de la historia hubo la nieve. Y si la hubo en el año 90, y una débil muestra organizada, tan linda de ver y arrojarse a sufrir, en el 24.

O puede ser otra, ni registrada, apenas vista, querida en el año actual o conveniente.

Pero igualmente real, sí o no, para los muchachos que pudieron contar algún día la nieve, su tintorería asombrosa. Y aunque nadie puede presumirse, creyó la historia, el crepúsculo, nadie, es decir todos, resbaló en la grosería de dudar mientras escuchaba mentiras y buscaba ingenio. No tuvimos nieve, quedó establecido por el observatorio, por los que saben y por los que tienen atrás viajes y años.

Celisca, aguanieve, confusión, no admitieron más.

Pero las chicas y los chicos de Santa María vieron, puede discutirse, los copos blancos y moribundos que caían y blanqueaban. De modo que, ellos, invadieron sin nieve la noche de Santa María disfrazados o protegidos por pantalones estrechos, por pullovers tan gruesos que hacían sospechar años de trabajo de madres tan felices y complacientes, tías, abuelas, madrinas; protegidos, los más jóvenes o ricos, por las vestimentas marcianas que pasaron de moda un año después: desde los tobillos a la garganta nilón grosero al tacto, forradas con pieles excesivas y malgastadas, explotando en la paz sanmariana sus estridencias de amarillo que no llegaba a superar el amarillo, sus azules y sus rojos.

Ellas, las muchachas imposibles, y ellos, los complicados idiotas caídos de la última película («filmes», dicen idiotas de otra clase), caídos sin mayor violencia de un cielo, otro, novedoso y pasajero. El pelo largo, abundante y grasiento para todos, machos o hembras.

Pantalones de cowboys asesinos, repartidos con generosidad despreocupada, sin meditaciones sobre sexos. Ellas y ellos, con abrigos largos cubriendo la estólida y persistente y breve imbecilidad de aquel invierno que tal vez no haya existido nunca, que acaso hayan inventado ellos, los adolescentes, con bolas de algodón en las orejas, aquí se permitían colores diversos e increíbles, con guantes excesivos, con un propuesto aliento que se hacía vapor, hielo casi en el aire cada vez que discutían, cantaban o pedían otra vuelta de ponches en el Berna.

Bastaba mirarlos, tan hermosos y envidiables; bastaba escucharlos tan persistentes, tan, acaso, irremediablemente burros y pájaros. Pero, si no hubo nieve ni

posibilidad de juegos invernales, estuvieron ellos tan jóvenes en el Berna, en la plaza Brausen, en la rambla, alguna vez, con desafío en el bar del Plaza.



# Eva Perón

## I

De modo que allí estábamos, amontonados y relativamente inmóviles, mirando a través de las ventanas los disimulos, revelaciones, suaves borracheras de ojos enemigos, conversando con astucia, con simulado énfasis, tanteando entre las frases ajenas y nuestras el hueco propicio por donde iba a deslizarse la alarma del teléfono negro, traído hasta el centro de la mesa circular que rodeábamos, respetado y maldecido como un dios.

Falsamente lentos, dicharacheros, analizando chismes, deducciones, presentimientos, más numerosos a medida que iban creciendo las noches, casi entorpeciéndonos en la sala de dirección mientras llegaba de abajo el ruido de granizada de las máquinas de escribir y, más tarde, cuando lo único muerto era la esperanza de la muerte aplazada y esquiva. La trepidación de la rotativa que anunciaba otro número de *El Liberal* sin orla de luto ni foto de la Señora ni el editorial ya escrito por mí, que hablaba de truncamiento, inescrutables designios, caridad cristiana e inmarcesible ejemplo luminoso. El editorial había sido hecho, semanas atrás, cuando empezaba una mañana cínica, alcohólica e insomne; yo incomodado por el sobretodo y los guantes, acurrucado bajo los enormes retratos severos, protectores, de mi padre y mi abuelo.

Muchos más, y también desconocidos de paso, en las horas nocturnas, abandonados a la superstición de que la historia se escribe de noche y a la tres de la mañana mueren todos los enfermos. Así, en aquellos días, la rotativa comenzaba a funcionar a las cuatro, no a las tres, para dejarle sesenta minutos de espacio, de chance, a la noticia que no quería llegar. Y a María Inés sólo la acariciaba en la siesta —cuidadoso del feto estremecido— con furia de lúbrico e imaginativo, buscando apaciguar en ella, en las siempre recién nacidas viejas sabidurías mutuas, la inquietud de cada larga espera anterior, palpando a sus espaldas, ciego, la forma, los huesos de su cara. Y también allí, junto a la cama, siempre, otro teléfono que no quería hablar; y lejos, en el otro lado de la ciudad, en el Palacio de Gobierno y frente a la plaza Brausen con sus canteros grises y brillantes, con sus discutidos jinete y caballo que avanzaban impávidos a través de la lluvia y el frío y la ausencia de palomas, la Señora, ya muerta, que no se nos quería morir.

El invierno sin fin, la pensada lujuria de las tardes, la larga ansiedad de las esperas nocturnas. Hasta que inicié, para distraerme, los ataques burlones a Mauri, dichos correctamente en mi mejor lenguaje editorial traducido al gallego por razón de cortesía.

—Hay momentos en que dudo no sólo del tan lamentado fin de la Señora sino también de la misma existencia de nuestra primera dama. Abandonándome, también descreo de Santa María, flamante ciudad capital. No hay nada fuera de esta habitación donde un grupo de dementes hacemos guardia, noche tras noche, a una botella y un teléfono. Por supuesto, tampoco están los gringos de enfrente calentando con verdadero whisky un aguardar infinito. No hay nada, digo, salvo nuestro sueño o pesadilla. No hay, por ejemplo, aunque lo juren, un Palacio de Gobierno. Y este palacio, aparte de no ser, tampoco contiene una habitación premortuoria con sus inevitables agonizantes, médicos importados, nurses, morfina y carpa de oxígeno. Nada. Bien mirado, sólo nos queda una conspiración catalana tramada por el ingenio de Mauri; ingenio que le permitió crear una quinta columna, también rigurosamente separatista, bautizada caprichosamente con el nombre de Bosch, supuesto médico catalán, embalsamador por venturosa vocación y, como corresponde a su nombre, emboscado para gloria de *El Liberal* en algún supuesto pasillo laberíntico del ya desvirtuado Palacio de Gobierno.

Hablé solamente por excitación y curiosidad. Un anochecer después Mauri me trajo a Bosch.

## II

Bosch entró en una pequeña fracción de mi vida, de los incontables recuerdos, no, como yo esperaba, como hubiera sido armonioso y razonable, en una de las húmedas madrugadas de hipnotismo alrededor de teléfono y botella. También él creía, supongo, en las horas clave de la noche y el amanecer, también él temía ser sorprendido si abandonaba la guardia, ya envejecida en un mes, de los instantes oscuros, puntualmente reiterada de sol a sol.

Entró en mi oficina, precedido por un Mauri sonriente e irónico, a las seis de la tarde, con viento, lluvia y frío, de un día sin fecha de aquel junio implacable, expectante y tal vez definitivo que había sido dispuesto para Santa María y nosotros. Alto, flaco, un poco encorvado para mejor mirar por encima de los anteojos, negro desde los zapatos hasta el sombrero chorreante, entró envuelto en un abrigo, mezcla enrevesada de sobretodo e impermeable, un abrigo demasiado grande para su delgadez malsana y pálida. Y durante menos de un minuto, a través de la ceremonia de presentaciones y saludos, en el cuarto clausurado, y tibio por la calefacción, el

abrigo oscuro, misteriosamente flotante y agitado, reprodujo, casi procaz, el paisaje aterido del vasto exterior, de la ciudad, la provincia y el invierno.

Sentado, pero como aparte, como rodeado y defendido por una frontera invisible, por un imaginario círculo de tiza, Bosch, médico y embalsamador, abastero exclusivo de S. M., estiró su sonrisa arcana, su quijada de zorro hacia el cigarrillo que estaba armando. Alzó después, sobre el humo, una mano larga y fuerte:

—Espere —dijo—, espere un momento.

Yo no le había preguntado nada, Mauri estaba cruzado de piernas, silencioso y contento. El embalsamador, con el cigarrillo mal hecho en la boca, me estuvo mirando un momento, el tiempo justo para quedarse sin sonrisa y ofrecer en cambio una expresión humilde y atristada, una cara larga, incongruentemente blanca, chupada, en la cual los pequeños ojos miopes, nublados, ofrecían sinceridad a cambio de comprensión.

Y en cuanto a ojos, el dulce hijo de perra ya los había usado para imponer el hábito de la palabra *señor* en diálogos o monólogos.

—Espere —repitió, y el resto de lo que dijo puede ser, con mayor o menor exactitud, así—: Tengo que decirle, ante todo, comprenda y perdone, que no puedo olvidar ni un momento, y estoy seguro, señor, de que usted tampoco, lo que media en todo esto. ¿Mauri? Sí, claro. A Mauri ya lo puede llamar amigo y le he dado mi palabra y por medio de él a usted. Estoy alerta, vivo en estado de alarma, no duermo, espero. Espero. Para mí es sagrado. Vale decir, las dos cosas son sagradas. Dije cinco mil, o lo dijo Mauri. No puedo cambiar la fábrica de la casa, hay siempre tres puertas que me separan de la habitación. Ah, tampoco puedo, sería impropio, pedir que me muden el dormitorio. Y en verdad que mi atención se divide entre la sospecha de los ruidos y las voces y el teléfono para avisarles a ustedes. Sí, señor, ya me habló Mauri de vuestros aquellares centrados por otro teléfono. Ya está dicho. Primero en el mundo *El Liberal*. Cinco mil. Pero no hablaba de eso. Cuando hablé de lo que mediaba en todo esto... Apenas, rara vez, logro asomarme y mirar. Y gracias a que una de las mujeres. Soy un hombre de ciencia pero no dejo, señor, de ser un hombre a secas —entonces extrajo los folletos de propaganda que había traído en el indeciso abrigo, ahora quietado, y los puso encima del escritorio para simular de inmediato el desinterés y el olvido—. Decenas de veces, y con invariable buen éxito, he practicado la intervención que me trajo a Santa María, para la que fui llamado. Mi nombre es conocido, sin vanidad, en todo el mundo. No me ofrecí, señor, no estuve buscando esta oportunidad. Me llamaron y vine. Una invitación, un pedido oficial. No, no me hable, le ruego, de los faraones. Es un error común y usted, señor, no tiene por qué disculparse. Mucha otra gente, obligada a saber más por disciplina y vocación, ha supuesto tales relaciones absurdas. No hay tal. Como si me hablaran de jíbaros, Amazonas y el Orinoco. Como si yo improvisara ante usted teorías y opiniones sobre Bodoni y Memphis. Usted, señor, sabe mejor —logró interrumpirse para armar, lamer y darle fuego a otro cigarrillo—. Lo que media es verla agonizar como un pajarito, la

pobre, tan consumida y rodeada en vano. Casi toda de huesos y piel, nervios, cartílagos, cordones que fueron músculos. Tan despojada, señor, que no habré de buscar mucho ni demorar para darle la primera inyección siempre que no conspiren, me escondan o engañen.

Cuando se puso de pie el mal tiempo se instaló otra vez en la oficina, agitándole la desdicha del abrigo negro. Me quedé un rato con Mauri y los folletos que no quise tocar. Me quedé, además, luchando sin fuerzas contra el arrepentimiento de haber buscado la cara y las palabras del embalsamador, contra la convicción torturante de no comprender, allá en el fondo, debajo de los pobres hombres y la farsa sin sentido de sus actos y sus variables formas de ser.

### III

Porque todos, nosotros y los que tomaban whisky en las grandes, limpias oficinas calle por medio, estábamos aunados en la rivalidad de conseguir la noticia con una ventaja de minutos. Ellos eran veinte y millonarios; nosotros confiábamos en astucias, trampas, corazonadas. Ellos, nosotros y todo el mundo esperábamos con una impaciencia purificada de sentimientos la noticia. Nada más que eso siempre que fuéramos los primeros.

La Señora, la mujer del Gobernador Mandamás se estaba muriendo. Era, ya, una agonía, una muerte de seis meses. Todos los pronósticos habían fallado, todos los secretos llamados *no pasa de boy* fueron sustituidos por firmes promesas, nuevas fechas definitivas, postergaciones. La Señora, ya muerta, no se moría; y los empleados de Mandamás habían logrado, a fuerza de revólveres y patadas, el milagro de suprimir no sólo su muerte sino también su enfermedad.

El calumnioso cáncer no pasaba de un resfrío, hijo del medio invierno. Y en realidad convirtieron el milagro en algo milagroso. Porque toda la ciudad pudo verla un mediodía de domingo asomarse y saludar desde el largo balcón del Gobernador, tocada por un sol intempestivo. Estaba apenas resfriada y con un brazo de títere, lento, emperezado, contestaba los aplausos y los gritos junto a la sonrisa brillante de Mandamás. Estaba envuelta en un abrigo de visón; los iniciados sabíamos también que estaba rellena de morfina.

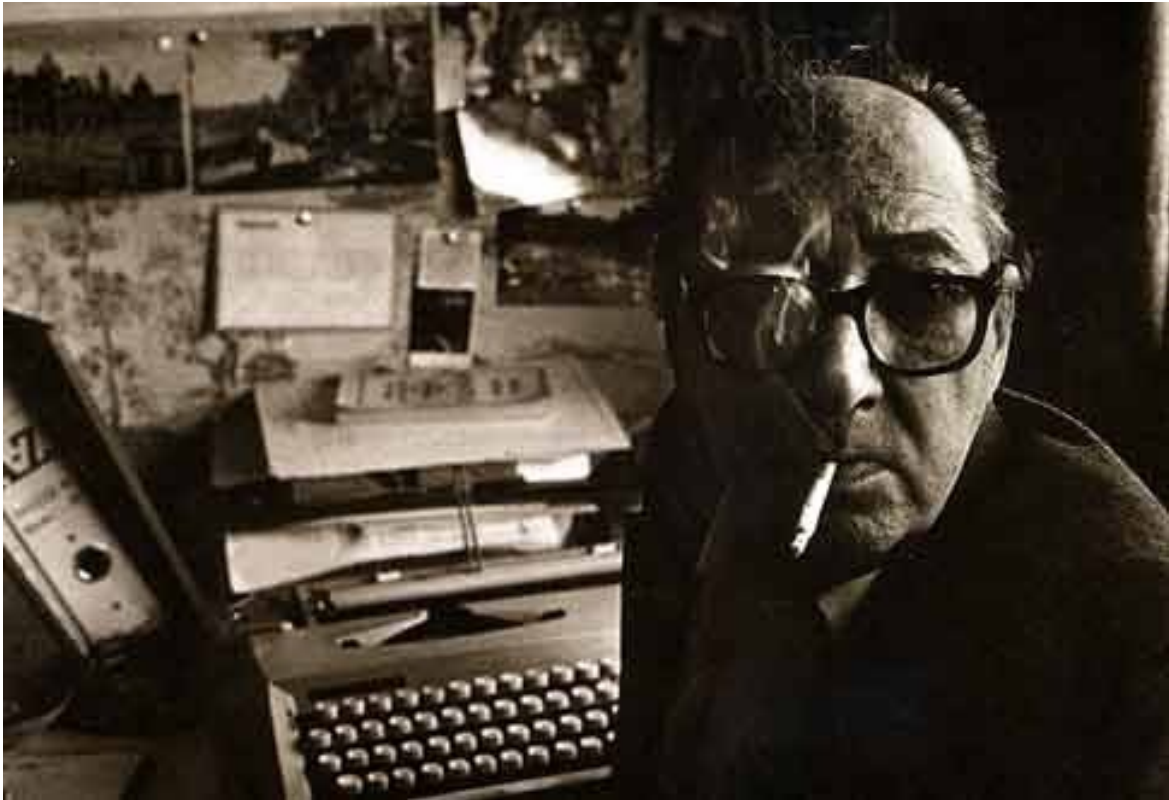
## ***Bibliografía***

- Avenida de Mayo-Diagonal-Avenida de Mayo (*La Prensa*, Buenos Aires, 1933)  
El obstáculo (*La Nación*, Buenos Aires, 1935)  
El posible Baldi (*La Nación*, Buenos Aires, 1936)  
El fin trágico de Alfredo Plumet (*Marcha*, Montevideo, 1939)  
Crimen perfecto (*Marcha*, Montevideo, 1940)  
Convalecencia (*Marcha*, Montevideo, 1940)  
Un sueño realizado (*La Nación*, Buenos Aires, 1941)  
Mascarada (*Apex*, Montevideo, 1943)  
Bienvenido, Bob (*La Nación*, Buenos Aires, 1944)  
La larga historia (*Alfar*, Montevideo, 1944)  
Nueve de julio (*La Nación*, Buenos Aires, 1941)  
Regreso al sur (*La Nación*, Buenos Aires, 1946)  
Esbjerg, en la costa (*La Nación*, Buenos Aires, 1946)  
La casa en la arena (*La Nación*, Buenos Aires, 1949)  
El álbum (*Sur*, Buenos Aires, 1953)  
Historia del caballero de la rosa y de la virgen encinta que vino de Liliput (*Entregas de la Licorne*, Montevideo, 1956)  
El infierno tan temido (*Ficción*, Buenos Aires, 1957)  
La cara de la desgracia (*Alfa*, Montevideo, 1960)  
Jacob y el otro (*Doubleday*, Nueva York, 1961)  
Tan triste como ella (*Alfa*, Montevideo, 1963)  
Justo el treintaiuno (*Marcha*, Montevideo, 1964)  
La novia robada (*Papeles. Revista del Ateneo*, Caracas, 1968)  
Matías el telegrafista (*Macedonio*, Buenos Aires, 1970)  
Las mellizas (*Crisis*, Buenos Aires, 1973)  
La muerte y la niña (Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1973)  
El perro tendrá su día (Lumen, Barcelona, 1976)  
Presencia (*Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1978)  
Los amigos (*Nueva Estafeta*, Madrid, 1979)  
Jabón (*Nueva Estafeta*, Madrid, 1979)  
El gato (*Liminar*, Tenerife, 1980)  
El mercado (*Revista de Bellas Artes*, México, 1982)  
El cerdito (*Revista de Bellas Artes*, México, 1982)

Luna llena (*Nueva Estafeta*, Madrid, 1983)  
Mañana será otro día (*Brecha*, Montevideo, 1985)  
El árbol (*Cuadernos de Marcha*, Montevideo, 1986)  
Montaigne (*El País Semanal*, Madrid, 1987)  
Ki no Tsurayuki (*El País*, Madrid, 1987)  
La escopeta (*Brecha*, Montevideo, 1993)  
Ella (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
La araucaria (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
Las tres de la mañana (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
El impostor (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
Los besos (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
La mano (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
Ida y vuelta (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
Tu me dai la cosa me, io te do la cosa te (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
Maldita primavera (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
Bichicome (*Cuentos completos*, Alfaguara, 1994)  
La visita (Inédito. Texto mecanografiado en un folio suelto)  
San José (Inédito. Texto mecanografiado en un folio suelto)

Anexo  
(Cuentos inéditos y fragmentos)

Los niños en el bosque (Tiempo de abrazar y los cuentos de 1933 a 1950, 1974)  
El último viernes (Inédito)  
Nuestra Señora (Inédito. Texto mecanografiado en un folio suelto)  
Eva Perón (Inédito)



JUAN CARLOS ONETTI nació en Montevideo, Uruguay, en 1909. Vivió en esa ciudad y en Buenos Aires alternadamente, y pasó sus últimos años en Madrid. Onetti es autor de numerosos cuentos y novelas, y su búsqueda estética, entre la belleza formal y la desazón existencial, lo convierte en uno de los grandes narradores del siglo xx en lengua española.

Sus obras más importantes son *Tiempo de abrazar* (1940), *Tierra de nadie* (1941), *Para esta noche* (1943), *La vida breve* (1950), *Los adioses* (1953), *Para una tumba sin nombre* (1959), *El astillero* (1961), *Juntacadáveres* (1964), *Dejemos hablar al viento* (1979), *Cuando entonces* (1987) y *Cuando ya no importe* (1993).

En 1980 recibió el Premio Cervantes de Literatura. Murió en Madrid, en 1994.